



MEGAN MAXWELL

OYE, MORENA,
¿TÚ QUÉ MIRAS?

Índice

<u>Portada</u>
<u>Dedicatoria</u>
<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Capítulo 27</u>
<u>Capítulo 28</u>
<u>Capítulo 29</u>
<u>Capítulo 30</u>

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Para todas aquellas personas que creen en el amor, en la magia del momento, y saben escuchar su corazón cuando éste les dice «sí», «no» o «quizá».

Y, por supuesto, para mis Guerreras Maxwell, unas grandes enamoradas del amor a las que cada día quiero más y más.

¡Espero que os guste la novela!

MEGAN MAXWELL



Bailo...

Canto...

Me divierto...

Y, de paso, le hago ojitos a Greg, el guitarrista que toca en el escenario junto a mi amiga, la famosa cantante Yanira, y sé que tengo una buena noche por delante.

Estamos en Oregón, en la última ciudad de la gira musical de Yanira y, como Joaquín, mi ex, tiene a nuestra hija Candela —mi *Gordincesa* para mí— y yo tengo un par de días libres en el restaurante en el que trabajo, he cogido un vuelo y me he venido para estar con Yanira.

Mientras la veo cantar y moverse con sus bailarines, sonrío. ¡Pero, qué bien lo hace, la *jodía*!

Aún recuerdo sus comienzos cantando por los hoteles de Tenerife y después en el barco donde conoció al increíble Dylan, el hombre de su vida.

Y ahora, ¡mírala!, es toda una estrella a nivel mundial y yo estoy muy pero que muy orgullosa de ella.

Aiss, mi tulipana, ¡si es que vale mucho..., mucho..., mucho!

Greg me mira de nuevo. Qué sexi está esta noche con ese chaleco sobre la camiseta. Ambos nos entendemos sin hablar. No es nuestra primera noche juntos, ni tampoco será la última, pero si algo tenemos claro los dos es que, una vez el sexo se acaba, él sigue a lo suyo y yo a lo mío. Cero complicaciones.

Parece mentira que actualmente piense así, ¡pero es lo que hay!

Yo, que era la tía más romántica del mundo mundial y la que más creía en los cuentos de hadas, después de que la vida me diera un par de reveses fuertecitos en cuanto al género masculino se refiere, he terminado

por creer que el romanticismo y todo aquello por lo que siempre he suspirado es cosa de las novelas que tanto me gusta leer y de unos pocos afortunados entre los que yo no me encuentro.

Sé que ciertas personas a las que ni siquiera tengo el placer de conocer me critican. Pobrecita, mi madre, qué mal lo pasa en ocasiones cuando le llegan rumores a Tenerife. Pero a esos criticones resentidos que no les parece bien lo que hago ni cómo respiro, sólo les digo: ¡que os den por donde amargan los pepinos! Oséase, por el culo.

Y si digo esto es porque la vida es muy corta para vivirla sufriendo y preocupándose por lo que pensarán los demás. La vida hay que vivirla y disfrutarla porque mañana te cae un ladrillo en la cabeza y te vas a criar malvas para el resto de la eternidad.

Por tanto, y visto lo visto, he llegado a la conclusión de que, viendo a mi hija feliz y a mis amigos y a mi familia, el que éste o aquél me vea ordinaria, malhablada o mala persona no me va a restar un segundo de felicidad, porque tengo muy claro que, mientras ellos pierden su vida hablando de mí, yo vivo a tope y disfruto de los buenos momentos.

Y los disfruto porque, desde que dejé al idiota de Toño, que fue el novio con el que más tiempo estuve, por mi vida han pasado diferentes tipos de patanes que me han hecho darme cuenta de que en lo que al sexo se refiere debo pensar primero en mí, luego en mí y después en mí otra vez y, por supuesto, olvidarme del romanticismo. Oye..., que cada palo aguante su vela. Yo, con blindar mi corazoncito, pasarlo bien y cuidar a mi hija, ¡voy servida!

Y digo que voy servida porque, tras el batacazo que me llevé con Joaquín, el padre de mi niña, Candela, no quiero volver a sufrir. Me ilusioné, me abrí totalmente a él y, ¡zas!, me dejé los dientes contra el suelo, aunque reconozco que es un buen padre y en cierto modo un buen amigo hoy por hoy.

Por suerte, Joaquín y yo no llegamos a casarnos. Dios, la de veces que habré soñado con mi boda desde que era una adolescente... Pero si, por soñar, tengo hasta una foto guardada del vestido de novia más bonito que he visto en mi vida y que por supuesto nunca luciré.

Recuerdo que cuando conocí a Joaquín, el padre de mi Gordincesa, en el restaurante donde los dos trabajábamos, me noqueó.

Y no me noqueó por lo bueno que estaba, ni por los bíceps que tenía; al revés, Joaquín es el «anti» todas esas cosas. Vamos, que todavía me

pregunto: ¿qué me llamó la atención de él? Porque, seamos sinceros, yo no soy gran cosa, soy más bien tirando a normalita, pero me gustan los tipos altos, grandotes y sexis, y Joaquín es calvete, bajito y hasta, si me apuras, podría decir que rechonchillo. Aun así, reconozco que, hasta que nació nuestra pequeña, él, absolutamente todo él, me volvió loca con sus atenciones y su cariño.

Pero, claro, por desgracia, en el amor debo de ser un cero a la izquierda, y fue nacer Candela y el Joaquín atento y cariñoso que me hacía gritar en la cama «¡Viva Perú!» se esfumó y sólo quedó entre nosotros una bonita amistad, además de una preciosa hija por la que repetiría paso por paso nuestra relación.

Mi peruano pasó de ser un hombre que me miraba obnubilado a convertirse en un hombre que no me miraba en absoluto. Pasó de besarme apasionadamente a preferir dormir abrazado a la almohada con pasión. En definitiva, dejé de ser la mujer de su vida para él, lo asumí, y cada uno tiró por su lado. Era lo mejor para los dos.

Eso sí, cuando me separé, me sucedió como cuando me separé de Toño. Pasé de ser la tía más fiel del mundo a la más alocada en lo que a relaciones sexuales se refiere, y desde entonces he gritado «¡Viva Hawái!», «¡Viva México!», «¡Viva Canadá!» y muchos vivas más, porque he querido y porque, ¡qué narices!, estoy soltera y con mi cuerpo ¡hago lo que quiero!

No debo rendirle cuentas a nadie, y reconozco que es un gustazo poder hacer lo que me apetece en todo momento, aunque cuando miro a mis amigas y las veo con sus maridos, tan felices y enamoradas, una punzadita de celos me corroe por dentro.

Pero no quiero novios...

No quiero promesas...

No quiero que nadie más vuelva a romperme mi maltrecho corazón...

Y, por ello, he decidido fijarme en tipos como Greg, que pasan de todo, a los que les importa un pimiento lo que piensen de ellos y, en especial, lo tienen tan claro como yo y...

—Ehhh —protesto al notar un empujón.

Al volverme, veo a dos jovencitas de no más de veinte años con camisetas de la gira de Yanira gritar como histéricas. Las observo divertida; ¡qué loca es la juventud!

Instantes después aparece Andrew, el jefe de seguridad, y lo veo dar

órdenes a unos muchachos para que refuercen la vigilancia. Cuando Yanira sale de gira, siempre lo contrata como jefe de seguridad, y yo, siempre que voy a algún concierto, lo veo y disfruto de las vistas que me proporciona.

Sin tiempo que perder, agarro a las dos jovencitas que van a salir al escenario a tirarse sobre mi Yanira y una de ellas intenta darme un derechazo en la cara para soltarse. ¡Será...! Por suerte, lo esquivo y la muy tonta estrella el puño contra una viga. ¡Que se jorobe!

Estoy lidiando con las dos fieras cuando llega hasta nosotras Andrew seguido por dos gorilas. Dios santo, ¿por qué me gusta tanto este hombre?

Rápidamente, los gorilas se hacen cargo de las histéricas chicas y se las llevan. A continuación, Andrew me coge de la barbilla y, mirándome con profesionalidad, pregunta:

—¿Te han hecho daño?

—No. —Sonrío mientras me deshago por dentro.

Andrew me pone. Me pone mucho, pero disimulo. No quiero que se dé cuenta de la tonta debilidad que siento por él.

—¿Seguro? —insiste.

Me río. ¡Ay, qué mono!

—Sí, tranquilo —afirmo—. Estoy perfectamente.

Andrew me mira, busca en mi rostro alguna marca y, al no verla, siento que respira aliviado. Soy la mejor amiga de Yanira, su jefa, y no querrá quejas por mi parte, cuando en realidad mi única queja es que no me hace ni caso y me pone tonta.

Aún recuerdo la primera vez que reparé en él.

Estábamos eligiendo los vestidos de novia de mis amigas Ruth y Tiffany y él vigilaba la puerta de la tienda. Recuerdo que fue mirarlo y un extraño calambre me recorrió el cuerpo, y hasta que me acosté con él no paré.

Soy así. Clara y directa.

Como estoy sin pareja, si un hombre me gusta me permito el lujo de hacer lo que me da la gana, porque en mi cuerpo sólo mando yo. Sin embargo, en esa ocasión Andrew me dejó muy clarito, ya antes de..., que, una vez acabada la noche, no repetiríamos, y yo acepté. Nunca pensé que fuera a arrepentirme tanto de haber aceptado.

Pero, claro, está visto que lo imposible, lo difícil y lo inalcanzable es lo que más morbillo me da y suele gustarme más. Soy así de complicadita.

Después de aquella gloriosa noche, él nunca más volvió a acercarse a mí del modo que a mí me habría gustado. Simplemente es agradable conmigo cuando me ve y me respeta por ser la mejor amiga de su jefa y de Ruth, una amiga común y cuñada de Yanira.

De pronto, salen del escenario varias bailarinas del espectáculo y, en el momento en que una de ellas, la pelirroja, pasa por nuestro lado, Andrew la mira, sonrío como un canalla y le pregunta:

—¿Y bien?

Ella sonrío también, pestañea y, acercándose cual loba a él, afirma sin importarle que yo esté entremedias:

—La respuesta es sí.

Andrew asiente. Observo cómo, sin tocarla, la pone cardíaca y finalmente dice:

—Habitación 438. Te espero.

La pelirroja sonrío y se marcha corriendo para cambiarse de vestuario mientras mi amiga Yanira, en el escenario, canta una preciosa balada y yo acabo de enterarme del número de la habitación de Andrew y estoy por comprarme una peluca pelirroja, encerrar a aquélla en algún lado y acudir en su lugar.

¡Vaya tela..., vaya tela!

Y como soy, como dice Yanira, una bocachancla y no puedo mantener el piquito cerrado, pregunto:

—¿Repitiendo?

Andrew sonrío. Entiende perfectamente lo que pregunto, y señala con chulería:

—Nunca repito.

Luego, sin mirarme, sigue con los ojos a la pelirroja. ¡Será descarado!

En ese instante, otro de sus gorilas se acerca a nosotros y comienza a hablar con él.

Sin cortarme un pelo, porque yo también soy una descarada, lo escaneo con la mirada. Andrew es alto, fibroso, moreno, pelo larguito y unos ojos oscuros que, como diría mi amiga Charo, de Sevilla, ¡quitan *tó er sentío!* Tiene las manos grandes, las piernas largas y..., en fin, es que no le veo defectos. Bueno, sí, uno: que yo no le gusto.

—Si estás bien, me voy —me dice tras hablar con el gorila, que se marcha—. Hoy las fans de Yanira están descontroladas y me están dando

muchos problemas.

Sonrío, él me guiña un ojo, da media vuelta y se aleja de mí con esos andares tan particulares que tiene, que parece que acaba de bajarse de un caballo.

Sin ningún tipo de disimulo, lo sigo con la mirada.

Dios, cómo me gustan esas vistas y su chulería al caminar.

Pero, como soy una tía que se quiere, se valora y no desea sufrir, una vez desaparece el caramelito, decido no comerme la cabeza con cosas que nunca serán posibles y vuelvo a mirar a Yanira y a Greg y comienzo a bailar dispuesta a pasarlo bien.



Claridad...

El sol entra por la ventana del hotel y, tras apartar las sábanas, me desperezo desnuda mientras hago la croqueta encima del destartado colchón.

—¡Ohhh..., qué gustitooooooooo!

Abro los ojos, estoy sola en la cama y sonrío. Greg se ha marchado a su habitación, y suspiro al pensar en lo bien que me lo he pasado con él esta noche.

El sexo sin amor me resulta muy gratificante. Mientras lo practico, disfruto, me preocupo por mí, sólo por mí y, cuando la cosa acaba, el invitado se va a su camita y toda la cama queda para mí. ¡Solamente para mí!

De pronto comienza a sonar el tono de llamada de mi teléfono con la voz de mi hija, que canta: «Mami..., mami..., mami..., te *dama* papi..., papi..., papi. Mami..., mami..., mami..., te *dama* papi..., papi..., papi».

S sonrío. Candela es mi amor y el motor de mi vida.

Mi Gordincesa de dos años y medio es lo más salado que hay sobre la faz de la Tierra. Está con su padre en Los Ángeles, y rápidamente cojo el teléfono y oigo a Joaquín preguntar:

—Hola, Coral; ¿sabes a qué hora vendrás a por Candela esta tarde?

Oír eso me sorprende. No hace ni veinticuatro horas que está con la niña y ya me está preguntando cuándo regreso a por ella.

—Joaquín, no me he levantado todavía —respondo mientras me siento en la cama—. Además, creo que...

—Escucha —me corta—, cuando vengas a buscarla, aparca el coche y sube a mi casa porque tenemos que hablar.

Oh..., oh... Me inquieto al oír eso y pregunto despertándome del todo:

—¿Candela está bien?

—Sí..., sí, tranquila. Está con Agustina y está perfectamente.

—Joder, Joaquín —le reprocho llevándome la mano al corazón al enterarme de que mi hija está con la novia de él—. Qué susto me has dado. Oigo cómo sonrío. Lo imagino sonriendo mientras mira al suelo como siempre hace.

—Tranquila —dice—. Pero cuando vengas a recogerla quiero hablar de un par de cosas.

—Vale..., vale... Aparcaré y subiré. Pero no creo que llegue antes de las seis. Hasta luego.

Una vez cierro mi móvil, suspiro y me tranquilizo. Mi niña está bien. Sonrío. Sé que Joaquín la cuida y la quiere tanto como yo, y que Agustina, su novia, también.

Me levanto trabajosamente y recojo del suelo las bragas, el sujetador y el vestido que llevaba anoche mientras sonrío con placer. Lo dejo todo sobre la cama y me voy directa a la ducha.

Al entrar en el baño, me miro en el espejo. Vaya pinta que tengo de haber tenido una noche movidita en cuanto al sexo se refiere.

Riéndome estoy cuando, de pronto, algo llama mi atención y murmuro horrorizada observando mi cabeza:

—Joder..., ¿esto es una cana?

Por Dios..., por Dios..., ¡qué horror!

Y, de pronto, me acuerdo de que mi madre siempre me ha dicho que a ella se le llenó la cabeza de canas a partir de que fue madre.

No me jorobes con la genética. Físicamente soy como ella..., ¿me sucederá igual? ¡Ya soy madre!

¡Ay, Diosito!

Angustiada, me estoy observando la maldita cana cuando de pronto cuchicheo:

—Y ahora, encima, Caniciencia —y, alertándome, casi grito—: ¿No tendré también en el potorro?

Con más miedo que vergüenza, me lo miro. Por suerte, llevo la depilación brasileña, por lo que pelo hay poco, poquito, y no veo ni una. Respiro. Eso me tranquiliza.

De nuevo, me miro al espejo y la cana que está al lado derecho de mi cabeza parece decirme con descaro: «Hola, soy tu cana, y estoy aquí para recordarte que dentro de dos meses y medio cumples los treinta».

¡Será perra, la cana!

Durante unos segundos me pregunto si arrancarla o no. Le he oído decir muchas veces a mi madre aquello de que, si te arrancas una cana, te salen diez, y decido no hacerlo para no tentar la suerte.

Más que nada, porque suerte, suerte, lo que se dice suerte... yo no tengo mucha.

No quiero seguir pensando en la cana, ¡me niego!, y me meto directamente en la ducha. Allí me refresco. Oh..., qué placer sentir el agua corriendo por mi cuerpo. Me lavo el pelo y, al salir, me enrolló una toalla en la cabeza mientras me seco.

Una vez me pongo el albornoz, me quito la toalla del pelo y lo primero que vuelvo a ver es la maldita cana. Sigue ahí, reluciente, brillante... Mientras me desenredo el pelo, intento camuflarla como puedo, pero nada... Ella continúa saludándome y, al final, tras cagarme en ella y en toda su familia, la arranco y la tiro a la taza del váter al tiempo que digo:

—En cuanto llegue a Los Ángeles, voy a la peluquería para darme un tinte oscuro. ¡Me niego a ser Canicienta!

Diez minutos después, cuando he conseguido olvidarme de la dichosa cana y me estoy dando crema hidratante en las piernas, suenan unos golpes en la puerta.

—¡Un momento! —grito.

Miro a mi alrededor en busca del albornoz que acabo de quitarme. Lo veo sobre la cama, me lo pongo y entonces descubro el chaleco de Greg, que está tirado en el suelo. Sonrío, lo cojo y, abriendo la puerta sin mirar, pregunto en un tono íntimo y sexual:

—Greg..., machote, ¿vienes a por esto?

De pronto, mis ojos y los oscuros ojos de Andrew, el jefe de seguridad de la gira, chocan, y él responde:

—No soy Greg, soy machote y creo que eso me quedaría pequeño.

Sonrío al oír su comentario.

No voy a negar que la envergadura de Andrew no la tiene Greg ni de lejos y, sin querer ver su mirada de alucine por la información innecesaria que acabo de darle, tiro el chaleco a un lado y pregunto sin dejarlo entrar:

—¿Qué quieres?

Andrew asiente con gesto serio.

—Acabo de enterarme de que vives en Manhattan Beach, al lado de la

playa.

Vayaaaaaaaaa, y ¿quién le ha dicho eso? Aun así, sin inmutarme respondo:

—Sí, ¿y?

—Es una buena zona y muy bonita.

—Sí, ¿y? —repito sin entender nada.

—Estoy buscando apartamento y Yanira me ha comentado que tu casero tiene varios apartamentos libres donde tú vives; ¿es cierto?

Mato a Yanira. Juro que la mato. Ella es la única que sabe que Andrew es mi debilidad.

—Philip tiene varios apartamentos libres —respondo como una autómatas—, pero no son baratos. Precisamente por estar donde están, el ca...

—No busco algo barato —me corta ligeramente incómodo. Creo que lo he ofendido—. Busco algo que me guste, y esa zona me gusta.

Asiento. No digo más, ¡vaya corte me ha dado!

—¿Podrías darme el teléfono de tu casero para hablar con él? —me pregunta a continuación.

Bueno..., bueno..., bueno... ¿Andrew, mi vecino? No sé si alegrarme o llorar.

La cabeza me va a mil.

Tener viviendo junto a mí a la tentación personificada, al único hombre en el que repito pensando cuando alguna madrugada utilizo a Ironman, mi vibrador, me descabala. No obstante, como no quiero mostrarle lo confundida que estoy, abro la puerta del todo y digo:

—Pasa. Te lo daré.

Un par de segundos después, oigo cómo la puerta se cierra.

Un poco alterada por estar a solas en mi habitación con el Caramelito de mis fantasías prohibidas, camino hacia la cama, veo mi teléfono al otro lado de la misma y, como suelo hacer, me subo al colchón, paso por encima de él y, tras dar un salto para bajarme, cojo el móvil.

Con disimulo, miro a Andrew a través de las pestañas y veo que me observa entre alucinado e incrédulo por lo que acabo de hacer. Si supiera que mi madre lleva regañándome por pisotear camas desde que era pequeña y me ha dejado por imposible, ¡fliparía!

—Curioso tatuaje, el tuyo.

Cuando lo oigo decir eso, miro mi antebrazo. En él llevo tatuado

unas frases que vi en un libro y que me llegaron al corazón por lo que me hicieron sentir.

—No sé si es curioso o no —respondo—, pero a mí me gusta.

—¿Qué pone?

Sonrío. Está en español y no lo entiende.

—Es un proverbio indio.

—¿Indio? —me pregunta sorprendido.

Vale, ya estamos. Cuando me preguntan y digo que es un proverbio indio, la gente me mira con cara de alucine; vamos, con la misma cara con que me miró mi madre el día que lo vio. Sin embargo, no tengo ganas de dar explicaciones, así que respondo:

—Sí, indio. Pero no lo entenderías.

Y doy el tema por zanjado. Paso de explicar lo que pone y, sin querer mirar el desorden de mi ropa, que está desperdigada por todos lados, como una mujer segura de mí misma digo tras rebuscar en mi teléfono:

—¿Tienes papel y boli?

Andrew, que no me ha quitado el ojo de encima y me observa como el que mira a un bicho raro, me enseña su teléfono y dice:

—¿Qué tal si me lo pasas por wasap?

Asiento —¡parezco tonta!— y, acalorada por su presencia, exijo:

—Dame tu teléfono.

Una vez me lo da, le envío la información que me ha pedido y, cuando la recibe, sonrío y, tras señalar la cama deshecha, pregunta con picardía:

—¿Una buena noche?

Uf..., uf..., uf... Decir que no sería una gran mentira, por lo que, con toda la tranquilidad del mundo, respondo:

—Seguro que tan buena como la tuya con la pelirroja.

Andrew sonrío como un canalla. Menea la cabeza y, en un tono íntimo, que consigue que el vello de todo mi cuerpo se erice, contesta:

—La mía ha sido colosal.

Uy..., uy..., ¡será chulito, el colega! Y, como a mí chulería tampoco me falta, sonrío, le guiño un ojo y en plan sobradita afirmo:

—Si ha sido la mitad de increíble que la mía, ¡qué buena noche! Es más, creo que hoy mismo repito.

Mentira y gorda. Esta noche voy a dormir con mi pequeña y, estando ella en casa, allí no se baja nadie los calzoncillos o le corto la chorra.

Andrew me mira. No sé lo que piensa y, después de asentir, da un paso atrás y dice:

—Gracias por el teléfono. Llamaré a tu casero.

Luego da media vuelta y, sin decir ni una palabra más, se marcha.

Cuando cierra la puerta, respiro. Nunca había vuelto a estar a solas con él en una habitación y, aunque esta vez hemos estado vestidos y no nos hemos tocado, en cuanto se va suspiro, resoplo y me doy cuenta de lo mucho que me altera su presencia.

Una hora más tarde, cuando llego al autocar donde están los componentes de la gira de mi amiga Yanira, ésta me mira, sonrío y, acercándose a mí, dice al tiempo que me entrega un *frappuccino* del Starbucks que hay al final de la calle:

—Con moca, como a ti te gusta.

—Graciasssssssss —respondo, y le doy un trago a la bebida—. Pero te voy a matar.

—¿Por? —La miro. No digo nada y, finalmente, sonriendo, ella dice —: Venga ya.

—¿Se puede saber a qué ha venido que le dijeras a Andrew dónde vivo?

Yanira sonrío, se retira un mechón rubio de su preciosa cabellera y dice:

—Ayer hablé con Ruth y me comentó que él estaba buscando casa. Al parecer, donde está, los vecinos son demasiado ruidosos. Entonces recordé nuestra conversación del otro día y...

—Y lo enviaste a mi habitación.

Yanira sonrío. Qué perrota es la tía cuando cuchichea.

—Lo hice para que lo vieras un poquito más, sé que es tu debilidad.

Vale. Ella lo sabe.

Una noche le confesé con alguna copichuela de más que, siempre que utilizo a Ironman, mi vibrador, pienso en Andrew con su cazadora de cuero y sus andares chulescos.

Ambas reímos y me dispongo a decir algo cuando, de pronto, mi fantasía erótica, mi debilidad, aparece montada en su imponente moto, con la chupa de cuero.

—Sujétate las bragas, que las pierdes —murmura Yanira.

Me río, no puedo remediarlo. Parecemos crías, con la edad que tenemos. Pero me gusta nuestro lado gamberro. Es nuestro puntito, y al

que no le guste que mire para otro lado.

Con un aplomo y una seguridad increíbles, Andrew para la moto, se baja, con una elegancia que me recuerda a los antiguos vaqueros de las películas, camina hacia sus gorilas, habla con ellos, se chocan las manos y, al darse la vuelta, nos mira. Uf..., ¡qué tío! Comienza a caminar hacia nosotras y, al ver que se acerca, Yanira le pregunta:

—¿Ya te marchas?

Él asiente y, tras darle un abrazo, dice:

—Gracias por dejarme libre antes de llegar a Los Ángeles. He hablado con Sam, Alex y Conrad, y estarás bien escoltada hasta que llegues con Dylan.

Mi amiga sonrío. Yo también.

—Lo sé —dice—. Tú tranquilo, y disfruta de tu regreso en la moto.

—Lo haré —responde él y, sin mirarme, añade—: Ha sido increíble trabajar contigo, Yanira. Un auténtico placer.

—Lo mismo digo —asiente mi amiga—. Y desde ya te digo que vuelves a estar contratado para lo siguiente que salga. Nunca he tenido un jefe de seguridad tan bueno y resolutivo como tú.

Andrew sonrío pasándose el casco de la moto de una mano a la otra.

—Agradezco tus palabras y, desde ya, acepto tu propuesta. Por cierto, si hablas con Ruth, dile que cuando llegue a Los Ángeles la llamaré para salir a cenar con ella y Tony.

De nuevo sonrisas. Por todos es sabido que Andrew rondó a Ruth hasta que Tony apareció y le quitó sus esperanzas de un plumazo. De todo aquello quedó una excelente amistad, y me consta, porque Ruth me lo ha comentado, que Andrew en ocasiones también trabaja con Tony en temas de seguridad para galas y eventos.

—¿Comienzas gira con otro artista o descansas? —pregunta Yanira.

—Ha sido un buen año de trabajo y me voy a poder permitir relajarme unos meses. Así aprovecharé para cambiarme de casa y descansar.

De nuevo, sonrío. No abro la boca y sigo chupando de la pajita del *frappuccino*, hasta que finalmente Andrew me mira y, tras un simple movimiento de la cabeza que incluso me sube la bilirrubina, dice mientras comienza a alejarse:

—Que tengáis un buen regreso a Los Ángeles, chicas.

Luego regresa junto a su moto, se pone el casco, se monta y,

segundos después, se va, mientras yo soy consciente de que su cercanía no me sienta bien.

—¿Va hasta Los Ángeles en moto?

—Sí —afirma mi Yanira y, señalando a un grupo de moteros que hay más allá, indica—: Ayer se la trajeron esos amigos y, como nadie lo espera en Los Ángeles y la gira ha acabado, prefiere regresar tranquilamente en moto.

—Y ¿tú cómo sabes todo eso?

Al oír eso, mi amiga sonrío y baja la voz para contestar:

—Como te he dicho, he hablado con Ruth, y ya sabes que son buenos amigos. Por eso sé que él busca apartamento, me lo dijo ella.

Asiento.

De pronto, al ver salir a unas muchachas, cuchicheo señalando a la pelirroja:

—Anoche, el Caramelito se acostó con ésa.

—¿Con Giovanna?

Asiento. No sé si se llama así, ni me interesa. Lo que sí sé es la debilidad que él siente por las pelirrojas.

—Eso me dieron a entender anoche —añado—, y esta mañana me lo ha confirmado.

—Vaya, será frío como un témpano, pero es... todo un conquistador. —Yanira ríe.

—Un conquistador que no repite —subrayo y, como no quiero seguir hablando de él, digo al ver salir a un grupo de hombres del hotel—: Por cierto, yo pasé una noche genial con Greg.

Mi amiga sonrío. Sabe que Greg y yo hemos repetido varias veces, y sin cortarse un pelo pregunta:

—¿Te llevó a la decimoctava fase del orgasmo como tu Caramelito?

Miro a Greg. Sin duda, el guitarrista de nariz aguileña y buen sentido del humor sabe muy bien lo que hace, pero nunca ha conseguido que disfrute con el sexo tanto como lo hice aquella noche con Andrew. Sin embargo, miento y afirmo:

—Sí. Aunque siempre se puede superar. —Yanira suelta una risotada y, antes de que diga nada, añado—: Mira, mi niña, no todas tenemos la suerte de tener un marido enamorado hasta las trancas como tú y que encima está buenísimo. Tú has conseguido algo que yo siempre he querido, y no lo digo por lo de buenísimo, sino por el amor que te tiene,

pero ya he asumido que eso nunca me va a suceder a mí.

—Tú estás tonta. Y ¿por qué no te va a suceder?

Me encojo de hombros. Si algo soy es realista, y respondo:

—Pues porque lo sé. Porque yo no tengo suerte en el amor.

—Pero ¿qué dices? —me corta mi buena amiga—. Eres preciosa. Tienes unos ojazos oscuros increíbles, una cara bonita, una sonrisa divina. Eres simpática, amiga de tus amigos, divertida y...

—Que sí..., que sí, que, como suele decir mi madre, soy la simpática de la familia.

—¡Lo que eres es tonta! —dice Yanira riendo.

—Y tú me quieres mucho y yo te lo agradezco —afirmo divertida—. Pero seamos realistas: nunca he tenido suerte en el amor. Además, tú no tienes la tendencia a engordar que yo tengo. En cuanto me descuido un poco, los kilos se me van al culo y a los muslos; ¿recuerdas lo que me dijo mi ex, Toño?...

—Ése era idiota.

—Lo sé..., era idiota profundo —digo sonriendo al recordar que me llamó *muslos gordos*—. Pero es la cruda realidad. Unas tienen una genética perfecta como tú, y otras, una genética algo complicadilla como yo. Y, ya para rematar, ¿a que no sabes lo que me he descubierto esta mañana?

—¿Qué?

Como si fuera a revelarles el mayor misterio de la humanidad, me acerco a ella todo lo que puedo y, bajando la voz, cuchicheo:

—Una cana...

—¡¿Una cana?! —

—Soy Canicienta.

—¡¿Canicienta?! —Yanira comienza a reír.

Asiento. Todavía sigo horrorizada, e insisto:

—Dios, Yanira, ¡ya me están saliendo canas! Si es que cada día me parezco más a mi madre. Mira que la quiero, la adoro, muero por ella, pero, joder, ¿por qué tengo que parecerme tanto a ella? —Yanira ríe, ríe y ríe, qué perra es, y yo prosigo—: Aunque, por suerte para mí, tras revisarme los bajos, sigo siendo morena por esos lares. Pero, oh, Dios..., en mi pelo una cana se ve una barbaridad, mientras que en el tuyo, al ser tan rubio, apenas se verán.

Yanira no puede parar de reír.

—Como sigas riéndote por lo de mi cana y la revisión de mis bajos,

te juro que me las vas a pagar —le digo.

Aunque la primera que se ríe soy yo y, al final, como era de esperar, las dos nos partimos de risa mientras subimos en el autocar que nos llevará al aeropuerto, donde cogeremos un avión para trasladarnos a Los Ángeles.



La llegada a Los Ángeles es tranquila y, cuando veo a Dylan con los pequeños esperando a Yanira, sonrío. Qué tío, se desvive por mi amiga y los niños, y eso me hace tremendamente feliz.

Observar cómo Dylan y Yanira se abrazan, se miran y se besan me llena el alma, aunque siento una pequeña punzada en el corazón al ser consciente de que yo nunca tendré algo así.

Una vez me despido de mi amiga, de Dylan y de los peques, voy hasta el parking del aeropuerto. El día anterior dejé mi coche allí para ir a Oregón.

Al entrar en el vehículo, el olor de Candela inunda mis fosas nasales. Bueno, más que su olor, es el olor a chuches y bollos deshechos en la parte trasera del coche. Pero no importa. Es mi coche y el de mi hija y, aunque lo mancha cada vez que se sube, se lo perdono.

Una vez llego al barrio donde viven Joaquín y su novia Agustina, aparco. No sé de qué quiere hablar mi ex conmigo, pero sin duda parecía importante.

A paso rápido, llego hasta el portal, lo abro y subo en el ascensor hasta la quinta planta, donde sonrío al oír la voz de mi pequeña cantar. Es una cantarina, se pasa el día cantando como su tía Yanira y, cuando Joaquín abre la puerta y mi cantarina corre a mis brazos, soy muy... muy feliz.

La abrazo. Me deshago en mimos hacia ella, luego la miro y digo:

—Dame un mua... muy... muy grande.

Encantada, mi niña se apresura a quitarse el chupete y posa sus dulces labios sobre los míos para besarme. Espachurra su carita contra la mía y yo me siento la mujer más feliz del universo.

¡Me encantan nuestros muas!

Cuando acaba nuestra demostración de amor, la miro y pregunto:

—Gordincesa, ¿qué haces con el chupete?

Candela hace una de sus caídas de ojos, ¡pero qué artista que es mi niña!, se quita el chupete de la boca y susurra:

—Mami..., el tete es mío.

Sonrío. Claro que el tete es suyo.

Nos está costando Dios y ayuda desarraigarla de su *tete*, como ella dice, pero bueno, hemos decidido tomárnoslo con filosofía. Digo yo que, cuando tenga diez años, ya no lo querrá.

Tras besitos y arrumacos, Agustina, que, todo sea dicho, es un amor de mujer, se lleva a Candela a ver la televisión y Joaquín me hace una seña para que lo siga a la cocina.

Allí, saca dos cervezas y, tendiéndome una, dice:

—Siéntate.

Esa palabra de pronto me asusta. Malo..., malo. Lo miro e indico:

—Oye, Joaquín, me estás asustando. ¿Qué pasa?

Me siento como ha pedido y él se sienta frente a mí y dice:

—Ayer, cuando cerramos el restaurante, apareció tu jefe.

—¿Y?

Joaquín da un trago a su cerveza.

—Al parecer —prosigue—, va a cerrar el restaurante donde trabajas; ¿lo sabías?

¡¿Qué?!

¡¿Cómo?!

El estómago se me revuelve y, como puedo, murmuro:

—Nooooo... —Joaquín asiente y yo añado—: Pero si va muy bien. Hay lista de espera para cenar allí. Es uno de los mejores restaurantes de Los Ángeles. Pero ¿qué dices?

La incomodidad que veo en mi ex se hace más palpable cuando explica:

—Ya sabes que tu jefe es amigo de mi socio, y nos contó que hace quince días se jugó en Las Vegas el restaurante y lo perdió. En el plazo de un mes, el nuevo dueño va a cerrarlo para abrir una casa de apuestas.

Ay, madre...

Ay..., ay, madre..., ¡que me da!

Ahora entiendo cosas que en los pasados días habían llamado mi atención, como el hecho de que el jefe estuviera últimamente con varias

copitas de más en el restaurante y que los proveedores hubieran dejado de traer tantísimos suministros como traían.

Joaquín me mira. Yo no sé qué decir.

De ser eso cierto, sin duda alguna significa que me quedo sin trabajo.

—Puedo hablar con mi socio —dice él entonces—. Tiene muy buen concepto de ti como repostera. Si quieres, yo...

—No —lo corto—. No quiero volver a trabajar con él y lo sabes.

—Escucha, Coral. Riazia ya ha olvidado lo que ocurrió entre él y tú. Te aprecia y sabe lo buena que eres trabajando. Me lo hace saber siempre que puede cuando hablamos y, además, él también se disculpó cuando...

—Lo sé..., sé que se disculpó tras lo ocurrido, pero no quiero trabajar de nuevo con él. No me apetece. No... no quiero.

El pobre Joaquín me mira. Tuerce el gesto e insiste:

—Coral, te vas a quedar sin trabajo, ¿todavía no te has dado cuenta de lo que he dicho?

Uf..., qué agobio que tengo.

¿Cuenta?! ¡Claro que me he dado cuenta de lo que ha dicho!

Pero tengo muy claro que no quiero trabajar con su socio. El tal Riazia es un maleducado que no para de gritar y soltar improperios a todo quisqui en la cocina, y yo odio trabajar así. Aún recuerdo el día que me fui, las cosas que le dije y las cosas que él me dijo. Regresar sería un gran paso atrás.

Así pues, miro a Joaquín y replico:

—Te aseguro que volver será mi última opción.

Él suspira. Yo me encojo de hombros y, tras darle un trago a mi cerveza, voy a levantarme cuando Joaquín me agarra del brazo y dice:

—Tengo algo más que comentarte.

Me acomodo de nuevo en la silla. Lo miro e, intentando sonreír a pesar del mal cuerpo que me ha dejado su noticia, contesto:

—Tú dirás.

Mi ex se arrellana en la silla, vuelve a dar otro trago a su cerveza y empieza:

—Como te dije, en septiembre, Agustina y yo hemos pensado casarnos en Perú. Estaremos allí un mes y medio con la familia y se me había ocurrido llevarme a Candela.

Nos miramos. Ninguno parpadea hasta que, al ver mi gesto, Joaquín añade:

—Lo sé..., lo sé..., sé que es mucho tiempo y...

—¿¿Un mes y medio?! Pero ¿cómo voy a estar un mes y medio sin ver a mi niña?

La expresión de Joaquín me hace saber que entiende lo que digo. Desde que nuestra niña nació, nunca me he separado de ella más de siete días.

Suspiro e insisto:

—De verdad, sabes que me alegro por lo de la boda, pero...

—Coral —me corta—, cuando te fuiste con Candela veinticinco días a Tenerife, yo no dije nada. Entendí que querías que tu familia disfrutara de la pequeña tanto como tú. ¿Acaso no crees que a mí me gustaría lo mismo?

Cierro los ojos. Sé que tiene razón, sé que me estoy comportando como una egoísta. Aun así, mirándolo, murmuro:

—Pero un mes y medio es mucho tiempo, Joaquín. Es muy chiquitita, yo necesito sus muas y se puede olvidar de mí.

No digo más. Joaquín, el hombre que me dio lo mejor que tengo en el mundo, me abraza y con cariño susurra:

—No se va a olvidar de ti porque yo no se lo voy a permitir, como tú no permitiste que se olvidara de mí. Te lo prometo. Si es necesario, te llamaré desde Perú todos los días para que hables con ella. Pero, por favor, entiende que yo también quiero que mis padres y mi familia conozcan a mi preciosa hija. Por favor.

Mirarlo a los ojos es tener que decir que sí.

Joaquín es un buen ex, un buen padre y una buena persona. Finalmente, y convencida de que Candela debe conocer a sus abuelos paternos, accedo.

—Vale...

—¿¿Sí?! —pregunta él sorprendido. Asiento y Joaquín, volviendo a abrazarme, sonrío—. Gracias, Coral. Gracias de todo corazón. Sabía que lo entenderías.

Yo no sonrío. No puedo. Pensar en estar un mes y medio separada de la cosita que más quiero en el mundo me acaba de descabalar la vida, pero él es su padre y tiene los mismos derechos que yo.

—Felicidades por tu enlace —consigo decir—. Agustina es una persona encantadora y sé que vais a ser muy felices.

—Gracias —asiente él mientras yo le doy un trago a mi cerveza.

Cojo fuerzas. Lo que voy a decir no me resulta fácil, pero finalmente lo suelto:

—No espero una llamada todos los días pero sí a menudo, ¿de acuerdo? Y ni que decir tiene que quiero que estés pendiente de Candela las veinticuatro horas del día. Si algo le pasa, te aseguro que te despellejo vivo.

Joaquín sonrío. Veo gratitud en su mirada, al igual que veo que sabe que sería capaz de hacer lo que he dicho.

—Será la niña más cuidada y consentida de Perú —asegura.

Finalmente sonrío. No me cabe la menor duda de que así será.

Media hora después, salgo del apartamento de mi ex con mi pequeña de la mano. Juntas caminamos hasta nuestro coche. Cuando llegamos a él, la siento atrás y la sujeto en su sillita homologada. Entonces, ella me enseña un CD que lleva en la mano y pregunta:

—Mami..., ¿quiere ve *Fosen*?

—¿*Frozen*? —pregunto al ver sus ojazos negros mirándome. Mi niña adora esa película, la habremos visto dos millones de veces, y yo, guiñándole un ojo con complicidad, propongo mientras le quito el chupete y lo guardo en el bolsillo de mi vaquero—: ¿Con pizza y palomitas en casa?

—Síiiiiiiiiiiiiiiii —grita aplaudiendo.

Encantada, feliz y con el corazón pleno por mi pequeña, me olvido del disgusto del trabajo, asiento y vuelvo a guiñarle un ojo.

—Muy bien, Gordincesa —le digo—. Hoy tendremos una noche de chicas.



Pasa una semana en la que voy todos los días a trabajar y mi jefe no dice nada.

Me encuentro entre la espada y la pared: ¿he de decir lo que sé o no? Finalmente, decido callar. ¿Y si el hombre lo ha solucionado y al final todo ha quedado en un mal susto?

Pero al martes siguiente, mientras preparo la cobertura de una de mis tartas, mi ayudante, Ricardo, me mira y pregunta:

—¿Se puede saber qué te ocurre?

—Nada —respondo con una sonrisa.

—¿Seguro? Mira que te conozco y sé que cuando estás tan calladita y no bromeas es porque algo te atormenta.

Intento sonreír. Intento quitarle hierro al asunto, pero lo que Ricardo me dice me hace saber que me conoce más de lo que yo creo y, cuando no puedo más, dejo lo que estoy haciendo, lo cojo de la mano y salgo con él a la trasera del restaurante.

Por suerte, no hay nadie y puedo contarle entre cuchicheos lo que sé. Su cara se descompone. Él es el cabeza de su familia, como yo lo soy de la mía, y se lleva las manos a la cara. Una vez veo que se tranquiliza, le pido que no diga nada —quizá el tema esté solucionado— y ambos regresamos al trabajo. Eso sí, las ganas que tenemos los dos son nulas. Terriblemente nulas.

En la cocina, no muy lejos de mí, mis compañeros se afanan en cortar verduras, limpiar pescado y filetear carne mientras sonrían y bromean.

¡Si ellos supieran lo que yo sé, quizá sus sonrisas no serían tan amplias!

Sobre las once llega el jefe. Lo miro. Uyyy, qué mala cara tiene y,

tras intercambiar una significativa mirada con Ricardo, el vello se me pone de punta. Malo..., malo... Después de unos minutos nos hace pasar a todos a su despacho y, ¡zaparrás!, suelta el notición: cierran el restaurante para finales de mes.

La cara de mis compañeros es de alucine total. Vamos, como la mía cuando me lo contó Joaquín o la de Ricardo cuando se lo he contado yo. Pero ahora es real. Es cierto. No es una suposición. ¡Me quedo sin trabajo!

Pero, vamos a ver, ¿cómo alguien puede ser tan descerebrado como para jugarse lo que le da de comer al póquer?

Tras la noticia, mis compañeros lloran, se desesperan, gruñen y se enfadan, mientras que yo, por increíble que parezca, permanezco callada junto a Ricardo y ambos solamente resoplamos. Veinte minutos después, agotada de resoplar, envío un wasap a mis amigas Yanira, Ruth, Tiffany y Valeria, en el que pongo: «Me cago en mi jefe. Me quedo sin trabajo».

Durante el resto del día, el ambiente en la cocina del restaurante es raro. Todos estamos afectados por el cese del negocio y cuando, a las nueve, cuelgo mi delantal, miro al pobre de Ricardo. Él me sonrío apenado y me voy.

Al llegar a casa, Alicia, que es quien cuida a Candela mientras yo trabajo, me indica que la pequeña ya está dormidita en su habitación.

Una vez Alicia se marcha, entro a ver a mi Gordincesa y, tras darle un besito en la frente y comprobar que todo está bien, salgo de la habitación con cuidado de no despertarla.

Veinte minutos después, cuando me he puesto cómoda y con el mando de la tele busco algo que atraiga mi atención, suena el timbre de la puerta. Miro el reloj: son las diez y cinco. ¿Quién será a estas horas?

Sin muchas ganas, me levanto del sillón y sonrío al abrir la puerta: mis locas amigas están aquí. Yanira se quita la peluca negra, que se pone para que nadie la reconozca, y dice enseñándome una botellita de vino:

—¡Ya está aquí el equipo de rescate!

Entre risas, y sin levantar la voz para no despertar a Candela, Yanira, Tiffany y Ruth entran en mi salón mientras yo murmuro:

—Sin trabajo, ¡me voy a quedar sin trabajo!

Me desespero. Cada vez que lo pienso, ¡me desespero más!

—No te preocupes, cuqui —me consuela Tiffany—. Seguro que encuentras algo infinitamente mejor para ti.

Nos sentamos en el sofá mientras Ruth saca unas copas de mi

mueblecito. Una vez las deja sobre la mesita baja, Yanira abre el vino y las llena al tiempo que me cuentan que Valeria se ha ido unos días con su amor a Canadá y Tiffany me pone un audio en el que mi loca amiga me envía besos y todo su apoyo. Lo escucho encantada. ¡Valeria es la leche!

Cuando termino de escucharlo, emocionada les cuento lo ocurrido y siento que la situación puede conmigo.

—Ah, no..., eso no —me anima la incombustible Ruth—. Si algo he aprendido es que en la vida, ante las adversidades, siempre hay que ser positiva. Además, mientras nosotras y nuestros maridos estemos en este mundo, ni a ti ni a tu pequeña os va a faltar de nada, ¿entendido, Coral?

—Lo sé —susurro agradecida.

Sé que todos ellos me quieren tanto como yo los quiero a ellos, pero no me gusta abusar.

Yanira, que me conoce muy bien, sonrío, y Tiffany me abraza y dice:

—Aísss, tontusita, sonrío, que si tú no sonríes, ninguna de nosotras es feliz.

Oír eso hace que vuelva a emocionarme. Tengo a las mejores amigas/hermanas que nadie podría tener.

Entonces Yanira, que es doña planes, dice, haciéndonos reír a todas:

—Tal y como yo veo las cosas, tu nueva situación requiere un buen plan.

—Tú y tus planes... —me mofo secándome las lágrimas.

—Plan A: encontrar otro trabajo mejor. Plan B: tomarse un descanso de unos meses, que te vendrá de lujo para recuperar fuerzas. Plan C (éste es muy interesante): abrir tu propio negocio de repostería como siempre has querido. Y plan D: volver a trabajar con Joaquín y el mal hablado de su socio y...

—O plan E —añade Tiffany—: conocer a un cuquisimo a la par que increíblemente caballero que bese por donde pises y te haga locamente feliz.

Al oír eso, todas la miramos. ¡Me parto con la Cuqui! Y, divertida, pregunto:

—¿Hay algún hermano Ferrasa libre? Porque, si es así, dadme las coordenadas, que voy a cazarlo a toda leche.

Ruth, Yanira y Tiffany, que están felizmente casadas con los románticos y protectores Ferrasa, sonrío y yo cuchicheo divertida:

—De acuerdo..., no hay ninguno libre, por tanto, ¡plan E, descartado!

—De los planes que ha dicho Yanira —señala Ruth—, los que me parecen mejores son el B y el C. Te tomas un tiempo libre, descansas, te deshaces de esas ojeras y, una vez con fuerzas, buscamos un local en el mejor sitio de Los Ángeles y abres tu propio negocio de repostería.

—Me superencantaaaaaaaaaaaaa —aplaude Tiffany—, y podría llamarse Las Delicias de Coral. ¡Qué buena idea!

—¿Las Delicias de Coral? —pregunta Yanira, muerta de risa.

—O mejor —insiste Tiffany—: Los Placeres de Coral.

—Suenan un poco guarrete, ¿no? —me mofo.

Todas reímos, y luego Tiffany insiste:

—Con nuestros contactos, podríamos conseguir que tus divinas tartas y tus increíbles dulces se sirvieran en los mejores restaurantes de Los Ángeles. ¡Cuqui, piénsalo!

—Yo lo veo —afirma Yanira.

—Y yo —añade Ruth.

No digo nada. No puedo, mientras las tres me miran a la espera de que diga algo.

No es la primera vez que mantenemos esa conversación. Me han ofrecido el dinero que necesito para comenzar esa aventura, pero no lo he aceptado. Tengo miedo de fracasar, aunque sé que ellas lo hacen de todo corazón y nunca me lo reclamarán.

—Chicas..., ya sabéis lo que pienso.

—Y tú ya sabes lo que pensamos nosotras —protesta Yanira—. Mira, cabezota, lo mío es tuyo.

—Dios, ¿el buenorro de Dylan es también mío? —pregunto divertida para quitarle hierro al asunto al recordar a su marido.

Yanira me tira un cojín y cuchichea:

—Comecienta, mi marido es mío y sólo mío, pero el resto es de las dos, y sabes que sin ningún problema puedo invertir en...

—Lo sé..., lo sé... —la corto—. Pero ¿cuándo vais a entender que no quiero jugar con vuestro dinero? Si sale mal..., yo... yo... ¡me muero!

Mis tres amigas ponen los ojos en blanco y sacuden la cabeza.

—Mira, Coral —dice Ruth a continuación—, no va a salir mal porque eres muy buena en lo tuyo. Haz el favor de ser positiva y no olvides que la positividad llama a la positividad.

—Lo intento..., pero es que sería vuestro dinero el que invertiría en un principio y...

—Una vez me dijiste que admirabas mi fuerza —me corta Ruth—. Pues bien, esa fuerza la tienes tú también. Tienes una hija por la que luchar como yo tenía a mis hijos antes de conocer a Tony. Entiendo tus miedos y tus inseguridades, yo también los tenía, pero cuando la vida te echa un cable, como el que te estamos tendiendo nosotras, debes aceptarlo. Y debes aceptarlo por ti y por Candela. Olvídate de remilgos y déjanos ayudarte como tú nos ayudas a nosotras siempre con tu cariño y tus sonrisas.

—Muy bien dicho, cuñada. —Veo que Yanira sonrío.

—¡Qué bien hablas, cuqui! —afirma Tiffany.

Sonrío. No lo puedo remediar.

Las tres, junto a Valeria, son una preciosa y maravillosa parte de mi vida, y mi familia, por lo que al final, encogiéndome de hombros y dispuesta a replantearme el tema, digo con seriedad:

—De acuerdo. Lo pensaré y lo pensaré en serio.

Mis locas sonrío y, cuando levantamos la copa para brindar, miro a mi amiga Yanira y le pregunto con complicidad:

—¿Me la cantas?

Ella se ríe. Ruth también. Nunca olvidaré el día que esta última nos contó que Tony le había cantado esa canción al piano, y yo, al escucharla, me enamoré de ella. Tiffany y Ruth insisten en que lo haga.

Se titula *No existen límites*,^[1] de mi romántico Luis Miguel, y Yanira, tras aclararse la garganta, comienza a interpretarla.

Como una tonta, la escucho mientras la canta con un arte impresionante y, como siempre, mi amiga consigue que el vello de todo mi cuerpo se erice según avanza el tema y su torrente de voz me inunda. Tiffany, Ruth y yo la escuchamos con atención; ¡qué bien canta y qué increíble y romántica canción!

Cierro los ojos. Me derrito con lo que la letra me provoca. Vale. No tengo novio. No tengo a ese alguien especial para bailarla, pero me gusta. Adoro esa canción.

Cuando acaba, las tres aplaudimos como locas, mientras mi rubia amiga ríe y se acerca a mí, me abraza y dice:

—Te quiero, tonta..., te quiero mucho.

Repuestas de nuestro romántico momento musical, comenzamos a hablar de Joaquín y de su inminente boda con Agustina en Perú y, entre pucheros, les comento que me preocupa el mes y medio que voy a estar separada de Candela.

Mis amigas rápidamente me hacen ver que he hecho bien dejando que mi pequeña se vaya con su padre. Joaquín nunca ha puesto objeción a que yo me lleve a mi Gordincesa a Puerto Rico cuando todas vamos a casa de Anselmo Ferrasa o a España para ver a mi familia.

Tras mucho hablar, me doy cuenta de que he hecho bien. Candela tiene un padre y, como tal, es normal que él quiera disfrutar de ella.

Esa madrugada, cuando se marchan las chicas y me meto en la cama, me duermo como un ceporro. Eso sí, como un ceporro feliz.



A finales de agosto, el restaurante cierra.

Ya lo tengo tan asumido que no me impresiona. Eso sí, qué penita despedirse de los compañeros y qué llantinas que pillamos algunas, entre ellas yo, que me apunto a todos los lloros. Vamos, ¡que soy de lágrima fácil!

Decirle adiós a Ricardo, mi compañero, me apena. Es un increíble repostero y una buena persona que adora a su mujer y a sus cinco hijas, y nunca he trabajado con tanta complicidad con nadie como lo he hecho con él. Por eso, tras darnos dos besos, lo miro y digo:

—Escucha. Me estoy planteando abrir algo mío dentro de unos meses. Si para entonces no tienes nada y quieres volver a trabajar conmigo, yo...

—Llámame si lo haces —afirma él con una sonrisa—. Me encantará volver a trabajar contigo, ¡me gustas como jefa!

Ambos sonreímos. Sin duda él también ha sentido esa complicidad y, tras abrazarnos y decir adiós al resto, cada uno se marcha por su lado.

A partir de ese instante, aprovecho para disfrutar de mi hija como no he podido hacer por horarios de trabajo hasta el momento y prescindo de Alicia.

Vamos a la playa, quedo con mis amigas y sus hijos para ir de compras, la acompaño a los cumpleaños a los que la invitan. Otros días la llevo al tiiovivo que tanto le gusta, a la playa a jugar con el cubo y la pala y, los días que no salimos de casa, hago con ella los pasteles que me pide. Eso sí, la cocina queda hecha un cristo, pero no importa: cuando Candela se acuesta, me doy el jupe del siglo y todo vuelve a quedar niquelado.

Una de las tardes, cuando estoy con mi hija en la playa, me subo las gafas de sol a la cabeza para rascarme un ojo y, al hacerlo, me fijo en la

terrazza que hay a la derecha de la mía y me quedo sin palabras cuando reconozco a Andrew.

Pero ¿desde cuándo es mi vecino?

Mientras estoy sentada en la orilla con mi hija haciendo churritos con la arena y mi pequeña disfruta de lo que hace, yo disfruto de las vistas. Andrew sin camiseta y con el vaquero medio caído es una delicia para la vista. Ver sus duros abdominales me hace recordar la noche que tuve con él, tiempo atrás, y me reseca hasta el alma.

Con disimulo, pues él no ha reparado en mí entre la gente, lo observo teclear algo en su móvil, cuando de pronto aparece una chica tras él, por supuesto pelirroja, lo agarra por la cintura y veo que sonrío.

Vaya..., el Caramelito no pierde el tiempo.

Como era de esperar, la chica es un pibón de esos con los que siempre lo veo marcharse de los conciertos o los eventos: piernas kilométricas, cara perfecta, pechos prominentes, pelo largo. Va vestida con una camisa azul entreabierta, ya imagino por qué...

Dejo de mirar y vuelvo a centrarme en Candela, pero como soy una cotilla redomada, con más disimulo que antes, me bajo las gafas de sol para que no se me vean los ojos y observo de nuevo la terraza del apartamento.

En ese instante, la chica enreda los dedos en el pelo de Andrew y él, olvidándose del móvil, la agarra, la mira, la aprieta contra sí y la besa.

—Ay, Diosito —murmuro para mí.

El beso se prolonga, se intensifica, mientras observo que las manos de él pasean por las largas piernas de ella hasta que la coge en brazos y desaparecen en el interior del apartamento.

Asiento acalorada, miro a mi hija y ésta parece saber lo que necesito, pues veo que me observa y pone sus morretes ante mí.

—Mami, mua —dice.

Sin dudarle, le doy el beso que me pide y, cuando me separo de ella, susurro con una sonrisa:

—Gordincesa..., sigue llenando el cubito de arena, mi amor.

¡Agua!

Eso es lo que necesito yo para enfriarme después de lo que he visto. El beso de mi hija me ha llegado al alma, pero el de la terraza de mi vecino me ha removido lo no mencionable.

Me viene a la mente el buen recuerdo que el bombón de Andrew dejó

en mí, y maldigo al darme cuenta de lo imbécil que soy.

Vuelvo a mirar hacia la terraza. No hace falta ser muy listo para saber lo que está ocurriendo en el interior de la casa en este instante. Sigo mirando. No se ve nada. Pero ¿qué espero ver?

Finalmente, y con la boca reseca por lo que eso me provoca, me levanto, cojo a mi hija en brazos y me meto en el mar, donde Candela ríe a carcajadas y yo me olvido del resto del mundo.

A partir de ese día, me encuentro con Andrew en todos lados: en el portal de la casa, en el aparcamiento, en la playa. Eso sí, al igual que yo voy acompañada por mi Gordincesa, él siempre va acompañado de una mujer diferente. Aunque todas ellas pelirrojas.

Cuando nos vemos, no nos paramos a hablar, no somos tan amigos, pero ambos sabemos que nos saludamos con la mirada.

Sin lugar a dudas, él sigue su vida y yo sigo la mía. Lo que ocurrió en el pasado, como su nombre indica, pasado está y, aunque yo lo recuerde, seguro que él ya lo ha olvidado.

Una noche, a las cuatro de la madrugada, Candela se despierta llorando desconsoladamente. Asustada, voy a su habitación y veo que mi niña ha vomitado en la cama.

—Pero ¿qué te pasa, mi amor?

Candela no responde, llora y me agobio.

Rápidamente encuentro el chupete y se lo pongo. Pero, cuando voy a cogerla en brazos para cambiarle el pijama, me doy cuenta de que está ardiendo.

Del agobio paso al pánico.

La fiebre me asusta y, tras coger el termómetro digital y ponérselo, casi grito cuando veo que tiene cuarenta de fiebre. ¡Cuarenta!

Angustiada, aterrorizada y espantada, corro a por el antitérmico. Candela es una niña muy sana y nunca ha tenido tanta fiebre.

Una vez consigo que la pequeña se trague el medicamento, le cambio el pijama húmedo por uno seco y limpio y, con el corazón a mil, me la llevo a mi habitación mientras digo:

—Tranquila, cariño, mami se va a vestir y te va a llevar al médico, ¿vale?

—El teteeeeeeeeeeeeeeeeeeeee —grita ella cuando éste se cae al suelo.

Rápidamente lo cojo, lo dejo sobre la mesilla para lavarlo y saco otro chupete de emergencia que tengo en el cajón. Se lo pongo, pero mi

Gordincesa llora y llora y llora como nunca en su vida. Tiene el rostro congestionado de tanto llorar, y creo que, si sigue así, me voy a poner a llorar yo también. Pero ¿qué le ocurre?

Intento dejarla sobre la cama y no hay manera Candela se agarra a mí como un monito y no quiere que la suelte. Trato de vestirme con ella encima pero es complicado, por no decir imposible. Yo duermo en bragas y camiseta de tirantes y así no puedo ir a urgencias. Finalmente, tras hacer muchos equilibrios, cuando por fin la niña me da un respiro, rápidamente me visto casi a oscuras, aunque antes de acabar vuelve a vomitar sobre mi cama.

—Ay, cariño..., no te preocupes..., no te preocupes...

—El tete..., el teteeeeeee... —dice ella en medio del vómito.

—Un momento, cariño..., mamá tiene que lavarlo.

Sin importarme lo que se ha ensuciado, atiendo a mi niña, corro de nuevo a su habitación y la cambio otra vez de pijama mientras no dejo de hablarle para que se tranquilice y al tiempo me digo que quien ha de tranquilizarse soy yo.

—El teteeeeeeeee —insiste ella.

Cuando por fin acabo y salgo al salón temblando con Candela en brazos, cojo el bolso, lo abro y saco otro chupete (¡será por chupetes!). También cojo las llaves del coche. De los nervios, se me resbalan de las manos y se me caen al suelo. Me agacho y, al levantarme, me doy con el pico de la mesa en la cabeza.

—¡Ayyyyy!

¡Qué dolor..., qué dolor!

La niña se asusta y llora más, y yo, con ella en brazos, no puedo tocarle la cabeza. ¿Me la habré abierto?

Sin importarme mi dolor, me apresuro a salir de casa y corro por el portal, donde choco con una pareja. Sin mirar, sigo mi camino a toda prisa hasta que noto que alguien me agarra del brazo y, al levantar la cabeza, me encuentro con Andrew.

—¿Qué te ocurre?

Ver una cara amiga en ese momento me reconforta.

—Candela..., mi hija, tiene mucha fiebre y voy a llevarla a urgencias —respondo preocupada.

Veo cómo Andrew nos mira a las dos y después mira a la pelirroja despampanante con más curvas que el muñeco de Michelin que está a su

lado y, sin darme opción, dice:

—Vamos. Yo te llevo. Estás demasiado nerviosa para conducir.

Su mirada pasa de mí a ella, y entonces lo oigo decir:

—Preciosa, mañana te llamo.

La tal «preciosa» me observa con ganas de degollarme, pero a mí me da igual: que me degüelle si quiere, pero que se espere a que mi hija esté en el médico.

—Pero, Andrew, ¿cómo regreso a casa? —protesta.

Andrew me quita entonces las llaves del coche de las manos y dice:

—Iremos en mi coche. Vamos. —Luego, mirando a la atontada con cara de haber chupado un limón, añade—: Ven con nosotros. Te acercaré a una parada de taxis.

Asiento, no rechisto y lo sigo hasta su vehículo. No sabía que tenía coche, y me meto atrás con mi pequeña, que sigue con el hipo y sus lloros desconsolados. Me agobio. No ha servido de nada haberle dado el antitérmico: lo ha vomitado y, por miedo, no he querido darle más. ¿Habré hecho bien o mal?

Una vez informo a Andrew del hospital al que tiene que llevarme, en silencio él conduce hasta que ve una parada de taxis, se detiene e indica con rudeza:

—Bájate aquí.

La atontada pestañea, se acerca a él, le da un beso en los labios y, pasados dos segundos, yo grito furiosa:

—¡Joder! ¿Quieres hacer el favor de sacar la lengua de su boca y bajar de una santa vez tu culo del coche? ¡Tengo que llevar a mi hija a urgencias!

La reacción de aquélla es rápida. Se baja con su gesto agrio y Andrew arranca a toda pastilla, mientras yo sólo tengo ojos para mi niña y no paro de acunarla, de hablar con ella y darle mimos.

Al llegar al hospital, Andrew detiene el coche en la misma puerta de urgencias, y yo, sin decir nada, abro y bajo a toda leche. Quiero que atiendan a Candela.

Por suerte, no hay ningún niño esperando, y el pediatra de urgencias nos atiende nada más llegar. Le explico lo que ha pasado mientras le hace un reconocimiento rápido. Entonces, el médico me tranquiliza y me dice que Candela está bien, pero que tiene placas de pus en la garganta y eso le ha hecho tener tanta fiebre.

Una enfermera le da a mi Gordincesa de nuevo el antitérmico. A mí me tiembla todo, tanto, que hasta el pediatra me pregunta si estoy bien. Asiento.

Afortunadamente, el rostro de Candela vuelve a recobrar el color segundo a segundo, y creo que el mío también. Cuando, media hora después, salgo de la consulta con ella dormida en brazos, me sorprende al ver a Andrew esperando en la salita.

Al verme, se acerca a mí y, quitándome a la niña de los brazos, pregunta con cautela:

—¿Está bien?

Digo que sí con la cabeza. Ni siquiera tengo voz. Me siento en una silla y tomo aire.

Nunca, desde que Candela vino al mundo, había pasado tanto miedo y, a punto de llorar, murmuro:

—La fiebre tan alta es porque tiene placas en la garganta, pero... pero... está bien.

Se sienta a mi lado. No me toca, pero tiene a mi hija dormida en sus brazos para que yo pueda moverme. Desesperada, me llevo las manos a la cara. Dios..., Dios..., ¡qué susto he pasado! Y, anhelando una muestra de cariño, lo miro y digo:

—Necesito un abrazo; ¿puedes dármelo, si no es mucho pedir?

Andrew me mira. Intuyo que no le hace gracia, pero pasa su mano libre por mis hombros y, al acercarme a él, siento que recoge todo mi cuerpo.

—Vamos..., vamos... —me tranquiliza—, tu hija está bien.

Se lo agradezco. Le agradezco infinitamente ese gesto e, intentando sonreír, a pesar de que tengo los ojos llenos de lágrimas, susurro:

—Gracias..., estaba tan nerviosa que si hubiera cogido el coche creo que... creo que... Pero bueno... —digo al fijarme en la etiqueta de mi camiseta, que sobresale—, ¡si llevo la camiseta del revés!

Siento que Andrew sonrío y, soltándome, replica:

—Respira y relájate. Lo de la camiseta es remediable. Cuando estés mejor, nos levantaremos y regresaremos a casa; ¿de acuerdo, Coral?

Asiento de nuevo. Es la primera vez que me llama por mi nombre, y me sorprende. Luego miro mi camiseta y sonrío. ¡Me importa un comino!

—De acuerdo —digo.

Una hora después, al llegar frente a mi puerta, me doy cuenta de que,

con los nervios, no he cogido las llaves de casa, sino sólo las del coche. Miro a Andrew con cara de circunstancias y murmuro:

—No me vas a creer, pero no tengo llaves de casa —y, antes de que él diga nada, añado—: Pero, tranquilo, saltaré de tu terraza a la mía, forzaré el ventanal y entraré.

Él me observa boquiabierto y, cogiéndome del codo, contesta:

—Ven. Pasemos a mi casa y olvídate de saltar terrazas. Yo lo solucionaré.

Me río y se ríe. Con Candela en brazos, veo que se saca las llaves del bolsillo delantero del pantalón y entonces explica:

—Era la única casa que le quedaba al casero con vistas y salida a la playa. Y si no te he dicho nada ha sido porque no quería molestarte. No me gusta ser un vecino pesado.

No respondo. No somos amigos como para que hubiera tenido que decirme algo. Dejo que Andrew abra la puerta y entramos en la casa, que es igual que la mía.

Una vez dentro, me encuentro con el apartamento lleno de cajas. Sin duda sigue con la mudanza.

Entonces me sorprendo al ver cómo lleva con cuidado a Candela hasta su habitación y la deja sobre su cama perfectamente hecha. Luego compruebo que se apresura a colocar unos cojines a los lados para que la niña no se caiga, lo que llama mi atención. Mientras salimos al salón, me explica:

—Tengo amigas que tienen hijos y esto es algo que siempre hacen cuando se quedan dormidos en casa de cualquiera.

Asiento. Mejor no preguntar por esas amigas. Entonces, me miro en un espejo y veo mi coleta alta medio deshecha. Rápidamente, me suelto mis cuatro pelillos y me los recoloco. Por Dios, pero ¿cómo he podido salir a la calle con estos pelos?

Al tocarme la cabeza, noto un dolor que me hace encogerme y, al recordar el golpazo que me di, le pregunto a Andrew mientras me acerco a él:

—¿Tengo algo aquí?

Desde su altura, Andrew se acerca para mirar mi cabeza y, de pronto, tocándome, dice mientras me encojo:

—Menudo chichón. Pero ¿cómo te has hecho esto?

—No preguntes. Mi noche ha sido completita.

—Iré a por hielo.

Cuando él se va, de pronto me fijo en una foto que hay sobre la bonita chimenea y, tras aproximarme a ella, veo a Andrew con varias personas. Todos están subidos a lomos de varios caballos y llevan sombreros vaqueros.

No me digas..., no me digas que esos andares tan chulos suyos son ¡porque es cowboy!

En ese instante, entra en el salón con un pañuelo con hielo dentro y, cuando me lo pone en la cabeza, pregunto divertida:

—No me digas que eres un vaquero...

Sonríe, mira la foto que está ante nosotros y responde:

—Mi familia es de Wyoming. Tenemos un rancho y...

—Ya decía yo que esas piernas arqueadas y tu forma de caminar me recordaban a los vaqueros de las películas.

Andrew sonríe, sacude la cabeza e indica:

—Haz el favor de no quitarte el hielo del chichón. Eso bajará la inflamación.

Incrédula por lo que acabo de descubrir, voy a decir algo más cuando él se me adelanta:

—No sé si me gusta más tu zapatilla azul o tu zapatilla roja.

Olvidándome de la foto y de los vaqueros, miro mis pies. ¡Pero ¿qué me he puesto?! Me dispongo a protestar al ver que llevo una zapatilla de cada color, textura y modelo, cuando él dice:

—Pero te quedan muy bien. Crearás tendencia, ¡ya lo verás!

Sonríe. Camiseta del revés, zapatillas diferentes, pelos de loca y sin gota de maquillaje. ¡Viva mi glamur! Sin duda, peor pinta no puedo tener.

—¿Quieres algo de beber? —me pregunta entonces.

Compruebo el reloj: son las seis menos veinte de la madrugada. A continuación, me encojo de hombros y contesto:

—Mira, después de la novecita que llevo, creo que una cervecita no me vendrá mal.

Él sonríe, se da la vuelta y desaparece por la puerta de la cocina. Me miro al espejo. Mis pintas me hacen saber que ¡soy el antimorbo! Y, al ver que me he quedado sola, rápidamente dejo el pañuelo con hielo sobre una mesa, abro la puerta de la terraza, me subo a la barandilla y, con agilidad, salto a mi terraza. No hay peligro. Está, como mucho, a dos metros de la arena de la playa.

Una vez allí, me agacho para hacer palanca en la puerta corredera y de pronto oigo:

—Pero ¿no te he dicho que no saltaras?

Al mirar, veo que Andrew deja dos cervezas sobre una mesita que tiene en su terraza y sonrío al ver lo serio que está. Él no.

El sonido de un clic me hace saber que he conseguido desbloquear la puerta corredera y, guiñándole el ojo, digo mientras me incorporo y abro la puerta de mi salón:

—Mi tío es cerrajero y me enseñó cientos de truquitos.

—Ya veo..., ya...

—Dame un segundo, que voy a coger las llaves.

—Vale. Pero entra luego por la puerta, ¿entendido?

No contesto. Entro en mi salón, veo las llaves sobre la mesa y las cojo.

Me miro en el espejo y blasfemo, pero no es momento de querer parecerme a Beyoncé cuando soy el vivo retrato de Fétido de la familia Addams. Así pues, convencida de que el mal mayor ya está hecho, vuelvo a salir a la terraza y hago el mismo recorrido que segundos antes. Cuando poso los pies en su lado, cojo una de las cervezas que él ha dejado sobre la mesa y grito sentándome en una silla:

—¡Estoy aquí!

Oigo la puerta de la calle cerrarse y, cuando Andrew aparece ante mí con gesto duro, gruñe poniéndome el pañuelo con hielo sobre el chichón de mi cabeza:

—¿Te has propuesto que regresemos al hospital, esta vez por tu inconsciencia?

—No seas exagerado, que vivimos en una primera planta. —Al ver que no sonrío, insisto—: Venga, vaquero..., no te enfades, pero sé apañármelas solita, aunque te estoy muy agradecida por lo que has hecho por mí y te debo una. Por cierto, me siento fatal por haberte jorobado la noche con la pelirroja.

Por fin veo que sonrío. Se sienta en la silla que hay frente a mí y, tras dar un trago a su cerveza, replica:

—No te preocupes. Mañana la llamaré.

—Pero si tú no repites.

Nada más decir eso, me doy cuenta de lo terriblemente bocazas que soy. ¿Por qué he tenido que decir eso otra vez?

—Y no voy a repetir —asegura él entonces—. No llegó a mi cama.

Asiento. Ahora la que bebe cerveza soy yo, mientras que él sigue sonriendo; ¡será canalla!

Durante unos segundos ambos permanecemos en silencio. Comienza a amanecer. Las vistas desde nuestros apartamentos son impresionantes y, para cambiar de tema, señalo:

—Bonito, ¿verdad?

Andrew mira hacia el mar, que poco a poco se ilumina, y afirma:

—Precioso. Por eso elegí este apartamento. Las vistas son las mejores.

En silencio, vemos cómo amanece lentamente. Ver nacer un nuevo día y contemplarlo en primera fila es increíble y, tras levantarme de la silla, apoyo los codos en la barandilla y murmuro:

—De donde yo vengo, los...

—¿De donde tú vienes? —me corta—. ¿De dónde eres?

Sonríó al ver que no sabe nada de mí; ¡qué poco le intereso!

—Soy española. Concretamente, de una maravillosa y preciosa isla llamada Tenerife, a la que adoro y añoro a menudo.

—Yanira también es de allí.

—¡¿No me digas?! —me mofo.

Andrew sonrío, y lo hace de tal manera que presiento que el hecho de que sea mi vecino va a ser una tortura.

—Somos amigas de toda la vida —continúo—, y te aseguro que nos han pasado cientos de historias hasta llegar aquí, a Los Ángeles.

—Me encantaría oír esas historias.

Lo miro divertida y, tras suspirar, comento:

—Seguro que te aburren.

—Lo dudo, pareces divertida —responde sorprendiéndome.

De nuevo, los dos nos quedamos contemplando el mar en silencio, hasta que digo:

—La primera noche que dormí aquí con mi Gordincesa no podía conciliar el sueño. Salí a la terraza, me senté en el suelo y, sumida en mis pensamientos, vi amanecer. Ese día me enamoré de estas vistas, recordé mi precioso Tenerife y me juré que nunca dejaría de mirar el mar.

Noto entonces que Andrew se levanta, con el rabillo del ojo veo que se pone a mi lado y, apoyándose en la barandilla como yo, pregunta:

—¿No has pensado regresar a tu tierra?

—Sí. Claro que lo he pensado, pero es complicado. Aquí tengo oportunidades de trabajo que allí sé que no voy a tener y, además, aquí está el padre de Candela, y siento que le debo a la niña la oportunidad de vivir cerca de él también.

—Eso es muy consecuente por tu parte. No creas que todas las mujeres piensan así.

Me encojo de hombros y respondo con una sonrisa:

—Joaquín es una buena persona y un buen padre, aunque lo nuestro no funcionó. Ahora se va a casar con su novia y sólo espero que sea muy feliz y le dé los hermanitos a Candela que yo nunca voy a darle.

—¿No quieres tener más hijos?

—No.

—¿Por qué?

—Porque con una tengo bastante, te lo aseguro.

—Y ¿por qué tienes tan claro que no habrá más?

—Porque sí. Soy algo bruja.

Mi respuesta lo hace reír, y a continuación insiste:

—¿Y si conoces a alguien?

Volviéndome hacia él para mirarlo directamente a los ojos, replico:

—Dudo que alguien me soporte más de tres citas o que yo lo soporte a él. Prefiero ocupar mi tiempo pensando en otras cosas, entre ellas, mi Gordincesa.

—¿Por qué la llamas *Gordincesa*?

Su pregunta me hace sonreír y, tras guiñarle un ojo, respondo:

—Porque es mi gordita princesa. Es un término íntimo y cariñoso entre nosotras, parecido a ese *preciosa* con el que llamas tú a tus ligues. Por cierto, hablando de tus ligues, la pelirroja de esta noche tiene una cara de agría que no puede con ella.

Andrew sonrío y, evitando hablar de aquélla, murmura:

—No creo que tú utilices ese término del mismo modo que yo.

—¿Ah, no?

—No.

—Y ¿por qué no?

El bombonazo que está ante mí se retira su moreno pelo de la cara y, ladeándose como yo, me mira e indica mientras coloca de nuevo el hielo en el chichón:

—Si las llamo *preciosas* es porque no suelo prestar mucha atención a

sus nombres. Cuanto menos sepa de ellas, mejor, y sé que *preciosa* es un término que a las mujeres os suele gustar, ¿verdad?

Incrédula por su poca vergüenza, lo miro y afirmo sonriendo:

—Serás canalla...

Andrew sonrío a su vez y, antes de que yo diga nada más, añade:

—Te aseguro que nunca le doy falsas expectativas a una mujer, porque antes de tener nada con ella siempre digo eso de...

—Yo nunca repito —termino la frase por él.

De nuevo soy una bocazas, ¡mierda..., mierda...!

—¿Lo ves? —dice él entonces—. Tú lo recuerdas. Captaste el mensaje aquella noche, como lo captan todas las demás.

Lo capté. ¡Claro que lo capté! Y, ahora que me doy cuenta, recuerda haber pasado la noche conmigo; ¿será eso bueno? Entonces, intentando parecer una mujer tan fría en cuestión de sentimientos como él, afirmo:

—¿Sabes?, yo ese tema lo llevo de diferente manera.

—¿El tema sexual? —pregunta abiertamente.

Asiento. En menudo berenjenal me estoy metiendo y, tras dar un trago a mi cerveza, explico:

—En mi caso, si me gusta el tipo en cuestión, repito, única y exclusivamente pensando en mí y sin esperar nada a cambio. Si algo he aprendido en este tiempo es a ser egoísta en el sexo y en otras cosas.

Andrew escucha lo que digo y al final, asintiendo, replica:

—Pues yo me di cuenta de que era mejor no repetir. Las mujeres tenéis un sentimiento de la propiedad muy arraigado, y si sales con algunas dos veces creen que ya les perteneces. Hay mujeres que, tras cuatro citas, ya planean boda, hablan de hijos y se ven con un monovolumen y perro. Yo no quiero eso, y por ello dejo claras mis intenciones antes de acostarme con ellas y les doy la opción de decidir. No quiero líos.

—Pues haces bien..., muy bien —afirmo. Andrew asiente, y yo, sintiéndome como una devorahombres, insisto—: Por suerte, los hombres con los que me acuesto suelen buscar lo mismo que yo: sexo sin complicaciones. Además, el hecho de que tenga una hija es un hándicap, suele asustar y...

De pronto, un ruidito llama mi atención y, alertándome, pregunto:

—¿Has oído eso?

Ambos nos quedamos callados y, pasados unos segundos, finalmente

Andrew responde:

—Sólo oigo el rumor del mar.

De nuevo, el ruidito taladra mi cabeza y, dejando la cerveza sobre la mesa de la terraza, lo miro y digo:

—Oye, voy a entrar en tu habitación para ver cómo está mi niña. Creo que se ha despertado.

—Pero si duerme como un tronco.

Yo niego con la cabeza y juntos entramos en el salón, donde veo que Andrew deja el pañuelo con hielo sobre una especie de fuente. De allí nos dirigimos a la habitación y, al mirar por la rendija abierta de la puerta, observamos que mi pequeña está sentada sobre la cama, con su chupete puesto, mirando a su alrededor.

Andrew me mira sorprendido.

—¿Cómo lo sabías? —pregunta.

Yo suspiro y sonrío.

—Soy mami, y las mamis sabemos muchas cosas, además de tener un sexto sentido.

Divertida, abro totalmente la puerta y mi niña sonrío al verme. Sin duda está muchísimo mejor y, tras quitarse su «tete» de la boca, exclama levantando los bracitos hacia mí:

—¡Mamiiiiiiiiiii!

Me apresuro a acercarme a la cama, la cojo y, apoyando los labios sobre su frente, como hacía mi madre conmigo cuando era pequeña, compruebo que su temperatura sea normal. Lo es, y respiro aliviada. Andrew se acerca a nosotras y, tras decirle cuatro palabras a Candela, consigue que ésta quiera ir a sus brazos. Eso no me sorprende: mi Gordincesa es una niña muy sociable, y sé por mi amiga Ruth que a Andrew siempre le ha gustado jugar con sus hijos.

Durante varios minutos, mi muñequita nos regala sonrisas y palabras a medias que nos hacen sonreír. Andrew se presenta y ella lo bautiza como *Atu*. Él sonrío al oírlo y, cuando mi niña bosteza, digo:

—Creo que ha llegado la hora de marcharnos.

Andrew me mira y, sonriendo, pregunta:

—¿Os vais saltando por la terraza o salís por la puerta?

Eso me hace gracia. Estoy descubriendo a un Andrew que no conocía.

—Espera, que lo pienso —murmuro sonriendo.

Divertido, él suelta una risotada mientras caminamos hacia la salida.

Una vez en el rellano, abro mi puerta y entonces oigo que Candela dice:

—*Atu*, mua.

¡Joder con la niña, qué buen gusto tiene! No cabe duda de que es mi hija.

Sonrío y miro a Andrew.

—Candela quiere un beso —le explico—. Un *mua* es un beso.

Sin dudarlo, él se dispone a besarla en la mejilla cuando la niña se quita el chupete, lo agarra de la cara y se lo planta en los morros.

Confirmado: ¡no me la cambiaron en el hospital al nacer! ¡Es mi hija!

Me entra la risa. Andrew sonrío también y, cuando la pequeña vuelve a ponerse el chupete y apoya la cabeza en mi hombro, digo:

—De verdad, muchas gracias por todo.

El bomboncito sonrío, y cierro la puerta de mi casa antes de que yo también decida plantarle un *mua* sin avisar. Que sí, que me conozco y sé que se lo planto como la digna madre de Candela que soy.

Una vez a solas en casa, beso a mi pequeña en su morena cabecita y, centrándome únicamente en ella, le preparo un vaso de leche calentito, quito las sábanas de su camita y, tras poner unas limpias, la acuesto.

Como es de esperar, se duerme rápidamente. Entonces apago la luz y me encamino a mi habitación. El pestazo a vómito al entrar es increíble, por lo que abro la ventana. Al hacerlo, me doy cuenta de que Andrew sigue mirando el amanecer desde su terraza, y decido observarlo oculta entre mis cortinas mientras la canción *No existen límites*^[2] suena en mi cabeza.

Me quedo atontada mirándolo durante más de cinco minutos, hasta que me convengo de que no debo pensar en algo que nunca será, porque con él sí hay límites. Así pues, me doy la vuelta, cambio las sábanas de mi cama y me acuesto. Creo que me quedo dormida antes incluso de apoyar la cabeza sobre la almohada.



Estoy contenta.

Candela se ha recuperado del todo de sus placas, he adelgazado un kilo sin saber cómo, porque sigo comiendo como siempre, y mi relación con el Caramelito es amistosa.

¿Se puede pedir más?

Pero mi felicidad se empaña con el paso de los días. Se acerca septiembre, y eso significa que Joaquín se llevará a mi pequeña a Perú durante un mes y medio y no sé cómo lo voy a soportar.

Alguna que otra noche, Andrew y yo coincidimos en las terrazas y nos tomamos unas cervezas juntos mientras contemplamos el mar. Le comento la marcha de Candela durante tanto tiempo, y él me hace entender, como lo han hecho mis amigas, que mi manera de proceder es la ideal. Cada día me convenzo más de ello, a pesar de que sé que mi corazón lo va a sufrir.

Una de las tardes, termino de darle la comida a mi pitufa y la acuesto para que haga la siesta. Si hay algo que Candela no perdona es su siesta: en eso me ha salido muy española. Entonces, de pronto oigo una voz de mujer. Intrigada, busco el lugar de donde procede el sonido y, al entrar en mi habitación, la voz de aquélla se intensifica y caigo en la cuenta de que la habitación de Andrew y la mía sólo están separadas por una pared.

Vaya..., vaya..., ¡qué pared más indiscreta!

Incrédula, escucho cómo hacen lo que a mí me gustaría estar haciendo y, cuando no puedo más, salgo del cuarto y cierro la puerta. No quiero oír más.

De pronto suena mi móvil y corro al salón para cogerlo.

—Buenasssssss. ¿Cómo está mi amiga preferida?

Me alegra oír la voz de Yanira. La quiero con toda mi alma y,

dejándome caer sobre el sofá, respondo mientras bajo la voz:

—Que sepas que, en este mismo instante, el vaquero está echando un polvete en la habitación de al lado.

—Pero ¿qué me dices?

—Lo que has oído..., ¡que se oye todo! Vamos, que sólo me faltan las palomitas y las gafas 3D. —Yanira se ríe y yo protesto—: No te rías, tulipana. Como nunca había tenido vecinos en la casa de al lado, no sabía lo finas que eran las paredes, y uff...

—Respira, Coral. Como tú me dices, respira, que te estoy viendo venir.

—Joder, es que me está poniendo los dientes largos.

Yanira sigue riendo. Me conoce muy bien.

—Vamos a ver, entiendo que no sea cómodo oír eso de tu vecino, pero...

—He cerrado la puerta de mi habitación. Por suerte, si no afinó el oído no me entero.

Me río al decir eso, y Yanira prosigue:

—Bueno, en cuanto a la marcha de Candela, tranquila, todo va a salir bien, y la pequeña estará perfectamente. Sabes que Joaquín la tratará como tú o mejor, y...

—Lo sé —la corto—. Pero, Yanira..., ¿qué voy a hacer sin ella? Ahora que no tengo trabajo, ¿qué puedo hacer?

—¿Qué tal si te vienes a Puerto Rico con nosotros? Es el cumpleaños de la Tata y vamos a reunirnos todos allí en una fiesta sorpresa.

Suspiro. La Tata es la mujer que ha criado a Dylan, a Tony y a Omar Ferrasa, los maridos de mis amigas Yanira, Ruth y Tiffany. Siempre que voy a Puerto Rico, tanto la Tata como Anselmo, el padre de los Ferrasa, me reciben con mucho cariño. Aun así, respondo con una sonrisa:

—No. Yo no pinto nada allí.

—Pero ¿qué tontería es ésta?

Sé que tiene razón, pero aun así insisto:

—Yanira, sé que me adoran como yo los adoro a ellos, pero vosotras vais con vuestros maridos y los niños y yo voy a estar sola.

—Pero, vamos a ver, Coral..., no me seas Dramacienta.

—Que noooooooo, y no insistas. Por favor, intenta entenderme.

Durante un rato discutimos a nuestra manera. Lo bueno que hay entre Yanira y yo es que sabemos que nuestras discusiones no son graves y,

cuando la damos por finiquitada, ella agrega:

—Vale, cabezota. No vengas a Puerto Rico, pero que sepas que te vas a perder una buena fiesta, en la que bailaremos mucha salsa, y te vas a aburrir sola en Los Ángeles.

Asiento. Sé que tiene toda la razón del mundo.

—Aprovecharé para tomar el sol y ponerme morena —digo.

—¿Qué tal si piensas en la propuesta de abrir tu propio negocio? Cuando se vaya la niña, puedes comenzar a mirar locales y esas cosas.

Sabía que finalmente Yanira me lo recordaría y, como no estoy dispuesta a enfrascarme en otra de nuestras ridículas discusiones, respondo:

—Lo haré. Te prometo que lo haré.

Diez minutos después, cuando cuelgo, con el ánimo más arriba que antes de hablar con Yanira, me levanto, abro la puerta de mi habitación y, por suerte, compruebo que los ruiditos indiscretos han cesado. Sonriendo, decido darme una ducha, pero antes voy a ver a Candela. Está totalmente dormida, ¡qué ceporrita es!, y enciendo el intercomunicador para oírla si me llama.

Con el receptor en la mano, entro en el baño tarareando una canción de Yanira, lo dejo sobre el lavabo, me desnudo y me dispongo a darme una ducha rápida cuando de pronto oigo una risa de mujer. En décimas de segundo sé que proviene de la casa de al lado. La risa vuelve a sonar y entonces oigo la voz de Andrew, aunque no entiendo lo que dice.

Eso me atosiga; saber que está con una mujer al otro lado de la pared me confunde. Sin embargo, como no estoy dispuesta a bloquearme por algo que ni me va ni me viene, me meto en la ducha para continuar con lo mío, pero entonces unos golpes secos seguidos por unos débiles gemidos me paralizan.

Cojo la esponja con cuidado y, mientras le echo gel, miro la pared. Los golpes continúan y, ahora, los gemidos de ella son cada vez más fuertes.

—Eso, ritmo..., no perdáis el ritmo —me mofa divertida.

No hay que ser muy lista para saber lo que está ocurriendo en el baño contiguo. Y, como no tengo remedio y reconozco que soy tan cotilla como mi madre, pego la oreja a la pared y escucho.

¡Menuda fiestecita del gemido se traen esos dos!

Sin poder remediarlo, siento un calor que me recorre el cuerpo.

Bueno, más que un calor, lo que estoy pillando es un calentón del quince, hasta que esos dos dejan escapar un largo gemido de satisfacción que me arranca hasta el alma y los golpes cesan de repente.

Con unos ojos como platos, el calentón por todo lo alto y el corazón acelerado, despego la oreja de la pared y, dispuesta a enfriarme, abro el grifo del agua. ¡Necesito agua! Pero estoy tan atontada por lo que acabo de oír que no me doy cuenta de que he abierto el agua caliente.

Tras maldecir por lo bajo como un camionero, acciono los mandos de la ducha y regulo la temperatura para que el agua se enfríe. Una vez lo consigo, me meto bajo el chorro. Lo necesito.

Mientras el agua cae sobre mi piel, intento olvidarme de lo que he oído y no pensar en lo cotilla que soy.

No me cabe la menor duda de que Andrew lo está pasando bien, pero que muy bien, con alguna de sus «preciosas» al otro lado de la pared, mientras yo cotilleo como la vieja del visillo.

¡Pa' matarme!

Con garbo y sin querer pensar en lo patético de la situación, me froto el cuerpo con la esponja y, al enjuagarme, noto que tengo la piel enrojecida.

—Eso... —murmuro—, ahora voy y me despellejo.

Veinte minutos después, una vez me he secado y dado crema, me acerco al equipo de música y decido ponerme a mi Pablo Alborán. Mira que me gusta esa voz que tiene, tan aterciopelada. La música inunda mis oídos mientras me estoy poniendo unos rulos en el pelo para que me quede más ahuecado, cuando oigo el repiqueteo de unos tacones entrar de nuevo en el baño. La tipa que está con Andrew se ha puesto los tacones. El repiqueteo de pronto se aleja y, como si no hubiera un mañana, salgo a toda leche del baño y corro hacia la puerta para atisbar por la mirilla, a ver si sale.

Instantes después oigo cómo la puerta de Andrew se abre, y él, desnudo de cintura para arriba, con tan sólo unos vaqueros de cintura baja, sale junto a una —¡cómo no!— pelirroja escultural. Sin dejar de espiar por la mirilla, veo entonces que caminan hacia la salida del portal y, cuando llegan a él, se besan, se besan y se besan hasta que Andrew corta el beso y ella se va.

En mi estéreo comienza a sonar *Recuérdame*.^[3] Cómo me gusta esa canción.

Sin poder dejar de mirar, mientras tarareo en silencio la canción, veo cómo Andrew cierra el portal, se da la vuelta y regresa hacia su puerta. Camina con las manos metidas en los bolsillos y una sonrisita. ¡Qué sinvergüenza!

Pero la respiración se me entrecorta cuando observo que se para ante mi puerta. ¿Va a llamar?

¡No, por Diosssssssssss, que llevo los rulos puestos!

No me muevo. Me convierto en una piedra, y dejo de tararear la canción.

Me da la sensación de que, si me muevo, sabrá que he estado espíándolo. Entonces, mira hacia el suelo. Intuyo que piensa si llamar o no, hasta que finalmente se toca el pelo, se lo retira de la cara, se vuelve hacia la puerta de su casa y después oigo cómo la cierra.

Con el corazón desbocado, apoyo la frente en mi puerta, cierro los ojos y respiro, por fin puedo respirar.

Esa misma tarde, me bajo con mi Gordincesa a la playa. Allí, me junto con unas mamis de la guardería adonde va Candela, y los chiquillos rápidamente se ponen a jugar mientras nosotras hablamos. Me encanta ver a mi pequeña relacionarse con otros niños. Adoro sus gestos cuando habla con ellos y cómo mueve sus manitas regordetas. ¡Qué linda es!

Entonces, de pronto siento que alguien se sienta a mi lado y, al mirar, veo a Andrew, que dice:

—Hace un buen día de playa.

En cero coma dos segundos, mi boca se reseca. Siento las miradas interesadas de las mamis de los pequeños y pienso en lo ocurrido horas antes en el baño. Suspiro, me mantengo firme e, intentando parecer una tía segura de mí misma, respondo:

—Hombre, ¡hola!

—¿Te has cambiado el peinado? —pregunta señalando mi pelo ahuecado.

Sonrío al percatarme de que se ha dado cuenta.

—Sí. Pero no me gusta: parezco un marujón.

—¿Un maruqué? —dice él sonriendo.

Sé que la palabra *marujón* la he dicho en español y él no la ha entendido, por lo que le explico:

—Estaba aburrída y he experimentado con mi pelo, algo que no volveré a repetir. Soy una pésima peluquera.

Ambos sonreímos y, a continuación, nos quedamos en silencio. ¡No sé qué decir! Esto es, como poco, inaudito. ¿Cuándo un tío me ha dejado a mí sin saber qué decir?

De pronto, Andrew se levanta, veo que se dirige a dos de las mamis que están de pie en la orilla y, tras hablar con ellas, camina hacia mí y dice tendiéndome la mano:

—Venga, vamos a bañarnos.

Lo miro. Pero ¿qué dice? Al ver que no me muevo, insiste señalando a las mamis, que nos miran con una increíble sonrisa:

—Ellas cuidarán de Candela unos minutos mientras nosotros nos damos un chapuzón.

—No..., no me apetece bañarme —consigo decir.

Sin embargo, antes de que pueda añadir nada más, el grandullón, vestido con un bañador largo y rojo con flores blancas, se agacha, me echa al hombro como si fuera una bala de heno y replica:

—Venga, no seas perezosa.

Al ver eso, las mamis sonrían y aplauden, mientras yo me quejo y me siento como si fuera un saco de cebollas. Sin lugar a dudas, la delicadeza sólo la guarda para sus «preciosas».

—¿Quieres soltarme? —protesto al notar que soy el centro de atención.

Andrew no me hace ni caso y, cuando compruebo que el agua le llega por la cintura, me iza entre sus grandes manos como si fuera una plumilla y me lanza al aire.

Tras el chapuzón, saco la cabeza y, retirándome el empapado pelo de la cara, gruño:

—Joder..., dos horas dedicadas a mi pelo, ¡a la mierda!

Andrew me mira y se ríe.

—Pero si me habías dicho que no te gustaba.

Suspiro. Tiene razón: le había dicho eso. Pero ¿por qué ha tenido que mojarme?

Entonces él se sumerge en el agua. De pronto, noto que me agarran por las rodillas y, cuando sale, y antes de que yo pueda decir algo, vuelve a lanzarme por encima de su cabeza. Esta vez, más prevenida, mi caída es más elegante y, cuando asomo la cabeza de nuevo y veo cómo sonrío, murmuro sonriendo a mi vez:

—Ésta me la vas a pagar.

A continuación, se planta ante mí y bromea:

—Vamos, no me apetecía bañarme solo. Es más divertido acompañado.

—No hace falta que jures que no te gusta bañarte solito... —le suelto de pronto.

¡Mierda!

Pero ¿qué acabo de decir?

Como siempre, he hablado antes de pensar y, antes de que Andrew pueda preguntar, me lanzo contra él para ahogarlo y durante un buen rato jugamos como dos críos a ver quién ahoga más.

Cinco minutos después, y tras haber tragado más agua de la que me habría gustado por reír o caer con la boca abierta, me inmoviliza junto a él, y me siento agotada por la lucha que nos traemos.

—¿Te rindes?

—¡¿Yooooooooo?, ni loca!

—¿Quieres seguir peleando conmigo?

Ay..., ay..., ay..., que lo tengo muy cerca. Ambos estamos mojados, alterados por el juego y divertidos. Su boca y la mía se hallan a menos de cuatro dedos.

—Vaquero, eres un abusón —respondo—. Si yo midiera y pesara lo que tú, te aseguro que te iba a machacar.

Andrew sonrío mientras percibo su oscura mirada sobre mí. Sentir su sedosa piel contra la mía hace que mi cuerpo, mi mente y toda yo rememore aquella noche que pasamos juntos.

Finalmente, él me suelta en el agua y replica:

—Tienes razón. No estamos en igualdad de condiciones.

Asiento, miro hacia la orilla y, al ver que mi pequeña me observa, digo disponiéndome a salir:

—Te dejo. Creo que Candela quiere algo.

Andrew no dice nada y, mientras yo camino hacia la playa, en una de las ocasiones que miro hacia atrás, veo que se aleja en sentido contrario nadando a braza.

Alterada, le sonrío a mi pequeña, aunque todavía siento las manos juguetonas de él sobre mi cintura.

—Pero, Coral, ¿quién es ese tío tan sexi? —pregunta la mamá de Mirta.

—Se llama Andrew y es un amigo —respondo mientras cojo una

toalla para secarme la cara.

—Pues me encanta tu amigo —cuchichea ella a continuación.

Yo sonrío y omito que a mí también me encanta y, sin poder evitarlo, nos echamos unas risas a su costa.

La verdad, cuando las mujeres nos juntamos para hablar de hombres, ¡somos tremendas! Lo que no se le ocurre a una se le ocurre a la otra, y el tema va desvariando hasta decir verdaderas barbaridades.

¡Y dicen de los hombres, cuando nosotras somos peores!

Aisss, si ellos supieran...

Minutos después, el objeto de nuestros comentarios sale del agua y le dice algo a mi hija, que lo abraza con cariño, y también a los niños que están con ella. Luego, sin acercarse a mí, me guiña un ojo que me hace ser la purita envidia de las mamis, da media vuelta y se encamina hacia su casa, mientras yo sonrío y oigo las burradas que las mamás me aconsejan que practique con él.

Esa tarde, nada más entrar en mi apartamento, suena el timbre de la puerta. Un mensajero me trae los ingredientes para hacer la tarta de cumpleaños para Adán y Brian, los hijos de Ruth.

Una vez firmo el albarán con lo recibido, llamo a casa de mi amiga.

—¿Dígame?

Quien coge el teléfono es Jenny, la hija mayor de Ruth y futura actriz de culebrones. No hay nada que le guste más a esa canija que ver telenovelas, aunque su madre se lo tiene prohibido, y no podemos más que echarnos a reír cuando ésta nos ve y comienza con su particular forma de hablar. Jenny es una niña que de pequeña no lo pasó bien por problemas médicos, pero actualmente está estupenda.

—Hola, tesoro —la saludo—. ¿Cómo estás?

Tras unos segundos en silencio, en los que oigo uno de sus lastimosos suspiros y soy consciente de que sabe que soy yo, responde:

—Fatal, tía Coral. Jamás en mi vida volveré a creer en el amor puro y verdadero porque me acaban de partir el corazón. Me lo han destrozado, me lo han pisoteado, me lo han descuartizado, y...

Yo escucho boquiabierta, y entonces oigo la voz de Ruth, que dice:

—Jenny, por el amor de Dios, dame el teléfono, vete a tu habitación y haz los deberes del colegio.

—Pero bueno, ¿qué le ocurre? —pregunto preocupada.

—Nada, hija —contesta Ruth al reconocer mi voz—. Que acaba de

terminar de ver la telenovela que le gusta y el tal Fernando Antonio Vascongadas ha dejado plantada en el altar a María de las Mercedes de Rionegro, y ya sabes lo dramática que es mi preciosa niña.

Ambas reímos. Sin duda Jenny es una buena pieza de museo.

Durante un rato hablamos de la pequeña, hasta que recuerdo el motivo de mi llamada.

—Oye..., te llamaba para decirte que ya he recibido los ingredientes para la tarta de los gemelos.

—Ay, Coral, gracias, pero ya te dije que si no te apetecía no...

—Pues claro que me apetece, tonta —la corto—. Es para tus niños, que son como si fueran míos, y van a tener la tarta más preciosa de superhéroes que pueda preparar.

Dicho esto, hablamos un ratito más y, cuando nos despedimos, me vuelvo hacia Candela, que ve dibujitos en la tele, y me siento con ella a verlos.

Esa noche, tras acostar a mi Gordincesa, voy a la nevera, saco una cerveza y, cuando salgo a la terraza, me sorprendo al ver que Andrew está sentado en la suya con las piernas sobre la barandilla.

—Buenas noches, vaquero —lo saludo por cortesía.

Él me mira.

—Buenas noches, morena.

¡¿Morena?!

Eso me hace gracia, y me siento en una de mis sillas.

Durante un buen rato, cada uno en su terraza, hablamos de cientos de cosas. Entre ellas, Andrew me dice que Ruth le ha pedido que, cuando acabe la tarta de los niños, él la recoja y la lleve a su casa. Yo asiento encantada. No hay problema.

Después de eso, hablamos del mar, de las estrellas, de los viajes que hemos hecho, hasta que finalmente ambos acabamos de pie, apoyados en la barandilla, uno al lado del otro.

—¿En serio que, cuando Yanira y tú desembarcasteis del crucero donde trabajabais en Génova, os robaron, os dejaron sin nada y acabasteis en la comisaría?

Recordar aquello me hace sonreír.

—Sí, amiguito, sí. Pero, por suerte para nosotras, Yanira llamó a Francesco, un amigo suyo que vive en Portofino, y éste vino a por nosotras y nos acogió en su casa durante unos días. Por cierto, allí conocí

a un tipo llamado Giacomo, al que apodé Giacomo *el Paquetoni* por lo mucho que le gustaba marcar sus encantos.

Andrew ríe, ríe y ríe y, cuando deja de hacerlo, murmura:

—Morena, llevaba años sin reír así.

¿*Morena* otra vez? Y, sin querer remediarlo, pregunto:

—¿Por qué me llamas *morena*?

—¿Acaso eres rubia? —Yo niego con la cabeza y, a continuación, él pregunta—: ¿Tú no me llamas *vaquero* por una foto que has visto? —De nuevo, asiento—. Sé que te llamas Coral, como sé que tú sabes que yo me llamo Andrew, ¿o no?

Asiento. El hecho de que sepa mi nombre me hace gracia, y sonrío cuando de nuevo cuchichea tras darle un trago a su cerveza:

—Giacomo *el Paquetoni*..., pero qué graciosa eres.

Vale. Lo va arreglando. Ya no sólo no soy preciosa, sino que encima soy graciosa. Está visto que le intereso menos que un mejillón, pero mira, casi que mejor. Es preferible no confundir amistad con otra cosa.

De pronto se oye un ruidito y ambos nos damos cuenta de que es su móvil. Tras tres timbrazos, Andrew lo coge y habla delante de mí. Su sonrisa se expande y, guiñándome un ojo, veo que escucha hasta que lo oigo decir:

—Ah, sí..., eres la azafata que Tyson me presentó hace dos noches, ¿verdad? —De nuevo, silencio—. De acuerdo. Setecientos cuarenta y seis. Dentro de una hora estoy en tu hotel, preciosa.

Con disimulo observo el mar y, cuando Andrew cuelga, lo miro y dice:

—Te dejo. Voy a salir.

Asiento y, con la mejor de mis sonrisas, le deseo:

—Pásalo bien.

Él me guiña un ojo y, antes de encaminarse al interior de su casa, afirma con una sonrisa que me pone la carne de gallina:

—No lo dudes, morena.

Cuando entro en mi salón, un extraño runrún me corroe por dentro. Pero ¿qué narices espero de un ligón así? Y, sin querer pensar en ello, me meto en la cocina, abro las cajas que he recibido y, tras sacar varios ingredientes, comienzo a preparar la tarta para el cumpleaños de Adán y Brian mientras cuchicheo:

—Ea, morena graciosa..., ¡a currar!



Hoy es el cumpleaños de los gemelos de mi amiga Ruth, y ella y su guapo marido, Tony, han organizado un fiestorro infantil por la tarde en su casa. Como ya he dicho, yo me encargaba de preparar la tarta, y he hecho una de mis maravillas. Está mal que lo diga yo, pero la tarta que me he currado de bizcocho, chocolate y nata con cobertura de chocolate blanco me ha quedado de muerte, y más cuando posiciono estratégicamente sobre ella los superhéroes que he comprado.

A las doce de la mañana, suena el timbre de mi puerta. Abro y me encuentro con Andrew.

—Vengo a recoger una tarta, ¿la tienes ya?

Asiento. Lo hago pasar y, cuando entra en el salón, mi Gordincesa se levanta y lo abraza como si lo conociera de toda la vida. Mi niña es tan cariñosa... Al sentir sus manitas alrededor de las piernas, Andrew se agacha, mi hija le suelta un mua y él le sonrío y pregunta:

—¿Qué ves, cielo?

La niña señala el televisor y responde en su lengua particular:

—*Fozen*, Anna y la *deina* Elsa.

Andrew asiente. Estoy convencida de que no ha entendido lo que ha dicho y, al notar su mirada en busca de ayuda, indico:

—Candela es una enamorada, como yo, de la película de Disney *Frozen*. Le gusta mucho la reina Elsa y su hermana Anna, ¿verdad, cariño?

Mi niña asiente y Andrew sonrío. Sigo convencida de que lo que he dicho sigue sonándole a chino y, cuando éste le da un beso en la mejilla a la niña, digo en español:

—Corre, cariño, ve y sigue viendo la película.

Candela obedece, se sienta de nuevo en el sillón burdeos y coge entre sus brazos su peluche de Peppa Pig. Entonces observo que Andrew me

mira.

—Claro, tú eras española... —señala—. Qué buena idea que le estés enseñando el idioma.

Asiento.

—Desde que nació, su padre y yo quedamos en que él le hablaría en inglés y yo en español. En la guardería también le hablan inglés, pero ella me entiende perfectamente. Los niños son como esponjas, y hay que enseñarles desde pequeñitos.

Él asiente con la cabeza, es evidente que está de acuerdo conmigo. Luego, mirando a su alrededor, comenta:

—Qué bonito apartamento.

Eso me hace gracia. Su apartamento y el mío son iguales, por lo que replico:

—Si sacaras las cosas de las cajas, seguro que el tuyo sería igual de bonito.

Andrew vuelve a reír. Qué sonrisa tan bonita tiene...

A continuación, suspiro y señalo en dirección a mi cocina abierta:

—¿Qué te parece la tarta?

Al darse la vuelta, parpadea y me mira sorprendido.

—¿Esto lo has hecho tú? —pregunta.

Orgullosa de mi obra, asiento y añado con guasa:

—Vaquero, estás ante una de las mejores reposteras de Los Ángeles. Y, venga, ya que me estoy tirando flores, te diré que también cocinera. Es mi trabajo y se me da muy bien.

Fascinado, se acerca a la tarta para admirarla. Me gusta ese detalle por su parte y, tras comentarle más o menos cómo lo he hecho todo, con mucho cuidado la meto en una caja enorme y, cuando él la coge, digo dándole una bolsa:

—Éstos son los superhéroes. Dile a Ruth que no los coloque, ya los pondré yo cuando llegue, ¿de acuerdo?

Cargado con la tarta y la bolsa de los superhéroes, Andrew asiente.

—¿Quieres que os recoja esta tarde a Candela y a ti para ir al cumpleaños? —pregunta a continuación.

La oferta es tentadora. Los dos partimos del mismo punto para ir al mismo sitio, pero tras pensarlo niego con la cabeza.

—Gracias, pero iremos en mi coche.

Él no insiste, sino que se limita a dar media vuelta y a salir de mi casa

y, antes de cerrar la puerta, le advierto:

—Ten cuidado con la tarta o me las pagarás.

Andrew se vuelve, me mira y sonrío. Acto seguido, cierro la puerta de mi casa y comienzo a recoger la cocina, mientras la ansiedad que yo misma me provoco cada vez que lo veo comienza a aplacarse.

Esa tarde, cuando Candela se levanta de la siesta, le pongo a mi niña un precioso vestido azul cielo que Tiffany le regaló y que la hace parecer un bomboncito esponjoso.

Después, nos metemos en mi coche y conduzco mientras cantamos.

Tras aparcar en la enorme entrada de la casa de mi amiga, mi pequeña y yo caminamos de la mano hacia el jardín trasero, donde están Dylan, Yanira, Omar, Tiffany, David, Manuel, Linda, Tony, Ruth, Valeria, su novio, Anselmo, la Tata, otras personas que no conozco y los niños. No me sorprende al ver a Andrew allí, con un pantalón de vestir y una camisa gris.

Mi chiquitina, que es tremendamente cariñosa, reparte besos a diestro y siniestro y, en cuanto divisa a Andrew, se le tira a los brazos. Cuando la veo hacer eso, miro a mis amigas y compruebo que todas me observan con una sonrisita. ¡Qué perrotas que son! No obstante, sin hacer caso, prosigo con los saludos y, tan pronto como llego hasta Anselmo, el suegro de Yanira, éste me mira y dice juntando las cejas:

—¿Qué es eso de que no quieres venir a Puerto Rico?

Sonrío. Sin duda Yanira ya se ha ido de la lengua con él, y respondo tras darle un beso en la mejilla:

—Tengo planes, Anselmo. Por eso no voy.

El hombre asiente. No sé si me cree, pero desaparezco de su lado antes de que comience con un tercer grado.

Al ver a los niños, Candela corre hacia ellos. Quiere jugar, y yo, encantada, me siento con mis amigas, aunque antes de que digan nada aclaro:

—Es mi vecino y ha pasado a por la tarta esta mañana. Candela lo conoce y ya sabéis cómo es de cariñosa. Por tanto, tema zanjado, ¡¿entendido?!

Yanira sonrío. Sabe lo que me pasa con ese tío, pero no dice nada.

Hablamos del mesecito que vamos a estar sin vernos. Las cuatro se marchan con sus parejas de vacaciones y se quejan porque no las acompañe. Sus protestas me dan igual. He dicho que me quedo y me quedo

en Los Ángeles.

Tras oír todo lo que tienen que decir, de pronto Tiffany comenta:

—¿Sabéis, cuquis? He decidido dar un cambio drástico a mi próxima colección de lencería.

Todas la miramos sorprendidas: si hay alguien a quien no le gustan los cambios drásticos, ésa es Tiffany.

—Cuando dices «cambio drástico», ¿a qué te refieres? —pregunta Ruth.

Tiffany, que está tan mona y guapa como siempre, y más desde que volvió con Omar, se atusa su pelo rubio.

—¿A que, en lugar de utilizar colores suaves y delicados, vas a emplear colores exquisitos y mimosos? —me mofo—. ¿Me equivoco?

Valeria, que es tan malhablada como yo, replica:

—Pero qué porculera eres, *jodía*.

—¡Serás perra! —respondo yo riendo.

Tiffany nos mira y, ladeando la cabeza, protesta:

—Aissss, qué ordinarias y malototas que soisssssssss.

Yanira sonrío, sacude la cabeza y, cuando va a decir algo, Tiffany retoma la palabra.

—Pues que sepáis que me superencantaaaaaaaaaaaa lo que se me ha ocurrido. Y os diré, pequeñas incrédulas, que con mi próxima colección voy a sacar el demonio perverso y salvaje que hay en mi interior, en vez de la hadita divina y chispeante que conocéis.

¡Cri, cri...! ¡Cri, cri...!

Todas nos miramos, y hasta me parece oír grillos cuando Yanira pregunta:

—Pero ¿tú tienes un demonio perverso y salvaje en tu interior?

La pregunta nos hace reír a todas. Tiffany es un alma cándida, y sin inmutarse afirma:

—Por supuesto, cuqui. Y todo se lo debo a ese dulce bichito que sonrío al fondo del jardín y a mis increíbles y maravillosos momentos con él.

Todas miramos hacia el lugar donde señala y, al ver a Omar, su marido, Tiffany sonrío.

Su relación con él fue de la tempestad a la calma absoluta. Omar pasó de ser alguien despegado de la familia a convertirse en un hombre absolutamente dedicado a su mujer y a sus hijos. Nunca pensé que pudiera

ver una transformación semejante en un hombre como él, pero sí, lo reconozco: Omar nos enseñó que, por amor, las personas pueden cambiar si quieren.

—Mi bichito es la cosita más cariñosa y dulce del mundo —insiste Tiffany—. Voy a crear una colección con cuero negro, seda y satén que se llamará «Mi dulce corazón», y se la voy a dedicar única y exclusivamente a él.

De nuevo, todas la miramos y, en cierto modo, nos emocionamos al verla tan feliz y enamorada.

—A ver, cuquis —insiste—. ¿Recordáis que hace cerca de un mes Omar y yo nos fuimos de fin de semana solos para celebrar nuestro aniversario? —Todas asentimos, y Tiffany añade—: Pues de ahí viene mi inspiración, y...

—Ay, Diosito, mamita linda, qué fatiguita más horrorosa que tengo, por Dios..., por Dios... —interrumpe Jenny, la hija de Ruth, como un vendaval—. Mamita, Adán *el Mofeta* ha hecho una de las suyas en la cocina, y dice papi que tienes que venir ¡urgentísimamente!

Enseguida, todas miramos a esa niña a la que adoramos. Ruth nos observa con cara de circunstancias al ver que todas nos levantamos y dice:

—Chicas..., será mejor que os quedéis aquí, enseguida vuelvo.

—Yo te acompaño —insisto al ver que la niña me mira, y luego les pido al resto que se queden.

Según nos dirigimos hacia la cocina, veo que Candela corre en dirección a Andrew, que está hablando con Dylan. Llega hasta él y, abriendo los brazos, le pide que la coja. Él sonríe y, tras cogerla entre sus brazos, le da un mordisco en el cuello que la hace reír a carcajadas.

—Bueno..., bueno..., cuánta familiaridad, ¿no? —cuchichea Ruth agarrándome del brazo.

—Y porque no has visto los muas que se pegan —me mofo.

Ambas reímos y luego Ruth añade:

—Andrew es muy niñoero. Siempre ha querido mucho a mis hijos.

—¡Qué bien! —exclamo. Pero a continuación, me apresuro a aclarar—: Somos vecinos y tenemos buen rollo. Poco más.

—¿Poco más?

Pongo los ojos en blanco.

—Sí. Poco más. Mira que eres Celestina.

—Creo que te gusta.

—Y a él le gustan las pelirrojas —digo dándole un tirón a su rojo cabello.

Ruth suelta una carcajada y, cuando se dispone a hablar de nuevo, yo me adelanto:

—Sabes que tengo ojos en la cara, pero ni soy su tipo ni él es el mío, y con una noche de sexo que tuve con él fue más que suficiente.

—Andrew es un tipo estupendo. Es educado, considerado, algo rudo en ocasiones, pero tranquilo. Aunque no sé por qué nunca da una segunda oportunidad a las mujeres.

—Quizá le rompieron el corazón.

Ruth suspira.

—No lo sé. Nunca he hablado con él al respecto. Andrew es muy reservado para esos temas, pero creo que, si te conociera más a fondo, le encantarías.

—En la cama, ¡te lo aseguro! —afirmo divertida al recordar nuestra noche juntos—. Pero, fuera de ella, somos polos opuestos y nos mataríamos.

—¿Nunca has oído eso de que los polos opuestos se atraen?

—Tonterías.

Ruth vuelve a sonreír cuando de pronto Tony, su marido, nos para antes de entrar en la cocina.

—Cariño, tenemos un problemón —anuncia.

—¿Los niños están bien? —pregunta Ruth asustada.

—Divina y gloriosamente bien, mamita, pero ha sido Adán —interviene Jenny—. Ese enano cabezón y mofeta maloliente se ha enrabiado porque Brian lo ha llamado llorica, y el muy perverso la ha liado y mucho..., mucho, ¡muchísimo! ¿Verdad, papi?

Con una candorosa sonrisa, Tony ordena callar a su hija.

—Pero, vamos a ver —gruñe Ruth—, ¡¿vais a decirme de una santa vez lo que pasa?!

—Cielo —le aconseja Tony tras intercambiar una mirada conmigo —, respira y no te enfades excesivamente con lo que vas a ver.

Y, sin más, abre la puerta de la cocina y vemos mi tarta desparramada sobre la encimera, a Brian con parte de la misma en la cara y en el cuello y a la pobre Lucía, que es la señora que se ocupa de la cocina, limpiando angustiada.

—¡Ostras! —exclamo.

Ruth se lleva las manos al pecho.

—Pero ¿qué habéis hecho?

—Pues ni más ni menos que cargarse la tarta —afirma Jenny justo en el momento en el que Tony le pide que se vaya a jugar con los otros niños.

Adán, que está al lado de su hermano con menos tarta en el cuerpo, sonrío con cara de golfo, y Tony, que no puede evitarlo, lo imita y responde:

—Como te ha dicho Jenny, se estaban peleando, han entrado en la cocina y, al parecer, Adán ha cogido la tarta... Lo siento, Coral... —prosigue mirándome—. Siento que todo tu trabajo haya acabado así.

A mí me entra la risa, pero disimulo. Nunca había visto una de mis tartas así. Entonces, Tony dice mirando a su mujer:

—Cielo..., suelta lo que piensas, que no es bueno quedárselo dentro.

—¡Me cago en vuestro padre! —grita ella. Tony suspira y Ruth sisea acalorada—: ¡Ahora no tenemos tarta especial! ¿Qué hacemos? —Y, mirando a Adán, señala—: Tú, vas a estar castigado el resto de tu existencia, ¿entendido?

El crío deja de sonreír y, cuando Brian, su gemelo, se mueve, no puedo contenerme más y, tras soltar una risotada, exclamo:

—Por Dios..., pero si tiene tarta hasta en las orejas.

Dos segundos después, Tony, Ruth y yo nos estamos partiendo de risa mientras ayudamos a la pobre Lucía. Entonces aparece Andrew en la cocina y, antes de que diga nada, cuchicheo:

—No preguntes..., es lo mejor.

Cuando por fin nos tranquilizamos, Ruth, que vuelve a la realidad, nos mira desesperada y, antes de que hable, me apresuro a decir:

—Tranquila. Lo arreglaré y habrá tarta.

—Pero ¿cómo vas a arreglar esto? —pregunta Tony sorprendido.

Yo le guiño un ojo y, al tiempo que los hago salir de la cocina, indico:

—Venga..., id a bañar a estos enanos y dejadme a mí.

Cuando ellos se van y me dejan en la cocina con Andrew, lo miro y le digo:

—¿Me ayudas?

—Claro que sí —asiente él—. Pero yo no tengo ni idea de...

—Necesito que vayas a la tienda que hay al principio de la urbanización. Tranquilo, está abierta, la he visto al venir... Compra unos

paquetes gigantes que hay de KitKat. Necesito dos: uno de chocolate blanco y otro de chocolate negro. También necesitaré M&M, ¿sabes de lo que hablo? —Él asiente de nuevo—. Trae cuatro bolsitas sin cacahuete. Venga, manos a la obra. Mientras te espero, prepararé lo que he pensado.

Sin tiempo que perder, Andrew se marcha y yo le pido los ingredientes que se me ocurren a Lucía y los cacharros que necesito. Ella se apresura a buscarlos y los pone delante de mí.

También le pido unos guantes de goma nuevos y, cuando me los da y me los pongo, señalo mirándola:

—Ahora que lo tengo todo, preferiría que me dejaras sola.

La mujer sale de la cocina con una sonrisa. Es un amor, y comienzo a recuperar el bizcocho con chocolate y nata que puedo.

Con maestría, sobre dos platos enormes, empiezo a darle forma a la masa. Fundo el chocolate blanco y negro que Lucía me ha dado, utilizo unas galletas y también preparo una crema. En ese instante llega Andrew con lo que le he pedido.

—Abre los KitKat y comienza a separarlos por porciones —le digo.

Él obedece y yo empiezo a untar una de las tartas con la crema de chocolate con leche que he preparado. Una vez la he pintado toda, dispongo los KitKat de chocolate blanco alrededor de la misma y, mirando a Andrew, digo:

—Te agradecería que fueras a donde están los regalos y quitaras un par de cintas de colores. Las voy a necesitar para sujetar los KitKat y que no se caigan: el chocolate todavía está muy tierno y no se han pegado bien.

Sin hablar, sale de la cocina y, segundos después, entra con dos tiras, una plateada y otra azul. Las cojo y rodeo la tarta de KitKat blanco con la tira azul y, tras hacer un lazo y sentir que está bien sujeto, vierto más chocolate con leche por encima y después dispongo las pastillitas de Kit Kat.

Sin pararme a mirar la tarta, rápidamente y con la ayuda de Andrew, decoro la otra. En esta ocasión, los M&M que la rodean son de chocolate negro, por lo que, una vez le ponemos el lazo plateado, vierto por encima el chocolate blanco. Cuando terminamos de decorarla con los M&M, Andrew me mira y murmura:

—Eres toda una artista. Nunca imaginé que pudieras hacer algo así.

Sonrío, lo miro y pienso: «¡Lo que te haría yo a ti!».

Sin embargo, decido quitarme el tema sexual de la cabeza y vuelvo a

observar las tartas. El resultado visual es perfecto y, encogiéndome de hombros, afirmo mientras meto un dedo en el chocolate blanco que ha sobrado y me lo chupo:

—Tú también eres un artista. Lo hemos hecho entre los dos, no lo olvides.

Andrew sonrío. Sin duda lo he sorprendido.

—¿Puedo probar el chocolate? —pregunta entonces.

Asiento.

—¿Blanco o con leche?

—Con leche.

Sin dudar, cojo una cucharita y la meto en el chocolate, pero cuando se la tiendo, Andrew niega con la cabeza. A continuación, me la quita de la mano, la deja sobre la mesa y, tras llevar mis dedos hasta el recipiente del chocolate, los mete y se los lleva a la boca.

—Prefiero probarlo así —dice mirándome.

Joderrrrrrrrrrrrrrrrrrrr, ¡qué momento más erótico!

Madre mía..., madre mía..., que yo creo que un momento así lo he leído en cierto libro de erótica, ¡y me está pasando a mí!

De pronto siento el calor de su boca alrededor de mis dedos, me acelero, el estómago se me descompone y creo que voy a desmayarme.

Su boca...

Su lengua...

Sus labios...

No he olvidado nada de todo eso, y me quedo paralizada mientras tengo los dedos en el interior de su húmeda, sensual y caliente boca y noto su mirada sobre mí.

No me muevo. No puedo. Si lo hago, seguro que termino espanzurrada en medio de la cocina.

Así estamos unos segundos, que a mí se me hacen eternos, hasta que él deja de chuparme los dedos y, cuando los saca de su boca, murmura:

—Delicioso.

Me ahogo...

¡No puedo tragar!

¡Que llamen a una ambulancia y traigan desfibriladores!

Siento cómo el calor sube por todo mi cuerpo con la fuerza de un tsunami y, cuando creo que voy a abalanzarme sobre su boca para probar el chocolate como a mí me gustaría, la puerta se abre y oigo la voz de

Ruth, que dice:

—No me lo puedo creer... ¿De verdad has hecho esto en tan poco tiempo?

—Madre mía, Coral, ¡eres una artistaza! —asiente Tony agarrándome por la cintura.

Agradecida porque hayan entrado en un momento en el que iba a perder la poca cordura que tengo, sonrío, y más cuando oigo a Andrew decir:

—Ehhh..., que yo también he colaborado.

Todos reímos por el comentario y, después, cuando recupero la compostura, afirmo:

—Es cierto. Lo hemos hecho entre los dos.

Ruth me abraza, abraza luego a Andrew y dice:

—Me encanta el buen equipo que hacéis.

Andrew y yo nos miramos y yo sonrío como una idiota. O eso o me echo a llorar.

Instantes después, Tony y él salen de la cocina y yo camino hasta el fregadero, donde lleno un vaso de agua. Necesito beber algo.

En ese instante entran en la cocina Valeria, Yanira y Tiffany y, al ver las tartas tan bonitas y distintas de las que suelo hacer habitualmente, me felicitan, y más cuando Ruth les explica lo ocurrido y mi rapidez en resolver el problema con Andrew.

Yanira, que me conoce muy bien, pregunta entonces al verme tan calladita:

—Oye, pero ¿a ti qué te ocurre?

Estoy acalorada, mareada y todo lo terminado en «-ada». Y, sin importarme quién haya delante, murmuro:

—Me... me ha chupado.

Mis amigas me miran. Ninguna entiende lo que digo, hasta que Tiffany pregunta:

—¿Quién te ha chupado, cuqui?

No respondo. No puedo.

—No me digas que ha sido Andrew... —susurra entonces Ruth cambiando su expresión.

Asiento. De verdad que parezco imbécil.

—Pero concreta —insiste Valeria—: ¿qué te ha chupado? Porque ya sabes que tengo una mente terriblemente calenturienta y estoy imaginando

que te ha chupado el...

—Nooooooo —consigo decir y, enseñándoles la mano que yo misma me miro como si fuera de oro pulido, añado—: Andrew quería probar el chocolate y ha cogido mis dedos, los ha metido en el chocolate con leche y... y luego me los ha chupado.

—Me superencantaaaaaaaaaaaaaaaaaa —exclama Tiffany.

—¿Eso ha hecho?! —exclama Yanira muerta de risa, entendiendo mi estado.

—Uuuuuu, ¡qué orgasmazo! —afirma Valeria.

—Como diría mi Tony, wepaaaaaaaaa —suelta Ruth sonriendo.

Al sentir la mirada de mis cuatro amigas sobre mí, reacciono. Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Qué estoy diciendo? Y, decidida a obviar lo que todas piensan y estoy dando a entender, me quito la ñoñería de encima en décimas de segundo y digo:

—Vale, lo reconozco. Ha sido excitante, pero si Greg o cualquier otro de mis ligues hiciera lo que él ha hecho, os aseguro que también me excitaría.

Todas sueltan una risotada, y Yanira, para echarme un cable, comienza a decir burradas que las demás siguen. Diez minutos después, tras dejar las tartas en un lugar donde nadie pueda tocarlas, y feliz porque mis amigas no le hayan dado muchas vueltas a por qué el hecho de que Andrew me haya chupado los dedos me ha alterado tanto, salimos de la cocina y nos unimos a la fiesta.

Tras un rato en el que charlo con David y Manuel, una pareja gay que conocí a través de Ruth, comienzo a hablar con un tipo llamado Marc, un rubio monísimo. Al parecer, ha venido acompañando a un amigo de Tony, y rápidamente conecto con él. Su presencia y cómo me persigue me viene bien. ¡Menos mal!

Cuando toca soplar las velas de las tartas, Andrew llega hasta mí con Candela en brazos. Yo estoy junto al rubísimo Marc, y Andrew dice después de mirarlo:

—Ha llegado el momento de probar las tartas.

Asiento y Ruth enciende las velas. Tony, emocionado y rodeado por toda su familia, tiene a la pequeña Zaida en brazos, mientras Jenny separa a Adán y a Brian, que ya se están peleando otra vez.

¡Vaya dos!

Una vez mi amiga acaba de prender todas las velas, cantamos el

Cumpleaños feliz y, cuando los gemelos las soplan, todos aplaudimos mientras su madre los besuquea orgullosa. Pocos minutos después, oigo que Ruth me dice:

—Coral, ¿me ayudas a partir la tarta?

Acepto encantada y, separándome de Andrew, que sigue con mi pequeña entre los brazos, voy hasta donde está mi amiga y, con maestría, la ayudo. Cuando todos comienzan a decir que las tartas están buenísimas, no puedo evitar intercambiar una mirada con Andrew y sonreír.

Cinco minutos después, mientras estoy hablando con Marc, Andrew se acerca de nuevo a mí.

—¿Puedo repetir? —me pregunta.

Uf, madre... Uf, madre, lo que me entra al oír esa simple frase.

—Pero si tú nunca repites —cuchicheo divertida.

Él menea la cabeza, sonrío como el mayor de los bribones y, acercándose un poco más a mí, murmura:

—De tarta, sí.

Vale..., no sé si me está tirando los tejos o soy yo la que lo imagina. Pero, como no quiero comerme la cabeza con eso, pues no soy pelirroja, le parto un trozo de tarta, se lo doy y, como una gran antipática, le doy la espalda y prosigo hablando con Marc.

La fiesta continúa, los niños abren sus regalos y, cuando terminan, comienzan a jugar con ellos mientras los mayores tomamos algo en el bonito e iluminado jardín. Con disimulo, observo a Andrew hablar con varias de las amigas de Ruth, y soy consciente de que esa noche lo va a pasar muy bien y voy a tener ruiditos en casa.

Yanira me presenta a algunos de los compañeros de Dylan. Son todos ellos médicos, y durante un rato charlamos divertidos. Sin embargo, Marc no se separa de mi lado, y rápidamente nos enfrascamos en una conversación, mientras observo cómo Andrew se marcha con una mujer y no vuelvo a verlo más.

Conforme pasan los minutos, me percató de que Marc quiere algo más de mí. Me invita a cenar esa noche, pero me niego. Le hablo de mi hija, y él sonrío cuando la ve corriendo por el jardín como una loca. Por eso, un rato después, cuando llega la hora de irse y me pide mi teléfono, no lo dudo y se lo doy. Será agradable quedar con él otro día.

Tras despedirme de mis amigas, que se van a Puerto Rico al día siguiente, excepto Valeria, que se marcha a París con su churri, se me

saltan las lagrimitas.

¿Qué voy a hacer en Los Ángeles sin ellas y sin Candela cuando se vaya también?

Soy una sensiblonita a pesar de lo dura que intento parecer. Después de hacerles saber que mis lágrimas son de alegría por perderlas de vista unos días, me monto en el coche y me voy. Sin embargo, no me creen. Lo sé.

Cuando llego a casa, mi Gordincesa se ha quedado dormida en el coche. Con cuidado, la cojo y camino con ella hasta el portal. Allí, abro la puerta y después la de mi apartamento y, una vez en su habitación, le quito el vestidito azul con mimo, le pongo un pijama y, tras darle un besito en esos morretes tan bonitos que tiene, enciendo el intercomunicador y salgo del cuarto.

Una vez sola, me dirijo en silencio hacia mi habitación. Me bajo de mis tacones, me quito la ropa y me pongo un cómodo pantalón gris de algodón y una camiseta y después me desmaquillo mientras soy consciente de que no se oye juerga en la casa de al lado. Cuando termino, voy al salón, pongo música, no muy alta, para que Candela no se despierte, y mi Luisi comienza a sonar. Hoy estoy romántica. Después, me acerco a la cocina, del frigorífico saco una botella de agua fresquita y salgo a la terraza, donde me siento a admirar las preciosas vistas.

Estoy sumida en mis pensamientos cuando oigo:

—¿Quieres una cerveza?

Al mirar hacia la derecha me encuentro con Andrew. Ese *machoman* que me confunde va vestido con un vaquero y desnudo de cintura para arriba.

Sonrío para evitar decir todo lo que mi mente piensa y asiento.

Con agilidad, esta vez es Andrew quien salta a mi terraza y, sentándose en la silla que hay a mi lado, me entrega la cerveza y pregunta:

—¿Doña Mua está dormida?

Sonrío de nuevo.

—Sí. Se ha quedado frita en el coche. No sé qué tiene el coche, pero es subirla y dormirse.

Durante un buen rato hablamos de nuestros amigos comunes y reímos por lo especiales que son cada uno de ellos, hasta que Andrew pregunta:

—¿Qué suena?

—Música.

—No —se mofa él, y ambos reímos—. ¿Quién canta?

—Luis Miguel. Adoro su romanticismo y su voz.

Él da un trago a su cerveza y añade:

—No lo escucho, no voy a negarlo.

No digo nada, ¿para qué?

—Te gusta mucho este cantante, ¿verdad? —pregunta a continuación. Asiento, y él puntualiza—: He oído que lo pones a menudo.

Vayaaaaaaaaa..., ¡él también me oye a mí!

Y, nerviosa porque me está mirando de esa manera que me dan hasta taquicardias, me dispongo a responder cuando suena mi móvil.

—¿Me das un segundo? —le digo a Andrew.

Él asiente, y yo, haciéndome la interesante, contesto al teléfono y, cuando oigo la voz del tío que he conocido esa misma tarde en casa de Ruth y Tony, afirmo:

—Sí, sí, Marc, claro que me acuerdo de ti. Nos hemos despedido hace apenas dos horas. —Ambos reímos y, después de escuchar lo que me dice, respondo—: Oye, hoy me es imposible. Pero ¿te parece bien que cenemos otro día?

Una vez quedo con él en que nos llamaremos más adelante, cuelgo y, al ver que Andrew me mira, le pregunto:

—¿Te apetece otra cervecita?

Él asiente, y entro en mi casa a por ella mientras me tranquilizo.

Pero ¿por qué me pone tan nerviosa?

Tras sacar un par de cervezas de la nevera, regreso a la terraza y le entrego una.

—¿Era el rubio que has conocido esta tarde en el cumpleaños? —pregunta él entonces mirándome fijamente.

Vaya..., vaya..., parece que se ha dado cuenta de que aquél me tiraba los trastos.

—Sí, era él.

El silencio se apodera del momento. Luego, Andrew da un trago y comenta:

—Cada día siento más curiosidad por saber qué dice ese proverbio indio que llevas tatuado en el antebrazo. ¿Está escrito en español?

Sonrío y asiento. Recuerdo cuando se fijó en él.

—«Escucha el viento que inspira —respondo—. Escucha el silencio que habla y escucha tu corazón, que sabe.»

—Buen proverbio. Creo que lo he oído en alguna ocasión.

Me encojo de hombros. Dudo que así sea.

—Para mí es muy especial —afirmo.

—¿Por qué?

Doy un trago a mi cerveza.

—Porque me ha ayudado a entenderme a mí misma y a tomar decisiones a raíz de mi separación del padre de Candela. Digamos que he escuchado a mi corazón.

Andrew vuelve a asentir y, tras un silencio significativo, de pronto suelta:

—La tarta que hiciste estaba muy rica, y el chocolate que me diste a probar, insuperable.

¡Jodeeeeeerrrrrrr!...

¿Por qué tiene que recordarme ese momento?

Mira que no quiero abalanzarme sobre él.

En este instante soy consciente de que no debo entrar en un juego que me complique la vida y, sin cortarme, pregunto:

—Andrew, ¿por qué dices lo del chocolate?

—Porque estaba increíble, tanto como la tarta, y ya sabes que repetí.

Ambos nos miramos. Soy morena pero no tonta. Sé muy bien leer entre líneas lo que dice y, como no puedo quedarme callada o reviento, susurro queriéndome más que nunca:

—No es buena idea que tú repitas ni que vuelvas a probar el chocolate que yo preparo porque podría gustarte demasiado y al final podrías indigestarte.

La sorpresa en su cara es evidente. A mi modo, acabo de darle el corte del siglo. Entonces, asiente, da un trago a su cerveza y, tras clavar sus impresionantes ojos en mí, se pone en pie.

—Es mejor que me vaya a dormir —dice.

Ahora la que asiente soy yo.

—Sí. Creo que es lo mejor.

Una vez ha saltado a su terraza, sin hablar, nos despedimos con una simple mirada y luego yo me quedo sentada contemplando el mar, ese mar que tanto me relaja.

A continuación, cierro los ojos y murmuro mientras suena la canción de Pablo Alborán *Pasos de cero*:[\[4\]](#)

—Has hecho lo más sensato, Coral.

Una hora después, cuando tengo el culo cuadrado por la silla, me levanto, me estiro y decido irme a dormir, aunque ya comienzo a arrepentirme de mi sensatez.



El 1 de septiembre, estoy abrazada con desesperación a mi niña en la puerta de casa.

Primero mis amigas, y ahora ella. ¿Qué voy a hacer un mes y medio sin ella?

Agustina me observa desde el taxi, mientras Joaquín repite por décima vez frente a mí:

—Te juro por mi vida que la voy a cuidar mejor de como la cuido aquí todos los días.

Asiento. Sé que va a ser así.

Entonces, mi niña me mira y pregunta:

—Mami, ¿qué *paza*?

Sonrío y le pido:

—Dame un mua muy... muy grande.

Ella me agarra del cuello y me lo da. Creo que me ha tronchado alguna cervical, pero no importa, quiero ese mua tan grande.

Cuando se separa de mí, la observo durante unos segundos. Me parece que estoy montando un drama, pero, como no estoy dispuesta a que mi niña se angustie por cómo me siento yo, sonrío y respondo:

—Prométeme que vas a ser buena con papá y Agustina y les vas a dar muchos muas a los abuelos de Perú.

Ella asiente. No puedo ni imaginar qué pasará por su cabecita, pero sonrío.

Candela, con su vestidito rojo y sus dos coletitas, me mira y replica:

—Mami, *uego veno*, ¿vale?

Asiento... Asiento como una tonta, y Joaquín, al ver que voy a echarme a llorar, coge a la pequeña en brazos y dice:

—Vamos, dale un último mua a mami, que nos vamos.

Mi niña vuelve a abrazarme y me besa.

Sentir sus bracitos alrededor de mi cuello hace que no quiera soltarla, pero al ver el rostro de Joaquín, intento sonreír y, tras besarla por enésima vez, repito:

—Pórtate bien, cariño.

—Vale, mami.

Dicho esto, Joaquín me da dos besos en las mejillas y camina hacia el taxi con mi pequeña en brazos. Se montan y se van mientras yo digo adiós con la mano y siento cómo las lágrimas corren por mi cara.

Cuando el taxi desaparece de mi vista, me vuelvo, camino hacia el portal y, de allí, a la puerta de mi casa, abro y entro. Sin pararme, voy hasta la cocina, donde cojo un vaso de agua y bebo. Necesito reponer todo el líquido que estoy soltando por los ojos. Madre mía, qué berrinche que tengo.

Vamos, ¡ni que no fuera a ver a mi niña nunca más!

Diez minutos después, con la nariz como un tomate, decido acabar con el drama. Enciendo el equipo de música y pongo a Beyoncé. Escucharla siempre me hace ponerme a bailar, pero lloro más mientras bailo, pues recuerdo cuando lo hago con Candela.

De pronto noto que el móvil, que llevo en el bolsillo trasero del pantalón vaquero, vibra. Un mensaje.

Tengo carne asada al horno; ¿te apetece?

Es Andrew, pero estoy tan negativa y desganada por la marcha de mi pequeña, que respondo:

No

Una vez envío el mensaje, me voy hipando al baño. Necesito una ducha, a ver si me tranquilizo.

Media hora después, cuando salgo vestida con una camiseta y unos pantalones cortos al salón, Beyoncé sigue cantando. Entonces oigo unos golpes en la puerta cerrada de la terraza. Sorprendida, camino hacia allí y, al retirar la cortina, me encuentro con Andrew.

Abro la puerta de inmediato y, antes de que pueda decir nada, él me coge del brazo y, sentándome en una silla de la terraza, dice con rudeza:

—Sé que hoy se ha ido Candela y la echas de menos. ¡Come!

Yo lo miro boquiabierta. Pero ¿dónde tiene la delicadeza ese hombre?

En un momento así, lo que una espera es que la abracen y la mimen, no que te sienten ante un plato enorme de comida y te digan «¡Come!».

Andrew se sienta frente a mí con su plato y, señalando el mío, insiste:
—Vamos, come.

Como una tonta, cojo el tenedor y hago lo que me pide. Mastico en silencio, cuando de pronto oigo la risa de un niño que pasea con sus padres por la playa y, soltando el tenedor sobre el plato, hago un puchero.

Bueno..., bueno, ¡que voy a llorar otra vez!

Andrew deja de comer. Con gesto serio, me mira y, señalándome con un dedo, susurra:

—Ni se te ocurra.

Pero mis ojos, que son como las cataratas del Iguazú, se desbordan. A continuación, lo miro anhelando cariño y, en un tono de voz que no me reconozco, digo:

—¿Quieres hacer el favor de darme un abrazo, que lo necesito?

No pasan ni dos segundos cuando el gigantón me lo da. De pie, en mi terraza y delante de la básica mesa que ha organizado él saltando de su apartamento al mío, dejo que las lágrimas corran por mi cara, mientras Andrew parece que me saca el aire con sus golpecitos en la espalda. Al cabo de un rato, yo misma decido recuperar el autocontrol y, separándome de él, digo:

—Gracias. Ya estoy bien.

Me siento de nuevo en la silla a la espera de que me diga algo cariñoso pero, al ver que no tiene intención de hacerlo, lo miro y le ordeno:

—Siéntate y come.

Andrew obedece y se sienta. Yo empiezo a comer y, al comprobar que él no lo hace, lo miro e, intentando sonreír y no continuar con el drama, pregunto:

—¿Acaso lleva veneno el asado?

Mi broma lo hace reír.

—Lloras, ríes... ¿Cómo puedes hacerlo todo en tan poco espacio de tiempo?

Me hace gracia oír eso y, encogiéndome de hombros, murmuro:

—Porque soy mujer y soy capaz de hacer más de una cosa a la vez.

Mi respuesta le hace soltar una carcajada, y a partir de ese instante ya no paramos de reír.

Acabada la comida, Andrew propone ir a dar un paseo por la playa. Acepto.

Caminamos por la arena, al principio en silencio, hasta que, consciente del detalle que ha tenido en no dejarme sola y sumida en mi pena, lo cojo de la mano y digo:

—Gracias por salvarme de morir ahogada en mis lágrimas.

Él me mira. Rápidamente suelta mi mano y yo murmuro divertida:

—Oye..., que no tengo la peste, y tampoco te estoy pidiendo que te cases conmigo. Simplemente te estoy dando las gracias por tu amistad.

El Caramelito clava sus oscuros ojazos en mí. ¡Madre mía..., madre mía! Y, antes de que pueda hacer absolutamente nada, me carga sobre su espalda otra vez como si fuera un saco de cebollas y acabamos los dos en el agua entre risas.

Pasan tres días. Tres días en los que llamo a Joaquín para saber cómo está mi niña y puedo comprobar por su vocecita que está bien. Muy bien. Durante esos días, Andrew se comporta como un amigo. Paseamos por la playa sin rozarnos —no sea que le pegue algo—, vamos al cine e incluso damos una vuelta en su moto; ¡qué maravillosa sensación!

Su compañía, a falta de la de mis amigas y Candela, me reconforta mucho y, deseosa de tener un bonito detalle con él, tras comer juntos, cuando él se marcha, pues ha quedado con unos amigos para tomar unas cervezas, voy al supermercado para preparar una increíble cena para los dos.

Durante horas, me esmero en preparar de primero un cóctel de gambas, de segundo, solomillo de cerdo ibérico con salsa de setas, y de postre preparo unas increíbles copas de mascarpone con frutos rojos.

¡Mmmm..., qué buenas están!

Como él hizo por mí, salto de mi terraza a la suya, preparo una bonita mesa, abro una botella de buen vino y me siento a esperarlo mientras observo cómo el sol se pone y la noche llega.

A las nueve, oigo que se abre la puerta de la casa. Perfecto. Lo tengo todo preparado.

Durante varios minutos espero a que encienda la luz del salón, pero

al ver que no lo hace, me extraño. Llamo con los nudillos a la puerta cristalera y, cuando Andrew abre, señalo con una sonrisa el vino que tengo sobre la mesa.

—¡Sorpresa! —exclamo—. Prepárate, porque he hecho una cena que te vas a chuperretear los dedos de las manos y, si me apuras, creo que hasta los de los pies.

Él me mira. Veo asombro en su mirada, y entonces, de pronto, una pelirroja aparece y yo no sé dónde meterme.

¡Tierra, trágame!

Andrew habla con la chica y, cuando ésta desaparece dentro del salón, lo miro y murmuro poniéndole un dedo sobre los labios para que no hable:

—Lo siento..., lo siento... Ya me voy..., me voy.

Y, sin darle tiempo a decir nada, salto a mi terraza y, con una fingida sonrisa, le guiño un ojo y añado señalando la mesa:

—Aprovecha el vino: es muy bueno. ¡Hasta mañana!

Una vez desaparezco en mi salón, me tapo los ojos.

Madre mía..., madre mía, ¡qué cagada!

Pero, vamos a ver, ¿cómo puedo ser tan tonta?

¿Acaso esperaba que guardara luto porque mi hija está de viaje?

Maldigo, refunfuño y, no dispuesta a quedarme allí para asistir al festival de gemidos de siempre, cojo mi teléfono y llamo a Marc, el hombre que conocí en casa de Ruth y Tony, y quedo con él para cenar.

Cuando regreso a casa son las seis de la mañana. He pasado una noche estupenda con Marc, que hemos rematado en un hotel. Sonriendo, abro la puerta de mi apartamento y, sin ganas de pensar, me desnudo y me meto en la cama. Estoy muerta.

Al día siguiente, cuando estoy recogiendo la casa, oigo música en el apartamento de al lado. Pongo la oreja pero no la reconozco. ¡Qué música más rara escucha mi vecino!

Media hora después, cuando voy a liarme en la cocina, llaman a la puerta. Con sigilo, me acerco hasta ella, echo un vistazo por la mirilla y veo que es Andrew. Sin embargo, estoy tan abochornada por lo ocurrido la noche anterior que no le abro. Simplemente me quedo quieta y espero que él regrese a su casa. A partir de ese momento, no hago ruido. No quiero que sepa que estoy en casa.

A las siete recibo un mensaje. Marc, que me propone salir otra vez.

Sin duda le gustó el final feliz y, como a mí también me gustó, decido repetir. ¿Por qué no?

A las nueve menos cinco, ya estoy lista. Me he recogido el pelo en un moño informal y me he puesto un vestido negro con escote en uve y unos sexis zapatos de tacón.

Evito pensar en Candela: si lo hago, me tiembla la barbilla, y no, no quiero que eso ocurra.

Estoy poniéndome unos pendientes largos cuando suena el timbre de la puerta.

Al atisbar por la mirilla, veo a Andrew. Me entran los siete males, pero sé que tengo que abrir. Debo asumir lo que ocurrió, por lo que, sin dudar, abro con la mejor de mis sonrisas y, al ver cómo me mira, le pregunto:

—¿Voy bien?

—Sí. ¿Adónde vas?

Joder..., anda que dice algo galante como «Estás guapa» o «mona» o «elegante». Pero, como no me apetece comerme la cabeza, respondo:

—Tengo una cita.

Él asiente y, después de un silencio, dice:

—Oye..., con respecto a lo de...

—Ay, Dios..., no tienes que decir nada, ya cenaremos otro día, y en cuanto al vino, ¡espero que os gustara!

Andrew me observa. Como siempre, su mirada me inquieta.

—Sí. El vino estaba muy bueno, pero...

—No..., no..., no..., no hay peros que valgan, y no quiero hablar sobre eso. Lo importante es que lo pasaras bien con esa pelirroja y punto —lo corto y, tras coger el bolso, indico mirando mi móvil—: Tengo prisa.

Andrew se echa a un lado para que yo salga por la puerta. Una vez en el rellano, cierro con llave y, con una sonrisa, me despido y no vuelvo a mirarlo. No puedo.

Esa noche, Marc me lleva a cenar a un precioso sitio y, luego, decidimos tomar algo en un local de moda, donde, tras varios besos, lo invito a mi casa. Estar sin pareja y no tener a mi hija conmigo me da vía libre. Marc accede encantado a mi proposición.

Una vez en mi apartamento, Marc vuelve a besarme. Besa muy bien, y yo le respondo gustosa. Quiero sexo. Con ciertas prisas, nos desnudamos. Pantalón por aquí, camisa por allá, vestido por ahí y, cuando llegamos a

mi habitación, ya estamos prácticamente desnudos. Por precaución, aunque tomo la píldora, digo:

—Si no tienes preservativos, yo sí.

Marc sonrío, saca cuatro de su cartera y yo afirmo mientras lo beso:

—Perfecto.

Como la tigresa que soy cuando me pongo, una vez se coloca el preservativo, lo empujo sobre la cama y me siento a horcajadas sobre él para dirigir el momento. Durante varios minutos nos besamos, nos tocamos, nos calentamos y, cuando la impaciencia nos puede, agarro su pene con la mano y, acercándolo a mi húmedo sexo, poco a poco hago que entre en mí. El placer es increíble, y no paro de moverme en busca de mi propia satisfacción.

Siento a Marc temblar, sin duda lo que hago lo excita tanto como a mí. Sus manos me agarran por la cintura y con un rápido movimiento me tumba en la cama para colocarse él encima, y entonces sonrío al oír que dice:

—Ahora dirigiré yo.

Cierro los ojos y me dejo llevar pero, al hacerlo, es el rostro de Andrew el que veo, y no hago nada por evitar pensar en él. Sé muy bien que quien está conmigo es Marc, pero me gusta imaginar otra cosa y, como la imaginación es libre y en ella mando yo, ¿quién me lo va a prohibir?

Tras ese primer asalto, llega otro más y, cuando el tercero se origina en la ducha, lo disfruto, sin querer pensar si nos oyen o no. ¿Qué me importa eso?

A las cinco de la madrugada, en el momento en que el rubio de Marc se marcha, salgo a despedirlo ataviada sólo con una camiseta. Nos besamos en la puerta y, desde allí, lo veo alejarse hasta el portal, donde sale y desaparece.

Luego, con una sonrisita en la boca, cierro la puerta de mi apartamento.

Acalorada, abro la nevera y cojo una botellita de agua fresca para beber. Estoy sedienta.

A continuación, cruzo el salón a oscuras, abro la puerta de la terraza y, al salir, me quedo sin habla al ver a Andrew sentado en la suya a esas horas de la madrugada. Nuestras miradas chocan, y él pregunta con voz ronca:

—¿Habéis terminado ya?

Incrédula por su indiscreta pregunta, tanto que creo que no lo he oído bien, inquiero:

—¿Qué?!

—Que si se han acabado los *ruiditos* por hoy —insiste con impertinencia.

Anda, mi madre, ¡pero ¿de qué va éste?! Y, con la misma chulería e indiscreción que él, afirmo:

—Por esta noche, sí.

Su gesto me hace gracia. Pero ¿qué le pasa? Y, dispuesta a ser tan impertinente como él, añado:

—Oye, pero ¿de qué vas? Otras veces yo te he oído a ti con tus *preciosas* pelirrojas y nunca me he quejado. ¿Por qué te quejas tú?

—¿Que me has oído?! —veo que pregunta sorprendido.

Asiento y, con una maléfica sonrisa por el par de copichuelas que llevo de más, cuchicheo:

—Claro que sí. Infinidad de veces.

Ahora el que parece incómodo por la conversación es él, que, tras levantarse, se apoya en la barandilla de su terraza frente a mí y gruñe:

—Y, si me oías, ¿no puedes pensar que yo también puedo oírte a ti?

Parpadeo. Éste es tonto y en su casa no lo saben. Pero sonrío y respondo:

—¿Acaso quieres decir que eso tiene que importarme?

Su mandíbula se tensa. No me causa ninguna impresión y, antes de que diga nada más, le suelto:

—Mira, guapito, no tengo pareja y, cuando no la tengo, disfruto como me sale del..., como me da la gana, por no decir algo terriblemente ordinario. En este momento mi hija no está en casa y, cuando ella no está, te aseguro que puedo hacer lo que quiero, cuando quiero, como quiero y con quien quiero. Y, si quiero chillar de satisfacción en mi casa mientras practico sexo, ni tú ni nadie me va a coartar, y ¿sabes por qué? Porque soy dueña de mi vida y de mi cuerpo y yo y sólo yo decido lo que hago. Y, con respecto a lo que yo oiga a través de las paredes, a mí me importa un pimiento por no decir un cargamento de pimientos lo que hagas; por tanto, si a ti no te gusta lo que oyes, te jorobas, ¿entendido?!

Me mira. No parpadea. ¡Alucina!

Sin duda, mi descaro lo ha dejado perplejo, o tal vez es que nunca

ninguna tía le ha hablado así. ¡Pero ya basta de tener que dar explicaciones por ser mujer y practicar sexo!

Vamos a ver, ¿por qué un tío puede tomarse las libertades que quiera y una mujer parece que tiene que estar siempre justificándose?

Anda ya y que los zurzan, a los tíos y a cualquiera que piense como ellos. Lo único que me merece respeto es mi hija, y con ella en casa no entra ningún hombre en mi cama, pero ahora que no está, ¿quién me lo va a prohibir?

Durante unos segundos, nos miramos. Nos retamos. Sin duda éste es tan chulo como yo, pero no dice nada. Al revés. Baja la cabeza. Su reacción me desconcierta y, finalmente, dándose la vuelta, dice con cierto retintín:

—Me voy a dormir, ahora que se puede.

Cuando desaparece de mi vista, alucino pepinillos.

—Anda, duérmete, que vaya humor tienes.

Diez minutos después, entro en casa, me tiro sobre la cama y, agotada, me duermo.

A partir de ese día, nuestra bonita relación cambia y nos dedicamos a jorobarnos el uno al otro. Cuando él trae a alguna de sus «preciosas» a casa, los oigo. El muy canalla se encarga bien de que los oiga desde cualquier habitación, y yo, que no soy menos y a narices no me gana nadie, cuando quedo con Marc me lo llevo a casa y soy consciente de que Andrew nos oye, ¡vamos que si nos oye!

Así estamos, un día y otro y otro y, al octavo, una tarde en la que estoy dándome un relajante baño, de pronto oigo unos gemidos y me quiero morir. ¡Ya estamos!

Subo la música, no me apetece oírlos y quiero relajarme, pero los golpes en la pared no cesan. Seguro que lo está haciendo a lo bestia aposta.

Aguanto..., aguanto y aguanto hasta que no puedo más, bajo la música y, sin cortarme un pelo, grito:

—¡Sí..., sí..., sí..., no pares..., no pares!

Por increíble que parezca, los golpes cesan. ¡Bien!

Eso me hace reír y, con todo el descaro que tengo, que no es poco, prosigo con voz cargada de erotismo y tensión para que me oiga hasta en estéreo, mientras con el puño golpeo la pared para que parezca un empotramiento en toda regla:

—¡Así..., así..., cielo..., cielo, no pares! Mmmm..., sí..., sí..., bestia..., eres el mejor..., el mejor..., no hay nadie como tú. ¡Sí..., síiiiiiiiiiiii!

Al otro lado de la pared ya no se oye nada, y contengo las ganas de reír. ¿De verdad les he cortado el rollo?

¡Que se jorobe, por chulito!

Divertida por el numerito erótico que estoy montando yo solita mientras veo los muñequitos de Peppa Pig de Candela sujetos en su red del baño, sin cortarme un pelo continuo dando golpes rítmicos en la pared y al mismo tiempo jadeo como la mejor reina del porno:

—¡Oh, sí..., oh, sí..., me gusta...! ¡Ah..., ah..., qué placerrrrr..., sigue..., no pares..., más..., así..., ahí..., justo ahí...! ¡Sí, maquinote..., eres mi maquinote..., sí...! ¡Mmmm, qué rico..., qué rico..., eres enorme, mi niño..., enorme...! ¡Más..., dame más! ¡Oh, sí..., oh, síiiiiii..., eres el mejor..., el mejor!

Así estoy durante varios minutos, hasta que decido dar por concluido el papelón o podrían sospechar de la potencia viril del fantasma que está conmigo y, dando un último golpe en la pared, chillo para hacerles saber que hemos acabado:

—¡¡¡Aaaaaaaaahhhhhhhhhhhhh!!!

Una vez finiquito mi numerito porno mientras miro la cara de guasa de la cerdita Peppa, me levanto de la bañera, subo la música a tope y me ducho. No quería ruido, ¡pues toma ruido!

Sonrío. ¡A mala y pérfida no me gana ni Dios!



Los días pasan despacio desde que mi niña no está conmigo y la añoro a cada instante, aunque cuando hablo con mis amigas disimulo para que no se pongan muy pesaditas y dejo ver la tía fuerte que sé que en el fondo soy. Aun así, oye, los fuertes también tenemos debilidades, y mi gran debilidad es mi Gordincesa.

En estos días he hablado con ella y eso me llena de felicidad, aunque cuando miro sus juguetes o su ropita en el armario se me parte el corazón.

Salir con Marc noche sí, noche también ya es habitual, hasta que todo se tuerce.

Tras una exquisita cena, decidimos ir a un hotel. Por una vez no quiero que el vecino me oiga. Allí, tras una sesión de sexo, de pronto él recibe una llamada. En la pantalla veo que dice «Adelaine», y Marc se pone nervioso. Eso me da mala espina, y no precisamente porque yo quiera nada serio con él, que no lo quiero. Me da mala espina porque nunca me ha gustado tener nada con hombres casados ni comprometidos.

Hablamos, le pregunto quién es ella y al final me canta hasta *La traviata* y me entero de que la tal Adelaine es su novia y que los días en los que nos estamos viendo es porque ella está en Chicago por trabajo.

Me entra la risa. Soy así de imbécil, pero ¿por qué algunos tíos con pareja son infieles?

¿Acaso necesitan meterse en la cama con otra para mantener su hombría? De verdad que no lo entiendo. No entiendo esa falta de honestidad, pues no se dan cuenta de que ni tan sólo ellos mismos son felices, y que la mentira tiene las patitas muy cortas y algún día esa novia o esa mujer se enterará.

Esa noche, cuando me despido de Marc en la puerta del hotel, le pido que no vuelva a llamarme y borre mi teléfono de su móvil. Como dijo un

día mi madre, no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti. Por tanto, ¡adiós, rubísimo Marc!

A las cinco de la madrugada, cuando me bajo del taxi y voy caminando hacia mi casa, coincido con Andrew frente al portal. Vaya tela... Vaya tela... Nos miramos, ambos sabemos muy bien de dónde venimos, y pregunto:

—¿Una buena noche?

Andrew —con el que no he vuelto a cruzar palabra desde la fatídica noche en la que nos declaramos la guerra, a pesar de que lo veo correr por la playa a menudo— me mira y, sonriendo, afirma mientras abre el portal:

—Seguro que tan estupenda como la tuya.

—No lo dudes —miento, pues no estoy dispuesta a contarle mi nochedita.

En silencio, caminamos hasta nuestras puertas, las abrimos y, tras desearnos un feliz sueño, cada uno entra en su apartamento para descansar.

Dos días después, sin mi niña, sin trabajo y sin mis amigas, me siento más sola que nunca.

Triste y afligida, paseo por la playa pensando en mis cosas. Mi vida personal es un desastre. Mi vida laboral no existe y, como no me apetece machacarme más de lo que ya lo hago, comienzo a pensar en lo que las chicas me propusieron.

¿Debería aceptar su dinero y montar el negocio que siempre he querido?

Pienso en ello una y otra vez y no sé qué hacer. Por un lado, sé que soy capaz de llevarlo adelante. A trabajadora no me gana nadie, pero ¿y si sale mal?

Agotada de mis pensamientos estoy cuando, al regresar a casa, veo las ventanas de Andrew abiertas. Por ellas sale esa extraña música que escucha y, de pronto, una tía aparece en la terraza y, segundos después, sale él.

Resoplo. Sin duda él sí sabe gestionar su vida y, en especial, asumirla. Cuando regreso a casa, como no estoy dispuesta a oír los gemidos de esos dos, me pongo a bailar *La Gozadera*,^[5] de Gente de Zona y el simpático Marc Anthony, a toda mecha. Bailo..., bailo y bailo, hasta que, sudorosa,

me meto en la ducha y oigo lo que no quiero oír.

Joder..., jodeeerrrr.

A la mañana siguiente, cuando me despierto, cojo las llaves de mi coche y decido ir al supermercado a comprar provisiones. Necesito atiborrarme de carbohidratos. Total, no pretendo gustarle a nadie.

Allí, lleno el carrito de patatas fritas, ganchitos, dónuts de chocolate blanco y chocolate negro, galletas de sabores, nata en spray, helados, pasteles, cervezas y coca-colas. Vamos, lo ideal para la depresión, y regreso a casa dispuesta a comer sin pensar en el mañana y en el culo que se me pondrá.

Monto mi cuartel del carbohidrato en el salón y me rodeo de toda la comida que he comprado mientras veo varias películas románticas y me desespero al pensar que a mí nunca me ocurrirá algo tan bonito, ni me voy a casar.

Cuando he gastado la primera caja de kleenex y me he comido el octavo dónut de chocolate, asqueada, apago la tele y busco el CD de mi Luis Miguel. Segundos después, comienza a cantar y yo salgo a la terraza para mirar el mar mientras rumio mis penas.

—¿Cómo vas, morena? —oigo de pronto.

Oír su voz me hace mirar en dirección a su terraza, y Andrew, al ver mi estado, pregunta:

—Pero bueno, ¿qué te pasa?

Me tiembla la barbilla y, sin saber por qué, suelto:

—Me he comido ocho dónuts de chocolate fondant y dos bolsas de patatas fritas al punto de sal.

Él me mira alucinado y, antes de volver a llorar como aquella vez en su presencia, me meto dentro de casa.

A salvo de miradas indiscretas, me estoy sentando en mi sillón burdeos cuando Andrew, que ha saltado por la terraza, entra en mi salón y pregunta:

—Pero ¿qué está ocurriendo aquí?

No le respondo. ¡No puedo!

Si lo hago, lloraré como una tonta, y lo último que quiero es que un tío como él me vea otra vez llorando con cara de mandril desamparado.

Andrew espera que conteste a su pregunta pero, como no lo hago, se

agacha para estar a mi altura y, cogiendo mi cara entre las manos, susurra al ver mis ojos:

—Ni se te ocurra llorar.

Lo miro. Intento no hacerlo, pero cuando una lágrima escapa de mis ojos, dice:

—No, por favor. No lo hagas, cielo. No sé qué hacer cuando lloras.

Oír ese apelativo cariñoso de su boca me remueve mi dolorido corazón y, tragándome las emociones que pugnan por salir de mi interior, asiento y contengo las lágrimas. Luego, cuando creo que él se va a levantar y se va a marchar de mi lado, me agarra del codo para que me ponga en pie y dice:

—Vamos.

Me niego, no quiero levantarme. Entonces él, sentándose junto a mí en el sillón, añade:

—Muy bien. Pues no me moveré de aquí hasta que lo hagas tú.

Permanecemos en silencio unos segundos, hasta que mis ojos me traicionan y se desbordan las lágrimas. Bueno, no, ¡los lagrimones! Avergonzada, me tapo la cara. ¡Qué horror! Menudo numerito estoy montando, yo, que soy una tía fuerte.

Andrew me coge entre sus brazos, me sienta sobre él y, abrazándome, murmura:

—Tranquila, morena. Tranquila. Seguro que Candela está estupendamente. ¿Has hablado con ella? —Asiento, Joaquín me llama cada tres días. Y, a continuación, él añade—: Entonces ¿por qué estás así?

Como puedo, abro una nueva caja de kleenex, me sueno la nariz y, sabiendo que soy el antimorbo personificado en mujer, respondo con la nariz roja como un tomate:

—Mi vida es patética. Mi hija no está conmigo, mis amigas se han ido, mi familia está lejos de mí, sobre hombres mejor no hablar y, para colmo, tampoco tengo trabajo. ¿Cómo quieres que no lllore?

Decir eso en voz alta hace que vuelva a llorar y, pasados unos segundos, Andrew se levanta conmigo entre sus brazos y se encamina hacia mi habitación, que está hecha un desastre como yo.

—¿Qué... qué vas a hacer? —pregunto asustada.

Sin hablar, llegamos al baño. Allí, me deja en el suelo y dice:

—Dúchate.

—¿Huelo mal? —pregunto horrorizada acercando mi nariz a la ropa.

Vamos..., vamos..., sólo me falta oler a Guarricienta. Sin embargo, me tranquilizo cuando veo que Andrew sonríe.

—No —dice—. No hueles mal, pero seguro que una ducha te viene bien.

Asiento. S e que tiene razón y, cuando sale del baño y me deja a solas, decido hacerle caso. Me desnudo y me meto en la ducha del tirón.

Diez minutos después, cuando salgo y compruebo que no est  en la habitación, cojo rápidamente algo de ropa y me visto. Me dirijo al salón con el pelo aún húmedo y veo que est  bebi ndose una cerveza sentado en el sillón.

— Mejor? —pregunta poniéndose en pie.

Sonrío y asiento y, cuando miro mi campamento de carbohidratos, me avergüenzo. Pero  qu  estaba haciendo?

Parada en medio del salón, contemplo mi desastrosa existencia. Al poco, mis ojos chocan con los de Andrew, y entonces oigo que dice:

—Creo que necesitas un abrazo,  verdad?

Sin dudarlo, me lo da y yo me cobijo en él. Abrazados estamos cuando comienza a sonar *No existen límites*.^[6]  Por qué tiene que sonar precisamente ahora esa canción? Pero me quedo sin palabras cuando Andrew, abrazado a mí, comienza a bailar en medio del salón.

—Vamos a ver —dice mientras nos movemos—,  por qué no me has llamado cuando te has sentido tan mal? Estoy apenas a dos palmos de ti, y creo que no soy un ogro al que no puedas pedirle ayuda si lo necesitas. S  que estos días ni tú ni yo nos hemos comportado muy bien el uno con el otro, pero no quiero verte así. No me gusta. Y, si vuelves a encontrarte en la misma situación, t , que eres una tía dura y con un par de narices, espero que me lo digas para remediarlo antes de que llegues a esto.  Entendido?

Asiento. No puedo hablar.  l y esa canción es mucho para mí, y creo que me voy a derretir mientras escucho cómo dice todo eso.

—Vale. No hablemos —susurra—. Entiendo que ahora no te apetezca.

Asiento y omito decirle lo que me apetece.  Qu  pensaría si lo supiera?

Notar su cuerpo pegado al mío me hace sentirme aún más pequeña y vulnerable de lo que soy. Apoyo la frente en su clavícula y lo oigo decir:

— ste es ese cantante que tanto te gusta,  verdad?

—S  —afirmo.

—¿Sabes? Me da rabia no saber español para entender lo que dice la canción; ¿me lo explicas tú?

Bueno..., bueno..., bueno. Ni de coña le explico lo que dice la canción. Y, como no se va a enterar si le miento, contesto:

—Habla sobre unos amigos que viven cerca de la playa y un día se encuentran a un perro herido y lo adoptan para cuidarlo entre los dos.

Andrew me mira. Entonces veo que levanta una ceja sorprendido y replica:

—Sólo nos falta el perro. Somos amigos, vecinos y vivimos frente a la playa.

Ay..., madre..., ay, madre... Pero, sin perder la compostura, contesto:

—Sí..., sólo nos falta el perro.

Andrew no me quita ojo. Espero que me crea.

—Los animales son increíbles —afirma sonriendo a continuación—. Cuando vivía en el rancho tenía un perro llamado *Rufus*. Ni te imaginas las cosas que le contaba a *Rufus* bajo las estrellas: mis amores, mis desamores, mis sueños.

Eso me hace sonreír. Menos mal. Me parece que me ha creído y, para que no siga ahondando en el tema, pregunto:

—¿Y dónde está *Rufus* ahora?

—Murió.

—Vaya..., lo siento. No sabía que...

Él sonríe.

—Tranquila. No tenías por qué saberlo. *Rufus* murió con dieciséis años, pero tuvo una buena vida. Sin embargo, recuerdo que, el día que murió, fue tal el dolor que sentí que prometí no encariñarme de nuevo así con otro animal.

—Pero eso no es justo.

—¿Para quién no es justo?

—Para cualquier otro perrillo.

—Lo sé. —Sonríe—. Pero yo soy así de drástico: o todo o nada.

Cuando dice eso me gustaría preguntarle si el hecho de que no repita con una mujer fue porque alguien le rompió el corazón, pero me da cosilla. No quiero ser indiscreta.

Mientras bailo con él y siento su cuerpo tan pegado al mío, me relajo y lo disfruto. Sé que esto está mal, fatal. Sé que no debo dejarme llevar por el momento, pero me da igual. En este instante comienza a darme todo

igual.

De pronto noto que Andrew posa sus calientes labios en mi frente y una tremenda corriente eléctrica me recorre todo el cuerpo.

Ay, Dios..., ay, Dios, que le voy a dar no un mua, sino un ¡remuá!

Que me conozco y la voy a liar ¡muuyyyy gorda!

Respira, Coral..., respira y piensa en la palabra «¡No!».

Pero, sin poder evitarlo, levanto la vista hacia él.

Madre..., madre..., madre..., ¡que me lanzo!

Sus ojos y los míos chocan y, en el momento en que mi Luismi repite de nuevo eso de que no hay límites, tras unos segundos en los que ambos —y cuando digo ambos es porque lo sé— sentimos una gran tensión sexual, me pongo de puntillas y, ¡zas!, me olvido de los límites y lo beso.

En un principio, Andrew se queda quieto. No se mueve.

Creo que mi beso lo sorprende tanto como a mí, hasta que, de pronto, reacciona, me aprieta contra su cuerpo y nuestro beso se intensifica más y más y más.

¡Ay, Diosito!

Su sedosa lengua recorre cada recoveco de mi boca y la mía no se queda atrás.

Su sabor es maravilloso, exquisito. Lo recuerdo. Lo recuerdo muy bien.

Quiero desnudarlo, deseo hacerle el amor. Pero, de pronto, algo en mí me alerta de lo que estoy haciendo y me paraliza.

Pero ¿es que no aprendo?

Es que soy tan idiota que tengo que engancharme de hombres que nunca me van a dar lo que yo necesito.

El que ahora asola mi boca me gusta, me gusta demasiado, y sé que, si sigo con lo que estoy haciendo, mi corazón tarde o temprano me lo va a reprochar.

Él no quiere nada serio ni conmigo ni con nadie, me lo ha dicho de todas las formas que sabe. Así pues, sacando fuerzas de donde ni siquiera sé que las tengo, lo retiro de mí y, con el cuerpo en llamas y los labios hinchados por el increíble beso, lo miro y murmuro:

—Es mejor no seguir.

Andrew, que está tan agitado como yo, asiente, me suelta, se toca el pelo y afirma:

—Tienes razón. Disculpa por...

—No te disculpes. He sido yo la que ha comenzado. Estoy afectada por no tener a mi pequeña y, sin pensarlo, me he dejado llevar.

Me mira. Lo miro y, finalmente, tras un incómodo silencio, dice:

—Gracias por parar algo que luego íbamos a lamentar.

Tiene razón. ¡Qué rabia que tenga razón!

La música sigue sonando poco después, cuando añade:

—Escucha, Coral. Aprecio quién eres, valoro tu amistad y no quiero que, por mezclarla con el sexo, pueda echarse a perder. Siempre evito el compromiso. De ahí el no repetir con ninguna mujer, y menos con mujeres que superen la treintena, porque todas quieren compromiso, boda y niños, y créeme que contigo no sería diferente.

Joder..., tengo veintinueve años. Vale..., en un mes cumplo los treinta.

Pero ¿el comentario querrá decir que me ve mayor?

—No quiero obligaciones —prosigue—. Ni cargas que no sean mi moto y mi mochila, y no deseo crearte falsas expectativas.

Dios santo, más claro no puede ser conmigo. Entonces, saco la actriz que llevo en mi interior y admito mintiendo con descaró:

—No te preocupes, con mi hija ya tengo todas las obligaciones que quiero. No le des tanta importancia a lo ocurrido. Además, tranquilo, ¡no soy pelirroja!

Veó que mi matización le hace sonreír y, antes de que diga nada, insisto:

—Ha sido un calentón puntual en el que nos hemos dado un remuá que no volverá a repetirse y punto.

—¿Un *remuá*?

Sonrío.

—Un *mua* es un pico, y un *remuá*, algo más.

Andrew asiente. Dios santo, creo que piensa que estoy como un cencerro.

Pero seguimos mirándonos...

Seguimos tentándonos...

Mi Luisimi sigue cantando esa maravillosa canción...

Entonces, por fin, Andrew se mueve, va hasta su cerveza y, tras darle un trago para refrescarse la garganta, dice:

—¿Sabes, morena?..., cada día me sorprendes más.

—¿Por qué?

—Porque tienes las cosas tan claras como yo, y reconozco que has

sabido cortar algo que yo ya veía imposible.

Sonrío. ¿Claras las cosas, yo? Aisss, amiguito, si tú supieras...

Madre mía..., madre mía, sin duda debería haber estudiado arte dramático, porque como actriz ¡no tengo precio!

Dispuesta a continuar en mi papel, le quito la cerveza de las manos, le doy un trago y cuchicheo con mofa:

—Vaquero, estás cañón, pero me van más los rubios.

—¿Como Marc?

Su pregunta me sorprende, pero como no quiero contarle que el rubio me salió rana, asiento.

—Exacto. Como Marc.

Ambos reímos. Yo más por la tontería tan grande que acabo de soltar, pero dispuesta a enfriar el horno que hemos encendido entre los dos, añado:

—Mira, *mi niño*... —y, al ver cómo me mira, matizo—: Que te diga *mi niño*, no quiere decir que tú seas mi niño, porque yo ni quiero niño ni lo busco. Es simplemente que de donde yo vengo se utiliza ese apelativo de un modo cariñoso, ¿de acuerdo? —Él asiente y yo prosigo—: En serio vuelvo a darte las gracias por ser mi caballero andante y venir en mi rescate antes de que me comiera todos esos carbohidratos y se me pusiera un culo como el de la Kardashian.

Ambos miramos el desastre que hay sobre la mesa y sonreímos de nuevo. A continuación, Andrew me tiende una mano y dice:

—¿Amigos?

Sé que aceptar esa mano me va a resultar una tortura china pero, convencida de que es lo mejor que puedo hacer, se la cojo y se la estrecho en plan machote.

—Aquí tienes una amiga para lo que necesites —afirmo—. ¡Claro que sí!

No sé él, pero yo estoy que no sé ni lo que hago. Todavía tengo su sabor en la boca y la excitación en el cuerpo por el beso.

—Venga, *mi niña* —dice él entonces—, vayamos a dar un paseo por la playa. Eso nos despejará.

Oír el cariñoso apelativo propio de mi tierra de sus labios me hace sonreír. El muy bribón me guiña un ojo y, sin decir nada, acepto el paseo. Necesito despejarme.

Apago la música, cojo las llaves de casa y, una vez salimos por mi

terrazza y la cierro, bajamos hasta la arena por la escalerita que hay en un lateral. Nos descalzamos y echamos a andar por la playa.

Durante toda la tarde, Andrew consigue hacerme reír, y yo a él. No paramos de bromear. Obviar la parte sexual en nuestra relación me permite mostrar esa faceta natural y gamberra que por norma no saco ante los hombres que quiero que se fijan en mí.

Cuando nos cansamos, nos sentamos sobre la arena y Andrew se parte de risa con lo que le cuento.

Hablamos de sus ligues, de sus preciosas y de mis machotes, y llega un momento en el que siento que parece que estemos compitiendo por quedar por encima del otro en cuanto a relaciones se refiere.

—¿Alguna vez te has enamorado de una mujer? —le pregunto.

Andrew lo piensa, finalmente se encoge de hombros y responde:

—Sí. Una vez.

—Y ¿qué pasó?

—Simplemente se acabó.

Asiento. Es parco en palabras a la hora de hablar de estos temas.

—Y ¿no has vuelto a enamorarte de nadie más? —insisto.

—No.

—¿Por qué?

—Porque ni lo necesito ni lo quiero.

Su respuesta me hace gracia y, acercándome a él, cuchicheo:

—¿Sabes, amiguito?, aunque te hagas el duro, me da la impresión de que lo que tienes es pánico a enamorarte; ¿me equivoco?

Él sonrío. Muestra su sonrisa más chulesca y finalmente responde:

—¿Sabes, amiguita?... ¿Qué tal si hablamos de algo más interesante?

Cuando comienza a anochecer, regresamos a nuestras casas y, al llegar frente a las terrazas que dan a la playa, Andrew pregunta:

—¿Te apetece que pidamos una pizza?

—La verdad es que el estómago me cruje —afirmo, haciéndolo reír.

Al entrar en su apartamento, me quedo alucinada. Dejo escapar un silbido.

—Qué bonito lo has dejado —comento.

Andrew mira a su alrededor.

—Tenía que hacerlo —dice—. Me gusta esta casa. —Y, guiñándome un ojo, añade—: Y me gusta la vecina que tengo.

Sonrío, no puedo remediarlo. En ese instante, suena el teléfono fijo

de su casa.

—¿No lo coges? —pregunto al ver que no parece tener intención de hacerlo.

Andrew está cogiendo el papel de las pizzas que tiene pegado con un imán en la nevera cuando salta el contestador automático y se oye la voz de una chica que dice:

«Hola, tío, soy Nayeli, tu enana, ¿me recuerdas? Vale..., vale... Sé que sí..., lo sé. Vamos a ver, te llamo por dos cosas. La primera, y ya sé que soy muuuy pesada, para recordarte que el concierto de las Fifth Harmony en Atlantic City es dentro de poco y me prometiste que conseguirías entradas para mis dos amigas y para mí. ¿Las tienes? Por favor..., por favor..., dime que sí..., ¡dime que sí! Adoro a ese grupo y quiero ir, por favor..., por favor... Y la segunda cosa, pero no menos importante, para recordarte que dentro de un mes es la boda del tío Cold y todavía no has confirmado que vas a venir. El tío le ha dicho a la abuela Ronna que te ha llamado varias veces y que no quiere insistirte más. Pero yo te insisto porque quiero que vengas. ¿Cómo no vas a estar? Por cierto, y como soy muy pesada y muy pidona, porque para eso soy tu única sobrina, te recuerdo que quiero la camiseta que te pedí de la gira de Yanira. Mis amigas se murieron de envidia cuando les conté que eras su jefe de seguridad y la conocías. Pues nada más, tío. Que te quiero mucho y que espero que vengas prontito a casa. Besitos y más besitos».

Cuando el mensaje acaba, miro a Andrew, y éste, con una sonrisa distinta de todas las que le he visto hasta el momento, explica mientras camina hacia mí:

—Mi sobrina Nayeli y sus cosas.

Sonrío, me hace gracia imaginármelo consintiendo a su sobrina.

Luego me entrega la propaganda de las pizzas y pregunta:

—¿De qué te apetece?

Miro el papel pero, recordando el mensaje que acabo de oír, pregunto:

—¿Cuántos años tiene tu sobrina?

—Dieciséis.

—Y ¿le has conseguido las entradas para las Fifth Harmony?

Andrew sonrío.

—Por supuesto que sí. Se las enviaré por correo. ¿Qué pizza quieres?

—¿Por correo? Pero, vamos a ver, ¿no vas a ir a la boda de tu hermano?

Él niega con la cabeza sin decir nada y, al ver que no piensa contestarme, insisto:

—¿De verdad vas a decepcionar a tu madre, a tu hermano y a esa muchachita después del mensaje tan cariñoso que te ha dejado? Pero

¿cómo no vas a ir?

Se sienta a mi lado en el sillón y deja escapar un suspiro.

—Es complicado —dice.

—¿Por qué? —Nada más decir eso, me doy cuenta de que me estoy metiendo donde no me llaman—. Bueno, perdona —me apresuro a añadir—, quizá no debería preguntarte algo tan personal.

Andrew sonrío y, mirándome, finalmente aclara:

—No me gustan las bodas. Además, tengo una abuela complicada; es de esas personas que estás con ellas o contra ellas. —Eso llama mi atención, y entonces él prosigue—: El rancho Aguas Frías...

—¿Aguas Frías?!

Andrew sonrío.

—Sí. El rancho familiar que tenemos en Hudson, en el estado de Wyoming, se llama así, Aguas Frías. Al parecer, cuando mis antepasados llegaron muertos de sed hasta aquellas tierras, excavaron un pozo del que salió el agua más fría que habían bebido en su vida. De ahí su nombre.

—Vaya..., cuéntame más.

—El rancho y sus tierras siempre han pertenecido a la familia del abuelo Jeremiah. Según él contaba —sonríe—, una noche de luna llena, cuando cruzaba un bosque, una manada de lobos intentó atacarlo pero, gracias a una valiente muchachita que salió de entre los árboles, se salvó. Esa chica era mi abuela Sora con dieciséis años. Ella vivía en el bosque con su tribu. Es india, de la tribu lakota.

—¿Tu abuela es india?

—Sí.

—Pero ¿india... india, de esas que llevan una pluma en la cabeza como Toro Sentado?

Andrew suelta una carcajada.

—No lleva pluma, aunque era la nieta de Tatanka Horse, un jefe nativo norteamericano de la tribu de los lakotas. —Entonces, señala mi tatuaje y afirma—: Por cierto, tu proverbio indio le encantaría.

Uuuuu..., nunca he conocido a una india ¡india!

—El abuelo decía que Sora le robó el corazón —prosigue Andrew—. Que cerraba los ojos y sólo veía los ojos oscuros de aquella morena, y que no paró de ir a ese bosque hasta que la enamoró y se casó con ella. —Ambos sonreímos—. Un año después, la familia de la abuela se marchó a vivir a otro lugar, la madre de Sora murió y poco después tuvieron a mi

padre, Lonan. Pero no pudieron tener más hijos porque el parto se complicó. El abuelo siempre decía que eso fue lo que le agrió el carácter a la abuela. Los años pasaron, mi padre conoció a mamá y la abuela puso impedimentos porque no era una lakota, pero bueno, se casaron y nacimos mis cuatro hermanos y yo. Cuando el abuelo murió, mi abuela le dejó muy claro a mi padre que ella seguiría llevando el rancho, le gustara a él o no, y mi padre calló y acató. Era demasiado bueno y paciente. Sin embargo, la abuela hizo varias cosas mal que no beneficiaron al rancho, y mi padre acabó discutiendo con ella. A partir de ese momento, nunca más volvieron a hablarse, a pesar de vivir en el mismo rancho, comer en la misma mesa y celebrar nuestros cumpleaños juntos. Luego, cuando, por desgracia, a causa de una mala caída, mi padre murió hace doce años, la abuela nos reunió a todos y nos dijo que, si queríamos seguir viviendo en el rancho, debíamos acatar sus normas. Y así lo hicimos, hasta que, hace diez años, me enfrenté a ella y decidí marcharme de allí.

Me sorprende su historia. Me gustaría saber qué fue lo que ocurrió para que Andrew tuviera que irse del rancho, pero no pregunto. Sería una gran indiscreción.

—Pero no te asustes. Regreso allí al menos tres veces al año para ver a mi familia y, ¿sabes?, aun así, volví a discutir con mi abuela por algo que hizo y no me gustó. A partir de ese día, ella dejó de hablarme totalmente.

—Joder con tu abuela.

Andrew suelta una carcajada divertido por mi comentario.

—Tú lo has dicho... —afirma—, joder con mi abuela. Sin duda su sangre india hace que siga siendo una testaruda lakota. —A continuación, señalando el papel de las pizzas, indica—: Vamos, elige o elijo yo.

Entre risas, pedimos un par de pizzas: una de beicon y otra barbacoa. Cuarenta minutos después, las traen y, sentados en la terraza de su casa, las comemos mientras continuamos charlando de los temas más diversos.

Hablamos..., hablamos y hablamos, hasta que me fijo en el reloj de pulsera que lleva y, al ver la hora que es, pregunto boquiabierta:

—¿En serio son las dos menos cuarto de la madrugada?

Andrew lo mira tan sorprendido como yo. El tiempo se nos ha pasado volando. Entonces doy un último trago a mi cerveza y me levanto.

—Creo que ha llegado el momento de volver a casa —digo.

Andrew se levanta también.

—Saltaré por aquí —añado.

Tras guiñarle un ojo —y sin acercarme para nada a él, no sea que me lance de nuevo a sus labios—, me subo a la barandilla con agilidad y paso a mi terraza.

Una vez allí, sin querer alargar el momento, murmuro antes de desaparecer en el interior de mi salón:

—Buenas noches, vecino.

Andrew me mira. Vuelve a tener la mirada de antes, cuando me he lanzado a besarlo, y finalmente, en un tono que me pone el vello de punta, responde:

—Buenas noches, morena.



Cuando me despierto sola en mi cama, en lo primero que pienso es en mi hija. ¿Qué estará haciendo?

Remoloneo sobre el colchón y mis pensamientos pasan de mi hija al hombre que vive al otro lado de la pared. ¿Qué estará haciendo él?

Sonrío. Recuerdo nuestra larga charla la tarde anterior que nos llevó hasta el amanecer. Además de ser un seductor redomado, Andrew me ha demostrado que es un hombre con el que se puede charlar, y eso hace que me guste aún más. Pensando en ello, me revuelco por la cama cuando de pronto mi móvil suena con la cantarina voz de mi pequeña: «Mami..., mami..., mami..., te *dama* papi..., papi..., papi. Mami..., mami..., mami..., te *dama* papi..., papi..., papi».

El corazón se me desboca. ¡Mi niña!

Cojo el teléfono y, tras saludar a Joaquín, hablo con mi Gordincesa con una gran sonrisa en la cara. Está muy contenta, y me cuenta con su media lengua que ha comido judías marrones y que se lo pasa muy bien con sus primos.

Mientras la escucho, la imagino. Seguro que está gesticulando, moviendo sus manitas mientras habla y poniendo esos morretes que a mí me gustan tanto.

¡Dios! ¡Me la como, qué bonita es!

Tras charlar con ella durante varios minutos, pues se cansa y quiere irse a jugar, hablo con Joaquín, que me repite por enésima vez que todo está bien, y después colgamos.

Una vez dejo el teléfono sobre la mesilla, sonrío. Candela me alegra la existencia. Ya no concibo mi vida sin ella.

Cuando siento que estoy comenzando a ponerme tristona, cambio el chip y pienso en lo ocurrido el día anterior, e inevitablemente recuerdo el

instante en que Andrew y yo nos miramos en el salón y me lancé a besarlo. Me tapo la cara avergonzada. ¿Por qué seré tan impulsiva? Sin embargo, cierro los ojos mientras me muerdo el labio inferior y pienso que aquel beso inesperado fue, como poco, colosal. Recordar cómo su boca se apretaba contra la mía y sus fuertes y grandes manos me sujetaban me hace suspirar, me calienta en segundos. Entonces, sin dudarlo, abro el cajón de mi mesilla y digo:

—Ironman, te necesito.

Tumbada sobre la cama, me quito las bragas y pongo en marcha mi vibrador. Su zumbido consigue que mi estómago se revolucione, pero entonces pienso que quizá Andrew pueda oírlo, y lo apago.

¿Cómo pueden ser tan indiscretas las paredes?

Rumiando acerca de qué hacer, cojo el móvil, abro la carpeta de música y, tras poner lo primero que encuentro, ansiosa, vuelvo a encender a Ironman y me dispongo a disfrutar.

Cierro los ojos, pienso en Andrew, en su boca, en sus ojos, en su fibroso cuerpo y, cuando Ironman roza mi estómago y yo lo bajo lentamente hasta mi sexo, me arqueo deseosa para recibirlo. Durante varios minutos me abandono al placer que me proporciona sobre el clítoris, mientras imagino que es Andrew quien lo mueve, quien lo maneja, y quien me pide en voz baja que me relaje y disfrute.

Accedo. Accedo a todo lo que él me pide, mientras mi calenturienta imaginación ve los ojos del hombre que me hace perder la cordura, siento su boca sobre la mía y un gemido escapa de mis entrañas y siento que todo mi cuerpo tiembla de placer.

Permanezco abandonada a mis deseos durante un buen rato, hasta que, tras un último orgasmo que me hace cerrar las piernas, convulsionar y jadear, decido dar la fiestecita mañanera por terminada.

El aire huele a sexo; mis dedos, de sujetar y mover a Ironman, también. Mientras me levanto de la cama para lavarlo, escucho cómo Carlos Baute canta *Mi medicina*,^[7] y me mofo.

—Tú sí que eres mi medicina, Ironman.

Feliz y encantada con mi buen inicio de día, voy bailando al ritmo de la canción hasta el baño. Allí, lavo a Ironman y, tras dejarlo sobre el lavabo, decido darme una duchita rápida.

Cuando salgo, el teléfono suena. Rápidamente, me pongo un albornoz y corro a mi habitación. Es Yanira, y con guasa respondo:

—Ironman y yo te damos los buenos días.

Oigo a Yanira reír. Ella y el resto de mis amigas me regalaron ese maquinote.

—Vaya... —responde divertida—, veo que tu mañana comienza bien.

—¡Mejor, imposible!

Charlamos durante un rato. Yanira me hace saber que todos me echan de menos y, a pesar de que intenta convencerme de que coja el primer vuelo a Puerto Rico, me niego en redondo.

Ataviada con el albornoz, mientras hablamos, paso por la cocina, donde me preparo un café. Luego me dirijo al salón y, tras abrir las puertas, salgo a la terraza a tomármelo. Hace un día precioso.

Mientras me apoyo en la barandilla para continuar hablando con Yanira, miro a la gente que ya está disfrutando de la playa. Una vez prometo ser yo la siguiente en llamar y termino la conversación con mi amiga, cuelgo y entro en el salón.

Aquello es un desastre. Dónuts, patatas, galletas, chocolate. Todo eso continúa aún sobre la mesita que tengo frente al televisor, y decido cambiarme de ropa y ponerme manos a la obra. Entro en mi habitación, me visto con unas mallas grises cortas y una camiseta negra sin mangas y, una vez me calzo unas zapatillas de deporte, vuelvo al salón. Enciendo el equipo de música, pongo un CD y, cuando comienza a sonar *Born This Way*^[8] de Lady Gaga, sonrío y empiezo a bailar mientras recojo todo el desastre con una marcha increíble.

Por suerte, el estropicio parecía más de lo que era. Una vez lo meto todo en una bolsa, limpio la mesa con un paño y lo llevo todo a la cocina, cojo la escoba y, mientras barro el suelo, hago mi propia coreografía a lo Gaga y bailo como una descosida.

Uf..., qué marcha tiene esa canción.

Encantada, bailo, canto usando el palo de la escoba como un micrófono y, cuando la canción acaba y estoy dispuesta a bailar la siguiente, unos aplausos me hacen mirar hacia la terraza y me encuentro a un más que atractivo Andrew vestido con unos pantalones cortos negros y una camiseta de tirantes gris marengo empapada de sudor.

—Dios mío —exclama él sonriendo—, mi sobrina se volverá loca si se entera de que vivo al lado de la mismísima Lady Gaga.

Río a carcajadas y, mientras me acerco al equipo para bajar el volumen, pregunto al verlo tan sudoroso:

—¿De dónde vienes?

Andrew se quita uno de los auriculares blancos que aún lleva puestos y contesta tras tomar aire:

—De correr. He salido a quemar las calorías de la pizza de anoche.

Vaya..., vaya..., cómo se cuida, el presumido.

Me acerco a él y me pongo en uno de los auriculares blancos que cuelgan sobre su pecho.

—¿Qué música escuchas? —pregunto. Y, al no identificarla, insisto —: ¿Qué es esto?

—*Esto* —se mofa— es música country, concretamente, Keith Urban.

Durante unos segundos escucho esa música a la que no he prestado atención en mi vida. Luego me quito el auricular y pregunto:

—¿Quieres un poco de agua fresca?

Andrew asiente. Los dos caminamos hasta mi cocina y, tras beberse un gran vaso, sonrío y murmura:

—Sé que mi casa está aquí mismo, pero ¿puedo pasar un segundo a tu baño?

—Claro que sí.

Mientras va al baño, guardo la escoba en el armarito que tengo para esas cosas. Cuando sale, compruebo que me mira divertido y, al ver lo que lleva en la mano, me apresuro a quitárselo.

—¿Se puede saber qué haces con Ironman?

—¡¿Ironman?! —pregunta divertido y, al ver que pongo los ojos en blanco, explica riendo—: Lo he encontrado en el baño y...

Sin permitirle acabar la frase, me encamino hacia mi habitación. Como siempre, pisoteo la cama para pasar al otro lado y, tras guardar a Ironman en la mesilla, Andrew pregunta divertido desde la puerta:

—¿Por qué pasas por encima de la cama?

Vuelvo a pisotearla y, cuando estoy ante él, aclaro:

—Porque me gusta hacerlo, y en cuanto a Ironman te diré que...

No me deja acabar. Me pone un dedo en la boca e indica:

—Ha sido una broma, mujer, y por supuesto que no tienes que darme explicaciones.

Al ver su cara de guasa, sonrío y suspiro con mofa.

—De verdad, chiquillo, creo que ya no puedo mostrarte nada más de mí: me has visto enloquecida de preocupación por mi hija, con la camiseta del revés, con los pelos de loca, con dos zapatillas diferentes, sin

maquillar, me has visto incluso llorar como un trol. ¡Por Dios, qué vergüenza! Y, por si fuera poco, has oído lo que nunca deberías haber oído por lo finas que son las paredes, y ahora encima conoces a Ironman. Por Dios...

Andrew vuelve a sonreír. Oír su risa hace que yo ría también y, cuando pienso que ya debe de imaginar que me faltan tres tornillos, de pronto pregunta:

—¿Qué planes tienes para el próximo mes?

Pienso. Planes, lo que se dice planes, no tengo ninguno.

—¿Por qué? —pregunto a mi vez.

Sin moverse de la puerta de mi habitación, apoya la cadera en el marco y explica:

—Para que te vengas conmigo al rancho Aguas Frías. Ni tú ni yo tenemos nada que hacer, y he pensado que podríamos ir juntos a la boda de mi hermano Cold y pasar unas semanas allí. ¿Qué te parece?

Lo miro incrédula.

¿Me acaba de proponer que lo acompañe al rancho de su familia?

No sé qué decir, y entonces insiste:

—Ayer me comentaste que nunca habías estado en un rancho. Pues bien, yo te ofrezco la posibilidad de conocerlo si me acompañas. Seré tu profesor y tu guía. ¿Qué te parece? Además, puedo presentarte a algunos vaqueros que te pueden gustar.

Uiss..., eso de los vaqueros me atrae. Pero no..., definitivamente ¡no!

Lo que debo hacer es alejarme de Andrew, no acercarme cada día más a él para que, así, la tontería que siento se enfríe.

Me sigue hasta el salón, noto su presencia detrás de mí y, cuando llego al centro del mismo, me vuelvo.

—A ver. Ayer quedamos en que sólo somos amigos y...

—Y sólo somos amigos. Sé muy bien lo que dijimos ayer, y te aseguro que sé separar la amistad del sexo —afirma—. Y, como amigo consciente de lo que estoy diciendo, te invito a conocer mi rancho y a pasarlo bien. ¿Qué hay de malo en eso?

—Pero tu familia... La boda de tu hermano... Ellos van a creer otra cosa.

Andrew sonrío y sacude la cabeza.

—Tú no te preocupes por eso. Yo me encargo. Y, tranquila, tendrás tu propia habitación.

—No sé...

—Venga, no puedes decirme que no. No tienes nada que hacer: Candela está en Perú, tus amigas están fuera, la familia a demasiada distancia y no tienes trabajo. Vamos, di que sí. Si salimos dentro de unas horas, podemos ir hoy a Las Vegas y divertirnos esta noche en el casino. Mañana madrugamos y podemos estar en Aguas Frías para cenar.

Camino de un lado a otro del salón. Lo que dice es un planazo pero, consciente de que no es buena idea, respondo:

—Gracias, de verdad, pero no. Ve tú. Tu familia se alegrará de verte.

—Pues si tú no vienes, yo no voy.

Cuando lo oigo decir eso, abro los ojos desmesuradamente.

—¿Pretendes que me sienta culpable de que no asistas a la boda de tu hermano? —Andrew asiente y yo gruño—. Joder. ¿Por qué me haces esto?

Él, que hasta sudoroso está tentador, sonrío y murmura acercándose más a mí:

—Porque me niego a marcharme y a dejarte aquí sola. No quiero que te hinchas a carbohidratos y vuelvas a llorar como un trol.

—Juro que no lo haré —digo rápidamente levantando una mano.

Andrew camina entonces hacia la puerta de la terraza dispuesto a salir y, mirándome, dice:

—No te creo. Por tanto, prepara el equipaje. Iremos en mi coche. Dentro de un par de horas, llamaré a tu puerta para recogerte.

—Ni lo sueñes.

Se para. Me mira. Baja la mirada, levanta una ceja y afirma antes de desaparecer:

—Morena, te vendrás conmigo sí o sí.

Sin darme opción a decir nada más, desaparece y yo me quedo con cara de tonta, mientras soy consciente de que me voy a un rancho en Wyoming, de boda, y no sé qué ropa tengo que llevar.



Tres horas después, miro la carretera alucinada mientras no dejo de pensar qué estoy haciendo allí.

Si es que soy una facilona. A mí me convence cualquiera, y más si ese cualquiera es el morenazo del Caramelito.

Sinceramente, no hay quien me entienda. Tan pronto corto un besazo que llevaba a lo que yo quería, como me embarco en un viaje con el último hombre de la Tierra con quien debería hacerlo.

Pero bueno. La cosa está hecha, y ahora sólo pienso en disfrutar y pasármelo bien.

Al atardecer, llegamos a Las Vegas. No es la primera vez que estoy allí. Mientras esperamos a que un semáforo se ponga en verde, reconozco un hotel y suelto una risotada.

—¿De qué te ríes?

Con guasa y con complicidad, cuchicheo:

—Te cuento una cosa si prometes que no se lo dirás a nadie.

—Cuenta —dice Andrew.

Cuando voy a comenzar, de pronto me paro y afirmo:

—Que quede claro que te cuento esto porque Yanira y Ruth te quieren como si fueras de la familia y sé que puedo confiar en ti. Pero, si esto sale a la luz, te juro que te despellejaré vivo, ¿entendido?

Dicho eso, le relato que la última vez que estuve en Las Vegas fue para celebrar la loca boda de mi amiga Yanira con Dylan. Entre carcajadas le cuento lo escandalosamente vestidas que íbamos Yanira, Tiffany, Valeria y yo, y Andrew no puede parar de reír. Vamos, ¡como que hasta llora de la risa con lo que le explico!

Una vez dejamos el coche en el parking del hotel, cogemos nuestro equipaje y caminamos hasta la recepción. Allí, reservamos dos

habitaciones que Andrew se empeña en pagar él. Me niego, yo cargaré con mis gastos. Aun así, al final acepto a cambio de que me deje pagar la cena. Las habitaciones están la una frente a la otra, quedamos para una hora después y, cuando cierro mi puerta, voy corriendo al baño. ¡Tengo una urgencia!

Cuarenta y cinco minutos después, tras una duchita que me deja como nueva, miro mi maleta. ¿Qué me pongo?

Tras mucho pensar qué ponerme para cenar, al final me decido por un vestido azulón de esos que no se arrugan y unos bonitos zapatos negros que he traído.

Cuando Andrew llama a mi puerta, abro y lo veo fantástico.

¡Jesusito de mi vida! El tío es puro pecado, y yo soy una gran pecadora.

Vestido con un pantalón oscuro y una camisa burdeos, está impresionante. Pero, vamos a ver, ¿cuándo no lo está?

Durante todo el tiempo que hemos estado juntos, no se ha propasado lo más mínimo, ni ha dicho nada que pudiera hacerme sentir incómoda, aunque su mirada me inquieta, me perturba en más ocasiones de las que me gustaría.

El problema no es él, soy yo. Y voy a tener que poner freno a mis instintos salvajes si no quiero jorobar el viaje y nuestra amistad.

Una vez salimos de mi habitación y bajamos a la primera planta del hotel, pasamos a una enorme sala de máquinas tragaperras de todos los tamaños y colores y jugamos durante un rato. Yo me dejo llevar por la euforia y Andrew no puede parar de reír; parece que le hace gracia todo lo que digo o hago. Al final, ganamos más o menos lo que perdemos, y decidimos irnos a cenar.

Durante la cena, el buen humor entre los dos continúa. Hablamos como siempre de mil cosas y sale el tema de la boda de su hermano. Según Andrew, casarse es un gran error. Según yo, el error no existe si lo haces con la persona adecuada.

Y, como soy una bocazas que va de dura pero aún cree en el amor, le confieso que siempre he querido casarme a pesar de las decepciones que he tenido con el género masculino.

¡Dios, se me está soltando la lengua!

Él me escucha. No dice nada y, cuando por fin cierro esa boca llena de dientes que Dios me ha dado, simplemente sonrío y se guarda lo que

piensa.

Cuando llega la cuenta y él hace amago de sacar la cartera, me pongo seria, lo amenazo con cogerme un autocar de vuelta a Los Ángeles si se le ocurre pagar la cena y, finalmente, y tras mucho batallar, se da por vencido. Aun así, sé que le molesta, ¡pero me importa un pito! Soy una mujer independiente y puedo invitar a cenar a un hombre. No necesito que me inviten siempre.

Luego decidimos tomar algo y, cuando veo un letrero luminoso de Mariah Carey, pregunto:

—¿Actúa esta noche aquí?

Andrew, que, como yo, está leyendo la publicidad del letrero, asiente.

—Aquí pone a las once en el Caesars Palace y son las diez y cinco. ¿Quieres que vayamos a verla?

Bueno, bueno... Me encantan Mariah Carey y sus canciones y, como una niña chica, respondo:

—Ostras, me encantaría ir, pero imagino que estarán todas las entradas vendidas.

—Déjame hacer una llamada —dice él.

Encantada, lo oigo hablar con alguien por teléfono y, cuando acaba la conversación, Andrew dice tendiéndome un brazo:

—Señorita, sus deseos son órdenes para mí: tenemos entradas.

Feliz, me tiro a su cuello y lo abrazo, hasta que soy consciente de lo que acabo de hacer y rápidamente me suelto. Pero ¿qué estoy haciendo?

Agarrados del brazo, nos dirigimos al Caesars Palace. Al llegar, Andrew pregunta por un tal Conrad y, cuando un gorila calvete y enorme al que recuerdo haber visto en la gira de Yanira sale y nos saluda, nos cuela en el local sin pagar ni un duro. ¡Mira qué bien!

Como imaginaba, el espectáculo de Mariah y su voz en directo son una pasada. Ya me lo dijo Yanira, que coincidió con ella en otro show. Durante el tiempo que dura, canto, me río, bailo, aplaudo, e intuyo que Andrew, que está a mi lado, disfruta tanto como yo. Sin embargo, me mira alucinado cuando se me escapa alguna lagrimilla al escuchar cómo interpreta *My All*.^[9] Madre mía, qué bonita es esa canción.

Cuando, hora y media después, salimos del Caesars Palace rodeados por la multitud, estoy como en una nube. ¡Qué bien canta esa mujer y qué maravilloso show he visto!

Andrew propone ir a tomar la última copa, y yo acepto.

Entramos en un local donde la música está demasiado alta y las luces demasiado bajas. Allí, pedimos un par de whiskies y comentamos el espectáculo que acabamos de ver. Entonces Andrew hace algo que me descoloca, y es que me retira un mechón de pelo de la frente y me lo acomoda detrás de la oreja.

Ese simple movimiento se me hace tremendamente íntimo y sensual. Sentir su mirada y el tacto de su piel me pone la carne de gallina, pero procuro no inmutarme. Tengo que controlarme.

Tras las copas, decidimos regresar al hotel, queremos madrugar para llegar pronto a Hudson. Y, como si fuéramos una pareja, caminamos cogidos de la mano por las calles de Las Vegas.

Ya en el hotel, cuando llegamos a nuestra planta, siento que ralentizo el paso. Me da rabia que la noche se acabe. Lo estoy pasando tan bien con él... Pero, inevitablemente, llegamos hasta las puertas de nuestras respectivas habitaciones y nos quedamos parados.

«Oh..., oh... Coral, ¡contrólate..., contrólate, que te conozco!», me repito a mí misma una y otra vez.

Durante unos segundos nos miramos a los ojos —madre mía, ¡qué tensión sexual!—, y nos echamos a reír. Parecemos dos idiotas.

Al final, Andrew me quita la tarjeta de la puerta que llevo en la mano y la abre por mí. Luego me la devuelve y, acercándose a mí, me besa en la mejilla y dice:

—Buenas noches. Pasaré a buscarte sobre las ocho.

Asiento mientras noto sus calientes labios sobre mi mejilla y percibo su olor, ese olor que me hace perder los papeles.

«Coral..., contrólate..., contrólate..., y no vuelvas a dar la nota», sigo repitiéndome.

Una vez él se retira de mi lado y abre la puerta de su habitación, entro en la mía y respondo al cerrar:

—Buenas noches.

A solas ya en mi cuarto, siento que el corazón se me va a salir por la boca. Madre mía..., madre mía..., esto va a ser insoportable.

No debería haber aceptado este viaje. No debería estar tan cerca de mi tentación. Y, apoyando la cabeza en la puerta, cuando por fin abro los ojos, murmuro:

—No, Coral. No lo hagas. Deja de desear e imaginar lo que no debes.

Una vez me convengo de que no debo abrir de nuevo y llamar a su

puerta, camino hasta la cama. Me quito los tacones, desabrocho los botones delanteros de mi vestido y lo dejo resbalar hasta el suelo. En ropa interior, abro mi maleta, saco una camiseta gris oscuro de cuello barco y, tras quitarme el sujetador, me la pongo.

A continuación, paso al baño y me desmaquillo. No soy de pintarme mucho, pero Las Vegas así lo exige. Cuando termino, me meto en la cama, pongo la alarma de mi móvil a las siete de la mañana y, tras apagar la luz, decido dormirme.

Durante un buen rato no paro de dar vueltas.

Boca arriba...

Boca abajo...

De lado...

Está visto que me va a costar un montón dormirme.

De pronto, mi móvil vibra. Un mensaje. Enciendo la lamparita que hay junto a la cama, cojo el teléfono de la mesilla y leo:

¿Sigues despierta?

Mi corazón comienza a palpar cuando compruebo que es Andrew quien me lo manda.

Por Dios..., por Dios..., ¿él tampoco puede dormir? Y, sin dudarlo, respondo:

Sí

Con el teléfono en la mano, espero contestación. Sin duda la voy a recibir, y nos enfrascaremos en una de esas tontas conversaciones nocturnas.

Pero su respuesta tarda en llegar más de lo que imagino y, cuando me convengo de que no va a enviar otro mensaje y me dispongo a dejar el teléfono de nuevo sobre la mesilla, entonces recibo otro sms que dice:

Estoy en tu puerta

Como si fuera tonta, miro la puerta. Ay, madre, ¡Andrew está ahí!

Sin hacer ruido, me levanto, camino hacia ella y, cuando apoyo la mano en el pomo, la abro sin pensarlo dos veces. De pronto me encuentro frente a frente con mi tentación, que lleva una camisa blanca abierta y un

pantalón oscuro.

¡Madre míaaaaaaaaaaaaaa!

Nos miramos. Está más que claro lo que los dos estamos pensando, cuando dice:

—No sé qué hago aquí. Sólo sé que no quiero marcharme.

Bueno..., bueno... ¡Ya me ha dicho bastante!

Sin hablar, lo cojo de la mano y lo hago pasar. Cierro la puerta y, en la habitación a oscuras, tan sólo iluminada por la lamparita que hay junto a la cama, Andrew me agarra con delicadeza del cuello, me acerca a él y me besa.

¡Oh, Dios..., oh, Dios!

Atontada —por no decir agilipollada—, permito que ahonde con su lengua en mi boca, mientras me digo a mí misma: «¡No he sido yo..., no he sido yo!».

El beso comienza a subir de tono. Me gusta, y reacciono hasta llevarlo a la tonalidad que nos gusta a los dos. Ambos somos unos expertos amantes. Recuerdo que la última vez que estuvimos juntos nos compenetramos mucho y, sólo con mirarnos, sabemos lo que queremos.

Acompañados por infinidad de besos y caricias, mientras chocamos contra las paredes, llegamos hasta la cama, donde caemos y donde nos desnudamos con premura. Mucha premura.

Tumbada boca arriba, no puedo creer lo que está pasando. Andrew, el hombre de mis sueños, ha llamado a la puerta de mi habitación ¡para repetir!, y yo, gustosa, la he abierto para él ¡y repito!

Con delirio, comienza a besarme los pechos y a lamerme los pezones, mientras mis manos recorren sus costillas, su trasero y acaban en su ya más que dura erección.

¡Madre míaaaaaaaaaaaaaa!

Con una maestría que me deja loca, sin dejar de mimarme y de besarme, Andrew se pone un preservativo, me separa las piernas y entra en mí. La sensación me hace arquearme, momento en el que él pasa las manos por mi cintura para sujetarme y lo oigo decir:

—*Mi niña*, estamos cruzando la línea...

Asiento... Asiento... Me encanta que me llame así, y no puedo estar más de acuerdo en lo que dice. Sin embargo, no estoy dispuesta a que retroceda ni un solo milímetro, así que respondo:

—Pues, ya que está hecho, crúzala del todo.

Él sonrío. ¡Qué canalla!

Yo también sonrío y, entonces, su tentadora boca busca la mía y, mientras ambos traspasamos la línea del todo, olvidándonos de los límites, nos dejamos llevar por el momento y disfrutamos del placer, del morbo y del sexo.

Sin importarnos si alguien nos oye o no, ambos jadeamos mientras nuestros cuerpos tiemblan de lujuria y de placer y acompasamos nuestros ritmos para intentar disfrutar al máximo. Pero el momentazo es tal que estoy que ardo a causa de la lujuria y, mirándolo, llego al clímax y, pocos segundos después, llega él.

Cuando terminamos, nos contemplamos jadeantes. Acabamos de meter la pata hasta el fondo. Andrew, que debe de pensar lo mismo que yo, baja la boca hasta la mía y me besa de una manera que me llega al alma.

—Siento decirte que has repetido, vaquero —murmuro a continuación.

Eso nos hace reír, y él se deja caer a mi lado en la cama para no aplastarme.

Todavía incrédula por lo ocurrido y que esta vez no haya sido yo la que haya dado el primer paso, veo que Andrew me mira.

—Escucha, cielo, sé que he faltado a mi palabra y creo que...

Sin dejarlo acabar, le apoyo un dedo en los labios. ¡Me ha llamado *cielo*! ¡Aisss, qué mono!

Pero, consciente de que los dos hemos faltado a nuestra palabra, respondo:

—Seamos objetivos: dicen que el sexo puede arruinar una bonita amistad, pero lo cierto es que en el mundo en el que vivimos cualquier cosa puede hacerlo. Así pues, si hemos decidido arruinarla, al menos que sea con buen sexo y excelentes remuás.

Andrew sonrío, se pone de lado y, mirándome con una sensualidad que hasta me acobarda, añade:

—Si hay algo que me gusta de ti es tu sentido del humor. No lo pierdas nunca.

Vale. ¡Soy la simpática!

No le gusto por ser guapa, ni mona, ni despampanante. Nunca me ha dicho nada de eso. ¡Vaya mierda! Pero, venga, seré positiva: al menos le gusta una cosa de mí.

Sin embargo, a continuación añade mientras me acerca a él:

—Nadie me ha hecho perder el control como tú.

Ay, Dios... ¡Y eso que no soy pelirroja!

Cuando le cuente a Yanira lo que acaba de decirme, ¡no se lo va a creer!

De pronto, se pone en pie, tira de mí hasta levantarme y dice:

—Vamos a la ducha.

Entre risas, nos metemos en el baño y, cuando el agua comienza a recorrer nuestros cuerpos, ya estamos besándonos como si no hubiera un mañana. Segundos después, en cuanto su boca abandona la mía y él se arrodilla ante mí, me apoyo en la pared, cierro los ojos y me dispongo a recibir todo el placer que quiera darme.

Durante horas, Andrew y yo practicamos sexo de mil formas, de mil maneras, en el baño, sobre la cama, contra la pared..., y a cuál más satisfactoria. Somos expertos. No somos dos niños que comienzan una vida sexual, y eso se nota.

Cuando, a las cinco de la madrugada, salgo del baño y me encuentro a Andrew al lado de la ventana, contemplando el amanecer, me paro y lo observo.

Como diría la canción que tanto me gusta, ¡no existen límites!

Mi debilidad en cuanto a hombres se refiere está totalmente desnudo delante de mí. Lo he besado. Me ha besado. Lo he tocado. Me ha tocado. Y nos hemos hecho mutuamente el amor con auténtica devoción hasta agotarnos.

El cuerpazo que tiene mi vaquero es impresionante: piernas largas, culo duro y prieto... Cuando estoy totalmente atontada recreándome en lo que veo, oigo que dice:

—Oye, morena, ¿tú qué miras?

Su voz...

Su mirada...

El silencio me habla...

Me encanta oír de sus labios esa frase cargada de segundas intenciones, y en este instante me parece la cosa más sexi y excitante que me han dicho en la vida. Sin dudarlo, me subo a la cama y la pisoteo para llegar hasta él. A continuación, apoyo las manos en sus hombros y, cuando él me sujeta y rodeo su cintura con las piernas, le doy un increíble ¡remuá! Y decido una vez más escuchar a mi corazón mientras le hago el amor.



Cuando suena la alarma del móvil, que puse a las siete, tengo la boca pastosa. El sueño que he tenido ha sido la bomba. Madrecita, qué bien lo he pasado con el vaquero. Pero, de pronto, el sueño se convierte en realidad tan pronto como veo una mano apoyada en mi cintura y comprendo que es la de Andrew al ver su anillo de plata.

Sin moverme, parpadeo. Ostras..., ostras..., ostras...

De repente, me doy cuenta de que no escucho el viento, de que el silencio no me habla y de que mi corazón me dice que soy lo más tonto que ha parido el ser humano.

Permanezco inmóvil durante una hora. Casi no respiro, mientras las tórridas imágenes de lo ocurrido rondan por mi cabeza y yo no sé si reír o llorar. El sexo con Andrew es increíble.

A las ocho, necesito levantarme. Necesito aclararme las ideas antes de que comience a hacerme un lío.

Con cuidado, levanto su mano. No se mueve, yo repto como una serpiente para salir de la cama y, cuando lo consigo y lo miro, veo que está dormido boca abajo, nuestra ropa está tirada por toda la habitación e, inevitablemente, me fijo en su trasero.

¡Madredelamorhermosoydetodoslosamoresdelmundomundial, qué trasero tiene!

Me apresuro a coger mi móvil y mi camiseta, que está en el suelo, y corro al baño. Cuando entro, cierro la puerta y respiro mientras me miro al espejo y murmuro:

—No fui yo. Esta vez no fui yo.

Como puedo, me siento en el inodoro para pensar. Sin duda, cuando Andrew se despierte va a tener la misma sensación que yo.

¡La hemos cagado!

Me toco el pelo. Pienso cómo actuar cuando él se despierte y decido llamar a Yanira. Miro el reloj: son las ocho y veinte. A esa hora, en Puerto Rico está levantada, ¡seguro! Abro el grifo para que, si Andrew se despierta, crea que estoy duchándome.

Tras dos timbrazos, como imaginaba, oigo la voz de mi amiga, que dice:

—Hola, cariño, ¡buenos días! Qué alegría recibir tu llamada.

Sin levantar la voz, respondo:

—Ay, madre..., lo que tengo que contarte...

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

Sonrío, no puedo remediarlo, y digo:

—¡Viva Wyoming!

—¿Wyoming? ¿Quién es de Wyoming? —pregunta Yanira.

Tras levantarme, me miro al espejo y respondo mientras me doy cuenta de mi gran cagada:

—Andrew, y estoy en Las Vegas con él.

—¿Quéeeeeeeeeeeeeee? —oigo que grita ella.

Rápidamente oigo la voz de Tifany y de Ruth. Pero ¿qué hacen ellas despiertas también? Y entonces me percató de que Yanira ha contestado a mi llamada con el manos libres puesto. ¡Mierda!

—Pero, cuquita..., ¿qué estás diciendo? —dice Tifany.

—Que ha hecho una coralada. Eso es lo que dice —afirma Yanira.

—Pero si Andrew no repite —señala Ruth, que lo conoce muy bien—. Ay, Dios, menuda borrachera debéis de haber pillado los dos. ¡Ya puedes contar qué ha pasado! Dios mío, ¿no os habréis casado?...

Resoplo. ¿Borrachera? ¿Boda? Y rápidamente siseo:

—Mira, reina, ni borrachos, ni casados, ¡que lo sepas!

Las oigo cuchichear. Las tres hablan a la vez cuando de pronto oigo a Yanira decir:

—Lo siento..., lo siento..., no pensé que fueras a contar algo así y he conectado el manos libres.

Al otro lado del teléfono, mis amigas no paran de cotorrear. Como siempre nos sucede cuando hablamos de sexo, nos revolucionamos, y esta vez no va a ser menos. Las escucho durante varios minutos, pero cuando ya no puedo más, siseo:

—¿Queréis hacer el favor de cerrar vuestros piquitos de oro y escucharme a mí, que para eso he llamado?

Las tres se callan de golpe y Tiffany dice:

—Ay, Coralcita, no te pongas así, porque...

—Vamos a ver, Coral —la corta Yanira—. ¿Me puedes decir qué haces con Andrew en Las Vegas?

Ahora no se oye ni el caminar de un grillo y, sincerándome totalmente, respondo:

—Yo qué sé. Me propuso que lo acompañara a la boda de su hermano en el rancho de su familia en Hudson...

—¿Qué?! —oigo que gritan las tres.

—Decidimos hacer noche aquí y, bueno, una cosa llevó a la otra y, cuando apareció ante mi puerta y me dijo «No sé qué hago aquí, pero no quiero marcharme», mi parte Lobacienta se apoderó de mí y no pude resistirme. Ya sabes, Yanira, que es mi debilidad y...

—¿Cómo que es tu debilidad? —pregunta Ruth—. ¿Se puede saber por qué eso no lo sabía yo y Yanira sí, so tonta?!

—Ay, cuqui..., cuqui. El secretazo que tenías guardado. Verás cuando se entere Valeria.

Resoplo. Siento que tengo que dar muchas explicaciones.

—Chicas... —añado a continuación—, sólo os diré que Andrew siempre me ha atraído, pero nunca pensé que la noche que tuvimos hace años pudiera repetirse. Sin embargo, ¡se ha repetido! Y ha sido todavía mejor de lo que recordaba. Y ahora estoy totalmente confundida y no sé qué hacer, pero lo que sí sé es que, cuando se despierte, él...

—Coral —me corta Yanira—. Antes de nada, tranquilízate. Y ahora busquemos opciones. Plan A...

—Ya está doña planecitos —oigo decir a Ruth, e inconscientemente me río.

—Como decía —insiste Yanira—, plan A: cuando se despierte, le dices que te atrae desde hace tiempo. Plan B: cuando se despierte, te comportas como haga él, y plan C: sales del hotel a toda leche, te coges un avión y te vienes a Puerto Rico.

—Cuqui, ¡el plan A descártalo! —señala Tiffany—. Conozco poco a Andrew, pero no sé por qué me da que es un ligón como lo era mi bichito y se va a asustar.

Asiento. Tiene razón. Ni loca le digo que me gusta.

—Si yo fuera tú, me decantaría por el plan B. Creo que es el más sensato —afirma Ruth—. ¿No te parece?

Pienso acerca de lo que mis amigas me dicen y me doy cuenta de que el plan B es el mejor, aunque estoy tan acojonada que me dan ganas de decidirme por el C.

Durante varios minutos hablo con ellas. Me desahogo y, cuando ya no puedo más, digo:

—Vale, decidido: plan B. Estoy convencida de que, cuando se despierte y vea con quién ha pasado la noche, se le va a venir el mundo encima y voy a tener que tranquilizarlo.

—Mujer..., no seas tan negativa —protesta Yanira—. Quizá esté feliz por lo sucedido entre vosotros.

Resoplo: ¡si eso ocurre, me rapo la cabeza al cero!

Me encantaría que sintiera las maripositas que yo siento cuando lo miro pero, por lo poco que lo conozco, intuyo que él no permite que las maripositas entren en su estómago y, cuando sea consciente de lo que ha hecho, no estará muy contento.

De pronto oigo un ruido proveniente de la habitación y me apresuro a decir:

—Os dejo, creo que se ha despertado.

—Llama y tenos al día —contesta Yanira.

Sin más, cuelgo el teléfono. Rápidamente, cierro el grifo de la ducha, cojo mi cepillo de dientes y me los lavo y, antes de que acabe de hacerlo, mi móvil suena y leo un mensaje que dice:

So perra..., qué calladito te lo tenías. Ya hablaremos, y cómetelo enterito.

Sonrío. Es Valeria, desde París. ¡Qué rápido corren las noticias!

Cuando me recompongo, vuelvo a oír otro ruido en la habitación. Y, de pronto, me muero de la vergüenza por tener que salir del baño.

Pero, vamos a ver, ¿cómo puede ser que me dé vergüenza eso cuando, horas antes, no me daban vergüenza otras cosas?

Finalmente tomo aire, agarro el pomo de la puerta y la abro. A escasos metros de mí, Andrew está sentado en la cama con el pelo alborotado, poniéndose los calzoncillos.

—Morena, tenemos que hablar —dice mirándome muy serio.

Vale. Ya no me llama *mi niña*.

Su despertar es como imaginaba.

Con tranquilidad, voy hasta él, me subo a la cama, me dejo caer sobre

ella sin delicadeza y comienzo a hacerme una trencita en el pelo, al tiempo que digo, mirándolo con aparente indiferencia:

—Dime, vaquero.

Su gesto incómodo habla por sí solo.

—Estoy tan confundido que no sé ni qué decir —contesta.

Sonrío. Noto que eso lo descuadra y, sacando la actriz que llevo en mi interior, cuchicheo como si el asunto me importara tres pepinos:

—Tranquilo. Hemos cruzado la línea. Pero, ¿sabes?, ha ocurrido y ya no podemos hacer nada salvo comportarnos como adultos, pensar que únicamente ha sido una buena noche de sexo y remuás y nada más. — Andrew parpadea, y yo, como una cotorra, prosigo hablando mientras me trenzo el pelo—: Bueno, y, una vez aclarado el tema, quiero que sepas que sigo queriendo ser tu amiga y, si a ti te sucede igual, lo mejor será que nos vistamos, salgamos de este hotel, cojamos el coche para ir a Hudson y nos olvidemos de lo ocurrido.

Su gesto es de absoluta incredulidad.

—¿Lo dices en serio?

No. La verdad es que no. Lo digo para protegerme a mí misma. Pero, sin dejar de sonreír, pongo los ojos en blanco y replico:

—Ay, madre, ¡pues claro que lo digo en serio! Anda..., anda..., cambia esa cara de circunstancias, que vivimos en el siglo XXI y no voy a obligarte a que te cases conmigo.

Andrew asiente. Se levanta y recoge su camisa blanca.

—Venga, vayamos a Hudson, que quiero conocer a esos rudos y rubios vaqueros —añado.

Por fin, sonrío. Coge la tarjeta de su habitación, que está sobre la mesilla, y se encamina hacia la puerta.

—Te espero en recepción dentro de una hora —dice—. Llamaré a Hudson para que avisen al rancho de que llegaremos para cenar.

Asiento. Acto seguido, él sale de la habitación y, cuando cierra la puerta, me dejo caer sobre la cama. Con su aroma impregnando de nuevo todos mis sentidos, murmuro contra la almohada:

—Soy idiota, pero ¡viva Wyoming!



Tras un viaje de casi diez horas en el que me las ingenio para parecer la alegría de la huerta y obviar el tema que sé que ambos tenemos en la cabeza, cuando dejamos atrás el pueblo de Hudson y al rato pasamos por debajo de un cartel que dice RANCHO AGUAS FRÍAS, aplaudo.

La verdad, no sé si aplaudo porque llegamos o porque, con un poco de suerte, dentro de unas horas estaré sola en una habitación y podré dejar de sonreír como una mema.

Andrew detiene el vehículo.

—Ahora ya está muy oscuro, pero mañana ya verás qué lugar tan bonito.

Asiento. Y, sacando mi móvil del bolsillo del pantalón, digo:

—Voy a enviar un mensaje a Yanira y a las chicas para decirles que estoy aquí contigo.

Al mirar mi móvil, de pronto veo algo que no me cuadra.

—Oye, ¿por qué no tengo cobertura?

Andrew meneaba la cabeza y, tras hacer un gesto incómodo, indica:

—Se me olvidó decirte que en el rancho la vas a encontrar con dificultad.

—No me jorobes.

Él sonríe.

—Es lo que tiene estar rodeados de montañas, y la abuela se niega a que esa modernidad entre en su rancho. Aquí ni siquiera hay teléfono. Sin embargo, en ocasiones he oído decir a alguno de mis hermanos que, moviéndose por allí —señala hacia una arboleda de la derecha—, alguna vez han pillado cobertura. Pero, vamos, no está asegurada.

—Joder, Andrew —protesto—. Joaquín me llama cada tres días para que hable con Candela. ¿Cómo voy a hacerlo?

—Tranquila, mujer. En Hudson sí hay cobertura, y ya has visto que el camino es recto, por lo que puedes acercarte cuando quieras o yo mismo te llevaré. Sólo debes decirle a Joaquín el horario para que te llame. Así no tendréis problema.

Asiento. Llegar a un sitio en el que no hay cobertura ni teléfono me mata. ¿Cómo pueden vivir así?

Me siento desconectada del mundo..., vamos, como si volviera a vivir en la prehistoria.

De pronto me fijo en unas vallas que hay a ambos lados del coche y, al ver a unos caballos correr, chillo como una posesa:

—¡Ostras, qué bonitos, ¿los has visto?!

Andrew me mira y sonrío.

—Claro que los he visto. Te recuerdo que éste es mi hogar.

Encantada, miro a mi alrededor; Andrew arranca el coche de nuevo y veo unas luces que se van agrandando y distingo una casa de dos plantas, junto a otros edificios.

A medida que nos acercamos, veo que en el porche de la casa, atraídas por el ruido del vehículo, comienzan a congregarse varias personas, e, inconscientemente, me retuerzo las manos.

—Tranquila. Mi familia te va a recibir con calidez. Ya lo verás —dice él.

Asiento y sonrío. Cuando, un par de minutos después, Andrew por fin para el coche y ambos bajamos, oigo que dice:

—Bienvenida a Aguas Frías.

Vuelvo a mirar hacia la casa y compruebo que varias de las personas que nos esperaban en el porche caminan ahora hacia nosotros, entre ellas, una jovencita que se acerca corriendo y se tira a los brazos de Andrew.

—Has venido, tío..., ¡has venido! —grita la chica.

Deduzco entonces que debe de ser Nayeli, la que le dejó aquel mensaje en el contestador, y me convengo de ello cuando pregunta:

—¿Me has traído lo que te pedí?

Él asiente y la muchacha chilla y vuelve a abrazarlo feliz.

Una vez consigue despegar a la chica de sus brazos, Andrew dice:

—Enana, cada día estás más guapa. —La jovencita sonrío y él añade a continuación—: Te presento a Coral. Coral, ella es mi sobrina Nayeli.

La saludo con una gran sonrisa, y ella, tras darme dos besos, nos observa unos instantes y pregunta curiosa:

—¿Eres su novia?

Ambos nos miramos divertidos y, antes de que Andrew pueda contestar, cuatro gigantes con sombreros vaqueros se abalanzan sobre él y todos comienzan a pelearse como chiquillos. Por suerte, veo que bromean y, cuando terminan de darse golpes, a cuál más rudo, lo que deduzco que es su forma de saludarse, Andrew me mira y explica:

—Coral, ellos son mis hermanos Tom, Lewis y Cold —los aludidos se tocan el sombrero a modo de saludo—, y el grandullón es Moses, que es como otro hermano.

—Encantado de conocerte, Coral —dice el último cogiéndome la mano con galantería para besármela.

Sonrío. Qué caballeroso.

Pero, acto seguido, me levanta en el aire y, como si fuera una bala de heno, me lanza hacia los brazos de Cold, que dice:

—Encantado de conocer a la novia de Andy. Verás cuando la vea mamá.

Antes de que pueda aclarar el error, vuelo por los aires y caigo en los brazos de Lewis, que afirma:

—Por fin Andy trae a una mujer a casa. Encantado de conocerte, Coral.

Y, nada más decir eso, me lanza a los brazos de Tom, que, al cogerme, indica:

—Mi hermanito tiene buen gusto para las mujeres.

De nuevo, salgo volando y esta vez aterrizo en los brazos de Andrew.

—Disculpa a los bestias de mis hermanos —dice mientras me deja en el suelo—, pero están acostumbrados a tratar sólo con yeguas y potrancas, y...

—Andy..., Andy..., mi amor.

Al mirar hacia la derecha, veo a una mujer morena, algo más mayor que mi madre, que corre hacia nosotros.

—¿Andy?! ¿Por qué todos te llaman Andy? —pregunto mirándolo con mofa.

Veo su gesto. ¿Qué le ocurre?

Cuando la mujer llega hasta nosotros y lo abraza, observo que Andrew sonrío de un modo encantador. Sin duda cuando nuestras madres nos abrazan y nos besuquean, todos sonreímos así.

—Mamá, ya nos tienes aquí —dice él entonces.

—Ay, hijo mío, cuánto te quiero..., cuánto te quiero..., pero qué guapo estás...

—Mamáaaa...

Sin embargo, la mujer no para de besarlo y ensalzarlo, hasta que él le pide divertido:

—Mamá, ya basta...

—No seas arisco, Andy —dice ella riendo—. Llevo cuatro meses sin verte. ¿Cómo no quieres que me cobre todos los besos que me debes?

Ay, qué mona... Me encanta lo que le ha dicho.

Entonces, Andrew me mira.

—Mamá, ella es Coral —explica, y luego añade mirándola a ella—: Mi madre, Ronna.

El gesto de la mujer al verme es encantador. Madre mía, qué emocionada está. Y, abrazándome, dice:

—Llevo años esperando conocer a la novia de Andy, cielo. Por fin la trae a casa.

¡¿Su novia?!

Eso me hace sonreír. Pobre mujer, qué confundida está, pero la sangre se me licua cuando él me coge por la cintura y afirma:

—Te prometí que te traería a mi novia la siguiente vez que regresara y aquí la tienes, mamá.

¡¿Qué?!

¡¿Cómo?!

¿He oído bien?

¿Soy su novia? ¿Cómo que soy su novia?

Pero bueno, ¿cuándo ha decidido eso y por qué no me lo ha consultado?

Descolocada, sonrío como una tonta y, al ver que la mujer espera que diga algo, consigo murmurar:

—Encantada de estar aquí, Ronna.

Ella sonrío. Menea la cabeza con picardía como lo habría hecho mi madre y me coge del brazo.

—¡Qué ilusión conocerte, Coral! —exclama—. ¡Qué ilusión!

Atocinada y alucinada por el impacto que me ha provocado ser de pronto la novia oficial de Andrew, lo busco con la mirada y me fijo en que su gesto es ahora algo más serio. Veo que una mujer de pelo claro se acerca a nosotros y noto una extraña tensión en el ambiente. Bueno...,

bueno..., ¿qué ocurre aquí? Entonces Ronna, que es todo felicidad, me coge de la mano y dice emocionada:

—Madison, te presento a Coral, la novia de Andy —y, mirándome, añade—: Madison es la mujer de mi hijo mayor, Tom.

Aún en shock porque al parecer soy la novia de Andrew, sonrío. La tal Madison y yo nos saludamos con un movimiento de la cabeza. Menuda frialdad.

A partir de ese instante, todos comienzan a hablar y a bromear a mi alrededor, menos la tal Madison, que noto cómo me observa. Tengo taquicardia, ¡y más cuando oigo una y otra vez la expresión «novia de Andy»!

Joder, ¡que soy su novia!

—Vamos..., dejad el equipaje en el coche, luego lo recogéis. Ahora entremos a cenar, es muy tarde y la abuela bajará enseguida —dice Ronna.

Camino entre todos aquellos gigantones con sombreros vaqueros, mientras Ronna, agarrada a mi brazo, me pregunta si ha ido bien el viaje y yo asiento encantada. Subimos la escalera del porche y, cuando entramos en la casa, miro alucinada a mi alrededor. Es enorme.

Ve una escalera de madera oscura que sube a la parte alta de la casa, pero nos desviamos por la puerta de la derecha hasta entrar en un salón grande con muebles antiguos.

Estoy alucinada contemplándolo todo cuando Andrew me agarra por la cintura y dice mirando a su madre:

—Mamá, vamos a lavarnos las manos.

—Así me gusta, Andy —afirma ella—. Las buenas formas nunca se han de perder.

A toda velocidad, me lleva hasta un aseo de cortesía y, en cuanto cierra la puerta y voy a hablar, se me adelanta:

—Lo sé. Sé lo que vas a decir.

—¿Lo sabes, maldito liante? ¿Cómo que tu novia? ¡Pero ¿tú eres idiota o qué?!

Andrew me mira, asume todo lo que digo.

—Lo siento. Pero...

—¿Por qué lo has hecho? Nos hemos tirado varias horas de viaje para llegar hasta aquí. ¿Por qué no me lo has consultado?

Sacude la cabeza. Intenta darme una explicación, y finalmente dice:

—Siempre que vengo, mi madre se preocupa porque esté solo en Los

Ángeles, y la última vez que estuve aquí le prometí que, la próxima vez que regresara, le traería a mi novia. Y... y cuando la he visto tan contenta, yo...

—Joder, Andrew..., joder —protesto.

—Por eso le estaba dando largas a Cold con respecto a lo de venir a su boda, pero luego, el día que recibí el mensaje de Nayeli y tú estabas allí, pensé que...

—Ah, genial..., ¡pensaste! Me alegra saber que lo pensaste. —Y, dándole con mi dedo en el pecho, gruño sin levantar la voz—: Y ¿no podías consultármelo?

—Habrías dicho que no.

—Por supuesto que habría dicho que no. Pero ¿tú estás loco? ¿Cómo pretendes que engañe a tu familia? Apenas te conozco y...

—Me conoces lo suficiente. Créeme que me conoces mucho más que cualquier otra mujer, y tú, precisamente por tu desparpajo y tu manera de ser, sé que le vas a encantar a mi madre.

Lo miro boquiabierto. Estoy por darle un guantazo con toda la mano abierta, pero sin poder evitarlo murmuro:

—Vamos, que soy la tonta que viene a divertir a tu madre, ¿verdad? —Él no responde, y añado—: En mi casa, mi hermana siempre era la guapa y yo la simpática. Ni te imaginas la rabia que me da lo que acabas de decir.

El agobio se apodera de su expresión y el mío me hace dejar de mirarlo y fijar la vista en la pared. Tengo que salir de aquí cuanto antes. Me enferma el hecho de que me haya utilizado para su propio beneficio y, en el momento en que voy a decirle que me quiero ir, oímos unos golpes en la puerta y la voz de Cold, que dice:

—Vamos, parejita, salid del baño, que mamá os espera.

Miro a Andrew y, al ver cómo me observa, me dispongo a protestar cuando murmura:

—Lo siento. Creo que he vuelto a cruzar la línea, pero en otro sentido, y...

Mi dedo rápidamente va a su boca. Sin lugar a dudas, los dos estamos metidos en un buen lío.

—Mira —replico—, tu madre me ha parecido una mujer encantadora y, por no hacerle el feo a ella y sólo a ella, me quedaré haciéndole creer que soy tu divina novia hasta el día de la boda pero, una vez pase y

regresemos a Los Ángeles, me deberás una muy... muy grande. ¿Entendido?

Andrew resopla y cierra los ojos.

—Gracias, preciosa... —murmura entonces volviendo a abrirlos—. Gracias. Te...

—¡Ni se te ocurra llamarme *preciosa*! Tengo nombre.

Al oír eso, sonrío. Es consciente de que yo sé por qué llama *preciosas* a sus ligues de una noche.

—Te debo una bien grande, Coral —contesta—. Gracias.

Dispuesta a hacer lo que he dicho, abro el grifo y comienzo a lavarme las manos.

—¡No lo dudes, *Andy*! —replico con sorna.

Entonces, me mira, ladea la cabeza y cuchichea:

—Como se te ocurra llamarme así fuera de este rancho o decirle a alguien cómo me llaman por aquí, me las vas a pagar.

Lo miro y la chulería que tengo aflora de un zarpazo.

—Yo que tú me callaría —siseo—. No estás en condiciones de exigirme nada, ¿entendido?

Sin hablar, nos secamos las manos y luego Andrew abre la puerta del baño y regresamos al salón, donde Ronna nos indica dónde debemos sentarnos. Una vez lo hacemos, tengo a Nayeli a mi izquierda y a Andrew a mi derecha.

Todavía conmocionada y sin saber qué decir, miro la gran lámpara rústica de madera que cuelga sobre la mesa. De pronto, las voces se apagan y oigo una voz ronca, que dice:

—Tengo entendido que tenemos visita.

Al mirar a la derecha, me encuentro con una mujer morena de ojos oscuros como la noche que se sienta a la cabecera de la mesa. ¡La abuela! Todos guardan silencio, y Ronna, que sigue feliz, explica:

—Sora, Andy por fin nos ha traído a su novia. ¿A que es preciosa?

La mujer me mira y yo también a ella. Todos nos observan cuando la anciana dice sin mirar a su nieto:

—Dudo que sea la definitiva. ¿Cómo se llama?

Vaya con la abuela.

Compruebo que es cierto lo que me dijo Andrew acerca de que la abuela no le habla. Entonces, Lewis me mira, se dispone a contestar cuando, con la mirada, lo hago callar y, observándola a ella con el mismo

descaro con que ella me observa a mí, respondo:

—Coral. Mi nombre es Coral, señora.

La mujer asiente. Noto que me escanea con la mirada y, sin quitarme ojo, dice:

—Que yo sepa, el burro de mi nieto es un mujeriego; ¿aún sigue igual?

¡Joder con la abuela!

Pero, en vez de enfadarme por su nefasto comentario, sonrío y, al ver a Andrew resoplar, indico dejándome llevar por mi locura:

—Señora, por la cuenta que le trae, el burro de su nieto se portará bien, porque, si yo me entero de que me es infiel, puedo asegurarle que dejará de respirar.

Andrew me mira. Todos me observan asustados por la barbaridad que acabo de soltar y, dispuesta a dejarles claro que es una broma, murmuro:

—No me mires así, Caramelito, sabes que soy capaz.

—¿Caramelito?! —se burla Lewis.

Todos se ríen. Se mofan. Todos menos Andrew, a quien no le ha gustado mi apelativo. Entonces, dispuesta a ganar un Oscar a la mejor actriz, acerco mi nariz a la suya y, tras rozársela, añado:

—Vamos, Caramelito, dame un mua y quita esa cara de perdonavidas.

Él me mira boquiabierto, mientras sus hermanos siguen riendo y bromeando, hasta que él también sonrío y murmura:

—¿Caramelito?!

Su gesto me hace gracia y, con familiaridad, apoyo la cabeza en su hombro y observo cómo Madison nos mira con seriedad.

—¿Tu hijo dormirá en la cabaña? —le pregunta entonces la abuela a Ronna.

Andrew maldice y, clavando la mirada en la mujer, responde:

—Sí.

La anciana, como si no lo hubiera oído, repite:

—Ronna, ¿tu hijo dormirá en la cabaña?

—Sí, Sora, sí —afirma la mujer pidiéndonos tranquilidad con la mirada.

—¿Con *ésa*?

—¡Abuela! —protesta Nayeli.

Uis..., uis..., no me ha gustado nada cómo ha sonado ese «ésa» en boca

de la anciana.

—Tú cállate —le suelta entonces a la chica clavando los ojos en ella.

El ambiente se enrarece de nuevo. Desde luego, la abuela tiene un par de narices.

—Por supuesto que mi novia dormirá en la cabaña conmigo —afirma Andrew a continuación.

¿Cómo?!

Pero ¿no dijo que yo tendría mi propia habitación?

Esto va de mal en peor. Primero su novia, ahora dormimos juntos. Por Dios..., por Dios... ¿Qué será lo siguiente?

—Eso es amoral e indecente —gruñe la abuela sacándome de mis pensamientos—. No me gustan las frescas de hoy en día que se acuestan con cualquiera antes del matrimonio. Y, encima, ésta va tatuada —murmura con desagrado mirando mi brazo—. Mientras estés bajo mi techo...

Valeeeeeeeeeee..., tatuada y madre soltera. Aunque mejor que no se entere. Bien, ¡la cosa va bien con la abuela!

—La cabaña del norte es mía —la corta Andrew—. O ¿acaso tengo que recordarte que la construí con la ayuda de mis hermanos para no estar bajo tu techo cuando vengo aquí? Y, en cuanto a lo que es indecente o no, mejor no hablemos, ¿de acuerdo?

Joder..., joder..., ¡qué mal rollito se masca en esta casa!

Un silencio sepulcral se apodera del salón hasta que Ronna, que debe de estar más que acostumbrada a estos líos, se levanta y dice:

—La cabaña está preparada —y, mirándome, indica—: Hay una cafetera y café en la cocina, por si cuando te levantes te apetece, aunque las comidas las hacemos aquí, en la casa grande.

Asiento; no sé ni qué decir cuando veo a Ronna salir junto a su nieta y Madison del salón y todos comienzan a hablar de nuevo con normalidad. Miro a Andrew. Está en tensión, su gesto me lo indica. Entonces, apoyo una mano en su muslo y consigo que me mire.

—¿Estás bien? —pregunto bajando la voz.

Él asiente y, cuando sonrío, me tranquiliza.

En ese instante veo que Ronna vuelve con varios platos y que Nayeli trae el pan. Rápidamente me levanto dispuesta a ayudarlas, pero la mujer dice:

—No, hija, no. Siéntate. Nayeli, Madison y yo traeremos el resto de

los platos que faltan. Estamos acostumbradas a ello.

Alucinada por lo que acabo de oír, la miro y, sin moverme de mi sitio, espero a que dejen las cosas sobre la mesa. Acto seguido, las acompaño de vuelta a la cocina.

—Eres nuestra invitada —protesta la madre de Andrew—. Ve y siéntate con Andy.

—Ronna, si mi madre se entera de que no te ayudo, ¡me mata! En casa, poner y quitar la mesa es cosa de todos.

La mujer sonrío cuando Nayeli sale con dos jarras de agua y Madison con otra cesta de pan.

Pienso en la abuela y..., bueno, a ella se lo perdono porque ya tiene una edad, pero ¿y los huevones de los hijos? ¿Cómo no ayudan a su madre?

Estoy reflexionando acerca de ello cuando me doy cuenta de que me falta por conocer a la hermana de Andrew. Él dijo que eran cinco, cuatro chicos y una chica. Pero no quiero ser indiscreta, así que no digo nada al respecto y me limito a coger unas bandejas con carne asada y puré de patata para llevarlas al salón.

—Vamos, Ronna —digo—, en este viaje lo llevamos todo.

Una vez dejamos los últimos platos sobre la mesa y nos sentamos, atacamos con ganas las bandejas. Allí ni se reza ni nada de lo que he visto que hacen en las películas del Oeste.

Todo está exquisito y, cuando después de la cena Ronna saca una tarta, la miro como el que mira el mayor de los manjares.

—Dios santo, ¡qué tarta más rica! —exclamo al probarla.

La mujer sonrío encantada. Sirve otro pedacito más en mi plato y afirma:

—Me alegra que te guste. La ha hecho la abuela.

Observo a la mujer, que come en silencio, e intentando ser educada, sonrío y digo:

—Está buenísima, señora.

Ella asiente sin levantar la vista. No sé por qué, pero no le he caído en gracia, y está más que claro que no quiere nada conmigo.

Ronna, que está frente a mí, me da conversación y, cuando se entera de que soy repostera, promete prepararme otros dulces que ella sabe hacer y yo asiento encantada. Eso me interesa.

Cuando terminamos el postre, la abuela se levanta y, tal como ha

venido, se va. No dice nada. Sin duda es una mujer parca en palabras.

Una vez nos despedimos de los que se van a dormir, salimos a por el equipaje junto a Ronna, Lewis y Cold, y saludo a unos perros que se nos acercan. Me encantan los animales.

—Cold, Lewis, ayudad a Andy y a Coral con las maletas —les pide Ronna. Luego, mirando a Andrew, señala—: No te preocupes por la abuela. Ya sabes cómo es, hijo.

Observo a Andrew con curiosidad. Él le da entonces un beso a su madre y dice:

—Tranquila, mamá. Anda, ve a acostarte.

Una vez Ronna nos da un beso a los cuatro en plan madraza, Cold, Lewis, Andrew y yo montamos en el coche y pasamos por lo que considero un establo de madera. Está cerrado, y Cold me explica que allí guardan algunos de los caballos que tienen para la venta. Luego, más allá, a lo lejos, diviso una pequeña cabaña de madera oscura e imagino que debe de ser nuestro destino.

Mientras Cold va hablando con Andrew, Lewis, que está sentado detrás conmigo, dice señalando a un perro que nos sigue:

—Ésa es *Sian*. —Asiento, y a continuación murmura—: Espero que te guste el rancho, aunque no tenga nada que ver con el glamur y el lujazo de Los Ángeles. Aquí, el trabajo comienza muy pronto y termina muy tarde.

Eso me hace reír. Si él supiera las horas que yo trabajo cuando lo hago...

—Te aseguro que en Los Ángeles no todo es glamur y también se trabaja mucho —contesto—. En cuanto al rancho, estoy segura de que me encantará.

—¿Desde cuándo conoces a Andy? —me pregunta entonces.

Bueno..., bueno..., ¿cuestiones personales?

No sé qué decir pero, dispuesta a contar más o menos la verdad, respondo:

—Uf..., pues desde hace más o menos dos años. Él era amigo de una amiga, y así fue como nos conocimos.

Más allá, a lo lejos, veo a Nayeli saliendo del establo.

Lewis asiente y me mira.

—Eso es mucho tiempo, ¿no crees? —cuchichea bajando la voz.

Sonrío. No puedo remediarlo.

—Entre tú y yo, al Caramelito le gustaban las mujeres pelirrojas y de

grandes curvas —digo, y, señalando mi pecho normalito, me río—, y fíjate tú, que al final resulta que se ha vuelto loco por mí. Eso sí, le costó salir conmigo. Te aseguro que le di muchas calabazas hasta que accedí.

Mi comentario hace que Lewis suelte una carcajada. Cold y Andrew, que van delante, se vuelven y este último pregunta:

—¿De qué os reís?

Lewis lo mira divertido.

—Sin duda, tu novia me cae bien, *Caramelito* —responde cuando consigue parar de reír.

Yo sonrío y, dándole un codazo, le ordeno que se calle.

Cuando paramos frente a la cabaña de madera oscura, bajamos del vehículo y flipo al entrar. Es la típica cabaña que he visto mil veces en las películas del Oeste. Porche con un balancín para ver las estrellas. Un salón nada más entrar con una cocinita y tres puertas: dos que dan a las habitaciones y otra que debe de ser un baño. Sin dudarlo, y antes de que ninguno abra la boca, me apresuro a decir:

—Andrew, ¿qué te parece si dejamos mis cosas en otra habitación? Ya sabes que no me gusta juntar mis cosas con las tuyas. Eres tan desordenado que me sacas de mis casillas.

A Cold y a Lewis les hace gracia mi comentario. Andrew me mira — está claro que la desordenada soy yo— y afirma:

—Deja tus maletas en la habitación de la derecha. Dormiremos en la mía, que es la de la izquierda.

Sin querer pensar en lo que ha dicho, pues no voy a dormir con él, Lewis y yo entramos en el cuarto de la derecha. Deja mi maleta sobre la cama y, mirando a su alrededor, señala:

—No es gran cosa, pero te aseguro que está limpia.

Sonrío. Esa habitación es mucho más grande que la que compartía con mi hermana cuando vivía con mi madre en nuestro pisito de cuarenta y cinco metros cuadrados.

—Está genial —afirmo.

Lewis asiente y, tocando la madera de la pared, comenta:

—Andy hizo un buen trabajo cuando la construyó. Es una cabaña íntima y discreta, llena de detalles que la hacen comfortable, ya lo verás. — Luego, bajando la voz, cuchichea—: En ocasiones yo mismo la utilizo, pero no se lo digas.

Eso me hace gracia.

—Traes aquí a las chicas, ¿no? —murmuro tocando el colchón.

Él me guiña un ojo y ambos sonreímos.

Estamos charlando cuando Andrew entra en el cuarto junto a Cold.

—Lewis, estamos cansados —dice—. ¿Qué tal si te marchas ya?

El aludido se toca su sombrero de cowboy y, tras cogerme la mano, me la besa y se despide.

—Buenas noches, Coral. Mañana prometo enseñarte la granja, si el *Caramelito* me deja...

Al oír eso, Andrew le suelta un puñetazo en el hombro.

—Me encantará —digo mientras sus hermanos salen de la cabaña.

Una vez se cierra la puerta, estoy mirando el armario que está tras la cama cuando oigo que él me pregunta con voz ronca:

—¿Por qué me llamas *Caramelito*?

—Porque me da la gana. Digamos que yo soy tu novia a la fuerza y tú eres mi *Caramelito*... a la fuerza.

El vaquero me mira y maldice.

—No me digas que ya estás pensando en pisotear la cama —dice entonces.

—No lo dudes.

Ambos soltamos una carcajada.

—Estoy avergonzado —comenta él a continuación—. Te he metido en una encerrona que no te mereces.

Asiento. Tiene razón. Pero, buscando la parte positiva, indico:

—Serán sólo unos días. Podré resistirlo, pero cuando lleguemos a Los Ángeles, ¡prepárate!

Andrew asiente.

—Lamento que te hayas sentido incómoda por los comentarios de la abuela. Como te dije, nuestra relación no es la mejor y, de verdad, Coral, si ella te increpa, quiero que le respondas con toda tranquilidad. No voy a ofenderme por ello.

Al oír eso, me dirijo a donde él está, junto a la puerta.

—Tranquilo —le digo—. No pasa nada. Creo que sabré manejarla. —Él sonrío y yo levanto las manos y añado cambiando de tema—: Oye, este lugar es fantástico; ¿de verdad lo hiciste tú?

Él asiente de nuevo y me agarra la mano.

—Ven —dice—. Te voy a enseñar las dos cosas que me enamoran de esta cabaña.

Cogidos de la mano, nos encaminamos hacia una puerta. Al abrirla y encender la luz, veo un fabuloso baño con una bañera con patas de bronce en un lateral.

—Ostras, qué bonita bañera, y el baño es una pasada en pizarra negra. Andrew sonrío.

—La casa en sí la terminé hace tres años, y el año pasado vi un día esa bañera extragrande, me encapriché de ella y la hice traer desde Los Ángeles.

—Pues es preciosa.

Todavía estoy alucinada cuando vuelve a cogerme de la mano, me lleva hasta la otra puerta que imagino que es su habitación y, al abrirla, veo una cama más grande que la mía.

—Túmbate —me pide señalándola.

Mi cara debe de ser un poema, pues Andrew sonrío y añade:

—Tranquila. Túmbate, quiero enseñarte algo.

Bueno..., bueno..., bueno. ¿Qué querrá enseñarme?

Mi corazón comienza a acelerarse.

Me tumbo, apoyo la cabeza sobre la almohada y él hace lo mismo a mi lado. Entonces, un panel de cristal que hay en el techo se desplaza y puedo ver las estrellas en vivo y en directo.

—¡Qué pasada!

—De niño, me encantaba dormir al aire libre con mi padre y mis hermanos. Siempre me gustó el hecho de poder ver las estrellas antes de dormir y, cuando construí la casa, no lo dudé: me instalé ese panel móvil para poder verlas siempre que quisiera.

Sin palabras. Estoy sin palabras.

Durante unos segundos, permanecemos tumbados boca arriba, hasta que murmuro:

—Es increíble el número de estrellas que se ven desde aquí.

Andrew no responde. Entonces, al sentir la tensión sexual que seguramente sólo yo siento, para cortar la tontería que me está entrando, me pongo de pie sobre la cama y, cuando él me mira, doy dos saltos como suelo hacer con mi hija en casa y digo con guasa:

—Buen colchón, el tuyo.

Su carcajada no tarda en llegar y, justo cuando estoy mirando de nuevo las estrellas, siento que me coge de las piernas. Lo miro; está de pie sobre la cama y, de pronto, me iza hacia arriba y casi saco la cabeza por la

abertura del techo.

—¿Ves bien las estrellas? —pregunta divertido.

—Veo las estrellas, la luna y todo el firmamento.

Así estoy unos segundos hasta que me baja y, al tumbarnos de nuevo, comento:

—Oye..., le he dicho a tu hermano Lewis que nos conocemos desde hace dos años y...

—Tranquila, todo va a salir bien.

—Vale..., pero si me preguntan cosas sobre ti, apenas te conozco y...

—¿Qué necesitas saber de mí?

Lo miro hechizada... Dios..., me encantaría saberlo todo de él.

—¿Edad? —pregunto.

—Treinta y cinco, ¿y tú?

—Veintinueve, y tres días antes de la boda cumplo treinta.

—¡No me digas!...

—Te lo digo.

Espero que añada algo, como que estoy estupenda para mi edad y esas cosas que suelen decirse por amistad o caballerosidad, pero nada, ¡se calla! Cansada de esperar a que diga cualquier cosa, insisto:

—Si me preguntan cómo comenzamos a salir, ¿qué digo?

—¿Quién te va a preguntar eso?

Sonrío. Qué poco conoce éste a las mujeres.

—La primera, tu madre. Estoy segura de que querrá saber por qué su niño se fijó en mí y cómo me conquistó.

El vaquero piensa mientras yo lo miro y, al ver que no dice nada, indico:

—Vale. Diré que, tras salir varias veces con amigos en común, un día coincidimos en la playa y me invitaste a cenar y ahí comenzó todo, ¿te parece?

—Perfecto —asiente.

—¿Y nuestro primer beso?

—¿También te va a preguntar eso mi madre? —gruñe.

Yo asiento. No sé si me lo va a preguntar o no, pero es mejor estar prevenidos.

—Fue la noche en que me invitaste a cenar —prosigo—. Cuando me acompañaste a casa... ¡Zas!, simplemente ocurrió.

Andrew pone los ojos en blanco. No le gusta nada hablar de eso, pero

como queremos interpretar un buen papel ante su familia, nos ponemos al día sobre nuestras respectivas vidas.

—¿Qué te ocurre con la mujer de tu hermano Tom? —le pregunto al cabo.

Andrew frunce el ceño, va a moverse, pero yo lo agarro del codo y se lo impido.

—Si soy tu novia, he de saberlo. No quiero meter la pata.

Él suspira y finalmente suelta:

—Madison era mi novia.

—Ostras, ¡no me digas!

—La conocí cuando ella vino a Hudson con sus padres de Nueva York, me gustó y comenzamos a salir. Los años pasaron, discutí con la abuela porque ella no le gustaba y, cansado de problemas, me marché. Le pedí a Madison que se viniera conmigo, pero le dio miedo. Hablamos, decidimos que ella esperaría en Hudson hasta que yo reuniese el dinero suficiente para casarnos e irnos juntos de aquí. Pasaron dos años en los que yo, siempre que podía, venía a verla y, de pronto, un día me enteré de que ella y mi hermano Tom se habían enamorado e iban a casarse. Ésa es la historia.

—¿Ella es la chica de la que te enamoraste?

—No.

«Bueno..., y ¿entonces quién es?», me digo. Pero volviendo a Madison y al hermanito, murmuro:

—Sé que debió de ser duro para ti, pero...

—Sí —me corta—. No me digas el «pero», que lo sé.

Asiento. Tiene razón. No soy nadie para meterme en esos jardines.

—¿Puedo preguntarte algo más? —digo a continuación.

Andrew me mira y, cuando dice que sí, disparo:

—Me dijiste que erais cinco hermanos. Cuatro chicos y una chica. ¿Tu hermana no vive aquí?

—Mi hermana murió —responde.

—Ay, Dios... Lo siento. No debería haber pre...

No puedo decir más. Andrew me pone un dedo sobre los labios y continúa:

—Katherine, mi hermana, era la pequeña y la princesita de la casa. Pero cuando terminó el instituto comenzó a tontear con los chicos y las drogas, y se marchó de casa sin que pudiéramos hacer nada. Durante

meses intentamos encontrarla, pero fue imposible. De pronto parecía que se la había tragado la tierra. Mi madre no paraba de llorar. Mi padre se volvió loco, mi abuela sufrió mucho y mis hermanos y yo hicimos todo lo que pudimos, pero fue imposible. Dos años después, un día, a través de una amiga enfermera de Tom, la localizamos en un hospital de Illinois. Había tenido un bebé y ella estaba muy mal. Cuando llegamos allí, mi hermana había muerto y, aunque el dolor que sentimos nunca lo olvidaremos, te aseguro que tener a Nayeli con nosotros volvió a darnos la alegría que un día Katherine se llevó.

Oír esa triste historia me rompe el corazón. Pensar en la situación que tuvo que sufrir esa familia me hace darme cuenta de lo afortunada que he sido al criarme en una familia en la que, aunque humilde, la droga nunca entró en casa.

—Siento mucho que tuvierais que pasar por todo eso —murmuro apoyando una mano en su mejilla—, y siento habértelo preguntado.

Andrew sonrío con tristeza. Nos miramos. Ay, madre, cómo nos miramos...

Y, cuando soy consciente de que o salgo de allí o la vamos a liar otra vez, comienzo a saltar sobre el colchón. Él empieza a carcajearse y, en cuanto siento que se ha enfriado el momento, me bajo de la cama y digo agotada por los saltos mientras camino hacia la puerta:

—Ahora que te he destrozado la cama, me voy a la mía. Buenas noches, vaquero.

Sin mirar atrás o no saldré de la habitación, oigo que dice:

—Que descanses, morena.



Cuando me despierto, no sé qué hora es. He dormido como un lirón, y noto que huele a café.

Miro a mi alrededor y, en la oscuridad, diviso la maleta sin deshacer y las cortinas corridas.

¿Corrí las cortinas cuando me acosté?

Cojo el móvil y, al comprobar que no tiene cobertura, doy un salto en la cama.

Miro el reloj: las once de la mañana. Seguro que Joaquín me ha llamado. ¡Mierda!

Rápidamente abro la maleta, saco una camiseta diferente de la que llevaba el día anterior y me pongo unos vaqueros y unas zapatillas de deporte.

Una vez termino, hago la cama. Nadie puede saber que yo duermo allí. Todos deben creer que dormimos en la cama de Andrew.

Cuando salgo al salón de la cabaña, no hay nadie. Me asomo con cuidado a la habitación de Andrew, en la que ya está hecha la cama y, cuando regreso al salón, veo sobre la mesita una nota que dice:

Hay café hecho y galletas sobre la encimera. Estaré por el rancho, cielo.

¡¿Cielo?!

Sé que es por si alguien lee la nota, pero me gusta. Me gusta leerlo.

Rápidamente entro en el baño, me lavo los dientes, me recojo el pelo en una coleta y, cuando salgo, las tripas me rugen.

Tomo café y pruebo las galletas que encuentro. ¡Están buenísimas! Las miro e intento adivinar los ingredientes. Sin duda las ha hecho Ronna, y anoto mentalmente que he de pedirle la receta.

Una vez termino de desayunar, cojo el móvil, abro la puerta de la cabaña y me quedo totalmente flasheada.

Esto es precioso. Impresionante.

Frente a la cabaña hay una cerca blanca y, tras ella, los caballos más preciosos que he visto en mi vida. Bueno, la verdad es que tampoco he visto muchos caballos ni entiendo de ellos, pero ¡éstos son increíbles!

Los hay blancos, negros, marrones, grisáceos, con manchas. Grandes, medianos, pequeños. ¡Esto es Caballolandia!

De pronto veo a la rubia de la noche anterior —la ex de Andrew, que ahora es la mujer de Tom— y, cuando pasa cerca de donde yo estoy, sonrío y la saludo con la mano.

—Hola, ¡buenos días!

Ella me mira. Su gesto sigue tan serio como la noche anterior, y simplemente me devuelve el saludo con un movimiento de la cabeza y continúa su camino. Pero ¿yo qué le he hecho a ésta?

La veo alejarse. ¡Menuda idiota, la tía!

Vuelvo a mirar los caballos. Los observo atontada pero entonces me fijo en dos de ellos, que son especialmente preciosos. Uno es blanco y negro y el otro marrón y blanco, con las crines, las patas y la cola blancas. Los contemplo alucinada. Esos caballos son diferentes de todos los que los rodean, y comienzo a llamarlos como suelo llamar a los perrillos. Y, como es lógico, ni se aproximan a la cerca ni me hacen el más mínimo caso.

Los estoy observando abstraída cuando oigo un ruido de cascos cerca de mí. Me vuelvo y me encuentro con la abuela de Andrew.

—Buenos días, señora —la saludo con una sonrisa.

Desde lo alto de su montura, la mujer me mira con un gesto que soy incapaz de descifrar y suelta:

—Lo serán para ti.

Y, sin más, se aleja.

Joder..., joder... Menudo recibimiento me están dando esas dos.

De nuevo centro la atención en los caballos, hasta que veo a un potrillo grisáceo detrás de su madre y me acuerdo de mi niña. Tengo que llamar a Joaquín.

Rápidamente, me alejo de la cerca y me encamino hacia la casa grande.

En el trayecto, disfruto de todo cuanto veo, y me fijo en varios

hombres que trabajan al fondo en algo que parece ser un granero o un establo. Sigo mi camino y los vaqueros que se cruzan conmigo me miran con curiosidad y todos me saludan tocándose el sombrero. Eso me hace gracia, ¡qué galantes!

De pronto oigo que alguien me llama y, al mirar, me encuentro con Cold, el hermano de Andrew, montado en un caballo no muy lejos de mí.

—¡Andy está en el establo! —me dice a gritos.

Asiento. Le doy las gracias como puedo y, cuando miro en la dirección en la que me ha señalado, diviso el viejo establo y me encamino hacia allí. Pero entonces parpadeo, me llevo la mano a la frente y, con todo el disimulo que puedo, murmuro:

—Ay, Diosito... Ay, Diosito...

Ante mí aparece el cowboy más sexi del mundo mundial. No le falta detalle: sombrero claro, cinturón de hebilla plateada, camisa de cuadros rojos, pantalón de infarto y botas vaqueras.

¡Madredelamorhermosodivinoyapetitoso!

Andrew está saliendo del establo montado sobre un precioso caballo pardo, mientras habla con otro vaquero y yo siento que estoy al borde del infarto.

Cuando llegan ante mí, el vaquero que no conozco me saluda llevándose una mano al sombrero y se aleja, mientras mi cowboy preferido baja del caballo con agilidad y, acercándose, me exige:

—Dame un beso.

—¿Qué?

—Eres mi novia. Dame un simple mua; si no lo hacemos, sospecharán.

Bueno..., bueno..., ¡qué disgustazo tener que darle un mua!

Y, con gesto molesto, suspiro:

—De acuerdo.

Andrew sonrío, se agacha y me da un piquito rápido.

Aisss, qué rico.

Cuando se separa, pregunta al tiempo que sujeta las riendas de su caballo:

—¿Has dormido bien?

Asiento mientras pido a todos los santos que no se me caiga la baba.

Su caballo pardo es precioso y, sin tocarlo, no me vaya a dar un mordisco, le pregunto:

—¿Es tuyo?

Andrew acaricia con cariño el hocico del animal.

—Sí —dice—. Es *Furia*. Mi yegua.

¡Dios, qué mono, cómo le sonrío al animal!

Cualquier día este hombre me provoca un ictus. Reponiéndome para que no note lo imbécil que soy, lo miro y, tras asentir, le enseño el móvil y digo:

—Necesito cobertura. Seguro que Joaquín ya me ha llamado.

En ese instante, un hombre se acerca a nosotros con unos planos en la mano. Andrew les echa un vistazo y luego indica:

—Sí, Charles, el techo del nuevo granero va cruzado por vigas oscuras.

Cuando el hombre se marcha, Andrew me explica:

—Están construyendo un nuevo granero. El otro se quemó hace un par de meses porque lo alcanzó un rayo. —Al ver que sigo con el móvil en la mano, dice—: Dame dos minutos, que llevo a *Furia* al establo y luego te acerco a Hudson en la camioneta para que llames.

Asiento. Le doy dos minutos y todos los que quiera y, mientras se aleja con su temple a lo John Wayne en dirección al establo, lo escaneo en profundidad sin poder remediarlo.

Madre mía, qué estilazo tiene andando.

Acalorada, me doy la vuelta. Mejor dejo de mirarlo o, al final, se me caerá la baba. Entonces me encuentro con dos vaqueros de esos curtidos por el sol que, tras bajarse de sus caballos, se quitan los sombreros, y el más alto y de pelo castaño se dirige a mí:

—Señorita, nos han dicho que es usted la novia de Andy y queríamos presentarle nuestros respetos —y, acercándose, me tiende la mano e indica—: Soy César Ramírez.

—Y yo Ray Follet —dice el otro.

—Mi nombre es Coral. Encantada de conocerlos —digo mientras les estrecho la mano.

Acostumbrada a dar besos, me extraño: ¿allí no se besan?

Al ver los caballos que traen, me acerco y los hombres me explican todo lo que les pregunto mientras les acaricio la cabeza a los animales con cierto respeto. Los escucho encantada. Me gusta el acento que tienen esos tipos y, cuando estoy riendo por una gracia que hace Ray, Andrew llega hasta nosotros y los saluda con cordialidad.

—Ray. César.

Ellos le sonrían a modo de saludo y Andrew dice entonces, cogiendo mi mano:

—Tenemos que irnos, *cielo*.

Me despido de los dos hombres con una sonrisa y camino a grandes zancadas a su lado hasta llegar a una camioneta gris. Pienso si contarle mi bonito encuentro con su cuñada y su abuela, pero finalmente decido omitirlo; ¿de qué va a servir?

Una vez nos subimos, Andrew arranca el motor y veo que Ronna nos hace señas para que la esperemos.

—Buenos días, Coral, ¿has descansado? —me pregunta cuando llega hasta nosotros.

—Sí. ¡Buenos días! —respondo sonriendo.

—¿Vais al pueblo?

—Sí, mamá —contesta Andrew y, tendiéndole la mano, dice—: ¿Qué quieres que compremos?

Ronna me entrega entonces un sobre y le tiende un papelito a su hijo.

—Ésta es la invitación de la boda, Coral —explica—. En ese papel he escrito lo que necesito, Andy. Pásate por la tienda de Elmer, dale ese papel y, ya sabes, dile que lo ponga todo a la cuenta de los McCoy; ¿de acuerdo, hijo?

Andrew se guarda el papel en el bolsillo de su camisa de cuadros y asiente.

Cuando arranca de nuevo el motor, me despido de Ronna con la mano y, mirándolo, pregunto:

—¿McCoy?

—Me llamo Andrew McCoy. Ése es mi apellido, ¿no lo sabías?

Sonrío. Hasta el apellido es sexi: ¡McCoy!

Salimos del rancho y Andrew mira el sobre que llevo en la mano.

—La tarjeta de boda de mi hermano —comenta.

Curiosa, lo abro. Es la típica tarjeta de boda, la verdad es que más sosa no puede ser. Entonces, de pronto, suelto una risotada y durante un rato no puedo dejar de reír como una tonta. Andrew finalmente me mira.

—Vaya. Nunca pensé que una tarjeta de boda fuera tan divertida.

Eso me hace reír todavía más y, cuando consigo tranquilizarme, murmuro:

—Es una tontería... pero, cuando he leído «Cold y Flor os invitan...».

—Vuelvo a reír. Él me mira como si me faltara un tornillo y, al final, serenándome, consigo decir—: Cuando uno lee los nombres de ambos juntos es como si dijera *coliflor*, y eso en mi país es una hortaliza que...

—¡Sé lo que es una coliflor! —Andrew comienza a reír, y añade—: Sin duda, morena, lo que no se te ocurra a ti no se le ocurre a nadie.

Asiento y sigo riendo. No lo puedo remediar.

Cuando se me pasa el ataque de risa y guardo la invitación, veo que él señala la carretera.

—Si quieres venir alguna vez sola al pueblo, únicamente tienes que salir del rancho y coger la carretera a la derecha. Después, ve todo recto hasta llegar a Hudson.

Asiento. El camino parece fácil.

Suena música en la radio y Andrew, tras subir el volumen, comienza a canturrear la canción. No la he oído en mi vida. Es country.

—¿Quién canta? —pregunto.

—Alan Jackson, ¿lo conoces?

—No —digo, y añado sonriendo—: La verdad es que no tengo ni idea de country.

Él sacude la cabeza.

—Aquí te vas a hartar de oírla.

Asiento y escucho la canción.

Es muy agradable y bonita y, cuando acaba, el locutor dice el título: *Here in the Real World*.[\[10\]](#) Luego comienza a sonar otra algo más movida; se llama *We Were Us*.[\[11\]](#)

—¿Tampoco conoces a Miranda Lambert y a Keith Urban? —pregunta Andrew.

Niego de nuevo con la cabeza. Él sonrío y afirma levantando una ceja:

—Morena, que no se enteren por aquí o te lo harán pagar.

Me río.

—Eh..., que tú tampoco conoces a cantantes españoles, ¡no vayas de listo!

—Conozco a Yanira —replica—, ¿ella no es española? —Asiento divertida—. Y también conozco algo de ese cantante que interpreta el tema ese de los vecinos de la playa que se encuentran un perro y lo cuidan; ¿sabes cuál digo?

Suelto una carcajada. Pobre..., pobre..., qué mala soy.

Sigue creyendo que la canción *No existen límites*^[12] va sobre lo que le conté. Pero, no dispuesta a sacarlo de su error, lo corrijo:

—Luis Miguel no es español.

En ese instante entramos en Hudson y Andrew comienza a explicarme curiosidades del pueblo. Aparcamos, nos dirigimos a pie a una cafetería y mi móvil, que parece revivir, empieza a sonar. En décimas de segundo, veo que tengo tres llamadas perdidas de Joaquín y cientos de mensajes de mis amigas.

Cuando entramos a tomarnos un café, me apresuro a llamar a mi ex. Tras dos timbrazos, lo coge y, después de saludarme, me pasa enseguida a mi niña. Sentada en la cafetería junto a Andrew, hablo con ella durante varios minutos y río por las cosas que me cuenta.

Pero, como siempre, Candela se cansa de hablar y, cuando le devuelve el teléfono a su padre, le explico que donde estoy no hay cobertura y quedo con él en que me llame lunes, miércoles y sábados de once a doce.

Cuando cuelgo, me doy cuenta de que Andrew ha estado bromeando con la camarera y ella no ha parado de hacerle ojitos.

—¿Todo bien con tu Gordincesa? —me pregunta.

—Sí —afirmo encantada.

Andrew, que me mira, me acerca el café para que me lo tome.

—Feota —dice entonces—, me encanta cuando sonrías así.

¡¿Feota?! ¿Cómo que feota?

Y, divertido al ver mi cara, cuchichea:

—Como no te gusta que te llame *preciosa*, quizá *feota*...

Le doy un puñetazo en el hombro con todas mis ganas.

—Atrévete a repetirlo y lo lamentarás.

Andrew suelta una carcajada. Me repite mil veces que es una broma, pero yo no me río. De pequeña era la feota de la familia y no me gusta recordar eso. Sin decir nada, cojo mi café y me lo bebo de un tirón. En ese instante él deja de mirarme y, tras levantarse, va a saludar a un hombre que entra en la cafetería.

A su paso, me doy cuenta de cómo las mujeres se vuelven para mirarlo. Madre mía..., madre mía, al parecer, no soy la única que lo ve como un pedazo de tiarrón. Los pantalones vaqueros con esa hebilla plateada que le cierra el cinturón le quedan de muerte, y el sombrero claro sobre su pelo oscuro ya es matador.

Mientras habla con el que debe de ser su amigo, dejo de pensar en eso y miro de nuevo mi teléfono. Tengo varios mensajes de mis amigas. Los leo y me río.

Pero ¿cómo están tan locas?

Pienso en ellas. Las imagino sentadas en las preciosas hamacas que Anselmo Ferrasa tiene alrededor de la piscina en su casa de Puerto Rico y sonrío. ¿Debo contarles que en el rancho creen que soy la novia de Andrew?

Medito durante unos segundos y al final decido que no. Si les cuento eso, las voy a alterar demasiado.

Vuelvo a mirar a Andrew y decido hacerle una foto con el móvil sin que se dé cuenta. A continuación, abro el grupo de wasap que tengo con mis locas y escribo:

No he vuelto a gritar «¡Viva Wyoming!». Por cierto, en el rancho no hay cobertura. Sólo podré responderos lunes, miércoles y sábados de once a doce, que estaré en un lugar donde la hay. Ya os contaré, pero de momento os mando esta fotito. ¡No babeéis mucho!

Acto seguido, inserto la foto de Andrew, en la que más guapo y sexi no puede estar. Bueno, sí, quizá desnudo y con el sombrero vaquero, pero eso no creo que lo vea, y mucho menos enviaría esa foto.

Envío el wasap y, dos segundos después, mis amigas responden verdaderas barbaridades y yo me tengo que reír. No puedo remediarlo.

—Y esas risas, ¿a qué se deben?

Al oír la voz de Andrew, guardo el móvil y afirmo con guasa:

—Mis amigas, que están locas.

Vuelve a sentarse a mi lado.

—Doy fe. Os conozco a todas y ¡sois temibles!

—Ehhhh —digo dándole otro puñetazo en el hombro.

Al recibir ese nuevo golpe, Andrew me mira.

—Oye, lo de feota de antes era una broma, ¿vale?

—Vale —asiento sin querer darle más importancia.

Instantes después, la camarera se acerca de nuevo a nuestra mesa y nos pregunta si queremos más café. Cuando decimos que no, se retira y, sin poder remediarlo, cuchicheo:

—Pues veo que por aquí también son descaradas mirando.

Andrew mira a la joven, que, por mucho que me jorobe, es guapísima y, enseñándome un papelito, dice:

—Me ha dado su teléfono.

¡¿Cómo?!

¡Pero será descarada!...

Eso me molesta. No me hace ni pizca de gracia que otra ligue con el chico con el que estoy delante de mis narices, aunque no sea mi novio. Sin embargo, disimulo la frustración que siento, sonrío y digo:

—Y ¿la llamarás?

—Seguramente, es una preciosidad.

Lo miro boquiabierta.

Aquí, supuestamente, soy su novia; ¿cómo que la va a llamar?

Y, sin poder evitarlo, le clavo la mirada y siseo:

—Vamos a ver, *Caramelito*; si me entero de que llamas a esa o a cualquier otra fémina mientras yo estoy aquí haciendo el papelazo de mi vida, te juro que lo vas a lamentar, porque no pienso ser el hazmerreír de nadie, y mucho menos voy a consentir ir arañando techos con la cornamenta, ¿entendido?

Mis palabras le hacen soltar una carcajada y, tras arrugar el papel y meterlo en su taza vacía, afirma:

—Ésa es la actitud, morena. Necesito que seas la novia perfecta o sospecharán. Debemos estar compenetrados en todo lo que hagamos o enseguida levantaremos comentarios, y eso es justamente lo que no quiero.

¿Que necesita que sea la novia perfecta?

Bueno..., bueno, lo que me ha dicho. Tengo dos opciones: cruzarle la cara por haber tonteado con la camarera delante de mí o todo lo contrario. Y, con todo el descaro del mundo, al ver cómo la rubia nos mira, acerco mi boca a la suya, paseo la punta de mi húmeda lengua por sus labios y, tras finalizar el instante con un piquito sabrosón, murmuro:

—Será divertido jugar a ser los perfectos novios.

Lo que acabo de hacer lo confunde. Éste no sabe con quién está jugando. No esperaba esa reacción y, tras pensar lo que va a decir, suelta:

—Juguemos, pero...

—Lo siento, vaquero —lo corto con mi chulería habitual—, pero los «peros» en este juego no valen. O lo hacemos bien, o lo hacemos mal. Si soy tu novia, he de poder tomarme estas licencias en público, ¿no crees?

Me observa. Me encantaría saber qué es lo que piensa. Creo que lo que acabo de hacer no le ha hecho mucha gracia pero, oye..., ¡que se

jorobe! ¿No quiere una novia?, ¡pues toma novia! A ver si se va a creer que aquí sólo juega él.

Se dispone a replicar cuando, de pronto, oímos que alguien dice a nuestras espaldas:

—Andy...

Nos volvemos y veo cómo a él se le descompone la cara por segundos. Se levanta. Yo me levanto también. Ante nosotros está una belleza fresca y pelirroja de ojos claros y mirada aniñada que, en cierto modo, me recuerda a Ruth. Ni Andrew ni ella dicen nada, sólo se miran, hasta que la chica, con una preciosa sonrisa, pregunta:

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has regresado?

—Llegué ayer —responde Andrew. Y, sonriendo de una manera que pocas veces le he visto, murmura—: Estás preciosa. ¿Qué tal todo por aquí?

Ostras..., creo que acabo de descubrir de quién se enamoró en el pasado.

La pelirroja, que tiene una de las sonrisas más bonitas que he visto en mi vida, hace un gracioso gesto con la nariz antes de contestar.

—Gracias, Andy, por aquí todo bien.

Sus miradas dicen más que sus palabras. Y siento cómo la respiración de él cambia y, lo que es peor, soy consciente de cómo la mira.

—Andy McCoy, qué alegría verte —oigo que alguien dice entonces—. ¡Qué bien que hayas venido para la boda!

Al mirar, me encuentro con una mujer regordeta.

—No podía perderme la boda de mi hermano, Lud —dice Andrew.

Ambos sonrían y, a continuación, la mujer cuchichea:

—Cuando mi sobrina te ha visto, no nos lo podíamos creer. Andy McCoy aquí, ¡qué alegría! —Luego, mirándome con una sonrisa, me pregunta—: Y ¿tú eres...?

Andrew, a quien parece que le haya caído un rayo encima, se apresura a cogerme de la cintura y responde:

—Lud, Arizona, ella es mi novia Coral —y, mirándome, añade—: Ludovica es la madre de Flor, la novia de Cold, y Arizona es su sobrina.

¿Su sobrina y qué más?

Bueno..., bueno..., aquí hay tema ¡que te quemas!

Pero, sacando la mejor de mis sonrisas, las saludo y ellas son encantadoras conmigo.

Con curiosidad, observo a mi Caramelito, que se ha quedado congelado ante la pelirroja. Sin duda, entre ellos hay o hubo algo y, por cómo están reaccionando, está más que cantado que todavía queda algo por resolver.

Durante unos minutos, ellos charlan mientras yo escucho, hasta que Ludovica recuerda que han de ir a un sitio y deciden despedirse. De nuevo vuelvo a ver cómo la tal Arizona y Andrew se miran y, cuando las dos mujeres se alejan y veo que mi vaquero mira en su dirección, pregunto curiosa:

—¿Quién es Arizona?

—La prima de Flor.

—¿Sólo la prima de Flor? ¿O también la mujer de la que te enamoraste?

Andy, mi Andrew, que todavía está recuperándose del encuentro, me mira y sisea:

—No me agobies, ¿vale?

Asiento, es lo último que quiero. Vuelvo a sentarme donde estaba, justo en el momento en que él se acomoda a mi lado.

Un silencio extraño se instala entre nosotros. Es evidente que la aparición de esa desconocida ha alterado a Andrew. Deseosa de que me preste atención, le quito el sombrero vaquero y me lo pongo yo.

—¿Qué tal?

Andrew me mira. Espero que me diga algo bonito, pero el tío suelta:

—Fatal.

Vale. La galantería se la ha dejado en casa, y ver a la pelirroja lo ha puesto de mal humor.

—¿Qué tal si eres más galante conmigo? —gruño—. Eres mi novio.

Su gesto al mirarme no me gusta. En su mirada veo algo que antes no estaba.

—No confundas la realidad con la ficción —dice finalmente bajando la voz—. No soy tu novio de verdad y no necesito adularte.

Joder..., ¡vaya cortazo que acaba de darme el Caramelito!

Sin duda, encontrarse con la guapa pelirroja lo ha removido por dentro.

Me callo. No digo nada y, cuando me veo reflejada en un espejo del fondo del local, suspiro. La verdad es que estoy horrorosa con el sombrero, se me cala hasta las orejas. Se lo devuelvo e intento no perder

el buen humor.

—Me encantaría comprarme uno —digo.

—¿Un qué?

—Un sombrero vaquero.

En ese instante, la camarera llega hasta nosotros para retirar las tazas y, al ver la nota con su teléfono en el interior de una de ellas, mira a Andrew boquiabierta. Él se pone en pie, agarra mi mano y, tirando de mí, me levanta y dice:

—*Cielo*, vayamos a la tienda de Elmer, allí podrás elegir el sombrero que quieras.

¿Le estampo el bolso en la cabeza o no?

Al final, decido no tentar la suerte y no comento nada cuando salimos de la cafetería y lo veo mirar atrás en busca de la camarera.

En silencio, y sin rozarnos, caminamos por las calles de Hudson hasta llegar a una tienda enorme.

Al entrar, un señor calvito y regordete sale rápidamente de detrás del mostrador para saludar a Andy y éste me lo presenta como Elmer. Contengo la risa. Es igualito al cazador de los dibujos animados de Bugs Bunny... ¡Pero si es que hasta se llama Elmer!

Mientras ellos hablan, yo me doy una vuelta por la enorme tienda y alucino. ¡Tienen de todo! Desde latas de sardinas hasta sillas de montar, pasando por camisetas de los One Direction. ¡Increíble!

Me fijo en la sección de calzado. Eso es el mundo de las botas. Las hay altas, bajas..., y yo, que soy una apasionada de ellas, decido comprarme unas camperas. Las hay de colores claros, oscuros, con espuelas, sin espuelas y, al final, me decanto por unas verde botella; ¡son preciosas! Pienso en llevarme otras chiquititas para Candela en rosa chicle, pero al final decido comprarlas cuando vaya a irme. Es lo mejor.

¡Qué bonita va a estar mi niña con ellas!

Encantada, camino con las botas en las manos cuando veo los sombreros y me lanzo a mirarlos. Me pruebo varios modelos. Negros, blancos, rojos, de cuero beige..., hasta que encuentro uno en un tono marrón que es una preciosidad y, por lo que veo, es de mi talla.

Decidido.

¡Me lo compro!

A través de un espejo que hay en la tienda, veo que Andrew viene andando hacia mí, así que me vuelvo y pregunto mientras hago poses:

—¿Qué tal éste?

Me mira.

—Es de tu talla.

Joder, este tío me está trabando. Pero ¿es que no puede ser algo más caballeroso aunque no sea su novia real? ¿Qué le cuesta decir un puñetero piropo, como le ha dicho a la tal Arizona?

Obviando la decepción que siento al ver que no me ve ni siquiera guapa con el sombrero, saco el monedero para pagarlo junto a mis botas. Al darse cuenta, Andrew se niega. Quiere pagarlo él.

Ni hablar. No pienso permitirselo.

Pero Elmer y él se hablan con la mirada y, al final, salgo de la tienda sin haber abierto mi monedero.

Mientras metemos las bolsas con las cosas que hemos comprado en la camioneta, murmuro mientras me ajusto mi precioso sombrero nuevo:

—Oye, sé que tu humor ha cambiado a raíz de ver a esa pelirroja en la cafetería, aunque no voy a preguntarte por ella porque...

—Mejor..., no pensaba contestarte.

¡Será borde!

La sangre se me revoluciona. El hecho de que no tenga ningún tacto conmigo me molesta y, mirándolo con ganas de iniciar la tercera guerra mundial, siseo:

—Eres un borde y un idiota.

—¿A qué viene eso?

Lo miro. Este tío es tonto, pero tonto profundo.

—Viene a que...

—Andy McCoy, pero ¡cuánto tiempo sin verte! —me interrumpe entonces alguien.

Un tipo se acerca a nosotros y Andrew se vuelve y lo saluda.

—Sean O'Bradey..., mucho tiempo.

Al volverme yo también, me encuentro con un hombre de la edad de Andrew. Es alto, rubio, con unos ojos verdes muy bonitos y una sonrisa de esas que advierten «¡Peligro!» desde veinte kilómetros de distancia.

Ambos se saludan y, tras cruzar varias palabras, veo que el rubio me observa.

—Y esta preciosidad morena, ¿quién es? —dice.

Oír eso me sube la moral; ¡al fin un piropo!

¡Alabado sea el Señorrrrrrrrrrr!

Andrew me mira —¡joder, ¿tan raro es que me piropeen?!— y, rápidamente, dice agarrándome de la cintura para acercarme a él:

—Sean, te presento a mi novia Coral.

El vaquero rubio se toca la punta de su sombrero con galantería.

—Encantado de conocerte, Coral —me saluda.

—Lo mismo digo, Sean —afirmo con una sonrisa.

Durante varios minutos, mientras continúan hablando, soy consciente de cómo me mira el rubio. Desde luego, no se corta un pelo, y cuando nos despedimos comenta:

—Nos veremos con seguridad en la boda de Cold —y, clavando sus ojos en mí, añade—: Resérvame algún baile, Coral. Aunque Andy sea tu novio, será un placer bailar contigo.

Divertida, le guiño un ojo, hago como si escribiera en la palma de mi mano y digo:

—Reservado.

A continuación, abro la puerta de la camioneta y subo. Andrew se mete por la otra puerta.

—¡¿Reservado?! —se mofa.

Eso llama mi atención pero, cuando me dispongo a responder, me advierte:

—Procura no guiñar el ojo a los vaqueros aquí o pensarán otra cosa. Y cuidadito con Sean: no me fío de él.

—Pero si le has dicho que soy tu novia.

Andrew arranca el vehículo y susurra con gesto serio:

—Por eso mismo te lo digo.



Cuando llegamos al rancho de vuelta de Hudson, Andrew y yo descargamos las bolsas de la camioneta. Nayeli se acerca entonces a nosotros en un precioso caballo blanco, acompañada por su amiga Adriana, que va montada en otro.

—Tío, me queda genial —dice señalándose la camiseta de la gira de Yanira—. Acertaste en la talla.

Me entra la risa. Si no llego a recordarle a Andrew lo de la camiseta que la muchacha le pedía en el mensaje, se le habría olvidado.

Mientras dejamos las bolsas en el suelo, mi supuesto novio afirma, recuperando el buen humor:

—Fue Coral quien acertó.

—¡Gracias, Coral! Por cierto, me encantan los tatuajes, aunque por aquí las chicas no se los hacen y la abuela Sora los odia.

Sonrío.

—Me gusta que te guste.

—Por cierto, *enana*... —dice Andrew.

—Tío, por favor —protesta ella—. ¿Quieres dejar de llamarme así? Ya he crecido, soy mayor, y no quiero que ninguno de mis amigos oiga ese ridículo nombrecito tuyo.

Él sonrío.

—Nayeli, has de saber que Coral es íntima amiga de Yanira.

La cría me mira. Luego mira a su amiga. Ambas abren los ojos como platos y, tras bajarse de sus caballos, se acercan a mí.

—¿En serio?

Encantada al ver que aquellas adolescentes quieren tanto a mi Yanira, sonrío y saco mi móvil. Busco las fotos y se las muestro.

—He aquí la prueba del delito —digo.

Las chicas gritan al ver las fotos de las dos en casa, en la piscina, en la playa. Lo que están observando les resulta increíble y, cuando vuelven a mirarme, sé que tengo su total aceptación.

—La próxima vez que vayáis de visita a Los Ángeles —digo—, si nos vemos...

—¿Por qué no vamos a vernos? —me corta Nayeli—. Eres la novia de mi tío, ¿no?

Sonrío y disimulo lo mucho que me joroba mentir.

—Pues eso, cielo, prometo llevarte a casa de Yanira para que la conozcas y, por supuesto, tu amiga puede acompañarte. Estoy segura de que le encantará conoceros. Por cierto, ¡me apunto al concierto de las Fifth Harmony, ¡las adoro!

—¿De verdad te gustan? —pregunta Adriana alucinada.

Asiento. No estoy mintiendo y, acercándome a ellas, cuchicheo:

—Si tu tío consigue meternos en el *backstage*, os las presentaré. Como soy amiga de Yanira, las conozco y me llevo muy bien con Camila y Dinah; ¿sabéis quiénes son?

Las dos adolescentes saltan, chillan y se comportan como dos locas.

—Menudo conciertito que me vais a dar —murmura Andrew sonriendo—. Como si lo viera.

Me alegro de que vuelva a estar de buen humor.

Las muchachas se comportan como Yanira y yo a su edad. Emocionadas, hasta tartamudean de los nervios que les entran, y me preguntan mil cosas. Hasta que Andrew, cogiendo las riendas del caballo de su sobrina, pregunta:

—¿Adónde vas con *Caspian*?

Rápidamente la niña lo mira, le arrebató las riendas, monta con una agilidad increíble y responde:

—Vamos a casa de Miranda. Quiero enseñarle mi camiseta nueva.

Andrew se mira el reloj.

—No tardes. Ya sabes que comemos todos juntos dentro de una hora y media, como mucho.

Dicho esto, las chiquillas me regalan otra espectacular sonrisa y, espoleando a sus caballos, se alejan de nosotros.

Las observo durante unos minutos.

—Parece fácil montar a caballo, pero estoy convencida de que no lo es —comento.

—¿Quieres que te enseñe?

Asiento como una cría. Sé que en los días que voy a estar aquí aprenderé poco, pero estoy dispuesta a intentarlo.

—Me encantaría —digo.

Cuando nuestras miradas se encuentran, ambos sonreímos. Adiós tensiones.

Andrew da entonces un paso hacia mí, me agarra por la cintura y, tras agacharse para estar a mi altura, dice rozando su nariz contra la mía:

—Mi madre nos observa desde la ventana de la cocina.

—¿Y? —murmuro atontada por su íntimo contacto.

—Dame un beso.

Todavía enfadada con él por la tonta discusión que hemos tenido en Hudson, replico:

—Ni lo sueñes, Caramelito. Estoy molesta por lo borde que has sido conmigo.

—Dame un mua —insiste.

—No —susurro encantada al ver cómo ha llamado al beso.

Pero no me suelta y, sin separarse un milímetro de mí, me da un piquito en los labios.

—Lo siento —murmura cuando se aparta—, pero es lo que quiere ver mi madre.

Vale. Sin duda ese besito es lo que ella quiere, pero ¿y yo?

Lucho conmigo misma durante unos segundos pero, al final, dándome por vencida, me dejo llevar por mi locura, mi inconsciencia y, en cierto modo, mi desfachatez y, con la sangre revolucionada por el íntimo contacto, asiento, acerco de nuevo mi boca a la suya y lo beso con auténtico fervor. Andrew acepta el beso. Nuestras lenguas se unen y juegan mientras nos saboreamos y, cuando por fin logro separarme de él, murmuro:

—Sin lugar a dudas, a tu madre este remuá le ha gustado más.

Nos miramos...

Nos tentamos...

—¿Disfrutas interpretando tu papel? —me pregunta entonces.

Asiento, no puedo negarlo. Y afirmo encogiéndome de hombros:

—Reconozco que sí. Estás de muy buen ver.

De nuevo me he dejado llevar por mi ímpetu. ¿Por qué seré tan sincera? Pero entonces, con una sonrisa de advertencia, Andrew murmura

cerca de mi boca:

—No te enamores de mí, morena. Te equivocarías.

Lo observo con fingida sorpresa y, con toda la frialdad de que soy capaz en un momento en el que lo que más me apetece es soltarle un besaco que lo deje K.O., lo cojo de la barbilla y cuchicheo:

—Tranquilo, Caramelito. Lo mío son los rubios, y tú no entras en mi radio de acción por muy buen trasero que tengas.

¿«Radio de acción»? ¿«Buen trasero»? ¿He dicho eso?

Madre mía..., madre mía..., menuda hortera me estoy volviendo. Tengo que empezar a escuchar otra vez el viento.

Andrew asiente. Creo que me ha creído y, dispuesta a descuadrarlo por completo y a no dejarle creer que es especial para mí, le doy un nuevo piquito que él acepta gustoso y añado:

—Querido Andy, cuando yo hago algo lo hago bien, y esto ¡lo tenemos que bordar!

Mi comentario nos hace reír a ambos y finalmente dejamos de abrazarnos. Entonces él se agacha para volver a coger las bolsas que hemos dejado en el suelo y, divertida, decido darle un azote en el trasero. Cuando me mira, me mofo cogiendo mis bolsas.

—Vamos, tu madre nos espera.

Seguimos de buen humor. Ríe al ver su expresión mientras me pregunto qué estoy haciendo. Y me lo pregunto porque sé que, cuando acabe todo esto, me voy a sentir no mal, sino ¡fatal!

Al entrar en la cocina nos encontramos con Madison y Ronna. Como era de esperar, esta última bromea acerca de lo que ha visto a través de la ventana y, una vez soltamos las bolsas, se abraza a su hijo, feliz.

—Me gusta que seas cariñoso con Coral —dice antes de soltarlo.

A continuación, se dispone a levantar una bolsa, pero ésta se le escurre de entre las manos y Andrew se apresura a agacharse para recoger lo que se ha caído.

—Estas bolsas... —dice Ronna—. Cada día las hacen más endeble.

Sonrío. Me fijo entonces en que la bolsa no tiene el asa rota, pero Ronna prosigue:

—Que os abracéis y os beséis me demuestra lo bonita que es vuestra relación.

Su hijo sonrío, a pesar de que sé que la presencia de Madison lo incomoda. Entonces, dispuesta a hacerle ver a la rubita que lo engañó lo

feliz que soy con él, lo abrazo y comento:

—Sin duda, Ronna, Andy es un amor de hombre.

Madison sonrío al oír eso, pero instantes después sale de la cocina como alma que lleva el diablo. Ronna la observa y luego se acerca más a nosotros.

—Tom es mi hijo y lo quiero —cuchichea—, pero sin duda Madison no puede decir lo que tú has afirmado de Andy. Nunca he visto una pareja más fría que esos dos, a pesar de que me consta que mi nuera quiere a mi hijo. Creo que los vi besarse y agarrarse de la mano el día de su boda y poco más.

Sin ganas de seguir con el tema, pues siento la incomodidad de Andrew, menciono a Nayeli. Ronna sonrío y empieza a hablar de su nieta. Se le cae un paquete de galletas al suelo y yo me apresuro a recogerlo.

Mientras coloca las cosas en la despensa, nos hace sentar a la mesa. Nos prepara unos cafés y, cuando me pregunta cómo nos conocimos Andy y yo y cuándo me dio el primer beso, la cara de él es todo un poema.

Pero ¿de verdad que los tíos aún no saben qué cosas preguntan algunas madres?

Respondo a todo divertida, mientras me recreo en lo que digo para que la mujer lo disfrute y se emocione. Andrew sonrío. Sin duda está viendo en primera fila lo buena actriz que soy y lo bien que se me da contar historias inventadas.

Entonces, la abuela entra en la cocina acompañada por una mujer morena más o menos de mi edad, muy guapa y con un estilazo increíble. Y se hace un silencio incómodo. Bueno..., bueno... ¿Qué se cuece allí?

Con el rabillo del ojo miro a Andrew. La sonrisa se le ha borrado de un plumazo y tiene el ceño fruncido. Ronna se apresura a levantarse de su silla por cortesía y de repente oigo decir a la abuela:

—Ésa es la novia.

¡¿Ésa?! ¿Cómo que ésa otra vez? Joder con Pocahontas.

—Sora —protesta Ronna.

Andrew resopla. Uisss, qué mal rollito. Por debajo de la mesa, toco el muslo de mi vaquero para pedirle que se relaje.

—Chenoa y yo hemos estado asistiendo durante horas el parto de una yegua y controlando las diarreas de los caballos; ¡qué desastre! —explica la abuela. Y, sin mirarnos, añade—: Venimos a tomar café.

Vaya, la morena se llama Chenoa, como la cantante española; ¡qué

ilusión!

Un silencio incómodo se instala de nuevo en la cocina, hasta que Ronna pregunta:

—¿Qué yegua ha parido?

—*Indiana*, la yegua western —responde la tal Chenoa mirándome.

¡Uy..., uy, si las miradas mataran...!

Ya ha dejado de hacerme ilusión que se llame como la simpática Chenoa que yo conozco. Ésta, desde luego, es una rancia.

Al comprobar que yo no bajo la mirada, Ronna dice con apuro:

—Chenoa, te presento a Coral, la novia de mi Andy. Coral, Chenoa es nuestra veterinaria.

Mi instinto me dice que no me mueva porque aquélla muerde y deja marca. Pero, obviando mi instinto, me levanto, doy un paso al frente y le tiendo la mano.

—Encantada de conocerte, Chenoa.

Ella sigue observándome fijamente, pensando qué hacer y, al final, tras intercambiar una más que significativa miradita con la abuela, me la estrecha.

—Bienvenida a Aguas Frías —dice. A continuación, se vuelve hacia Andrew, que no se ha movido del sitio—. Hola, Andy, ¿no saludas?

La mandíbula de él se tensa. No sé quién es esa mujer, pero lo que está haciendo no le gusta.

—Hola, Chenoa —responde simplemente él.

Una vez nos damos todos por saludados, la morena se vuelve hacia la abuela y ambas comienzan a hablar en una lengua que no entiendo. ¿También es india? Seguro que hablan lakota, y por sus gestos sé que la conversación va sobre mí. Cuando se llenan unas tazas con café y se echan azúcar, ambas se dan la vuelta, Chenoa sale de la cocina y la abuela le pregunta a Ronna:

—¿Viene a comer la Rolliza?

Andrew resopla y me doy cuenta de que ese comentario le molesta. ¿Quién es la Rolliza?

—Sí, Sora —murmura Ronna—. Pero, por favor, no la llames así, que no le gusta.

La anciana sonrío. No me gusta nada su sonrisita.

—Lo que a ella le guste o no me da igual —afirma entonces y, sin dar tiempo a réplica, añade—: He dado orden de que los hombres hagan horas

extras para que terminen el dichoso granero. Con un poco de suerte, la semana que viene estará acabado. Hasta luego, Ronna.

Anda, mi madre, ¿y Andrew y yo?

Incapaz de no hacerme notar ante tal despropósito, digo antes de que ambas desaparezcan por la puerta:

—Hasta luego, señora.

Al oírme, la mujer se para, clava los ojos en mí, me hace un escaneo en el que me hinca el hacha de guerra y luego sale por la puerta.

Cuando se marchan, Ronna se disculpa con una mirada y va tras ellas.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunto a Andrew una vez nos quedamos solos.

Mi vaquero suspira, da un trago a su café y contesta:

—Nada. No te preocupes.

Pero no..., eso sí que no. Si tengo que estar aquí interpretando que soy su novia, necesito que sea sincero conmigo.

—Mira, guapito —siseo bajando la voz—, no sé a qué juegas, pero si quieres que esto salga bien, ya puedes contarme con qué me voy a encontrar en este rancho de una santa vez. Está visto que para tu abuela y esa idiota estirada soy el enemigo y quiero saber por qué, ¿entendido?

Él resopla, menea la cabeza y finalmente se da por vencido.

—Mi abuela quería que me casara con Chenoa y me negué —me explica.

Rápidamente pienso en lo que me contó acerca de Madison.

—¿Chenoa también fue tu novia?

—No. Nunca lo fue.

—¿Entonces?

—Chenoa es la nieta de una lakota y la abuela la contrató como veterinaria. En ese tiempo, cada vez que regresaba de Los Ángeles solía ver a Arizona.

—¿La pelirroja? —pregunto.

Andrew asiente con pesar y prosigue:

—A mi abuela no le gustó nunca Arizona..., vamos, lo de siempre. Ella estudiaba Derecho en Montana y la abuela insistió en que se afincaría allí, cosa que no fue así, pues cuando terminó la carrera regresó a Hudson, donde montó su propio bufete de abogados. Una de las veces que regresé, Arizona no estaba. Era Navidad, y Chenoa se vino varias noches aquí, junto con mis hermanos, a tomar unas cervezas. Bailamos,

bromeamos y, bueno...

—Vale. No me lo digas, pichabrava —replico al imaginármelo.

Andrew suspira y se rasca el cuello.

—Como ves, Chenoa es una mujer espectacular, y yo, con un par de copas de más, pues hice lo que nunca debería haber hecho. Ella se lo contó a mi abuela y entre las dos hicieron circular por Hudson que, tras lo ocurrido, y como manda la tradición lakota, nos casaríamos. Arizona se enteró y dio por finalizada nuestra relación.

—Pero ¿tu abuela cómo puede ser tan lianta?

—A mi abuela le gustaría volver a cruzar su sangre con la de otra lakota. Sin embargo, eso ni ocurrió ni ocurrirá, como tampoco ocurrió que Arizona me diera otra oportunidad.

Cuando dice eso, ambos nos quedamos callados. Está claro que ese capítulo no está cerrado para él.

—Sé que me estoy metiendo donde no me llaman —murmuro—, pero he encontrado cierto parecido entre Arizona y Ruth. Las dos son pelirrojas, ojos verdes, y...

—Sí, tienes razón. Siempre me han gustado las pelirrojas con caras aniñadas, y por eso Ruth llamó tanto mi atención cuando la conocí.

Se hace de nuevo el silencio, hasta que pregunto:

—Si Arizona te diera esa oportunidad, ¿volverías con ella?

Andrew sacude la cabeza y se encoge de hombros.

—Como no va a ocurrir, no me lo voy a plantear.

—Pero...

—He dicho que no me lo voy a plantear —repite con voz tajante.

—Bueno, hombre, bueno..., tampoco hace falta ponerse así.

Mi vaquero me mira. Entonces, coge con la mano una de las mías e indica:

—Y, para finalizar, Sora, Chenoa y yo tuvimos una gran discusión. Luego la abuela me prohibió entrar en la casa, pero eso mi madre no se lo consintió, aunque ya ves que entro lo menos posible. Por eso me construí la cabaña. Éste es mi hogar. Me gusta el rancho Aguas Frías y venir cada cierto tiempo a desconectar del ruido de Los Ángeles. Y, aunque nunca volveré a instalarme aquí porque me encanta el lugar donde vivo, no quiero dejar de ser parte de este sitio, por mucho que mi abuela se empeñe. Simplemente vivo y dejo vivir mientras intento mantenerme alejado de ella, a pesar de que es mi abuela y en cierto modo la quiero.

Lo miro alucinada. Cada vez que me cuenta algo, entiendo más por qué no quiere vivir en este idílico lugar. Debe de ver mi cara de sorpresa, porque añade:

—Madison, Chenoa, mi abuela y, en cierto modo, Arizona son las artífices de que no me fíe de ninguna mujer, excepto de mi madre. De ahí que nunca repita y lo deje muy claro antes de acostarme con ellas.

—¿Por eso no crees en el amor?

—Digamos que sí.

Asiento. Al fin me he enterado del porqué de su frasecita. Cuando voy a decir algo, Ronna entra en la cocina y me mira con cara de circunstancias.

—Lo siento, bonita mía. Lamento lo que ha ocurrido, pero...

—No te preocupes, Ronna —la corto con una sonrisa—. Andrew me ha contado lo que ocurrió. No tienes por qué preocuparte.

Al oír eso, sonrío y mira a su hijo.

—Me gusta la buena sintonía que hay entre vosotros dos —dice y, mirándome, añade—: Y me encanta que mi hijo sea sincero contigo y haya encontrado a una mujer que lo trate con el cariño y el respeto que se merece. —Luego, al reparar en que estamos cogidos de la mano, continúa—: Detalles como ése me demuestran que lo vuestro es de verdad.

Pobre..., pobre..., ¡aiiss, qué pena me da!

Me siento fatal por engañar a esa pobre mujer. No se lo merece.

De nuevo, Andrew debe de ver en mi cara lo que pienso, porque me abraza, me da un beso en la sien y me saca de la cocina a toda leche al tiempo que dice:

—Mamá, voy a enseñarle el rancho a Coral.

—No os alejéis mucho. Flor viene a comer.

¿Otra mujer?

—¿Quién es Flor? —le pregunto a Andrew.

—La novia de Cold; ¿no recuerdas que esta mañana hemos visto a su madre y a su prima Arizona?

—Ah, sí. Perdón.

Me alegra saber que ésa no ha tenido nada con él, aunque me incomoda que la abuela la haya llamado por ese apodo tan feo. Sinceramente, entre Chenoa, Sora y Madison, creo que ya tengo bastantes enemigos, y sólo acabo de llegar.

Una vez fuera de la casa, y sintiéndome la peor persona del mundo

por mentirle a la buena de Ronna, miro al hombre que me ha metido en ese jaleo.

—No me gusta nada engañar a tu madre. ¡Pobrecilla! —murmuro—. Y eso, por no hablar de los puñales que noto que me clavan en la espalda tu abuela y su compinche.

Él asiente.

—Tranquila. Estaré a tu lado —dice sin soltarme.

Caminamos cogidos de la mano, conscientes de que su madre nos mira por la ventana de la cocina.

—Y ¿qué le vas a decir a Ronna cuando yo no vuelva por aquí? —pregunto a continuación.

Sin dejar de caminar, él se encoge de hombros y responde con indiferencia:

—Que lo nuestro no funcionó.

Me da pena oír eso.

Pero, vamos a ver, ¿por qué me da pena?

¿Acaso tengo algo con él?

¿Acaso soy su novia?

Pero, no quiero pensar en ello y seguimos caminando hacia el establo.

Al entrar, nos encontramos con Lewis y Cold, que nos saludan.

Mientras paseamos por allí, Lewis aprovecha para poner al día a Andrew. Con curiosidad, se paran delante de un box donde hay dos caballos que, al parecer, tienen diarrea. El tema no les resulta cómodo. Me lo dicen sus gestos y, en especial, su tono de voz.

Estoy escuchando calladita cuando Cold, que está a mi lado, me dice:

—Flor vendrá hoy al rancho. Está como loca por conocerte.

Su comentario me hace sonreír.

—El placer será mío —afirmo y, mirando esos ojos tan parecidos a los de Andrew, le pregunto—: ¿Estás nervioso por la boda?

Cold se quita el sombrero y se seca el sudor de la frente.

—No. Simplemente ha llegado el momento de casarme.

Oír eso me hace suspirar. ¿Tampoco él es romántico con su novia?

—¿Tú y Andy habéis hablado ya de boda? —me pregunta entonces.

—No. —Sonrío—. Creo que a nosotros nos falta mucho para eso.

Cold sonrío a su vez y a continuación cuchichea:

—La verdad es que Andy me ha sorprendido.

—¿Por?

—Creía que, cuando nos aseguraba que tenía una novia en Los Ángeles, era mentira, pero ahora te tengo aquí, frente a mí, y no puedo más que darle la enhorabuena a mi hermano por la excelente elección.

—¿Por qué me das la enhorabuena? —pregunta de pronto el aludido. Me entra la risa. Es mi risa nerviosa.

—Porque me gusta tu novia —oigo que dice Cold entonces—. Y ¿sabes por qué? —Andrew no responde, y él prosigue—: Primero, por soportar a un tío como tú y, segundo, por cómo anoche no se amilanó con la abuela. Eso me hace saber que esta chica los tiene muy pero que muy bien puestos.

Andrew y yo nos miramos. Ayyy, Dios, que me va a dar un mua..., ¡que me va a besar! Pero de pronto me suelta un azote en el trasero que hace que me tambalee hacia adelante.

—¡Así es mi chica! —exclama—. Fuerte y dura.

¡¿A que le doy?!... ¡¿A que le doy un guantazo?!

En ese instante, Moses, el otro vaquero que conocí la noche anterior, se acerca a nosotros.

—Andy, ¿he de enseñarte a tratar a las damas? —interviene.

Él lo mira y, cuando va a decir algo, Moses me coge de la mano, me la besa y murmura con galantería:

—Te aseguro, Coral, que no todos somos tan brutos como tu novio.

—Me alegra saberlo —afirmo encantada con su delicadeza.

Durante un buen rato, los cinco charlamos divertidos, hasta que de pronto Chenoa entra en el establo. Lo hace de esa manera que da a entender que sabe que es preciosa, que lleva el pelo perfecto y que la ropa le sienta de muerte. ¡Menuda chulita! La miro, recuerdo su sangre india y, sonriendo mentalmente, pienso en Toro Sentado. Ésta es digna heredera de aquellos míticos indios, y decido bautizarla como Vaca Sentada. Ea..., ¡le ha tocado!

Contoneando las caderas más de lo que creo que es necesario, se acerca hasta nosotros y la oigo decir:

—Cold, me he enterado de que la Rolliza viene a comer.

—Sí —afirma él.

Vamos a ver, no conozco a Flor, pero me molesta que la llamen así. ¿Por qué Cold lo consiente? Estoy pensando en ello cuando la desagradable mujer pregunta:

—Lewis, ¿qué querías que le mirara a *Sugar*?

Él le levanta la pata al caballo y Chenoa dictamina después de echarle un vistazo:

—Candidiasis.

—Lo que te he dicho —señala Andrew mirando a su hermano.

Al oír eso, la lista entre las listas clava la mirada en él y replica:

—Me alegra ver que hay ciertas cosas que no olvidas.

Uy...,uy..., vaya perdigonazo que acaba de soltarle a mi vaquero.

Lewis, Cold y Moses se miran entre sí. Está visto que ésa no se lo va a poner fácil a Andrew. Antes de que yo diga o haga nada, él la coge del codo, la aleja unos pasos de nosotros y oigo que le sisea:

—Chenoa, he venido a pasar unos días con mi familia. ¿Serías tan amable de dejar estar las cosas y no buscar problemas?

Ella sonrío y me mira con desprecio.

—No es gran cosa —suelta—. ¿De verdad la prefieres a mí?

Todos oímos lo que acaba de decir.

—Eres preciosa, Coral —afirma Lewis dirigiéndose a mí—. Ni caso.

—Menuda diva —se mofa Moses.

—Lo es —afirma Cold, colocándose el sombrero en la cabeza.

Bueno..., bueno..., ¡¿a que le sobo el morro a la créida esa?!

Vale..., no soy muy alta. No soy un bellezón. No tengo las curvas que ella muestra bajo su ropa, pero, joder, ¡que tampoco soy Fétido!

En ese instante, Lewis, Moses y Cold, alertados por otro cowboy, se alejan hacia el fondo del establo, donde se oyen los relinchos de un caballo.

Andrew, que sabe que hemos oído lo que la indeseable ha dicho, replica sin mirarme:

—Sin lugar a dudas, la prefiero a ti, empezando porque tiene cualidades que tú nunca tendrás, y terminando porque ella es la clase de mujer que me gusta, no tú.

¡Toma yaaaaaaaaaaaaa!

¡Ay, qué monooooooooo! ¡Ay, qué mono lo que ha dicho, aunque no lo sienta!

Cuando me mira sonrío y, guiñándole un ojo con complicidad, le digo:

—Ve con tus hermanos, cariño. Te espero aquí.

Sé que lo he llamado *cariño*.

Sé que lo he mirado con unos ojitos demasiado melosones.

Pero también sé que era lo que él necesitaba oír delante de Vaca Sentada.

Él me guiña un ojo y, sin reparar en el humo que le sale de la cabeza a aquélla, se aleja y nos quedamos ella y yo solas, a escasos metros de distancia.

Está más que claro que amigas, lo que se dice amigas nunca lo vamos a ser y, dispuesta a dejarle clarito quién soy yo, empiezo:

—Mira, Chenoa...

—No me hace ninguna gracia que estés aquí —me corta—. Y sólo espero que ambos desaparezcáis cuanto antes, porque tu presencia y la de él me incomodan.

¡Anda, mi madre! Pero ¿de qué va esta chulita?

Me dan ganas de decirle eso de «cuando tú vas..., yo vengo», pero sin despeinarme porque con ésa ni me despeino, replico:

—¿Sabes, mona? Esto y todo lo que nos rodea no es ni tuyo, ni mío, pero sí de Andy. Por tanto, si te incomoda, ya puedes coger el caminito y desaparecer, ¿entendido?

Su cara se contrae, y entonces oímos que la llaman del otro lado del establo.

—¡Chenoa!

Seguimos retándonos con la mirada. Si por ella fuera, estoy convencida de que me cogería de los pelos. Pero se reprime y, clavándose las uñas en las palmas de las manos, se da la vuelta y camina hacia donde están los hombres.

La sigo. Quiero saber qué ocurre. Cuando llego frente a uno de los boxes, veo a un caballo negro que camina de un lado al otro como desorientado y, cuando se para, se tumba con brusquedad.

Con curiosidad, observo cómo Vaca Sentada entra donde está el inquieto animal y, mientras le habla con suavidad, se agacha junto a él y le palpa el abdomen. Luego, mira unos papeles que Lewis le entrega.

—Tiene toda la pinta de cólico y pronto comenzará con diarreas —dice—. Aun así, voy a ir a por mi maletín para hacerle unos análisis. De momento, mantenedlo aquí, ¿de acuerdo?

Los hombres asienten. Sin duda, la respetan como profesional. Cuando ella se va, sin mirarnos y con cara de perro, Cold protesta:

—Pero ¿qué demonios pasa, que últimamente se nos ponen todos los

caballos enfermos?

Los vaqueros hablan entre sí. Yo no entiendo nada. Simplemente me dedico a escucharlos. Entonces, Andrew coge mi mano y, acercándose a él en una actitud cariñosa, dice:

—Tú vales infinitamente más que ella.

¡¿Otro piropo?!

Ay, madre, que me voy a acostumbrar...

Reconozco que sentir cómo me mira y oír esas palabras de su boca me alegran hasta el karma y, sonriendo, me encojo de hombros y cuchicheo sin querer creerlo:

—No te oye nadie..., no es necesario que digas esas cosas.

Entonces Andrew hace que lo mire. Con el rabillo del ojo veo que Cold, Lewis y Moses nos observan cuando el vaquero que me tiene loca acerca sus labios a los míos, me besa ante los silbidos de sus hermanos y, cuando deja de hacerlo, dice a escasos milímetros de mí:

—Es necesario porque es verdad.

¡Bueno..., bueno..., bueno..., el subidón de adrenalina que me da!

Como una tonta, porque así me siento, sonrío y continuamos con nuestra visita al rancho.



Pasan tres días durante los cuales nuestra mentira parece ir viento en popa y, de pronto, me veo saludando cordialmente a los vaqueros con los que me cruzo en mi camino por el rancho. Reconozco que son encantadores conmigo.

Todos siguen creyendo que soy la novia de Andy, y yo, feliz, dejo que lo crean, a pesar de que siento hachas de guerra clavadas en mi espalda cada vez que me cruzo con Pocahontas y Vaca Sentada. Sin duda, no les hace ni pizca de gracia que yo esté allí.

Voy a Hudson para hablar por teléfono con Joaquín y mi chiquitina. Todo va bien. Escuchar su voccecita me levanta el ánimo, y cuento los días para volver a encontrarme con ella.

También hablo con mis amigas. Valeria, en París, se lo está pasando de vicio con su francés, y Yanira, Tiffany y Ruth se divierten en Puerto Rico, rodeadas por su más que numerosa familia y bebiendo los famosos chichaítos.

Conozco a Flor, la novia de Cold y, como imaginaba, es un encanto de muchacha.

Es rubita, ojos claros y tremendamente tímida. Por todo se pone roja, y es de las que no abren la boca por no molestar. Vamos, del todo diferente de mí, que no puedo quedarme calladita.

Esa mañana, cuando me despierto, como siempre Andrew no está.

Madrugar es algo propio del rancho y de mi madre y, aunque lo intento, yo no soy de levantarme en cuanto abren los ojos las gallinas.

Me levanto, me doy una ducha, me pongo una minifalda vaquera con unas bailarinas celestes monísimas que me regaló Yanira y salgo de la cabaña. Cierro la puerta y observo a los hermosos caballos que tanto llaman mi atención. Son increíbles, ¡preciosos!

Una vez me lleno de su positividad, miro a mi alrededor y veo que todo el mundo está ocupado. Hay quien lava a los caballos, quien los pasea, quien les da de comer, quien los cepilla y, al fondo, hay otros hombres trabajando en la construcción del granero. Los estoy mirando cuando veo salir a Chenoa del establo junto a Tom. Los observo y veo que, sonriendo, desaparecen de mi campo de visión.

Con ojo avizor, busco a mi vaquero, pero no lo encuentro. Dudo qué hacer. No quiero moverme por no molestar, pero me aburro como una ostra. Estar allí de brazos cruzados no va conmigo y, mirando mi móvil, decido caminar hacia el lugar donde me indicó Andrew para ver si pilló cobertura y al menos puedo hablar con alguna de mis amigas.

Encantada por el bonito y soleado día que hace, camino, camino y camino, y pronto me doy cuenta de que las bailarinas que llevo no son el mejor calzado para andar por allí. No obstante, sigo, no doy media vuelta, aunque me estoy destrozando las plantas de los pies.

Voy protestando mientras levanto mi móvil al cielo a la espera de que capte señal.

—Vamos..., vamos..., señal..., sé que estás por aquí, ¡manifiéstate!

Pero nada, la única que está pillando algo soy yo, y es una gran insolación.

No sé cuánto tiempo estoy así, hasta que de pronto oigo:

—No te muevas.

Al volverme me encuentro a Madison, la ex de Andrew, que está apuntándome con un rifle. Su gesto es serio, vengativo.

—¿Qué... qué haces? —murmuro acojonada.

—He dicho que no te muevas.

Pero me asusto. Joder, ¡que me está apuntando con un arma!

—Pero... pero ¿qué haces?... —insisto mientras se me cae el móvil al suelo.

—Quietecita o lo vas a lamentar.

¡Ay, Dios mío, que me va a disparar!

Debe de estar celosa o resentida porque estoy allí con su exnovio. Y... ¡que me mata!

Ay, Diosito, ¡que voy a dejar huérfana a mi niña! ¡Que ésta me manda a criar malvas!

Pero, antes de que pueda decir nada más, ella aprieta el gatillo, suena un ruido seco y noto que la vida se me va poco a poco.

Aterrada, espantada y atemorizada, veo que Madison baja el arma, me mira y se acerca a mí.

Ay, Dios, ¡que me remata!

Me siento aturdida. Me desvanezco. Me estoy mareando.

Por Dios, ¡debo de estar desangrándome y no puedo ni mirar por dónde!

Pero, cuando estoy a punto de caer al suelo, ella me agarra del brazo, tira de mí y, haciendo que la mire, pregunta:

—¿Qué haces aquí?

¿Aquí?... ¿Dónde?... ¿Dónde estoy?... Ay, madre, ¡que estoy desvariando!

No contesto. Ya no sé ni hablar.

Pero de pronto dice enseñándome una serpiente que levanta del suelo con la punta del rifle:

—Si no llego a aparecer, esta cascabel te habría pegado un buen mordisco. Si nadie te lo ha advertido, te lo digo yo: por aquí hay muchas como ésta y debes tener cuidado. ¿Qué haces caminando sin botas por este sitio? ¿Acaso no sabes los peligros que corres?

Ver la bicharraca muerta sobre el rifle me hace regresar a la realidad. Madre mía..., madre mía, ¡que sigo viva, y qué pedazo de serpiente!

Instantáneamente me examino el cuerpo en busca de la sangre. Lo toco. Me toco. Pero nada, ¡ni sangre, ni balazo! Y, mirando a la mujer rubia, voy a hablar cuando ella me suelta y pregunta:

—¿Creías que te había disparado a ti?

Como una autómatas, asiento.

—Lo que me faltaba por oír —sisea ella entonces—. Anda, regresa al rancho, no te alejes de él y ponte calzado en condiciones para andar por estas tierras.

Una vez se va, creo que no sé ni cómo me llamo de lo nerviosa que estoy.

Pensaba que iba a matarme. Creía que me había disparado cuando lo único que ha hecho ha sido evitar que la bicharraca que ahora yace muerta a mis pies me mordiera.

Me toco el pecho. ¡Se me va a salir el corazón!

Miro a mi alrededor y me acobardo. Si hay una bicharraca de éstas aquí, ¡seguro que habrá más! Así pues, me agacho, cojo mi móvil y salgo pitando en dirección al rancho.

¡A la mierda la cobertura!

Cuando se acerca la hora de la comida y, más tranquila tras lo ocurrido, entro en la cocina y me encuentro a Ronna hablando con Flor y con otra mujer.

—Betsy —dice Ronna—, aquí tienes a la novia de mi Andy. Coral, ella es mi mejor amiga, Betsy.

Con una sonrisa me acerco a ella, que tiene cara de buena gente y, cuando voy a hablar, la grandota mujer me abraza.

—¡Qué alegría conocerte, Coral! ¡Qué alegría!

A partir de ese instante se desata el torbellino Betsy. La mujer es un huracán de vida y de alegría, ¡me encanta! Y más cuando, al referirse a Sora, la llama *¡vieja gruñona!* Ver la cara de Ronna regañándola y de Flor riendo por lo bajini mientras Betsy gesticula me hace reír.

Encantada, me siento con ellas a la mesa para observar cómo cocinan, mientras la amiga de Ronna me habla de sus famosas croquetas de carne. Luego saca varias de la sartén, pone dos en un platito y nos dice a Flor y a mí:

—Éstas son especiales para vosotras. Pero dadles unos minutitos para que se enfríen u os quemaréis.

Sonrío feliz. Betsy me cae bien y, cuando pruebo aquella delicia, murmuro:

—Mmmm..., pero qué ricas, Betsy.

—Buenísimas —afirma Flor.

La mujer sonrío encantada.

—Otra más que cae rendida ante mis croquetas —comenta dirigiéndose a Ronna.

Me quedo con ellas en la cocina durante al menos una hora, hasta que Betsy se quita el mandil y se marcha a su casa. Antes, sin embargo, me da dos besos y promete que volveremos a vernos.

Es la hora de la comida y los McCoy comienzan a llegar a la casa.

La abuela me mira con desagrado mientras pongo la mesa con Flor. Vaya tela..., lo mal que le he caído a esta mujer.

Cuando entra Andrew, sonrío. Él se quita el sombrero, se acerca a mí y, al ver cómo nos mira su abuela, me da un beso en los labios y pregunta:

—¿Qué tal, mi niña?

Aísss, ¡que me ha llamado *mi niña!*

Que me muero..., que me muero, pero me muero de gustazo.

—Bien..., bien... —respondo como puedo.

Mi cara de alucine debe de ser tal que Andrew clava los ojos en mí e insiste:

—¿Te ha ocurrido algo?

Lo miro. Estoy por contarle que creí que la palmaba esa mañana a manos de Madison cuando veo que ésta entra en el salón con dos jarras de agua fresca que pone sobre la mesa.

—¡Tú! —oigo que dice la abuela—. Dame una de las jarras.

Sin inmutarse por su tono, Madison se acerca a Sora, deja una de las jarras delante de ella y, sin mirarla, se da la vuelta y se encamina a la cocina. Me indigno; pero ¿cómo puede tratarla así?

Sin perder tiempo, miro a Andrew, que, como el resto, ha sido testigo de la situación.

—Ahora vuelvo —digo—. Voy a ayudar a tu madre.

Acelerando el paso llego hasta Madison y la agarro del brazo antes de que entre en la cocina.

—Antes no te lo he dicho, pero te agradezco lo que has hecho por mí —le digo.

Su gesto no cambia.

—Has tenido suerte de que estuviera cazando. De lo contrario, te aseguro que ahora mismo estarías pasándolo muy mal por el mordisco de esa cascabel. Ten más cuidado en adelante.

Asiento. Parezco medio lela.

Cuando al fin nos sentamos todos a comer, como si de una reina se tratara, Chenoa entra en el salón. Esa listilla viene a comer a mesa puesta.

Más tarde, me quedo ojiplática cuando se dirigen a la buena de Flor llamándola *Rolliza*.

Pero bueno, ¿cómo puede consentirlo?

Espero que ésta diga algo, pero nada. No lo dice, como tampoco veo que diga nada Cold.

Siempre que alguna de aquellas dos se dirige a la pobre Flor, la llama así, y me doy cuenta de que a la joven no le agrada ese apodo. Cada vez que se lo dicen, agacha la cabeza, y estoy por saltar yo por ella, pero al final decido callarme: si ella lo consiente, sus razones tendrá.

Tras pasar la tarde con Ronna, pues Andrew se marcha con sus hermanos para arreglar unas cercas, cuando me dirijo hacia la cabaña donde duermo me encuentro con Nayeli. Está sentada bajo un árbol,

escuchando música con unos auriculares puestos.

Me acerco a ella y, tras acomodarme a su lado, le pregunto quitándole un auricular:

—¿Qué escuchas?

—Meghan Trainor; ¿la conoces?

A partir de ese instante comenzamos a hablar de música y la chica se queda sorprendida al ver que conozco muchos de los grupos que a ella le gustan y sé de lo que habla. Me hace cientos de preguntas sobre Yanira y yo le contesto encantada mientras acepto unos caramelos que se saca del bolsillo. Sentir que no miento al hablar de eso me da seguridad y, cuando a lo lejos aparecen los McCoy a caballo y me quedo mirando a Andrew, Nayeli comenta:

—Mis amigas dicen que tengo suerte de tener unos tíos tan guapos.

Asiento. Son todos unos tipos muy atractivos.

—Estoy de acuerdo con tus amigas.

Reímos, y a continuación ella me pregunta:

—¿Cómo supiste que el tío Andy era el hombre de tu vida?

Su duda me sorprende y, como puedo, respondo.

—No sé si es el hombre de mi vida, Nayeli. Sólo sé que, de momento, estamos juntos y bien.

Ella asiente. Entiende lo que digo, pero insiste:

—Pero ¿cómo sabes que él es el especial para ti?

Miro a Andrew, que se baja del caballo más allá. Siempre me ha gustado ese hombre. Siempre ha sido especial para mí, aunque él ni siquiera me mirase.

—Pues porque, cuando lo veo, me quedo sin respiración —afirmo—, se me reseca la boca, me pongo nerviosa, me sudan las manos, y sólo tengo ojos para él porque el resto de los hombres han dejado de existir.

—Uauuuuuuuuu.

—Eso digo yo: ¡uauuuu! —me mofo al darme cuenta de lo que he dicho.

—Cuando te besa, ¿sientes que el mundo se detiene?

Sonrío.

—Sí. Pero... ¿por qué me preguntas todo esto?

Nayeli sonrío también y, bajando la voz, murmura:

—Hay un chico que me gusta, pero creo que yo a él no.

¡Ay, pobre! Menudo rollo es sufrir mal de amores. Y sé de lo que

hablo.

—Cuando lo veo siento las mismas cosas que tú has dicho que sientes por el tío Andy —prosigue ella— y, aunque sé que no soy la chica que lo vuelve loco, no puedo dejar de pensar en él.

Bueno..., bueno... Si no supiera a ciencia cierta que ésta no sabe que lo que Andrew y yo hacemos es el papelón de nuestras vidas, diría que está hablando de mí.

—En fin —replico mirándola—, pues lo cierto es que sólo puedo decirte que te alejes de él, o tarde o temprano sufrirás.

Vamos, que le estoy diciendo a la chica lo que yo misma debería poner en práctica.

—Ya, pero ¿y si con el tiempo cambia de parecer? ¿Y si se da cuenta de pronto de que soy especial y comienza a sentir lo mismo que yo siento por él?

Eso me hace sonreír. Sin lugar a dudas, Nayeli es una romántica como yo. No me apetece meterme en más berenjenales, así que le digo:

—Dale tiempo al tiempo, cielo. Sólo él te dará la respuesta que buscas. Pero hazme caso en una cosa: protege tu corazón todo lo que puedas y no permitas que nadie te lo rompa. El chico que se enamora de ti nunca te lo romperá, pero el que no lo haga te lo destrozará y...

—¿A ti te lo destrozaron?

Pienso en mis desastres sentimentales a lo largo de los años. Por desgracia, he permitido que me lo destrozaran demasiadas veces.

—Sí. Claro que me lo destrozaron —afirmo.

—Y ¿cómo lo superaste?

Su juventud y su inexperiencia me hacen sonreír. Entonces recuerdo aquello que decía mi abuela de «cuánto me gustaría tener tu edad sabiendo lo que sé», y respondo:

—Lo superé queriéndome a mí misma y asegurándome de que la siguiente vez sería más lista. —Nayeli sonrío—. Si éste ha de ser el amor de tu vida, lo será, pero no te obsesiones con ello, ¿entendido?

—Vale. —Sonríe y, al ver que Andrew se acerca a nosotras, cuchichea—: No es porque sea mi tío, pero creo que él nunca te romperá el corazón.

Sonríe a duras penas. Sin duda su tío me lo está consumiendo sin él saberlo, y yo se lo estoy permitiendo, pero no digo nada.

Andrew llega hasta nosotras, nos levantamos del suelo y Nayeli le da

un beso en la mejilla y se va.

—¿De qué hablabais? —pregunta mi vaquero.

—De hombres y de amor.

—Vaya... —se mofa él.

—Y no preguntes —añado guiñándole un ojo—, porque lo hablado entre ella y yo es secreto ¡secretísimo!

Andrew sonrío y, cogiéndome por la cintura, vamos a dar un paseo por el rancho, mientras mi corazón se consume y mi cabeza me llama tonta una y otra vez.

Esa noche decidimos ir a Hudson a tomar algo con los demás. Como cada vez que salimos del rancho, me presentan a medio pueblo. Sin duda, los hermanos McCoy son más conocidos que la cerveza. Me lo paso bien escuchando las anécdotas que cuentan entre risas. Menudos deben de haber sido los McCoy.

En el pueblo, nos encontramos con Arizona, la pelirroja. Me saluda y se muestra amable conmigo. Mientras Flor y Madison hablan, Arizona me da conversación y maldigo, maldigo y maldigo porque sea tan buena gente. La tía es encantadora pero, al ver cómo Andrew la observa, me llevan los demonios. Sin embargo, no voy a decir nada. No me corresponde a mí hacerlo.

En esta salida, una vez más, me percató de que el romanticismo no es algo que los McCoy cultiven. Cold y Tom son fríos con Flor y Madison. ¡Y me quejo yo del Caramelito!... Nunca abrazan a sus chicas, no las besan, no las piropean, y eso me da pena. Creo que la magia jamás debería perderse en una pareja, porque el día en que se pierde, los ojos vuelan a otras personas y, por desgracia, comienzan los líos.

Por su parte, Lewis es el más atento con las mujeres. Me río al ver cómo todas quieren bailar con él, estar a su lado, y él, encantado, las maneja a su antojo.

También me doy cuenta de que los McCoy son unos ligones. Miran a todas las chicas que pasan por delante de ellos, las piropean y bromean con ellas, olvidándose de las mujeres que tienen al lado.

¡Menudos descarados!

La primera vez que lo hizo Andrew me reí; la segunda, sonreí; la tercera, me cagué en su moto; la cuarta, en su abuela y, ya que voy por la vigésima vez, creo que cualquier día le voy a dar un pescozón sin importarme quién esté delante.

Más tarde, Moses propone ir a un local nuevo de salsa que han abierto en el pueblo. Al principio, varios de los chicos se resisten, es obvio que prefieren el country, pero al final los convencemos. Me paso toda la noche bailando y queda patente que soy la reina de la salsa.

A la mañana siguiente, tras la noche de juerga en Hudson en la que nos acostamos sobre las cuatro de la madrugada, me despierto con ganas de ir al baño. Mira que soy meona.

Me levanto a toda prisa de la cama, visito al señor Roca y, cuando salgo, me fijo en la puerta del dormitorio de Andrew, que está entreabierta.

De puntillas, llego hasta ella y, tras asomarme, veo a mi vaquero durmiendo.

Observo su torso desnudo, su respiración regular, su pelo revuelto, y suspiro.

¡Qué sexi!

Tras alegrarme la vista durante unos instantes, miro el reloj digital que hay sobre su mesilla. Veo que son las 7.45, suspiro y decido regresar a la cama. Es sábado y, cuando nos acostamos anoche, nos propusimos descansar.

Durante un rato intento dormirme, pero nada. Tengo calor, me quito la camiseta y me quedo en bragas. Ver a Andrew desnudo, con tan sólo una sábana por encima, ha hecho que me subiera la bilirrubina, y no puedo dejar de pensar en él y en lo que ocurrió la noche que estuvimos en Las Vegas.

Rememorar la noche tan increíble que pasamos me hace sonreír, y estoy encantada pensando en ello cuando de pronto me parece oír la voz de Ronna saludando a alguien.

Sin dudarlo, me levanto de la cama y, al mirar a través del visillo de la ventana al exterior, me doy cuenta de que está a pocos pasos de la cabaña, con unas bolsas en la mano.

Resoplo. Quiero dormir, y lo último que me apetece es madrugar e ir al mercado. Estoy quejándome por ello para mis adentros cuando me doy cuenta de la situación. Si entra en la cabaña, ¿no puede verme durmiendo en esa habitación!

Ella cree que su hijo y yo dormimos juntos. Así pues, sin tiempo que perder, salgo a toda mecha de mi cuarto, cruzo el salón y, tras entrar y cerrar la puerta de la habitación de Andrew, me tiro en plancha sobre él.

Al hacerlo, siento que mi rodilla lo golpea en el costado.

—¡Ayyyyyyyy!

¡Pobre! Se encoge de dolor, me mira con cara de querer matarme y, cuando va a preguntar, oímos que la puerta de la cabaña se abre y una voz dice:

—Buenos días, ¿estáis despiertos?

Andrew me mira dolorido y sus ojos van derechos a mis pechos desnudos.

Joder, ¡que voy sin camiseta!

Rápidamente me tapo y, como puedo, murmuro:

—Lo siento..., lo siento... La he visto venir y tenía que meterme en tu cama o nos descubriría. ¡No pienses nada raro!

—¿También tenías que destrozarme el bazo? —protesta.

Voy a responder cuando oímos unos golpecitos en la puerta de la habitación.

—Andrew, Coral, soy mamá..., ¿estáis despiertos?

De mala gana, él pasa la mano alrededor de mi cuello para acercarme a él y responde:

—Mamá, estamos durmiendo. ¿Qué quieres?

—¿Puedo abrir la puerta? ¿Estáis visibles?

Nos miramos. Visibles, lo que se dice visibles, no estamos. Pero Andrew afirma mientras me cubro los pechos avergonzada:

—Puedes pasar.

La puerta se abre, y Ronna nos mira y sonrío.

Durante unos segundos permanecemos todos en silencio. Imagino que la mujer saca sus propias conclusiones, y yo estoy histérica. Bajo las sábanas, mi piel y la de Andrew se rozan. Noto el calor de su cuerpo como él debe de notar el mío.

—¿Qué ocurre, mamá? —pregunta entonces.

Ella nos mira. Sin duda, mis pelos de loca y nuestras respiraciones aceleradas por la sorpresa dan a entender otra cosa.

—Voy a ir al mercado y quería saber si Coral quiere venirse conmigo —dice—. Sé que es un poco pronto, pero...

—Mamá, por el amor de Dios, ¡que no son ni las ocho de la mañana! —la corta Andrew—. Nos hemos acostado hace apenas cuatro horas y estamos agotados.

Al ver la cara de la mujer, pienso en mi madre. Ella también se

levanta cuando el gallo hace quiquiriquí, ya sea lunes o domingo.

—No te preocupes, Caramelito —digo incorporándome—. Tú sigue durmiendo. Yo me levanto.

Pero Andrew no me suelta. No permite que me levante de la cama y, mirando a su madre con una media sonrisa, explica:

—Mamá, Coral está cansada.

La mujer nos observa. Menea la cabeza como solemos hacer las madres cuando algo nos hace gracia de nuestros hijos y, finalmente, murmura:

—De acuerdo.

Sonrío. Andrew asiente. A continuación, Ronna nos guiña un ojo y añade:

—Descansad, ¡*Caramelitos!*

Una vez se marcha, ambos nos miramos y, cuando oímos que la puerta de la cabaña se cierra, nos echamos a reír.

Así estamos durante varios minutos, hasta que cierro los ojos y murmuro:

—Estamos como dos cabras.

—Como no dejen de llamarme *Caramelito*, no te lo voy a perdonar nunca —se mofa él.

Cuando consigo parar de carcajearme, consciente de cómo estoy pegada a su cuerpo, señalo:

—Creo que engañar a tu madre y a tu familia no es lo más acertado, pero aquí estamos, mintiendo un día más y haciéndoles creer que tú y yo somos algo más que dos tramposos que...

—Mírame.

Su voz hace que acate la orden y, cuando lo hago, mi Caramelito, que no me ha soltado, pregunta mientras pasea la mano por mi espalda desnuda:

—¿Lo pasaste bien anoche?

Asiento al recordar lo bien que lo pasamos en el local de salsa, bailando y bromeando.

—Sí. Fue muy divertido.

Sonreímos de nuevo al recordar la noche. Bailamos, cantamos y nos divertimos sin separarnos, como una auténtica pareja, a pesar de lo mucho que él estuvo mirando a Arizona. Incluso hubo algún que otro mudo para hacer más creíble nuestro engaño.

Pero ay..., ay...

Que seguimos mirándonos.

Ay, Diosito..., ¡que me da!

Y, antes de que pueda darme un telele, su boca se encuentra con la mía, y en menos de dos segundos está sobre mí, sujetándome las manos por encima de la cabeza y asolándolo todo a su paso.

Me dejo llevar extasiada. Lo deseo. Madre mía, cuánto lo deseo. Entonces, su boca abandona la mía y Andrew me mira, y yo sólo puedo decir:

—Vaquero, ahora no se te ocurra parar.

Y no para, ¡claro que no para!

Está desnudo. Noto su dura erección contra mis muslos y cuando, con maestría, me quita las bragas y éstas vuelan por la habitación, se pone un preservativo que ha sacado de su mesilla y me penetra al tiempo que me mira y me besa.

El placer que siento ante la urgencia es increíble.

Andrew me gusta...

Andrew me excita...

Andrew me vuelve loca...

Y, cada instante que paso con él, me gusta más y más.

Sin hablar, nos entregamos el uno al otro.

Sin hablar, damos y recibimos placer.

Andrew es sexi, posesivo y caliente en la cama, y yo, que no me quedo atrás, metida en juerga le demuestro mi ferocidad.

Durante más de tres horas, continuamos con nuestro salvaje juego. Repetimos, ¡vaya si repetimos!, y, cuando acabamos, agotados, felices y tirados sobre la cama, murmuro:

—Cielo, hasta los conejos descansan.

Él se ríe.

—Tú y yo no tenemos remedio —replica.

Totalmente de acuerdo con lo que ha dicho, lo miro y me mofo:

—Si es que soy irresistible. Soy pequeñita pero matona. No puedes negarlo.

Entonces él, divertido, me da un azotito cariñoso en el trasero y, antes de que me dé cuenta, me está haciendo el amor de nuevo mientras yo mentalmente grito: «¡Viva Wyoming!».



Pasan dos días más, en los que, tras nuestro encuentro en la cama, no volvemos a tocarnos íntimamente. No cabe duda de que estamos jugando con una bomba que cualquier día nos va a estallar en toda la cara, especialmente a mí.

Esa mañana, cuando me levanto, al salir de la cabaña, me encuentro a Andrew sentado en los escalones, tomando el sol. Él sonrío y me saluda.

—Buenos días, morena.

—Buenos días —respondo.

Durante unos segundos, ambos levantamos los rostros en dirección al sol. Hace un día espléndido, pero esta vez Andrew no me pide un beso. No hay nadie cerca y, sin duda, puede pasar sin mi contacto.

¡Qué penita! Con lo bien que me saben sus besos mañaneros.

Me estoy comiendo la cabeza por ello cuando él se levanta y me coge de la mano.

—Vamos —dice—. Hoy comienzan tus clases para montar a caballo.

—¿Ahora?

—Sí.

Mientras caminamos hacia el establo, los trabajadores que se cruzan conmigo me saludan y yo los saludo a mi vez.

—Pero... pero no estoy preparada —le insisto a Andrew—, y...

—¿Hay que estar preparada para aprender a montar a caballo?

—Es que no... no me apetece.

Pero él no quiere escucharme, y tira de mí.

—Si queremos salir a pasear a caballo por los alrededores, al menos debes saber manejarlos. Además, si mal no recuerdo, querías aprender, ¿no?

Asiento. Tiene razón. Camino de su mano cuando, al pasar junto al

granero que están construyendo, nos paramos a observar.

—Es enorme —comento con admiración.

Andrew asiente.

—Necesitamos espacio para guardar la comida de los caballos, entre otras miles de cosas.

Proseguimos nuestro camino y, cuando llegamos al establo, pasamos por delante de varios boxes, hasta que se detiene frente a uno y dice:

—Te presento a *Tormenta*. Es una yegua mansa, buena y con mucha paciencia. Justo lo que necesitas.

Miro al animal. Me parece enorme, gigante y, dirigiendo la vista a Andrew, susurro:

—¿No hay ninguna más pequeña?

—¿Más pequeña? —Ríe abriendo el portón para entrar—. ¿Quieres montar un poni?

—Es una opción —afirmo más convencida.

Él sonríe. Sin soltarme, me introduce junto a él en el box y, tras ponerse detrás de mí, coge mi mano e indica mientras la pasea por el caballo:

—Tranquila. *Tormenta* es una buena yegua. Tócala. Siéntela.

¿Que la toque y la sienta?

Ay, Dios mío, si yo sólo lo siento a él y me muero por tocarlo... Pero nada, sigo tocando a la yegua. En silencio, recorremos lentamente el lomo del animal. Como no me ve, cierro los ojos y disfruto de la extraña, alucinante e inquietante sensación.

Sin lugar a dudas, hasta me excita hacer eso con él.

Pasados unos segundos, Andrew suelta mi mano y yo abro los ojos. Entonces señala unas sillas de montar que hay en un lateral.

—Creo que lo mejor es que aprendas a montar con silla, aunque a pelo es una experiencia increíble —asegura.

Miro la silla. Es enorme, y Andrew parece divertido al intuir lo que pienso.

—Recuerda estos pasos que voy a enseñarte para ensillar un caballo —dice—. Paso uno: se colocan las riendas. Paso dos: se ponen las bridas.

Observo lo que hace, cuando prosigue:

—Paso tres: pones la cabezada.

Sigo observando, me gusta su seguridad al moverse.

—Paso cuatro: antes de colocar la silla, ponemos la carona, que sirve

para que no se dañe la piel del animal, ¿de acuerdo?

—Sí.

Dispone una mantita roja sobre el lomo del caballo y luego coge la aparatosa silla.

—Paso cinco: colocamos la silla y atamos la cincha por debajo.

Veo cómo lo hace, no parece entrañar ninguna dificultad.

—Y paso seis: colocas los estribos a la altura que necesites.

Una vez ajusta las medidas pertinentes supuestamente para mí, me mira y, orgulloso, pregunta:

—¿Te ha quedado claro?

Vale. Creo que apenas si he escuchado lo que ha dicho. Ver cómo se manejaba me ha parecido tremendamente varonil y primario, pero mirándolo afirmo:

—Sí.

—¡Estupendo!

Me agarra de la mano, me acomoda en un lateral del caballo y dice entregándome las riendas:

—Ahora, sin miedo, pon el pie izquierdo en el estribo, coge impulso y sube de un salto.

Lo miro. Debo de tener cara de boba.

—No sé si será buena idea —murmuro.

—Lo es. Hazme caso. *Tormenta* no se va a mover porque yo la estoy sujetando. Vamos, inténtalo.

Hago lo que me pide. Pongo el pie en el estribo y cojo impulso pero, cuando voy a subir, me entra la risa floja y murmuro, sintiéndome ridícula:

—No puedo.

—Vamos —insiste él.

De nuevo, miro al caballo. El pobre ni se ha movido y, tras colocar de nuevo el pie en el estribo y darme impulso, cuando salto, siento que Andrew me impulsa también y, como si saltara al caballo, acabo al otro lado del mismo, sobre una bala de heno.

—¡Idiota! —grito cuando oigo que Andrew se está riendo.

Él rodea al animal y viene hacia mí, me ayuda a levantarme y, mirándome sin parar de reír, dice:

—Perdón..., perdón..., no sabía que ibas a coger tanto impulso y por eso te he ayudado. ¿Te has hecho daño?

—En mi amor propio —siseo.

Andrew me quita las pajitas que se me han adherido a la ropa y murmura:

—Prometo que esta vez no lo haré.

Acabo de quitarme las briznas del pelo con cara de mala leche. Me he dado un leñazo considerable, aunque daño, lo que se dice daño, no me he hecho.

De nuevo, me planto ante la yegua, que más cara de buena no puede tener y, tras hacer lo que Andrew me dice, quedo sentada sobre el animal. Acojonada, miro hacia abajo.

—Ahora, salgamos al exterior —señala él desatando al animal.

—¡Nooooooooo!

—Escúchame, Coral —dice parándose—. El caballo ha de notar que eres tú quien lleva las riendas. Vamos, ténsalas.

Temblando, hago lo que me pide. Tengo un poco de miedo.

Una vez fuera, veo que varios de los trabajadores nos miran curiosos y pronto me silban y me animan. ¡Qué monos son! Andrew sonrío divertido, tira de *Tormenta* y entramos en un pequeño espacio cercado.

—Muy bien, morena —me indica—. Ahora olvídate de los ojos que te miran. Brazos estirados y en contacto con el caballo. —Hago lo que me pide, no me queda otra, y afirma—: Eso es..., muy bien.

Vale..., de momento la cosa parece funcionar. *Tormenta* se mueve despacio y, cuando llegamos hasta una esquina, Andrew explica:

—Para hacer girar a un caballo, utiliza los pies y las riendas. Tira de ellas hacia el lado que quieras que gire. Tira ahora hacia la derecha, vamos.

Hago lo que me pide y, cuando el caballo obedece, grito:

—Sí..., ¡ha girado!

—Muy bien, ¡es lo que tenía que hacer! Y se lo has hecho saber —dice él riendo.

Durante un rato, me dedico a ir de un lado a otro. Mi miedo va disminuyendo y, cuando Andrew suelta al caballo, dice:

—Tranquila. Haz lo que estás haciendo y todo irá bien.

Lo hago, ¡vamos que si lo hago!

Y, sí..., la yegua me hace caso cada vez que tiro de un lado de la rienda.

—¿Y si quiero que vaya más rápido? —pregunto entonces.

Él suelta una risotada.

—Chica intrépida, veo que le estás perdiendo el miedo.

Tiene razón. Ver que lo que me enseña es efectivo me da cierta tranquilidad.

—Cuando quieras que acelere, presiona su barriga y el caballo irá más rápido.

Hago lo que dice y, en efecto, el paso de *Tormenta* se acelera. Sin embargo, cuando veo que se acelera demasiado, grito:

—¿Y si quiero que se detenga?

—Pies adelante, tira de las riendas hacia ti e inclina el cuerpo hacia atrás. Eso es, muy bien..., muy bien.

Cuando el caballo se para, Andrew camina hacia nosotros y, encantado, tiende las manos en mi dirección y yo me bajo. Estoy alucinada. Estoy extasiada. He montado a caballo.

—¡Lo he hecho! —exclamo dejándome caer sobre él—. He guiado sola al caballo. He sabido hacerlo.

—Lo has hecho muy bien, mi niña..., muy bien.

Varios aplausos llaman mi atención. Cold, Moses, Ronna y alguno de los trabajadores del rancho nos observan desde fuera del cercado.

—Creo que esperan que nos demos un mua —cuchicheo mirando a Andrew.

Él sonrío y, sin soltarme, afirma:

—Pues démosles lo que quieren.

Y, sin más, dejo que acerque su boca a la mía y me da un mua. ¡Ay, Dios, qué bien me sabe!

Cuando nuestras bocas se separan, voy a decir algo, pero Andrew se apresura a dejarme en el suelo.

—Tu clase ha terminado por hoy —dice—. Lleva a *Tormenta* hasta el establo.

—¿No vienes conmigo?

Mi vaquero me mira. En sus ojos veo una prisa que no sé entender, y entonces éste responde alejándose:

—Ve tú. Enseguida vuelvo.

Emocionada, y ya no sólo por el beso, agarro las riendas del animal, que ya no me da miedo y, entre risas, paso junto a Ronna, Cold y los demás, que me jalean. Encantada, les tiro besos con la mano al más puro estilo Marilyn Monroe, y ellos se parten de risa.

Pero en ese instante veo que la abuela llega montada a caballo y, al pasar junto a ella, me pregunta:

—¿Acaso eres un payaso, muchacha?

Su desagradable pregunta me descuadra y, cuando me dispongo a responder, dice alejándose de nuevo:

—Bah..., no me interesas.

Bien. Mi relación con la anciana va viento en popa, pero he decidido no preocuparme. Con seguridad, cuando me marche de allí nunca más volveré a verla.

Al entrar en el establo, molesta por eso, Kevin, uno de los trabajadores, me coge las riendas de *Tormenta* y veo que le refresca las patas de abajo arriba con una manguera. Cuando le pregunto por qué hace eso, con amabilidad me responde que es para que los tendones del animal se relajen. Asiento. Sin duda, sé menos de caballos que de pepinillos.

Cuando camino hacia la salida, con el rabillo del ojo veo a Tom, el mayor de los McCoy, que está sonriendo. Al mirar en su dirección, me percató de que le sonrío a Chenoa. No me han visto, y entonces distingo que Vaca Sentada lo coge de la camisa y lo besa con descaro.

¡Ostras, lo que acabo de ver!

Doy un paso atrás. No quiero que me vean y, sin hacer ruido, me desvío por otro pasillo que desemboca en el espacio de los caballos que tienen preparados para su venta en las ferias.

Estoy alucinada por lo que acabo de ver, pero entonces me fijo en un potrillo precioso. Es blanco y negro. Me acerco hasta el box donde está y, cuando veo que el animal me mira, murmuro:

—Hola, cosita linda.

El potrillo se mueve y se acerca hasta la valla. Yo alargo la mano y le toco el hocico. Es suave, muy suave.

—Eres precioso... —afirmo sonriendo—, y tienes pinta de llamarte *Apache*.

—Mira..., no tenía nombre, pero creo que ahora ya lo tiene.

Al volverme, me encuentro con Lewis, que empuja una carreta llena de heno. ¿Habrás visto lo que yo he visto de su hermano y la otra? Pero su gesto me hace saber que no.

—¿Me ayudas?

Asiento encantada. Lewis me pide que abra la puerta del box. Una vez lo hago, ambos entramos y, mirando el precioso animalillo blanco y

negro, pregunto:

—¿Qué tiempo tiene?

—Seis meses —dice.

—Ay, qué mono y qué chiquitito.

—Sí. Es muy bonito —afirma Lewis moviéndose por el box.

Encantada, sigo observando al animal. Es diferente de todos los que hay allí. Me encantan sus ojitos redondos, así como su crin y su cola negra.

—¿De qué raza es?

—Irish cob, una raza irlandesa. Hace tres años, Tom compró una pareja en una de las ferias, y éste es nuestra segunda cría.

Tom..., maldito e infiel Tom... Pero no quiero pensar en él.

Entonces recuerdo haber visto unos preciosos caballos que llamaron mi atención junto a la cerca que hay delante de la cabaña donde duermo.

—Vale..., creo que ya sé quiénes son sus padres. Son preciosos.

Lewis asiente.

—A éste lo llevaremos a la próxima feria. Seguro que lo vendemos rápidamente.

Con tristeza, miro el potrillo. Qué penita, separarlo de sus padres.

—¿No te da pena venderlo?

—No.

—Pero ¿no te has encariñado con él?

Lewis suelta una carcajada.

—Coral, nuestro negocio es éste —explica mirándome—. Vendemos caballos, no podemos encariñarnos con ellos. Pero adoro a mi caballo *Cumbres*. Con ése sí estoy muy encariñado, y te diré que es parte de mi familia.

Suspiro y miro de nuevo al potrillo, que parece saber de qué hablamos. Cuando salimos del box, Lewis dice:

—Te dejo. Tengo mil cosas que hacer.

Una vez se va, decido marcharme yo también. Entonces, me cruzo con Chenoa, ella me mira con su gesto altivo y yo me cago en toda su familia. Pero ¿cómo puede estar liada con Tom, que está casado?

Cuando salgo del establo veo a Madison caminar sola con la escopeta en la mano. Ay, qué penita me da. ¡Si supiera lo que hace su marido con Vaca Sentada!

Me dirijo hacia la casa. Seguro que Ronna se toma un cafetito

conmigo. Al llegar, me encuentro con Betsy en la cocina.

—Uau... —exclamo—, aquí huele a croquetas.

Betsy sonríe, me da un abrazo y, cuando va a decir algo, de pronto aparece Nayeli, seguida por Ronna y la abuela.

—He dicho que no y no se hable más —está diciendo Sora.

—Pero, abuela —se queja la cría—. Todas mis amigas irán a esa fiesta. Si no voy, será el hazmerreír,  no te das cuenta?

Betsy me mira y se encoge de hombros.

—Cariño, debes pensar que sólo tienes dieciseis años —interviene Ronna—. Y no te quejes, que hemos accedido a que tu t o Andy te lleve a ese concierto en Atlantic City con tus amigas.

—Pues como siga contestando, no ir  —gruñe Sora.

La cría le clava la mirada.

—Disfrutas prohibi ndome cosas,  verdad? —replica.

Y, con un gesto que no me hace gracia, Sora afirma:

—S . Espero mucho de ti, y no quiero que seas una facilona.

Nayeli se desespera y grita.

—Te odio. Odio vivir contigo. Odio tu rancho. Ojalá crezca pronto para poder marcharme de aquí.

— Nayeli! —la rega a Betsy.

Sora no dice nada, se limita a darse la vuelta y a marcharse. A continuación, la muchacha mira a Ronna y grita:

—Abuela,  no puedes hacerme esto! Tengo que ir a esa fiesta,  tengo que ir!

Ambas se retan con la mirada. Incapaz de quedarme callada, me acerco entonces a la cría, la siento en una silla para que se tranquilice y, mirando a Ronna, murmuro:

—No s  qué os pasa pero, por favor, tranquilizaos.

—Buen consejo —afirma Betsy—. Tranquilizaos.

— No puedo! —grita Nayeli—. Las abuelas no me dejan ir a una fiesta a la que van a ir todas mis amigas.

Miro a Ronna. En sus ojos veo el miedo que siente porque a la niña le pase algo y, recordando lo que Andrew me contó acerca de la madre de ésta, señalo:

—Nayeli, tu abuela sólo quiere lo mejor para ti.

—Y  lo mejor para mí es ser siempre el bicho rarito entre todas mis amigas?

—Cariño —murmura Ronna—, si te pasara algo, yo...

—¡Yo no soy mi madre! ¿Cuándo vais a daros cuenta Sora y tú?

Ronna se lleva las manos a la boca, y Betsy susurra intentando poner paz:

—Nayeli..., por favor.

A Ronna se le llenan los ojos de lágrimas y, acto seguido, la chica se le acerca y murmura:

—Lo siento..., lo siento... No debería haber dicho eso. Lo siento, abuela.

Ronna asiente. Observo cómo se traga las lágrimas.

—Tranquila, cariño. Sé que no querías decirlo, y ahora, por favor, ve al gallinero y trae unos huevos. Los necesitamos para cocinar.

Tras abrazar a su abuela, la cría coge un cesto que le entrega Betsy.

—La acompañaré —dice esta última.

Asiento. Es mejor que vaya con ella para calmarla. Una vez Ronna y yo nos quedamos a solas, pregunto:

—¿Estás bien?

La mujer se sienta en una silla.

—Nayeli está creciendo muy deprisa y tenemos miedo de que... de que...

No dice más; debe de dolerle recordar. Me siento junto a ella.

—Sé de qué tenéis miedo porque Andrew me lo contó —digo. Ronna me mira—. Pero debéis confiar en Nayeli. Es una jovencita que reclama su parte de libertad y no se la podéis negar eternamente. Debéis vigilarla, no asfixiarla.

—Tienes razón, hija, pero nos preocupa tanto que... que... Además, ya le hemos permitido que vaya a ese concierto al que la vais a llevar en Atlantic City.

—Ah, sí... —Sonrío—. Por el concierto no te preocupes, que estaremos Andy y yo. Pero debes tranquilizarte, tiene que pasar esta edad. Y debes hacerle ver que eres su amiga, no su enemiga.

—Temo tanto que le pase lo mismo que a su madre que...

—Lo sé..., y es comprensible, pero no puedes obviar que está creciendo. Todos hemos tenido esa edad y nos ha gustado salir de fiesta con las amigas. ¿O acaso a ti no te gustaba salir con Betsy y tus amigas a divertirse? —Ella sonrío—. Piénsalo detenidamente, Ronna. Nayeli sólo quiere pasarlo bien como en su momento hiciste tú.

Asiente. Entiende lo que digo. Entonces posa la mano en mi mejilla y murmura:

—Gracias por hablar conmigo —y, sonriendo, añade—: El hecho de que Andy te contara lo de su hermana, con lo mucho que sé que le dolió, sigue confirmándome lo especial que eres para él.

Suspiro y me apeno. Si ella supiera por qué lo sé, se me caería la cara de vergüenza. Sin embargo, sonrío a mi vez y digo levantándome de la silla al ver que Betsy entra con los huevos:

—Venga..., os ayudo a cocinar.

Tras una mañana en la que no veo a Andrew ni sé dónde está, hablo con Ronna y con Betsy de miles de recetas de cocina y, cuando mi vaquero aparece, quiero preguntarle dónde ha estado, pero finalmente desisto. No quiero ser tan cotilla.

A la hora de la comida no aparecen ni la abuela ni Chenoa, y el ambiente es como poco festivo, aunque observo que, igual que siempre, nadie habla con Madison, y que su infiel marido tampoco es que sea muy comunicativo con ella.

¿Se comportarán así porque está Andrew delante?

Físicamente, Madison me recuerda a Nicole Kidman, la actriz australiana. Hasta mira igual que ella. Cada día me doy cuenta de lo mucho que se cuida. Madison es muy Tiffany en eso, no como yo, que sólo me pongo mona la noche que salgo a tomar una copa, y el resto de los días, vaqueros y coleta alta para ir rápida. Pero, claro, mi vida no es la de ella y, con Candela y el trabajo, cuando lo tengo, siempre voy pillada de tiempo.

Estoy sumida en mis pensamientos cuando oigo:

—¿Qué piensas?

La voz de Andrew me hace regresar a la realidad y, deseosa de saber, le pregunto en voz baja:

—¿Por qué nadie habla con Madison?

Él me mira. Su cara lo dice todo.

—Vale —insisto—. Entiendo que tú no le hables por lo que ocurrió entre vosotros, pero ¿y el resto?

Con cautela, Andrew mira a su alrededor y, una vez termina su recorrido visual, cuchichea:

—Todos se tomaron muy mal lo que hizo y, a excepción de Tom, Nayeli, mi madre y Flor, nadie le presta mucha atención.

—Pobrecilla.

—¿Pobrecilla?!

Miro a Andrew. No dudo que lo ocurrido le hiciera daño en su momento.

—¿Cuántos años hace ya de eso?

Él suspira.

—No sé..., unos ocho o así.

—Por Dios, ¡erais unos críos! Madura y perdónala; ¿cómo puedes ser tan rencoroso?

Mi vaquero me mira con cara de pocos amigos. No dice nada. No habla, e insisto:

—Vale. Sé que te dolió lo que ocurrió, pero Madison era una cría. Hoy, tu madre me ha dicho que tiene sólo treinta años y...

—No quiero seguir hablando de esto —me corta.

—Pues muy mal. Las cosas se han de hablar.

—Coral..., basta.

—Andy..., hay que comunicarse. Las personas nos comunicamos.

Ni caso. Pasa de mí. Sigue en sus trece y, molesta, siseo:

—Desde luego, la inteligencia no tiene límites, pero la estupidez en ocasiones no tiene fronteras.

Mi comentario hace que vuelva a mirarme fijamente, pero digo sin que me importe lo más mínimo:

—Con sinceridad, creo que deberías remediar lo que ocurre aquí.

—¿Remediar?!

Asiento.

—Tienes que ser tú el primero en dar el paso y normalizar la situación para que los demás la normalicen. El pasado ¡pasado está! ¿O acaso no lo has superado?

Andrew sonrío y pone los ojos en blanco.

—No digas tonterías. Eso está más que superado.

—Pues entonces, si es así —prosigo—, deberías tratar a Madison como se merece. He visto que con tu hermano sí te hablas; ¿acaso él tuvo menos culpa que ella en lo que ocurrió?

—Mi hermano es mi hermano —gruñe.

Dios..., ¡menudo cabezón! Y, sin callarme, pero omitiendo lo que sé de su hermano, insisto:

—Y Madison, además de ser tu cuñada, es una persona que tiene corazón y sentimientos. Pero, Dios mío, ¿no te da lástima verla siempre

tan sola? Yo apenas la conozco, pero me da una lástima que no veas y, aunque casi no sé nada de ella, no se ve mala persona.

Andrew me mira, después observo que mira a Madison, que come en silencio mientras los demás hablan y bromean.

—Ella se lo buscó —replica.

—Pero eso no es justo. Ella era una cría cuando te marchaste. No se puede luchar contra el corazón y, te guste o no, se enamoró de Tom porque estaba aquí para lo que ella necesitara. ¿Acaso es malo enamorarse? Eso ocurrió hace mucho tiempo, y no debe de ser fácil vivir como ella vive. ¿Lo has pensado alguna vez?

Mi vaquero suspira.

—¿Ahora vas de hermanita de la caridad?

Boquiabierta, frunzo el ceño.

—No. Simplemente tengo corazón, algo que parece que tú y muchos de los que estáis aquí no tenéis, y menos aún entiendo que Tom...

—¿Que Tom qué?

Uf..., uf..., que casi lo suelto. Y, redirigiendo mi discurso, continúo:

—Mira, si yo viviera la incómoda situación que ella vive aquí, ya te habría mandado a paseo. Debe de quererlo mucho para seguir aquí y tragarse vuestro desprecio.

Mi vaquero vuelve a mirarme y, tras unos instantes que se me hacen eternos, responde:

—Tom siempre ha querido dirigir el rancho y sabe que, cuando la abuela muera, lo hará. Quizá por eso no se ha marchado y se traga nuestro desprecio.

Estoy pensando en ello cuando Flor llama mi atención y, a pesar de ponerse roja como un tomate al ver que todos oyen lo que dice, me propone ser una de sus damas de honor el día de la boda. Me quedo boquiabierta. ¿Yo, dama de honor?

Ronna aplaude encantada, le parece una estupenda idea.

Aún sorprendida, le pregunto a Flor:

—Y ¿quiénes son tus damas de honor?

Como un pajarillo asustado, Flor mira a Cold y responde:

—De la familia, Nayeli, Chenoa y mi prima Arizona.

¿Chenoa y Arizona?

Joder..., ¡qué biennnnnnnnnnn!

Mis ojos se dirigen de nuevo a Madison. Veo dolor en su mirada,

intuyo que le sabe mal no ser una de las damas de honor, pero no dice nada. Se limita a mantener la cabeza baja y, cuando nota que la observo, me mira con ojos amenazantes.

—Vamos, Coral, ¡acepta! —oigo que dice Ronna—. Flor estaría muy feliz si ese día quisieras ser una de sus damas.

Todos me observan a la espera de que conteste, pero yo no sé qué decir. Entonces, Madison se levanta, coge su plato vacío y desaparece en la cocina. Nadie la mira. Nadie repara en ella, y me siento fatal.

Oigo las voces del resto, que me animan a que acepte. Los miro.

¿He de hacerlo o no?

Miro a Andrew. Él no dice nada, y entonces Cold señala con una sonrisa:

—Mis hermanos y Moses son mis acompañantes. Vamos, dile que sí a Flor.

Ay, madre..., ay, madre... ¡Esto cada vez se complica más!

Estoy interpretando el papelazo de mi vida, estoy mintiéndoles a todos y, una vez la boda acabe, me voy a ir de aquí para no regresar nunca más. ¿Estará bien que mi careto quede reflejado en las fotos del enlace?

Vuelvo a mirar a Andrew. Por sus ojos, sé que se siente tan culpable como yo, pero al mirar a Flor y ver su cara de bonachona y comprobar que sigue esperando mi contestación, finalmente accedo:

—Será un placer ser una de tus damas de honor.

Al decir eso, todos aplauden mi decisión y tengo que sonreír. Sin apenas conocerme, siento que esas personas me quieren, y más cuando Flor se levanta, viene hacia mí, me da un abrazo y murmura:

—Gracias. Ya eres como una hermana para mí.

Sigo sonriendo. ¡Qué cariñosa es Flor!

—Voy a por más pan a la cocina —dice entonces llevándose la panera.

Cuando desaparece, Ronna me explica que tiene que tomarme medidas rápidamente. Han de hacerme un vestido igual que el de las demás damas de honor. Asiento, pero me agobio. ¡¿Qué estoy haciendo?!

Minutos después, mientras todos charlan alrededor de la mesa, veo que la jarra del agua está vacía. La cojo y me levanto, pero Ronna me detiene.

—No, hija, siéntate —me dice—, ya iré a por agua.

Sin embargo, no suelto la jarra y replico:

—Ronna, tú sigue comiendo, que yo tengo dos piernas fuertes para ir a la cocina, ¿entendido?

Ella me mira. Sin duda mis contestaciones la sorprenden.

—Mamá, no discutas con ella —interviene Andrew—, o saldrás perdiendo.

Sonrío y, tras guiñarle un ojo, me encamino a la cocina con mi jarra vacía. Antes de llegar, Nayeli me intercepta en el camino.

—Gracias por lo que le has dicho a la abuela con respecto a la fiesta —murmura—. Al final me dejan ir.

—¡Eso es genial! Pero ahora, ya sabes: compórtate y demuéstales que pueden confiar en ti, ¿entendido?

La cría asiente.

—El caso es que este sábado por la mañana he quedado con unas amigas. Queremos pasar el día en Hudson y comer allí, pero para eso necesito que digas que me viste ir con Adriana y su hermano mayor.

—¿Qué?

Nayeli asiente. Ve el desconcierto en mi mirada y suplica:

—Coral, por favor.

La miro. Eso me suena a las mentiras que yo le colaba a mi madre cuando no iba a hacer lo que realmente le contaba.

—Vamos a ver —digo—. Realmente, ¿por qué me pides esto?

Ella suspira y, bajando la voz, cuchichea:

—Porque quiero irme pronto y, si las abuelas se enteran de que voy a estar en Hudson con mis amigas, harán que alguno de mis tíos me persiga como un perro guardián. Por eso necesito que digas que me viste marcharme con Adriana y su hermano. De ellos siempre se fían.

Pienso lo que me dice. Sin duda, todos tienen miedo de que la muchacha se junte con malas compañías como le pasó a su madre.

—Nayeli, yo...

—Por favor, Coral..., por favor..., no voy a hacer nada malo y regresaré a las cinco como me han dicho las abuelas. Sólo di esa pequeña mentirijilla por mí, ¿vale?

Su mirada me hace sonreír. Aún recuerdo mi adolescencia y las mentiras que le soltaba a mi madre, por lo que suspiro y asiento.

—De acuerdo.

La cría me abraza y da saltitos de alegría.

—Cuando te pregunten, di que me viste marchar sobre las diez de la

mañana en una camioneta negra y marrón, ¿vale?

Vuelvo a asentir. No sé si estoy haciendo bien, pero asiento.

—De acuerdo, lianta. Pero te quiero a las cinco aquí, ¿de acuerdo?

Nayeli me da un beso y un abrazo y regresa al salón.

Con la jarra en las manos, sigo hasta la cocina. Allí, me acerco al grifo y, cuando estoy llenándola, veo por la ventana a Madison y a Flor en el porche. Están abrazadas. Con dulzura, Flor le pasa la mano por la espalda, como si estuviera reconfortándola, y me percató de cómo la otra se limpia una lágrima que le corre por la mejilla.

Una vez lleno la jarra, la dejo sobre la encimera y salgo afuera yo también. Cuando oyen la puerta, ambas se vuelven. Al ver que soy yo, Madison cambia el gesto y, una vez se asegura de que en sus ojos no queden lágrimas, se separa de Flor, me mira y, en tono altivo, pregunta:

—¿Qué quieres?

Vale. Realmente no sé lo que quiero, ni qué hago allí, pero me acerco a ella y pregunto:

—¿Estás bien?

Flor me mira. Su sonrisa me hace saber que agradece mi preocupación.

—Ni que eso te importara —replica Madison con chulería antes de marcharse.

Sin moverme de mi sitio, observo cómo se aleja. Baja los escalones del porche trasero y se encamina hacia el establo. ¡Menuda chulita, la amiga!

Flor me mira y, cuando voy a preguntarle, se dirige hacia la puerta, la abre y dice:

—Creo que es mejor que regresemos al comedor.

No cabe duda de que ella tampoco quiere hablar. Sin embargo, como no me apetece pensar más en el tema, hago lo que dice y entro en la cocina, cojo la jarra del agua, ella coge la panera y volvemos al salón.



El sábado, mientras estoy con mis nuevas lecciones con *Tormenta*, la yegua, soy feliz. Esto es como montar en bici. Las cosas aprendidas, bien ejecutadas, dan su resultado, y me siento mucho más segura y suelta.

Mientras sigo las instrucciones que Andrew me da, Ronna y Cold se aproximan hasta la cerca y preguntan:

—¿Habéis visto a Nayeli?

Tal y como quedé con la muchacha, respondo:

—La he visto esta mañana montarse con su amiga Adriana y con un chico en una camioneta marrón y negra.

Ronna asiente. No pregunta la hora, y Cold añade:

—Mamá, tranquila, está con Adriana y con su hermano.

Luego ambos sonrían y se marchan, mientras yo sigo montando a *Tormenta* y soy consciente de que estoy sumando una mentira más a mi larga lista.

Cuando terminamos la clase, Andrew desaparece. Lo busco pero no lo encuentro, hasta que de pronto lo veo hablando con una mujer al otro lado del establo. Los observo, pero no sé quién es la mujer del pañuelo en la cabeza.

Sin pestañear, sigo sus movimientos hasta que los dos montan en unos caballos y se alejan. Eso me incomoda. ¿Quién será esa mujer?

Desconcertada, me interno en el establo para ir a ver al potrillo que tanto me gusta. No estoy de buen humor, no me ha hecho nada de gracia ver a Andrew marcharse con aquélla, la verdad.

Saco unos terroncillos de azúcar que llevo en el bolsillo de mi chaqueta y se los doy al animal.

—Ten, bonito —murmuro—. Esto te gusta.

El potrillo comienza a chuperrretarme la palma cuando, de pronto,

noto un fuerte manotazo y el azúcar cae al suelo.

—¿Se puede saber qué le estás dando?! —me grita Sora. Me dispongo a contestar, y entonces vuelve a la carga—: Los caballos están enfermando, ¿no serás tú quien lo provoca?

Pero ¿de qué narices me está acusando?

Varios vaqueros llegan en ese momento hasta nosotras. Sora grita, maldice, me acusa de todo lo que se le pasa por la cabeza, hasta que Moses nos alcanza y, tras cogerla del brazo, se la lleva. Lewis, que, al igual que los otros, ha acudido al oír los gritos, pregunta al ver mi gesto desconcertado:

—¿Qué le estabas dando a *Apache*?

Me apresuro a sacar otro terrón de azúcar del bolsillo y murmuro:

—Azúcar. Es lo que le doy a *Tormenta*.

Él asiente.

—Tranquila. La abuela está muy nerviosa. Los caballos están enfermando y no sabemos por qué, y eso la tiene fuera de sus casillas.

—Pues te juro que no soy yo.

—Lo sé, Coral —afirma él—. Lo sé.

Moses se acerca de nuevo a nosotros, ya sin la abuela, y me abraza con cariño. El ataque de la vieja me ha dejado sin saber qué decir, pero él me da un beso en la frente y murmura:

—Vamos, reina de la salsa, sal de aquí y no te preocupes por nada.

Como una autómatas, asiento y me despido de ellos. Lo último que quiero es que piensen que yo hago que los caballos enfermen.

Cuando salgo, veo que Sora aún está allí. Me mira fijamente y sisea:

—Tú no eres para Andy y, si por mí fuese, ya estarías fuera de Aguas Frías.

Boquiabierta, la observo alejarse.

¡La madre que parió a Pocahontas!

Mejor no contesto porque, si lo hago, sé que voy a decir algo fuera de lugar.

De pronto, no sé adónde ir. Estoy en un sitio en el que la dueña no me quiere, y mi supuesto novio se ha marchado a caballo con una desconocida y no sé dónde está.

Pero ¿qué narices hago yo aquí?

Estoy comiéndome la cabeza cuando Lewis sale del establo y me coge del brazo.

—Vamos. Acompáñame a Hudson.

Sin dudarlo, acepto. No tengo nada mejor que hacer, y no sé adónde se ha ido el puñetero Andrew.

En la camioneta, Lewis tararea la música country que suena en la radio, y siento que vuelvo a respirar con tranquilidad. Pienso en llamar a Joaquín para charlar con mi niña antes de que él lo haga por si después no puedo hablar, pues estoy con Lewis y no puede enterarse de la existencia de Candela. Al final decido que si no puedo atender la llamada, lo dejaré para el día siguiente, que tengo pensado ir con Andrew al pueblo. Será lo mejor.

Una vez en Hudson, vamos al comercio de Elmer. Mientras él encarga todo lo que Ronna ha escrito en la lista, yo me doy una vuelta por la enorme tienda. Estoy mirando otras botas vaqueras cuando oigo:

—Mmmm..., qué alegría encontrarme con la novia de Andy McCoy.

Al volverme me encuentro con el tipo rubio que conocí el primer día que fui a Hudson con Andrew, ese del que me dijo que me mantuviera alejada.

—Hola, Sean —lo saludo—, y, por favor, mi nombre es Coral.

Su gesto de sorpresa al ver que recuerdo cómo se llama no me pasa desapercibido. Entonces, se acerca un poco más a mí y pregunta abriendo los brazos:

—¿Puedo darte dos besos, Coral?

Asiento. Por norma, siempre saludo así, y le planto dos besos encantada. Sin embargo, siento que él me los da de una manera un tanto especial. Vamos, que el sexto sentido de mujer me hace ponerme alerta.

Durante unos segundos bromeamos acerca de las botas que estoy mirando, hasta que él dice:

—Reconozco que, cuando nos presentaron, no creí que fueras la novia de Andy. Sin conocerte, ya vi que eras lista y espabilada. Nada que ver con las típicas mujeres de los McCoy, vamos, que suelen ser conformistas y calladitas. No obstante, me he informado y he visto que sí, realmente eres su novia.

—¿Te has informado?

El vaquero asiente y, con una peligrosa sonrisa, murmura bajando la voz:

—Sí, cuando una guapa e interesante mujer llega a Hudson, siempre me gusta saber de ella.

Bueno..., bueno..., éste es un ligón de tomo y lomo.

—Gracias por los piropos. —Sonrío.

—Bien los mereces. ¿Acaso Andy no te los dice?

Decirme..., lo que se dice decirme, no me dice nada de eso. Pero, como no estoy dispuesta a contarle nuestras intimidades, miento:

—Continuamente.

Sean da un paso adelante en mi dirección.

—Espero que te diga cosas mejores que las que les decía antes a las mujeres. Sin duda Andy siempre ha sido un hombre con éxito pero demasiado frío, o, al menos, eso dicen ellas.

Donde estamos, nadie nos ve, y, dispuesta a cortar eso antes de que ocasione conflictos, alargo el brazo delante de mí y replico:

—Ni un paso más, amiguito. Y no te equivoques: soy la novia de Andy McCoy y no quiero dejar de serlo. Por tanto, guárdate tus piropos y tus galanteos para otras, porque conmigo no te van a resultar. En cuanto a lo que él hiciera en el pasado, no es mi problema. Yo sé lo que hace y cómo se comporta conmigo, y con eso me vale.

El vaquero sonrío, me guiña un ojo y murmura:

—Con carácter..., qué interesante —y, antes de marcharse, añade—: No soy la mala persona que Andy cree. Lo respeto y te respeto a ti. Salúdalo de mi parte, le gustará.

Una vez se aleja, respiro y sonrío. Mala persona no sé, pero un poco cabrito sí que es.

Cuando mi respiración se normaliza, camino hacia Lewis, me agarro de su brazo y salimos de la tienda juntos y nos dirigimos hacia una cafetería.

Allí, nos pedimos unas cervezas; de pronto me mira y dice:

—En lo referente a Sora, no te preocupes por nada, ¿entendido?

—Vale.

No digo más. Si digo lo que pienso sobre esa vieja gruñona con menos tacto que un boquerón, podría molestarle. No puedo obviar que es su nieto.

—No permitas que te afecte —añade él.

Suspiro. ¡Menuda bruja!

—¿Siempre ha sido así?

Lewis asiente y da un trago a su cerveza.

—Sí. Aunque se creció cuando nosotros comenzamos a cumplir años.

Si por ella hubiera sido, mis hermanos y yo tendríamos unas vidas diferentes. Y, tranquila, como habrás comprobado, ni Madison ni Flor le gustan. No creas que sólo eres tú.

Eso me hace sonreír. Ya me había dado cuenta de ese detallito.

—Y ¿por qué no le gustan ellas? —pregunto—. Vale..., en cuanto a Madison, imagino que es por lo que ocurrió entre Andy y Tom, pero...

—Aunque no lo creas, no es por eso por lo que no le gusta. —Eso me sorprende—. Mi abuela siempre quiso emparejarnos con mujeres con sangre lakota, como Chenoa o las nietas de otras amigas suyas. El hecho de que mi padre se casara con mi madre no le gustó, pero papá se impuso en eso y la abuela tuvo que ceder. Flor es descendiente de pakistaníes y Madison es neoyorquina. Simplemente por eso, no le gustan.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —me mofo.

Lewis asiente.

—Totalmente en serio.

Eso me hace sonreír.

—Vale, ahora entiendo que, por ser española, yo tampoco le guste.

Él sonrío a su vez y, acercándose a mí, murmura:

—Tú por eso no te preocupes: le gustas a Andy, a mi madre y a nosotros, y con eso ya lo tienes todo ganado.

Aísss, qué mono, ¡es para besuquearlo hasta hartarse!

Estoy riéndome cuando la puerta del local se abre y el guaperas de Moses entra acompañado de dos guapas chicas. Una castaña y otra rubia.

—Vaya, vaya, con Moses. ¿Quiénes son ésas?

Lewis sonrío, da un trago a su cerveza y cuchichea:

—Evelyn y Kate.

De reojo observo cómo Lewis mira a la rubia y, sin poder contenerme, le doy un codazo y susurro:

—No me digas que te gusta la rubia.

El hermano de mi vaquero preferido sonrío y se mofa bajando la voz:

—Kate. ¿A quién no le gusta Kate?

Divertida por su contestación, sonrío. Otro granuja como mi Caramelito.

Durante unos segundos observamos a los recién llegados, hasta que Moses nos ve y se acerca hasta nosotros sonriendo. Con galantería, como es él, me presenta a las jóvenes, que me parecen encantadoras. Los invitamos a sentarse con nosotros y, durante un buen rato, los cinco

charlamos animadamente. Cuando Lewis le cuenta que soy la novia de su hermano Andy, Evelyn parece sorprenderse.

—¿En serio eres su novia?

Bueno..., en serio..., en serio..., va a ser que no, pero omitiendo lo que pienso y lo que es real, continúo con nuestra fabricada mentira.

—Totalmente en serio —digo.

Luego proseguimos con nuestra charla. Se nos echa encima la hora de la comida y Moses propone que comamos todos juntos. Lewis me mira a la espera de que yo diga algo y, enfadada al pensar en Andrew y en la mujer del pañuelo en la cabeza, asiento. Si él se ha marchado sin pensar en mí, ¿por qué he de pensar yo en él?

Los cinco salimos de la cafetería, nos montamos en el coche de Moses y vamos a una pizzería. Allí comemos una exquisita pasta mientras charlamos de mil y una cosas. En un par de ocasiones, mi móvil —ahora con cobertura— vibra y amenaza con sonar. Lo miro y veo que me llama Andrew. ¿Dónde estará para tener cobertura?

Sin embargo, como no me apetece charlar con él, quito el volumen y dejo que suene. No me da la gana de hablar con él. ¡Que se vaya con la del pañuelo!

Cuando estoy comiéndome una rica tarta de chocolate fondant, de pronto veo que Lewis levanta la mano y saluda a alguien.

—Ehhh, Adriana.

Levanto la mirada y me encuentro con la amiga de Nayeli, que murmura un tímido:

—Hola.

—¿Dónde está Nayeli? —pregunta Lewis entonces—. Me ha comentado mi madre que estaba pasando el día contigo y con tu hermano en Hudson.

La joven sonrío, pero en su sonrisa, yo, que soy mujer, leo algo más. De pronto, los pelos se me ponen como escarpías cuando la oigo decir:

—Está... está en el coche, esperándome. He entrado a por unas pizzas.

Lewis y Moses sonrían, y este último dice:

—Pasadlo bien, chicas, y tened cuidado.

Adriana asiente y, cuando se da la vuelta para desaparecer, me levanto y, cogiéndola del brazo, digo:

—Te acompaño. Quiero encargarle algo a Nayeli para que me lo lleve luego al rancho.

Sin mirar atrás, salgo con ella. Una vez la puerta del local se cierra, la miro y siseo:

—Sé que me ha mentido y que no está contigo; ¿dónde está?

Adriana me mira, e insisto:

—¿Dónde y con quién está? Dímelo o te juro que te llevo delante de los McCoy para que se lo digas a ellos.

La chica, nerviosa al ver mi determinación, responde finalmente:

—Con Quincy McBirthy, en su casa.

Maldigo. Maldigo por haber creído a esa pequeña lianta y, soltándola del brazo, siseo:

—Ya puedes ir a buscarla y decirle que la quiero en casa a las cinco en punto porque, si no aparece a esa hora, yo misma iré a por ella, ¿entendido?

Asustada, la joven asiente y se marcha corriendo.

Me toco la frente. Si por mi culpa le pasa algo a Nayeli, nunca me lo perdonaré. Intentando que mi gesto no deje ver lo preocupada que estoy, entro en el restaurante y, tras guiñarles un ojo a los demás, camino directa al baño.

Una vez allí, me echo agua en la cara, entro en el aseo y, cuando salgo, me encuentro a la pelirroja de Arizona.

—Hola, pero ¡qué alegría verte!

Sonrío. A mí no me alegra mucho verla, la verdad.

—Aquí hacen un estupendo pastel de chocolate con peras —dice—, ¡no te lo pierdas!

—Lo pediré —afirmo con gusto.

Ella me mira con su inseparable sonrisa.

—Estoy muy feliz por la boda de Flor. Sé cuánto quiere a Cold y estoy deseando que se casen y disfrutar del día de su boda. ¡Seguro que será estupendo!

Imaginar me el día del enlace con Andrew todo el rato mirándola me corta la digestión. Pero, como no quiero ser una maleducada con ella, que es siempre tan amable conmigo, respondo:

—Seguro que lo pasaremos genial.

—¡Claro que sí! Por cierto, si necesitas cualquier cosa, aquí me tienes para lo que sea, ¿vale?

—Gracias —murmuro.

Arizona, que hasta tiene el nombre bonito, me dirige una de sus

esplendorosas sonrisas y, guiñándome un ojo, cuchichea:

—Necesito pasar con urgencia al baño. Te dejo.

Una vez desaparece de mi vista, abro el grifo del agua para lavarme las manos y resoplo. Quiero odiar a esa chica por lo que intuyo que Andrew siente por ella, pero no puedo: ¡es encantadora!

Tras secarme las manos, salgo del baño para reunirme con mis amigos e intento no pensar. No es productivo en este momento.

A las cinco, tengo los nervios a flor de piel. Tras despedirnos de Moses, Kate y Evelyn, Lewis y yo regresamos a Aguas Frías.

Pienso en Nayeli. No puede fallarme. Si lo hace, me voy a sentir muy decepcionada con ella.

Cuando llegamos al rancho, veo que Andrew está con otros vaqueros junto al cercado y nos mira.

—Oh..., oh... —murmura Lewis al verlo—, creo que alguien está enfadado.

Tiemblo. ¿Andrew ya se ha enterado de mi mentira con respecto a Nayeli? ¿O estará molesto porque le he dado azúcar a *Apache*?

Angustiada por si le ha pasado algo a la cría, bajo de la camioneta y, mientras Lewis mete en la casa lo que hemos comprado para su madre, veo que Andrew viene hacia mí gruñendo:

—¿Se puede saber dónde te habías metido?

Lo miro boquiabierta. Al parecer, no se ha percatado de lo de Nayeli. Sin embargo, enfadada, pienso: «Pero ¿éste de qué va?». Y, antes de que pueda responder, me coge de la mano y dice:

—Vamos, no quiero discutir delante de todos.

Me dejo guiar. A grandes zancadas llegamos hasta la cabaña y, cuando estamos fuera del campo de visión del resto, lo miro y pregunto:

—¿Qué te pasa?

—Te he llamado por teléfono. Estaba en Hudson y no me lo has cogido.

Lo sé. Ya sé que me ha llamado y no me ha dado la gana de cogerlo.

—¿Y qué?! —le suelto.

Andrew no responde. No me mira y, cuando han pasado unos segundos y no dice nada, sin querer remediarlo, lo pellizco en el brazo. Mi gesto no parece afectarlo pero, cuando lo voy a repetir, protesta:

—Ni se te ocurra volver a hacer eso.

Eso me subleva y, después de unos instantes, cuando parezco una olla

en ebullición, no puedo más y lo agarro del brazo.

—Vamos a ver, Andrew...

—No, ¡vamos a ver tú! —me corta furioso—. Te has marchado de Aguas Frías sin decirme nada. Te he llamado por teléfono y no me lo cogías. ¿Cómo no quieres que esté molesto?

—Oye..., oye..., oye... Lo primero, a mí no me hables así. Y, lo segundo, no entiendo qué te ocurre, pero...

—No pretendo que me entiendas —sisea enfadado.

En ese instante aparece Ronna, que nos mira y pregunta con gesto preocupado:

—¿Qué os ocurre?

—Nada, mamá —responde él.

Durante unos instantes, los tres permanecemos callados, hasta que la mujer insiste:

—¿Sabéis si ha regresado ya Nayeli?

Ay, madre..., ay, madre...

Yo niego con la cabeza, y Andrew replica ofuscado:

—No, mamá, pero no creo que tarde. Y, ahora, si no te importa, me gustaría seguir hablando con Coral.

La mujer me observa. Le dedico una sonrisa para que no se preocupe y ella se apresura a marcharse sin decir nada más.

Andrew me mira con las manos en la cintura. Su chulería me subleva. ¡Si la que tendría que estar en plan chulo por el plantón que me ha dado marchándose con la otra debería ser yo! No entiendo nada de lo que pasa, la verdad.

—Te agradecería que te mantuvieras calladita —sisea él entonces—. Estás más guapa.

Bueno..., bueno..., éste se la está jugando conmigo. A continuación, tras dos minutos, de reloj, calladita como me ha pedido, siseo con toda la mala baba del mundo:

—Tu amigo Sean O’Bradey me ha dado recuerdos para ti.

Su gesto se ensombrece, la boca se le desencaja y, cuando creo que va a soltar lo más grande, me apresuro a añadir:

—¿Sabes? Que te den. Pero que te den bien dado. Eres un prepotente, un idiota, un chulo y un insensato. Me traes aquí. Me haces pasar por tu novia y, ahora, cuando la que tenía que estar molesta soy yo porque te he visto desaparecer con una mujer esta mañana, me dices que me calle. Pero

¿tú de qué vas? —levanto la voz—. Me tratas como... como... ¡Dios! —gruño a punto del infarto—. No sé qué hago aquí. No sé por qué me he dejado embaucar por ti, y menos aún sabiendo que sigues enganchado a Arizona.

—¿Qué?

Ni me inmuta, y prosigo:

—Para mí no es fácil estar aquí con tu abuela vigilándome, ni con la Vaca Sentada de la veterinaria en contra. Dios..., no sé cómo Madison puede aguantar vivir así, porque yo sin duda ya habría explotado como una bomba nuclear.

Ambos nos miramos y, enfadada, concluyo mirando el reloj al ver que son las seis y veinte:

—Te juro que todavía no sé por qué no cojo una piedra y te la estampo en la cabeza. ¡Te mataría ahora mismo de lo enfadada que estoy por tu absurdo comportamiento! Y, antes de que digas nada, piénsalo, yo no soy ninguna de tus preciosas. No te he pedido nada pero tampoco quiero que abuses de mí, ¿entendido?

En cuanto digo eso, Andrew maldice y yo insisto bajando la voz:

Mira, por mí puedes acostarte con media humanidad, pero voy a decirte algo: tengo dignidad como mujer y, si delante de toda tu familia me dejas en ridículo con...

—Cloe —dice cortándome—. La mujer que has visto esta mañana, con la que me he ido, era Cloe, una amiga de Arizona.

Bueno..., bueno..., bueno, ¿y ahora ésta quién es?

—Y ¿qué quería?

Andrew no responde. Estoy por tirarle esa piedra a la cabeza cuando finalmente dice:

—Quería hablar conmigo. Al parecer, a Arizona la afectó verme el otro día contigo.

Uf..., uf..., con que le afectara la mitad de lo que me afecta a mí ver cómo la mira él, lo entiendo.

—Y ¿a ti te afectó verla a ella? —pregunto.

Él me mira.

Ay, virgencita, que no me diga lo que estoy viendo en su mirada...

—Sí —dice finalmente.

¡Cataploff!

El alma se me cae a los pies.

Asiento. Trago el nudo de emociones que tengo en la garganta y murmuro:

—Andrew..., si quieres, podemos propiciar una fuerte discusión delante de todos para romper nuestra «relación» y así...

—No.

—¿No?! —pregunto sorprendida.

Él me mira y se acerca a mí.

—No puedo negar que ver a Arizona me remueve por dentro, pero algo en mí me dice que, hoy por hoy, ella y yo no funcionaríamos como pareja. Además, no busco una mujer en mi vida porque estoy muy bien como estoy. Simplemente me acostumbraré a verla el día de la boda, luego a encontrarme con ella cuando regrese a Aguas Frías y poco más.

—¿Poco más?

—Sí.

Lo observo incrédula. Ese «poco más cada vez que se vean» hará que sea ¡«algo más»!

—¿Eres consciente de que, cada vez que os veáis, la tensión sexual entre vosotros crecerá y crecerá hasta que ocurra lo inevitable? —pregunto, pero él no responde—. Por el amor de Dios, Andrew, que sois adultos, no chiquillos y, si tú le gustas y ella te gusta a ti, ¿cuánto crees que tardaréis en acostaros y posiblemente en casaros? ¿Qué haces retrasando lo inevitable?

No contesta. Sabe que tengo razón en lo que digo y, sin ganas de continuar allí con él, y preocupada por la puñetera de su sobrina, doy un paso atrás y digo cuando veo a Madison caminando más allá:

—No quiero seguir discutiendo sobre esto. Voy a ducharme.

—Estamos hablando —gruñe.

—Pues siento decirte que, por mí, esta ridícula conversación se ha terminado.

—Pero si tú eres la que siempre dice que las cosas hay que hablarlas.

—Pues ahora, ni quiero, ni me apetece.

Me mira, debe de ver el mosqueo que llevo y, cuando da un paso para acercarse a mí, extiende una mano para pararlo.

—Da media vuelta, aléjate de mí y déjame en paz durante un rato para que pueda relajarme o te juro por tu madre que tu abuela, a mi lado, parecerá una principianta, ¿entendido?

Sin mirarlo, me vuelvo y desaparezco dentro de la cabaña. Espero

que no entre detrás de mí y, apoyándome en la puerta, cierro los ojos.

¿Qué estoy haciendo?

¿Por qué no me voy de aquí de una vez?

¿Por qué estoy dejando que mis sentimientos entren en el juego?

Pero, como no tengo respuesta a esas preguntas, miro a través del visillo de la ventana y veo que Andrew se marcha. Una vez se aleja lo suficiente, corro hacia el otro lado de la casa y, cuando miro por la ventana y veo que no hay nadie, la abro y salgo por allí. Está oscureciendo ya y, sin dudar, corro hacia Madison.

Al verme, se detiene y pregunta:

—¿Qué ocurre?

Rápidamente le cuento lo de Nayeli.

—Maldita enana y maldito McBirthy —resopla ella cuando acabo—. Vamos, imagino dónde están.

Con cautela, nos dirigimos hacia la parte trasera de la casa grande y, sin poner las luces del vehículo, lo movemos y salimos del rancho. Una vez en la carretera, Madison enciende los faros y acelera mientras yo maldigo una y otra vez.

—Le advertí que se alejara de ese chico —dice ella—. Sora y el padre de Quincy no son precisamente muy amigos por temas comerciales. Es para matarla.

—¡Y tanto que es para matarla! Son las seis y media y me dijo que regresaría a las cinco.

—Está loca por Quincy Junior —prosigue Madison—. Si Sora se entera de que está con él, te aseguro que la encerrará el resto de su vida.

Llegamos a Hudson a toda mecha. Allí, Madison callejea y detiene el vehículo frente a una casa. Cuando bajamos llamamos con discreción a la puerta y, minutos después, Quincy Jr. abre. Lo miro. Es un niño de esos guaperas y espigados.

—Dile a Nayeli que salga ¡ya! —sisea Madison con gesto serio.

El chico desaparece. Su gesto me demuestra que no le gusta nuestra presencia y, cuando Nayeli aparece frente a nosotras con el pelo revuelto, gruño:

—Estoy muy enfadada contigo. Me has engañado.

Ella nos mira con cara de cordero degollado. Entonces, Madison la agarra del brazo y le suelta:

—Si tus abuelas o tus tíos se enteran de que estás aquí, ¿cómo crees

que van a reaccionar?

Nayeli no contesta. Yo no conozco los tejemanejes que se traen en el rancho, pero no dudo de lo que dice Madison.

—Vámonos de aquí —apremio.

Cuando nos disponemos a montarnos en el coche, de pronto un automóvil aparca a nuestro lado. La expresión de Madison me dice que eso no es bueno, pero se recompone y saluda:

—Hola, Quincy, hola, Marie. Ella es Coral, la novia de Andy —y, dirigiendo la vista hacia mí, añade—: Coral, son los padres de Quincy Junior.

Los saludo con la mejor de mis sonrisas, pero entonces la mujer le pregunta a Nayeli mirándola con desagrado:

—¿Estabas con Quincy en casa?

La chica se queda paralizada. No sabe qué responder.

Los padres del muchacho maldicen y, sin decir nada, entran en su casa mientras observo que el hombre cojea. Los gritos comienzan a oírse y, sin perder tiempo, nos montamos en el vehículo y Madison arranca.

Durante unos segundos permanecemos en silencio. Lo ocurrido ha sido muy violento y, cuando miro hacia atrás, reprocho:

—Muy mal, Nayeli. Lo que has hecho ha estado muy mal.

No contesta. Sólo nos mira, y Madison prosigue:

—Te lo dije, enana. Te dije que no quería volver a verte con Quincy McBirthy y me lo prometiste. Pero la decepción ha sido grande cuando he visto que no sólo me has engañado a mí, sino que también has engañado a Coral y has podido meterla en un buen lío con la familia. Pero ¿en qué estás pensando? ¿Acaso no sabes lo que tu abuela siente por esa familia?

Ella no contesta, y ninguna vuelve a hablar hasta llegar a Aguas Frías.

Por suerte, nadie se ha dado cuenta de nuestra marcha y, cuando Madison detiene el vehículo junto a la cabaña de Andrew, me bajo y miro de nuevo a la jovencita.

—No vuelvas a contar conmigo para algo así, ¿entendido? —le advierto.

Nayeli asiente con cara de susto. A continuación, miro a Madison y murmuro:

—Gracias por tu ayuda, si no llega a ser por ti, yo...

—Tranquila. Todo está bien.

Asiento, sonrío y ella me guiña un ojo con complicidad.

En ese instante divisamos a Sora y a Chenoa, que salen del establo. Parecen discutir, pero por suerte no nos ven. Nos miramos y, de pronto, nos damos cuenta de que el enemigo de nuestro enemigo puede ser nuestro amigo, y ambas sonreímos.

Cuando Madison arranca de nuevo el coche y se aleja, entro en la cabaña por la ventana por la que he salido antes. Por suerte, Andrew ha respetado el espacio que le he pedido. Sin tiempo que perder, entro en la habitación, cojo ropa interior, una camiseta y unos vaqueros y me meto en el baño, donde me ducho para intentar aliviar mi desazón.

Cuando ya he acabado, oigo ruido en el exterior. Andrew debe de haber entrado. Sin abrir la puerta, me desenredo el pelo, mientras me repito a mí misma lo tonta que soy. Me dejo engañar por una adolescente y me estoy enamorando de un hombre que está enamorado de otra. Y, encima, cuando su cuerpo quiere juerga, como a mí me gusta, no soy capaz de decirle que no. ¡Para matarme!

—Idiota. Eres una idiota —me digo mirándome en el espejo.

Me siento... mal no, ¡lo siguiente! Y, para colmo, sé lo que Tom le está haciendo a Madison con Vaca Sentada... ¡Madre mía, qué mal rollo!

Me desespero por todo y me siento como Peppa Pig. ¿Por qué acabaré metiéndome en todos los charcos?

Pero, vamos a ver, con lo lista que me creo para otras cosas, ¿soy incapaz de decirle que no al maldito Andy McCoy?

¿Por qué de pronto no escucho ni el viento ni el silencio? ¿Por qué me dejo llevar por el corazón y hago caso omiso de lo que mi cabeza dice? ¿Por qué?

Pensando la respuesta, me miro en el espejo y finalmente murmuro:

—Maldita enamoradiza, porque nunca cambiarás.

Una vez termino de vestirme, cuando salgo del baño y espero encontrarme con el hombre que me está volviendo medio tarumba, me sorprende al ver que estoy sola en la cabaña. Andrew debe de haberse marchado otra vez. Entonces veo una notita sobre la mesa en la que pone:

Te espero en la casa grande para cenar.
Andrew

Mira..., le agradezco el detalle. Me vienen bien esos minutos a solas.

Entro de nuevo en la habitación. Allí, cojo las botas camperas y me las pongo y, tras mirarme al espejo y ver que estoy limpiita y bien, decido

ir a la casa grande.

El sonido de los grillos inunda mis oídos cuando salgo de la cabaña. Todo está a oscuras, apenas iluminado por la luz de las farolas que hay en el camino. Con las manos metidas en los bolsillos de mis vaqueros, me acerco a la casa. ¡Es preciosa!

Pero el regusto amargo que tengo por la discusión que he mantenido con Andrew me encoge el estómago. ¿Cómo debo reaccionar ahora cuando lo vea ante su familia?

Unos pasos rápidos llaman entonces mi atención y, al mirar hacia el establo, veo que se cierra una de las puertas laterales. ¿Serán otra vez Tom y Chenoa?

Dudo si ir o no. ¿Para qué voy a ir?

Pero, como soy curiosa..., curiosa, al final me encamino hacia el establo, entro y, enseguida, la quietud del lugar me pone la carne de gallina. Los caballos descansan. No veo a nadie por allí. Me dispongo a dar media vuelta cuando un relincho llama mi atención.

Y ¡allá que voy otra vez mientras maldigo mi jodida curiosidad!

Camino con cautela. No sé qué estoy haciendo ni por qué. Sólo sé que ando por el establo de puntillas hasta que oigo a mi espalda:

—¿Qué buscas aquí a estas horas?

—¡Joder! —grito asustada.

Al volverme, me encuentro con un sonriente Lewis y, con la mano en el corazón, murmuro:

—Dios..., casi me da un infarto. —Entonces, como veo que espera una contestación, añado—: He entrado a ver a *Apache*.

Él se quita el sombrero, se coloca bien el pelo y, poniéndoselo de nuevo, dice:

—Dos de los caballos que íbamos a llevar a la próxima feria ahora también tienen diarrea.

—No me digas.

Asiente y, apretando los dientes, murmura:

—Esto es terrible. Sólo espero que Chenoa pueda pararlo. —Suspiro y él, agarrándome del brazo, dice entonces—: Vamos, ve al salón a cenar. Yo iré enseguida.

Asiento y salgo del establo dejándolo allí.

Al verme entrar en la casa, Ronna se interesa por mi estado. Le aclaro que estoy bien y, cogiéndome de la mano, me lleva hasta su habitación,

donde me toma medidas para el vestido de dama de honor. Sin rechistar, hago todo lo que ella me pide y, cuando veo la bonita tela de color salmón, murmuro:

—Es preciosa.

—Sí. A Flor le gustó y Madison la ordenó comprar.

—¿Madison? —pregunto curiosa.

Ronna asiente.

—Sí, hija. Madison tiene un negocio de arreglos de ropa. Especialmente de vestidos de novia, y, aunque lo hace desde el rancho, veo que le va bien.

Eso me sorprende, no me lo esperaba. Ronna me cuenta entonces que mucha de la ropa que lleva Madison ha sido confeccionada por ella misma. Yo asiento, no digo nada y, una vez termina de tomarme medidas, regresamos a la cocina para comenzar a sacar platos al salón.

Cuando entro con una bandeja de pollo, la abuela y Chenoa me miran. Las veo cuchichearse al oído y, sin querer prestarles más atención, suelto la bandeja sobre la mesa y me siento en mi sitio. ¡Menudas descaradas!

Andrew, que ya está sentado, al percatarse de que aquéllas me miran y cotillean, pone la mano en mi pierna para llamar mi atención.

—Lo siento —murmura—. No debería haberte hablado así.

Su tono y su mirada hacen que me derrita. Pero ¿por qué soy tan tonta?

—Tranquilo. Todo está bien, vamos, cena.

Pero no se mueve, sino que continúa mirándome.

—Necesito un abrazo, ¿me lo das?

Saber que me pide algo que yo en otros momentos le he pedido me hace sonreír y, sin dudarlo, lo abrazo. Me reconforta sentirlo tan cerca de mí. Pero entonces oímos que la abuela suelta:

—Son como sanguijuelas: todo el santo día pegados.

Miro a mi vaquero.

—Pues ahora te voy a dar un mua..., para que rabie más todavía —le digo.

Y se lo doy. Sora vuelve a protestar y nosotros reímos.

Cuando terminamos de cenar, Cold, Lewis y Flor hablan de ir a tomar algo a Hudson. Tom se desmarca, y Madison lo hace también. Yo no me encuentro muy católica, pero sé que esa copa me vendrá bien. Lewis propone ir al Cowboy Bull.

—¿Te apetece? —me pregunta Andrew.

Digo que sí.

Veinte minutos después, entre risas y algarabía, llegamos a Hudson en la camioneta que conduce Andrew. Cuando aparcamos, Flor se coge de mi brazo mientras los hombres van hablando. Así, caminamos hasta el Cowboy Bull, y sonrío al traducirlo al español: ¡«El toro vaquero»!

Una vez traspasamos la puerta, nos reciben las palmas, los gritos y la música. Miro a mi alrededor y veo que todo, absolutamente todo el mundo lleva un sombrero vaquero. Yo estoy encantada por llevar el mío, y me siento una más.

Mis acompañantes comienzan a saludar a los amigos con los que se encuentran y, de pronto, con desagrado advierto a la tal Arizona al fondo del local. Mal empezamos la noche. La gente saluda con afecto a Andrew, y éste, sin soltarme, me presenta a todos como su novia. Yo sonrío continuando con mi papelón.

Mientras Andrew habla con sus amigos, miro al escenario. Allí, un grupo de músicos con banjos, guitarras, violines, contrabajos y armónicas tocan música en directo. ¡Qué pasada!

Ese lugar, en cierto modo, me recuerda al bareto del noviete de la abuela de Yanira en Los Ángeles. ¿Prepararán también destornilladores?

Tras comprobar que allí no sirven destornilladores, pido una cerveza y observo cómo la gente se divierte bailando, bailes que, por otra parte, no he visto en mi vida. Los miro, sonrío y, cuando estoy dando palmas deseosa de aprender lo que bailan, Andrew tira de mí y me saca a la pista.

—Vamos, es fácil —dice.

Alucinada, me quedo parada, pero él insiste:

—Dos pasitos para adelante, taconea. Dos para atrás, taconea. Date una vuelta sujeta a mis manos, derecha, izquierda, salto y repetimos.

Muerta de la vergüenza por chocar con todo el mundo, lo hago, y lo hago que doy pena. Pero Andrew no deja que me rinda. Lo piso. Nos reímos. Protesto. Interrumpimos a los demás y, cuando por fin le cojo el tranquilo, me doy cuenta de que ¡estoy bailando country!

Atenta a mis movimientos, pues no quiero volver a perderme, pregunto:

—¿Qué canción es ésta?

—*Chattahoochee*,[\[13\]](#) de Alan Jackson. Vamos, ¡lo haces muy bien, vaquera!

Encantada, sigo bailando. Los movimientos son repetitivos y disfruto del baile y de la compañía, hasta que la canción acaba y todos gritan aquello de «¡Yijaaaaaaa!». Por supuesto, yo lo grito también, ¡faltaría más!

Una vez salimos de la pista y vamos a donde está nuestro grupo, Andrew murmura:

—Allí está Moses.

Lo veo. Está con Evelyn, Kate y otras chicas. Sonrío.

Andrew vuelve a agarrarme entonces de la mano y, seguida por el resto del grupo, caminamos hasta llegar junto a ellos. Al vernos, Moses nos saluda y, a gritos, le pide a la camarera:

—¡Shanon, cerveza para todos los McCoy!

Instantes después, saca a bailar a Evelyn, mientras Cold bromea con Kate. Una de las camareras llega hasta nosotros y, dejando las cervezas que Moses ha pedido, murmura:

—Vaya..., vaya..., Andy McCoy por aquí.

Al oírla, Andrew la mira y dice con una sonrisa:

—Shanon Duran, ¡qué placer volver a verte!

Vale, ¡no es mi novio! No tengo que ponerme celosa de toda mujer que lo salude, ni lo mire con deseo, ni le mire el trasero, ni tenga ganas de tirárselo.

Lo sé... Sé todo eso pero, Diosssssssss, me entra un no sé qué por el cuerpo al ver cómo se miran que tengo que volver la cabeza y contar hasta cien.

Inconscientemente, me separo unos pasos. No quiero ni oírlos hablar. Me estoy alejando cuando Lewis me coge de la mano y, tirando de mí, dice cuando empieza otra canción:

—Venga, cuñada, ¡vamos a bailar!

Intento frenarlo, pero es imposible, y me tranquilizo al ver que es una canción más tranquilita que la anterior.

Sin querer, miro a Andrew, que continúa hablando con la camarera. Luego observo a Arizona, que está al fondo del local. Parezco una lechuza mirando de un lado para otro.

—Tranquila —dice entonces Lewis—, Shanon es sólo una antigua amiga de tu Caramelito y Arizona no supone un peligro.

—Uisss..., pero si yo estoy muy tranquila.

Lewis sonrío, acerca su cara a la mía y cuchichea:

—Vale. Te creeré a pesar de lo pálidos que tienes los labios. —
Sonríe, y él añade—: Déjame decirte que, si Andy te ha traído a Aguas
Frías, es porque eres especial para él. Lo conozco y él no trae al rancho a
cualquiera.

—Me alegra no ser cualquiera.

—Alégrate, porque eres la primera mujer que le presenta a mi madre
después de...

No sigue. Se calla. No sabe qué sé con respecto al pasado de Andrew.

—¿De Madison, de Arizona o de Chenoa? —murmuro.

Sorprendido por lo que he dado a entender, afirma a continuación:

—Si sabes eso, es que mi hermano va muy pero que muy en serio
contigo.

Eso me hace sonreír dentro de la penita que me da mi mentira. La
bola engorda y engorda, y sólo espero que, cuando estalle, yo esté muy
lejos de allí o me moriré de la vergüenza.

—Eres una monada, Lewis —digo.

Luego reímos y bailamos. Según nos movemos por la pista, me doy
cuenta de cómo varias chicas saludan a Lewis y cómo él les sonrío. Sin
duda, éste también es otro rompecorazones.

—Los McCoy debéis de ser temibles en Hudson —afirmo divertida.

Él suelta una risotada y, bajando la voz, susurra:

—Ahora ya no, pero hace años, Tom, Andy, Cold y yo fuimos el
terror de los locales de todo Wyoming. Éramos conocidos como los más
brutos, más peleones y más mujeriegos de los alrededores. Nuestra pobre
madre no ganaba para disgustos, aunque nosotros lo pasábamos muy bien.
Luego todo cambió: Andy se marchó, Tom se casó, Cold se echó novia...

—Y ¿tú no tienes novia?

—No.

—¿Y Kate?

Lewis sonrío, tiene la bonita sonrisa de Andrew, y sin perder el ritmo
susurra:

—Ella es una amiga tremendamente especial.

—¿Sólo especial?

—¿Me guardas un secreto? —dice, y yo asiento—. Adoro a Kate, es
maravillosa. Sin embargo, hay alguien que llena mi corazón, pero es
complicado. Sin duda, a los McCoy nos va lo complicado.

Eso me hace sonreír y, sin querer preguntar nada más a pesar de lo

mucho que me intriga, declaro:

—Soy una tumba.

Asiente encantado y luego dice al ver que he vuelto a mirar a su hermano, que se aleja con Moses:

—Deberías sacarlo a bailar otra vez. A Andy le gusta mucho.

—No.

Lewis insiste:

—Hazlo.

—¿Por qué?

Con una cautivadora sonrisa, vuelve a acercarse a mi oído y cuchichea para que nadie nos oiga:

—Porque conozco a mi hermano y sé que le gustará que tú lo saques a bailar. Andy no es Cold y no le van las mujeres convencionales; al revés, le gusta que lo sorprendan, y no sé por qué me da que tú lo sorprendes una barbaridad.

Sonrío. ¡Si él supiera!...

—La verdad es que convencional, lo que se dice convencional, no soy —replico.

—Se nota.

—¿En qué se nota? —pregunto curiosa.

Lewis se coloca el sombrero y dice con gesto guasón:

—En tu manera de hablar, de vestir, de moverte, de dirigirte a nosotros... No eres la típica chica convencional y apocada como Flor. La pobre me conoce de toda la vida y es incapaz de mantener una conversación conmigo sin tartamudear o ponerse roja como un tomate a no ser que antes se haya tomado un par de cervezas. En cambio, tú apenas me conoces y estás aquí bailando conmigo, divirtiéndote y disfrutando del momento.

Sonrío. Qué bien me ha calado.

—Me gusta divertirme —afirmo.

Cuando acaba la canción, me agarra de la mano e insiste en el tema:

—Vamos. Tienes que sacar a Andy a bailar.

De pronto, unos silbidos descontrolados inundan el local. Lewis me mira sonriendo y, tirando de mí con fuerza, dice:

—Batalla; ¡vamos!

Sin soltarme, me hace pasar entre la gente, que se apretuja para ver algo. Cuando por fin llegamos a primera fila, me quedo sin palabras al

ver a Moses subido en un toro mecánico y dando saltos como un loco mientras su sombrero vuela por los aires.

Lo miro alucinada. ¡Esto es increíble!

Al verme a su lado, Andrew me sonrío.

—¿Quieres probar?

Miro el toro mecánico. Siempre he querido montar en uno, pero me da respeto, por lo que, sonriendo, niego con la cabeza.

Entonces Flor aplaude a mi lado, y Cold grita que él será el siguiente.

Andrew ríe al ver mi gesto e insiste. Me pica. Me azuza para que me suba al toro y yo me niego divertida. Lewis silba y yo aplaudo animada a Moses junto al resto de la gente, hasta que él cae sobre unas colchonetas marrones.

Una vez baja, todos lo jalean, y entonces una rubia se acerca a él con su sombrero y se lo coloca en la cabeza. Moses le dice algo a la chica al oído y, cuando ésta se da la vuelta, él le da un azote en el trasero y se marcha tras ella. Todos aplauden.

¡Qué gracioso!

En ese instante, Cold ocupa el lugar de Moses. Se pone el guante en la mano derecha y se sube al toro mecánico, que comienza de nuevo a moverse. Aguanta todo lo que puede, le aplaudimos, le silbamos, pero finalmente cae contra las colchonetas mientras su sombrero vuela por los aires.

Una morena se acerca entonces a él con su sombrero y se lo pone con sensualidad. Todos silban, y Cold, ni corto ni perezoso, tras mirarla con lascivia, le da también un azote en el trasero y todos aplauden.

Alucinada, miro a Flor. Su gesto me hace ver que eso le ha gustado tan poco como a mí.

—Cosas de hombres —murmura encogiéndose de hombros.

¿«Cosas de hombres»?

Bueno..., bueno..., si mi novio —que en este momento es Andrew— hace algo así delante de mí y de toda esta gente, como poco le parto la cara.

En ese instante, Andrew coge el guante que Cold le entrega, me guiña un ojo y dice antes de darme un rápido beso en los labios:

—Morena, no te muevas de aquí.

Encantada, atocinada y atontada por el beso que me ha dado delante de todos, me quedo junto a los McCoy y Flor, que le silban y lo animan.

Cuando Andrew llega hasta el toro mecánico, monta con agilidad y, tras agarrarse con una mano y levantar la otra, el artilugio se pone en movimiento.

Curiosa y complacida, observo cómo mi vaquero se concentra y se mimetiza con el toro al moverse mientras éste se acelera al mismo ritmo que a mí se me acelera el corazón.

Pero ¿se puede estar más sexi?

El tío lo hace bien, ¡genial! Y, tras sacar el móvil que llevo en el bolsillo, le hago una foto. Quiero tener ese bonito recuerdo. Pero entonces Andrew cae sobre las colchonetas y todos aplauden.

Entre risas, observo cómo se levanta y espero que regrese a mi lado, pero no..., no lo hace. Con una sonrisa traviesa y divertida, se acerca hasta... hasta Arizona, que es empujada por unas chicas para que se adelante, y ésta, cogiendo el sombrero que le da una rubia, se lo pone.

¿Le parto la cara?

Todos ríen. Todos silban. Y Andrew se quita el guante que lleva lentamente.

Lo mato..., ¡lo mato como siga mirándola de esa manera tan provocadora!

Joder, que todos saben que fueron novios. ¿Cómo me está dejando a mí al hacer esto?

Mi gesto se vuelve serio. Flor se da cuenta y los McCoy también, y más cuando mi supuesto novio se acerca más a Arizona y ella, con su bonita sonrisa de niña encantadora, comienza a quitarse uno de los guantes negros que lleva. Primero un dedito..., luego otro..., otro..., y, cuando se lo saca como si fuera Rita Hayworth en *Gilda*, lo hace ondear al viento y todos aplauden. ¡Me quiero morir!

Pero, vamos a ver, ¿Andrew es tonto o es tonto?

Porque unas horas antes me estaba pidiendo perdón y ahora babea por ella delante de mí y de todo el mundo.

Entonces, con sensualidad, él le coloca el guante de montar que él lleva en la mano derecha, le dice algo al oído y ella suelta una carcajada.

Una vez tiene el guante puesto, mi galante novio, ése al que le voy a sacar los ojos en cuanto me lo eche a la cara, la ayuda a subir a las colchonetas y, tras cogerla en brazos ante los aplausos de todos, la levanta hasta el toro mecánico y le da un par de azotitos traviosos en el trasero.

Diossssssss, ¡lo remato!

De pronto, Arizona me mira y en sus ojos leo que me pide perdón.

La gente aplaude. Flor tiembla. Los McCoy me observan. Y yo, que estoy que echo humo por las orejas, los miro y siseo:

—Qué caballeroso es el imbécil del Caramelito, ¿verdad?

Ninguno responde, no se atreven, y yo, en silencio, me cago en toda la casta de los McCoy.

Uf..., uf..., lo que me entra por el cuerpo.

Cuento hasta diez...

Luego hasta veinte...

Y, cuando veo que ni contando hasta doscientos cincuenta y ocho mil se me pasará el cabreo que tengo, me vuelvo hacia los que me miran y pregunto:

—¿Vamos a beber algo?

Ellos se apresuran a asentir y salimos de la sala en la que está el toro mecánico para regresar al salón principal, donde la gente continúa bebiendo y bailando.

Intento olvidarme de mi malestar, a pesar de los gritos y los aplausos que vienen del otro lado. No quiero ni pensar por qué suenan. Intento que se me pasen las ganas que tengo de asesinar a Andrew, pero me resulta imposible. Resoplo. Me doy aire con la mano y decido ir al baño. Necesito echarme agua en la nuca.

La pobre Flor, que me observa en silencio, me acompaña. Allí, tras echarme agua y soltar todos los improperios que se me pasan por la mente en español, le digo:

—Lewis me ha comentado que eres descendiente de pakistaníes.

—Sí. Mi abuelo era pakistaní, y mi abuela de México.

—¿Hablas español?

Ella sonrío y niega con la cabeza.

—No. Apenas sé decir cuatro palabras.

Asiento, y entonces ella añade:

—Coral, Andy es un hombre. Los vaqueros son así.

—¡Y una chorra los vaqueros son así! —grito enfadada mientras manoteo en el aire—. Ese mierda de tío, por muy chulito que se crea y muy McCoy que se sienta... A mí no me deja en ridículo ante toda esa gente porque... porque... te juro que lo cojo del cuello y... y... —Y, cuando soy consciente de su cara de susto, suspiro—: Ay, Dios... Discúlpame, Flor, no debo gritarte así.

Ella me mira con su gesto inocente y responde:

—Disculpa aceptada, pero tengo que decirte, aunque no me creas, que mi prima Arizona no está de acuerdo con lo que está haciendo Andy. La conozco y sé cómo es.

Vale.

Pero, joder..., ¿está permitiendo que él lo haga!

Avergonzada por mi comportamiento, vuelvo a mirarme al espejo y, cuando siento que la rabia se apodera de nuevo de mí, digo:

—Mejor no hablemos ni de Andy ni de Arizona. Pero ¿a ti la sangre no se te revoluciona cuando ves las cosas que hace Cold? ¿Te parece bien que le toque el trasero a otra delante de ti?

Flor no responde. Como siempre, se pone roja como un tomate.

—¿De verdad que no te importa que bromeo con otras, que les diga piropos y a ti ni siquiera te mire para decirte lo bonita que eres? —insisto.

La pobre, que no tiene escapatoria, finalmente asiente.

—Sí, claro que me molesta. Pero eso es lo normal por aquí y...

—¿Lo normal?! Por Dios..., pero ¿cómo podéis considerar eso normal? —Y, sin dejarle contestar, prosigo—: ¿Y si tú hicieras lo que él hace? Si bromearas con otros, si le pusieras el sombrero a otro con sensualidad y le dieras un azotito en el trasero, ¿qué crees que pasaría?

—Ni se me ocurre —cuchichea ella—. Si yo hiciera eso, Cold se molestaría mucho y podría dejarme.

Su contestación me suena muy antigua, a pasado.

—Y si él se molesta y es capaz de dejarte por eso, ¿no puede pensar que tú puedas hacerlo también? —replico.

Flor no contesta, sino que se limita a mirarme.

—Está visto que yo no tengo tu aguante —murmuro finalmente—. Y si no lo tengo es porque sigo un consejo que mi madre me dio hace tiempo: no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti.

—Buen consejo el de tu madre —asiente Flor.

Miro su cara redondita. Esta muchacha no tiene maldad. Es demasiado buena y afectuosa y, si no hace algo, sufrirá junto a Cold.

Entonces, apoyo la cadera en el lavabo y digo:

—¿Puedo preguntarte algo? —Ella asiente—. ¿Por qué Madison no es una de tus damas de honor en la boda y Chenoa sí?

Flor asiente, mira al suelo y finalmente responde:

—Es complicado. Cold no se habla con ella, y a la abuela tampoco

le...

—Dios..., ¿por qué todo es complicado para vosotros?! Pero, vamos a ver, si mañana a Cold no le gusta la carne, ¿dejarás tú de comerla? O, si no le gusta el agua, ¿dejarás de beberla? —No responde, sólo me mira y prosigo—: Flor, Cold es el hombre de tu vida, os vais a casar dentro de unos días y se supone que es para toda la vida. Y, créeme, lo que ahora haces con gusto para contentarlo a él un día lo harás con disgusto. La vida en pareja no es hacer todo el rato lo que el otro quiere; la vida en pareja es hacer las cosas unidos y con complicidad. Y, si a ti te molesta que una mujer le ponga el sombrero a tu novio y él le toque el trasero, ¡debes decírselo! Y, si tú quieres que el día de tu boda tu amiga Madison sea una de tus damas de honor y no Chenoa, que no te tiene ningún aprecio, ¡Cold ha de entenderlo! —termino exaltada.

Me llevan los demonios e, intentando hacerle ver que no es con ella con quien estoy furiosa, añado mientras ella bebe cerveza:

—Flor, si estoy tan enfadada es por Andy, no por ti, cielo. Lo que ha hecho delante de mí con tu prima Arizona es algo que no puedo consentir. Y no puedo consentirlo porque o me respeta o yo no lo respeto a él. Esto es cosa de dos y, si él juega sucio, que no espere que yo juegue limpio.

Al oírme, la pobre se lleva las manos a la boca. Es demasiado inocente, y me doy cuenta de la que estoy montando.

—Lo siento, Flor, creo que me estoy metiendo donde no me llaman con respecto a Cold y a ti. Estoy tan enfadada con Andy que... que...

Entonces, ella sonrío, se acerca a mí y, abrazándome, dice como si no hubiera ocurrido nada:

—Vamos. Vamos. Regresemos con los chicos.

Tratando de sonreír, volvemos al salón, donde suena la música y la gente continúa divirtiéndose, y soy consciente de que Andrew sigue con Arizona.

Moses me pregunta qué quiero beber y, una vez le pido una cerveza, él y Lewis se van a por ella a la barra.

Mientras rumio la mala leche que llevo, pienso en mis amigas. Si Yanira, Tiffany, Valeria o Ruth estuvieran aquí, estoy segura de que verían las cosas como yo las veo, pero también me dirían que he de respetar el hecho de que otras mujeres lleven sus vidas a su manera. Tienen razón. Soy demasiado extremista y posesiva.

—Vaya..., vaya... ¿Qué hace tan sola la preciosa novia de Andy

McCoy?

Al volverme, me encuentro con Sean O'Bradey. El guapo rubiales.

Eso me hace sonreír, mientras me regaño a mí misma por las maldades que se me comienzan a ocurrir. En décimas de segundo, Lewis llega hasta nosotros y, entregándome la cerveza que he pedido, dice:

—Sean..., a Andy no le va a gustar.

¿Qué no le va a gustar a Andy?...

Bueno..., bueno..., bueno..., ¡bastante he oído ya con el cabreo que llevo!

Flor me mira. Sabe lo enfadada que estoy y, aunque me pone cara de perrillo apaleado para que no la líe, no puedo, ¡no puedo! Y, dispuesta a pasarme al tal Andy por el forrillo, con la mejor de mis sonrisas le guiño un ojo a mi supuesto cuñado y digo:

—Tranquilo, Lewis. No pasa nada.

En ese instante, Cold llega hasta nosotros y, tras chocar la mano con Sean, al ver el gesto serio de Lewis, mira a su amigo y dice:

—Sean, hay muchas mujeres preciosas y juguetonas al otro lado de la sala, amigo. ¿Qué tal si tú y yo vamos para allá y te presento a la que quieras?

El rubio sonrío. Lo entiende como lo entiendo yo, pero de pronto Flor dice sorprendiéndonos a todos:

—Cold, si te marchas con Sean, no te molestes en volver.

Todos la miramos.

¡Toma ya, mi chiquitaja!

La pobre está roja como un tomate, pero le acaba de enseñar las uñas a su futuro marido. Él la mira, sonrío y, acercándose a ella, responde:

—Tranquila, mujer, que me voy a casar contigo.

Oh, Dios..., ¡oh, Dios! Ni que tuviera que agradecersele.

¿A que le rompo el botellín de cerveza en la cabeza?

De pronto, Sean se quita el sombrero, se lo pone sobre el pecho y, tendiéndome una mano, me pregunta:

—¿Te apetece bailar?

Moses llega también hasta nosotros. En su mirada leo que no he de aceptar, y oigo que Flor dice junto a Lewis:

—Coral, a Andy no le va a gustar.

Oír eso me recabrea y, tras pedirle un segundo a Sean con el dedo, me vuelvo hacia los demás, que me miran con cara seria.

—Que yo sepa —aclaró—, *vuestro* Andy se lo está pasando muy bien con *su* Arizona sin acordarse de mí, ¿y me decís que le va a molestar que yo baile con Sean?

Ellos asienten y yo, encantada, afirmo con rotundidad:

—Pues que se jorobe.

Y sin importarme lo que puedan pensar de mí, ni las consecuencias que eso pueda traer, le entrego mi cerveza a Lewis y, guiñándole el ojo, indico:

—Guárdamela. Ahora vuelvo.

Él coge mi botellín de cerveza y sacude la cabeza con disconformidad.

A continuación, me agarro del brazo de Sean y salgo a la pista, donde permito que me coja de la cintura y me acerque a él. En silencio, comenzamos a bailar hasta que dice:

—Andy es tonto.

No respondo. Mejor me callo lo que yo creo que es.

—No entiendo qué hace con Arizona teniéndote a ti aquí —insiste él.

Mira..., en eso tiene razón. Pero lo que menos entiendo aún es: ¿qué hago yo, que todavía no le he estampado a Andrew una silla en la cabeza?

Pero, como no quiero que Sean vea lo tremendamente molesta que estoy por lo que mi supuesto novio está haciendo, lo miro y sugiero:

—¿Qué tal si dejamos de hablar de Andy?

El rubio sonrío, yo también, y él murmura con picardía:

—Me parece una buena idea.

A partir de ese instante, me cuenta que trabaja en una serrería con su padre, y yo le digo que soy repostera en Los Ángeles. Según avanzamos en nuestra conversación, su parte ligona desaparece para darme a conocer a un chico agradable y simpático con el que se puede hablar. Tras ese primer baile, y cuando los músicos comienzan a tocar una pieza más movida, me dispongo a retirarme de la pista, pero Sean no me deja.

—No sé bailar esto —protesto riendo.

—Vamos, es fácil... Yo te enseño.

Doy mi brazo a torcer y, segundos después, sigo el baile con pericia y diversión. Pero ¡qué bien se me da el country!

Entre risas, Sean y yo bailamos y me siento una vaquera de tomo y lomo. Los pasos son fáciles, y puedo seguirlos perfectamente sin equivocarme, hasta que, al dar una vuelta, choco con alguien y, al mirar,

veo que es Andrew.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta con gesto serio.

Bueno..., buenooo..., ¡chulitos a mí!

—Estoy bailando, ¿no lo ves?

—¿Con Sean?

—Pues sí. ¿Algún problema?

La mirada que Andrew nos echa a Sean y a mí no es muy conciliadora, y dice antes de darse la vuelta:

—Vamos. Regresamos al rancho.

Me hace gracia oír eso.

—O me esperas o te vas tú solo. Yo estoy bailando.

Andrew vuelve a mirarme. Su gesto ha pasado del enfado a la indignación y, calentita como voy, y cuando me pongo puñetera soy la peor, pregunto:

—Oye, *mi niño*, ¿por qué no vas a divertirte con tu pelirroja mientras yo me divierto con Sean? Con algo de suerte, puede que me respete un poquito más que tú.

Resopla. Yo me cago en todo y, cuando va a responder, siseo enfadada:

—Voy a seguir bailando. ¿Qué tal si me dejas en paz?

Me doy la vuelta para continuar cuando él me agarra del brazo y gruñe:

—*Cielo...*, me estás cabreando.

Madre..., madre..., ¿a que le suelto un bofetón?

Pero, como no tengo ganas de montar un pollo delante de su familia, que nos mira, siseo como una gata a punto de atacar:

—Por tu bien, Caramelito, más vale que me sueltes si no quieres que te deje en ridículo delante de todos, de tal manera que luego no vas a saber ni dónde meterte.

De inmediato, suelta mi brazo y yo continúo mi baile con Sean. Durante unos segundos, Andrew no se mueve de donde está y, cuando finalmente lo hace y sale del local, el rubio se mofa.

—Uau, española, ¡los tienes bien puestos!

Asiento, sonrío y sigo bailando. Sin duda sé que los tengo bien puestos, como él dice. Cuando el tema acaba y comienza otro más tranquilo, lo miro y pregunto:

—¿Qué tal si me cuentas de qué va ese mal rollito que tenéis Andy y

tú?

Sean sonríe. Menudo sinvergüenza es éste también.

—Es cosa de Andy, no mía. Siempre hemos tenido el mismo gusto en lo que a mujeres se refiere y, cuando Arizona lo dej , ella estuvo conmigo y...

—Y él se lo tomó muy mal —termino yo la frase.

—Exacto. Por eso ahora no soporta que me acerque a ti y es incapaz de creer que he madurado como persona, aunque reconozco que me gusta hacerlo rabiar.

Seguimos con el baile y, cuando éste acaba, le digo:

—Gracias por los bailes, pero creo que debo regresar con los McCoy.

Sean se toca el sombrero y sonríe. Me suelta y voy en busca de las personas con las que he venido, pero Arizona se interpone en mi camino y murmura con cara de circunstancias:

—Lo siento. No pretendía que Andy me...

—Arizona —la corto—. Ahora no, por favor.

Y, sin más, me doy la vuelta y camino hacia los McCoy, que me miran como si hubiera matado a alguien.

—Me importa un pimiento si os parece bien o no que baile con Sean o con quien a mí me d  la gana, y podéis dejar de hablarme e ignorarme como hacéis con la pobre Madison —les suelto—. Pero, de donde yo vengo, si tu novio no se comporta y hace el idiota con una mujer delante de ti, la novia tiene todo el derecho del mundo a demostrarle su malestar. Así pues, dejad de mirarme como si hubiera cometido un crimen, porque, que yo sepa,  todav a no lo he cometido! Y ahora,  d nde est  el burro de Andy?

Ellos se miran boquiabiertos entre sí. Sin duda no están acostumbrados a que una mujer les hable con esa claridad, y finalmente Flor dice:

—Ha dicho que nos esperaba en la camioneta.

Asiento. Cojo la cerveza que Lewis tiene entre las manos, que supongo que es la mía, y  nado mirándolos:

—Si no os importa, me voy adelantando. Tengo cuatro cositas que decirle a Andy.

Y, sin más, y hecha una furia, salgo del local con la cerveza en la mano. Como si me conociera el pueblo, camino hasta donde hemos dejado

el vehículo y, cuando llego y lo veo apoyado en el capó, camino directamente hacia él.

—Eres un cretino, un idiota, un imbécil —gruño—, y podría gritarte cosas peores pero no quiero calentarme más de lo que ya estoy. —Él me mira pero no responde—. Cuando comenzamos este absurdo jueguecito sólo te pedí una cosa, y fue que me respetaras como tu novia ante los demás. Pero te has pasado, me has dejado en ridículo babeando por esa pelirroja que se creía Rita Hayworth quitándose el puñetero guantecito y, luego, con toda tu prepotencia, te plantas ante mí para reprocharme que bailo con Sean. Pero ¿tú quién narices te has creído que eres?

Sigue sin contestar. No dice nada. Sabe que la ha cagado con su comportamiento. Lo sabe tan bien como yo.

—Te advertí que te mantuvieras alejada de Sean, ¿lo has olvidado? —dice finalmente.

¡Anda, mi madre...! Y, cambiando el peso de pie, sacudo la cabeza y murmuro:

—Y yo te dije que me respetaras; ¿lo has olvidado tú también?

Tengo la garganta seca. Le doy un trago a mi cerveza y, al ver que los demás aparecen por la esquina, abro la puerta de la camioneta y siseo mirándolo:

—Si de verdad fueras mi novio, te aseguro que esta noche dejarías de serlo.

Luego, en silencio, me meto en el vehículo y, cuando los otros aparecen, sin hablar, hacen lo mismo. Flor se sienta a mi lado, me mira y me coge la mano. Me la aprieta y yo le sonrío. Tras dejarla a ella en su casa, el resto continuamos hacia el rancho.

Cuando llegamos, Andrew se baja del vehículo y, sin esperarme, camina a grandes zancadas en dirección a la cabaña. Lo miro boquiabierto y, cuando el resto de los McCoy desaparecen sin decir nada, voy hacia allí yo también. ¡Se va a enterar éste! Es más, pienso hacer la maleta y largarme de allí. Se acabó el jueguecito.

Pero, al pasar junto al establo, semioculta por la oscuridad de la noche, veo salir por la puerta lateral a Chenoa. ¡Pues sí que trabaja hasta tarde!

Como no quiero pensar en ella, entro en el establo para despedirme de mi potrillo preferido. Cuando llego hasta él, me apoyo en la cerca y murmuro:

—Hola, *Apache*...

El animal me mira con sus ojos redondos y, acercándose hasta la madera que nos separa, me permite acariciarle el hocico y la cabeza. Eso me emociona y, cuando estoy sonriendo, oigo:

—Veo que se alegra de verte.

Al volverme me encuentro con Tom. Rápidamente pienso en que he visto salir de aquí a Chenoa minutos antes, y tengo muy claro lo que hacían los dos. ¡Qué sinvergüenzas!

El silencio se apodera del lugar hasta que él, ajeno a lo que ha ocurrido con Andrew, pregunta:

—¿Lo habéis pasado bien?

Suspiro. Imagino que mi gesto le hace entender que no estoy de humor, y murmura:

—Eres lo que Andy necesita.

—No mientas —cuchicheo furiosa, intentando no decir lo que pienso realmente—. Os gustan las mujeres dóciles a las que domar como a caballos para luego poder pasar de ellas.

—¿Por qué dices eso?

Trabada por lo mucho que me joroba pensar en la pobre Madison, siseo:

—Porque es lo que estoy viendo. Tanto tú como Cold como tu maravilloso Andy tenéis mujeres increíbles a vuestro lado y las tratáis que da pena. ¿O acaso miento?

Me mira. En sus ojos veo la alerta, y al distinguir carmín en su mejilla, siseo:

—Dile a Chenoa que al menos tenga la decencia de avisarte si te deja restos del delito —y, sacándome un kleenex del bolsillo, se lo entrego—. Límpiame, si no quieres que Madison lo vea.

Él se apresura a coger el pañuelo y se limpia. A continuación, mira el papel y, al ver el color rojo, se dispone a replicar.

—No quiero saber nada del tema —lo corto—. Creo que ya sé demasiado sin querer.

Y, sin más, dirijo la mirada hacia mi potrillo. Tom me da las buenas noches y se marcha.

Estoy refunfuñando cuando oigo la voz de Lewis a mi espalda.

—Creo que precisamente es ese carácter tuyo lo que a Andy le gusta de ti.

Sonrío. Lewis es un amor.

—Siento haber montado ese numerito en el bar —murmuro—, pero... pero...

—No tienes que disculparte —me interrumpe—. Soy de los que respetan los pactos entre parejas. Cada pareja tiene sus códigos y, sin duda, creo que quien se lo ha saltado esta noche ha sido mi hermano, no tú. Tú simplemente le has hecho saber lo mucho que te había molestado comportándote como él.

—Exacto..., ha sido eso mismo. Y que conste que yo no le he tocado el trasero a Sean.

Lewis sonrío y, tras echarme un brazo por encima de los hombros, dice mientras caminamos hacia el exterior del establo en dirección a la cabaña:

—No sé de qué hablabas con Tom ni quiero saberlo, pero ahora olvídate de todo, métete en la cama y descansa. Mañana será otro día. Andy es de los que se enfadan con rapidez, pero luego se le pasa. Seguro que, cuando se despierte, se dará cuenta de su error y...

—Lewis —lo corto—. ¿Crees que Andy y Arizona podrían llegar a ser felices?

El moreno me mira, lo piensa un instante y responde encogiéndose de hombros:

—No lo sé, Coral. En su momento, Andy lo pasó muy mal por su causa, pero, si te soy sincero, entre tú y ella, me gustas mucho más tú.

Eso me hace sonreír, y más cuando añade:

—Eres más auténtica, más simpática, más...

—Pero ella es la guapa —me mofo—. Lo sé...

Lewis se para.

—La belleza es algo pasajero, y tú eres una belleza también.

—Gracias por el piropo, pero sé cuáles son mis limitaciones, y reconozco que Arizona es una auténtica preciosidad —suspiro sonriendo.

—No seas tonta, Coral—insiste él—. Ya quisieran muchas mujeres tener la personalidad arrolladora, el dinamismo y la gracia que tú tienes. No sé si te has dado cuenta, pero en el rancho ya eres una persona muy querida. El simple hecho de que te acuerdes de los nombres de todos los que trabajan aquí dice mucho de ti, y mi madre y Nayeli están encantadas contigo y...

—Y Pocahontas y Vaca Sentada también. Saltan de felicidad cada vez

que me ven —afirmo con segundas.

Pero de pronto me doy cuenta de que Lewis no sabe a quién me refiero, hasta que comienza a reír a carcajadas.

—¡No me digas que Pocahontas es la abuela y Vaca Sentada es Chenoa!...

Asiento. Él vuelve a carcajearse y, al final, termino riendo yo también.

Cuando llegamos frente a la cabaña, mi humor ha mejorado. Esa pequeña charla con Lewis me ha relajado y, tras darle dos besos en las mejillas, me despido de él.

Al entrar me encuentro a Andrew apoyado en la encimera de la cocina. Me mira con gesto serio y me suelta:

—Qué bien te lo pasas con mi hermano, ¿no?

Uiss..., uiss... Coral, cuenta hasta mil, que se vuelve a liar otra vez.

—Mejor que contigo, ¡por supuesto! —replico retándolo con la mirada.

—Mira, guapa, a mí no me...

—Eh, guapito —lo corto levantando la voz—. Chulerías conmigo, las justas, porque si estoy haciendo esto es por hacerte un favor, ¿entendido? Y, antes de que vuelvas a decir algo inapropiado, déjame decirte que no pretendo que me quieras, simplemente con que no me jodas es suficiente.

Mi respuesta lo hace maldecir y, tras dejar el vaso que tiene entre las manos en el fregadero y dirigirse hacia su habitación, dice de mala gana:

—Buenas noches. Que descanses.

Y, sin más, cierra de un portazo. Es la primera vez que la cierra del todo desde que estamos allí.

Como no tengo ganas de polémicas, voy yo también a mi cuarto y cierro de otro portazo.

¡Yo no soy menos!

Enfadada por cómo ha terminado la noche, camino de un lado a otro de la habitación, y cada segundo que pasa soy consciente de que tengo un ataque de cuernos monumental. Maldigo, me insulto a mí misma... Estoy pillada por un tipo que no se lo merece, y aquí la única culpable soy yo. ¿Por qué tengo que enamorarme siempre de quien no lo merece?

Miro mi maleta y mi ropa. En cinco minutos puedo tenerlo todo guardado... Pero, desinflándome, me siento en la cama. ¿Adónde voy a ir a estas horas?

Al final, desisto. Me tumbo sobre el colchón y decido esperar al día siguiente. Cuando amanezca, me iré de aquí sí o sí.



Cuando me despierto, mi enfado ha disminuido considerablemente, pero la decisión está tomada: ¡me marchó!

Al salir de la habitación veo la puerta del cuarto de Andy abierta y me percató de que no está. Eso me alegra.

Huele a café. Como cada mañana, me ha dejado café recién hecho. Pero voy al baño, me lavo los dientes, la cara y, cuando he terminado, recojo mis enseres y los llevo a mi habitación.

Miro mi móvil. Es una puñeta que aquí no haya cobertura. No puedo consultar los horarios de los autobuses que pasan por Hudson, por lo que decido marcharme sin más. Pediré un coche, iré a Hudson y, una vez allí, le dejaré las llaves a Elmer y asunto arreglado.

Cuando salgo de la cabaña, el rancho está en pleno apogeo y, como cada mañana, voy saludando con una sonrisa a todo aquél con el que me cruzo. Kevin, Harvey, César, Ray... El corazón se me entristece al no poder decirles que me voy.

Entro en la casa grande y camino hacia la cocina. Seguro que Ronna está allí. No sabe nada de lo ocurrido la noche anterior, ni lo que pienso hacer y, al verme, me abraza encantada y me prepara un café, mientras me dice:

—Andy y los chicos han ido a arreglar la alambrada del sureste. Al parecer, algún gracioso la ha destrozado y los caballos podrían escaparse por allí.

Asiento. Tomo mi café y, sin decirle para qué lo quiero, pregunto directamente:

—Ronna, ¿puedes dejarme tu coche para ir a Hudson?

—Claro que sí, cariño.

Entonces se vuelve, abre un cajón y saca unas llaves, pero éstas de

pronto acaban en el suelo.

Me apresuro a agacharme para recogerlas, y Ronna murmura metiéndose las manos en los bolsillos del mandil:

—¡Qué torpe estoy hoy! —y, antes de que yo diga nada, pregunta—: ¿Sabes ir sola o quieres que te lleve yo?

Su buena predisposición para todo me hace sonreír.

—Sé ir sola —afirmo con cariño—. No te preocupes.

La mujer sonrío y, cuando acabo el café, me levanto y le doy un fuerte abrazo.

—Eres maravillosa, Ronna. De verdad que me ha encantado conocerte.

Ella me mira.

—A mí también me ha encantado conocerte..., pero ¿pasa algo, cariño?

Diossss, ¡que me descubro!

—No. —Sonrío—. Sólo que eres tan amable conmigo que quería hacértelo saber.

Ella sonrío a su vez, me da un beso en la mejilla y, después, guiñándome el ojo, dice:

—Ten cuidado en la carretera, ¿vale?

Asiento y, con todo el dolor de mi corazón, salgo de la cocina y de la casa. Con las llaves del coche en la mano, camino hasta donde está, lo arranco, me detengo delante de la cabaña y meto mi maleta con disimulo.

Cuando voy a montarme de nuevo en el coche, la pareja de caballos que tanto me gustan, y que son los padres del potrillo al que he bautizado con el nombre de *Apache*, me miran desde la cerca y, sonriendo, les tiro un beso. Ellos cabecean mientras siento que los ojos se me llenan de lágrimas y me meto en el vehículo.

Me tiemblan las manos. Estoy nerviosa. Andrew, sin saberlo, sin proponérselo, ha roto la muralla que yo había creado alrededor de mi tonto corazón y ahora estoy perdida. ¡A sufrir toca!

Cuando consigo dejar de temblar, arranco el motor y, sin mirar atrás, salgo del rancho, cojo la carretera de la derecha y al cabo de unos veinte minutos llego a Hudson. No tiene pérdida.

Tras aparcar, me dirijo hacia la estación de autobuses y me entero de que el de Los Ángeles sale a las seis de la tarde. Dios, ¡faltan siete horas! Tomo nota del horario y decido pasearme por la ciudad con tranquilidad,

así que dejo mi equipaje en el coche. Más tarde lo recogeré.

En mi paseo descubro tiendas increíbles y veo el aserradero del padre de Sean. Estoy por ir a saludarlo, pero pensándolo mejor no lo haré. Creo que eso, junto con mi escapada, cabrearía más a Andrew.

Camino varias calles y, de pronto, una cabellera roja sentada en una terraza llama mi atención. Al mirarla con detenimiento, me doy cuenta de que es Arizona. La observo paralizada. La tía está monísima con ese traje de chaqueta oscuro que lleva mientras se toma un café. Recuerdo que Andrew me dijo que había montado su propio bufete de abogados, y presupongo que debe de estar por allí. Dudo si acercarme a ella pero, al final, consciente de que me voy a ir de Wyoming, me armo de valor y me planto a su lado.

—Hola —saludo.

Ella se vuelve y me sonrío. Por Dios, cuando esta mujer sonrío es que te da un buen rollo increíble. Y, en el momento en que va a levantarse, la detengo y pregunto:

—¿Puedo tomarme un café contigo?

—Por supuesto.

El camarero se acerca a nosotras, pido un café con leche y, cuando éste se va, ella me pregunta:

—¿Qué haces en Hudson?

—Estoy de compras.

—¿Sola?

Sin duda conoce a Andrew y sabe que no me dejaría ir sola.

—Sí —afirmo—. Ronna me ha dejado el coche mientras él y sus hermanos arreglan una cerca.

Arizona asiente.

—Quería pedirte disculpas por lo borde que estuve ayer contigo —señalo.

—Noooo..., no digas eso. Las disculpas te las tengo que pedir yo a ti —afirma clavando sus ojazos en mí—. No debería haberle puesto el sombrero a Andy. Soy la primera que sé el significado de esa acción, pero mis amigas me animaron a que lo hiciera y, la verdad, me arrepiento una barbaridad.

—Tranquila.

—No, en serio, Coral. Aunque viva en este lugar, mis costumbres son otras, y lo que ocurrió anoche es algo que nunca tendría que haber

ocurrido. Debería haber parado a Andy. Él te tiene a ti, y no debió de ser plato de gusto ver lo atento que estuvo conmigo delante de todos.

Asiento. La verdad es que no fue fácil. Pienso en Andrew; sin duda para él la situación de anoche también debió de ser complicada y, dispuesta a que al menos él se reencuentre con el amor de su vida, murmuro:

—Oye, quizá no entiendas lo que voy a decirte y pienses que me faltan doscientos tornillos en la cabeza, pero es que, si no te lo digo, si no lo hablo contigo, reviento.

—Dilo entonces —veo que murmura ella con gesto asustado.

Intento ordenar mis ideas.

Intento que lo que voy a decir sea algo lógico y coherente y, cuando veo que, por mucho que lo pienso, de lógico no tiene nada, finalmente suelto:

—Creo que él sigue enamorado de ti, y algo me dice que tú también sientes algo por él, ¿verdad?

Arizona no responde. Se calla. Se pone roja, ¡mira..., como su prima! Y, al ver el apuro que está pasando, me olvido de mis tontos sentimientos y prosigo:

—Yo estoy enamorada de Andrew..., de Andy. Intentamos que lo nuestro funcione —miento—, pero somos tan diferentes que tengo muy claro que nunca va a funcionar porque él aún siente algo por ti.

—Oh, por Dios, Coral, no digas eso. Andy...

—Déjame terminar, por favor. Él y yo tenemos muy claro que ni yo soy de su propiedad, ni él es de la mía y precisamente porque le tengo aprecio y quiero que sea feliz, creo que lo más sensato sería que regresara contigo.

La pobre parpadea. Creo que alucina con lo que está oyendo.

—Pero... pero..., ¿qué me estás pidiendo? ¿Qué quieres decir?

Madre..., madre..., lo que me está costando hacer esto.

—Te estoy pidiendo algo absurdo, lo sé —murmuro, consciente de ello—. Pero no soy tonta, tengo ojos y veo cómo él te observa y cómo te sigue con la mirada cada vez que nos encontramos contigo y viceversa.

—Ay, Dios mío, Coral...

—Arizona, necesito que ayudes a Andy a dar el paso hacia ti. Creo que es un tipo que no lo ha pasado bien por culpa de terceras personas y, si tú eres la mujer de su vida, se merece estar contigo.

Ea..., ¡ya lo he dicho!

Ella me mira boquiabierta. Sin duda no sólo piensa que me faltan doscientos tornillos.

La pobre no sabe qué decir. No entiende que yo, como su novia, le esté pidiendo eso.

—Yo... yo no puedo hacerlo, Coral —murmura—. Estás tú y...

—Reconquistalo. Hazle saber que estás dispuesta a darle otra oportunidad, y creo que él reaccionará. Sin duda, está loco por ti.

Me está costando una barbaridad decir eso, pero dentro de unas horas desapareceré de aquí, y quiero que Andrew sea feliz. Arizona no sabe qué decir. Sólo me mira, y estoy dándole un trago a mi café cuando murmura:

—Pero eso es cruel.

—¿Por qué es cruel?

—Porque estás tú y...

—No, no sigas —la corto sonriendo—. Si te lo pido es porque quiero lo mejor para él —digo y, mintiendo, añado—: Y sé que yo no soy lo mejor, por mucho que él ahora lo crea. Porque, en cuanto te vea a ti receptiva, se va a dar cuenta de que lo mejor para él eres tú..., créeme.

Arizona me mira. Pobrecita, qué desconcierto tiene encima.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres? —murmura finalmente.

—Sí.

—Andy me gusta mucho y, si voy a ir a por él, voy a ir a por todas.

—Es lo que tienes que hacer. —Sonrío como puedo.

—De acuerdo —sentencia ella.

Asiento. Acabo de cometer la mayor tontería que sin duda he hecho en mi vida y, levantándome, exclamo tras darle un último sorbo a mi café:

—Uf..., qué tarde es. Tengo que regresar al rancho antes de que Ronna se preocupe.

Y, sin más, le doy dos rápidos besos, me vuelvo y desaparezco de allí lo más rápido que puedo, mientras las lágrimas corren por mis mejillas y sé que lo que acabo de hacer es lo que ha de ser. Arizona y Andrew han de estar juntos, y allí sobre yo.

Media hora después, y algo más tranquila, continúo caminando por Hudson. Con curiosidad, y sin querer pararme en ningún sitio, me meto por callecitas poco transitadas, cuando de pronto veo a Chenoa aparcando su coche en el lateral de una calle.

¡Ostras, Vaca Sentada!

Rápidamente, me camuflé tras un contenedor de basura. Por allí casi no pasa gente y no quiero que me vea. Sin embargo, me quedo boquiabierto cuando, segundos después, un hombre abre una sucia portezuela de un almacén y sale de él, Chenoa baja del coche y aquél, agarrándola del brazo, la besa de una manera que hace que se me seque hasta el alma.

Pero buenoooooooooooo, ¿con cuántos hombres está liada esa perraca?!

Cuando dan por finalizado el beso, caminan hacia la sucia portezuela, y de pronto soy consciente de que la cojera del tipo me suena de algo. ¿Dónde lo he visto antes?

—Ostras, pero si es Quincy McBirthy, el padre de Quincy Junior y el gran rival de Sora en la venta de caballos —murmuro alucinada—. Pero ¿qué haces tú con Vaca Sentada?

Durante un rato observo cómo se magrean semiescondidos contra la puerta mientras la cabeza me da vueltas. La muy perraca está liada con Tom y también con éste y entonces, abriendo los ojos, murmuro:

—No me jorobes que la hija de su madre es la que hace que los caballos enfermen para beneficiar a los McBirthy...

No quiero creerlo, pero no puedo dejar de pensar en ello así que saco el móvil y les hago una foto.

Instantes después, ambos desaparecen tras la vieja puerta por la que ha salido antes el hombre. Sin dudar, y en plan inspectora Gadget, salgo de detrás del contenedor de basura, cruzo la calle y, con cuidado, me subo a unos palés que hay en el suelo hasta llegar a la ventana.

Miro, sin que ellos me vean, y me quedo alucinada al ver a Vaca Sentada contra la pared, con la falda levantada y al otro dale que te pego por detrás.

—Bueno..., bueno..., menuda zorraplona estás tú hecha, amiguita.

Con el móvil, hago un par de fotos más y, sin ganas de seguir mirando el desagradable espectáculo, me bajo de los palés y me escabullo de allí antes de que nadie me vea, mientras pienso si he de enseñarle eso o no a Andrew.

Un buen rato después, y ya repuesta del bochornoso espectáculo que he presenciado por cotilla, regreso hasta donde he dejado aparcado el coche de Ronna, saco mi maleta y lo cierro. Segura de lo que voy a hacer, camino hacia el centro de Hudson y entro en la tienda de Elmer decidida a

comprarle las botitas camperas de color rosa a mi niña.

¡No me voy de aquí sin ellas!

En cuanto me ve aparecer, Elmer sonrío. Sabe que soy la novia de Andy McCoy y, con cariño, me atiende y me hace un tercer grado mientras observa mi equipaje.

¿Y digo yo que soy curiosa?

Mientras charlamos, me percató de que se me escapa que las botitas rosa son para mi hija. Eso parece sorprenderlo, pero bueno, ¿qué más da, si me voy ya?

Cuando termino de comprar, Elmer se empeña en cargarlo todo a la cuenta de los McCoy. Pero me niego, no pienso permitir que lo paguen ellos. Al final me tengo que imponer y el hombre, cabeceando, da su brazo a torcer y acepta mi dinero.

En cuanto consigo hacerlo sonreír de nuevo, le entrego las llaves del coche de Ronna y le indico que está aparcado al final de la calle. Él me mira sorprendido, pero, sin darle explicaciones, le pido que, por favor, se las devuelva al primer McCoy que vea.

Con las botitas rosa de mi Gordincesa y varias camisetitas también para ella, me despido de Elmer, salgo de la tienda y pienso qué hacer. Si sigo en Hudson, seguramente al final alguien me verá, por lo que regreso a la estación. Entonces veo que sale un autocar para Lander, el pueblo de al lado, y que desde allí puedo tomar horas después el mismo que va a Los Ángeles.

Lo cojo sin dudar. He de alejarme de los McCoy.

Cuando, diez minutos después, el vehículo arranca y sale de Hudson, me alegro y al mismo tiempo me entristezco. Sin embargo, como no quiero darle más vueltas, me pongo los auriculares y, tras rebuscar en mi móvil, comienza a sonar la canción *Con tu voz*,^[14] de Tarifa Plana, un divertido grupo que conocí junto a Yanira en uno de los festivales de Los Ángeles al que la acompañé.

Al llegar a Lander, todo para mí es nuevo y, tras callejear un poco, decido sentarme en una terracita soleada a tomarme un café. Aquí, me siento libre. Nadie me conoce y nadie sabe que estoy aquí.

Mi móvil tiene cobertura —¡viva!— y dudo si llamar o no a Yanira. Hablar con ella me haría bien, pero no quiero preocuparla, y sé que si la llamo lo voy a hacer. Así pues, decido hacerlo cuando llegue a Los Ángeles.

Aburrida, me compro un libro en una librería que hay frente a la terracita y comienzo a leerlo, pero no me concentro. Mi cabeza no deja de dar vueltas alrededor de mi dichoso vaquero.

¿Qué pensará cuando vea que me he marchado?

El tiempo pasa lentamente y me impaciente. Sin duda, Ronna ya estará preocupada porque no regreso. Eso me inquieta porque imagino que saldrán a buscarme pero, al estar en Lander, me tranquilizo y decido entrar en una cafetería a comer algo.

Cuando entro, todos los presentes me miran como se suele mirar a un extranjero al que nunca has visto; me siento al fondo del local y decido comer algo. No tengo mucha hambre, pero es mejor que coma. Me espera un viaje muy largo hasta Los Ángeles.

De nuevo, vuelvo a sacar el libro, y estoy mirándolo cuando noto que alguien se sienta frente a mí. Al levantar la cabeza, me quedo de piedra en cuanto me encuentro con Andrew, Lewis y Moses. Los tres me miran y, antes de que yo diga nada, Andrew les pide:

—Chicos, ¿podrías dejarnos un momento?

—¿Y perdernos la bronca del siglo? —se mofa Lewis.

—Ah, no..., yo me quedo —afirma Moses.

Él los mira. Los mira como si fuera a matarlos y, al fin, Moses y Lewis salen de la cafetería sonriendo.

El silencio entre nosotros es incómodo cuando, finalmente, Andrew murmura:

—Pensabas marcharte sin decirme nada.

Joderrrr..., no sé qué decir. No esperaba encontrarme con él aquí y, tras tomar aire, respondo:

—No tengo ganas de discutir.

—Yo tampoco.

—No me calientes más de lo que estoy porque soy de las que pierden rápidamente los nervios y...

—Te he dicho que yo tampoco quiero discutir —me corta—. Pero me preocupo por ti.

Oír eso hace que mis defensas se subleven.

—Mira, Andrew, he pensado que es mejor así. No quiero seguir mintiendo a nadie y tampoco quiero presionarte a ti porque, al final, nos vamos a odiar. Y, oye, deja de hacer el tonto y ve a por Arizona, ¡ve a por ella! No lo dudes: la chica es encantadora y hacéis una pareja increíble.

Pero disculpa que yo no quiera estar en medio y ser la tercera en discordia.

La camarera llega hasta nosotros, deja una taza delante de Andrew, se la llena y, cuando ésta se va, él dice:

—Anoche lo hice mal. Soy consciente de ello. El tonto con Arizona estuvo fuera de lugar. Me dejé llevar por el momento y...

—Pero si es que puedes hacerlo —lo corto—. Eres un hombre libre y, si esa chica, que fue tu novia, aún hace que el corazón se te acelere, ¿por qué no vas a hacerlo? El problema aquí soy yo. Pero ¿no te das cuenta de que estando yo en Hudson, haciéndome pasar por tu novia, se complica todo?

Él sonrío, meneando la cabeza y responde:

—Lo creas o no, si tú te marchas, entonces sí se me va a complicar todo.

—No digas tonterías —protesto.

Volvemos a mirarnos. Si él es descarado, yo también lo soy.

—Si te prometo lo que tú me pidas —dice a continuación—, ¿regresarás conmigo al rancho?

Madre..., madre... Si se entera de que he hablado con Arizona para que vaya a por él, ¡me mata! Pero no quiero contárselo, y respondo:

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Sabes, morena? Un «sí» siempre sabe mejor cuando comienza con un «no».

—Me alegra saberlo, pero sigue siendo no.

—Por favor...

—No.

—Por favor..., por favor...

No me gusta que me suplique. Soy una blandengue ante las súplicas.

—He dicho que no, y no es ¡no! —gruño.

Andrew me mira, clava sus impactantes ojos en mí, y luego susurra:

—¿Tampoco lo harías por mi madre? Piensa en el disgusto que se va a llevar...

Que mencione a Ronna me toca el corazón.

—Eso es juego sucio, ¿no crees?

Él asiente.

—Tremendamente sucio —afirma—, pero tú eres una mujer de buen corazón, y por eso lo utilizo.

No sé por qué sonrío al oír eso. Desde luego, es un bribón.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto.

Mi vaquero da un trago a su café y, cuando deja la taza en la mesa, dice:

—Mi hermano y Moses estaban en Hudson y se han encontrado con Elmer. Éste le había dado las llaves del coche de mi madre. Te han buscado, te han visto en la estación de autobuses y, mientras Moses te vigilaba y te seguía en su camioneta hasta Lander, Lewis ha regresado con el coche de mi madre, me ha dicho lo que ocurría y aquí estoy.

—Joder con Elmer. Es todo un cotilla. —Pero, al hablar de cotillas, recuerdo algo—. Por cierto, he visto a Chenoa y...

—No quiero hablar de ella ahora.

—Pero, escucha..., yo...

Él pone la mano sobre mis labios e insiste:

—Estoy hablando de ti y de mí. Ella no tiene cabida aquí, por favor.

Vale..., si me lo pide por favor con esos ojitos, pospondré la conversación para otro momento. Andrew sonrío. Su sonrisa, como siempre, me atonta.

—Si no regresas por mí, hazlo por mi madre, por Nayeli, por Flor y por Madison. Si por mi culpa no estás en el concierto de las Fifth Harmony, ni en la boda, no me lo van a perdonar.

Niego con la cabeza. No quiero seguir con ese juego. Entonces, Andrew se levanta, se sienta a mi lado y murmura:

—Te lo pido por favor. Prometo ser el novio más amable, atento y cariñoso que nadie haya tenido nunca en el mundo.

Eso me hace soltar una carcajada; creo que, tras mi conversación con Arizona, el pobre lo va a tener difícil. Sin duda se está empleando a tope y, finalmente, rendida a sus encantos como me ocurre siempre, digo:

—Tampoco te pases, que ya sabes que me van los rubios.

—Vamos. Regresa conmigo —insiste él.

Cinco minutos después, salimos de la cafetería. Soy una idiota. Soy una blandengue, y me he dejado convencer. Moses y Lewis, que nos esperan junto a los coches, sonrían al vernos.

—Chica lista —murmura Moses dándome un abrazo—. Me alegra que regreses con nosotros.

Lista, lo que se dice lista, no sé si soy, o soy lo más tonto que ha parido mi madre, pero sonrío, me monto en el coche con Andrew y regresamos al rancho seguidos por los otros dos.



Como me ha prometido, ahora Andrew es un aplicado y perfecto novio que me mimaba ante los demás y está pendiente de mí en todo momento para facilitarme la estancia en el rancho.

Cuando nos encontramos con Arizona tomando algo por las noches, ella nos observa y ni se acerca a Andrew. Creo que la pobre no sabe ni qué pensar.

Sora y Chenoa, cada vez que nos ven prodigándonos cariñitos, nos miran con mal gesto, y yo, deseosa de hacerlas rabiar, besuqueo a Andrew sin ninguna discreción. Él, que se da cuenta, casi siempre me sigue el juego. Me hace cosquillas, me echa sobre su hombro y reímos a voces, mientras Ronna nos observa y veo la felicidad en su cara.

En cuanto a lo de Chenoa, no he dicho nada. Sé que soltar que está liada con Tom y con Quincy es una bomba de relojería que tengo en mis manos, aunque debo gestionar cómo la suelto o podría explotarme en toda la cara a mí.

No he vuelto a gritar «¡Viva Wyoming!».

Andrew y yo nos mantenemos en nuestro papel de perfectos novios, pero cuando llega la noche y nadie nos ve, nos despedimos con una sonrisita y cada uno se mete en su habitación. Eso sí, en la cama, doy más vueltas que una peonza. Saber que el hombre que me gusta, que me encanta y que me vuelve loca está a escasos diez metros de mí no es fácil de digerir, pero he decidido pensar las cosas antes de hacerlas o sufriré, y sufriré mucho.

Una de esas tardes, Madison y Flor me invitan a ir a casa de esta última. Yo acepto encantada. Me gusta estar con ellas.

Cuando llegamos a casa de Flor, en vez de aparcar en la puerta, Madison lleva el coche hasta un cobertizo. Flor sale de allí para recibirnos

y, cuando su futura cuñada saca unas bolsas del maletero de su vehículo, la miro sorprendida.

Una vez ha metido las bolsas en el cobertizo, Flor abre encantada una de ellas y, tras sacar varios vestidos de novia, dice mientras los cuelga en un enorme armario:

—Bienvenida a la fiesta del divorcio.

—¿Qué? —pregunto boquiabierta.

Entre risas, ellas me explican que todas las mujeres de Hudson y alrededores que se divorcian, como desean perder de vista el vestido que llevaron el día de su boda, se lo venden a Madison. Ella los transforma y los vende a otras novias por unos precios muy asequibles. Yo las escucho incrédula, y entonces Madison me anima:

—Vamos, pruébate el que quieras.

Uau, ¡con lo que me gustan a mí los vestidos de novia!

Siempre he sido la típica que se prueba los de sus primas, sus amigas y sus tías. Vamos, que con razón no me caso. Me he probado los vestidos de media humanidad, y dicen que eso trae mala suerte.

Entre risas, rebusco en el armario. Allí hay verdaderas horteradas y otros que no están tan mal, hasta que de pronto me paro ante un vestido y, tras escanearlo, murmuro:

—No puede ser.

Lo descuelgo. Me pongo nerviosa y, al mirar la etiqueta, susurro:

—Ay, Diosito.

Mis palabras atraen la atención de las otras.

—¿Qué ocurre? —pregunta Madison.

Con el vestido de novia en las manos, las miro y respondo:

—Éste es un modelo del que me enamoré hace años. Y, aunque no lo creáis, tengo hasta una foto en mi casa de la revista donde lo vi por primera vez. Siempre dije que, si algún día me casaba, sería con este vestido. Mis amigas llevan buscándolo un montón de tiempo para regalármelo, pero no se encuentra porque está descatalogado y, de pronto, al verlo aquí, yo..., yo...

—Pero ¿qué me dices? —murmura Flor mirándome.

Con el vestido sucio y amarillento en las manos, me siento sobre una silla desvencijada y cuchicheo:

—Cuando les cuente a mis locas que lo he encontrado en un cobertizo en Wyoming, y lleno de polvo, no se lo van a creer.

Ver ese vestido, que tanto me hace soñar cada vez que miro su foto, me acalora. Pero, no dispuesta a hacer un drama de ello, comienzo a desnudarme y me lo pongo. Sin embargo, como era de esperar, no es de mi talla. La novia que lo usó era más alta que yo y tenía más pecho. Aun así, cuando me miro al espejo murmuro:

—Dios..., siempre he querido probármelo, y aquí estoy con él.

Flor y Madison sonrían y, a partir de ese instante, durante más de tres horas, nos divertimos vestidas de novia, criticando a todo bicho viviente mientras bebemos cerveza. ¿Puede haber mejor plan?

Al día siguiente, tras una resaca considerable por toda la cerveza que bebí la tarde anterior, Andrew y yo llevamos a Atlantic City a Nayeli y a sus amigas para ver el concierto de las Fifth Harmony.

Ni que decir tiene que las chicas lo pasan de locura, mientras que Andrew sufre un poquito. Ver cómo su sobrina baila de un modo tan sensual lo deja boquiabierto, y tengo que encargarme de él entre risas. Aunque, cuando cantan *Worth It*,^[15] que me encanta, y comienzo a bailarla, lo miro y lo provoco todo lo que puedo y más.

Dios, ¡qué provocadora soy!

Nayeli y sus amigas me miran sonrientes, y yo, divertida, me acerco a Andrew y le doy varios muas que él acepta sin rechistar. Digamos que es el peaje que le cobro por esta noche.

Tras el concierto, tanto él como yo tiramos de contactos para llegar hasta las artistas y, cuando lo conseguimos, a las adolescentes les entra la histeria colectiva. Se hacen fotos, se abrazan y disfrutan del momento, mientras Andrew y yo las miramos y sonreímos dichosos por haber podido darles ese capricho.

Más tarde, cuando regresamos de Atlantic City y dejamos a cada una de las chicas en su casa, Nayeli nos besa y se va a su habitación a dormir. Andrew y yo continuamos a pie hasta la cabaña. Hace una noche preciosa.

—¿Lo has pasado bien? —pregunta sin soltarme de la mano.

—Sí.

Me mira divertido.

—Nunca imaginé que te supieras las canciones de esas chicas.

Sin duda, el hecho de que me supiera al dedillo aquella canción lo ha sorprendido, y canturreo *Worth It*^[16] mientras comienzo a contonearme como en el concierto. Andrew sonrío y, cogiéndome en brazos, pide:

—Para de una vez y no me provoques más.

Eso me hace gracia y, cuando entramos en la cabaña y me deja en el suelo, nos miramos y, oh..., oh..., creo que de un momento a otro habrá un remuá.

Nos miramos a los ojos...

Nos tentamos...

Siento cómo su respiración se acelera tanto como la mía y, cuando creo que el beso es inminente, él da un paso atrás y dice mirándome:

—Buenas noches, morena.

Ay, ¡qué calor que tengo! Y qué corte acaba de darme.

Quiero que me bese, que me desnude, que me haga el amor. Pero, como no estoy dispuesta a pedirlo ni a aceptar las migajas que él quiera darme, sonrío, le guiño un ojo, me doy la vuelta y respondo:

—Buenas noches. Que descanses.

Una vez cierro la puerta de la habitación, me apoyo en ella, cierro los ojos y murmuro:

—Esto no debe de ser sano para la salud.

Al día siguiente, tras pasar la mañana practicando con *Tormenta* y sentir que Andrew no deja de mirarme de una manera diferente del resto de los días, al final decide que salgamos a cazar. Eso me horroriza, no me gusta nada matar animalitos, pero lo acompaño.

Andrew me explica cómo seguir el rastro de los conejos, aunque yo, por más que miro el suelo, lo veo todo igual; ¿será que no tengo madera de rastreadora?

Nos adentramos en una espesa arboleda cuando, de pronto, unos gritos captan nuestra atención. Andrew me pide silencio. Nos miramos y corremos en la dirección de las voces, pero al llegar nos paramos en seco. Quienes gritan son Madison y Tom, que no nos ven y prosiguen con la discusión.

—¡Vete. Ya te lo he dicho cientos de veces! —exclama Tom.

—Me iría gustosa, pero quiero tanto a tu madre que... que...

—Es mi madre, no la tuya —sisea él—. No te necesita.

—¡Eres un desgraciado, un egoísta, un desagradecido! —vocea Madison.

—Sí..., sí..., todo lo que tú quieras, pero si quieres irte, ¡vete de una vez! Ya sabes que ni te quiero ni te necesito.

Andrew me mira. Yo lo miro a él. Madison se seca entonces las lágrimas que corren por su cara y sentencia:

—Ten por seguro que lo haré, pero una vez haya pasado la boda de Flor y hable con Ronna. No quiero seguir a tu lado ni un día más. No te lo mereces.

—¡Ni se te ocurra decirle lo que hay entre Chenoa y yo!

¡Joderrrrrrrrrrrrrrrrrrrr! Madison lo sabe.

Andrew me mira alucinado. No dice nada cuando ella replica:

—Algún día lo lamentarás. Lamentarás estar con esa interesada que sólo te quiere para ser una McCoy. Lo buscó con Andrew, luego con Cold y Lewis, y al final ha ido a ti, al más débil, al más tonto.

—Sí..., Madison, sí..., y tú eres muy lista.

—¿Sabes? Por ti, maldito desagradecido, he soportado lo indecible, pero se acabó. Una vez me vaya de Aguas Frías, no quiero volver a saber de ti.

—Tranquila. Yo tampoco te buscaré.

Dicho esto, Tom da media vuelta y se aleja. Madison también, pero en dirección contraria.

Apenas sin respirar, Andrew y yo nos miramos. Lo que acabamos de presenciar ha sido terrible.

—Lo siento —susurro.

Él me agarra de la mano y, en silencio, regresamos sobre nuestros pasos. Andrew está sumido en sus pensamientos, y yo prefiero callar y no ser impertinente.

Cuando llegamos al sitio donde me estaba enseñando a rastrear, se sienta y veo que comienza a sacar los táperes que nos ha preparado Ronna. Entonces, dispuesta a decirle todo lo que sé, murmuro:

—Andrew..., yo he visto a Chenoa y a Tom más de una vez. —Me mira—. Y, en cuanto a Chenoa, tengo que...

—No quiero hablar de ellos. Sus problemas no me interesan.

—Ya..., pero tienes que saber que...

—¿Qué parte de lo que acabo de decirte no entiendes, Coral? No quiero hablar de ellos.

Su regañina me hace replantearme si continuar o no. Sin duda, lo que hemos presenciado no es agradable para nadie, y al final desisto.

Como puedo, bromeo acerca de la comida. Ronna es peor que mi madre: nos ha puesto comida para un regimiento.

Cuando por fin consigo que Andrew sonría, miro mis botas.

—¿Sabes que casi me muerde una cascabel al poco de llegar aquí?

Él, que está bebiendo, para de beber.

—¿Qué?!

Ver su gesto preocupado me hace gracia.

—Salí en busca de cobertura para mi móvil y, si no llega a ser por Madison, que apareció y pegó un tiro a una cascabel, creo que lo habría pasado mal. Aunque tengo que confesar que, cuando la vi apuntándome con la escopeta, pensé que había ido a matarme a mí. —Sonrío—. Pensé que estaba celosa, y lo único que la pobre hizo fue salvarme de la picadura de esa bicha.

—Pues no ha contado nada. No lo sabía.

—Y ¿cómo va a contarlo, si ninguno de vosotros le habla ni le presta atención?

Andrew se pasa la mano por las cejas.

—Me alegra saber que no te ocurrió nada.

—Y a mí me alegraría que le hablaras, y más tras lo visto. ¿De verdad no te da pena?

Él no responde, e insisto:

—¿Ni un poquito, aunque sea un poquito muy... muy pequeñito?

Mi vaquero me mira, sonrío y afirma:

—Vale, un poquito sí.

Bien..., ¡tiene corazón!

—Pues debes solucionarlo antes de que ella se vaya. Dormirás mejor por las noches.

—¿Mejor de lo que duermo?

Eso me hace reír.

—¡Te lo aseguro!

Durante la comida, nos olvidamos de lo ocurrido y, una vez acabamos, recogemos las cosas y nos adentramos en el bosque. Allí, veo muchos conejos huyendo de nosotros, y murmuro:

—Ay, qué bonitos, ¿has visto sus colitas?

De pronto, Andrew me pide con la mano que me calle y señala hacia adelante. A pocos metros de nosotros hay dos conejos grises comunes, y cuando él apunta con el rifle, exclamo para alertarlos:

—¡Ay..., ay..., ay..., con lo bonitos que son!

Los animalitos me oyen y salen a la carrera.

—Si no te callas, regresaremos sin la cena —murmura Andrew.

—Uis..., no te preocupes por eso. Puedo preparar unas ensaladas y

unos sándwiches en un pispás.

Él sonrío, me mira y yo le hago ojitos mientras pregunto:

—¿No tienes calor? Estoy sudando.

De nuevo me pide que me calle con un gesto de la mano. Miro hacia el lugar adonde dirige entonces su rifle y veo a otros conejos. Ay, Dios, ¡pobrecitos! Éstos son más claritos y chiquititos, y me recuerdan a *Tambor*, el amigo de Bambi, el del cuento que le leo a Candela alguna noche. Los observo y murmuro:

—Son inocentes. Mira qué colitas blancas tienen. ¿Cómo los vas a matar?

Andrew vuelve a mirarme.

—Voy a por la madre, no a por los pequeños.

—¡¿Y los vas a dejar huérfanos?!

De nuevo, mi exclamación ahuyenta a todos los conejos. Andrew me mira con gesto serio y, antes de que diga nada, miro hacia mi derecha, veo un pequeño riachuelo y digo:

—Uis, qué bien, agüita, ¡vamos a bañarnos!

—No, ¡espera!

Pero, sin hacerle caso, salgo corriendo en dirección a la orilla. De pronto, la tierra parece engullirme y termino sumergida en un buen charco de barro. Andrew, que viene detrás de mí, comienza a carcajearse al verme.

—No sé por qué te ríes tanto, ¡gracioso! —gruño.

Sin importarle si lo mancho o no, me ayuda a salir. Se cuelga el rifle en la espalda y me coge de la mano. Llevo barro hasta en las orejas.

—Anda, dejemos a los dulces y tiernos conejitos —decide—. Necesitas un buen baño.

De su mano, llegamos hasta la orilla del río. Una vez allí, tras deshacerse de todo lo que lleva, me mira y dice mientras se quita la camiseta y los vaqueros para quedarse en calzoncillos:

—El agua está muy fría, ¡prepárate!

Acalorada y llena de barro, me quito la camiseta y los vaqueros. Me quedo en bragas y sujetador, y Andrew, cogiéndome en brazos, dice:

—Al agua, morena.

En sus brazos, entro en el río y, Diosssss, ¡está congelada!

Cuando me suelta, grito por la impresión. No está fría, está ¡helada!

Divertidos, jugamos en el agua como dos niños. ¿Qué tendrá el agua

que todos jugamos a ahogarnos y a lanzarnos?

Intento lanzarlo a él, pero es imposible. El tío es una roca y no lo mueve ni Dios.

No sé cuánto tiempo estamos así, hasta que me coge de nuevo entre sus brazos, y mis piernas, como si tuvieran vida propia, rodean sus caderas. Nos miramos. ¡Ay, madre! Y, como puedo, murmuro:

—No... no debemos repetir.

Él niega con la cabeza. Sabe que no debemos hacerlo, pero no me suelta y dice a su vez:

—Tienes razón. No debemos repetir.

Aun así, me mira..., me mira..., me mira. Ostras, ¡cómo me mira!, mientras siento el calor de su piel mojada contra mi piel.

El mundo parece detenerse a nuestro alrededor, y de pronto soy consciente de que, para ambos, el «no» pasa a ser un «quizá».

Extasiada por ello, clavo los ojos en sus labios, en esos labios tan sexis que me ponen tanto. Y, cuando estoy a punto de lanzarme a ellos, lo oigo decir en un hilo de voz cargado de tensión:

—Oye, morena, ¿tú qué miras?

Sonrío. Mi mirada pasa de sus labios a sus ojos, y murmuro:

—Ni te imaginas lo que me excita cada vez que me dices eso.

Andrew sonrío y, con una intimidad ya más que palpable, repite:

—Oye, morena, ¿tú qué miras?

Sonrío otra vez. Menudo bribón está hecho.

—Me gusta excitarte —susurra—. Me encanta excitarte.

Ay..., que la voy a liar.

Ay..., que me conozco.

Ay, Diosito, cómo sonrío, y yo, que ya voy lanzada cuesta abajo y sin frenos, me tiro a su boca, y del «quizá» pasamos a un rotundo «¡sí!».

¡Repetimos!

Rodeados por el agua helada, nuestros cuerpos se calientan más y más, y nos besamos. Nos devoramos. Nos tocamos a nuestro antojo olvidándonos de dónde estamos y, cuando me quita las bragas y siento que sus calzoncillos desaparecen también, simplemente le facilito lo inevitable.

Me penetra. ¡Ay, Diosito, qué placer!

Sus manos me agarran por el trasero y siento que se hunde en mí una y otra y otra vez, mientras con descaro nos miramos a los ojos,

disfrutando del morboso momento.

—¿Te gusta así? —dice.

Uf..., uf..., ¡qué preguntita!

A mí, con él, me gusta de cualquier manera y, soltando un gemido, admito:

—Me encanta... Me encanta..., no pares, *mi niño*.

Centrándonos el uno en el otro, me da placer y le doy placer, mientras el agua se mueve a nuestro alrededor al tiempo que nuestros jadeos resuenan y nos liberamos gritando sin importarnos quién nos oiga o nos vea.

El placer es intenso, increíble; ambos nos aceleramos tanto como nuestras respiraciones y nuestros jadeos y, finalmente, tras un último empellón, se queda totalmente hundido en mí y ambos llegamos al clímax y nos abrazamos.

Con mi boca sobre su hombro derecho, cierro los ojos y sonrío.

—Por suerte, sé que tomas la píldora —comenta él—, porque esta vez lo hemos hecho sin protección.

Asiento y sonrío. Llevaba más de un año sin hacer el amor sin preservativo. Con el último que lo hice fue con Joaquín, con el resto de mis ligues siempre... siempre, el preservativo. Puedo ser una loca en el sexo, pero mi puntito de protección nunca me falta, y el preservativo no sólo evita quedarte embarazada, sino el contagio de muchas enfermedades.

—Espero que te cuides como yo —murmuro— o, como me pegues algo, te juro que te mato.

Andrew sonrío, con sus manos aún en mi trasero me da un pellizco que me hace saltar, y responde:

—Tranquila, morena. Me cuido... Me cuido.

Sonrío. Ninguno de los dos somos críos, y sabemos muy bien de lo que hablamos. Vuelvo a besarlo: me apetece, y no se hable más.

Tras una mañana en la que Andrew y yo hacemos el amor tres veces en el río, regresamos al rancho sin haber cazado nada, excepto buen sexo. Sé que se trata tan sólo de eso, puro sexo, pero no puedo obviar lo feliz que me siento cuando camino cogida de su mano, hablo con él y nos reímos con complicidad.

Creo que no sólo he perdido el norte. Sin duda, también estoy perdiendo el sur, el este y el oeste.



Llega el domingo y Nayeli se prepara para su fiesta.

Entre Madison y yo, le aconsejamos qué ponerse. Si se viste muy sexi, sus abuelas y sus tíos no le permitirán salir de la casa, por lo que nos encargamos entre las dos y el resultado es espectacular. Nayeli está preciosa, le dejo un bolso mío que le encanta, y aprueba el examen que le hace toda la familia.

Cuando sus tíos se la llevan a la fiesta, Madison y yo, que nos quedamos con Ronna, la tranquilizamos, mientras ella se afana en coser los vestidos de la boda. Nayeli sólo lo va a pasar bien, y a las doce de la noche iremos a buscarla a la fiesta.

Al quedarnos solas, me pruebo el vestido de dama de honor para que Ronna vea si las medidas que cogió encajan. Un par de veces, Ronna me clava alfileres sin querer, uno en la cintura y otro en un pecho. La cara de la mujer es de horror, y yo, aunque dolorida por el picotazo, digo para que sonría:

—Si me explotas una, me vas a tener que explotar también la otra.

Ella finalmente sonrío y se va a la cocina a por un vaso de agua.

Entonces Madison me mira, y yo, como necesito hablar con ella, digo:

—Oye, Madison, no sé cómo decirte esto, pero...

—Os vi.

—¿Qué?

—Os vi a Andy y a ti el otro día, cuando estaba discutiendo con Tom en el bosque.

Me apresuro a acercarme a ella y murmuro:

—No sé qué os ha pasado, pero quiero que sepas que me tienes aquí para hablar y para todo lo que necesites, ¿de acuerdo?

Ella asiente. Veo gratitud en su mirada y, cuando entra de nuevo Ronna, dejamos de hablar del tema.

Esa noche, después de cenar, decidimos ir a tomar algo antes de ir a recoger a Nayeli a la fiesta.

Cuando llegamos al bareto adonde vamos habitualmente, no hay música en directo, pero la música country suena por los altavoces y la gente baila animada.

A los cinco minutos de entrar en el local, aparece Arizona. Nos miramos. Nos entendemos con la mirada y, como es lógico, Andrew finalmente se percata de su presencia.

Yo disimulo. Miro para otro lado, pero con el rabillo del ojo observo cómo ella se acerca a Andrew, que está pidiendo en la barra, y comienza a hablar con él. El corazón se me encoge pero, a diferencia de otras veces, asumo lo que ocurre. Yo misma lo he provocado, yo misma le he pedido a Arizona que proceda así, y decido sentarme en uno de los butacones. Andrew estará entretenido durante un rato.

—¿Quieres bailar? —oigo de pronto.

Al mirar, me sorprendo. Andrew está a mi lado y, tras mirar hacia la barra y ver a Arizona hablando con otra gente, voy a decir algo cuando él exclama mientras deja las cervezas que ha traído para los dos:

—Vamos, morena..., ¡bailemos!

Sin saber todavía qué ha fallado para que él esté conmigo en vez de con ella, de su mano llegamos hasta el borde de la pista. Allí, Andrew me explica los pasos de baile, y rápidamente salimos a la pista.

—¿No era Arizona la de la barra?

—Sí.

Espero que diga algo más. No abre el pico y, cuando comienza a sonar una canción, pregunto sonriendo:

—¿No es ésta la canción que tanto te gusta?

Él sonrío.

—Sí. *Somebody Like You*.^[17] Por cierto, ¿sabes que Keith Urban es el marido de la actriz Nicole Kidman?

—No me digas —murmuro sorprendida.

Andrew sonrío.

—Te digo, *mi niña*..., te digo.

Cada vez que me dice eso de *mi niña* en ese tono tan íntimo y sensual..., me pongo tonta y, si ya lo sumo a lo que esa canción comienza a

representar para mí, ¡es para flipar!

Creo que Andrew no se da cuenta de lo que provoca en mí, y casi mejor que no se dé cuenta porque, si lo hace, Dios..., ¡qué vergüenza!

Veinte minutos después, y acalorada por no parar de bailar con él, estoy feliz. Feliz por comprobar que no busca a Arizona con la mirada.

Cuando bajan las luces del local, la música se tranquiliza y, sin soltarme, Andrew murmura:

—Esto lo sabes bailar, ¿verdad?

Uf, madre...

—Sí. Esto sí —asiento.

La canción que suena es preciosa. Andrew me dice que se titula *If Heaven Wasn't So Far Away*,[\[18\]](#) y la canta un tal Justin Moore. Nunca la había oído. Entonces, él me susurra al oído, poniéndome cardíaca:

—Hoy estás muy bonita.

Sonrío. ¡Vaya un piropo! Y, como soy medio tonta, murmuro mirándolo a los ojos:

—Gracias.

—¿Por qué?

Incapaz de decirle que le agradezco que no me haya dejado colgada por Arizona, digo:

—Por hacer que me sienta especial, a pesar de que Arizona esté aquí.

Siento que sus ojos y los míos se hablan. Y, acercando su boca a la mía, Andrew susurra:

—Estoy disfrutando de mi novia, y aquí no existe nadie más que tú.

¡Maaadre míiiaaaaaa!

¡Maaadre míiiaaaaaa!

Lo que me acaba de decir supera todas mis expectativas y, sin separar mis labios de los suyos, disfruto de un íntimo y sensual beso que me hace saber que, cuando lleguemos a la cabaña, nuestro extraño jueguecito va a continuar.

Durante horas disfrutamos de algo que, de pronto, se vuelve natural para ambos. Hablamos, reímos, nos besamos y nos comportamos como cualquier pareja de novios que sale a tomar algo con los amigos, y Arizona no se acerca.

Soy consciente de cómo esta noche Andrew me sigue con la mirada si voy al baño, si bailo o si me alejo un par de metros para respirar con Madison. De pronto, mi Caramelito me está haciendo sentir

tremendamente especial, y me gusta, me encanta. Emocionada, lo disfruto sin querer pensar en nada más.

Poco antes de medianoche, Tom y Lewis se marchan a buscar a Nayeli para regresar todos juntos a casa.

Estamos charlando con los demás cuando a Andrew le suena el móvil. Lo coge y frunce el ceño. En cuanto cuelga la llamada, explica mirándonos a Madison, a Moses y a mí:

—Lewis y Tom dicen que Nayeli no está en la fiesta.

—¿Qué?! —pregunta Moses soltando su cerveza.

Madison y yo nos miramos. Sin duda, imaginamos con quién está. Andrew nos mira entonces y pregunta:

—¿Vosotras sabéis dónde está?

Ambas ponemos cara de circunstancias mientras los hombres nos taladran con la mirada, y Andrew insiste de mal talante:

—¿Eso qué quiere decir? ¿Sabéis con quién está?

El gesto de Madison me hace saber que no he de decir el nombre de Quincy McBirthy o allí se va a organizar una buena, por lo que respondo:

—No.

—¿Entonces? —pregunta mi chico.

—Creo... creemos que sabemos dónde puede estar —finaliza Madison, que debe de saber dónde está, porque desde luego yo no lo sé.

Andrew y Moses nos miran con gesto serio. No sé si están aliviados o enfadados, y entonces Moses gruñe:

—¡Perfecto! Y ¿podéis decirme por qué vosotras lo sabéis y nosotros no?

Madison se mueve, deja la cerveza que tiene en las manos y responde:

—Somos mujeres y nos fijamos en cosas que a vosotros ni se os ocurren. Anda, venga, vayamos a buscarla.

Sin hablar, los cuatro salimos del local. La fiesta se ha acabado y, cuando estamos llegando al coche, aparecen Lewis y Tom en el otro coche con el gesto descompuesto.

Rápidamente les explicamos lo que creemos y Madison les pide que vayamos hasta la arboleda. Los hombres se miran sorprendidos: allí es adonde van las parejas de Hudson en busca de intimidad.

—Tú sabías que estaba en la arboleda —protesta Lewis.

Madison lo mira y Andrew pregunta:

—Y, si lo sabías, ¿por qué no has dicho nada?

—Joder, Madison... —protesta Tom.

Pero, cuando veo que Moses va a abrir la boca y a decir alguna grosería más, agarro a la pobre Madison, que está cargando con las culpas de todo, y exclamo:

—¡Ya está bien! ¿Queréis dejar de culpabilizarla a ella?

—Ha dicho que Nayeli está en la arboleda —gruñe Moses—. Y eso sólo puede saberlo porque sabía adónde iba a ir.

—No lo sé, pero lo imagino —consigue balbucear Madison—. La arboleda es adonde van todas las parejitas tras las fiestas. Y si me decís que habéis ido a buscarla y no estaba allí, pues es en el primer sitio en el que pienso.

Los McCoy, junto a Moses, protestan y, cuando me canso de oírlos gruñir, siseo:

—Antes de que ninguno vuelva a decir otra tontería más, os diré que, gracias a Madison, vuestra sobrina no ha hecho muchas de las locuras que se hacen a su edad, porque se ha preocupado de hablar con ella, de escucharla y de aconsejarla. Mientras vosotros hacéis vuestra vida de vaqueros machotes, ella se ha ocupado de Nayeli y la conoce mucho mejor que nadie. Por tanto, que delante de mí no se os ocurra decir nada en contra de esta mujer porque, si ella no se defiende, lo voy a hacer yo.

Ninguno dice nada más. Parece que mis palabras les dan que pensar, y nos repartimos en los coches para ir a la arboleda. Por supuesto, yo voy con Madison. Pienso apoyarla.

Al llegar, los hombres bajan de los vehículos con gesto huraño y, poniéndome ante esos rudos vaqueros, ordeno:

—Vamos a ver, vosotros quedaos aquí quietecitos.

—¡No digas tonterías! —protesta Lewis.

—Coral, es nuestra sobrina —sisea Andrew—. Quítate de en medio. Quiero ver con quién está para partirle la cara.

Sin moverme, a pesar de lo pequeña que me siento ante esos cuatro machitos venidos a más, repito:

—Madison y yo la buscaremos y vosotros esperaréis aquí.

—Cuando coja a quien esté con ella, le voy a arrancar la cabeza... —murmura Tom.

—Ya somos dos —afirma Moses.

—No vais a arrancarle la cabeza a nadie —replica Madison—. ¿O acaso ninguno de vosotros ha venido nunca aquí?

—¡Se trata de nuestra sobrina! De Nayeli —insiste Lewis.

—Lo sé. Y me preocupa tanto como a ti —se encara Madison, sorprendiéndome—. Pero todos vosotros habéis venido aquí con las hijas y las sobrinas de otras personas. No me vayáis de puritanos ahora.

Los hombres se miran entre sí. Saben que tiene razón.

—No os mováis de aquí —repito—. Si Nayeli está en la arboleda, regresaremos con ella. Y os digo una cosa: cuando la veáis, dramatizad los justos. En el momento en que lleguemos al rancho le gritáis cuanto queráis, pero aquí, delante de toda esa gente, ¡ni se os ocurra! O Nayeli no volverá a dirigiros la palabra en la vida, ¿entendido?

—Pequeñina pero matona —se mofa Moses.

—Ésa es mi chica —afirma Andrew, haciéndome sonreír.

Al oírlo decir eso entiendo que puedo contar con él para que retenga allí a sus hermanos, por lo que Madison y yo comenzamos a caminar entre los coches aparcados.

Sin querer mirar en exceso, vemos de todo, y no podemos evitar sonreír hasta que ella reconoce el coche de la madre de Quincy.

—Ése es el coche —afirma.

Juntas nos acercamos al vehículo. Por suerte, la oscuridad hace que los McCoy no puedan vernos y, al distinguir el bolso que le he prestado a Nayeli en la parte delantera del coche, llamo a la ventanilla empañada y digo:

—Nayeli, no sé si estás vestida o no, pero tienes cinco segundos para hacerlo y salir del coche.

—¡Joder! —grita Quincy.

Dos segundos después, antes incluso de lo que esperábamos, la puerta se abre, Nayeli sale abrochándose los botones de la blusa y, cuando va a protestar, Madison la corta:

—Por tu bien, no digas nada. Prepárate porque tus tíos te esperan allí, y mejor que no sepan con quién estás, o te aseguro que lo lamentarás.

Cuando la chica sigue el dedo con el que ésta le señala y divisa al fondo las figuras de sus tíos, veo que el rostro se le descompone. Entonces, me mira y, sin querer empatizar con ella más de lo que debo en un momento así, murmuro:

—Apechuga con lo que has hecho. Si eres mayorcita para hacer lo que estabas haciendo, también debes serlo para enfrentarte a tus tíos. Venga, vamos.

En ese instante, Quincy sale del coche y, mirándonos, va a decir algo cuando me dirijo hasta él, lo agarro de la camiseta y siseo:

—Si vuelves a acercarte a Nayeli, te aseguro que vas a tener que vértelas con los McCoy. ¿Entendido?

Su chulería desaparece de golpe. Es evidente que le preocupa el hecho de que los McCoy puedan enterarse de lo que hace con su adorada sobrina.

A continuación, sin mirar atrás, sigo a Madison y a Nayeli.

Cuando llegamos ante Andrew, Tom, Lewis y Moses, ninguno de ellos abre la boca. Adelantándome, cojo a la chica del brazo y digo:

—Venga, monta en el coche y regresemos a casa.

El camino de vuelta lo hacemos en silencio. Nadie dice nada y, en cuanto llegamos al rancho y nos bajamos de los coches, Nayeli mira a sus tíos y pide:

—No se lo contéis a las abuelas.

Los vaqueros continúan sin decir nada. No saben cómo proceder con ella.

—Si se lo contáis, se van a disgustar mucho —insiste la cría— y, aunque no me creáis, no estaba haciendo nada de lo que pensáis. ¡Os lo prometo!

De nuevo, ninguno de los hombres abre la boca, hasta que, finalmente, Madison dice:

—Venga, vete a dormir. Ya hablaremos.

Nayeli nos mira. No sabe qué hacer, como tampoco saben qué hacer ellos y, cuando con la cabeza le indico que desaparezca, ella lo hace sin mirar atrás.

Acto seguido, Madison nos mira.

—Me voy a descansar. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Madison —respondo cuando ella da media vuelta y se encamina hacia la casa.

Al ver que nadie más dice nada, fulmino a los duros McCoy con la mirada al tiempo que gesticulo. Entonces, uno a uno, le dan las buenas noches. Todos excepto Tom, y Madison, al oírlos, se vuelve y los mira sorprendida. Yo sonrío, ella me da las gracias con la mirada, y, como era de esperar, su marido echa a andar en otra dirección.

Lewis y Moses se marchan también y Andrew, cogiéndome de la mano, comienza a caminar hacia la cabaña. En silencio, tan sólo

acompañados por el chirrido de los grillos y el relinchar de los caballos, llegamos hasta allí. Andrew abre la puerta y, cuando la cierra, no me suelta, sino que, acercándose a él, me arrincona contra la pared y me besa.

Está excitado. Tremendamente excitado y, sin lugar a dudas, su excitación me excita también a mí.

Sin hablar, nos besamos. Nos tocamos. Nos tentamos. Nuestra ropa comienza a volar por los aires y cuando, de un tirón, me rasga las bragas y siento cómo su caliente miembro se introduce en mi más que húmedo sexo, jadeo y disfruto el momento.

Lo que me hace es, como poco, placentero. Su boca busca la mía y me muerde el labio inferior mientras sus caderas se bambolean adelante y atrás y me da lo que ansío y esta vez no he buscado.

Pero disfruto..., disfruto y disfruto, y al mismo tiempo me agarro a sus hombros y permito que me mueva a su antojo y me dé todo el placer del mundo. Sus embates son certeros; sus movimientos, contundentes. Y, cuando el clímax nos llega a los dos y un gemido sale de nuestras bocas, nos miramos a los ojos con las respiraciones aceleradas y mi vaquero moreno murmura, sabedor de lo mucho que me gusta esa frase:

—Oye, morena, ¿tú qué miras?



Al día siguiente, tras una mañana en la que Andrew y yo hemos estado bañándonos en el río, cuando regresamos, vemos a Nayeli y lo convengo para que hablemos con ella.

No es nada fácil: hablar de sexo con un adolescente siempre es motivo de apuro para los mayores. Pero, dispuesta a que la chica se proteja y no cometa tonterías, hablo con ella con total claridad, mientras Andrew, en ocasiones, no sabe dónde meterse.

Una vez acabada la conversación —en la que no se ha mencionado para nada el nombre de Quincy—, quiero y necesito que tío y sobrina hagan las paces, por lo que digo:

—Daos un abrazo de una santa vez.

Sin pensarlo, Nayeli da un paso adelante, y Andrew, con una sonrisa, la cobija entre sus brazos y murmura:

—Enana, sé que no es fácil hacerse mayor, ni hablar de estas cosas, pero nunca dudes que me tienes aquí para todo lo que necesites, y a Coral también. ¿Entendido?

La cría asiente, sonrío y, cuando se suelta de él, me abraza y dice:

—Gracias, tía Coral.

Al oír eso miro a Andrew. ¿Cómo que «tía Coral»?

Pero, sin querer decir nada, la abrazo, sonrío y, cuando ella se va, miro a mi vaquero y murmuro:

—Cada vez me siento peor con esta mentira. ¡Acaban de ascenderme a tía!

Andrew sonrío, me coge en brazos y, entre risas, entramos en la cocina.

Después de comer, Ronna se empeña en que las acompañe a ella, a Flor y a Madison al lugar donde se va a celebrar la boda. Van a ir a echar

el último vistazo. Sólo quedan diez días para la misma, y Ronna quiere comprobar que está todo a punto.

En un principio, Andrew se niega, quiere que me quede con él, y sonrío al ver en su mirada que desea que volvamos a la cabaña para repetir.

¡Dios, qué tentación!

Pero, como no me da la gana de estar a su disposición siempre que él quiera, me apunto al plan de las chicas. Creo que es mejor enfriar el momento.

Finalmente, Andrew decide marcharse con Lewis y Moses a una feria de caballos en Lander. Sora, Chenoa, Cold y Tom están allí vendiendo algunos de los ejemplares, y Lewis le ha pedido a Andy que vaya con ellos.

Antes de marcharse, Andrew nos acompaña hasta el coche de Flor y, cuando me voy a montar, me para, me da un beso en los labios y murmura:

—Pásalo bien.

—Tú también.

—Estaré con los muchachos hasta que regreses, *mi niña*.

Ay..., ay..., que ya me estoy arrepintiendo de haber aceptado el plan de las chicas. Pero, sonriendo, le devuelvo el beso y respondo:

—Hasta luego, *Caramelito*.

Él sonrío, cierro la puerta y Flor arranca el coche y salimos de Aguas Frías mientras las mujeres se mofan por nuestros apodos. Somos dos friquis.

Al llegar a Hudson, aparcamos y, antes de entrar en el local, veo que Arizona nos está esperando. Nos saluda, nos besa y, como siempre, es un encanto. Estoy abstraída con su presencia hasta que, al entrar en el lugar donde se va a celebrar la boda, se me cae el alma a los pies.

Pero ¿qué es esto?

El local parece un viejo comedor social sin gracia, presencia ni glamur. Nada es bonito. Nada es ni siquiera vistoso. El sitio es deprimente y, aunque tiene unos grandes ventanales, es todo tan arcaico que, por mucho que hagan, aquí poco se puede lucir.

Flor, Arizona y Ronna parecen emocionadas, mientras yo miro a mi alrededor en busca de esa emoción que no encuentro. Pero, por favor, si hasta en el techo hay desconchones y manchas de humedad. Sin embargo,

como no quiero parecer una idiota relamida, no digo nada, pero entonces miro a Madison y sé que piensa lo mismo que yo. Se lo veo en la cara y, tras acercarme a ella, pregunto con disimulo:

—¿En serio que la boda va a celebrarse aquí?

—Sí —dice, y al ver mi expresión cuchichea—: Es un local que la iglesia cede a todo aquel del pueblo que necesite organizar un bautizo, una comunión, una boda o un funeral.

—Vaya tela —murmuro al saber eso último.

—Sí, ya ves, es viejo y deprimente, aunque reconozco que está limpio. —A continuación, levanta la vista al techo y añade—: Pero algún día esto se vendrá abajo. Sólo es cuestión de tiempo.

Sin duda tiene razón.

—¿Celebraste aquí tu boda con Tom?

—No —dice ella sonriendo—. La nuestra fue en el jardín de la casa de mis padres. Y te aseguro que, si no la hubieran vendido y regresado a Nueva York, habría propuesto celebrar la boda de Flor y Cold allí.

Asiento. No lo dudo.

Luego miro al techo y veo una preciosa lámpara de araña que sin duda ha visto tiempos mejores y, debajo de ella, un cubo para recoger el agua que cae de una gotera.

—Esto es deprimente —murmuro.

Inconscientemente pienso en Tiffany: si meto aquí a la Cuqui para celebrar aunque sea la caída de una uña del pie, ¡se me desmaya! No quiero ni imaginarme si la meto para una boda.

Estoy sonriendo al pensar en ello cuando Arizona se acerca a mí y, al ver que Madison se aleja, cuchichea:

—La otra noche intenté hablar con Andy, pero fue imposible. Tenía prisa por regresar contigo.

Me gusta que me diga eso. Me agrada muchísimo y, sin pensar, contesto:

—Ahora mismo está en una feria de venta de caballos en Lander con sus hermanos. Quizá, si no me ve a mí cerca, esté más receptivo contigo...

Según digo eso, maldigo. Pero ¿qué hago? ¿Por qué soy tan idiota?

Arizona asiente, creo que sabe dónde está y, tras un significativo silencio, añade:

—Sigo sin entender por qué haces esto.

Toma, ¡pero si no lo sé ni yo!

Y, tras asumir que no sólo me faltan tornillos en la cabeza, respondo:
—Simplemente quiero que sea feliz.

Ella asiente, regresa junto a su prima y, minutos después, excusándose, desaparece del local mientras mi corazón se resquebraja al saber hacia dónde se dirige.

Estoy abstraída en mi propia tontería cuando Madison se acerca de nuevo a mí.

—Es una pena que Sora no permita que la boda se celebre en el rancho —comenta—. Con todo el terreno que hay, podría hacerse una ceremonia muy bonita en la parte de atrás de la casa.

Oír eso me hace regresar a la realidad y me da rabia. ¡Joder con la abuela!

Pero, vamos a ver, ¿las abuelas no suelen desvivirse por ver felices a sus nietos?

Bueno, vale, hay clases y clases de abuelas, y desde luego ésta es de la clase cabrona, a la que le gusta dar la nota y hacerse notar con sus imposiciones.

Una señora entra entonces en el local y Madison me dice que es la mujer del pastor. Ronna me presenta como la novia de Andy, y la mujer, guiñándome el ojo, me dice que cuando quiera el local también estará listo para mi boda. Las tripas se me contraen. Sólo de pensarlo, me pongo, no mala, ¡enferma!

Mientras oigo hablar a las mujeres, veo la pila de manteles blancos y relucientes que hay a un lado.

—Esto aún tenéis que decorarlo para la boda, ¿no? —pregunto.

Ellas me miran como si les hubiera preguntado el resultado de una raíz cuadrada o vete tú a saber qué.

—Ya está decorado —responde Ronna—. Sólo hay que poner los manteles y la cubertería, ¿no lo ves?

Ahora sí que se me caen el alma y el corazón a los pies. ¿Realmente me está diciendo que los manteles blancos que veo junto a los platos y los vasos del año de la tana son la decoración para la boda?

Flor, que está feliz, me coge de la mano y, mientras caminamos por entre las impersonales mesas con distintas sillas —a cuál más cutre y fea—, me explica dónde se situará el grupo de country para celebrar el baile.

De pronto, las puertas del local se abren y entran Chenoa y la abuela. ¡Las que faltaban!

El gesto de Sora es oscuro. Viene enfadada. ¡Menudo careto de mala leche que trae!

—Uf... —murmura Ronna—, la venta de caballos debe de haber ido mal. Sólo hay que ver el gesto de Sora.

Se acercan a nosotras y, mirándome, la abuela sisea:

—Ya hablaré contigo después.

Todas me miran. Pero ¿qué habré hecho yo ahora?

Y, sin importarle las miraditas de las demás, ni mi cara de no saber de qué habla, la implacable mujer espeta mirando a Ronna:

—Se nos han caído seis ventas y el idiota de McBirthy se las ha llevado.

Ronna menea la cabeza, mientras que Chenoa no dice nada, y la abuela prosigue:

—Por cierto, Walker, el párroco, me ha dicho que no hay hora para dejar el local. Por lo que, si los jóvenes quieren estar toda la noche bailando, pueden quedarse.

Al oír eso, Flor aplaude. Qué linda es, y qué contenta está por celebrar su boda, aunque sea en este desastroso lugar.

Estoy mirándola cuando Chenoa se mofa:

—Mira la Rolliza, qué contenta se pone.

Estoy de Vaca Sentada y sus envenenados comentarios ¡hasta el gorro!

Ostras, ¿cómo puede ser tan desagradable?

Miro a Flor a la espera de que se queje, pero ella ni se inmuta. Hace que no la ha oído, cuando lo cierto es que la hemos oído todas. Pero, vamos a ver, ¿esa muchacha tiene horchata en las venas? Porque a mí me dice algo así y, sin lugar a dudas, sale a propulsión por la ventana.

En ese instante, en el local entran varias mujeres que saludan con afabilidad a las demás mientras a mí me miran con curiosidad.

—Ella es Coral, la novia de mi hijo Andy —explica Ronna orgullosa cogiéndome del brazo, y yo sonrío. Es lo mínimo que puedo hacer.

Tras saludarlas a todas, que me abrazan encantadas y me dan la bienvenida a Hudson, me percató de que, entre todas ellas, hay una que me suena. ¿De qué la conozco?

Durante un buen rato, la miro con disimulo intentando saber dónde habré visto yo a esa mujer, hasta que, acercándome a Madison, le pregunto:

—¿Dónde he podido ver antes a esa mujer?

Ella la mira y, sonriendo, responde:

—Es Marie, la madre de Quincy Junior, el chico que le gusta a Nayeli. La viste cuando fuimos a recogerla a su casa aquel día.

—Ostras, ¡es verdad! —Entonces, recordando que vi a Chenoa con su marido, murmuro—: Madre mía, lo de Vaca Sentada es muy fuerte.

Al oír mi comentario y ver mi expresión, Madison pregunta:

—¿Por qué dices eso?

Dudo. No sé si tengo que contarle lo que vi. Pero, necesitada de compartir mi descubrimiento, y más tras saber lo que ella sabe de esa asquerosa, saco el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón vaquero y, tras separarnos un poco de las demás, busco las fotos que les hice aquel día y se las enseño.

—Lo digo por esto. ¿Qué te parece?

El gesto de Madison pasa de la incredulidad al alucine total mientras mira las fotos. Una vez vuelvo a guardar el móvil en mi bolsillo, murmura:

—¿Crees que Tom sabe esto?

—Dudo que lo sepa. Pero, tranquila, lo sabrá.

Madison resopla. Esa bruja, que ha terminado de matar su matrimonio, no está sólo con su marido.

—Espero que, cuando lo sepa, se le retuerzan las tripas —cuchichea.

La miro. El dolor que percibo en sus palabras es comprensible.

—¿Puedo preguntarte algo muy... muy personal? —digo entonces.

La pobre me mira. Creo que intuye lo que voy a preguntar, y asiente:

—Sí.

Mido mis palabras. Pienso en lo que quiero decir, y acto seguido pregunto:

—¿Por qué, si eras la novia de Andy, te casaste con Tom?

Madison sacude la cabeza y finalmente responde:

—Andy no estaba. Sólo lo veía un par de días cada dos meses. Yo era una cría. Demasiado joven. Me gustaba divertirme con mis amigos y coincidí varias veces con Tom. En un principio, él tan sólo me protegía porque era la novia de su hermano. Pero un día todo cambió, y comencé a ver en él al hombre que necesitaba. Me enamoré, creo que él, en aquel momento, se enamoró de mí también y, dejándome llevar por mis sentimientos, me olvidé de Andy para centrarme y casarme con Tom. Sé

que lo hice mal. Era una niña, pero así ocurrió.

No pregunto más. Creo que sobra seguir haciéndolo. Entonces, intentando cambiar el rumbo de la conversación, digo:

—¿Tienes claro lo de irte del rancho después de la boda de Flor?

Ella asiente y, tras mirar a Ronna, susurra:

—Sí. Ya lo tengo todo preparado. Me duele, pero creo que merezco ser feliz.

—Por supuesto que lo mereces. Eso no lo dudes.

Durante unos minutos, ambas observamos a Vaca Sentada reír con Marie. Al cabo, Madison pregunta:

—¿Cómo has conseguido esas fotos?

Me encojo de hombros. No quiero hablarle de mi frustrada huida.

—Los vi un día que estaba en Hudson. El caso es que doña decencia no es lo que da a entender, y el día que Sora se entere se va a quedar sin palabras.

Madison asiente y, con un gesto que me hace sonreír, afirma:

—Avísame cuando vayas a decírselo. No quiero perdérmelo, ni tampoco el momento en que se entere el tonto de mi marido.

Una hora después, tras despedirnos de las demás mujeres, que serán las encargadas de servir a los invitados el día de la boda, cuando salimos del local, Sora me agarra del brazo y sisea:

—¿Te han dicho alguna vez que eres una mujerzuela?

—Sora, por favor, pero ¿a qué viene eso ahora? —protesta Ronna mientras Madison y Flor nos miran sorprendidas.

Ni ellas ni yo entendemos el repentino ataque por parte de la abuela. Pero, sin cambiar mi gesto, respondo:

—Pues la verdad es que sí, pero mi madre siempre me enseñó que, según quién me lo dijera, debía darle importancia o no. Y, dicho esto, señora, ¿de qué se me acusa?

Es evidente que a la vieja le sorprenden mi respuesta y mi actitud, pero replica:

—Lo que tú y el atontado de mi nieto hacíais esta mañana en...

—Lo que su nieto y yo hagamos —la corto, pues sé a qué se refiere — es algo que nos incumbe a nosotros dos y a nadie más.

—Indecentes —matiza Chenoa—. Os he visto al aire libre, no una, sino dos veces.

Sonrío al oír eso.

—¿Nos has visto? —digo, y ella asiente—. Y, aun así, te has quedado para vernos la segunda vez. Ay..., ay..., qué morbosilla eres, mujer. Pero, mira, si te hubieras quedado un poco más, habrías visto una tercera.

—¡Por el amor de Dios! —murmura ella mirando a Sora.

Molesta y enfadada por el numerito, doy un paso hacia Vaca Sentada.

—¿Sabes? Para mí indecencia es otra cosa. Y ¿sabes por qué? Porque en mi caso yo estaba con mi novio, no estaba revolcándome con distintos hombres casados como hacen otras ¡indecentes!

Bueno..., bueno..., lo que acabo de soltar por esta boquita de piñón.

Chenoa me mira. Acabo de escupirle lo que sé, y veo el desconcierto en sus ojos. Entonces, Sora la agarra del brazo y sisea en plan protector:

—Ya quisierais muchas de vosotras tener la integridad y la moralidad de Chenoa. Y justamente ha ido a hablar la que más tiene que callar.

—¿Sabe, señora?, como diría mi amiga Isa, para ser puta y estar en chancletas, mejor me quedo quieta.

—Por el amor de Dios, ¡qué vulgaridad! —sisea Sora.

Y, sin más, dan media vuelta y se van, mientras yo me río por lo que acabo de decir. Pero ¿por qué habré dicho eso?

La pobre Ronna se apoya en la pared, y en su gesto veo el dolor que siente. La mujer comienza a llorar y, cuando la calmamos, consigo que vayamos hasta una cafetería cercana, donde nos sentamos a charlar.

Compungida, con el pañuelo en la mano, Ronna se queja de su suegra, y pregunta una y otra vez:

—¿Por qué os tiene que tratar tan mal? ¿Por qué?

Madison y Flor intentan calmarla. Tienen más paciencia que un santo. Pero yo, que precisamente paciencia no es que tenga mucha, respondo:

—Pues porque nadie le ha parado los pies y pocos le han plantado cara como hizo Andrew y como ahora he hecho yo. —Ninguna dice nada—. Tú, Madison y Flor sois excesivamente permisivas con ella. No os tiene ningún respeto, y se atreve a deciros todo lo que se le pasa por la cabeza. Además, con vuestra actitud, se lo toleráis también a Chenoa; pero ¿no os dais cuenta?

—Tienes razón —afirma Madison.

—Mucha razón —añade Flor con la cara roja.

Al oír eso, Ronna deja escapar un sollozo. Verla así me parte el alma y, cuando conseguimos que deje de llorar, me mira y pregunta:

—¿Qué quieres que hagamos, hija? No podemos obviar que vivimos

en el rancho de Sora.

La miro. Sabe muy bien lo que voy a responder.

—Esa mujer merece un escarmiento —señalo—. Merece ver cómo todos os marcháis de su lado y que no la necesitáis para vivir.

Madison me mira. Sabe que lo ocurrido le da pie a hablar con ella y, cuando yo asiento en su dirección, murmura:

—Ronna, sé que quizá no es el momento, pero tengo que hablar contigo de algo.

—Se trata de Tom, ¿verdad? —dice Ronna. Madison asiente, y ella murmura—: Llevo preparándome mucho tiempo para esta conversación. Dime, hija.

Flor, que sabe lo mismo que yo, desde mucho antes incluso, se lleva la mano a la boca. Finalmente, Madison dice:

—Sabes que te quiero con todo mi corazón porque, desde que me casé con tu hijo, siempre has estado a mi lado. Pero, una vez pase la boda de Cold y Flor, he decidido regresar a Nueva York y... y comenzar los trámites para divorciarme de Tom.

Ronna asiente. En sus ojos veo que intuía que tarde o temprano podía pasar y, con una tristeza que me encoge el corazón, afirma:

—Y harás bien, cariño mío. Te echaré mucho de menos porque siempre has sido mi gran apoyo en Aguas Frías, pero precisamente porque te quiero y veo lo infeliz que eres con mi hijo, has de marcharte y ser feliz. Eso sí, sólo te pido que no te olvides de mí porque, para mí, aunque estés lejos, seguirás siendo mi hija.

Me emocio. Lloro como lo hace Flor y, con cada palabra que dice Ronna, soy más consciente de lo buena persona que es.

Durante un rato, Madison y Ronna hablan, se desahogan, y tanto Flor como yo las escuchamos, hasta que ambas rompen a llorar y, como podemos, las consolamos.

Abrazada a Ronna, de pronto soy consciente de cómo le tiemblan las manos. Ese extraño temblor llama mi atención y, al ver que ella las esconde, sugiero:

—Chicas, ¿por qué no vais a por el coche? Ronna y yo os esperamos aquí.

Una vez desaparecen, miro a la madre de mi supuesto novio y pregunto:

—¿Qué te ocurre?

Ella me mira, sabe muy bien que no me refiero a las lágrimas que aún le corren por las mejillas.

—Nada —responde.

—Ronna..., no me engañes porque, esta vez, ni el asa de la bolsa se ha roto, ni las llaves se te han caído al suelo y no me has pinchado con alfileres. Esta vez no me engañas con respecto a esos temblores. ¿Qué pasa?

La mujer cierra los ojos. Su gesto me hace ver que se siente descubierta, y murmura:

—Me han diagnosticado principio de párkinson...

—Ronna...

—Pero nadie sabe nada, a excepción de Betsy, Madison y ahora tú, y te pediría que siguiera siendo así.

La miro boquiabierta. ¿Acaso cree que puede ocultar esa enfermedad? Y, como si me leyera la mente, dice:

—No quiero estropearles la boda a Cold y a Flor y, por supuesto, no quiero preocupar antes de tiempo a mis hijos.

—Pero, Ronna..., no puedes...

—Se lo diré. Claro que se lo diré. Pero cuando pase la boda. Guárdame el secreto, por favor, y apoya a Madison en todo lo que necesite. Sé que ella ha dudado sobre marcharse o no tras saber de mi enfermedad, pero es joven y ha de rehacer su vida.

Me apena. Saber eso me apena hasta en lo más hondo de mi ser.

—De acuerdo —asiento—. Prometo apoyar a Madison en todo lo que pueda, como te voy a apoyar a ti. Pero, una vez pase la boda, debes decírselo a tus hijos, ¿entendido?

—Te lo prometo —asiente ella secándose las lágrimas.

La abrazo. Ronna es una mujer entrañable que, desde el momento en que aparecí en su vida, no ha parado de darme cariño.

—Sabes que me tienes aquí para todo lo que necesites, ¿verdad?

Asiente. Luego veo que sonrío y afirma:

—Lo sé, hija. Mi Andy no pudo hacer mejor elección contigo.

No..., no..., no...

Escucharla y ver su cariño me machaca el alma. Vuelvo a sentirme como una Perracienta y, separándola de mí, indico:

—Escucha, Ronna, y esto te lo digo muy en serio: aunque yo mañana rompiera con tu hijo, quiero que sepas que me seguirás teniendo todo el

tiempo que tú quieras y para todo lo que necesites, ¿entendido?

—Y ¿por qué tenéis que romper, con lo bien que estáis juntos? —
Acto seguido, mirándome a los ojos, cuchichea—: Arizona ya es algo
pasado para él.

Oír ese nombre y saber que Ronna nos ha estado observando me
recuerda adónde he mandado yo precisamente a aquélla, y digo:

—Apenas la conozco, pero me parece una buena chica. ¿Qué opinas
de ella, Ronna?

La mujer sacude la cabeza. Sin lugar a dudas, la conoce mejor que yo.

—Voy a ser sincera contigo, hija —responde—. Arizona es una chica
excepcional. Es trabajadora, solícita, educada, cariñosa, y me consta que
muy buena cocinera. No puedo decir nada malo de ella porque, siempre
que me ve, a pesar de lo que sucedió con Andy, me recibe con una bonita
sonrisa. Y, aunque sé que ella cuidaría muy bien a mi chico, creo que tú lo
harás mejor.

Ay, Ronna. No me digas eso... ¿O sí?

—¿De verdad que no te gustaría que retomaran su relación? —
pregunto entonces.

Ella me mira. Clava sus oscuros ojazos en mí y protesta:

—Pues no. Porque a mí me gustas tú. —Eso me hace sonreír—. El
Caramelito es un chico listo y no te dejará escapar. Te lo digo yo, que soy
su madre y lo conozco muy bien. Nunca lo he visto tan cariñoso y
entregado con nadie.

Asiento. Vuelvo a sonreír y no digo más. ¿Para qué?



Cuando Flor y Madison regresan con el coche parecen ya más tranquilas, al igual que Ronna.

—He pensado que podríamos ir a Lander —dice Flor—. ¿Os apetece que nos acerquemos al mercadillo?

Uiss, con lo que me gustan a mí los mercadillos... Me apresuro a asentir, y Madison también.

—¡Perfecto! —exclama Ronna encantada—. Vayamos a Lander. Eso sí, yo aprovecharé para ir a ver a mi amiga Alicia, si no os importa.

Una vez llegamos y aparcamos el coche, me sorprende al ver una enorme plaza llena de puestecitos. ¡Vivan los mercadillos!

Al bajar del vehículo, Ronna mira su reloj y propone quedar con nosotras un par de horas después en una cafetería. Flor y Madison asienten, y ella se marcha entonces a ver a su amiga Alicia.

Durante un rato, las tres caminamos por el mercadillo. Me recuerda a los de mi amado Tenerife, donde encuentras ropa, bisutería, calzado, fruta, flores... Esto es igual, pero en Wyoming.

Me gustaría comprar cositas para Candela, pero no puedo hacerlo con Madison y Flor delante. Si lo hago, se enterarán de la existencia de mi pequeña, y no ha de ser así, por lo que, al ver que quieren ir a mirar unas tiendas de novias fuera del mercadillo, les propongo que vayan y yo, mientras tanto, cotillearé por los puestos. Al principio se muestran reticentes, no quieren dejarme sola. Pero al final, ante mi insistencia, aceptan, me dan las instrucciones para encontrarnos una hora y media después en la cafetería donde hemos quedado con Ronna y se van.

Una vez me quedo sola, lo primero que hago es mirar mi móvil. ¡Tengo cobertura! Y, sin dudarlo, llamo a Joaquín. Tras dos timbrazos, él lo coge y, después de saludarnos, le pido hablar con mi Gordincesa.

Oír su voz me da la vida y, sonriendo, me siento en un banco y disfruto del ratito de charla que me da mi niña con su media lengua. Me habla de sus primos, de sus yayos, de las cositas que le han comprado y, cuando me dice que me quiere mucho, me emociono.

Cuando cuelgo diez minutos después, estoy feliz. Mi hija está bien, y eso es lo único que me importa verdaderamente en este momento.

Miro mi móvil y ver que tiene cobertura me hace gritar de satisfacción. No sé cómo pueden vivir en el rancho tan ajenos a este tipo de cosas. Tengo tropecientos mil mensajes de wasap de mis amigas y, encantada, respondo algunos. Rápidamente, mi móvil suena. Yanira.

—Hola, tulipana —saludo feliz.

—Ya puedes contarme qué está ocurriendo. Me tienes muy preocupada, eso de que estés incomunicada en ese rancho, con personas que ni conozco ni sé quiénes son, no me hace ninguna gracia y...

—Eh..., eh..., tranquila, loca..., tranquila —digo riendo al notarla acelerada.

—Estoy que me subo por las paredes y es sólo por tu culpa, que lo sepas. Mira que te gusta hacer ¡coraladas! Te has marchado con Andrew a su rancho y todavía no me has contado por qué. ¡¿Por qué?! De verdad que no logro entenderlo, especialmente porque te conozco, eres enamoradiza y luego me vendrás con penas, disgustos y sinsabores. Y, para remate, me dices eso de «¡Viva Wyoming!», que sé muy bien lo que quiere decir. ¿Cómo quieres que esté tranquila?

Sonrío. Tiene más razón que un santo.

—¿Estás sola? —le pregunto.

—Sí. Ahora sí. Las chicas están jugando al tenis.

Asiento. Necesito sincerarme con alguien.

—Cuando oigas lo que voy a contarte, creerás que estoy loca, pero necesito que te calles, me escuches e intentes entenderme.

—Ay, Diosito —murmura Yanira.

Sentada en el banco donde estoy, me calo mi sombrero de vaquera y digo al ver que nadie puede oírme:

—La familia de Andrew cree que soy su novia, y a mí me está encantando serlo. Estamos interpretando un teatrillo ante todos ellos y...

—¿Qué?

—Te he dicho que me escuches.

—Pero... pero ¿tú sabes lo que estás diciendo? ¿Estás loca?

—Sabía que lo dirías y, sí, estoy totalmente loca. —Sonrío—. Pero calla, que todavía no lo sabes todo. Resulta que el Caramelito tiene una exnovia llamada Arizona que, por cierto, además de guapa, es muy buena persona y...

—Pero, Coral...

—¡Que te calles y me escuches, por Diossss! —insisto—. Como te decía, creo que el Caramelito siente algo por su ex y, aunque a mí ya sabes que me atrae —miento para no decirle mis verdaderos sentimientos—, pues he cometido la locura de hablar con ella y convencerla de que intente reconquistarlo.

—¡Pero ¿tú estás tonta?!

—Lo acepto. Estoy muy tonta.

—Por el amor de Dios. ¿Ya estás haciendo una de tus coraladas?

Pero, vamos a ver, ¿por qué le he contado eso a Yanira?

—La verdad es que no lo sé. Lo único que quiero es que Andrew sea feliz y, si Arizona es la mujer de su vida, pues...

—La madre que te parió, Coral, ¡no escarmientas!

Sonrío. Efectivamente, no escarmiento.

—Vale. Lo confieso: me gusta..., me gusta mucho, y los celos me corroen, pero me guste a mí o no, yo no le atraigo como le atrae Arizona, y...

—Coral...

—Aunque me mates, tengo que decirte que ahora grito día sí y día también eso de «¡Viva Wyoming!»...

—¡Gordicienta, es para matarte! —exclama mi amiga.

Imaginármela tocándose la frente me hace sonreír.

—Lo sé..., lo sé... No tengo dos dedos de frente. Siempre lo hemos sabido y, cuanto mayor soy, menos frente tengo. No debería haber aceptado este viaje, y mucho menos hacerme pasar por su novia ni haber hablado con su ex. Pero no sé..., simplemente me estoy dejando llevar. Aunque... cada día que pasa el nubarrón se vuelve más y más grande, y más porque lo paso bien con Andrew y con su familia. Tiene una madre increíble, aunque, bueno..., su abuela es peor que un dolor de muelas.

Durante un rato le cuento los pormenores de todo eso a Yanira y, al final, las dos terminamos riendo. Sin duda nos faltan dos tornillos y, si ella no me escucha, ¿a quién se lo voy a contar?

Por suerte, mi amiga me quiere tal y como soy. Imperfecta y llena de

defectos.

Cuando terminamos la conversación, me despido de ella. Algo más motivada por haber podido hablar primero con mi hija y después con Yanira, decido pasear por los puestecitos y mimarme comprándome cosas.

De pronto, en uno de ellos veo un chaleco que llama mi atención. Es de piel de vaca con lentejuelas plateadas. Lo miro. Lo observo. Sé que es una prenda arriesgada pero, dejándome llevar por mi impulso, me lo compro. Cuando me alejo del puesto con el chaleco en una bolsa, sonrío. Sin duda, con unos vaqueros y una camiseta tiene que quedar fenomenal.

Después, me paro en cientos de puestos más, hasta que llego a uno de joyas de plata y veo unos pendientes preciosos a juego con unas curiosas gargantillas. Si los viera Tiffany, diría aquello de «¡son una cucada!». Y, sin dudarlos, los compro para mis amigas. Les van a encantar.

Estoy feliz por mis compras cuando me fijo en un tipo muy alto y enseguida me doy cuenta de que es el grandullón de Moses. Acelero el paso. Quiero llegar hasta él, pero es imposible. La gente no me permite avanzar. Entonces, veo una fuente de piedra en medio de la plaza, me subo a ella y lo llamo, pero no me oye.

Está frente a uno de los puestos de venta. Observo que compra dos pulseras de cuero marrones y negras y él se coloca una. El tendero mete la otra en una bolsita naranja y, después de pagar, Moses se guarda la bolsita y se va.

Atascada entre la multitud, cuando consigo llegar al puesto, el grandullón ya ha desaparecido y, curiosa, miro el tipo de pulsera que ha comprado. Son muy bonitas y, al ver cómo las miro, el hombre que las vende me explica que en la chapita de plata que lleva en la parte exterior puede grabarle lo que yo quiera. Pienso en Andrew: ¿le gustaría llevar una? Lo pienso. No sé qué hacer. No conozco mucho los gustos de mi vaquero y, mirando al señor, digo:

—Un amigo mío acaba de estar aquí y se ha llevado unas pulseras. Era un tipo alto, moreno, con un sombrero claro, y...

Él asiente, sabe de quién le hablo, y yo prosigo:

—El caso es que no querría comprar otra igual que las tuyas.

—Tranquila —responde—. Como las tuyas es imposible que las compre.

Sorprendida, miro las pulseras que hay ante mí: ¡son todas iguales!

—Su amigo me encargó dos pulseras la semana pasada —me explica

—. Pero quería las chapitas de plata en la parte interior de las mismas. — Y, sonriendo, añade—: Intuyo que no desea que nadie sepa lo que pone en ellas.

Vaya..., vaya, con el ligón de Moses... Y, cogiendo una de las pulseras, se la entrego al vendedor y digo:

—¿Podría grabar «¿Repetimos?»?

Él me mira. Otro que debe de pensar que estoy como una cabra. Sonríe y, tras coger la pulsera, con una maquinita graba en la plata lo que le he dicho. En cuanto termina, me la entrega para que vea el resultado y, cuando asiento y mete la pulsera en una bolsita naranja, le pago y me la guardo en el bolso.

A continuación, compro cositas para mi niña. Una camiseta, un chalequito, una chaquetita, y lo guardo todo al fondo de las bolsas que llevo. Ni Andrew ni yo hemos hablado de la existencia de Candela para que la cosa no se líe más, y creo que lo mejor es que su familia siga sin saber de ella.

Después me encamino hacia el lugar donde he quedado con Flor y Madison, y de pronto mis ojos divisan a Andrew. Al verlo, sonrío. Pero ¿qué hace allí?

Lo miro embobada. ¡Dios, qué guapo está con ese sombrero de cowboy!

Rápidamente, me atuso el pelo, me recoloco la camiseta y echo a andar hacia él, cuando me doy cuenta de que está tomando algo en una terraza con Arizona y me paro en seco.

Durante un rato, los observo entre la multitud. Como bien presupuse, ella ha sabido encontrarlo y enrollarse para estar a solas con él. Me doy cuenta de cómo ella coquetea tocándose el pelo y la oreja, y de cómo él se la come con la mirada. Sin lugar a dudas, como diría mi santa madre, donde hubo fuego, aún quedan rescoldos.

Me estoy trabando. Me estoy enfadando segundo a segundo y sé que no he de hacerlo.

Siento que me acelero, y me cago ¡en tó! Pero no he de interferir. Yo misma he provocado esto y soy consciente de que la única culpable de que estén ahora juntos, solos y mirándose de ese modo, soy yo y sólo yo.

Estoy observándolos cuando se levantan y se meten en la vorágine del mercadillo. Los sigo. Se paran en varios puestecitos. Ríen, comentan y disfrutan del momento, mientras yo me reviento observando y

tragándome mi propia bilis.

De pronto, en uno de los puestos veo que se interesan por unos pendientes. Ella se los prueba. Con coquetería, mira a Andrew, se sube el pelo, y mi corazón se resiente cuando, aunque no lo oigo, imagino que le ha dicho uno de esos piropos que pocas veces me dice a mí. Conclusión: Andrew paga los pendientes.

Eso me enerva, me pone furiosa. ¡Y yo comprándole pulseritas!

A cada instante más enfadada, pero sin dejar de seguirlos, veo que salen del mercadillo y se dirigen hacia un parking. Allí, se paran a hablar y, con cariño, Arizona le toca primero un brazo, luego el cuello, y finalmente terminan abrazados. ¡Mierda!

Con el corazón acelerado, soy testigo de cómo se hablan, de cómo se miran y, cuando ella se acerca a su boca y lo besa, tengo que contenerme para no gritar.

Es algo rápido. No es un beso intenso ni pasional, pero yo me clavo las uñas en las palmas de las manos.

Ha sido un simple pico, pero verlo, ser testigo directo de ello, me ha hecho sentir fatal. Finalmente, se separan, Arizona monta en su coche y se marcha mientras veo que él mira cómo se aleja.

¿Qué pensará?

Durante varios minutos, Andrew no se mueve. Imagino que calibra lo que ha pasado, que evalúa lo que ha sentido con ese beso, mientras yo siento que la tierra se mueve bajo mis pies.

Al final, se quita el sombrero de cowboy, se atusa el pelo y, cuando vuelve a ponérselo, veo que camina hacia un vehículo de la familia, se monta, arranca el motor y se va. Y entonces siento que mi corazón desbocado se va a salir del pecho.

—Te estábamos buscando —oigo de pronto.

Al volverme, me encuentro con Flor y Madison. Deduzco que mi cara debe de ser un poema cuando oigo que me preguntan:

—¿Qué te ocurre?

Sacando mis dotes artísticas, sonrío.

—Estoy sedienta. Venga, os invito a tomar algo mientras esperamos a Ronna.

Ellas aceptan y, sin mirar atrás, pienso en refrescar mi garganta y, de paso, también mi cabeza.

Como siempre que nos tomamos unas cervecitas, Flor parece

resurgir de sus cenizas. La tía no se emborracha, pero se vuelve más dicharachera, habla más. Me gusta. Creo que debería ser así siempre. Creo que debería beberse un par de cervezas al día por prescripción médica.



Esa noche, tras pasar una tarde en la que mi cabeza no deja de pensar nada bueno, dejamos a una salada Flor en su casa y continuamos hacia el rancho.

Cuando llegamos, veo a Andrew al fondo, apoyado en la cerca hablando con otros hombres. Mi corazón se acelera. ¿Por qué seré tan idiota?

Madison para el vehículo y ellos nos miran. Con una fingida sonrisa, los saludo con la mano y ellos sonrían, mientras Ronna se apea y va a saludarlos.

Cuando Madison y yo nos bajamos, ella me mira.

—Gracias por ayudarme a explicarme con Ronna.

Me apeno, pero afirmo con un cariñoso gesto:

—Aquí estoy para lo que necesites. Demasiado buena has sido que no le has contado lo de Chenoa y Tom.

Ella se encoge de hombros.

—¿Para qué decírselo? Tanto si ella existiera como si no, no volvería con su hijo, y no quiero hacerla sufrir más de la cuenta. No se lo merece.

Ambas estamos de acuerdo en eso, y, al ver a Ronna entrar en la casa, Madison añade:

—Voy a ayudarla a preparar la cena.

—Vale —asiento desde mi mundo de cristal.

Una vez se aleja, al ver que Andrew no se acerca a mí, me vuelvo y camino hacia la cabaña. Soy imbécil. ¿Cómo me dejo embaucar por él? Pero, mientras camino, también soy consciente de que nunca me ha prometido nada. Andrew se lo está tomando como un juego, y soy yo, y sólo yo, la que se hace pajas mentales con respecto a él.

De pronto, oigo unos pasos rápidos detrás de mí.

—Eh, morena, ¡espérame! —grita Andrew.

Consciente de que nos miran demasiadas personas, me paro y, cuando mi vaquero llega hasta mí y me va a dar un beso, a diferencia de otras ocasiones, en las que colaboro con todo mi ser, esta vez ni me muevo.

—Tan poca efusividad dará que hablar.

Uf..., uf... ¿A que le cruzo la cara de un guantazo?

—Mira qué bien. Así no se aburren.

Muy sorprendido por mi contestación, Andrew me clava la mirada.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

Sus ojos buscan los míos y, cuando los encuentran, comenta:

—Ha dicho mamá que habéis estado en el mercadillo de Lander.

—Sí.

—¿Has comprado cosas?

—Sí.

—¿Mamá y las chicas se han portado bien contigo?

—Sí.

Mis escuetas respuestas le hacen saber que me ocurre algo. No sé si imaginará que lo he visto allí con la pelirroja. Entonces, se quita el sombrero y va a decir algo cuando salto:

—Tu abuela me ha llamado *mujerzuela*, y la idiota de Chenoa, *indecente*. Esta última nos ha visto en el río esta mañana.

Andrew levanta una ceja. Al parecer, cree que ése es el motivo de mi cabreo.

—Lo que digan ellas no tiene que preocuparte —murmura.

Me muerdo la lengua.

Siento unas irrefrenables ganas de gritarle, de empujarlo, de decirle que lo he visto con Arizona, pero me callo. Es lo mejor. Sin querer, rememoro cómo horas antes me hizo el amor, cómo me besó, cómo me miró, y maldigo a la tonta que hay en mí, que sigue creyendo en el amor, en la magia, en el romance. Luego, sin ganas de alargar la charla, le enseño las bolsas que llevo y digo:

—Me alegra lo que dices pero, si no te importa, me duele un poco la cabeza y voy a tomarme algo. Por favor, dile a tu madre que me disculpe, pero no tengo ganas de cenar. Prefiero quedarme en la cabaña y acostarme.

Echo a andar. Necesito separarme de él o le estampo las bolsas en la

cabeza. Entonces, de pronto, me para sujetándome por el codo y pregunta:

—¿Te duele mucho?

Dios, que si me duele. Me duele el corazón por lo tonta que soy y, asintiendo, afirmo con rotundidad:

—Sí.

Me doy la vuelta y acelero el paso. No quiero que vuelva a detenerme.

Media hora después, cuando he guardado los regalitos que llevo para mis amigas y para Candela en la maleta, decido darme un baño. Cojo ropa y una toalla limpia de la habitación y, cuando salgo al salón, oigo que llaman a la puerta. Al volverme, ésta se abre y entra Ronna preocupada con una bandeja.

—¿Qué te ocurre, hija?

Con una sonrisa de gratitud, respondo mientras ella deja la bandeja sobre la mesa:

—Me duele la cabeza, pero no te preocupes.

Como haría mi madre, la mujer se acerca a mí, posa la mano en mi frente y, tras unos segundos en los que me mira con gesto preocupado, dice:

—Ya te he notado yo un poco desanimada después del mercadillo. Fiebre no parece que tengas. ¿Qué te has tomado?

Eso me hace sonreír.

—Paracetamol. Tranquila.

Ronna sacude la cabeza y, señalando la bandeja, dice:

—Te he traído sopa de pollo y carne con patatas. Tienes que comer.

Ese gesto tan bonito me emociona y me hace darme cuenta de lo mala persona que soy. ¿Cómo puedo estar engañándola así? Pero, antes de que yo pueda decir nada, ella me da un beso en la mejilla y añade:

—Cómete lo que te he traído y luego acuéstate. Te vendrá bien, ¿de acuerdo, bonita?

Asiento. No puedo hacer otra cosa. Ronna me dedica una sonrisa y se va, dejándome con la sensación de que soy lo peor de lo peor.

Una vez me quedo sola, con mi móvil en la mano, busco mi música, me pongo a mi Pablo Alborán cantando *Recuérdame*[\[19\]](#) y me insulto a mí misma por ser tan complicada.

¿Por qué no puedo ser una tía más normal?

¿Por qué no puedo enamorarme de alguien que me corresponda en lugar de fijarme en tipos que o no me corresponden o están todavía

colgados de su exnovia?

Mientras suena la música, salgo del baño, cojo unas velas que he visto en un mueble de la cocina y las enciendo.

Suena una canción, y otra, y otra, y cada una que escucho me hace darme cuenta de que mi vida es una mierda. Quiero un amor como ése del que hablan las canciones, pero lo que siento, en cambio, es el desamor que en ellas se expresa.

Cuando el baño está listo, apago las luces y me meto en la preciosa bañera que un día el hombre de mi deseo decidió colocar allí. La sensación del agua es gustosa, las velas me encantan y, cerrando los ojos, me relajo mientras tarareo la canción que suena a continuación.

No sé cuánto tiempo pasó allí, sólo sé que, de pronto, oigo susurrar junto a mi oreja:

—Despierta, morena.

Sobresaltada, me siento en la bañera y, al ver a Andrew en la penumbra, gruño:

—¿Qué narices haces aquí?

Mi bufido hace que dé un paso atrás y, antes de que diga nada, suelto:

—Me estoy bañando. ¿No puedes respetar mi intimidad?

Alucinado por mi brusquedad, veo que parpadea, y siseo:

—Sal ahora mismo de aquí.

Sin decir nada, sale del baño y cierra la puerta, mientras yo maldigo. Cuando soy capaz de mover las piernas, que se me han dormido, miro mi móvil, desde el que sigue saliendo música tranquilita, y me percató de que ha pasado más de una hora desde que me he metido en la bañera.

Con diligencia, salgo de ella, enciendo la luz y entro en la cabina de ducha. Una vez acabo, me envuelvo el pelo con una toalla y el cuerpo con otra. No quiero salir del baño, por lo que decido hacer tiempo para que Andrew se aburra y se vaya. Una vez me seco, me echo crema por todas partes, después me pongo unas bragas y una camiseta.

Ya vestida, me quito la toalla del pelo y comienzo a desenredarlo. A continuación, abro la puerta del baño y me quedo sorprendida al ver a Andrew sentado en una silla. Nos miramos y, levantándose, pregunta:

—¿Te encuentras mejor?

Asiento. Con paso rápido, voy hasta la habitación que ocupo y él viene detrás de mí. Consciente de que estoy en bragas, aunque la camiseta me las tapa, saco un pantaloncito corto y me lo pongo.

Andrew dice entonces:

—He visto que no has tocado la comida de mi madre. Te calentaré la sopa en el microondas y...

—No. Lo haré yo.

Sin hablar, asiente. Deja que pase por su lado y, cuando lo hago, me coge del brazo y pregunta:

—¿Me puedes decir qué te ocurre?

Ay, Dios..., ay, Dios..., ¡que no quiero explotar y hacer el peor de los ridículos! Me siento como una bomba lista para ser disparada, pero me contengo, ¡debo hacerlo!

No respondo. Espero a que me suelte el brazo, cuando insiste:

—He preguntado qué te ocurre.

Consciente del numerito que estoy montando, me avergüenzo de mí misma y, tras contar hasta veinte, lo miro y respondo:

—Hoy no he tenido un buen día. Simplemente es eso.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

Lo miro. Ay, Dios..., tengo un ataque de celos tremendo, pero respiro y contesto:

—He hablado con mi hija. La echo de menos.

Andrew me acerca a él. Me abraza, y yo, sin querer dejarme llevar por lo que me hace sentir, me deshago de su abrazo y murmuro:

—De verdad. Quiero estar sola, ¿podrías darme ese gusto?

Mi vaquero me mira. Intenta leer en mis ojos algo que no estoy dispuesta a mostrarle y, tras un suspiro, responde:

—De acuerdo. Te dejaré sola, pero regresaré dentro de un par de horas.

—¿No sales esta noche? —pregunto con segundas.

Él niega con la cabeza.

—¿Adónde voy a ir yo sin mi maravillosa novia?

Ay, que le doy..., ¡que le doy!

Y, sin más, sale por la puerta y se va.

Con la rabia instalada en mi cara y en todo mi cuerpo, cojo la taza de caldo de pollo y la meto en el microondas. Veo cómo da vueltas mientras se calienta y, cuando suena el pitido, la saco y me lo bebo. ¡Qué rico!

Una vez acabo, caliento la carne y..., Dios, ¡qué bien cocina Ronna!

Cuando termino la cena, lavo los platos y los cubiertos en el fregadero, los seco y los coloco sobre la bandejita, y entonces llaman a la

puerta. ¿Quién será ahora? En cuanto abro y veo la cara de Lewis, sonrío.

—Sé por Andrew que no quieres que te molestemos —dice—, pero mamá me ha pedido que te trajera este trocito de su tarta de melocotón.

Al mirar la porción, suelto una carcajada.

—¿Trocito? —exclamo.

Lewis ríe, se encoge de hombros y susurra:

—Vale. Mamá es muy exagerada con sus trocitos.

Divertida por el gesto travieso del vaquero, camino hacia la cocina, cojo otra cuchara y, entregándosela, digo:

—Vamos, ayúdame a comérmela.

De mejor humor, nos sentamos en el salón y comemos el delicioso manjar, que sabe a gloria. Con curiosidad, observo las capas que lleva y mentalmente tomo nota de que tengo que pedirle la receta a Ronna. Sin duda, es una gran repostera.

—¿Qué tal hoy en la feria? —pregunto.

—Mal —suspira Lewis—. Varias de las ofertas que teníamos por algunos de los caballos han sido retiradas y, como esto siga así, no sé qué vamos a hacer.

Pienso en Chenoa. No sé si esa bruja está o no haciendo algo mal, y pregunto:

—¿Te fías totalmente de vuestra veterinaria?

Lewis me mira. No sabe por qué le digo eso.

—Sí. Vaca Sentada... —contesta riendo— puede ser muchas cosas, pero me consta que es buena profesional. Nos lo ha demostrado en más de una ocasión con los caballos. ¿Por qué me lo preguntas?

Sin querer echarle mierda a Chenoa, a pesar de que se lo merece, sonrío.

—Por saber. Piensa que para mí todo este mundo es desconocido.

Lewis asiente y, cuando va a decir algo, añade:

—Por favor, dime que *Apache* ha regresado... Sé que es una maldad que no quiera que lo vendáis, pero me encanta ese potrillo.

—Sí, reina de la salsa —afirma él—. *Apache* ha regresado.

Durante un rato, Lewis y yo charlamos de lo primero que se nos ocurre. Le hablo de mi antiguo empleo en Los Ángeles, le comento la posibilidad de buscar un local cuando regrese para emprender mi propio negocio y él, sin dudar, me anima a que lo haga.

Lewis me habla también sobre lo mucho que le gusta su trabajo en el

ranchos y, por cómo se le iluminan los ojos al explicarlo, sé que es verdad. Mientras lo escucho, soy consciente de lo maravilloso que es trabajar en lo que a uno le gusta, y pienso en cómo disfruto yo creando maravillosas tartas, dulces y postres.

Cuando nos cansamos de estar en el salón, decidimos salir a tomar el aire fuera de la cabaña y nos sentamos en un balancín que hay en un lateral de la entrada. Entre risas y confidencias, continuamos nuestra conversación, y él se sorprende cuando le digo que soy la mejor amiga de la cantante Yanira.

A partir de ese momento hablamos de música y yo le pregunto sobre el country. Lewis me responde a todo y, cuando me intereso por un paso de baile que he visto y que no sé hacer, éste se levanta para mostrármelo y, en ese instante, algo cae de su bolsillo trasero. Rápidamente, me agacho a cogerlo y veo que es una bolsita de color naranja. Sin decir nada, se la entrego y él explica sonriendo:

—Es un regalo.

Consciente de que yo tengo otra bolsita naranja como ésa guardada para el idiota de su hermano, pregunto:

—Y ¿se puede saber qué es?

Lewis se sienta a mi lado, abre la diminuta bolsa y me enseña una pulsera de cuero. Al cogerla, un estremecimiento me recorre todo el cuerpo.

—¡Qué bonita!

—Sí. Es preciosa, ¿verdad?

Yo asiento, le doy la vuelta a la pulsera y, al ver la chapita de plata grabada con las palabras «Sólo tú eres mi amor», me quedo helada. ¡Ostras, lo que acabo de descubrir!

—¿Es de ese alguien complicado y especial que me comentaste? —murmuro como puedo.

Lewis sonrío, asiente y, tendiendo la mano hacia mí, dice:

—Sí. ¿Me ayudas a ponérmela?

Mientras se la pongo, proceso la información.

Moses y Lewis.

Lewis y Moses.

Esos dos rudos y varoniles vaqueros..., ¿de verdad son pareja?

Madre mía..., madre mía, si Pocahontas o alguno de los vaqueros que los rodean se enteran, se puede liar bien gorda. Mi cara debe de ser de

alucine total, pues Lewis me pregunta:

—¿Qué te ocurre?

Lo miro. No puedo mentir. Es más, no tengo por qué mentir y, jugándomela, pregunto:

—Moses es esa persona complicada, ¿verdad?

La sonrisa de Lewis se congela. Siento que la sorpresa lo acongoja, y murmuro:

—Tengo infinidad de amigos gais y..., tranquilo, no voy a decir nada. Además, aunque no me creas, no me había percatado de vuestra relación, hasta que hoy he visto a Moses en Lander comprando estas pulseras.

—¿Lo ha visto alguien más?

—No. No. Tranquilo. Si sé quién te ha regalado la pulsera es porque, al acercarme al puesto para comprar una para Andrew, le he dicho al vendedor que no la quería igual que la del vaquero grandullón que acababa de marcharse, y éste me ha dicho que igual nunca podría ser porque la chapa de plata, en el caso del vaquero, iba por dentro. Y..., bueno..., al ver tu pulsera con la chapa grabada por dentro, he atado cabos y...

Lewis no responde. Intuyo que en su interior está librando una batalla por contarme o no la verdad, y finalmente dice:

—Te agradecería que guardaras el secreto.

—Sí..., sí, por supuesto. Que no te quepa la menor duda. Por mí nadie sabrá nunca nada.

A continuación, respira. Siento que por fin respira y, apoyándose en el respaldo del balancín, murmura:

—Moses y yo llevamos juntos desde que íbamos al instituto. Todos nos creen unos excelentes amigos, pero nadie sabe, ni imagina, que somos algo más. Ya nos encargamos nosotros de demostrarles lo mujeriegos que llegamos a ser, aunque cada día, según cumplimos años, nos cuesta más.

Asiento. Sin duda lo demuestran muy bien. Entonces, recordando algo, curioso:

—Y ¿Evelyn y Kate?

El vaquero sonrío.

—Ellas son pareja y nuestra tapadera para poder pasar la noche juntos, tanto aquí como cuando vamos a su casa. Siempre que nos ven con ellas, evitamos que la gente hable de nosotros y nos juzguen.

—Andrew no os juzgaría.

—Eso no lo sabes, Coral.

—Lo sé —insisto—. Tenemos amigos gays en Los Ángeles a los que quiere y respeta como a cualquier otra persona. Ten por seguro que tu hermano os ayudaría en todo lo que necesitarais —murmuro pensando en Manu y David y otros amigos que tenemos en común.

Lewis se encoge de hombros.

—Aun así, prefiero que no lo sepa.

—Pero ¿por qué?

Él sonríe.

—Llamémoslo *cobardía*. No sé, es difícil de explicar.

—¿Sabes? Hay una frase que dice que la historia no la escriben los cobardes, sino los que toman la iniciativa. Y no creo que Moses y tú seáis unos cobardes.

—Y no lo somos. Es sólo que, en nuestro entorno, en el rancho, ser gay no sería nada fácil; hay demasiados prejuicios.

—¿Y por qué no os vais de aquí?

—Lo hemos pensado.

—Y ¿qué os lo impide?

Lewis sacude la cabeza.

—Mamá, Nayeli, mis hermanos, la abuela, el rancho..., demasiadas cosas.

De repente, lo abrazo. Me fundo en un abrazo con él y murmuro:

—Cuenta conmigo para todo lo que necesitéis, ¿vale?

—Vale —asiente abrazándome también.

Sin duda, hoy está siendo el día de los secretos. Primero Ronna y ahora Lewis. Estamos abrazados cuando oímos:

—¿Qué narices estáis haciendo?

Rápidamente, nos separamos. Andrew está frente a nosotros con cara de malas pulgas y, levantándome, respondo:

—Hablar y abrazarnos; ¿ocurre algo porque lo hagamos?

Él nos mira. Siento que nos clava puñales con la mirada y, sin decir nada más, de dos zancadas abre la puerta de la cabaña y desaparece de nuestra vista. A continuación, Lewis baja la voz y murmura:

—Esto traerá problemas.

—No.

—Pero ¿tú has visto cómo nos ha mirado? Lo conozco y se imagina que entre tú y yo hay algo...

—No digas tonterías, Lewis.

—No estoy diciendo ninguna tontería —insiste él.

De pronto oímos la voz de Andrew, que me llama. Lewis me mira, y yo digo para tranquilizarlo:

—Vete. Sin duda discutiremos pero, tranquilo, tu hermano y yo somos dos personas civilizadas y sabemos controlar nuestras discusiones.

Lewis se agobia, vuelvo a vérselo en la mirada.

—No. Entraré contigo —dice.

—Vete —insisto—. Ya hablaremos mañana.

Cuando finalmente se va con gesto confuso, yo doy media vuelta y entro en la cabaña. Andrew está apoyado en la encimera de la cocina y, mirándolo, pregunto:

—¿Qué pasa?

Su mirada en este instante es igualita que la de su puñetera abuela. Es dura, fría...

—Sin lugar a dudas —sisea—, está visto que las mujeres que se hacen llamar *mi novia* atraen a mis hermanos también. Primero, Tom con Madison, y ahora... ¿tú con Lewis?

Bueno..., bueno..., bueno..., lo que me faltaba por oír.

—¡Lo que hay entre tu hermano Lewis y yo es una simple amistad! —grito furiosa—. Y ya que estamos hablando de respeto, ¿lo has pasado bien esta tarde con Arizona? —Mierda, lo he soltado. Ya no hay quien me pare—. Os he visto. He visto cómo tomabais algo en Lander. He visto cómo le comprabas unos malditos pendientes y cómo ella te besaba luego al despedirse. ¿Eso lo hace un novio modélico? —Sigue sin hablar, por lo que prosigo—: Mira, pedazo de burro, tu hermano y yo estábamos hablando, nos hemos emocionado por algo y nos hemos dado un abrazo. ¿Dónde está el mal?

Andrew asiente. Noto cómo la furia de su mirada baja de decibelios en segundos y, cuando camina hacia mí, lo detengo.

—Estoy cabreada..., muy cabreada conmigo misma.

Cabecea. Se toca el pelo. Sin duda a él también se le está escapando la situación de las manos, y murmura:

—Yo no sé qué me pasa..., pero...

—Pues, tranquilo, que ya te digo yo lo que te pasa —lo corto furiosa—. Lo que te pasa es que deseas a Arizona pero, por desgracia para ti soy yo la que está aquí contigo.

Y, sin más, me encamino hacia mi habitación, donde cierro de un portazo.

Durante horas, miro el techo en la oscuridad. Cada vez entiendo menos qué hago aquí, cada vez entiendo menos nada. Con lo bien que estaría yo en mi casita mirando al mar, no sé qué hago aquí metida en todo este jaleo.

Doy una vuelta, otra, otra. Me siento en la cama, me levanto, me tumbo, y entonces oigo que llaman a la puerta. Me incorporo de nuevo y, tras levantarme, voy a abrir. Frente a mí, Andrew murmura:

—Quiero que seas tú quien esté aquí conmigo.

Nos miramos...

No hablamos...

Y, cuando da un paso hacia mí, no lo rechazo y me cobijo en sus brazos. Lo necesito. Necesito su cercanía, sus mimos y, en el momento en que nuestras bocas se encuentran, olvidándome de todo lo ocurrido, me entrego a él tanto como él se entrega a mí y nos hacemos apasionadamente el amor.



Cuando despierto por la mañana en la cama de Andrew, hay una extraña oscuridad. Me muevo, mis pies chocan contra alguien y, al mirar, veo que me observa y murmura:

—Buenos días, morena.

Sonrío.

—Me encanta esta sonrisa mañanera tuya.

Sus palabras y cómo me mira son el inicio de una bonita mañana y, retirándole con la mano el pelo que le cae sobre los ojos, pregunto:

—¿Es todavía de noche?

Mi morenazo sonrío a su vez y murmura negando con la cabeza:

—No, *mi niña*, pero hoy amenaza lluvia y el día está nublado.

—Y ¿qué haces aquí todavía?

Andrew coge mi mano, se la lleva a los labios y, tras besarme los nudillos, susurra:

—Disfrutando de la preciosa vista que me ofrecías.

Ay..., ay..., ay... Algo le ocurre. ¿Por qué está tan romántico?

—Oye..., con respecto a lo de ayer...

—Arizona no significa nada para mí.

—Pero yo veo que...

—Créeme, morena, por favor.

Lo miro. No insisto y, tras levantarse, tira de mí y dice con una sonrisa:

—Olvidemos a Arizona y vayamos a la ducha. Tenemos que levantarnos.

Acto seguido, me carga sobre su hombro y, entre risas, nos duchamos y, lógicamente, volvemos a hacernos el amor.

Cuando salimos de la cabaña cogidos de la mano, levanto la vista al

cielo y compruebo que está gris. Vamos, que va a caer una buena. Andrew mira a los dos caballos que sabe que me gustan tanto y dice:

—Hasta a ellos les resulta extraño que no haya madrugado hoy.

Eso me hace sonreír. Sin soltarnos de la mano, charlando, caminamos hasta llegar a las inmediaciones del establo y de pronto comienza a chispear. Nos encontramos con Lewis, que se coloca ante nosotros y pregunta:

—¿Todo bien?

Su gesto preocupado me hace gracia y, poniéndome de puntillas, le doy un beso a Andrew en los labios.

—¿Te parece bien esto? —pregunto a continuación.

Lewis sonrío, yo lo hago también, y Andrew le tiende la mano y le dice:

—Siento lo de anoche, hermano. Discúlpame, pero...

—No tengo nada que disculparte —replica él, y le coge la mano para luego abrazarlo.

Los miro encantada. Sonrío y me apena saber lo que sé que Andrew no sabe, pero soy una tumba. Si Lewis me ha dicho que no diga nada, no seré yo quien lo diga.

En ese instante oímos la voz de Ronna:

—Buenas casi tardes, dormilones.

Al mirarla, sonrío y ella pregunta:

—¿Te encuentras mejor, Coral?

—Sí. Ya estoy bien.

La mujer sonrío y, mirando a sus hijos, dice:

—Buscad a Cold y a Tom e id a Hudson. El párroco quiere comer con vosotros para hablar de la ceremonia.

Lewis y Andrew protestan. No les hace gracia esa comida, pero su madre insiste:

—Vamos. No me obliguéis a cogeros de las orejas y llevaros yo misma como cuando erais pequeños. —Ellos sonrían, y entonces Ronna indica mirándome—: Y tú vente conmigo. Hoy tenemos la prueba del vestido de novia.

Consciente de que no me puedo escaquear, asiento.

—Te veo dentro de un rato —me dice Andrew.

Sonrío y, tras darme un beso en los labios, me guiña un ojo y se marcha con Lewis.

Como siempre, lo miro atontada, y Ronna me agarra del brazo y se mofa:

—Oy..., oy..., mi hijo, nunca lo imaginé tan tontorrón.

Vuelvo a sonreír y Ronna comenta divertida:

—¡Juventud, divino tesoro!

Cuando entro en el salón de la casa, además de las mujeres que ya conozco, entre ellas Arizona, Ronna me presenta a unas amigas de Sora. Todas me miran con curiosidad y yo les sonrío, aunque veo por sus gestos que Pocahontas y Vaca Sentada les han hablado de mí. ¡Qué bien!

Durante un buen rato hablamos o, mejor dicho, hablan ellas. A Madison, a Flor y a mí nos ignoran. Después comemos y, tras la comida, entramos en el salón y comienza la prueba del vestido.

En el centro de todas ellas está Flor. La pobre lleva un vestido de encaje que más feo no puede ser, con mangas y cuello alto, que además la hace más bajita y le queda que da pena. Miro a Arizona, que está a un lado, y, acercándome a ella, pregunto:

—¿Ayer bien?

Al oírme, me mira y murmura:

—Creo que sí. Me confesó que en ocasiones ha pensado en mí mientras estaba en Los Ángeles y, cuando nos despedimos, lo besé y no me rechazó, aunque lo noté algo reticente.

Joder..., joder..., lo mío es masoquismo puro.

Trato de sonreír y murmuro:

—Me alegra saberlo.

—¿Estás segura, Coral?

No. No estoy segura, pero asiento.

Cuando me alejo de ella, siento que el corazón se me ralentiza dolorido, pero decido no hacerle caso y prestar atención a las opiniones de las mujeres en relación con el horrible vestido de novia. Todas dan su parecer, y Madison, que está en un lateral, se acerca a mí y me pregunta:

—¿Qué te parece?

Intentando centrarme en ella, miro a Flor. Sus ojos no brillan.

—Que tiene que tomarse un par de cervecitas para ser ella —digo.

Madison sonrío, yo también, y finalmente añado:

—El vestido me parece anticuado, puritano, y creo que a Flor no le gusta, ¿no te parece?

Asiente.

—Elección de Sora. Según ella, la elegancia y la decencia residen en no enseñar de más.

Eso llama mi atención y, sonriendo, afirmo:

—Sin duda, esa mujer no ha entendido bien el concepto «menos es más».

Ambas reímos y, a continuación, Madison cuchichea:

—Cualquiera de los vestidos de nuestras fiestas del divorcio le gustan más. En mi habitación tengo el que más le gusta a ella. Se lo arreglé, pero no se atreve a decirle a Sora que prefiere ese vestido al que ella ha elegido.

—¿En serio? —Madison asiente, y yo murmuro—: Y ¿por qué no se lo dices tú?

—Porque Flor no quiere. Opina que eso sólo nos originará más problemas.

—Y ¿dónde está ese vestido?

—En el armario de mi habitación. Al final se lo venderé a otra novia.

Saber eso me revienta las tripas. Pero, vamos a ver, ¿no es la boda de Flor y ella elige su vestido?

Y, sin dudar, porque yo no tengo nada que perder en todo esto, le sugiero a Madison:

—¿Y si lo digo yo?

—Pues entonces será un problema para las tres —replica.

Ambas reímos cuando Sora, que, como siempre, nos observa con su ojo avizor, pregunta:

—¿Y vosotras de qué os reís?

En el salón se hace un silencio sepulcral. Todas nos miran, Ronna se santigua y, antes de que yo diga nada, Madison contesta:

—Creemos que ese vestido no le hace justicia a Flor.

Buenoooooooooo..., creo que se va a liar una buena.

Me estoy preparando para escuchar algún borderío de la abuela cuando ésta sonrío y dice:

—Escuchemos a la experta en moda y otros menesteres. ¿Cómo crees que sería el vestido ideal para Flor? Y te recuerdo que, con lo rolliza que está, no es fácil que algo le siente bien.

¡Joder con la abuela y su crueldad!

Me dice a mí eso delante de toda esta gente y, del bufido que le meto, le quito hasta años.

Sin inmutarse, Madison se acerca hasta una acalorada Flor y responde:

—Ella no está gorda como continuamente le hacéis creer. Simplemente es una muchacha con un busto generoso y ancha de caderas. Para empezar, eliminaría el encaje de los hombros, los brazos y el cuello. Tiene una piel preciosa y unos hombros y un cuello delicados. Le pondría un escote palabra de honor. En la cintura añadiría un bonito aplique, que suele ser perfecto para novias con mucho pecho, y la falda la haría de volantes asimétricos para disimular las caderas.

Toma yaaaaa, ¡me encanta Madison! Ésta haría un buen equipo con Tiffany.

Mientras describe el vestido, sé que es el que tiene en la habitación, y los ojillos de Flor comienzan a brillar.

Pero entonces Chenoa suelta con una malévola sonrisa:

—Demasiada elegancia para la Rolliza, ¿no creéis?

Muchas asienten, se mofan, y Flor baja la cabeza, mientras Arizona murmura algo en dirección a su prima y ésta asiente. Me enerva esa falta de tacto de todas, especialmente de Chenoa, y, sin poder remediarlo, siseo:

—¿Te gustaría que yo a ti te llamara *Rolliza*, Chenoa?

La aludida sonrío, se lleva la mano a la cintura y replica:

—Imposible que te tomaran en serio: ¿tú me has visto?

Bueno..., bueno..., ésta necesita una cura de humildad.

—Claro que te he visto y, sinceramente, presumes de lo que careces.

—¡Coral! —murmura Ronna incrédula.

Vale. Sé que lo que acabo de decir es un despropósito pero, con ganas de liarla, miro a la abuela, que me observa con cara de asco, y suelto:

—Ese vestido es feo, soso y puritano. Yo tengo un vestido de novia que quiero que Flor se pruebe.

Todas me miran. Sin lugar a dudas, estoy cavando mi propia tumba. Entonces, Madison se acerca más a mí e insiste:

—Lo he arreglado yo y también quiero que se lo pruebe.

Nadie dice nada. Nadie se mueve. Flor, junto a su prima, está roja como un pimiento.

—Por favor, ¿puedes ir a por él? —le pido a Madison.

Ella sale del salón rápidamente. Ronna me mira, en sus ojos veo una tímida sonrisa y, obviando las miraditas de todas las demás, me acerco a Flor y digo mientras le desabrocho los botones de la espalda del vestido

que lleva puesto:

—Ahora te vas a probar el otro y vas a decidir cuál te vas a poner el día de tu boda.

Ella asiente.

La abuela está que echa humo por las orejas, pero se calla.

Dos segundos después aparece Madison con el vestido. Es blanco, precioso y, mirándolo, asiento.

—Vamos, Flor, nosotras te echamos una mano.

En silencio, ayudamos a la novia a ponerse el vestido y, cuando Madison cierra la cremallera de la espalda, contemplo a la joven y murmuro:

—Flor, estás preciosa. Mírate en el espejo.

Ella, colorada, se da la vuelta y, cuando se mira, veo en sus ojos lo que hay que ver en una novia: felicidad. El vestido de Madison es bonito, sexi y actual y, señalándola, afirmo:

—Buen trabajo, Madison, ¡es una preciosidad!

—Increíble, Flor..., es maravilloso —comenta Arizona.

Sonreímos. Ronna se acerca entonces a nosotras y murmura:

—Por el amor de Dios..., estás bellísima, Flor.

La novia sonrío. Se siente segura con ese vestido; cuando la abuela se levanta de su silla, se coloca a su lado y, tirándole del escote, sisea:

—Demasiada carne al descubierto. Pareces una furcia con este vestido.

—¡Sora! —protesta Ronna.

—No voy a permitir que un nieto mío se case con una mujer que lleva esta indecencia —insiste la abuela—. Ya lo permití una vez y mira el resultado. Una seca que ni hijos puede tener.

—¡Sora! —vuelve a protestar Ronna al ver cómo la anciana mira a Madison.

Y, antes de que nos demos cuenta, agarra los finos volantes delanteros y los rasga. El ruido de la tela al romperse nos encoge hasta el alma y, como un tsunami, le digo todo lo que se me pasa por la cabeza a la jodida abuela.

Flor llora y Arizona la consuela. Ronna y Madison no saben ni qué decir, y entonces la novia se quita el vestido, se viste y sale corriendo de la casa con su prima. Ronna va tras ellas.

Durante varios minutos, la abuela, sus amigas y Chenoa me dicen de

todo. Pero, la verdad, todo lo que me digan es poco para lo que yo les estoy diciendo. Menuda boquita tengo cuando me pongo.

Desde luego, a gustito me estoy quedando. Ya basta con todo eso. Ya basta con el matriarcado de la abuela. ¡Ya basta!

Madison, que está en medio, intenta tranquilizarnos a todas, cuando de pronto la abuela grita:

—Tú, seca atontada..., ¡cállate!

—Sora, por favor —replica ella con paciencia.

—Desde luego, el gusto por las mujeres de mis nietos ¡es pésimo!

—Lo que es pésimo es su comportamiento, señora —respondo fuera de mí.

Entonces, la mujer, a quien es evidente que no le caigo bien, se acerca y sisea en mi cara:

—Una rolliza llorona pakistaní, una atontada y seca neoyorquina y una española buscona y tatuada; ¿crees que es eso lo que quiero para mis nietos?

—¡Sora! ¡Ya basta! —protesta Madison.

—He dicho que te calles, y no se te ocurra volver a mandarme callar a mí en la vida.

Madison me mira. Yo resoplo y ésta dice:

—¿Sabe, señora? La que nunca más me va a volver a chillar es usted a mí. Y ¿sabe por qué?

Uy..., uy..., que me temo lo peor. Entonces, Madison, como quitándose cien años de encima, sonrío y afirma:

—Porque, una vez pase la boda de Cold y Flor, voy a irme de aquí, me voy a separar de su nieto, la voy a perder de vista a usted y, por supuesto, dejaré mi cama libre para Chenoa. Así dejará de acostarse con mi marido en el establo o donde los pille.

Las demás mujeres se llevan las manos a la boca sorprendidas, pero Sora no. No me lo puedo creer, ¿ella lo sabía?

Madison me mira, acaba de percatarse de lo mismo que yo, y sisea asqueada contemplando a Chenoa:

—Muy bien, ahora ya eres la nieta oficial de Sora. Ya no sólo tienes su beneplácito para que te acuestes con mi marido, sino que también tienes el mío, aunque, sinceramente, no sé cuánto tiempo te va a durar.

Sora, con un gesto que es para partirle la cara, sisea:

—Llevo esperando este momento mucho tiempo. Te ha costado

tomar la decisión. —Y, sonriendo, añade—: Ni tú ni las otras sois lo que yo quiero para mis nietos y, antes de morirme, se lo demostraré a ellos.

Anda, mi madre... Pero ¿ésta de qué va?

—Le aseguro, señora, que usted tampoco es lo que sus nietos quieren —espeto.

Me mira. ¡Ay, cómo me mira! Y entonces suelta con veneno:

—¿Cuándo pensabas decirnos que eres una madre soltera y tienes una hija?

Buenoooooooooooo..., y ¿cómo se ha enterado de eso?

Pero, como no estoy dispuesta a negar a mi pequeña, afirmo:

—Sí, tengo una preciosa hija, ¿ocurre algo?

Madison me mira sorprendida e, ignorando al resto de las mujeres, voy a añadir algo más pero en ese momento Chenoa suelta:

—Te lo dije, Sora. Cuando Elmer me lo contó no daba crédito. Sin duda, el gusto de Andy por las mujeres va empeorando.

—Oh, Dios, Vaca Sentada, ¡cállate! Y, si hablas y chismorreas, di también con quién te estás acostando además de con Tom McCoy. Por cierto, como curiosidad, puedo decir que también está casado. ¿Qué te parece, Sora? ¿Qué te parece que tu decente Chenoa no sólo se acueste con tu nieto?

Ninguna de las presentes puede creerse lo que está ocurriendo, y de pronto la abuela me suelta una torta que me deja sin habla.

—No pienso consentirte que viertas acusaciones de ese tipo sobre la integridad de Chenoa. ¡Mujerzuela! Si aquí hay alguien que se acuesta con hombres, eres tú.

Oy..., oy..., oy..., la mala leche que me entra. Y, con la cara calentita por el guantazo que me acaba de dar Pocahontas, respondo con toda la mala leche del mundo:

—Le aseguro, señora, que si mi madre no me hubiera enseñado educación, le devolvía el tortazo con todo el gusto del mundo. —Y, sacándome el móvil del pantalón vaquero, busco las fotos de Chenoa y, plantándoselas delante de la jeta, digo—: Cuando yo hablo de algo es porque lo he visto con mis propios ojos y tengo pruebas. Aquí tiene a su decente Chenoa pasándoselo de lujo con Quincy McBirthy.

El gesto de Sora ahora sí que es de sorpresa. Eso la deja noqueada, mientras yo hago todo lo que está en mi mano por no explotar y quemar el rancho de esa maldita vieja.

Con la cara descompuesta, Sora mira a su ojito derecho, que ha ido a sentarse en el sillón hace un rato, y sisea:

—¿Cómo... cómo has podido?

—Sora, deja que te explique —dice Chenoa.

—¿Explicarme? ¿Qué vas a explicarme?

—No es lo que crees...

—¡No estoy ciega, Chenoa, y tonta no soy, aunque tú lo creas así! —vocea Sora y, a continuación, alzando la barbilla, pregunta achinando los ojos—: ¿Te acuestas con mi nieto Tom y también con el sinvergüenza de Quincy McBirthy?

—Sora, escúchame...

Pero la vieja, que es peor que un tsunami, grita y grita y grita, y sus amigas huyen de allí despavoridas. Con el rabillo del ojo, veo a través de las ventanas cómo las mujeres llegan hasta sus vehículos, se montan y se van. Desde luego, les hemos dado información para cotillear durante más de un mes.

—¿Has sido tú quien ha boicoteado mis ventas para beneficiar a Quincy McBirthy? —inquire entonces Sora.

Vayaaaaaaaaaaaa..., sin duda piensa lo mismo que yo. Pero Chenoa responde entre temblores:

—No.

Con un movimiento rápido, la india lakota con más mala leche que he conocido en mi vida, agarra a Vaca Sentada de la coleta y, acercándola a ella, sisea:

—Como tenga la más mínima constancia de que has hecho que mis caballos enfermen y que has boicoteado mis ventas a favor de ese McBirthy, te aseguro que nadie en todo Estados Unidos te va a contratar ni para que le cuides a su periquito, ¿estamos?

Acto seguido, Sora le suelta el pelo con furia. Al verse libre, Chenoa se incorpora.

—Tom y yo...

—Fuera de mi casa —la corta la anciana—, de mi rancho y de mis tierras. Y, si te veo cerca de mi nieto, te aseguro que lo vas a lamentar.

Chenoa se mueve furiosa. Me mira y, señalándome, grita:

—¡A ella no la conoces. ¿Por qué aceptas sus pruebas y no me escuchas a mí?!

Sora me mira. Sigue habiendo incomodidad en sus ojos, y responde

tajantemente:

—Porque una imagen vale más que mil palabras. Y, ahora, desaparece de mi vista.

Chenoa intenta acercarse a Sora con gesto compungido, y ésta grita:

—¡He dicho que te vayas!

Vaca Sentada me mira furiosa. Observo que su cara roja se crispa y, cuando levanta la mano para darme un bofetón, le lanzo un derechazo al ojo con todas mis fuerzas. Ella cae al suelo, y yo, tocándome el puño, me quejo:

—Ay, Dios..., ¡qué dolorrrrr!

Madison mira mis nudillos enrojecidos por el golpe, mientras Chenoa se levanta y, con la mano en la cara, se va de allí. Alucinada por lo que acabo de hacer, voy a decir algo cuando Madison cuchichea:

—Has hecho lo que debería haber hecho yo hace mucho tiempo. ¡Gracias!

Ambas sonreímos, y entonces Sora, que me acuchilla con la mirada, sin preocuparse por mi dolorida mano, pregunta:

—¿Dónde conseguiste esas fotos?

—En Hudson —respondo tocándome el puño.

La mujer asiente. Piensa a saber Dios qué y, observándome, dice para mi sorpresa en un tono de voz que no conozco:

—Siento haberte dado ese bofetón.

Oír esa disculpa de su boca, aunque aún me arda la cara, me gusta. Por fin un gesto de humanidad. Sin embargo, dura poco. Su mueca cambia de repente otra vez y suelta:

—Ahora, quítate de en medio. En cuanto al vestido, si la Rolliza quiere casarse con mi nieto, el vestido ya está decidido. No hay más que hablar.

No me muevo. Mi desconcierto me impide moverme, mientras veo a Madison con el bonito vestido de novia destrozado en sus manos y oigo que Sora vuelve a decir:

—Disfrutad de los días que estéis aquí. —Su sonrisa me recuerda a la malísima Angela Channing, de la serie «Falcon Crest», que veía cuando era pequeña—. Porque, una vez os vayáis, no regresaréis nunca más a mi rancho.

Uisss..., uisss...

Ese «nunca más» no me vale y, con su misma frialdad, afirmo sin

quitarme de en medio:

—Quizá no vuelva, pero será porque lo decidamos Andrew o yo, no usted. Y déjeme recordarle una cosita: su nieto no se amilana ante usted porque es un hombre que tiene lo que hay que tener para decirle lo que piensa, le guste o no. Por suerte, él elige con quién estar, ¿o todavía no se ha dado cuenta? Quizá yo no sea la mujer de su vida. Quizá otras pasen por aquí antes de que él elija, pero que le quede muy pero que muy clarito que nunca elegirá lo que usted quiere para él, porque tiene su propio criterio.

Sora me mira. Sabe que lo que acabo de soltarle es cierto y, sin decir nada más, da media vuelta y sale de la habitación.

Cuando la desagradable vieja desaparece, apoyo las manos en una silla. Estoy temblando. Esa mujer me ha puesto histérica, pero he de relajarme. Como ella ha dicho, no volveré por allí cuando me vaya, y mucho menos para verla a ella.

—Tranquila, Coral..., tranquila... —murmura Madison.

Asiento. Intento tranquilizarme y, mirándola, pregunto mientras me toco mi colorada mano:

—¿Cómo has podido soportarla tanto tiempo sin matarla? ¿Cómo has podido vivir aquí con esa... esa bruja?

Ella coge mi mano y responde:

—Porque quería a Tom y, aunque ya no lo quiera, sigo queriendo a Ronna —susurra—. Y, hablando de Ronna, creo que debes saber que...

—Tranquila. Sé lo que le pasa a Ronna —digo.

Madison suspira. Se lleva la mano a la boca y murmura:

—¿Quién la cuidará cuando yo no esté? ¿Quién la ayudará? La quiero mucho. Ella ha sido la única que me ha querido aquí desde...

La abrazo. Madison necesita abrazos. Abrazos que nadie, a excepción de Ronna y Nayeli, le ha dado.

—Ella te tendrá siempre —susurro—. Pero ya la has oído: has de vivir para que ella también sea feliz y no cargue con las culpas de que arruinas tu vida por ella. Además, estate tranquila, porque sola no va a estar: también tiene a Flor. —Madison asiente. Sabe que tengo razón, y continuo—: Sé que estarás en Nueva York, pero recuerda, en Los Ángeles tienes una preciosa casita frente al mar donde mi hija y yo te esperamos siempre que quieras.

La joven rubia sonrío, mientras yo pienso que, como todos a los que

les he dicho que me visiten me tomen la palabra, voy a tener *overbooking* en mi casa.

Pocos minutos después, cuando noto que Madison se ha repuesto y yo también, me pregunta:

—¿En serio tienes una hija?

Asiento y, sonriendo, saco de nuevo el móvil del bolsillo de mi pantalón, busco una foto y se la muestro.

—Ésta es mi Candela; ¿a que es muy bonita?

Madison la mira, sonrío y, llevándose las manos a la boca, murmura:

—Es preciosa..., preciosa...

Miro la foto de mi niña y me olvido del dolor de mis nudillos. Sin lugar a dudas, mi Gordincesa es la más preciosa del mundo. Cuando voy a decir algo, Ronna entra en el salón y pregunta mirándome:

—¿En serio tienes una hija?

Ya no hay que ocultarlo a nadie y, al ver cómo me mira, aclaro:

—Sí, Ronna, y Andrew y ella se quieren mucho. —Luego le muestro la foto que le estaba enseñando a Madison e indico—: Se llama Candela y tiene dos años y medio. Ahora está con su padre en Perú, porque él se va a casar y se la ha llevado para la boda, y si Andrew o yo no la hemos mencionado, no ha sido por ti, sino para evitar más problemas con Sora.

Ronna sonrío, asiente emocionada y murmura mirando mi teléfono:

—Tienes una hija preciosa, Coral, pero qué cosita más bonita. ¿Cuándo la voy a conocer?

Uf, madre, ¡qué preguntita!

No respondo. ¿Cómo le voy a responder a eso?

Evito contestar y seguimos hablando de otras cosas. El tiempo pasa, mientras con cuidado y buena letra le contamos lo de Tom y Chenoa. Ronna no se lo puede creer, y menos cuando la informamos de que Sora lo sabía y ambos tenían su aprobación. Ronna se desespera y, en el momento en que se entera de que Chenoa también se acuesta con Quincy McBirthy, la pobre no sabe ni qué decir.

No da crédito a lo que está oyendo.

¿Cómo ha podido hacer eso su hijo?

Las manos comienzan a temblarle, y Madison y yo nos apresuramos a tranquilizarla. La sentamos, le preparamos una tila y, poco a poco, nuestra amada Ronna se va serenando.

—Qué pena de vestido de novia —dice entonces señalando el vestido

roto.

Las tres lo miramos.

—Lo subiremos a la habitación de invitados —comenta Madison al tiempo que lo recoge—. Si no te importa, Ronna, a partir de hoy, y hasta que me vaya, dormiré ahí.

La mujer asiente. No le queda otra.

—La madre que trajo a Sora. Lo ha destrozado —protesto al verlo rasgado.

—Veré si tiene arreglo. Pero ahora voy a ver a Flor.

—No. No vayas, hija —pide Ronna—. Está diluviando, y Flor me ha dicho que quiere estar a solas con Arizona. Creo que lo necesita, y nosotras debemos respetarlo.

Madison asiente e indica saliendo por la puerta:

—Subiré el vestido a la habitación. Es mejor que Sora no vuelva a verlo.

Cuando me quedo a solas con la madre de mi supuesto novio, ésta me pregunta:

—¿Estás bien?

Asiento y me toco los nudillos. Sonrío para que relaje su gesto y murmuro:

—Tranquila. Por muy india que sea, Sora no me asusta.

Ronna se lleva entonces las manos a la boca y murmura mientras las lágrimas empiezan a correr por su rostro:

—Nunca he conocido a una mujer más descontenta con su vida y con su familia. Siempre ha sido severa e intransigente con mis hijos, pero esto... esto ya no se puede soportar. Mis chicos son buenos muchachos, a pesar de sus cosillas.

Oír eso de «sus cosillas» me da que pensar, y añado:

—Tranquila, Ronna..., tranquila. Pues claro que son buenos chicos.

La mujer se seca las lágrimas de desesperación con un pañuelo y prosigue:

—Cuando Cold comenzó a salir con Flor, Sora puso el grito en el cielo. No le gustó que fuera descendiente de pakistaníes. La pobre chica no puede ser más buena, y cuando propusieron celebrar su boda en el rancho, Sora se negó.

—Pero ¿este rancho no es también de Cold?

Ronna suspira.

—Este rancho es de ella mientras viva. ¡El rancho de Sora! Ella nos lo recuerda todos los días —dice y, reponiéndose, añade—: A Tom y a Madison los ha martirizado hasta que los ha separado. Y ella es como Flor, una buena chica.

—Sí lo es. Me consta —afirmo mirándola.

—Como sabes, Andrew se fue. Él ha sido el único que le ha plantado cara a la abuela, y me alegra ver que es feliz contigo, aunque yo lo añore por no tenerlo cerca. A Lewis lo martiriza queriendo organizarle citas que no le agradan, cuando él... él...

Ay, madre..., ay, madre, que Ronna sabe más de lo que creo.

—¿Cuándo él qué? —digo.

Ella me mira. No sabe cómo decir lo que sabe, y yo, que no quiero meter la pata, susurro:

—Ronna, confía en mí. Creo que nada de lo que me digas me va a sorprender.

Entonces, me clava la mirada.

—Lewis no sabe que yo sé lo que tiene con Moses. Tú lo sabes también, ¿verdad? —Sin ganas de mentirle, asiento—. Nunca hemos hablado de ello, pero siempre lo he sabido, y no porque ellos dejen entrever nada, que no es el caso, simplemente lo sé porque soy su madre y lo conozco muy bien.

—Y ¿por qué no lo has comentado con él?

Ronna se encoge de hombros.

—Porque no quiero que él o Moses se sientan incómodos por mí —murmura bajando la voz—. Pero yo amo a mi hijo y adoro a Moses. Son dos buenos hombres, y lo que ellos hagan en la intimidad de su habitación a mí no tiene que preocuparme. Simplemente quiero que mis hijos sean felices, y creo que el único que lo está siendo es Andy contigo fuera de aquí.

Ronna, alterada por todo, se toca la frente, sus manos tiemblan y, angustiada, protesta:

—Y ahora sólo faltaba mi enfermedad para sumar a la lista de problemas.

No quiero que la pobre mujer siga martirizándose, pero de pronto oigo voces procedentes del exterior. Al mirar por la ventana con disimulo, veo a Nayeli y a Sora gritándose. Vaya, ahora la ha tomado con la cría.

No sé qué se dicen, no las entiendo, pero la abuela tiene una actitud

agresiva y Nayeli la empuja para quitársela de encima. Pienso en salir y pararlas pero, si lo hago, Ronna se percatará, cuando no se ha dado cuenta todavía. Pobre Ronna, ¡si es que no gana para disgustos!

Pasan los minutos y esas dos siguen discutiendo y, cuando creo que voy a tener que salir para detenerlas, Nayeli se da la vuelta y desaparece. Entonces oigo que se abre la puerta de la casa, y sus pasos rápidos suenan con fuerza en cuanto sube la escalera.

Ronna mira hacia atrás y, al ver a la chica, pregunta:

—Cariño, ¿estás bien?

Nayeli no contesta. Ronna me mira y yo respondo:

—Seguro que sí. Llevará prisa.

La pobre mujer menea la cabeza, se levanta y se acerca a la ventana. La sigo, la abrazo para que sienta ese amor que necesita, y entonces las dos vemos cómo Sora se sube a su caballo con una agilidad increíble para su edad y, a pesar de la lluvia, se va.

—Es una gran amazona y adora montar a su caballo bajo la lluvia — comenta ella.

Con cariño, la miro. A pesar de todo lo que ocurre, Ronna quiere a esa huraña mujer. Deseosa de que descanse y viendo que hemos echado el día y se acerca la hora de la cena, le pregunto a continuación:

—¿Qué te parece si te vas un rato a tu habitación y te acuestas?

—Uy, no, hija..., tengo que ponerme con la cena.

—Por eso no te preocupes. Madison y yo nos encargaremos.

Ella me mira. No sabe si fiarse de mí, e insisto:

—Soy cocinera y repostera. Vamos, ve a echarte un rato. Confía en mí.

Al final, acepta. Sin duda, lo ocurrido la ha afectado más de lo que quiere reconocer.

Una vez me quedo sola en la cocina, me pongo hielo en los nudillos. Se me están hinchando, y el dedo gordo me duele. ¡Vaya galletazo que le he dado a Chenoa! Pero, oye, ¡qué a gustito me he quedado.

Decido olvidarme de mis nudillos y me pongo a hacer unas ensaladas con maíz y atún y, de plato principal, albóndigas con patatas. Seguro que los chicos se las comerán encantados cuando vengan.

Madison baja a la cocina y, al verme sola, le explico lo ocurrido y, sin dudarle, se pone al tajo conmigo. Como un buen equipo, preparamos la carne picada, la sazonamos con sal y especias, hacemos bolitas de carne

y, una vez Madison las fríe, yo las sumerjo en una exquisita salsa que he preparado.

De postre preparo natillas. Voy al salón y, tras coger varios cuencos de una alacena, cuando llego a la cocina Madison me mira.

—Sora se enfadará cuando vea que has usado éstos.

Miro los cuencos. Son muy bonitos pero, sin amilanarme, afirmo:

—Pues mira, como ya está enfadada conmigo y soy una mujerzuela, los voy a utilizar.

Madison sonrío.

—La va a armar.

—Que la arme. Es lo mínimo que espero de ella.

Tras soltar una carcajada, Madison me coge varios de los cuencos de las manos y señala:

—Y como, según ella, yo soy una seca atontada, ¡me uno a ti!

Entre risas, y sabedoras de que tendremos follón por eso, disfrutamos rellenando los cuencos con natillas.

Una vez acabamos, Madison decide ir a ver a Ronna. Está preocupada por ella.

Cuando me quedo sola, oigo el ruido de un vehículo. Me asomo por la ventana de la cocina y veo que son Cold, Tom y Andrew, aunque mi atención se centra en este último. Como siempre, verlo sonreír es una alegría para la vista y, ¿por qué no?, también para el resto de los sentidos.

Durante varios minutos observo cómo bromean, hasta que, entre empujones, entran en la cocina. Al verme sola, Andrew viene hacia mí, me da un beso en los labios y, sorprendido, me pregunta:

—¿Estás sola?

Asiento. Todos me miran.

—A ver, chicos. En vuestra ausencia ha habido una crisis —explico.

—¡¿Qué?! —exclaman todos al unísono.

—¿Y Lewis y Moses? —pregunto.

—Vienen en la camioneta de Moses —responde Andrew.

—¿Y mamá? —pregunta Cold.

—Tranquilos. Está descansando. Lo necesitaba. Madison acaba de ir a ver cómo está.

Al verme observada por esos gigantes a los que sólo les falta el revólver en la mano, digo:

—Debéis saber que estábamos con la prueba del vestido de Flor y

vuestra abuela, bueno..., ya sabéis cómo es...

—Joder con la abuela —murmura Tom.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —pregunta Andrew al ver mis nudillos hinchados.

—Esto es del puñetazo que le he soplado a Chenoa en toda la cara.

—¡¿Qué?! —preguntan todos a la vez.

Sonriendo, asiento.

—Veamos, voy a comenzar por el principio. El vestido que Sora ha elegido para Flor es horroroso y, como Madison le había arreglado otro, se lo ha probado y, al ver que nos gustaba más ése que el que ella había elegido, ha arremetido contra nosotras, la ha liado parda y yo, cariño —digo mirando a Andrew—, lo siento, pero he tenido que saltar y decirle a tu abuela lo que pensaba. Vamos a ver, ¿cómo podéis permitir que llame a Flor *Rolliza llorona* y *atontada* a Madison? —Ninguno dice nada—. Por cierto, cielo, a mí me ha llamado *buscona* y *mujerzuela* pero, tranquilo, no pasa nada.

Andrew frunce el ceño. No le hace gracia lo que oye, pero entonces Cold pregunta:

—¿Dónde está Flor?

—Se ha ido a su casa hecha un mar de lágrimas, pero, tranquilo, está con Arizona —respondo y, mirándolo, añado—: ¿Cómo puedes permitir que tu abuela se pase con ella de ese modo?

—Tampoco es para tanto.

Su contestación me enferma; pero ¿éste es tonto? Y, plantándome ante él, le suelto:

—Imagínate por un segundo que en su casa te llamaran a ti *enano cabezón* y te lo dijeran delante de cualquiera mientras se ríen; ¿no te molestaría?

—Pues sí.

—Y, si a ti te molestaría que te llamasen así, ¿acaso a ella no puede molestarle que la llamen *Rolliza llorona*? Por Dios, Cold, ¿en qué mundo vives? Te vas a casar con ella. Flor es una chica encantadora que se merece que la beses continuamente para demostrarle tu amor y, por supuesto, que le saques los ojos a cualquiera que se propase con ella y...

—Yo no soy como tu Caramelito —se mofa él—. No soy tan besucón.

—Pues no sabes lo que te pierdes y la bonita complicidad que eso

genera en una pareja —respondo con seriedad. Acto seguido, mirando a Tom, que sonrío, señalo—: Y, en cuanto a ti, con lo increíble que es Madison, qué pena que la hayas perdido. A partir de ahora ya puedes tirarte a Chenoa donde te venga en gana. Eso sí, tengo que advertirte que la estás compartiendo con Quincy McBirthy. —La cara de Tom es digna de ver. Entonces, levanto la mano y afirmo—: Por cierto, el puñetazo lo incorporo en esta fase, que ha sido cuando tu abuela, al saberlo, se ha enfadado mucho, la ha echado del rancho y Chenoa, molesta, ha intentado agredirme, pero le ha salido el tiro por la culata porque yo he sido más rápida.

Todos me miran alucinados. Pero, mientras las caras de Lewis y de Andrew son de risa, la de Tom es todo lo contrario. Está desconcertado. Sin duda alguna, no esperaba eso de Chenoa. Entonces, dispuesta a seguir metiendo el dedito en la llaga por todo el daño que le ha hecho a Madison, digo:

—Qué decepción para ti, que te crees un pichabrava, lo que acabo de contar, ¿verdad? ¿Cómo sienta saber que tu amante se está tirando a otro porque quizá tú no la dejas satisfecha?

—Coral... —protesta Tom.

—No..., Coral, ¡no! —levanto la voz—. ¿Cómo has podido hacerle eso a Madison?, y ¿cómo has podido contar con la complicidad de tu abuela? Mira lo que te digo: ódiame, ódiame todo lo que quieras, pero aplaudo que por fin Madison haya tomado la decisión y se vaya a marchar de aquí tras la boda de Cold y Flor. Pero, eso sí, machote, cuando ella no esté, ya puedes aplicarte en cuidar de tu madre y de Nayeli, a ver cómo te lo montas...

Los tres se miran. Sin duda, eso va a suponer un problema, y eso que todavía no saben de la enfermedad de Ronna. Cuando lo sepan, ¡no sé qué va a pasar!

—Si yo tuviera que vivir aquí —prosigo—, te aseguro que duraría tres días, porque, al cuarto, o habría matado a Sora o ella me habría matado a mí. Pero, por Dios, ¿cómo unos tiarrones como vosotros pueden consentir que su abuela se comporte así?

Ellos se miran entre sí. Sé que entienden lo que digo, pero ninguno responde. Entonces, dispuesta a sacar a la luz todo lo ocurrido, cojo mi móvil del bolsillo de mi pantalón y digo mirando a Andrew:

—Tu abuela se ha enterado por el cotilla de Elmer de que tengo una

hija —y, enseñándoles la foto a los demás, afirmo—: Sí, soy madre soltera. ¡Oh, Dios mío, qué escándalo! —me mofo, y Andrew sonrío—. Tengo una hija de dos años que ahora está con su padre. Se llama Candela y, si Andrew y yo no habíamos dicho nada de ella, era por no incomodar a Sora. Pero debo decirles que es una chiquilla preciosa, simpática, y un amor de niña por la que muero, mato y hago lo que sea.

Cuando acabo, todos me miran alucinados.

A continuación, Cold se acerca, mira la foto de mi hija y, sonriendo a pesar del desconcierto por todo lo que he dicho, comenta:

—Es muy linda.

—Tan linda y simpática como la madre —afirma Andrew, lo que me hace sonreír.

Tom está bloqueado. No sé si ha llegado a entender lo que he dicho. Entonces, busco las fotos que tengo de Chenoa con el tal McBirthy y se las enseño.

—Aquí tienes a la mujer por la que has roto tu matrimonio. ¡Enhorabuena!

Los tres miran mi móvil, hasta que Andrew pregunta:

—Pero tú ¿cómo tienes esas fotos?

Con cierto gusto por haber descubierto a esa zorra con piel de cordera, indico:

—Los vi el día que fuiste a buscarme a Lander. ¿Te acuerdas de que quise hablarte de ella?

—Sí.

—Pues quería contártelo.

—¿Chenoa y tú...? —pregunta Cold mirando a Tom—. ¡Pero ¿tú estás loco?!

Su hermano no responde. No se mueve. Lo que está viendo lo ha dejado noqueado.

—¿Por eso le preguntaste a Lewis si se fiaba de Chenoa? —me dice Cold.

—Exacto —asiento—. Al saber por Lewis y por Madison la inquina que Sora les tiene a los McBirthy, comencé a pensar y...

—¿Chenoa hace que nuestros animales enfermen? —pregunta Andrew, mientras que Tom no da crédito a lo que decimos.

—No lo sé, cielo. Eso sí que no lo sé —respondo mirando a mi chico.

—Será hija de su madre... —protesta Cold.

Me encojo de hombros. De su madre no sé si será hija, pero soy consciente de que es hija de otra que yo me sé.

—Aunque no me creáis, no me gusta ser tan víbora con otras mujeres, y menos en el tema sexual, porque soy de las que piensan que cada cual elige cuándo y con quién quiere estar. Pero Vaca Sentada merecía ser descubierta por su juego sucio, y vuestra abuela merecía saber que no es tan lista como se cree para juzgar a las personas.

Cold y Tom hablan, están estupefactos por todo lo que he contado. Entonces, Andrew se acerca de nuevo a mí, coge mi mano y, mirando mis nudillos rojos e hinchados, pregunta:

—¿Te duele?

Gesticulo. Lo admito: siento un dolorcillo.

—Un poco. Pero o la atizaba, o ella me atizaba a mí.

Él me besa los nudillos uno a uno mientras me mira a los ojos, y murmura:

—Siento que haya pasado esto, pero me alegra saber que mi chica sabe defenderse.

En ese instante aparece Madison, que, al vernos, se queda parada. Yo miro a los chicos a la espera de que alguno diga algo, y finalmente Cold pregunta:

—¿Cómo está mi madre, Madison?

Sorprendida por su pregunta, ella responde mirándolo a los ojos:

—Ahora está despierta pero, tranquilos, que está bien.

Veo que asienten. Eso los calma, y entonces mi Andrew pregunta:

—¿Crees que podríamos subir a verla?

A cada instante más sorprendida porque se dirijan a ella de buenos modos, Madison asiente.

—Sí. Le encantará veros y saber que os preocupáis por ella.

Los hombres se mueven y se encaminan hacia la escalera. Cuando Tom pasa junto a su mujer, va a agarrarla del brazo, pero ella, separándose de él, sisea:

—Ahora no, Tom. Ahora ya no.

Una vez él desaparece tras los demás, Madison me mira, y yo, guiñándole un ojo, me mofo:

—Sí, señor. Es lo menos que se merece, por idiota.

Madison sonrío y camina hacia mí. A continuación, me abraza y

afirma:

—Sí. Eso es lo que se merece.

De pronto, el sonido de un trueno hace que mire por la ventana. Menuda tormentaza. Un rayo lo ilumina todo y veo un caballo. Con curiosidad, me acerco más al cristal y pregunto:

—¿Ése no es el caballo de Sora?

Madison se acerca a mí.

—Sí. Ése es *Inka*.

Sin dudarlo, salimos a toda prisa de la cocina. Rápidamente, la lluvia nos empapa y, cuando agarramos las bridas del animal, digo:

—Sora ha salido con él hace un rato. Ronna ha dicho que le gusta cabalgar bajo la lluvia.

Madison asiente. Acto seguido, se sube al caballo, me da la mano y, tras un increíble esfuerzo, me subo tras ella. Sin tiempo que perder, guía al animal. Cabalgamos durante un rato mientras miramos a nuestro alrededor, hasta que de pronto vemos algo tirado en el suelo más allá. Aguzamos la vista y nos damos cuenta de que es una persona y, sin tiempo que perder, nos dirigimos hacia allí.

Tanto Madison como yo saltamos de inmediato del caballo. La mujer está en el suelo, con los ojos abiertos. Parece en estado de shock. ¿Qué le ha ocurrido?

Nos arrodillamos a su lado para auxiliarla. Está fría y empapada. La llamamos, pero Sora parece desorientada. Perdida. Sólo fija la mirada en nosotras pero no contesta, no habla.

Asustada, miro a Madison, que está tan calada como yo y, mientras el agua corre por mi cara, digo:

—Vuelve a la casa y pide ayuda.

Ella asiente. Se levanta, monta en el caballo de Sora y sale al galope, mientras un nuevo trueno seguido por un rayo rompe sobre nuestras cabezas.

Uf..., con lo poco que me gusta a mí estar en la calle cuando hay rayos, y allí estoy, en mitad del campo, a merced de que me parta uno.

Con cuidado, le quito a Sora el barro que tiene en la cara y en la boca. Sus ojos se mueven, me miran; entonces me asustan cuando murmura:

—No..., no..., no...

—Tranquila, señora..., tranquila.

Pero la mujer repite una y otra vez lo mismo. No para. Parece estar

enloquecida, hasta que, al moverme, me separo unos milímetros de ella y grita:

—¡No...!

—Tranquila...

—¡No te vayas!

—De aquí no me muevo hasta que vengan a buscarnos. No se preocupe.

Cierra los ojos. Con el agua que nos cae en la cara, no sé si llora o no. Necesito que abra los ojos. Necesito que me mire, que gruña. La llamo. Se lo pido por favor, pero ella no los abre y, dispuesta a hacerla rabiar de la mejor manera que sé, siseo:

—Vieja bruja del demonio, ¡abra los ojos y míreme!

Instintivamente, ella lo hace. ¡Bien! Funciona. Y, al ver que me mira, pregunto con más tranquilidad:

—¿Está bien, señora? ¿Puede hablar?

Ella al final jadea y, a pesar de su gesto de dolor, replica:

—Estoy mejor que tú.

Eso me hace sonreír.

—Me alegra saber que está mejor que yo. ¿Qué ha ocurrido?

Vuelve a callarse. No dice nada pero, empapada y dispuesta a mantenerla despierta, murmuro:

—Que sepa que he cogido unos preciosos cuencos de la alacena del comedor para echar las natillas que he preparado de postre. —Ella me mira—. Y, aunque Madison me ha advertido que no debía cogerlos porque a usted le molestaría, lo he hecho. Y ¿sabe por qué? Porque me encanta hacerla enfadar.

—Eres lo peor, muchacha..., lo peor.

Me río. Ésta no sabe con quién se la está jugando.

—Nayeli... —susurra ella entonces—. ¿Cómo ha podido hacerme eso?

¿Nayeli? Sorprendida porque no sé de lo que habla, la miro y ella añade:

—Cuando he ido al establo para coger a *Inka*, ella... ella les estaba dando a los caballos algo con las manos. Me he acercado y, al ver su reacción, he sabido que no era nada bueno.

—¿Qué?

Sora cierra los ojos. Parece abatida.

—Me ha confesado que me odia y que es ella quien hace que mis caballos enfermen dándoles azúcar adulterado para que tengan diarreas, y no Chenoa, como imaginé.

Bueno..., bueno..., bueno..., ¡esto sí que no me lo esperaba!

Madre mía..., madre mía..., la que le va a caer a esa jovencita una vez se enteren los McCoy. Estoy pensando en ello cuando oigo que Sora continúa:

—Y luego ellos... Los he visto.

—¿Qué ha visto?

—He visto a esos dos indecentes besarse.

Madre... madre...

Aunque no dice sus nombres, enseguida sé a quiénes se refiere.

—Los quiero fuera de mi rancho. Me da igual si es mi nieto o no. Me da igual lo que opinen su madre o sus hermanos. Sólo de pensar lo que he visto, se me revuelven las tripas y...

—Y se va a callar —la corto—. ¿Usted nunca se ha enamorado? —No responde—. Pues si se ha enamorado alguna vez debe entender que es un sentimiento difícil de controlar porque, cuando el corazón manda, no hay nada que lo pueda parar. Y, le guste o no, estamos en el siglo XXI y, por suerte, dos hombres o dos mujeres pueden enamorarse, se pueden tener hijos siendo soltera y un negro puede casarse con un blanco y un amarillo con un piel roja.

—No me interesa...

—Oh, claro..., no le interesa —me mofo—. Pues debería interesarle recordar que, ante todo, tanto Lewis como Moses son dos personas maravillosas, y el modo en que vivan su...

—Yo no he dicho sus nombres. ¿Cómo sabes que hablo de ellos?

Me retiro el agua de la cara. Por Dios, cada vez llueve más. Luego, retirándosela también a ella, respondo:

—Lo sé. El cómo no le interesa.

Sora gruñe. Lo hace en ese idioma que sabe que no entiendo y, visto lo visto, ni me voy a preocupar por entender. Sólo quiero que lleguen los refuerzos y podamos levantarla del suelo de una vez.

—No sé qué dice —protesto al notar el dolor de mis nudillos—, pero seguro que nada bueno. Y, por Dios, ¡no me sea tan antigua! Modernícese, que el mundo evoluciona, lo quiera usted o no.

—Muy moderna eres tú —gruñe.

Como puedo, aguanto los chaparrones que me están cayendo encima cuando de pronto la anciana añade:

—Mi mundo se desmorona. Primero, Andy se marcha y luego aparece contigo; después, Tom se casa con esa atontada seca que no nos ha dado ni un nieto...

—En cuanto a eso —la corto—, Madison ha tenido demasiada paciencia con usted, pero yo no la tengo, y debe saber que, si no le han dado esos nietecitos, no ha sido por ella, sino por él. Por desgracia, el machote de su sobrino no puede tener hijos, pero ha preferido callarse y cargarle las culpas a Madison. Qué majo, ¿verdad?

Sora parpadea. De nuevo la he vuelto a sorprender con algo que no esperaba y, cuando se repone un poco, prosigue:

—Muchacha, me estás enfermando.

—Ah, bueno..., eso no es preocupante, porque llevo haciéndolo desde que me vio por primera vez.

—Todo me da vueltas...

De repente, me asusto. No quiero que se desmaye y, cambiando de táctica, pregunto:

—¿Cree que se ha roto algo?

—No. Pero el dolor en el brazo es tremendo.

Miro su brazo y extendiendo la mano para tocarlo cuando chilla:

—¡Ni se te ocurra! Y, aunque ahora tenga este momento de debilidad, no me gustas, como tampoco me gustan las demás.

El agua corre por mi cara, por la suya y, con ganas de ahogarla, murmuro:

—Mire, señora, intento ayudarla, no quiero discutir.

—Difícil lo tienes.

Vuelvo a sonreír e, incapaz de callarme, pregunto:

—Pero ¿a usted nunca se le acaban las pilas?

Por increíble que parezca, en ese instante veo que la comisura de sus labios se curva.

—Dios santo —murmuro—, está usted fatal. ¡Pero si va a sonreír y todo!

—No reírse de ti es imposible —replica.

—Ja y ja... Fíjese cómo me río de su gracia. —Y, dispuesta a ser tan borde como ella, añado—: Pues, le jorobe o no, las personas que hemos acudido en su ayuda somos Madison y yo o, como dice usted, una atontada

y una mujerzuela. ¡Oh, Dios mío, qué horror, cuando se enteren sus amigas la quemarán en la hoguera!...

—Cállate...

—¿Que me calle?

—Sí.

Hacer que hable, a pesar de lo que dice, me garantiza que sigue conmigo, y pregunto:

—¿Le duele algo más, aparte del brazo?

—La cabeza de escucharte.

Incapaz de no hacerlo, sonrío y la miro con preocupación. La mujer ya tiene una edad para que un golpe así la destruya pero, como no estoy dispuesta a dejarme achantar por ella, murmuro:

—Pues dé gracias al cielo de estar escuchándome porque, con su edad, lo normal habría sido que se hubiera roto una cadera o las dos al caer del caballo y no pudiera ni oírme.

Me mira. Debe de estar cagándose en toda mi familia, y sisea:

—¿Puedes dejar de ser tan desagradable e incómoda?

—¿O qué? —No responde. Me acuchilla con la mirada, e indico—: Aunque, ahora que lo pienso, si tanto la incomoda, puedo marcharme. Quizá sería mejor que esperara usted a que pasara alguien por aquí y la recogiera. ¿Qué le parece?

—No te atreverás.

Claro que no lo voy a hacer. No soy tan mala persona, aunque ella así lo crea. Pero, al moverme para acomodarme mejor, Sora me agarra con fuerza del brazo e insiste:

—No me dejes aquí sola.

Ver la desesperación en sus ojos me hace saber el miedo que tiene a quedarse sola y, retirándole con cuidado el agua que le cae en la cara, murmuro:

—Tranquila, gruñona. Ya le he dicho que de aquí no me moveré hasta que vengan a ayudarnos. Pero vaya haciéndose a la idea de que, le guste o no, va a tener que agradecernos la ayuda a Madison y a mí.

—Ya veremos...

—¿Cómo que ya veremos? ¿A que me voy? —Y, al ver su gesto serio, sonrío y musito—: Vale, ya veremos, pero al menos un «gracias» por acudir en su ayuda tendremos, ¿no?

—¿Por qué no te callas?!

—Porque me gusta hacerla rabiar; ¿le gusta mi contestación?

Esa respuesta hace que de nuevo se le curven los labios, y de pronto oímos el galope de varios caballos y, al mirar y ver que se acercan hacia nosotras, digo:

—Salvada de escucharme por la caballería.

Instantes después, todos los McCoy, incluidos Moses y Lewis, que también han venido, se ocupan de la mujer.

—¡Degenerados! —grita ella cuando van a levantarla del suelo—. Sois la vergüenza de la familia, ¡no me toquéis!

Todos se paran en seco. Lewis me mira y yo asiento mientras me pongo a su lado y le doy la mano. Lewis tiene una expresión de horror; que su abuela sepa su secreto lo desconcierta.

Entonces, Madison se planta frente a la desagradable mujer y sisea:

—Deje de gritar y levántese con cuidado o se hará daño.

—¡Atontada, cállate!

Joder con la abuela. Sin duda, el rato que ha estado conmigo ha cogido fuerzas.

—Abuela, ¡ya basta! —exclama Tom de pronto.

—¿O qué? —pregunta ella con chulería—. Y en cuanto a Chenoa...

—Ni la menciones —sisea él furioso—. Ni la menciones.

Andrew y Cold la ayudan a levantarse y se aseguran de que no vuelva a marearse. Entonces, la vieja levanta la cabeza y, mirando a Moses, sisea:

—Qué vergüenza. Tú y él. Y pensar que te he tratado siempre como a un nieto más.

—Escucha, Sora...

—¡Ni se te ocurra pronunciar mi nombre! —lo corta ella—. En tu boca suena sucio. Os he visto... A ti y al descerebrado de Lewis, besándoos... No me toquéis..., no os atreváis a tocarme.

Ea..., descubierto el secreto.

Los demás miran a Lewis y a Moses. En su expresión veo bloqueo y sorpresa, excepto en Andrew. Su gesto me hace saber que no lo sorprende lo que acaba de oír y, soltando a su abuela bajo la lluvia, se pone junto a Lewis y dice:

—Pues si ellos no pueden tocarte, yo tampoco lo haré. Y no lo haré porque quiero a Lewis y quiero a Moses, los respeto, y sólo ellos tienen derecho a decidir cómo quieren vivir sus vidas.

Vayaaaaaaaaaaaaaaaa..., ¿lo sabía y no me había dicho nada?

Bueno..., bueno..., sin duda Andrew y yo tenemos que hablar. Si ya lo sabía, ¿a qué vino la escenita que me montó en el porche de la cabaña? De pronto, la vieja bruja comienza a gritar y todos la imitan. La noticia que acaba de soltar los descontrola a todos. Se dicen barbaridades fuera de lugar y, cuando Madison y yo tenemos que meternos entre Andrew y Tom, que se van a cascar porque mi chico se posiciona junto a Lewis y Moses, Madison grita:

—¡Basta ya! Hablaréis de esto en otro momento; ahora lo importante es llevar a Sora al hospital.

Tiene razón, eso es lo que urge. Todos nos damos cuenta de ello.

—Tom y Madison —digo entonces volviéndome hacia ellos—, regresad al rancho, coged un vehículo e id hacia la entrada de Aguas Frías. Os esperaremos allí con Sora para llevarla al hospital.

Ellos, sin tocarse ni mirarse, se van a toda leche. A continuación, volviéndome hacia Andrew, indico:

—Monta en el caballo, y vosotros, ayudad a Cold a pasársela a Andrew.

Lewis y Moses comienzan a moverse cuando la abuela se queja.

—No quiero que me toquen.

Andrew maldice pero, sin querer escucharla, monta en su caballo y, mirando a Moses, que es el más alto, dice:

—Cógela y pásamela antes de que abra una zanja y la entierre.

Oír eso me hace reír. Sin problema, Moses hace lo que le pide, mientras la vieja protesta y, cuando está en brazos de Andrew, éste sisea:

—Yo que tú me callaba. Te recuerdo que también tengo sangre lakota y tan mala leche como tú.

Una vez dice eso, me mira por encima de la cabeza de su abuela y sonrío. A continuación, Lewis me iza para subirme a su caballo y nos dirigimos hacia la entrada de Aguas Frías, donde ya nos esperan Madison y Tom. Tras bajarnos de los caballos y meter a la abuela en la camioneta, Moses y Lewis regresan al rancho para tranquilizar a Ronna, mientras nosotros nos dirigimos a un hospital que hay a las afueras de Riverton.

Cuando los doctores de urgencias se llevan a Sora, Madison y yo nos miramos. Estamos empapadas y llenas de barro.

—Deberíais ir a casa a cambiaros de ropa —dice Andrew—. Podéis enfermar.

—Tranquilo. —Sonrío—. Primero veamos qué se ha hecho Sora.

Veinte minutos después, entran Ronna con Moses, Nayeli y Lewis y, al verla, Tom se apresura a decir:

—Tranquila, mamá. Está bien.

—Pero ¿qué le ha pasado? —pregunta ella.

Todos se miran entre sí. Nadie quiere decir nada, hasta que de pronto Nayeli, entre gemidos, murmura:

—Ha sido culpa mía.

—¿Tuya? ¿Por qué dices eso? —pregunta Cold.

Nayeli se retuerce las manos nerviosa y confiesa:

—He estado haciendo algo horrible porque la odio.

—Nayeli, cariño, ¿qué te ocurre? —dice Lewis.

Todos la miramos. La primera yo, pero no digo nada. Necesito que ella se explique.

—He estado dando a los caballos azúcar adulterado con polvo de...

—¿¿Que has estado haciendo qué?! —vocea Tom al oírla.

—Nayeli... —murmura Ronna.

—¡La odio! —grita la muchacha, hecha un mar de lágrimas—. Ella no nos quiere a ninguno de nosotros. Nos trata mal, intenta dirigir nuestras vidas, y yo quería hacerle daño en lo único que le duele: sus caballos.

Su confesión nos deja a todos sin habla. Nunca, ni en el peor de mis sueños, podría haber imaginado que era Nayeli quien provocaba las diarreas y otras enfermedades a los animales.

Madison, que está a mi lado, murmura entonces:

—Vaya..., y nosotras culpabilizando a Vaca Sentada.

Asiento. Qué mal pensadas hemos sido, cuando lo cierto es que aquella asquerosa nunca tuvo nada que ver con eso.

Miro a Ronna, que habla con Nayeli, y entonces Moses me coge la mano hinchada por el puñetazo que le he dado a Chenoa y, sonriendo, dice:

—La próxima vez que sueltes un puñetazo, recuerda: debes dejar el dedo gordo fuera para que no se dañe.

Sonrío. Buen consejo.

Ronna no gana para disgustos, y todavía tiene que escuchar otro más cuando Lewis da un paso al frente y, mirándola, dice:

—Sin duda, descubrir eso enfadó a Sora. Pero, mamá, quiero que sepas que la abuela nos vio a Moses y... a mí.

Al oír eso, Ronna suelta las manos de su nieta y mira a su hijo. Ay, pobre, qué mal trago está pasando. Entre unos y otros, no paramos de darle disgustos.

Nadie se pronuncia ante lo que ha dicho Lewis. Nadie quiere hablar de ello, hasta que Ronna suelta:

—Estoy y estaré siempre contigo y con Moses.

El gesto de ellos al oírla es de incredulidad total, y Cold protesta:

—Mamá, creo que no lo estás entendiendo. Lo que Lewis quiere decir es...

—¡Sé lo que Lewis quiere decir! —lo corta ella—. Siempre lo he sabido.

Andrew, que está a mi lado, parpadea, como parpadean todos los demás, y Ronna, levantando el mentón, coge la mano de su hijo Lewis y la de Moses y murmura:

—Siempre he sabido que entre vosotros había algo especial. En ocasiones, las madres lo sabemos todo sin necesidad de que nos lo contéis.

—Mamá... —murmura Lewis.

Ronna levanta entonces el mentón y, mirando al resto de sus hijos, dice:

—Cada uno de vosotros sois parte de mí, y os acepto tal y como sois. Os quiero porque sois mis hijos, y nunca dudéis de mi respeto hacia vosotros.

Yo, que soy una blandengue, me emociono como siempre. Ver el amor incondicional que una madre siente por su hijo me llega al corazón.

—Mamá —protesta entonces Tom—. ¿Cómo puedes estar de acuerdo con la sexualidad de Lewis y de Moses? Joder, que son...

—¡Cuidadito con lo que dices de ellos! —lo corta levantando la voz como nunca la he visto hacer—. Asqueroso es lo que tú has hecho, hijo. Teniendo una buena mujer a tu lado como lo es Madison, has decidido arriesgarlo todo por Chenoa, que no sólo se acuesta contigo, sino que también lo hace con otros al mismo tiempo.

—Mamá..., eso no es lo mismo —murmura él.

Madison y yo nos miramos cuando Ronna prosigue:

—Por supuesto que no es lo mismo, ¡es peor! Al menos, Moses y Lewis son una pareja en todos los sentidos, cosa que no puedo decir de ti. Y, si digo «de ti» y no «de Madison» es porque esta muchacha —dice cogiéndola de la mano— me ha demostrado durante años lo mucho que te

quería. He visto tus rechazos. He visto tus malos modos y tus malas formas, y ella nunca se ha quejado. Al revés, ha aguantado por amor lo que nunca debería haber aguantado. Y, aunque la echaré mucho de menos cuando se vaya de mi lado, sé que es lo mejor que puede hacer, porque se merece ser feliz y, si ella lo es, yo lo seré también. Por tanto, Tom McCoy, cierra esa boca si no quieres que siga diciéndote lo decepcionada que estoy contigo.

Tom se calla. No dice nada más. Sin duda, Ronna acaba de echarle un buen rapapolvo delante de todos y eso le escuece. Pues ¡que se jorobe!

Andrew me mira y sonrío. Sé que está de acuerdo con lo que su madre acaba de decir.

En cambio, Cold insiste:

—Pero... pero esto es una locura. Vosotros sois dos vaqueros, dos tíos duros a los que les gusta la cerveza, el fútbol y...

—Cold —lo corta Lewis—. Que sea gay no significa que no puedan gustarme las mismas cosas que a ti.

—Pero tú y Moses... —insiste Cold—. ¿Cómo? ¿Cuándo?

Yo sonrío y miro al pobre, y en ese momento Andrew dice:

—Eso es lo de menos, hermano, ¿no crees?

Cold mueve la cabeza y murmura descolocado:

—Me cuesta creerlo..., es... es sólo eso.

Lewis sonrío, entiende el desconcierto de su hermano Cold, y entonces, mirando con seriedad a Tom, que es el que peor ha reaccionado, dice:

—Ahora que todos lo sabéis, simplemente me gustaría que nos respetarais a Moses y a mí, como nosotros siempre hemos respetado cualquier decisión vuestra.

—Hijo... —suspira Ronna.

—Quiero que sepáis que tenéis mi respeto —indica Andrew acercándose a su hermano.

Lewis sonrío, lo abraza y, una vez se separa de él y lo está abrazando Moses, afirma:

—Sí, Andy. Me lo dijo Coral. Ella te conoce muy bien, y veo que llevaba razón.

Sonrío. Ay, qué mono es Lewis y, cuando Moses me guiña un ojo, afirmo:

—Te lo dije. Te dije que Andrew lo entendería.

En cuanto suelta a Moses, mi vaquero se coloca a mi lado y, mientras Lewis habla con Cold y Nayeli, me coge por la cintura y me pregunta al oído:

—¿Qué haces para conocerme tan bien?

Lo miro con una sonrisa y, sin un ápice de vergüenza, murmuro:

—Observarte e intentar entenderte.

El tiempo pasa, todos hablan y, a pesar de lo enfadados que están con Nayeli, la abrazan y la miman. Sin duda, para la niña no es fácil tener a una abuela como Sora a su lado.

A diferencia de Tom, que no ha vuelto a dirigirles la palabra a Lewis ni a Moses, Cold sí lo hace. Habla con su hermano, llegan a un entendimiento y, cuando éstos se abrazan, finalmente Lewis dice:

—Escuchad, Moses y yo llevamos tiempo pensando en marcharnos de Aguas Frías.

—Pero ¿qué dices? —protesta Cold—. ¿Cómo os vais a marchar del rancho?

Lewis se encoge de hombros.

—Ya sabéis que Moses es ingeniero y ha recibido varias ofertas de trabajo, pero para ello debemos mudarnos a Chicago. Había pensado que, quizá, desde allí yo podría abrir un nuevo mercado para Aguas Frías.

Un silencio incómodo se instala en la sala de espera. Nadie dice nada. Nadie se mueve, hasta que Andrew, al ver a su madre inquieta, la abraza, le besa en la cabeza y murmura:

—Creo que haréis bien mudándoos. Y, mamá, tranquila, porque estén donde estén, te aseguro que tendrán mi apoyo.

—Lo sé, Andy..., lo sé, hijo —responde ella sonriendo con penita.

Tom, que hasta el momento ha permanecido callado, dice entonces:

—Te recuerdo, Lewis, que Sora tiene la última palabra en relación con que tú abras mercado para Aguas Frías fuera del rancho.

Éste mira a su hermano y asiente.

—Lo sé. Si la abuela no quiere, lo asumiré y buscaré otro trabajo parecido. Sin duda, experiencia tengo, y ranchos hay en muchos sitios, no sólo existe el suyo.

¡Ole... y ole por Lewis! Mejor contestación no podría haberle dado a ese idiota.

De pronto a Ronna comienzan a temblarle las manos de manera incontrolable. Todo lo que está ocurriendo la emociona. Soy consciente de

cómo todos la miran, olvidando el tema del que estábamos hablando.

—¿Qué te ocurre, mamá? —le pregunta Lewis—. ¿Tienes frío?

—Abuela... —murmura Nayeli preocupada, cogiéndole las manos.

Madison y yo nos miramos. Ninguna quiere decir nada de lo que sabemos. Un silencio cargado de tensión nos rodea, y Andrew, agachándose para estar a su altura, pregunta:

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué te tiemblan las manos así?

Angustiada, Ronna busca nuestra ayuda y, al ver que nosotras la miramos con amor, murmura:

—Chicos..., está visto que hoy es el día de las confidencias, aunque éste no es el mejor momento ni estamos en el mejor lugar para hablar de ello.

—Mamá, me estás asustando —murmura Cold.

—¿De qué hablas? —insiste Tom.

Ronna vuelve a mirarnos a Madison y a mí. Los chicos también nos miran con expresión extraña, y finalmente ella dice:

—El médico me ha diagnosticado principio de párkinson.

—Abuela... —susurra Nayeli.

—¡¿Qué?! —exclama Lewis.

Moses agarra a Lewis del brazo en señal de apoyo, y a continuación Ronna balbucea mirándolos a todos:

—Pero no os preocupéis..., no os preocupéis...

Los McCoy se quedan petrificados. Nada de lo ocurrido en el día de hoy les afecta tanto como esa noticia. Madison, como siempre, se hace cargo de Nayeli explicándole lo mejor que puede la enfermedad de su abuela, y yo me quedo junto a Ronna. Necesita mi apoyo.

Ninguno de esos vaqueros rudos y gigantes sabe qué decir.

Entonces, miro a Andrew. Creo que hasta se le ha ido el color del rostro. Mira a su madre, busca en ella señales de que lo que dice es verdad. Cuando ésta lo mira y le sonrío, siento que el duro y fuerte Andrew se derrumba. Agacha la cabeza, pero se repone en cero coma cero segundos. Sabe que no ha de llorar delante de ella y, cogiéndole la mano, consigue decir:

—Mamá..., estoy... estamos aquí para todo lo que necesites, ¿entendido?

—Para todo, mamá —repite Cold, mientras el resto asiente.

Ronna sonrío emocionada. No puede hablar, y Madison, que ha

conseguido que Nayeli no llore y monte un numerito, explica entonces:

—Se lo detectaron hace dos meses. Le hicieron un tac, y el neurólogo...

—¿Tú también lo sabías? —murmura Tom mirando a su mujer. Madison asiente, y entonces él exclama—: ¿Cómo has podido ocultarme algo así?... ¡Es mi madre!

Al ver los gestos serios de los demás mirando a la pobre Madison, decido tomar cartas en el asunto, y más antes de que Andrew diga nada desafortunado.

—Pues, si es tu madre —le espeto—, pregúntate por qué buscó la ayuda de Madison y no la tuya o la de los demás. Y no comiences a echarle mierda encima a tu mujer porque no se lo merece, pues, como siempre, está ahí para todo lo que necesite Ronna, ¿entendido?

Nadie dice nada. Todos nos miran y, finalmente, Ronna consigue decir:

—Hijo..., no quería preocuparos, y menos ahora, con la boda de Cold. Y si Madison no os contó nada es porque le hice prometer que no os lo diría, como se lo hice prometer a Coral, cuando se percató del problema.

Siento que Andrew me mira. Trato de sonreír, aunque el momento no es el adecuado.

—Mamá, por Dios —murmura Lewis—. Pero ¿por qué no has dicho nada?

—Te lo acabo de decir, hijo. No quería preocuparos.

—Hablaremos con el neurólogo —insiste él—. Seguro que pueden operarte y...

—No soy buena candidata para la operación, pero ya hablaremos más tranquilamente de ello en casa —lo corta Ronna—. Me estoy medicando y, de momento, estoy bien, aunque la enfermedad avanzará con el tiempo y...

—Y nosotros te cuidaremos —afirma Andrew abrazándola.

Al oír eso, su madre se desmorona. ¡Ay, pobre!

Llora mientras sus hijos y su nieta la abrazan con amor y, cuando los abrazos acaban, se levanta y, acercándose a Madison y a mí, se seca las lágrimas e indica al tiempo que se dirige a los demás:

—Que no se os ocurra regañar a estas dos muchachas por no haberos dicho lo que pasaba, porque, si lo hacéis, os juro que no os vuelvo a dirigir la palabra en vuestras vidas por muy hijos míos que seáis. Si de algo estoy orgullosa es de que las hayáis traído a mi vida, junto a Flor —

y, volviéndose hacia Moses, añade—: Y, por supuesto, también estoy muy orgullosa de ti, grandullón, sabes que para mí eres un hijo más.

Moses sonríe. Da un paso adelante y la besa en la mejilla. Yo me emociono, y más cuando veo la mirada de Lewis.

Y, como soy una llorona y una sensibilera incapaz de retener las lágrimas que se acumulan en mis ojos, cuando éstas se desbordan, Andrew me agarra por la cintura y murmura con mimo:

—Oye, morena..., no me llores.

Dioss..., es increíble la intimidad y la complicidad que en ocasiones me demuestra. Nadie diría que no somos novios. Nadie. Y estoy mirándolo a los ojos cuando oímos que la puerta se abre y veo a un médico que nos observa. Es amigo de Andrew y, rápidamente, se saludan con afecto. El doctor nos explica que Sora tiene varias contusiones en el cuerpo por la caída, pero que, por suerte, no se ha roto nada a pesar de su edad. Esa noche se quedará en observación en el hospital y, cuando salga, deberá llevar una venda en el brazo, vigilar el codo que se ha dañado y poco más.

Todos nos alegramos. Esa desagradable mujer ha tenido mucha suerte.

Ronna entra a verla, mientras que el resto preferimos esperar fuera. Cuando poco después sale, nos informa:

—Está perfectamente. Ya tiene a las enfermeras y a todo el personal en su contra.

Eso nos hace sonreír y, tan pronto como nos disponemos a marcharnos, una enfermera nos para y pregunta:

—¿Coral y Madison están entre ustedes?

—¿Qué ocurre? —pregunta Ronna.

Todos nos miran. Nosotras asentimos, y la enfermera dice:

—Tranquila, señora, es sólo que la paciente de la 312 quiere que pasen ellas dos un segundo.

Madison y yo nos miramos sorprendidas pero, sin dudarlo, cojo a la rubia del brazo y digo:

—Volvemos dentro de medio segundo.

Asombradas por la petición de la abuela, nos dejamos guiar por la enfermera y, cuando llegamos hasta la habitación donde está Sora, la enfermera descorre la cortina y le dice con voz de enfado:

—Aquí las tiene, ¿algo más?

Ella hace un gesto con su mano libre y, cuando la mujer se va, nos

mira y dice:

—Coral, Madison, gracias.

Ambas sonreímos al oír que se dirige a nosotras por nuestros nombres.

—Dios santo —murmuro—, debe de estar usted fatal...

Por primera vez desde que llegué al rancho, veo que la vieja cascarrabias sonrío abiertamente y, apremiándonos, dice:

—Vamos, ahora marchaos. No tengo nada más que hablar con vosotras.

Yo asiento encantada y, tras guiñarle el ojo a Sora, nos marchamos. Mientras caminamos hacia el lugar donde nos esperan los demás, Madison me mira.

—No te lo vas a creer —dice—, pero es la primera vez que la veo sonreír, me llama por mi nombre y me da las gracias por algo.

Yo sonrío. La creo y, agarrada a su brazo, murmuro:

—Me parece que hoy Pocahontas se ha dado cuenta de que su reinado se acaba.

Al llegar al rancho, Ronna se empeña en que cenemos. Ninguno tiene hambre, y Andrew se excusa diciendo que estamos empapados y que ya picaremos cualquier cosa en la cabaña. Ronna no insiste.

Cuando llegamos allí, Andrew cierra la puerta y me mira.

—Quítate esa ropa empapada y ponte un albornoz mientras lleno la bañera —dice.

Lo miro y, sin cortarme un pelo, exijo:

—Te bañarás conmigo, ¿verdad?

Él sonrío.

—¿Lo dudas?

Veinte minutos después, Andrew y yo observamos la bañera llena con los albornoces puestos. Entre los dos hemos preparado una estancia íntima y sensual, con velas encendidas que la rodean. Entonces, comienza a sonar musiquita. Rápidamente la reconozco, y murmuro con una sonrisa:

—*Somebody Like You*,^[20] de Keith Urban.

—Muy bien, morena. Vas reconociendo la buena música —dice él sonriendo.

De escucharla tantas veces, la tarareo mientras mentalmente pienso si, como dice la canción, él podría amar a alguien como yo. Sin duda, yo sí..., la pena es no saber lo que él opina.

—¿Sabes?, como dice la canción, me estás enseñando a ser un hombre mejor.

Bueno..., bueno... Como yo, él también está escuchando la letra. ¡Qué fuerte..., qué fuerte!

Y, sin un ápice de pudor, me quito el albornoz, que cae a mis pies, y, tras besarlo, me meto en la bañera. El agua caliente, su mirada y la música me hacen suspirar. Madre mía..., madre mía..., lo bien que lo vamos a pasar.

Segundos después, Andrew se mete en la bañera y se sienta frente a mí. Es de tamaño extragrande. Vamos, de esas en las que te puedes tumbar del todo, no como la que tengo yo en mi apartamento, en la que sólo entro sentada.

Permanecemos mirándonos durante unos segundos, hasta que él dice:

—En la vida me había encontrado con una mujer tan fascinante como tú.

—Uauuuu. —Sonrío y, deseosa de más, pregunto—: ¿Por qué dices eso?

Andrew, mi Caramelito, también sonrío.

—Eres la gran artífice de todo lo que está pasando en Aguas Frías.

—Un momento..., ¡que yo no he convencido a Tom para que se acueste con Vaca Sentada y tampoco he tirado a tu abuela del caballo para que esté ahora en el hospital!

—No me refiero a eso —se mofa él divertido.

—Y ¿a qué te refieres entonces?

Mi vaquero me mira, pero no responde.

—Estamos hablando y debes decir lo que piensas —insisto—. ¿Por qué te callas?

Andrew solamente sonrío, y decido cambiar de tema:

—¿Desde cuándo sabías lo de Moses y Lewis?

Él se pasa la mano mojada por el torso.

—Desde hace un par de años.

—Y ¿por qué no lo hablaste con ellos?

—Porque no quería incomodarlos.

Al oír eso, sonrío. Esa respuesta es la misma que me dio Lewis el día que le pregunté por qué no había hablado del tema con Andrew o los demás.

—¿Y por qué montaste el numerito cuando nos viste abrazados en el

porche de la cabaña si sabías la verdad?

—Por tratar de aparentar normalidad.

Durante varios minutos, en el baño sólo se oye la preciosa voz de Keith Urban y, cuando ya no puedo más, pregunto mimosa:

—Oye, moreno, ¿tú qué miras?

Andrew sonrío y, echándome espuma, se mofa.

—Eh..., esa frase es mía.

Durante un buen rato, reímos, hablamos de su familia, nos comunicamos. Hablar con él es fácil, divertido, ameno y, tras besarme los nudillos de la mano, que ya están mejor y no duelen, nos lanzamos. La tensión sexual que sentimos el uno por el otro nos puede. Soy yo la que voy a por él, lo beso y, cuando un buen rato después termino de hacerle el amor, murmuro:

—¡Viva Wyoming!

Andrew, que me tiene abrazada, me mira sorprendido y, al ver que sus ojos me preguntan qué es lo que he dicho, entre risas murmuro besándolo otra vez:

—Luego te lo explico, Caramelito.



A la mañana siguiente, cuando me despierto, estoy sola en la cama, pero el olor a café recién hecho inunda mis fosas nasales.

¡Qué bien huele el café que prepara Andrew!

Hago la croqueta sobre la cama mientras pienso en lo ocurrido con mi buenorro y, sonriendo, rememoro la noche de pasión que hemos tenido. Andrew es ardiente. Andrew es tentador y, sin duda, yo no me quedo atrás.

Todavía siento los labios calientes por sus besos y, si cierro los ojos, hasta puedo sentir cómo sus manos recorren mi cuerpo lenta y pausadamente. Estoy recreándome en ello cuando oigo:

—Buenos días, preciosa.

Al mirar, lo veo vestido tan sólo con unos calzoncillos y una bandeja de desayuno en las manos.

—Te dije que no me llamas *preciosa*... —cuchicheo riendo—, no me gusta lo que significa para ti.

Sonríe. ¡Qué bribón!

Se acerca hasta la cama, deja la bandeja sobre ella, se aproxima a mí y replica:

—Tú eres Coral y eres preciosa, divertida y encantadora. Nunca dudes que, hablando de ti, esa palabra no tiene el mismo significado que cuando hablo de las demás.

—Vaya..., qué interesante —murmuro acercando mis labios a los suyos.

—¿Cómo está tu mano? —se interesa.

Me la miro y cierro el puño. Dejo el dedo pulgar fuera, como me dijo Moses, y afirmo:

—Preparada para quien se pase conmigo.

Ambos reímos, nos besamos, nos tentamos, nos calentamos, hasta que la bandeja con el café y las tostadas cae al suelo y nos miramos entre risas.

—Da igual —murmura él—. Luego lo limpiamos. Hoy vamos a pasar el día entero en la cama. Ya he puesto el cartel de NO MOLESTAR.

—Pero ¿qué dices? —Me río—. Hoy le dan el alta a tu abuela y...

—No. Hoy no. Han llamado para decir que saldrá mañana.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Andrew me guiña un ojo y murmura sin apartarse de mí:

—Simplemente, quería hacerla rabiar y hablé con mi amigo.

Empiezo a reír y mi chico, mi vaquero, mi Caramelito, me hace con locura el amor.

Al cabo de dos días, después de veinticuatro horas en las que no salimos de la cama y me duelen hasta los músculos que nunca duelen, cuando me despierto, estoy sola en la habitación. Miro a mi alrededor en busca de mi torturador pasional, pero no lo veo. Sonrío pero, de pronto, unas voces llaman mi atención.

Rápidamente me levanto de la cama y, al mirar por la ventana, veo a otros hombres que no conozco junto a Andrew y sus hermanos. Bromean. Dicen bravuconadas, y sonrío. ¿Por qué los hombres, cuando se juntan, son tan machotes?

Observo que Tom no está entre ellos, y que Lewis y Moses ríen como siempre separados y sin levantar sospechas. Estoy convencida de que, si esos hombres descubrieran su secreto, muchos de ellos les volverían la espalda. Por desgracia, aún hay personas que catalogan a otras por su sexualidad, olvidándose de que tienen sentimientos como ellos.

Cuando me canso de mirarlos, decido asearme y vestirme. Entonces, de pronto, del bolsillo de un chalequito mío cae al suelo una bolsa naranja. Al verla, recuerdo lo que hay en su interior y sonrío. Allí tengo la pulsera que le compré en el mercadillo a Andrew, ésa en la que pone «¿Repetimos?».

La observo divertida y al final decido regalársela. ¿Por qué no, si la compré para él?

Cuando salgo de la cabaña, los hombres ya no están. ¿Adónde habrán ido? Y, metiéndome las manos en los bolsillos de mi falda vaquera,

camino hacia la casa consciente de que llevo la pulsera ahí.

Tan pronto como llego a la puerta veo que se acerca un coche. Enseguida distingo que es el de Madison, y me paro al ver que en su interior va Tom y, detrás, la abuela.

Para no ser descortés, los espero y, cuando para, abro la puerta trasera y, antes de que yo diga nada, la vieja cascarrabias gruñe:

—Si esperas algo de mí, ya puedes esperar sentada.

Joder con Pocahontas, ¡regresa fuertecita!

Suspiro. Siempre tiene el hacha de guerra en alto.

—Ya veo que está usted mucho mejor —digo—. Bienvenida a...

—Mi casa. Mi rancho —finaliza ella, cortándome.

—¡Abuela! —le reprocha Tom, cogiéndola en brazos.

Me callo. La vieja es peor que un dolor de oídos y, cuando de pronto aparece Moses, ésta le espeta:

—Fuera de mi casa.

Lewis, que sale en ese momento, sisea:

—Si él se va, yo también.

La abuela vuelve la cabeza y murmura:

—Ya estáis tardando.

Andrew aparece entonces detrás de su hermano.

—Moses, Lewis, en mi cabaña hay una habitación de sobra —ofrece—. Si queréis, podéis llevar allí todas vuestras cosas hasta que decidáis qué hacer.

—Por mi parte, no hace falta. Tengo dónde dormir —responde Moses y, acto seguido, se marcha.

Lewis suspira, y Tom, que continúa con la abuela en brazos, va a hablar cuando ella sisea:

—Súbeme a mi habitación, y ten cuidado, que no soy un saco de alubias.

Dicho esto, Tom entra con ella en la casa y entonces aparece Nayeli. La vieja y la chiquilla se miran.

—Vamos, Tom —dice Sora.

Lewis agarra a su sobrina por la mano, le da fuerzas y, mirándome, cuchichea:

—Tranquila, no esperábamos menos de Pocahontas.

Una vez Lewis y Nayeli se marchan, Andrew me guiña un ojo y se va con ellos. Sin duda van a hablar con la muchacha de lo ocurrido con los

caballos. Los veo alejarse y, sin querer mediar entre ellos, entro en la cocina. Allí, encuentro a Madison y a Flor y, tras acercarme a esta última, pregunto:

—¿Estás mejor hoy?

La joven asiente y, soltando el pan que lleva en las manos, dice:

—Gracias por enfrentarte a Sora por mí. Sin duda, Madison y tú sois increíbles, y junto a vosotras siento que tengo fuerza.

—Es que la tienes, cielo —afirma Madison—. Es sólo que eres demasiado conformista y en este rancho no se puede ser así. Te lo digo por experiencia. A partir de ahora, si algo te incomoda, debes decirlo, ¿vale, cariño?

—Lo haré —asiente ella al tiempo que se pone roja como un tomate.

Eso me hace sonreír y, abrazándola, indico:

—Eres una de las mejores personas que he conocido en mi vida. Eres buena y cándida pero, mira, creo que deberías beber cervecitas más a menudo.

Todas soltamos una risotada.

—Lo creas o no —dice ella entonces—, me he tomado una antes de venir.

—¡Ésa es mi chica! —exclama Madison sonriendo y guiñándonos un ojo.

En ese momento se abre la puerta de la cocina y aparece Ronna, que, al vernos, sonrío. De inmediato, suena una campanita, y yo pregunto:

—¿Qué es eso?

Ella suspira.

—Le he dado una campanilla a Sora para que me avise cuando necesite algo y, por lo que veo —dice saliendo de nuevo de la cocina—, ¡ya lo necesita!

Las tres volvemos a sonreír. Está claro que la vieja no lo va a poner fácil. Nos enfrascamos a cocinar, hasta que entra Nayeli. A pesar de que se le nota en los ojos que ha llorado, con una sonrisa nos hace saber que, tras hablar con sus tíos sobre lo ocurrido, todo está bien.

Luego miro por la ventana y veo a Andrew. Vuelve a estar con el grupo de hombres con los que lo he visto por la mañana, y me entero de que se trata de un grupo de amigos que han venido al rancho para celebrar la despedida de soltero de Cold por la noche.

Después de todo lo que ha pasado, quizá no sea el mejor día para

celebraciones pero, si lo pienso fríamente, tras tanta tirantez, no nos vendrá mal un poco de diversión.

Miro a Flor y le pregunto cuándo va a celebrar ella su despedida. La chica sonrío, pero no responde.

—Según ella, no hace falta —explica Madison—, pero a mí me parece que sería divertido.

—¡Por supuesto que hace falta! —afirmo—. Vamos a ver, Flor, ¿dónde te gustaría celebrar tu despedida de soltera?

Como siempre, ella se pone roja como un tomate, no dice nada, y Madison cuchichea:

—Esta noche hay un concierto de Luke Bryan en Riverton. Eso habría sido lo ideal, puesto que a ella le encanta, pero las entradas se agotaron hace semanas.

Flor sonrío, se encoge de hombros, y yo, que no he oído en mi vida ese nombre, pregunto:

—Y ¿quién es Luke Bryan?

—Un cantante muy sexi con una sonrisa increíble —cuchichea Madison mientras Flor y Nayeli ríen.

—¡Muchachas! —se mofa Ronna, que justo en ese momento ha aparecido en la cocina. Finalmente, me mira y dice—: Luke es un excelente cantante country. Tiene canciones preciosas.

No sé quién es. Nunca lo he oído.

—Vaya por Dios —exclama de pronto Ronna—. Necesitaría que alguna de vosotras fuera a Hudson. Con tanto hombre aquí, no habrá pan para todos.

—Iremos Madison y yo —me ofrezco tirando de ella.

Cinco minutos después, las dos nos alejamos montadas en el coche de Madison y, sacando mi móvil, la miro y pregunto:

—¿Crees que a Flor le haría mucha ilusión ir a ese concierto?

—Le encantaría —afirma—. Pero a Cold no le gustará.

—¿Por qué no le va a gustar a Cold?

Ella sonrío.

—Porque Luke Bryan es un tipo muy deseado, y muchos hombres le tienen cierta envidia.

—¿Lo dices en serio? —pregunto muerta de risa.

Madison asiente y yo sonrío.

Decidido: ¡allí que vamos por poco que pueda!

Cuando mi móvil tiene cobertura, marco el teléfono de Yanira. Seguro que ella y los Ferrasa, echando mano de sus contactos, consiguen que entremos en ese concierto.

Diez minutos después de haber hablado con mi amiga en plan indio, pues está delante Madison, suena mi teléfono. Es el mánager de Luke, que llama para quedar conmigo y mis amigas antes del concierto.

Una vez cuelgo, tras haber quedado con él a las ocho para tomar algo con Luke y darle una sorpresa a Flor, Madison, que lo ha oído todo, me mira boquiabierta.

—No lo dirás en serio, ¿verdad?

Asiento. Luego sonrío y afirmo:

—Ponte guapa esta noche, que nosotras también nos vamos de despedida de soltera.

Tres cuartos de hora después, al regresar al rancho, Flor, Ronna y Nayeli se quedan sin palabras cuando se enteran de los planes que hemos organizado para esta noche. Ronna se desmarca, prefiere quedarse con Sora. Intento convencerla, pero es imposible y, aunque al principio le dice a Nayeli que está castigada por lo que ha hecho, tras hacerle entender que es la despedida de soltera de Flor y que queremos que esté con nosotras, Ronna le levanta el castigo. Nayeli salta y aplaude de alegría. Es una niña, y me hace sonreír.

Poco después, cuando comento que hay que hacer saber a los hombres que nosotras también tenemos despedida de soltera, Flor me pide que guardemos el secreto del sitio al que vamos para que Cold no se enfade. Con decir que vamos de despedida, sobra y basta. Yo no entiendo por qué hay que omitir adónde vamos, ¡ni que fuéramos a matar a alguien!, pero le hago caso. Ella sabrá.

La campanilla de la abuela no deja de sonar una y otra vez. La muy pesadita no para de llamar la atención y, cuando Ronna ya ha ido diez veces seguidas, la relevo.

Al entrar en la majestuosa habitación, en la que nunca he estado, me quedo alucinada. Es enorme y está repleta de fotos, infinidad de libros y recuerdos de sus antepasados.

Una vez mis ojos han recorrido la increíble estancia, donde hay una librería de pared a pared, la veo sentada en una bonita silla con un libro en las manos.

¡Anda..., pero si le gusta leer como a mí!

Su gesto es desafiante. No le hace gracia verme, pero eso ya lo esperaba.

—He llamado a Ronna —protesta soltando el libro.

Asiento y me coloco a su lado.

—Está ocupada. Por eso he venido yo —digo.

Sora intenta achantarme con su mirada de india mala y páfida y, cuando me canso de verla, pregunto:

—¿Quiere algo o con mirarme como si me fuera a matar tiene suficiente?

—Insolente. Ésa es la palabra que mejor te define.

En lugar de enfadarme por su comentario mordaz, sonrío. Ésta no sabe cómo soy yo y, como dice una que yo me sé, con una sonrisa se gana más que con una mala cara, así que replico:

—¿Quiere que le diga qué palabra la define a usted?

—No te atreverás.

—Oh, sí..., las insolentes somos así: ¡nos atrevemos con todo!

Sora me acuchilla con la mirada. Yo sonrío y, al final, ella sisea:

—¡Fuera de mi habitación!

—Venga, mujer, ¿qué quiere? —insisto.

—¡Que te largues!

Me encojo de hombros, doy media vuelta y salgo de allí. Sin embargo, apenas acabo de cruzar el umbral cuando vuelvo a oír la campanilla.

¡La madre que la parió!

Con toda la paciencia del mundo, giro sobre mis talones, entro de nuevo y, al verme, me suelta:

—Tú no me vales. Que venga Ronna.

—Le he dicho que no puede. Está haciendo otras cosas.

—Me da igual lo que esté haciendo —gruñe—. Que lo deje todo y que venga.

Suspiro. Es desesperante.

—Vamos a ver, señora, sea buena con Ronna. Ha subido la escalera como diez veces, y creo que...

—Lo que tú creas no me importa.

—Y lo que usted quiera no me importa a mí.

Madre mía..., madre mía..., ¡cómo me estoy pasando con la vieja! Pero, mira, llegados a este punto, lo cierto es que da igual.

Por su expresión, veo que la estoy descuadrando.

—La verdad es que no me asusta —prosigo—. Y le diré algo: es penoso que, con el sitio tan bonito en el que vive y con la familia tan maravillosa que tiene, no sepa apreciarlo. Se va a quedar sola..., sí..., sí. Va a conseguir lo que siempre ha querido tener: Aguas Frías para usted solita. Porque, seamos sinceros, una vez pase la boda, Andrew y yo nos iremos y, detrás de nosotros, Madison, Moses y Lewis. ¿Cuánto tiempo cree que va a tardar en hacerlo también Nayeli? Y, si se marcha Nayeli, ¿cree que Ronna se quedará aquí con usted?

—¿Ronna?!

—Ronna adora a sus hijos y a su nieta. Por tanto, le auguro un futuro muy feliz rodeada de sus caballos y una enorme casa vacía. ¿De verdad es eso lo que quiere?

Sora no habla. No dice nada. Creo que le estoy dando un buen ¡zas! en toda la boca, cuando replica:

—Ya vendrán otros.

—Por supuesto que vendrán. Y vendrán muchos como Chenoa, dispuestos a quitarle a usted poco a poco lo que tiene. Y, cuando se quede sin nada, ¿quién la cuidará?

No contesta. No dice ni mu.

—No cometa usted la locura de quedarse sin su familia, cuando tiene unos nietos y una nuera que la quieren a pesar de todos esos horrorosos defectos suyos —añado—. Porque, seamos sinceras, usted es...

—Si vas a insultarme, mejor cállate.

—Mejor... mejor me callo.

Ella asiente mientras la comisura de su boca se curva y aprovecho para decir:

—¿Sabe que la sonrisa le sienta muy bien? Se lo digo porque la utiliza poco y la tiene casi sin estrenar.

Ella sonrío de nuevo, aunque enseguida regresa su gesto serio.

Entonces, saco mi móvil del pantalón y busco una foto de Candela.

—Por cierto —digo mostrándosela—, esta preciosidad es mi hija. Se la enseño porque estoy muy orgullosa de ella y quiero que sepa que no tengo nada que esconder.

—Mentiste. Tienes una hija y...

—No, señora. No mentí; simplemente omití —la corto—. Tengo una preciosa hija llamada Candela de la que estoy orgullosa y por la que daría

mi vida, no una, sino mil veces si fuera necesario. Pero, si Andrew o yo omitimos hablar de ella, precisamente fue por no incomodarla a usted. Él la conoce muy bien y sabía cómo iba a reaccionar. Y, como no sabemos si lo nuestro va a funcionar, dejamos a mi pequeña a un lado.

Sora ni se inmuta. Desde luego, es tremenda.

—Por el bien de él, espero que no funcione —replica.

—Ay, Dios, señora, ¿por qué tiene que ser usted tan desagradable?

—Anda, sal de mi habitación de una vez. No me gustan las modernas como tú.

Eso me hace gracia. Mi madre también lo decía hace años.

—El mundo no se detiene porque usted así lo decida —añado—. El mundo sigue adelante le guste a usted o no. Comprendo que en su época el amor fuera sólo cosa de hombres y mujeres, pero en el mundo en el que vivimos hoy en día, el amor es cosa de personas. De hombres que se quieren, de mujeres que se adoran, de parejas que se enamoran. Piense en lo que le digo. Lewis y Moses la quieren con locura y...

—¡Basta! No quiero seguir hablando de ello.

—Pues debería tratar de entender su amor.

No contesta. Sin duda, le cuesta hablar sobre el tema.

A continuación, miro el tatuaje que llevo en el antebrazo y que tanto significa para mí.

—¿Ve esto? —señalo.

La mujer lo mira. No entiende lo que pone porque está en español, pero prosigo:

—A mí también me gusta leer, como veo que le gusta a usted, y hace un tiempo, cuando estaba pasando una mala racha en la que creía que mi mundo era una mierda y que iba a ser incapaz de remontar la tristeza en la que estaba sumergida, leí un libro maravilloso que me hizo darme cuenta de que, si los demás pueden salir adelante, ¿por qué yo no? Esto que llevo tatuado aquí es una frase que me dio la fuerza necesaria para salir adelante y recordarme lo que nunca he de olvidar.

Sora mira de nuevo mi antebrazo. Duda, pero finalmente pregunta:

—¿Se puede saber qué te dio tanta fuerza?

Sonrío. Ha preguntado lo que yo quería, y respondo de memoria sin mirarme el brazo:

—«Escucha el viento que inspira. Escucha el silencio que habla y escucha tu corazón, que sabe».

Al oír lo que acabo de decir, el gesto de Sora se descompone.

—Eso es un proverbio indio —replica.

—Lo sé. ¿Le gusta?

No contesta. Veo que sus fríos ojos se encharcan de pronto y, acercándome más de lo normal a ella, murmuro:

—Ah, no..., no..., no... Prefiero ser la culpable de que se enfade a que lllore. Por favor, no lllore, señora. Por favor..., por favor...

Sora se traga las lágrimas, ¡menuda es ella!, y responde:

—Lo último que me gustaría es que me vieras llorar.

Asiento. A mí tampoco me gustaría.

—Faltaría más.

No habla. Me mira. Sin duda debe de estar cagándose en toda mi dinastía española. Creo que ésta es la primera vez que alguien se atreve a decirle lo que piensa a esa maldita gruñona. Finalmente, cuando se repone, me pide:

—Dame agua fresca de la botella.

Obedezco. Cojo un vaso vacío que hay sobre una mesita y lo lleno de agua. Ella da un trago y protesta:

—Fresca..., lo que se dice fresca, no está.

—Bajaré a la cocina y le traeré una botella fría.

Rápidamente hago lo que digo. Salgo de la habitación y respiro. No sé por qué le he dicho las cosas que le he dicho a Sora cuando sé que pasa totalmente de mí. Entro en la cocina, Ronna y las chicas me miran, y yo, sin contarles lo ocurrido, cojo una botella fría de la nevera y regreso a la habitación. Al entrar, la anciana me mira con sus ojos helados y siento que tiene más ganas de batalla que el legendario Toro Sentado.

—Un poco más y llega el invierno. ¿Adónde has ido a por el agua?

Creo que mi miradita le hace saber lo que opino sobre su comentario, pero entonces insiste:

—Sírveme agua. ¿O acaso vas a esperar a que se caliente?

Uf..., qué ganas de abrir la botella y echarle el agua por la cabeza me están entrando. Pero me contengo..., me contengo...

Sin duda, en el rato en el que he salido de la habitación, la abuela ha cogido fuerzas. No obstante, en lugar de hacer lo que pienso, agarro el vaso, le echo agua, se lo entrego y ella se la bebe. Una vez acaba, dice:

—Abre un poco la ventana. Necesito aire fresco.

Hago lo que me pide y, cuando voy a escapar de la habitación,

murmura:

—Qué muchacha tan torpe. Demasiado abierta. Me acatarraré.

Freno en seco. Vuelvo a la ventana, la cierro un poco más, y entonces sisea:

—Si la cierras, ¡tendré calor otra vez!

Uf..., uf..., lo que me está entrando. Que me conozco y, como siga así, vamos a acabar muy mal.

De nuevo, muevo las hojas de la ventana y, con la más páfida de mis sonrisas, la miro y pregunto:

—¿A su majestad le gusta así o así?

Ella me mira. Piensa su respuesta y, curiosamente, vuelve a sonreír mientras dice:

—Un poquito más abierta.

Muevo la ventana. ¡Menuda puñetera que es la abuela! Hasta que, finalmente, asiente, ¡menos mal!

Salgo de la habitación y, antes de llegar a la escalera, vuelve a sonar la campanilla.

¡Le arranco la cabellera!

Tras resoplar, doy media vuelta y entro de nuevo.

—Abre el armario de la derecha y saca una toallita.

Camino hacia el armario y hago lo que pide. Después de eso, y aún conmigo allí, toca la campanilla mil veces. Me pide un peine, más agua, ir al baño, que vuelva a mover la ventana, que cambie de lugar sus zapatillas, que estire la cama y, cuando ya me tiene hasta los mismísimos, suelta:

—Creo que podrías ser una buena criada. Ahora dame los almohadones que están en ese butacón que hay detrás de la cama.

¡Lamadrequelapariólacrioylehizosuprimeratrenzaindia!

¡Pero qué tiparraca!

Sin embargo, a diferencia de otras veces, su gesto está relajado. No parece tensa. Es evidente que disfruta con lo que me está haciendo hacer, y decido pagarle con su misma moneda. Si ella es una india con un par, se va a enterar de cómo somos las españolas. Por ello, miro el butacón donde están las almohadas y, con toda mi chulería, camino hacia la cama y, sin quitarme los zapatos, me subo a ella para pasar por encima. Cuando me bajo y cojo los dos almohadones, oigo que exclama:

—Por el amor de Dios, ¿se puede saber por qué has pisoteado mi cama?

Sonrío, no lo puedo remediar, y, volviendo a pisotear la cama ante su gesto de incredulidad, le suelto sobre el regazo los dos puñeteros almohadones y, con la misma mala baba que ella tiene conmigo, respondo:

—Porque soy una mala criada, además de una mujerzuela y una insolente.

Su gesto me hace saber que nadie le contesta nunca como lo estoy haciendo yo. Entonces, meneando la cabeza y murmura:

—Comienzo a entender lo que el tonto de mi nieto ha visto en ti. — Sonrío y, sorprendiéndome, añade—: Coge una silla y siéntate conmigo.

Boquiabierto, me siento delante de ella.

Durante más de media hora hablamos con cordialidad, e incluso reímos cuando la puerta de la habitación se abre, entra Ronna y, asombrada, pregunta:

—¿Estáis bien?

Su gesto de incredulidad me hace reír, y afirmo:

—Sí. De momento no nos hemos arrancado la cabellera.

Sora sacude la cabeza.

Ronna me mira ojiplática y, al ver que esconde una de sus manos temblorosas bajo el mandil, la cojo de la otra y, acercándola a mí, digo:

—Ahora que estamos las tres en un ambiente tranquilo y relajado, ¿qué tal si te sientas con nosotras y le cuentas a Sora lo que te ocurre?

Ronna me mira con gesto serio. Sora me mira también, y pregunta:

—¿Qué ocurre?

Ronna no entiende por qué saco el tema, pero sé que o lo hago así o nunca se lo dirá.

—Ronna, tienes que decírselo —insisto—. Debe saber lo que ocurre.

Ella suspira y meneando la cabeza. Cojo una silla, hago que se siente junto a nosotras y, tras resoplar incómoda, dice mirando a la vieja:

—A ver, no te preocupes por nada porque nada va a cambiar, pero... pero... me han diagnosticado principio de párkinson.

El gesto de Sora pasa de la cordialidad al susto, pero susto..., susto. A continuación, se levanta, se acerca rápidamente a Ronna y murmura:

—Pero... pero... ¿cómo no me lo has dicho antes?

Sorprendida, Ronna suspira.

—No quería preocuparte, Sora.

La abuela me mira. Veo preocupación en sus ojos.

—Tranquila —digo—. Un neurólogo la está tratando y ya está medicándose. Y, por suerte, tiene a personas que la quieren dispuestas a cuidarla.

—Y ahora también te tiene a ti, ¿no?—pregunta Sora.

Ver que me incluye, cuando por norma es lo contrario, en cierto modo me emociona.

—Yo no vivo aquí —respondo—. Pero siempre que me necesitéis, me tendréis.

Las dos mujeres me miran, y Ronna murmura con una sonrisa:

—Mi Andy ha encontrado a una buena mujer.

No quiero llorar. No quiero sentirme mal por engañarlos a todos y, como necesito salir de la habitación, digo:

—Creo que vosotras dos debéis hablar de varias cosas. Mientras lo hacéis, iré a ayudar a Madison y a Flor.

Dicho esto, salgo de la habitación y, cuando cierro la puerta, me seco las lágrimas.

Al llegar a la cocina, Madison y Flor están bebiéndose unas cervezas mientras la primera le cuenta todo lo ocurrido un par de días antes y Flor la escucha boquiabierta. Eso me hace sonreír. Cuando me pasan un botellín a mí, lo hago chocar con los suyos y me inmiscuyo en la conversación.

En un principio, Flor se descuadra. ¿Moses y Lewis, gais? ¿Chenoa, Tom y Quincy McBirthy? Pero eso pasa a un segundo plano cuando le hablamos de la enfermedad de Ronna. Sin duda, eso sí es un problema.

Un par de horas después, mientras preparo una deliciosa crema para elaborar unas tartaletas de frutos rojos, Ronna entra en la cocina. Sin pararse, camina directa hacia mí y me abraza un instante.

—No sé qué has hecho —dice—, pero por primera vez desde que la conozco, he podido hablar con Sora y me ha escuchado.

—¡Alabado sea el Señor! —afirma Flor sonriendo. A continuación, va a abrazarla y dice—: Ronna, las chicas ya me han puesto al corriente de lo que ocurre, y quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites, ¿de acuerdo?

—¿Cuántas cervezas llevas? —replica Ronna.

—Un par de ellas —se mofa Flor—. Pero ya ves cómo se me suelta siempre la lengua.

Las cuatro sonreímos y luego nos sentamos alrededor de la mesa.

—Lewis ha hablado con Sora —murmura Ronna.

—¿Qué?! —pregunto sorprendida.

—Al rato de marcharte, Lewis ha aparecido en la habitación. Al principio ha sido un poco incómodo. Hay ciertas cosas que la abuela ni entiende ni quiere entender, pero cuando él le ha dicho que se marchaba a vivir a Chicago con Moses, creo que algo en su corazón se ha quebrado.

Pienso en lo que le he dicho a Sora. Sin duda se está dando cuenta de que no la necesitan para continuar sus vidas.

—Y ¿en qué habéis quedado? —pregunta Madison.

Ronna se encoge de hombros y, apenada, indica:

—En que se van. Pasará un mes o dos, pero se marcharán.

—Oh, Ronna, lo siento —murmuro.

La mujer sacude la cabeza.

—Yo también siento que otro hijo mío se vaya de mi lado, pero al mismo tiempo estoy feliz, porque allá adonde vayan serán más dichosos que aquí, por el hecho de ser ellos mismos y no fingir algo que no son.

Todas asentimos. Tiene razón: en el rancho, su vida nunca sería fácil. Hay demasiados machotes, demasiados prejuicios, por lo que, sin duda, esa solución es la mejor para Lewis y Moses.

Veinte minutos después, las cuatro proseguimos con nuestros quehaceres culinarios. Tenemos que esmerarnos, pues debemos dar de comer a más gente de lo habitual.

Estamos de buen humor cuando entra Nayeli. Rápidamente nos ponemos a hablar de música, y me comenta que Taylor Swift comenzó cantando country. Yo la miro sorprendida cuando ella busca una canción en su móvil y la escucho. Vaya..., pues sí que ha cambiado la reina del pop.

Con buen humor, las cinco proseguimos y decido poner música en mi teléfono. Nayeli tararea encantada las canciones y, cuando suena la *Macarena*,^[21] Ronna comienza a reír.

—¿Os sabéis el baile? —pregunto entre risas.

—Yo sí —afirman Nayeli y Madison comenzando a bailar.

Flor se pone como un tomate, ¡faltaría más!

—Venga..., vamos a bailar —digo mirando a Ronna.

—No, hija, no..., yo no bailo.

La miro boquiabierta, la cojo de la mano y replico:

—¿Cómo que no?... Vamos, comienza a mover ese trasero.

Contra todo pronóstico, Ronna empieza a bailar imitando a Madison y, poco después, también lo hace Flor.

Al principio están tímidas. Estoy convencida de que es la primera vez que bailan la *Macarena* en la cocina, pero cuando le cogen el tranquillo a la canción, las cinco bailamos entre risas, bullicio y diversión.

Estamos ensimismados con la fiesta cuando, de pronto, soy consciente de que en la puerta están mirándonos boquiabiertos todos los hermanos McCoy.

Mis ojos conectan directamente con los de Andrew y, cuando veo que sonrío, lo hago yo también. Sin lugar a dudas, ver a su madre bailando la *Macarena* y divirtiéndose, después de lo que ha pasado, le gusta. ¡Le gusta mucho!

Entre risas, las cinco dejamos de bailar, mientras todos ellos, excepto Tom, dicen tonterías. Bromeando, Ronna echa de la cocina a sus hijos y, cuando nos quedamos las cinco solas de nuevo, dice mirándome:

—Hija mía, tu llegada a Aguas Frías ha sido una bendición. Eres pura alegría.

Vuelvo a reír. No lo puedo remediar.

A la hora de la comida, el salón está repleto de hombres jóvenes con ganas de pasarlo bien. Andrew me los presenta a todos, excepto a Sean, el rubiales que ya conozco y que, sorprendentemente, no hace rabiar con su galantería a mi Caramelito.

Animada, bromeo con ellos hasta que aparece un hombre en la puerta, del que más tarde me entero de que es veterinario, y pide hablar con algún McCoy. Moses, Tom y Andrew deciden atenderlo, aunque, antes de salir del salón, mi chico me da un beso ante todos los demás y les advierte, mirando especialmente a Sean:

—Cuidadito con mi novia, que ahora regreso.

Eso me hace reír a mí y al resto. ¡Qué mono es!

Instantes después, Cold y Lewis suben a la habitación a por su abuela, mientras Madison y yo nos encargamos de acomodar al resto de los hombres alrededor de la mesa.

Cuando Sora entra en el salón, como una reinona, me mira. Sigue desconcertada por muchas cosas y, dispuesta a hacerle ver que por mí el hacha de guerra está enterrada, le guiño un ojo. Rápidamente, la comisura de sus labios se curva.

¡Bien! Por fin empiezo a pensar que puedo tener una convivencia cordial con esa mujer.

Sora saluda a todos los hombres y, cuando Ronna, Madison, Nayeli,

Flor y yo terminamos de llevar las bandejas de comida y nos sentamos, la abuela pregunta:

—Faltan Tom, Andrew y Moses; ¿dónde están?

¡Biennnnnnnn! Por primera vez desde que llegué, la he oído decir el nombre de mi vaquero preferido, y sonrío. Dios, cómo me gusta que la implacable Sora se baje de la burra.

Al ver las caras de sus hijos mirándola boquiabiertos por lo que acaba de decir la abuela, Ronna responde con una sonrisa:

—Están con William Bredman. Trae las primeras pruebas que les hizo a los caballos.

Sora asiente, veo que mira entonces a Nayeli y ésta baja la cabeza. Sin duda, ha entendido que lo hizo mal y que, por rabia y enfado hacia su abuela, podría haber acabado con el sustento de toda la familia.

Segundos después, los tres entran y se sientan.

—Andy, ¿qué ha dicho William? —pregunta Sora.

Al oír su nombre en boca de su abuela, él la mira sorprendido antes de responder:

—El veterinario ya los está medicando, y los caballos responden favorablemente.

Sora asiente. Por su gesto, todos vemos lo mucho que le preocupa el tema. Entonces, dice mirando a Tom:

—Si ves a Chenoa, dile que...

—Ni la veo ni la veré. No me interesan las mujerzuelas como ella —bufa él.

Madison y yo nos miramos.

—¿Habláis de la veterinaria guapa? —interviene uno de los vaqueros.

Sora asiente y éste indica:

—Al parecer, se ha marchado del pueblo a toda prisa. La mujer de Quincy McBirthy se enteró de que ella y su marido estaban liados y ni os cuento la que se lio.

Contengo la risa.

Vale..., no es momento de reírse, pero me encanta saber que la mujer de McBirthy le ha dado su merecido a Vaca Sentada. Demasiado buena ha sido Madison con ella. Yo, en su lugar, ya le habría arrancado la cabellera hacía mucho.

Nadie comenta nada más en referencia a Chenoa y todos empezamos a comer. Los hombres tienen buen apetito. Cuando Sora mira a Flor y a

Madison, las llama por su nombre y les pide con educación que le pasen las patatas y la verdura. Andrew me contempla y murmura:

—Pero ¿qué ha pasado aquí?

Sonrío. Me gusta su gesto desconcertado.

—Que Sora está escuchando a su corazón —respondo.

Mi chico sonrío. Veo la felicidad en su rostro y, sin dejar de mirarme, dice:

—Gracias por hacer feliz a mi madre. Verla sonreír antes en la cocina, mientras bailaba, me ha hecho entender que todo va a ir bien.

Oír eso me emociona y, sin dudar, digo:

—Dame un mui.

Andrew me lo da y entonces varios de los hombres nos tiran sus servilletas a la cara al tiempo que se mofan de nosotros.

Continuamos comiendo mientras ellos hablan de la despedida de soltero que van a celebrar esa noche. Hay ciertos comentarios que no me hacen mucha gracia, pero prefiero pasarlos por alto. Eso sí, si yo fuera la novia, si yo fuera Flor, otro gallo cantaría.

—Cielo —murmura Andrew—. En referencia a la despedida de esta noche en Hudson, te...

—¡Pásatelo bien! —lo corto—. Por cierto, nosotras también nos vamos de despedida de soltera.

Mi revelación hace que Andrew levante las cejas.

—¿Ah, sí? —Asiento y, sonriendo, cuchichea—: No me digas quién ha sido la instigadora de ello, que me lo puedo imaginar.

Divertida por su comentario, replico:

—Lo asumo. *Mea culpa!* Pero, oye, Flor también se merece su despedida de soltera. Hemos decidido que iremos Nayeli, Madison, Flor y yo. Tu madre prefiere quedarse con tu abuela.

Andrew sonrío, se mete un trozo de carne en la boca y, tras masticarla y tragarla, vuelve a la carga.

—¿Y adónde vais a ir?

Estoy por decirle la verdad, que voy a ir a un concierto en Riverton. ¿Por qué tengo que mentir? Pero, siendo fiel a lo que Flor me ha pedido, murmuro:

—Pues no lo sé.

Mi vaquero asiente. Sabe que no conozco la zona, por lo que difícilmente puedo decidir adónde ir y, tocándome la punta de la nariz,

replica:

—Pasadlo bien.

—Te aseguro que lo pasaré tan bien como tú.

Mi seguridad al decir eso hace que Andrew vuelva a clavar sus ojazos en mí y, al ver el desconcierto en su cara, pregunto:

—¿Qué?!

Él sacude la cabeza y no dice nada. Entonces recuerdo la pulsera que llevo en el bolsillo, la saco y digo entregándosela:

—Es para ti.

Andrew la mira. Veo que la comisura de sus labios se curva, y lee:

—«¿Repetimos?».

Eso me hace sonreír y, bajando la voz, cuchicheo:

—Nunca pensé que fueras a decirlo, machote.

Ahora es él quien sonrío y, tras darme un beso, lo ayudo a ponérsela.

—Gracias —dice—. Es un bonito regalo.

—Bonito..., bonito, no sé, pero tentador por su mensaje ¡creo que sí!

De nuevo, ambos volvemos a sonreír y, con sincronía, nos acercamos para darnos un beso en los labios. En ese instante, oímos a Sora decir:

—Tanto besuqueo no creo que sea bueno.

Todos ríen...

Todos se mofan...

Pero da igual, ¡yo soy feliz!

Cuando terminamos de comer, los hombres, a cuál más fanfarrón, hablan de mujeres. Nunca entenderé por qué, cuando se juntan varios de ellos, su tema principal es hacerse los machotes, cuando seguro que en la intimidad no se comen ni un colín. Vamos, como dice mi madre, perro ladrador, poco mordedor.

En ese instante soy consciente de que la única pareja allí que no es de verdad somos Andrew y yo y, en cambio, sólo nosotros parecemos felices y enamorados. En cuanto ha terminado de comer y hemos salido todos al porche trasero, lo primero que ha hecho Andrew ha sido sentarme sobre sus piernas. Encantada, noto cómo pasea la mano con mimo por mi cuello y mi espalda. Me gustan sus cosquillitas.

Lewis y Moses están cada uno en una punta, sin mirarse. Eso lo entiendo: intentan pasar desapercibidos como han hecho siempre, y la verdad es que lo hacen muy bien. En cuanto a Tom y Madison..., lo suyo es

irreconciliable. Imagino que hablan sobre cómo van a proceder. Y, por último, está Cold, que dice bravuconadas de mujeres delante de todos, sin mirar una sola vez a Flor, que está sentada unas sillas más atrás. Pero ¿de verdad está enamorado de ella?

—Esta noche te llevarás el móvil, ¿verdad? —me pregunta Andrew.

—Obvio —contesto—. ¿Por qué lo dices?

Él sonríe y, dándome un dulce beso en los labios, responde:

—Porque estaré preocupado por ti y quiero saber dónde andas.

¡Ayyy, qué monoooooooooooo! Me encanta que se preocupe por mí.

—¿Adónde vais a ir? —vuelve a preguntar entonces—. ¿Habéis hablado algo?

Su insistencia me hace sonreír, y él, levantando una ceja, cuchichea:

—Cuéntamelo, morena.

—¡Ni hablar!

Según digo eso, maldigo, y él replica:

—¿Lo ves? Ya sabes adónde vas a ir. ¿Por qué ocultármelo?

Vuelvo a sonreír y, tras darle un beso en los labios que me sabe a miel, murmuro:

—Porque se lo prometí a Flor y soy una mujer de palabra.

No vuelve a insistir. No vuelve a decir nada, y yo me olvido del tema.

Un par de horas después, los chicos se marchan, y Andrew, antes de meterse en el coche con los demás, me abraza.

—Ten mucho cuidado y, al más mínimo problema que tengáis —me enseña su móvil—, ¡me llamas! ¿Entendido?

—Que sí, pesadito..., que sí.

Los hombres comienzan a llamarlo. Se mofan porque aún siga abrazado conmigo, y entonces Andrew, como un macho troglodita, me besa de tal manera que todos aplauden divertidos. Cuando el beso acaba, lo miro casi sin respiración, y él dice:

—Pórtate bien.

En el momento en que se vuelve y echa a andar en dirección al coche, le doy un azote en el trasero y, cuando me mira, le guiño un ojo y afirmo:

—Tan bien como te vas a portar tú.

Entonces, tras señalarse la pulsera en la que pone «¿Repetimos?», ambos reímos y nos despedimos.

Según se marchan los chicos, Ronna, que sale con Sora al porche, nos anima:

—Vamos, chicas..., id a prepararos.

—¿Adónde van? —pregunta Sora.

Madison y Flor se paralizan. Sin duda, a la abuela no le gustará esa salida.

—Vamos a divertirnos —respondo—. A celebrar que Flor se va a casar.

Sora no replica, pero en su cara se lee que no le parece bien. Se limita a mirarnos con gesto serio y finalmente dice:

—Tened cuidado. Parece que va a volver a llover.

Todas miramos al cielo. Es cierto. Amenaza tormentilla pero, con ganas de pasarlo bien, vamos a arreglarnos.

Flor se va a su casa y Nayeli y Madison a sus habitaciones. Que Sora no haya soltado una de las suyas es muy pero que muy de agradecer.

En la cabaña, me ducho, me arreglo el pelo, me maquillo, me pongo unos vaqueros, mis botas de cowboy, una blusa blanca y roja y mi sombrero vaquero y, cuando me miro al espejo, sonrío y murmuro:

—Vaquera..., cuando pasas por chapa y pintura, ¡qué mona estás!

Una hora después, aparece Flor en su coche y, cinco minutos más tarde, Madison y Nayeli. Ronna, que está en el salón cosiendo con Sora, al vernos, dice encantada:

—Estáis preciosas, ¡pasadlo estupendamente!

La abuela no dice nada. ¡Mejor!

Tras repetirnos veinte mil veces que cuidemos de Nayeli, Ronna nos besa a todas, nos montamos en el coche de Flor y las cuatro nos vamos a Riverton de concierto.

Al pasar por Hudson, de pronto Flor se desvía por una calle.

—¿Adónde vamos? —pregunta Madison.

—A comprobar una cosa —responde ella.

Circula por Hudson hasta llegar a una calle donde al fondo vemos los coches de los chicos. Están acompañados por un grupo de mujeres.

—Lo que me imaginaba —murmura Flor al tiempo que detiene el coche.

Con curiosidad, observo a Moses y a alguno de los demás bromeando con varias chicas que, en vez de faldita, llevan cinturoncito. Eso me intranquiliza, y más cuando veo a Cold en una actitud que, si yo fuera su novia, le arrancaba las orejas. Rápidamente busco a Andrew entre todos ellos y mi cuerpo se tensa al verlo hablando con Arizona.

Ahora entiendo por qué Flor no la ha incluido en el grupo en ningún momento. Ya sabía sus planes.

Madison me mira. Yo la miro a ella y pregunto al ver cómo Nayeli nos observa a todas:

—Flor, ¿por qué dices que lo imaginabas?

Mientras está saliendo de la calle, responde:

—Porque mi prima me dijo que habían quedado con ellos y me confesó que una tal Cherry estaba como loca por ver a Cold.

No sé qué decir. Sin duda Arizona va a aprovechar la noche. Pero no quiero estar pendiente de ello, me niego. Sin embargo, al mirar a Flor y ponerme en su piel no sabría qué pensar, y más después de haber visto a Cold en esa actitud con la tal Cherri.

Cuando llegamos a Riverton, aparcamos cerca del lugar donde se va a celebrar el concierto. El humor de Flor no parece haber mejorado. La calle está abarrotada de gente, la gran mayoría mujeres que, como nosotras, esperan ansiosas a que empiece el espectáculo.

Mientras caminamos por la calle, Nayeli de pronto se para y exclama:

—¡Qué manía le he cogido! ¿Cómo he podido estar tan ciega?...

Al mirar, vemos a Quincy Junior besándose con una muchacha y, pasando el brazo por encima del hombro de Nayeli, murmuro:

—Del amor al odio hay un pasito, cielo. Nunca lo olvides. Y, recuerda, la próxima vez has de ser más lista.

Ella asiente, sonrío y proseguimos nuestro camino hasta que ve a unas amigas y corre a saludarlas. Nos dice que se queda con ellas un rato y que luego se reunirá con nosotras en el bar.

Accedemos. Antes de continuar miro al cielo.

—Va a caer una buena.

Las demás asienten. El cielo está más que negro, aunque por suerte el local al que nos dirigimos es cerrado; por tanto, que llueva, que no nos vamos a mojar.

Madison y yo nos miramos. Flor está seria.

Entramos en un bar a tomarnos unas cervezas y Madison le pregunta:

—¿Estás bien?

Flor asiente y da un trago a su cerveza pero, al ver que yo levanto las cejas, murmura:

—Odio que Cold se comporte así conmigo. ¿Acaso no se da cuenta del daño que me hace su actitud?

Que hable de ello ya es un paso.

—Y ¿por qué no se lo dices? —pregunto.

—Ya se lo he dicho, pero él no me escucha.

—Pues dale un escarmiento —insisto.

—Es demasiado buena para eso —susurra Madison.

Flor la mira.

—Pero ¿qué dices? Tú tampoco se lo has dado a Tom.

—Lo sé —afirma Madison—. Y, precisamente porque yo lo hice mal desde el principio, creo que tú no has de hacerlo así.

Ambas se miran, y a continuación Flor murmura emocionada:

—Te voy a echar mucho de menos cuando no estés.

Madison suspira, da un trago a su bebida y afirma:

—Yo a ti también.

Un extraño silencio se hace entonces entre las tres, hasta que Madison dice:

—Ya lo he arreglado todo. Me marchó de Aguas Frías al día siguiente de la boda.

—¿Qué? —pregunta Flor desenchajada.

Veo la desesperación en su rostro. Sabía que Madison se marcharía, pero nunca pensó que lo haría tan pronto. Cuando va a romper a llorar, Madison dice:

—Por favor, disfrutemos del tiempo que nos quede por estar juntas. Tú comienzas una nueva vida y yo quiero comenzarla también. Por favor..., entiéndeme.

Flor asiente, la abraza. Yo las miro, cuando ellas abren su abrazo y me cobijo entre ellas. Desde luego, es increíble el cariño que les he cogido en tan poco tiempo a esas dos mujeres.

—Me alegro de haberte conocido, Coral —dice Flor entonces—. Tú eres totalmente diferente de nosotras y, en cierto modo, nos has abierto los ojos.

Sonrío. Flor está equivocada: yo soy como ellas. Cuando me enamoro de alguien, a pesar de lo dura, chulita y demás que parezco, le entrego mi vida sin pensar en mí, por lo que replico:

—Cuando me enamoro hago mil tonterías, pero también soy consciente de que no quiero sufrir, aunque sufro. Quizá por eso no me he casado todavía, ni tengo nov...

Dios, pero ¿qué estoy diciendo?

Al ver que ambas me miran a la espera de que termine la frase, continúo:

—Vale. Adoro a Andrew, pero ya veis que, aunque digamos que somos novios, hay cosas por las que no estoy dispuesta a pasar, especialmente porque, si quiere estar conmigo, ha de estar sólo conmigo, no con otra.

Flor y Madison me miran. No sé si la he cagado.

—Sé que no debería decir esto —comenta Flor—, pero ya que llevo varias cervecitas seguidas, me atrevo: ¿puedes explicarme por qué le has dicho a mi prima Arizona que intente ligarse de nuevo a Andy?

Madison me mira estupefacta. Es su primera noticia y, como puedo, trato de responder:

—Bueno, yo...

—¿Que le has dicho a Arizona que te quite el novio? —exclama Madison incrédula.

—Eso me ha contado mi prima —insiste Flor.

Joder, con la Arizonita de las narices, ¡menuda bocazas!

—A ver, chicas —digo—. Yo adoro a Andrew, pero siento que a él todavía lo atrae Arizona, y lo que quiero es que él sea feliz. Lo que no quiero es que esté conmigo y, cuando me entregue totalmente a él, me diga: «Pues, mira, Coral..., que me confundí y te dejo por Arizona».

—Pero, Coral..., no puedes permitir eso —murmura Madison.

—Lo sé. Pero, si al final Andrew decide que la quiere a ella y no a mí, prefiero saberlo cuanto antes.

—Pero tú lo quieres, ¿no? —pregunta Flor.

Pienso la respuesta, aunque en realidad no tengo que pensar nada porque estoy coladita hasta los huesos por él.

—Sí —asiento.

—Y ¿no vas a luchar por él? —insiste.

Sus preguntas me hacen darme cuenta de que haría cualquier cosa por él, pero murmuro:

—Claro que sí, aunque en determinadas ocasiones no se puede luchar contra lo imposible. Lo cierto es que creo que Andrew aún siente algo por Arizona, y contra eso no puedo luchar.

Las chicas suspiran. Estamos abriendo nuestros corazones en el sitio menos oportuno, cuando en ese instante llega Nayeli. Cambiamos de tema y, haciendo de tripas corazón, pagamos las bebidas y proseguimos nuestro

camino. Sin lugar a dudas, los McCoy nos han roto el corazón a las tres.

Al llegar a la entrada vip del local donde se celebra el concierto, saco el móvil del bolsillo de mi vaquero, llamo al mánager del cantante y éste sale a recogernos. Cuando, diez minutos después, estamos ante el grandioso Luke y su picarona sonrisa, creo que las chicas se me van a desmayar.

Luke y su banda son encantadores con nosotras. Hablando con él me entero de que es muy buen amigo de Tony Ferrasa, el marido de mi amiga Ruth, y entre risas nos damos cuenta de que hemos estado en alguna fiesta en casa de aquéllos juntos y no nos hemos conocido.

Luke se hace fotos con todas nosotras: individuales, colectivas..., y nos regala las camisetas de la gira y su último CD firmado por él.

Las chicas no se lo creen. Están como en una nube, y yo las miro encantada. Les sucede como a mí cuando Yanira me presentaba a los cantantes que tanto adoro. Recuerdo cuando conocí a Luis Miguel. Si ese día no me morí, dudo que nada me mate.

El tiempo pasa a toda leche y, cuando falta media hora para comenzar el espectáculo, Luke nos dice que nos quedemos en el *backstage* mientras dure el concierto para luego irnos con ellos a una fiesta que organizan a las afueras de Riverton. Encantadas, aceptamos. ¡No lo dudamos!

Cuando la banda se marcha a prepararse, entre risas pasamos a un baño, donde nos cambiamos las camisetas que llevamos por las que el cantante nos ha regalado de la gira. Son negras, con su nombre en plata, ¡chulísimas!

El concierto empieza, Luke sale al escenario con su banda y el local se viene abajo con los gritos y los aplausos del público. Nosotras aplaudimos también en el *backstage*, mientras bebemos cervezas en un lugar privilegiado en el que podemos bailar y mis amigas cantan al son de la voz y la banda de aquel tiarrón.

Un par de veces, noto cómo mi móvil vibra en el pantalón. Lo saco. Lo miro y veo que es Andrew, que me pregunta si estoy bien. Molesta por saber que está con Arizona y deseosa de divertirme, simplemente escribo: «Sí», y sigo a lo mío. Él sabrá lo que hace.

Nayeli, tan emocionada como las demás, hace mil *selfies* con su teléfono, y me río cuando dice que los va a subir a las redes sociales. Vamos, que va a hacer lo que hace hoy en día media humanidad cuando asiste a cualquier evento de música, de payasos o de croquetas, y le pido

que me etiquete. Será un bonito recuerdo.

Encantada, escucho a Luke cuando canta. Tiene una voz preciosa y muy varonil. Nunca había escuchado su música, pero lo que sí que tengo claro es que, a partir de ahora, lo haré. De momento, tengo un CD en mi bolso firmado por él.

¡Madre mía, qué rollito más bueno tiene!

Bailamos y bailamos, y nos despendolamos del todo cuando canta *Country Man*.[\[22\]](#) ¡Me acabo de enamorar de esa canción! Y, cada vez que dice eso de «Eh, nena, soy un hombre de campo» y me mira para guiñarme un ojo..., madre..., madre..., ¡qué calor me entra!

Bailamos, gritamos, bebemos y me parto de risa al ver a Flor totalmente desinhibida. Madre mía, pero ¿cuántas cervezas lleva? Si Sora nos viera ahora, ¡nos desheredaría a todas!

El tiempo pasa volando, el concierto finaliza, y uno de los miembros de la banda nos da la dirección del lugar donde será la fiestecilla. Encantada, Flor coge la dirección y, mirándonos, murmura con gesto pillo:

—¡Tenemos fiestecita!

Entre risas, abandonamos el *backstage*. La gente está tan pletórica como nosotras y, cuando salimos a la calle, vemos que ha llovido a mares y que aún chispea. A toda prisa, corremos hacia el coche de Flor, pero al llegar todas nos quedamos de pasta de boniato al ver a Moses y a los hermanos McCoy, excepto a Tom, apoyados en el vehículo, empapándose con cara de siesos.

Vaya..., ¡qué machotes!

Cuando mis ojos y los de Andrew conectan, veo en su mirada algo que me desconcierta y, antes de que pueda decir nada, Cold le grita a Flor fuera de sí:

—¡Luke Bryan!

Ay, mi niña... La miro dispuesta a abrazarla en cuanto comience a llorar, pero ésta responde:

—Sí, Luke Bryan. ¿Qué pasa?

Toma yaaaaaaaaaaaaaaaa... ¡Viva Flor!

Cold la mira desconcertado, pero insiste sin bajar su tono de voz:

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

—Y tú, ¿qué haces tú aquí, pudiendo estar metiéndole mano a Cherri?

—¡¿Qué?! —pregunta él incrédulo.

Los McCoy miran a Flor atónitos. Estoy convencida de que es la primera vez que levanta la voz delante de ellos; entonces dice:

—Cold McCoy, yo que tú cerraba el pico y me metía en mi coche porque quiero hablar contigo ¡ya!

Vayaaaaaaaaaaaaa con Flor... Pero ¿de dónde ha sacado ese carácter?

Cold, que ha perdido todo el fuelle que en un principio tenía, nos mira con gesto confuso. Ésa no es su Flor.

Entonces, sin decir nada más, monta en el coche, ella también y, sin mirarnos, arrancan y se van.

—Joder... —murmuro.

—Eso digo yo..., joder... —afirma Madison.

Al ver el percal, Lewis y Moses les dicen a Nayeli y a Madison que suban a la camioneta y se marchan. Cuando nos quedamos Andrew y yo solos, pregunto mientras la lluvia me empapa:

—Pero ¿qué ocurre? ¿Por qué estáis aquí?

—Cold ha visto una foto del lugar en el que estabais en el Facebook de Nayeli. —Asiento. Menudas chivatas que son las redes sociales—. ¿Por qué no me has dicho que veníais al concierto de Luke Bryan? —dice a continuación.

Su pregunta me parece ridícula.

—Pues por el mismo motivo que tú no me dijiste que habíais quedado con unas chicas, entre las cuales estaba Arizona. ¿Algo más?

La sorpresa de Andrew es colosal.

—Hemos estado cenando con unas amigas de Cold. Yo no sabía que estaría también Arizona. Luego hemos ido a tomar algo, y ha sido cuando él ha visto la foto de Nayeli y hemos venido a buscaros.

Asiento. Sé que me dice la verdad; entonces pregunto:

—¿Lo has pasado bien con Arizona?

Andrew me mira con intensidad. Ay, madre, miedito me da lo que va a contestar. Pero dice:

—Te aseguro que no. ¿Y tú lo has pasado bien?

Parece que la lluvia cesa poco a poco y, sonriendo al oír lo que dice, afirmo mientras señalo mi preciosa camiseta:

—Sí. Me encanta Luke, y me encanta su...

—Sí, ya lo he visto —me corta—. Mi amigo Owen trabaja para la seguridad del concierto y me ha dejado pasar. Por cierto, ya me ha dicho que habéis estado con ellos antes del espectáculo y que parecías pasarlo

muy bien. Es más, yo mismo he podido comprobar lo mucho que disfrutabas cuando Luke cantaba *Country Man*[\[23\]](#) y te guiñaba el ojo.

Uau, ¿está celosón?

Y, encantada, aunque no sé muy bien por qué, sonrío y canturreo moviendo los hombros:

—«Eh, nena..., soy un hombre de campo...».

Andrew finalmente sonrío. Sin lugar a dudas, no es un troglodita como su hermano Cold y, sorprendiéndome, se acerca a mí, me quita unas gotas de lluvia de las mejillas y dice:

—Y ahora, ¿qué tal si me das un beso y me dices que me has echado de menos?

Bueno..., bueno..., bueno... ¿De verdad me está diciendo lo que acabo de oír?

Bloqueada, lo miro cuando mi vaquero da otro paso hacia mí, me agarra por la cintura y murmura contra mis labios:

—Vamos..., dame ese beso.

Encantada, le rodeo el cuello con los brazos y sé que paso de fiestecitas en las que no esté él. Sus labios encuentran los míos y, cuando nos besamos, siento tal chispazo de electricidad que creo que me he quedado pegada a su boca para el resto de mi vida.

Entre risas y buen rollo, nos damos cuenta de que no tenemos coche para regresar, hasta que ve a unos amigos y éstos amablemente nos acercan al rancho. Una vez llegamos, tras despedirnos de sus amigos, nos encontramos a Moses, a Madison y a Lewis, que están apoyados en su camioneta. Nayeli ya ha ido a acostarse.

Les pregunto si ha llegado Cold, y ellos niegan con la cabeza. Entonces aparece Tom, que detiene su vehículo cerca de nosotros. Madison y yo nos miramos preocupadas por Flor. ¿Qué estará ocurriendo?

Estamos hablando apoyados en la camioneta cuando oímos:

—¿Qué ocurre?

La voz de Ronna hace que todos miremos hacia atrás. La mujer sale por la puerta de la cocina en camisón, baja los escalones para acercarse a nosotros y, rápidamente, Andrew murmura:

—Tranquila, mamá. No tenemos sueño y estamos hablando.

—¿Y Nayeli? —pregunta ella.

—En la cama —dice Lewis.

—¿Y Cold y Flor?

—No creo que tarden. Vienen en el coche de ella —informa Andrew.

Ronna asiente, nos mira a Madison y a mí y, al ver que ambas sonreímos, ella parece tranquilizarse. Entonces, de pronto, vemos los faros de un coche a lo lejos.

—Mira..., seguro que son ellos —señala Tom.

Pero, según se acerca el vehículo, todos nos damos cuenta de que ése no es el coche de Flor.

Cuando el automóvil se detiene, se baja Bettina, la mujer del párroco. Todos la miramos sorprendidos y ella nos saluda. Luego se acerca a Ronna y dice con voz compungida:

—Ha ocurrido una desgracia.

—Ay, Dios mío, ¿qué ha pasado? —pregunta Ronna llevándose las manos al corazón.

—Mamá, tranquila —murmura Andrew cogiéndola del brazo.

Al ver su gesto asustado, Bettina se apresura a aclarar:

—La lluvia torrencial ha derrumbado el techo del salón donde se iba a celebrar la boda de Cold y Flor. Menos mal que no había nadie dentro; si así hubiera sido, estaríamos hablando de desgracias personales.

Respiro. Por un segundo, me había asustado pensando que había pasado algo peor, pero entonces aparecen al fondo los faros de un coche. Todos miramos el vehículo que se acerca y entonces vemos que es el de Flor.

—Ay, qué disgusto les vamos a dar a las criaturitas, ¡qué disgusto! —dice Ronna.

—Bueno, mamá, relájate. Ya buscaremos una solución —afirma Andrew.

El coche se acerca a nosotros. Segundos después, se apean Cold y Flor. Ella nos mira extrañada, y Cold, al vernos a todos allí, incluida la mujer del párroco, pregunta:

—¿Qué ocurre?

Ronna y Bettina se lo explican rápidamente y, cuando acaban, Cold mira a Flor y dice:

—Buscaremos otro sitio.

Pero ella no se inmuta. Por primera vez desde que la conozco, su gesto es extraño, y me encantaría saber lo que piensa. Los hombres comienzan a hablar y Bettina, tras despedirse de nosotros, se monta en su

vehículo y se va.

Estamos buscando soluciones para el problema cuando, de pronto, Flor parece despertar de su letargo y, acercándose a Madison, a Ronna y a mí, coge a su futura suegra de las manos y dice:

—Te quiero. Eres como una madre para mí y, pase lo que pase, siempre te querré. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Pero, hija —murmura Ronna—, ¿por qué dices eso?

La joven sonrío, le da un beso y, mirando a Madison, añade:

—Eres como mi hermana. Siempre me has querido y apoyado a pesar de que yo, en ciertos momentos, he dejado mucho que desear, y sabes que lo siento.

—No digas eso, tonta —murmura Madison—. Pero ¿qué te pasa?

Luego, Flor me mira a mí y concluye:

—Me ha encantado conocerte y ya te quiero. Eres una chica fantástica.

—Hija..., me estás asustando —insiste Ronna.

Y, plantándose en el centro de todos, Flor dice para llamar la atención:

—Siempre he soñado con una boda en la que yo vestiría un precioso vestido de novia. La celebraré en un sitio lleno de luz, magia, música y amor y, junto a mí, tendría a un novio orgulloso de que yo fuera su mujer.

Madison y yo nos miramos. Pero ¿por qué está diciendo todo eso?

Ronna le coge las manos. Está nerviosa, y pregunta:

—¿Qué pasa, Flor? ¿Por qué nos dices esto?

La joven, con los ojos empañados en lágrimas, prosigue:

—Porque... porque todo es un desastre. Cold y yo somos un desastre. Nada de lo que siempre soñé está ocurriendo. El único lugar que podíamos permitirnos se ha derrumbado; siento que el novio al que quiero no está orgulloso de mí, y el vestido de novia que he de ponerme no es el precioso vestido que siempre he deseado. Perdóname, Ronna... Perdóname. —Y, dándose la vuelta, mira a Cold, que aún no ha dicho nada, y añade—: Creo que tu abuela tiene razón. Esta boda es un error. Por tanto, la ceremonia queda anulada. No voy a casarme contigo.

Ay, madreeeeeeeeeee.

Ay, madreeeeeeeeeeeeeee.

Me entra un sudor frío tremendo, mientras observo que Ronna se lleva las manos a la boca.

El corazón se me paraliza, como siento que se les paraliza a todos los

que estamos allí. Todos miramos a Cold y a Flor. Ninguno sabe qué decir, hasta que el novio murmura:

—Pero... pero ¿qué dices?...

—Digo lo más sensato, Cold. Piénsalo con frialdad.

Él nos mira. En sus ojos veo miedo, incertidumbre, susto y, como puede, balbucea:

—Yo... yo estoy orgulloso de ti.

—Pues no lo siento así. No me haces sentir especial, ni querida. Sabes que te lo he dicho mil veces, pero tú nunca me has escuchado. Deseo a mi lado a un hombre que me quiera y me haga sentir la mujer de su vida. Deseo una relación basada en la confianza y en la sinceridad, una relación donde los besos, los abrazos y las miradas sean importantes. Quiero una relación como la que tienen Andy y Coral, no una como la que tenemos tú y yo.

Ay, madre, lo que me entra por el cuerpo cuando la oigo y pienso en las cervezas que debe de haberse bebido para ser capaz de decir todo eso.

Andrew y yo intercambiamos una mirada. Sé que se siente tan traidor como me siento yo en este instante.

Entonces, Cold se acerca hasta su hasta ahora novia y murmura:

—Escucha, cariño, yo...

—Cariño... —lo corta ella sonriendo con tristeza—. ¿Sabes que es la primera vez que me llamas de esa forma en lo que llevamos de relación?

—Te lo llamaré a partir de ahora todos los días —replica él y, cogiéndola de las manos, aunque ella se resiste, pregunta—: ¿Ya no me quieres?

Con entereza, a pesar de lo nerviosa que está, Flor lo mira.

—Claro que te quiero, Cold, pero el problema es que tú no me quieres a mí.

—Te quiero. ¿Cómo que no te quiero? —insiste él descolocado—. Quizá no soy un tipo que lo demuestre, pero yo te quiero, cariño. Por Dios, Flor, ¿quién te ha hecho creer lo contrario?

Ay, no..., yo no he sido. ¿O sí?

Me siento mal. Fatal. No quiero ser la culpable de ese desastre.

Ambos se miran a los ojos durante unos segundos hasta que Flor, deshaciéndose de sus manos, responde:

—Tú. Me lo has hecho creer tú con tus actos. Prefieres divertirte con otras a estar conmigo. Les dices piropos a otras, y a mí nunca. Miras a

otras mujeres con deseo y a mí apenas me miras. Me haces sentir fea, poca cosa, y... y...

Finalmente, Flor se derrumba. Estoy por abrazarla, pero Andrew me sujeta y niega con la cabeza. Entonces, Cold la estrecha entre sus brazos y oigo que le dice bajito al oído:

—Cariño, acabamos de hacer el amor hace apenas una hora y...

Flor se lo quita de encima de un empujón y, sin importarle que estemos los demás delante, le suelta:

—Maldita sea, era mi despedida. Adiós, Cold.

Entonces, la puerta de la cocina se abre y aparece Sora con el brazo en cabestrillo.

—Muchacha, no te muevas de ahí —le ordena.

—¡La que faltaba! —murmuro al verla bajar la escalera.

Madison suspira, y Flor, que está abriendo la puerta de su coche, se para cuando Andrew se acerca a ella y dice:

—Creo que estás cansada, Flor. Estoy seguro de que mañana verás las cosas de otra manera y...

—No, Andy. No voy a cambiar de opinión.

La abuela llega hasta ellos y, cuando se dispone a hablar, Cold grita desesperado:

—¡Será mejor que no abras el pico, Sora!

—Muchacho, soy tu abuela, ¡un respeto!

—¡¿Respeto?! —grita él—. ¿Cuándo has tenido tú respeto por cualquiera de nosotros? ¿Cuántas veces hemos hablado tú y yo y te he pedido que respetaras a mi novia? ¡¿Cuántas?!
Saber eso hace que, de pronto, vea a Cold de otra manera.

La abuela no responde. Flor se mete en el coche, cierra la puerta y, mirando a su hasta ahora novio, dice:

—Ya es demasiado tarde.

Sin más, arranca el motor del vehículo y se va, mientras Cold corre tras ella.

Los demás lo observamos con el corazón paralizado y sentimos la desesperación que siente Cold, y entonces la abuela murmura:

—Ya decía yo que ésa no era la mujer que mi nieto necesitaba.

La mato..., ¡juro que la mato!

Pero, vamos a ver, ¿cómo no puede tener corazón en un momento así? Y, cuando voy a contestarle, Ronna la mira y replica:

—Para ti, ninguna somos buenas. Ni yo lo fui para tu hijo ni ellas lo son para tus nietos. Pero ¿sabes, Sora? Definitivamente me acabo de dar cuenta de que la que no es buena para nosotros ¡eres tú!

Y, sin más, da media vuelta y entra en la casa, mientras observo que la vieja gruñona no sabe qué decir.

Cold llega corriendo hasta nosotros y dice desesperado:

—Dame las llaves de la camioneta, Lewis. Tengo que alcanzar a Flor.

Cuando su hermano le da las llaves, Andrew se las quita de las manos y replica:

—Déjala que duerma esta noche y descanse. Si vas ahora, lo empeorarás más. Dale un margen.

Cold se mueve inquieto. Veo en sus ojos la desesperación por lo ocurrido y, mirándonos a Madison y a mí, grita:

—¡Vosotras sois las culpables de lo que ha pasado! ¡Vosotras...!

—Tenlo por seguro —dice Tom.

—Dejad de decir tonterías los dos —les reprocha Andrew.

Con descaro, Madison y yo miramos a Tom, que ha permanecido apartado en un segundo plano. Mientras Lewis tranquiliza a Cold, Madison da un paso adelante, mira con desprecio al que hasta hace unos días era su pareja y espeta:

—¿Por qué nosotras?

Al verse observado, Tom esgrime una envenenada sonrisa como las de su abuela y responde:

—Porque, como dice Sora, vosotras no sois lo que nosotros necesitamos.

De repente, Andrew le suelta un puñetazo en toda la cara. ¡Toma ya, mi chico! Su hermano cae al suelo y, cuando los demás reaccionan y los sujetan para que la cosa no vaya a más, Madison mira a su ex y sisea:

—Acabarás como tu abuela, ¡solo!

Miro a Sora. Su gesto es tenso. Se acerca a Tom, que se toca la mejilla, y dice agarrándolo del brazo:

—Vamos, es mejor que esto acabe aquí. Y cierra la boca.

Sin movernos, vemos cómo esos dos, que son tal para cual, se alejan. Entonces, Cold vuelve a protestar, por lo que lo miro y gruño:

—¿Sabes, guapito? El único culpable de lo que ha pasado eres tú. Si alguien ha hecho sentir mal a Flor, has sido tú. Si alguien ha estado con Cherri esta noche, has sido tú. Por tanto, deja de buscar culpables a tu

alrededor, porque el único que lo ha hecho mal has sido tú.

Mis palabras lo callan. Creo que por fin entiende lo que digo y, quitándose el sombrero, meneaba la cabeza y, en un tono de voz que nada tiene que ver con el de antes, susurra:

—Por favor, necesito que habléis con ella. Necesito que sepa que la quiero y que es la mujer de mi vida...

—Y ¿por qué no le has hecho saber eso en todo este tiempo? —pregunta Madison.

Cold se toca el pelo. No para de moverse y, dando una patada al suelo, sisea:

—Porque soy un idiota, un chulo y un bienqueda con los amigos, y ahora me doy cuenta de mi gran error..., ¡joder!

—Se acabó —dice Andrew tocándose el puño dolorido—. Creo que lo mejor es que todos nos vayamos a descansar. Mañana, frescos y despejados, intentaremos resolver este tema; ¿de acuerdo, Cold?

Su hermano asiente y, al final, dice mientras camina hacia el interior de la casa, acompañado por Lewis:

—Sí. Creo que será lo mejor.

Una vez todos se marchan, Andrew coge mi mano con fuerza y nos dirigimos hacia la cabaña en silencio.

Desde luego, la nochecita no ha acabado con la felicidad que ninguno de nosotros esperaba.

Una vez llegamos a la cabaña y con infinidad de sentimientos encontrados por lo que ha ocurrido, Andrew va a besarme y lo paro.

—No. Hoy no.

—¿Qué te ocurre a ti ahora?

Su pregunta y su tono me tocan la moral.

Pero, vamos a ver, ¿éste se cree que, cada vez que toque las palmas, yo me voy a poner a bailar?

No puedo. Hoy no puedo. Lo ocurrido me ha removido excesivamente por dentro y, sin saber por qué, digo:

—Ocurre que en mi cabeza y mi corazón hay un gran conflicto de sentimientos con respecto a ti.

Bueno..., bueno..., ¡el bombazo que acabo de soltar!

Y, frunciendo el ceño, el hombre que me quita hasta el sueño pregunta sin el menor tacto:

—Pero ¿qué dices?

—Joder..., joder... —murmuro consciente de lo que he dicho.

Andrew da un paso atrás, se aparta de mí. Sin duda ya no quiere nada conmigo y, con gesto acusador, pregunta:

—¿Acaso no quedó claro lo que tú y yo estamos haciendo aquí?

Asiento. Cierro los ojos y camino de un lado a otro con nerviosismo. De nuevo, vuelvo a sentirme una tonta fracasada en lo que al amor se refiere, una tonta que lo da todo a cambio de nada. Cuando vuelvo a abrirlos, digo:

—Me quedó clarísimo, pero... necesito ser sincera y decirte la verdad. Me está gustando más de lo que yo creía ser tu novia, estar aquí contigo, ser parte de tu familia y, aunque mi cabeza me repite una y mil veces que lo que quiero no puede ser porque tú no sientes lo mismo por mí, mi corazón comienza a resentirse.

Ea..., ¡ya lo he soltado!

A pesar de la tía dura y segura que quiero aparentar ser, sigo siendo la misma Enamoracienta de siempre y, sin que él diga nada, ya sé que la he vuelto a cagar.

Ahora es Andrew quien camina de un lado a otro de la cabaña. Lo que acabo de decir lo descabala, no entra en sus planes y, disgustada por ver el desconcierto que mis palabras provocan en él, murmuro:

—Mira, olvida lo que he dicho porque creo que es mejor que dejemos esta conversación aquí.

—Sí. Es mejor.

Y, sin más, sin pensar en mis sentimientos, se mete en su habitación y cierra de un portazo.

Con el corazón dolorido, hago lo mismo. Me tumbo en la cama y, por primera vez desde que llegué a Aguas Frías, lloro por un hombre que, una vez más, me ha roto el corazón.



A la mañana siguiente, cuando me despierto, veo que estoy en mi habitación. A diferencia de otras noches, ni Andrew ha venido a buscarme, ni yo he ido a buscarlo a él.

Creo que mi confesión tras lo ocurrido entre Cold y Flor va a marcar un antes y un después en nuestra extraña relación.

Me revuelvo en la cama. Pero, vamos a ver, ¿cómo soy tan bocazas?

Pienso en Yanira y sé que en un momento así me diría: «Te lo dije. Te dije que esto iba a pasar», y me desespero. Pero ¿por qué no aprendo? ¿Por qué repito una y mil veces y sigo cometiendo el mismo error?

Tras lamentarme durante un buen rato, decido acabar con ello. Me levanto, me ducho, me visto y salgo de la cabaña en busca de Madison.

En el camino, veo a lo lejos a Tom y a Sora, que están hablando con gesto serio. Ellos no me ven, y continúo caminando.

Al entrar en la casa, todo está en silencio. No sé dónde está Ronna, pero lo que sí sé es que, tras lo ocurrido el día anterior entre ella y Sora, su relación no volverá a ser la misma.

De dos en dos, subo la escalera hasta el cuarto de Madison. Llamo a la puerta y ella abre y me saluda con una sonrisa:

—Buenos días.

Mi gesto debe de ser tan atormentado que, cogiéndome de la mano, me hace pasar, cierra la puerta, me sienta en la cama y, antes de que me pregunte qué me ocurre, yo le canto hasta *La traviata*. Le cuento la realidad de la relación con Andrew y, cuando acabo, murmura:

—Lo vuestro parecía tan real que nunca lo habría imaginado.

Lo sé. Sé que lo nuestro parece real. Sé lo mucho que me entrego a él y cómo él me besa y bromea siempre que puede.

—Para que veas lo buenos actores que somos —susurro.

Madison me abraza, yo suspiro y, no dispuesta a seguir hablando del tema y al ver el jaleo de ropa que tiene allí montado, le pregunto:

—¿Puedo ayudarte en algo?

Rápidamente Madison me explica que está guardando sus cosas. Un camión irá al rancho dentro de un par de días para llevárselas a casa de sus padres en Nueva York. Por suerte, no veo un ápice de inseguridad en lo que dice. Lo tiene clarísimo, y me alegro por ella.

Durante horas, ambas seleccionamos las cosas que quiere llevarse y, cuando acabamos, me mira y me dice que quiere ducharse. Salgo de la habitación y bajo hasta la cocina. Ronna sigue sin aparecer y, deseosa de hablar con mi hija, cojo las llaves de una de las camionetas del rancho y dejo una notita diciendo que he ido al pueblo y que tardaré poco en regresar.

Una vez llego a Hudson, aparco, salgo del coche y, al ver que tengo cobertura en el móvil, sonrío.

¡Viva la modernidad!

Rápidamente, llamo a Joaquín, que me pasa con mi niña. Como siempre, la cría es todo amor y sonrisas. Me habla con su media lengua de cientos de cosas y, cuando cuelgo, no puedo parar de sonreír. Estoy deseando verla para comérmela a besos.

A continuación, me siento en la terraza de una cafetería a tomar algo mientras me dedico a consultar mis redes sociales y veo en Facebook las fotos del concierto que colgó Nayeli. ¡Qué felices estamos!

Cuando salgo de mi Facebook, miro los wasaps de mis amigas. Como siempre, hay un centenar, y sonrío al leer las locuras que cuentan. Escribo y les digo que estoy bien y, aunque me muero por hablar con Yanira, es mejor que no lo haga. Me conoce tan bien que estoy segura de que notaría enseguida cómo estoy, y ésa es capaz de presentarse en Aguas Frías y organizar la tercera guerra mundial.

—Hola.

Al levantar la cabeza, me encuentro con Arizona.

Como siempre, la tía está preciosa con su traje de abogada y, mirando una silla vacía, pregunta:

—¿Puedo sentarme contigo?

Asiento. No estoy yo para charlitas pero, lo esté o no, creo que no me libra ni Dios.

Una vez el camarero le pregunta qué quiere y ella pide un café,

comenta:

—Mi prima está destrozada. Anoche, cuando llegó a casa, no paró de llorar hasta que conseguí que se durmiera. ¿Qué pasó?

Como puedo, le relato lo ocurrido y, en cuanto acabo, la pobre murmura:

—Está visto que a ambas nos destrozó el corazón un McCoy.

Oír eso no me hace bien. Ante mí tengo a otra mujer que sufre por el mismo hombre que yo. Pero, mira, no estoy dispuesta a ponerme en su lugar. Bastante tengo ya con estar en el mío.

—¿Ayer bien con Andrew? —pregunto.

El camarero llega de nuevo, deja el café sobre la mesita y, cuando se va, mientras Arizona abre el sobrecito de azúcar y se echa la mitad en el café, responde:

—No lo sé. Hay momentos en los que parece receptivo, pero otros en los que me rehúye. No soy capaz de conectar con él como yo quisiera. Algo le pasa, y no sé qué es.

Suspiro. Sin duda, ese algo soy yo. Le hice prometer que me respetaría, y lo que estoy haciendo es una gran cerdada. A él le pido que me respete y a ella le pido que se lo ligue... Pero ¿me he vuelto loca?

—He estado con él esta mañana —dice entonces.

Oír eso llama mi atención. ¿Cómo que ha estado con él? Pero, sin cambiar el gesto, pregunto:

—¿Dónde os habéis visto?

—Ha venido con Cold al rancho de mis tíos para ver a Flor.

—Y ¿qué ha pasado?

—¿Entre Cold y Flor o entre Andy y yo?

Deseosa de saberlo todo, afirmo:

—Ya que te pones, me gustaría saber de todos.

—Flor y Cold han hablado pero, cuando él se ha marchado, mi prima me ha dicho que todo sigue igual. La boda está anulada. Y, en cuanto a Andy... —baja la voz y murmura—: Hemos salido a dar un paseo mientras mi prima y su hermano hablaban y, sorprendiéndome, me ha besado.

¡Mierda!

De repente, cuando va a seguir contándome lo sucedido, suena su móvil y, tras hablar unos segundos, me mira y dice mientras se levanta:

—Lo siento. Tengo que regresar al despacho con urgencia. Pero me gustaría seguir hablando contigo en otro momento.

Asiento. Sonrío y Arizona se va.

Abatida por todo lo que me ronda por la cabeza, regreso a Aguas Frías y, tras haber aparcado el coche, camino hasta el establo mientras intercambio saludos con varios de los trabajadores del rancho.

En el establo, voy directamente hacia el potrillo al que he bautizado como *Apache* y me apoyo en los tablones para mirarlo y admirarlo. El animal, que ya me conoce, acerca su bonito hocico hasta mí y, feliz, lo acaricio consciente de lo mucho que lo voy a añorar cuando me vaya del rancho.

Pensar en ello me rompe el corazón. Nadie mejor que yo sabe lo que me voy a dejar allí cuando me marche. Me guste o no, he de olvidarme de todas las personas que he conocido y que tanto cariño me han dado.

—No le estarás dando nada de comer, ¿no?

La voz de Sora me saca de mis pensamientos y, al verla a mi lado con su brazo en cabestrillo, sonrío y respondo levantando las manos:

—Por supuesto que no.

Sora llega hasta mí, mira al potrillo y dice:

—¿Has hablado con Flor?

Vaya..., me sorprende que me pregunte por ella y, negando con la cabeza, respondo:

—No. Aunque esta tarde me gustaría ir a su casa con Madison.

La señora asiente. Luego, el silencio se instala entre nosotras hasta que dice:

—Esta mañana, Ronna me ha dicho que se va de Aguas Frías con Nayeli. Al parecer, van a buscar una casa en Hudson para no vivir aquí.

¡Ostras!

Eso no lo sabía y, cuando voy a contestar, la mujer murmura:

—Ya me dirás adónde van a ir esas dos...

Molesta por su falta de tacto al referirse a ellas, afirmo:

—Sin duda, a un lugar donde sean queridas y que consideren su hogar. —Sora me mira, pero prosigo—: Se lo dije el otro día. Le dije que con su actitud iba a terminar sola, y así está ocurriendo.

Observo cómo las comisuras de sus labios se tensan y, volviendo a mostrar su faceta de bruja de oscuro corazón, responde:

—Me da igual. Ellas se lo pierden.

Quiero decirle que no, que está muy equivocada. Que, allí, quien más pierde es ella, pero como no quiero entrar en su juego, afirmo:

—Como siempre, vemos las cosas de distinta forma, pero no voy a discutir con usted.

Sora asiente, no dice nada, y se aleja de mí con paso firme.

Una vez desaparece de mi lado, oigo las voces de unos hombres que se acercan y aparecen Andrew, Cold y Lewis. Rápidamente, mis ojos y los de Andrew se encuentran. Nos miramos. Sé lo que ha ocurrido entre él y Arizona, la sangre se me revoluciona, pero intento mantener la cabeza fría. Es lo mejor.

Cuando los tres llegan frente a mí, a diferencia de los otros días, Andy no se acerca para darme ni pedirme un beso. Se acabaron los mus y, mira, se lo agradezco, pues saber que horas antes sus labios han besado otros no es que me vuelva loca.

Al verme, Cold se apresura a decir:

—Flor no ha querido escucharme. Andrew y yo hemos ido a verla esta mañana a su casa y, a pesar de que su madre y su prima Arizona han intercedido por mí, ella sigue adelante con lo de anular la boda.

—No sé qué decirte, Cold...

—Tenéis que ir tú y Madison a verla. Por favor. Tenéis que hablar con ella para intentar que recapacite. Yo... yo la quiero... Por favor, Coral.

Su mirada desesperada me llega al corazón. Al final, el duro y frío Cold está más enganchado a ella de lo que yo creía.

—De acuerdo —respondo—. Iremos a verla después de comer.

Él asiente. Ve una esperanza en mis palabras, y se aleja con Lewis. Andrew, que se ha quedado parado a mi lado, me mira. Parece que quiere decir algo, pero finalmente murmura:

—Luego te veo.

Y, sin más, se marcha tras sus hermanos y me deja sola en el establo con cara de tonta. Vuelvo a mirar al potrillo. Sus ojitos me dan cierta paz, y apoyo la frente en las maderas.

Diez minutos después, cuando salgo del establo y camino hacia la casa, me encuentro a Nayeli sentada en los escalones de entrada leyendo un libro.

Con una sonrisa, la miro y saludo:

—Hola, enana.

—Tía Coraaaaaal, ¡no empieces tú también!

Sonriendo por su reacción, le revuelvo el pelo.

—Tranquila. Lo he dicho para hacerte rabiar.

La cría sonrío, pero cuando me siento a su lado, dice:

—La abuela Ronna me ha dicho que nos vamos de aquí. Al parecer, ella y Sora han tenido una fuerte discusión esta mañana.

Asiento.

—¿Y tú qué piensas al respecto? —pregunto a continuación.

Nayeli sonrío.

—Pienso que esto es precioso. Aguas Frías es una maravilla de lugar, pero vivir con Sora hace que todo se vuelva oscuro y siniestro. Además, ahora que Madison se va y que los tíos Lewis y Moses también, ¿qué hacemos nosotras aquí?

—Es vuestro hogar.

—No, tía Coral. No es nuestro hogar. Es la casa de Sora, ella bien nos lo recuerda a todos.

Suspiro. Creo que no he de continuar la conversación con la cría, y pregunto:

—¿Sabes dónde está Ronna? No la he visto en toda la mañana.

—Imagino que ha ido a ver a Betsy.

Asiento y, queriendo desviar la conversación, afirmo:

—Lo pasamos bien anoche en el concierto, ¿verdad?

—¡Genial! —exclama ella sonriendo—. Fue alucinante. Mira que me gustaba Luke Bryan, pero ahora ¡lo adoro! —Y, bajando la voz, cuchichea—: Además, aunque no lo creas, ver a Quincy Jr. con esa chica me hizo reafirmarme en que he hecho bien pasando de él. Si él no siente nada por mí, ¿por qué yo voy a seguir creándome fantasías con él?

Sonrío. Lo que acaba de decir debería aplicármelo yo a mí misma.

—Pues sí, cariño —afirmo—. Es lo mejor que has podido hacer. Pasar de él.

Nayeli sonrío. En ese instante vemos aparecer el coche de Ronna y, cuando para, se baja y veo su rostro, me levanto, me acerco a ella y la abrazo.

—Vamos..., vamos... —murmuro—, no puedes estar así.

La mujer se seca las lágrimas con un pañuelo y responde mientras entramos en la casa y caminamos hacia la cocina:

—Lo sé, hija, pero es que estoy tan desconcertada por todo que no puedo dejar de llorar. Madison y Tom se separan y ella se va. Lewis y Moses se marchan. Flor y Cold no se casan y, para remate, esta mañana Sora y yo hemos tenido una tremenda discusión y no me ha quedado más

remedio que decirle que me marchó con Nayeli de aquí y ella ni se ha inmutado. Por suerte, Andy y tú estáis bien, y eso es lo que me hace respirar un poco. Pero, hija, tengo miedo porque no hago más que preguntarme qué más puede pasar ya.

Ay, Diosito, lo que me entra por el cuerpo cuando la oigo hablar.

Sin lugar a dudas, todo, absolutamente todo ha cambiado desde que entré por primera vez por la puerta de Aguas Frías, y ante todo ello poco puedo hacer yo, excepto seguir con mi pantomima de novia y no darle el disgusto del siglo a la pobre mujer.

Durante un buen rato, hablo con ella. Ronna se va tranquilizando poco a poco y, cuando vuelve a hablar de Cold y de Flor, digo:

—Le he prometido a tu hijo que, después de comer, Madison y yo iremos a visitar a Flor. Quizá a nosotras sí quiera escucharnos.

—Rezaré por que así sea y pueda solucionarse algo de toda esta catástrofe.

Entonces, la puerta de la cocina se abre y entra Sora, que, al vernos a las dos, se acerca a Ronna y pregunta:

—¿Sigues manteniendo que te vas de aquí con tu nieta?

—Por supuesto —afirma ella con seguridad.

De nuevo, se enzarzan en otra discusión. Está visto que, cuando la mierda asoma, al final toda sale a flote. Intento calmarlas, pero las mujeres son dos titanes en potencia, hasta que la puerta de la cocina se abre de nuevo y entran Andrew y Lewis.

—Mamá, por favor, ¡basta ya! —pide Lewis mirándola.

Ronna, que ha sacado un genio que me tiene sorprendida, abre la nevera, coge una botella de agua fresca y dice:

—Tranquilos, hijos. Nada de lo que esta mujer me diga me puede afectar ya.

Sora maldice. Andrew la ordena callar y, cuando la abuela se marcha, Ronna mira de pronto mi brazo tatuado y señala:

—Siempre he querido saber qué es lo que dice.

—Es un proverbio indio —explica Andrew.

—¿En serio?—pregunta su madre.

Con una triste y desconcertada sonrisa por todo lo que está ocurriendo, asiento.

—«Escucha el viento que inspira —respondo—. Escucha el silencio que habla y escucha tu corazón, que sabe.»

Según termino de decirlo, Ronna, que está bebiendo agua, deja de hacerlo.

—¿Sora sabe que llevas eso tatuado? —Asiento, y entonces ella añade —: Su madre le decía siempre que nunca debía olvidar ese proverbio. Me lo ha contado cientos de veces.

La miro boquiabierta. El día que le conté lo que decía, Sora no comentó nada, pero ahora ya sé por qué se quedó tan descolocada cuando se lo recité.

Andrew guarda silencio, ni siquiera se acerca a mí y, cuando se va con Lewis, Ronna me mira y pregunta:

—¿Qué os pasa a Andy y a ti?

Sin lugar a dudas, se ha percatado de la frialdad que existe entre nosotros. Pero, como no quiero ampliar el cúmulo de problemas que la mujer tiene en su cabeza y en su corazón, respondo quitándole importancia:

—Una peleílla sin importancia. No te preocupes.

En ese instante, Madison entra por la puerta y Ronna se pone en acción y comenzamos a preparar la comida entre las tres.

Mientras comemos, mi codo y el de Andrew se rozan, pero no dice nada. No me habla. No me mira y, cuando no puedo más, pregunto bajando la voz:

—¿Esta mañana bien con Arizona?

Siento que mi pregunta lo incomoda y, al ver cómo me mira, murmuro:

—Vale..., vale..., olvida lo que he dicho.

Seguimos comiendo sin hablar y, cuando él acaba, se levanta y se va. Yo clavo la mirada en mi plato y pienso en lo ocurrido. Andrew sabe que siento algo por él. No debería haberle dicho nada. Debería haberme callado. ¿Por qué seré tan bocazas?

Cuando ya hemos terminado todos, ayudo a las mujeres a quitar la mesa y, al cruzarme con Sora, digo:

—¿Por qué no me contó que su madre le decía siempre que no debía olvidar el proverbio que llevo tatuado en el brazo? —Ella no responde. No dice nada y, con toda mi mala baba, susurro—: Qué triste debe de ser para ella saber que lo ha olvidado.

Y, sin más, prosigo mi camino hacia la cocina.

Veinte minutos después, Madison y yo subimos al coche de ésta y,

cuando llegamos a casa de Flor, vamos directamente al cobertizo. Entonces, veo que ella abre el maletero y, sacando unas enormes cajas sonríe, me guiña un ojo y murmura:

—Creo que le vendrá bien una última fiesta del divorcio.

No entiendo nada. Estoy segura de que lo último que le apetece a Flor es ponerse un vestido de novia, pero como yo no conozco ni las costumbres ni las locuras que se hacen en Wyoming, me encojo de hombros y la sigo.

Flor, que ha visto llegar el coche, sale a nuestro encuentro y se emociona. Su madre nos mira desde el porche de la casa y nos saluda con la mano. Nosotras la saludamos también y, cuando Flor llega hasta nosotras, exclama:

—Qué alegría que hayáis venido.

Tras abrazarnos y decirnos que está bien, las tres entramos en el cobertizo. Rápidamente, Madison abre el armario donde tiene los vestidos de novia y, comenzando a montar las cajas de cartón que lleva, dice:

—Celebraremos nuestra última fiesta del divorcio y, después, guardaremos todos los vestidos en estas cajas. El camión de la mudanza pasará a recogerlas.

Flor asiente y, volviendo a sorprenderme, grita:

—¡Disfrutemos de nuestra última fiesta del divorcio!

Me entra la risa. Cuanto más conozco a esas dos, ¡más me gustan!

No entiendo nada. Estas chicas son más raras que un perro verde, pero yo, que no quiero ser menos, voy a coger un vestido del armario cuando Madison, dice:

—Aquí está el tuyo. Quizá hoy te quede mejor.

Sorprendida, miro el vestido de novia del que siempre he estado enamorada. Sigue sucio y feo, pero aun así lo encuentro tan bonito..., tan precioso..., tan encantador... que, sin dudarlo, comienzo a desnudarme para probármelo.

Los arreglos que le ha hecho Madison son increíbles.

—Pero ¿cómo sabías mis medidas? —pregunto.

Entre risas, la rubia me guiña un ojo.

—Te hice el vestido de dama de honor. ¿Cómo iba a fallar?

Encantada, me miro al espejo y sólo puedo murmurar:

—Me encanta..., me encanta..., me encanta.

Durante un buen rato, las tres charlamos, cotilleamos y ponemos de

todos los colores a Pocahontas. Sin duda, es nuestro tema principal de desahogo. Mientras hablamos, Madison me entrega una liga azul y blanca.

—En cada fiesta se suman complementos.

Sin dudarle, me pongo la liga y, tras recogerme el pelo en un moño despeinado, cojo un velo y clavo la peineta en él. Entonces, cuando ya me siento como una verdadera novia, grito:

—¡Viva la fiesta del divorcio!

Vestidas de novia y como algo surrealista, salimos del cobertizo y vamos a dar un paseo por el campo.

Durante un rato, y conscientes de que nadie puede vernos de esa guisa, caminamos con tranquilidad mientras charlamos y disfrutamos del precioso paisaje. Yo les hablo de Los Ángeles, de mis amigas, del bareto del novio de la abuela de Yanira y de los destornilladores tan ricos que allí preparan. De inmediato, ellas prometen que irán a visitarme para probarlos, y yo acepto encantada.

Madison habla de cómo será su vida en Nueva York, de los proyectos que quiere intentar cumplir, y Flor no dice nada. Se dedica a escucharnos hasta que, cansadas, regresamos al cobertizo.

Flor abre entonces una pequeña nevera azul y, mirándonos, pregunta:

—¿Quién quiere una cervecita?

Tras la primera cerveza, cae la segunda y, después, la tercera.

Hablamos de hombres y los ponemos a caer de un burro. Ninguna de las tres está pasando por su mejor momento.

—Hazme caso, Madison —digo entonces—, la próxima vez quédate con el tío que te haga sentir mariposas en el clítoris, porque lo del estómago ¡es hambre!

Las tres reímos por mi ocurrencia y retomamos el tema de la boda de Flor, pero ésta se niega a dar marcha atrás, a pesar de todo lo que Madison y yo le decimos.

—Entonces, definitivamente, ¿no hay boda? —concluyo.

Sus ojitos vidriosos amenazan con abrir las compuertas y, asintiendo, afirma:

—Esta mañana he llamado al servicio de catering para anular el pedido. Por suerte, la penalización es pequeña y podré pagarla yo sola. No quiero que, encima, Cold tenga que hacerse cargo.

—Pero, Flor —insiste Madison—, tú lo quieres. ¿Por qué de pronto esa cabezonería?

—Porque Coral tiene razón: ¿y si yo no soy la mujer de su vida? ¿Y si él debería casarse con otra pero, como me tiene a mí, no lo sabe?

—¡¿Qué?! —pregunto incrédula.

Ay, madre..., ay, madre... ¿A que al final va a ser cierto que yo tengo la culpa?

—Tú aseguras que el amor de Andy es mi prima Arizona y luchas por saber la verdad —replica ella—. Y, por el amor que le tienes a Andy, simplemente quieres que él sea feliz. ¿Acaso yo no puedo querer lo mismo para Cold?

Con la mirada, Madison me dice que le cuente la verdad, pero no puedo. No puedo contar eso que tanto me avergüenza y que ha hecho que Flor anule su boda.

Entonces, protesto. Intento hacerle entender que mi caso y el suyo no son el mismo, pero Flor no quiere escucharme. Se agarra a lo que dije, y poco puedo hacer yo.

Sin desvelar lo que sabe, Madison intenta echarme una mano. No para de hablar, hasta que Flor, desesperada, exclama:

—¡Por el amor de Dios, chicas, pero si incluso el techo del local se hundió! ¿No veis que hasta el cielo está en contra de esa boda?

Ay, Dios..., ay, Dios...

Esto es surrealista y, sin poder evitarlo, me entran ganas de reír.

Subida a la tinaja que hay junto a la puerta del cobertizo, la miro y digo:

—Vamos a ver, Flor. El techo del local no es el cielo; además, estaba para caerse, y no me digas que no te habías dado cuenta. Lo que no sé es cómo no se había caído antes.

—Vale. Tienes razón —afirma ella—. Pero me ha pasado a mí, no a otra novia, y...

En ese instante se oye el frenazo de un coche fuera del cobertizo y, segundos después, unas puertas que se cierran. Flor nos mira extrañada y, cuando atisbo por la puerta abierta, siento que me da un patatús.

A pocos metros de nosotras están Andrew y Cold, que nos miran alucinados a las tres. Sin duda deben de pensar que nos hemos vuelto locas al vernos vestidas de esa guisa.

¡Ay, Diossssssss, no sé dónde meterme!

—¿Qué quieres, Cold McCoy? —pregunta Flor al ver que se acercan a nosotras.

Sin detenerse a pesar de su cara de desconcierto, Cold va hasta ella, le entrega un ramo de flores y dice:

—Yo... venía a ver cómo estabas. Pero, caray..., estás preciosa.

Flor, a la que le ha cambiado la cara, coge las flores y, sin mirarlas, se las entrega a Madison.

—Te agradezco el detalle —dice—, pero, por favor, no quiero verte. Ya te lo he dicho esta mañana.

Dicho esto, da media vuelta y entra de nuevo en el cobertizo. Cold me mira, mira a Madison, y entonces ésta cuchichea:

—Vamos, entra, ve tras ella. Sé galante.

Cold no pierde el tiempo y, entrando, dice:

—Pero, nena..., escúchame.

Madison va tras ellos y yo me quedo como una tonta sentada sobre la tinaja.

Me siento incómoda. La mirada de Andrew me disgusta. No debería haberme encontrado así. Pero ¿qué hago vestida de novia? El tiempo parece detenerse hasta que, por fin, él se mueve y pregunta:

—¿Ese vestido a qué se debe?

Ay, madre..., ay, madre, que no sé ni qué decir...

Pero, con la mejor de mis sonrisas, contesto al ver que espera una respuesta:

—¡Fiesta del divorcio! ¡Chupi!

Me mira. No se mueve. No sé qué pensará de mí. El silencio entre él y yo es incómodo, hasta que no puedo más y cuchicheo para que nadie me oiga:

—Vale. La he cagado al revelarte mis sentimientos. Pero... pero yo soy así. Soy excesiva, impulsiva, romántica hasta decir basta, y clara y concisa cuando necesito decir algo. Me gustas. Me agrada la sensación de ser tu novia, de besarte, de acostarme contigo. Pero, visto que a ti te incomoda lo que a mí me agrada, sólo puedo decirte que tranquilo. Apenas quedan cuatro días para que este teatrillo se acabe, y que conste que, si no lo he acabado hoy mismo, ha sido por tu madre y por Flor. Por Flor, porque voy a poner todo mi empeño en conseguir que se case con Cold porque lo adora, y por tu madre, porque creo que la pobre ya tiene bastante con lo que tiene como para darle otro disgusto más.

—Te dije que no te enamorarás de mí.

—Lo sé —protesto—. Lo sé..., pero, tranquilo, cuando nos vayamos

de aquí, volveré a mi vida y me olvidaré de ti.

Menuda mentira acabo de soltar. Conociéndome como me conozco, cuando me vaya de aquí, lloraré por las esquinas y escucharé música country hasta que mis amigas me den cuatro guantadas con la mano abierta y vuelva a ser la loca Coral que pasa de todo y se pone el mundo por montera.

Andrew me mira. No abre la boca. Sin duda no sabe qué decir ante lo que acabo de confesarle de nuevo.

Entonces, desde la puerta, veo que de pronto Flor empuja a Cold y grita mientras Madison intenta separarlos:

—¡Vete. No quiero verte!

—Cariño, por favor..., recapacita.

—He dicho que no me voy a casar contigo, ¡asúmelo! Búscate otra novia como yo me buscaré otro novio y...

—Flor, pero ¿qué estás diciendo?! —grita Cold.

—Digo lo que pienso, y ahora, por favor, márchate de mis tierras.

Cold maldice. Se caga en todo lo cagable, pero finalmente da media vuelta y camina hacia el coche. Al ver a su hermano, Andrew reacciona y dice tocándose el sombrero vaquero:

—He de acompañarlo.

Una vez se marchan, Flor se desmorona y, hecha un mar de lágrimas, se deja caer sobre una destartada silla, donde no para de llorar durante horas.

Cuando ha anochecido y Flor vuelve a ser persona, Madison y yo regresamos al rancho, aunque antes nos despojamos de los vestidos de novia, que metemos en las cajas. En silencio, hacemos el camino y, cuando llegamos, digo:

—Voy un momento a la cabaña.

—De acuerdo. Yo también subiré a mi habitación a asearme un poco antes de bajar a la cocina para ayudar a Ronna —dice ella caminando hacia la casa.

Sin muchas ganas de cenar, puesto que tengo el estómago cerrado por el estado de nervios que llevo, entro en la cabaña. Allí, me siento en una silla y, durante diez minutos, miro al suelo. Soy una mujer madura. Soy autosuficiente. Y soy capaz de estar al lado de Andrew y disimular por Ronna.

He de superar la situación. He de hacerle saber a Andrew que no me

he vuelto loca y que no le daré la tabarra una vez salgamos del rancho.

Cuando me he convencido de que puedo hacerlo, me levanto, salgo de la cabaña y me encamino hacia la casa. Al entrar en la cocina, miro a Ronna, que, como siempre, está entregada a los fogones.

—¿En qué puedo ayudar? —le pregunto.

Ella retira del fuego unas verduras salteadas y, limpiándose las manos con un trapo, viene hacia mí y suelta:

—¿Qué os ocurre a Andy y a ti?

—Ya te lo dije. Una simple discusión.

Ronna menea la cabeza. Piensa en lo que le he dicho y, finalmente, replica:

—No sé qué os habrá pasado, pero conozco a mi hijo y sé lo susceptible que es para algunas cosas, y hoy tiene el día muy tonto. Sin duda, vuestra discusión lo ha alterado.

Sora entra entonces en la cocina.

—Me dijiste que te gustaba leer, ¿verdad? —me dice.

—Sí.

Me alucina su repentina amabilidad para conmigo; entonces me ofrece:

—Pues, anda, ve al salón verde que hay a la derecha y mira todos los libros que tenemos.

—Gracias, pero he de ayudar aquí.

Tan sorprendida como yo, Ronna mira a su suegra cuando ésta insiste:

—¡Vamos, ve! Quiero hablar con Ronna.

Sin rechistar, hago ahora lo que me pide, aunque antes de salir les digo a las dos con la mirada que no quiero gritos y quiero tranquilidad. Ellas asienten. Me entienden sin hablar.

Sin muchas ganas, llego hasta el salón verde. Allí, hay una enorme librería de pared a pared y, rápidamente, me acerco a ella para cotillear.

Con curiosidad, observo que hay un poco de todo, y me paro a mirar las colecciones de novela romántica. Sonrío. Yo tengo esas mismas colecciones en español en mi casa.

De pronto, mis ojos divisan un equipo de música con tocadiscos. Junto a él, veo muchos discos de vinilo y los comienzo a cotillear. Allí, hay discos muy antiguos: Johnny Cash, Billie Holiday, Elvis Presley, Jerry Lee Lewis, The Carter Family, Patsy Cline, Loretta Lynn... Y, de pronto,

veo uno que me hace sonreír. Entre todos esos discos y *singles*, hay uno de mi querida Rocío Dúrcal y, al comprobar que es el de *La gata bajo la lluvia*,^[24] murmuro:

—No me lo puedo creer. ¿Qué haces tú en Aguas Frías?

—¿Conoces ese disco?

Al volverme, veo que Andrew está sentado en un butacón, leyendo, y rápidamente pienso que Sora me ha enviado aquí porque sabía que estaba él.

Tengo dos opciones: o darme la vuelta y marcharme o intentar normalizar la situación. Me decido por la segunda y, sonriendo, le enseño el *single* que tengo en las manos y digo:

—Por favor, ¡es la gran Rocío Dúrcal! ¿Cómo no voy a conocerla?

Andrew deja el libro que estaba leyendo, se levanta y, acercándose a mí, mira el disco.

—A mi padre le gustaba mucho. Aún recuerdo que trajo ese disco de un viaje que hizo a México para comprar unos caballos.

Con cariño, miro el viejo *single* y afirmo:

—Rocío Dúrcal era española, aunque, bueno, en México la querían mucho, y reconozco que cantaba las rancheras como nadie.

Entonces, tras cogerme el disco de las manos, veo que Andrew enciende el equipo de música y, sonriéndome, pregunta:

—¿Te apetece escucharlo?

Dios, no..., no..., no...

Quiero decirle que no. No quiero que esa canción que tanto me gusta pase a ser un recuerdo más con él pero, al ver su mirada, asiento.

Segundos después, cuando coloca el disco y comienzan a sonar los primeros acordes de la magnífica canción, Andrew me mira y pregunta:

—¿Bailas conmigo?

No..., no..., eso no.

Pero acepto.

Dejo que me rodee la cintura con sus brazos y, al mirarnos, siento que la tensión que hay entre nosotros se acrecienta aún más. Como no quiero mirarlo a los ojos, apoyo la frente en su hombro, y entonces oigo que dice:

—Siento haberme enfadado contigo, pero me descolocaste con tus palabras.

Lo miro. Sus disculpas me gustan.

—Vale.

—No. No vale.

Sonrío. No quiero que sigamos con ese incómodo tema.

—Ya está, Caramelito..., disculpas aceptadas.

En silencio, nos movemos durante unos segundos al ritmo de la lenta y pausada canción, cuando de pronto añade:

—A mí me sucede lo mismo que a ti.

Ay, Dios, ¿qué ha dicho?

Y, al ver mi cara de alucine total, murmura:

—He de confesarte que la sensación de que seas mi novia, de amanecer contigo en la cama y de besarte, entre otras cosas, me gusta, y me gusta mucho. Y cuando lo dijiste anoche, yo...

—Dios mío —lo corto—. ¿Qué estamos haciendo?

Andrew sonrío, pone un dedo en mis labios y murmura:

—De momento, bailar.

Madre mía..., madre mía, ¡esto ya clama al cielo!

Creo que hemos perdido el rumbo los dos.

Creo que la situación se nos ha ido totalmente de las manos.

—Estabas preciosa con ese vestido de novia —dice él a continuación.

—Estaba ridícula. No mientas.

Andrew sonrío entonces de esa manera que me pone cardíaca.

—Estabas encantadora. Eras la novia perfecta.

Bueno..., bueno, ¡lo que me ha dicho!

Creo que me voy a desmayar de un momento a otro.

¡Joder, que el hombre que me gusta me ha dicho algo alucinante!

—¿Puedo pedirte un favor? —pregunta entonces.

—Claro, dime.

Mientras Rocío sigue cantando eso de «la vida es así», mi vaquero dice:

—Cuéntame qué dice la canción. Ya sabes que no sé español, y me gustaría saber si la letra es tan bonita como la melodía.

Sonrío. Ay, Dios, qué nerviosa estoy. Podría inventarme la letra como hice con la de Luis Miguel, pero, sin ganas de mentir en un momento tan raro a la par que mágico, respondo:

—La canción habla del amor imposible de una mujer que se autodenomina como una gata bajo la lluvia. Cuenta una historia que comenzó por casualidad pero que, a pesar de lo bonita y especial que fue,

nunca pudo ni podrá ser.

—Vaya... —murmura, y siento su aliento aterciopelado.

—En... en la canción, ella le habla de lo mucho que lo quiere y cuánto lo va a añorar cuando se separen, pero también, a pesar del dolor que siente por su separación, le dice que, aun en la distancia, le desea que la vida le vaya bien.

Andrew me mira. ¡Dios, cómo me mira!

Y yo siento unas irrefrenables ganas de besarlo, pero entonces dice:

—Vaya, nunca imaginé una letra tan triste.

¿Triste? ¡¿Triste?!

Lo triste es sentirse identificada con la canción, pero respondo:

—Sí, pero también es muy bonita.

—Tan bonita como tú.

El vello de todo el cuerpo se me eriza.

Pero ¿qué está ocurriendo aquí?

Lo miro confundida.

Miro su boca, su inquietante, tentadora y dulce boca, mientras la canción me posee más y más y lo oigo decir en un tono ronco a escasos centímetros de mi boca:

—Oye, morena, ¿tú qué miras?

Dios mío..., Dios mío... La frasecita lapidaria, que sabe muy bien que me pone cardíaca, me deja sin tener ni idea de qué contestar.

Mi excitación sube por segundos, pero me contengo hasta que murmura:

—Te voy a besar, si me lo permites.

Se lo permito, ¡claro que se lo permito!

Y, acercando mi boca a la suya, dejo que me bese con pasión, mientras continuamos bailando lentamente al compás de la música y nuestras bocas se encuentran una y otra vez con mimo y posesión.

La cabeza me da vueltas y, asustada por el torrente de emociones que siento, como puedo, me separo de él y susurro:

—Andrew, creo que deberíamos...

Pero no puedo continuar. Vuelve a tomar mi boca con urgencia. Su respiración se acelera tanto como la mía y, cuando el beso se acaba y nos miramos con ganas de desnudarnos sin que nos importe dónde estamos, dice:

—Hay algo en ti que me vuelve loco como nunca me ha pasado y...

—¡Ay, Dios mío! Cuántos años llevaba sin oír esta canción...

Al oír la voz de Ronna, Andrew deja de hablar y ambos la miramos. Está temblando como una hoja y, llevándose las manos a la cara, se echa a llorar.

Él me suelta rápidamente y se encamina hacia su madre. La sienta en el butacón donde momentos antes estaba él y, cuando yo me acerco, él pregunta:

—Mamá. Mamá, ¿estás bien?

Ronna me mira, después mira a su hijo y, limpiándose las lágrimas, asiente.

—No te imaginas lo feliz que me ha hecho oír esa canción y veros a vosotros bailándola como la bailamos cientos de veces tu padre y yo. Ay, Andy..., no te imaginas lo dichosa que me estás haciendo. Y tú, Coral, eres una bendición para mi hijo, con todo lo que nos está cayendo encima. Estoy tan... tan contenta de ver cómo os queréis, que creo que voy a explotar de felicidad.

Creo que, al oír eso, ambos regresamos a la realidad.

Pero ¿qué le estamos haciendo a esa pobre mujer?

En ese instante veo a Sora, que nos mira desde la puerta. No dice nada, y yo no despego mis labios. Andrew, que está a mi lado, tampoco sabe qué decir. Entonces, para cortar ese momento tan incómodo para nosotros pero tan emotivo para Ronna, señalo:

—Caramelito, creo que es mejor que vayamos a cenar.

Andy asiente. En sus ojos veo el desconcierto y, tras agarrar a Ronna del brazo, la levanto y digo:

—Venga, vayamos a cenar antes de que los demás se lo coman todo.

Eso hace sonreír a la mujer, que sale conmigo del salón verde, mientras Andrew nos sigue y estoy segura de que se siente tan desconcertado como yo.



Después de una noche en la que me he levantado cientos de veces de mi cama dispuesta a meterme en la de Andrew, cuando amanece y salgo de la habitación en camiseta y pantalón corto, me lo encuentro sentado frente a la mesita tomando un café.

Nuestras miradas se encuentran, le sonrío, y él dice:

—Buenos días, morena.

—Buenos días, vaquero.

Sin más, entro directamente en el baño, donde me lavo los dientes y me peino.

Cuando salgo, Andrew sigue sentado a la mesa. Sin hablar, me sirvo una taza de café, meto dos rebanadas de pan en la tostadora y, en cuanto lo tengo todo preparado, me siento yo también a desayunar.

El silencio que hay entre los dos es incómodo. Ninguno habla, hasta que suelto:

—Muy bien. ¿Qué ocurre ahora?

Andrew clava sus inquietantes ojos en mí y dice:

—Tenemos que hablar. ¿Tú no tienes nada que contarme?

Ay..., ay, ¿sabrá lo que le pedí a Arizona? ¿O se habrá enterado de que Madison conoce nuestra realidad?

Lo miro a la espera de que me dé una pista cuando suelta a bocajarro y sin anestesia:

—Cada día que paso a tu lado es un día especial. Me enfadé contigo por lo que me confesaste aunque yo me siento igual que tú, y no busco pareja y creo que tú tampoco, ¿verdad?

Ay, madre..., ¡ay, madre!

¿Y qué digo yo ahora?

Rápidamente, mi mente intenta buscar opciones para responder como

hace mi amiga Yanira. Plan A: le digo que en realidad no me gusta tanto. Plan B: le digo que me tiene loca. Plan... Plan... Dios, ¡no me sale ningún plan más!

¡Qué básica soy!

Sus ojos me piden que responda y, finalmente, pero sin mucha efusividad, respondo tras darle un mordisco a mi tostada:

—Vamos a ver, reconozco que...

—¿Te atraigo tanto como tú me atraes a mí, sí o no? —me corta.

¡Ostras, qué directo es!

Como una autómatas, asiento sabiendo que debería negarlo y, finalmente, digo:

—Sí.

Nos miramos. Espero que me dé un besote de esos de enamorados que siempre veo que se dan en las películas ante una revelación así, pero, en cambio, coge una de mis tostadas, le da un mordisco y añade:

—Pues entonces tenemos un gran problema.

Lo miro boquiabierto.

Pero ¿éste de qué va?

¿Se ha propuesto volverme más loca de lo que estoy?

Estoy pensando en soltarle un gran borderío cuando digo:

—¿Quieres que me vaya?

—No. Por supuesto que no quiero que te vayas.

Dios..., estoy totalmente bloqueada. No sé qué quiere ni por qué está diciendo todo eso.

—A ver..., a ver... —replico—. No entiendo nada. Te enfadas cuando te digo que me gustas, luego me dices que sientes lo mismo que yo y... Por Dios, ¿puedes explicarme qué quieres?

Andrew me mira. Sin lugar a dudas, éste ha comido setas alucinógenas para desayunar.

—Estoy confundido —responde finalmente.

—Pues ya somos dos.

Mi Caramelito asiente. Soy incapaz de leer lo que su cara dice, cuando de pronto suelta:

—Tú y yo nunca hemos tenido una cita. ¿Quieres tenerla hoy conmigo?

Oigo a mi corazón, que grita: «Sí..., sí..., sí...».

Oigo a mi cabeza, que advierte: «No..., no..., no...».

El viento y el silencio ¡no los oigo!

Pero, tirando de la poca cordura que me queda, murmuro:

—No te equivoques, vaquero. No estoy dispuesta a abrirte mi corazón para que me lo destroces. Yo no soy un témpano de hielo como tú y tengo sentimientos.

—¿Me ves como un témpano de hielo?

Su pregunta y su cara de sorpresa me hacen sonreír.

—Sí. Eres un témpano de hielo en lo referente a las relaciones personales, como lo sois todos los hermanos McCoy.

Su ceño se frunce. No le gusta lo que oye, y protesta:

—Que yo sepa, tú tampoco te enamoras del primero con el que te acuestas.

—¡Pues claro que no!

—¿Lo ves? Hay que mantener la cabeza fría.

Su desapego ante lo que hablamos me subleva.

—Mira, admito que me acuesto con hombres por puro placer, pero no juego con sus sentimientos —replico.

—Yo tampoco. Y, antes de que continúes, recuerda lo que te dije la primera vez que me acosté contigo.

Asiento. Recuerdo que me dijo claramente que él no repetiría conmigo porque sólo era sexo. ¿Cómo olvidarlo? Y, mirándolo, insisto mientras me levanto:

—Lo recuerdo. Claro que lo recuerdo, pero no es buena idea tener una cita.

—¿Por qué no?

Lo mato... Estoy por coger la taza con café que hay sobre la mesa y estampársela en la cabeza.

—A ver cómo te lo explico —prosigo mientras siento que me mareo—. A mí me encanta el chocolate, pero sé que, si lo tomo en exceso, me cansaré de él, por lo que procuro racionarlo para comerlo sólo cuando me apetezca mucho..., mucho..., mucho.

—Vaya..., nunca me habían comparado con el chocolate —se mofa.

Miro la taza. Ésta acaba en su cabeza sí o sí.

—Andrew...

Él se levanta y da un paso hacia mí. Yo doy un paso hacia atrás, e insisto:

—Escucha..., escucha... Piénsalo mejor.

—Está pensado, morena. Sólo falta que tú aceptes mi cita.

¡Mi madre!

Mi mayor tentación me está pidiendo lo que siempre he deseado. ¡Una cita con él en plan pareja pero pareja!

¿Qué he de hacer? ¿Debo aceptar? ¿Debo rechazarlo? ¿Qué hago?

—Creo que estás confundido por todo lo que está pasando.

—Tú me confundes.

—Ves a tu madre feliz y te gusta la sensación. Pero, créeme, si trajeras a otra mujer y te comportaras con ella como lo haces conmigo, a ella le gustaría también, ¿no te parece?

Mi vaquero da otro paso hacia mí. Yo doy otro paso atrás.

—Pero aquí estás tú. ¿Por qué traer a otra?

Vuelve a acercarse. Yo, a alejarme.

De pronto, su determinación me asusta. ¿Voy a ser capaz de rechazarlo? Y, sin permitir que me toque o sé que estaré perdida, respondo:

—Yo... yo, cuando tengo una pareja, lo quiero todo de él. Soy egoísta, ¡tremendamente egoísta y posesiva! Porque lo doy todo de mí y exijo lo mismo.

—Yo soy igual. O todo o nada. Nos parecemos más de lo que crees.

Ay, Diosito... El miedo crece y crece dentro de mí.

—Andrew, sientes algo por Arizona.

—Contigo aquí, creo que puedo contener ese sentimiento.

Oír eso hace que abra la boca.

—Anda, mi madre, ¡ni que yo fuera un cortafuegos!

Sonríe.

—¿Qué tal si, como dice tu tatuaje, escuchas el viento, el silencio y a tu corazón?

Uf..., uf...

La sensación que noto en mi interior es rara. Quiero y no quiero. Pero, cuando pasa la mano por mi cintura, todas mis fuerzas se desintegran. No sé qué tiene este hombre que consigue que mi desvergüenza se aplaque, y más cuando pasea la boca por mi frente y mis mejillas mientras dice:

—Me gustas y me diviertes como llevaba años sin divertirme una mujer.

—No soy ningún mono de feria para divertirme —murmuro cerrando

los ojos.

Aunque no lo veo, siento que sonrío; me levanta la barbilla con sus dedos y hace que lo mire.

—Me gusta tenerte cerca, y me encanta saber que vas a salir por esa puerta con cara de sueño cada mañana y lo primero que vas a hacer es sonreír.

Ay, madre..., ay, madre, ¡qué cosas me está diciendo!

Pero, sin querer creer que algo así me pueda estar ocurriendo a mí, insisto:

—Pero Arizona...

No se separa un centímetro y murmura:

—Ahora estás tú.

—Andrew... —Y, con toda mi fuerza, lo empujo para alejarlo de mí y suelto—: Hace poco confesaste que sentías algo por ella. Incluso la has besado.

Él cierra los ojos. Es consciente de que tengo razón, de que digo la verdad, y afirma:

—Sé lo que te dije y sé lo que siento. Pero me he levantado mil veces esta noche dispuesto a arrastrarte a mi cama. No puedo apartarte de mi cabeza y sólo pienso en ti, no en Arizona.

Y, antes de que le suelte una fresca, ancla las manos en mi cintura y, mirándome a los ojos, dice:

—Quiero besarte y quiero que me beses. Después quiero desnudarte para hacerte el amor como llevo deseando toda la noche. ¿Tú no me deseas a mí?

Lo miro..., siento que mi corazón da palmas y que yo voy a comenzar a bailar sin poder remediarlo. Maldigo. Me voy a dar un batacazo considerable por abrirle mi corazón, pero lo deseo, lo deseo con todas mis fuerzas y, olvidándome del razonamiento lógico de una mujer de mi edad, me dejo llevar por el momento y lo beso. Lo devoro. Me pego a él con anhelo y deseo y, cuando quiero darme cuenta, estamos desnudos y me lleva a su cama.

Allí, me suelta y nos hacemos el amor con locura, pasión y desesperación. Somos buenos en eso. Él disfruta. Yo disfruto. Sólo hay que ver nuestros gestos cuando nos tocamos, cuando nos poseemos, cuando nos besamos, para saber que todo lo que hacemos nos agrada y queremos más y más.

Media hora después, ambos estamos mirando al cielo a través de la ventana del techo con las respiraciones entrecortadas y Andrew pregunta:

—¿Tendrás esa cita conmigo?

Feliz y encantada por lo que acabo de hacer con él y que tanto necesitaba, asiento:

—Sí. Aunque creo que estamos locos..., verdaderamente locos.

Andrew sonrío.

—Dicen que la locura es buena amiga de la pasión.

Asiento. Sin duda lo que dice es verdad y, mirándolo, murmuro:

—Pues entonces, disfrutemos de ambas.

Tres horas después, cuando conseguimos salir de la cabaña y dejar de besarnos como críos de quince años, me propone comenzar nuestra cita visitando los alrededores de Hudson. Acepto encantada.

Nos dirigimos hacia la camioneta y, en cuanto llegamos a ella, Nayeli, que va acompañada de Madison, corre hasta nosotros y dice:

—Coral, ¿puedo hablar contigo un segundo?

—¿Qué pasa, enana? —pregunta Andrew.

La cría lo mira. Pone mal gesto y él sonrío.

Me gusta ver el amor que siente por esa jovencita, hay algo en el modo en que la mira que me encanta.

Le guiño un ojo y replico:

—No seas cotilla, Caramelito, son cosas de chicas.

Mi vaquero sonrío, me da un beso en los labios y dice:

—No tardes.

Atontadita por todo, sonrío, agarro a la joven del brazo y, separándonos de él, le pregunto:

—¿Qué pasa ahora?

Una vez estamos lo suficientemente alejadas de Andrew, Madison se acerca a nosotras.

—Al parecer —explica—, anoche Flor salió con unos amigos por Lander y Cold se ha enterado.

—Y ¿qué pasa?

Madison baja la voz y cuchichea:

—Que los celos lo consumen, y Moses ha tenido que llevárselo a pescar para ver si lo tranquiliza. Creo que deberíamos hablar con ella de nuevo.

Lo pienso. Sí, supongo que será lo más sensato.

—La conozco —insiste Madison—, y sé que está coladita por Cold. Te aseguro que quiere casarse con él a pesar del arranque de furia que ha tenido, y sé que, si no lo hace, será una desgraciada el resto de su vida.

Asiento.

—Vale —digo—, pero aunque la convenzamos para que siga adelante con la boda, sólo quedan cuatro días para el gran día, y no hay local donde celebrarla, ni mesas, ni comida, ni iglesia, ni nada de nada.

—El párroco sigue reservando la cita por si dan marcha atrás —afirma Madison.

—Vale, eso está solucionado, pero no hay dónde celebrarlo, y ya oíste lo que ella deseaba: una boda bonita en un lugar encantador y lleno de luz, con un vestido de ensueño y un novio que estuviera locamente enamorado de ella.

—El novio lo tenemos, y el vestido de novia también —afirma Nayeli.

—Si hablas del vestido de novia de Sora, ¡olvídalo!

Madison y Nayeli sonrían, y la primera afirma:

—Olvídate de esa antigualla. Flor tiene su vestido. Lo arreglé.

—Ay, pero qué rica eres, por Dios. —Sonrío al enterarme de eso.

Durante varios minutos, las tres hablamos acerca de cómo proceder. No queremos atosigar a Flor. Lo mejor sería que ella sola tomase la decisión.

—¿Es cierto que mañana es tu cumpleaños? —pregunta Nayeli. Asiento, y ella cuchichea—: Pues damos una fiestecita, invitamos a Flor e intentamos que el tío la reconquiste.

—¿Reconquistarla ese burro?—se mofa Madison.

—Pues habrá que hablar con el tío Cold y darle unas clases de conquista. ¿Qué os parece?

Madison y yo nos miramos. Parece buena idea, y murmuro divertida:

—Si con dieciséis años ya piensas así, ¡miedo me da cuando cumplas más!

Las tres nos reímos y, una vez me separo de ellas y llego hasta la camioneta de Andrew, éste me pregunta:

—¿De qué hablabas con mi sobrina y con Madison?

Encantada por la buena idea que se le ha ocurrido a Nayeli, sonrío y murmuro arrugando el entrecejo:

—Caramelito, ya te he dicho que son cosas de chicas.

Cinco minutos después, en la carretera, mientras él conduce y escuchamos música country en la camioneta, soy consciente de que estamos teniendo una cita. ¡Una cita!

Estoy sumida en mis pensamientos cuando me fijo en un cartel en el que dice ARAPAHOE. Encantada por conocer cosas nuevas, veo que Andrew se desvía por una carretera, hasta que llegamos a un enorme edificio y, después de parar, me explica que ése fue su instituto y, entre beso y beso, reímos por cosas que me cuenta de su adolescencia.

Una vez salimos de nuevo a la carretera principal, leo un cartel en el que pone RIVERTON. Cuando llegamos y aparcamos el vehículo, Andrew coge mi mano con fuerza y yo se la doy encantada para comenzar a caminar mientras me enseña la ciudad.

Esto es precioso. Entramos en un centro comercial. Durante un buen rato miramos los escaparates de los comercios, y yo disfruto; ¡mira que me gusta ir de tiendas!

Compro un par de cositas para Candela. Estoy segura de que le encantarán, y me quedo maravillada al ver unas increíbles botas camperas marrones con respuntes más claros en forma de dibujos. Aun así, no me las compro; creo que son excesivamente caras.

Cuando salimos del centro comercial, Andrew me pide un momento para hacer una llamada. Sin prestarle atención, miro unos escaparates y él regresa a mi lado segundos después. A la hora de la comida, entramos en un bonito restaurante y, con galantería, me retira la silla para que me siente. Al ver cómo lo miro, sonrío y dice:

—Quiero que conozcas al Andrew que nunca permito conocer.

Uf, madre, ¡lo que me entra por el cuerpo!

Pero ¿de verdad está ocurriendo esto?

La comida es genial, la compañía insuperable, y simplemente me dejo mimar.

Hablamos de mil cosas, entre ellas, de nosotros, y vuelvo a sorprenderme al ser consciente de que él quiere dar una oportunidad a lo nuestro, aunque le suelto un pescozón cuando veo que gira la cabeza para mirar a una pelirroja que pasa por nuestro lado. Andrew sonrío, y yo matizo:

—Te lo dije: conmigo, o todo o nada.

Vuelve a sonreír.

Una vez acabada la sobremesa, salimos del restaurante y volvemos a

la camioneta. De regreso al rancho, Andrew se dirige al lugar llamado la arboleda. Allí, aparca y, como si fuéramos dos críos, nos dejamos llevar por nuestra loca pasión.

Madre mía, ¡si hasta empañamos los cristales!

Horas más tarde regresamos al rancho, donde Ronna sonrío al vernos llegar cogidos de la mano. Es evidente que está feliz.



Tras una perfecta noche de amor, lujuria y pasión, cuando me despierto estoy como siempre sola en la cama. Sonrío. Aún recuerdo cómo mi loco vaquero me hizo el amor horas antes y, suspirando, murmuro:

—¡Viva Wyoming!

Con una sonrisa, salgo de la cama y, en el momento en que abro la puerta para ir al salón, Andrew me mira y, tras levantarse de la silla donde está sentado leyendo el periódico, viene hacia mí y me coge entre sus brazos.

—¡Feliz cumpleaños, morena! —murmura.

Ostras, es verdad, ¡hoy es mi cumpleaños!

Sonriendo, se lo agradezco pero, cuando quiere besarme, lo rechazo. Él me mira con gesto raro, y aclaro:

—Déjame lavarme los dientes, ¡apesto!

Andrew me muerde el cuello, y yo, que soy doña cosquillas, me retuerzo entre sus brazos con sumo placer, hasta que finalmente me suelta y corro al baño. Allí, sin tiempo que perder, me lavo los dientes, me peino un poco y, cuando salgo, éste me mira y señala un pequeño paquete que hay sobre la mesa.

—Vamos, aquí tienes tus primeros regalos.

—¿Primeros regalos?

Mi chicarrón sonrío y, guiñándome el ojo con complicidad, añade:

—Creo que otros tienen más cositas para ti.

Boquiabierta, sonrío como una tonta y, acercándome a la mesa, pregunto:

—¿De verdad es para mí?

Él asiente y vuelve a sentarse en la silla.

—Sí —dice—. Es para ti.

Encantada, y como una niña chica, cojo el paquete, que en realidad se compone de dos más pequeños. Desenvuelvo el primero y, al ver un CD de Keith Urban, él sonrío y afirma al fijarse en mi cara:

—Sí. En este CD sale la canción que tanto nos gusta.

Sonrío feliz. Adoro esa canción, que tanto me recuerda a él. Lo beso y, ante su insistencia, abro el segundo paquete. Lo desenvuelvo y, al ver unos pendientes, Andrew pregunta:

—¿Te gustan?

Son unos increíbles pendientes de artesanía. Y, encantada, afirmo mientras me los pongo:

—Son preciosos.

Andrew me observa y, cuando termino de ponérmelos, dice:

—Éstos son los pendientes que compré con Arizona el día que nos viste en Lander. Pero no podía decirte que en realidad eran para ti.

Ay, Dios...

¡Ay, Dios!

Y, sin dejarme responder, pone otro paquete más grande entre mis manos. Está envuelto en papel rojo brillante con un lazo verde. Como una tonta, lo miro tras lo que me ha dicho, pero él me apremia:

—Vamos, abre tu siguiente regalo.

Encantada, le quito el lazo verde, rasgo el papel y, cuando veo que se trata de las botas de precio escandaloso que vi en Riverton el día anterior, me llevo la mano a la boca y pregunto:

—Pero... ¿cuándo las compraste, si no te separaste de mí?

Él suelta una risotada, me guiña un ojo y murmura:

—Sabía que Moses y Lewis estaban en Riverton. Simplemente llamé a mi hermano por teléfono, le mandé una foto por wasap para que supiera qué botas debía comprar y dónde, le di tu número de pie y, una vez las tuvo, las dejó en la cabaña antes de que nosotros regresáramos. ¡Y aquí están! Son para ti.

Las miro boquiabierta. Nunca imaginé que Andrew pudiera ser tan detallista y, emocionada, murmuro:

—Me encantan..., ¡me encantan!

Él sonrío.

Enamorada de las botas como del vaquero, me apresuro a probármelas y, con coquetería, se las enseño. Mi Caramelito asiente ante mis movimientos y, cuando me siento a horcajadas sobre él, lo beso con

todo el amor del mundo.

Durante un rato, nos prodigamos mil muestras de cariño en la intimidad de nuestra cabaña. El Andrew que me está dejando conocer es detallista, cariñoso y dulzón y, cuando nuestras bocas se separan, murmuro quitándome la camiseta para quedarme únicamente con el tanga:

—Te voy a hacer el amor tan sólo vestida con el tanga, mis botas y mis pendientes nuevos. Ah... —Cojo algo que hay sobre la mesa y matizo —: Pero a ti te quiero con tu sombrero de cowboy puesto.

—Hum..., me gusta la idea —afirma con voz ronca antes de volver a besarme.

Lo beso. Lo requetebeso y, cuando siento que su excitación está al nivel de la mía, le desabrocho el vaquero, saco su duro pene y, echándome hacia un lado la tirilla del tanga, lo introduzco en mí mientras murmuro a horcajadas sobre él:

—Eso es, vaquero..., déjame a mí.

Andrew tiembla. Cierra los ojos, echa un poco la cabeza hacia atrás y yo le muerdo la barbilla mientras muevo las caderas y siento el mismo placer que sé que le estoy proporcionando a él.

Sus manos acarician mi espalda con dulzura hasta que desembocan en mi trasero, lo agarran con fuerza y Andrew hace que me mueva sobre él.

El placer es increíble...

El placer es extremo...

Entonces, de pronto, la puerta de la cabaña se abre, nos quedamos paralizados, y Lewis, al vernos, se apresura a cerrar y a continuación lo oímos gritar desde el porche:

—¡Perdón..., perdón..., volveré más tarde! ¡No he visto nada!

Andrew y yo nos miramos y soltamos una carcajada por la pillada. Acto seguido, mi vaquero se levanta de la silla sin salirse de mí, camina conmigo encima hasta nuestra habitación, cierra la puerta y, apoyándome contra ella, murmura mientras mueve las caderas para hundirse en mi interior:

—Me encanta cómo te quedan las botas.

Asiento. Asiento, pero no puedo hablar.

Ese empotramiento tan apasionado es algo maravilloso. Con fiereza y dulzura a la vez, Andrew se hunde repetidamente en mí y yo disfruto. Lo disfruto mucho.

Así estamos durante varios minutos, hasta que el clímax nos llega y,

apoyados contra la puerta y con las respiraciones entrecortadas, murmuro:

—Qué buen inicio de cumpleaños. Me encanta este último regalo.

Él sonríe, yo también y, entre risas, nos vamos a la ducha. Una vez allí, mirándome a los ojos, pregunta melosón:

—¿Puedo quitarme ya el sombrero?

Asiento.

Entonces, sonríe de nuevo y dice:

—Como dice mi pulsera, ¿repetimos?

Y repetimos, ¡vamos si repetimos! No lo dudo.

Cuando salimos de la cabaña, llevo puestas mis nuevas y preciosas botas. Andrew camina hacia la camioneta y dice:

—Vayamos a Hudson. Seguro que hoy recibes muchas llamadas.

Feliz por el detalle de que se acuerde de mi familia y mis amigos, me monto en el vehículo y, cuando llegamos al pueblo, mi teléfono no para de sonar.

¡Viva la cobertura!

Mientras tomamos algo en una terraza, hablo con mi madre y con mi hermana, que me llaman desde Tenerife. Hablo con Joaquín y con mi niña, y sonrío como una tonta cuando mi Gordincesa, en su particular idioma, me canta el *Cumpleaños feliz*.

Ay, Dios mío, ¡que me la comoooooooooo!

Cuando cuelgo, estoy de pie; Andrew me agarra por la cintura y, sentándome en sus piernas, dice:

—Eh..., está prohibido llorar.

Asiento. Sé que no debo hacerlo, pero añoro mucho a Candela y estoy como loca por volver a verla para besuquearla, abrazarla y dormir con ella. En ese instante, suena mi teléfono. ¡Yanira!

Levantándome de las piernas de Andrew, contesto:

—Yanira..., espera un momento —y, mirando a mi vaquero, digo—: Con esta llamada tengo para rato. Si quieres ir a hacer algo mientras tanto...

—¿Me estás echando? —se mofa él.

Yo lo observo divertida.

—Digamos que sí.

Andrew me da un beso en los labios.

—Iré al taller. No te muevas de aquí. Regresaré a por ti, ¿vale?

—Vale.

Una vez se va, me pongo el teléfono en la oreja y oigo las voces de mis amigas, que gritan:

—¡Felicidades, Comecuenta!

Suelto una carcajada. Me hablan por el manos libres y nos enfrascamos en una loca conversación. Cuando llevamos como diez minutos charlando de todo un poco, finalmente es Tiffany quien pregunta:

—¿Cómo va todo con el Caramelito?

—Bien..., muy bien...

—Pero ¿bien de «bien» o bien de «todo es un desastre»? —susurra Yanira, que sabe de qué va la movida.

Me río, no lo puedo remediar, y entonces Ruth dice:

—Ay, Diosito, que tú has vuelto a gritar «¡Viva Wyoming!»...

Y, sin poder contener lo feliz que estoy por cómo se han desarrollado los acontecimientos, les relato mi felicidad, aunque omito ciertos detallitos. Me brean a preguntas. Todas quieren saber, y yo, como puedo, les contesto y admito que estoy peor que un cencerro.

Hablo con ellas durante media hora y, cuando por fin cuelgo, voy a dar un trago a mi cerveza pero el teléfono vuelve a sonar y veo que es otra vez Yanira.

—A ver, ¿qué se os ha olvidado preguntar, pandilla de marujas cotillas? —respondo divertida.

—Soy yo, y estoy sola —dice Yanira—. Vamos, cuéntame. ¿Todo va bien o todo va fatal porque la exnovia se lo ha ligado tras tú proponérselo?

Asiento. Necesito hablar con ella y, mirando a mi alrededor, murmuro:

—La novia no se lo ha ligado y... y... ayer tuve mi primera cita con Andrew.

—¿Qué? ¿Primera cita? ¿De qué hablas?

Rápidamente le cuento lo ocurrido. Los resoplidos de Yanira me hacen saber lo que piensa y, cuando termino, añado:

—Vale, sigo estando como una cabra, pero estoy feliz y aterrorizada a la vez. Es todo demasiado bonito y demasiado fácil.

—Y ¿por qué no puede ser bonito y fácil?

—Porque no, Yanira, porque no.

Mi amiga ríe. Yo no, y ésta dice entonces:

—A ver, Coral, digamos que acabas de comenzar algo y estás en el

dulce instante en el que todo es perfecto. Los problemas, si tienen que venir, vendrán más adelante. ¿Quieres hacer el favor de disfrutar de lo que estás viviendo?

—Lo intento, pero...

—No hay peros que valgan. O estás o no estás. De nada sirve estar a medias tintas. Y ya puedes decirle a la ex que, como se le acerque, ¡le sacas los ojos!

Sonrío, y Yanira prosigue:

—Si quieres que Andrew te conozca, sé como tú eres realmente. Eres una tía genial. Lo ideal en una relación es ser tú desde el principio, aunque, bueno, reconozco que todos al principio somos algo superficiales y sólo pensamos en sexo y poco más, ¿a que sí?

—Sí, pero un sí rotundo. Y no me digas que a ti no te pasa con Dylan, aun habiendo pasado unos años, que te conozco. —Mi amiga ríe y yo añado desesperada—: Dios, Yanira, mi vaquero es un maquinote en la cama, y estaría todo el día liada con él porque me lleva a ciertas fases del orgasmo que ni siquiera sabía que existían.

Ambas soltamos unas carcajadas y luego Yanira repite:

—Vale. Disfruta del momento, pero, por favor, piensa en ti y...

—Descuida, lo haré, pero déjame contarte que he descubierto que es un hombre detallista, cariñoso, observador, romántico... Esta mañana mismo me ha sorprendido regalándome unos pendientes, un cedé de música y unas botas que me enamoraron y, luego, cuando hemos conseguido desengancharnos de la cama y la ducha, lo primero que ha hecho ha sido traerme a Hudson para que todos vosotros pudierais felicitarme. Pensaba que era un tío frío, pero me está demostrando todo lo contrario, y me agobio.

—¿Por qué te agobias?

—Porque su ex está cerca y, encima, aleccionada por mí.

—Habla con ella ya, Tonticienta, y ¡no seas negativa!

Me tapo la cara y afirmo:

—Lo haré..., pero aun así tengo cierto miedo.

—Venga ya, por favor —protesta Yanira—. ¿Quieres dejar de ser tan negativa y pensar con positividad? Si yo fuera como tú, ahora no estaría con Dylan. Recuerda lo difícil que fue nuestro comienzo y la cantidad de cosas que nos pasaron hasta poder estar juntos. Pero lo salvamos todo porque éramos y somos importantes el uno para el otro.

—Ya, pero eso te pasa a ti, no a mí. Yo siempre he tenido muy mala suerte en estas cosas.

—Coral..., me estás cabreando.

Oír a mi amiga decir eso me hace sonreír. Pienso en lo negativa que estoy y, tras suspirar, murmuro:

—Seré positiva.

—Vale. Eso era lo que quería oír. Aunque te digo una cosa: a la mínima que veas que él no te responde, carpetazo y para casa, ¿entendido?

Asiento. Sé que tiene razón y, cuando veo que Andrew vuelve caminando en mi dirección, me despido de ella.

—Te dejo. Viene a recogerme. Te quiero, tulipana.

—Y yo te quiero a ti, Gordicienta.

Cuando cuelgo el teléfono, sonrío. Andrew llega hasta mí y, al ver mi sonrisa, pregunta:

—¿Ya has hablado con las locas de tus amigas?

—Sí.

—Y ¿qué tal?

Sonrío de nuevo y, recordando algo que Ruth ha dicho, respondo:

—Por la cuenta que te trae, más vale que te portes bien conmigo o, sin duda, todas ellas, que saben dónde vives y dónde trabajas, te lo harán pagar.

—Uau—se mofa Andrew, mientras se agacha para besarme.

Un par de horas después, tras pasar por la tienda de Elmer y comprar todo lo que necesito para celebrar mi fiesta de cumpleaños, regresamos a Aguas Frías. Una vez aparcamos la camioneta, caminamos cargados de bolsas hacia la casa. Al encontrarnos con Lewis, éste nos mira con cara de circunstancias, y digo riéndome:

—Borra de tu cabeza lo que has visto, ¿entendido?

Mi comentario lo hace sonreír. Dejamos las bolsas en el suelo y, entregándome un paquetito, dice tras chocar la mano con su hermano:

—Pero ¿de qué hablas, mujer? —Eso nos hace reír a los tres, y entonces añade—: Felicidades, guapetona. Espero que te guste.

Encantada, abro el paquetito, que seguro que compró el día anterior en Riverton, y me emociono al ver unos pendientes a juego con un collar con cristallitos de Swarovski en forma de herradura.

—Te dará buena suerte —afirma Lewis.

Feliz por el detalle, lo abrazo.

—Gracias, ¡es precioso!

Andrew me mira encantado. Veo felicidad en sus ojos, como creo que él debe de ver en los míos, y los tres nos dirigimos hacia la casa grande. Al entrar en la cocina, Ronna, Madison y Moses me felicitan y preguntan qué son tantas bolsas. Encantada, les hago saber que mi celebración me la pago yo y que será una fiesta que nunca van a olvidar.

En ese instante, Tom entra en la cocina y Ronna, al ver que su hijo y su nuera ni se miran a la cara, se apresura a decir:

—Hoy es el cumpleaños de Coral, Tom.

El vaquero de carácter hosco, tan parecido al de la abuela, me mira, asiente con la cabeza y dice:

—Felicidades.

—Gracias —respondo con el mismo envaramiento que él.

Tras servirse un café, sale de nuevo de la cocina mientras el resto siguen entregándome regalos. Me entra un corte que me muero, pero ellos me hacen abrirlos, y me emociono.

El regalo de Moses es una camisa vaquera que me encanta de cuadritos blancos y celestes; el de Ronna, una pulsera de oro preciosa, y el de Madison, un bolso bandolera.

Sobrepasada, los miro.

—De verdad, muchas gracias, ¡es todo precioso!

—Cariño, lo importante es que te guste. Ah, por cierto, Nayeli, que se ha ido con su amiga Adriana, me ha dicho que esta tarde, cuando regrese para la fiesta, te traerá también un regalo —afirma Ronna feliz.

Andrew, que está a mi lado, de pronto coge el bolso de Madison y, mirándolo, dice:

—Es muy bonito, Madison. Muy del estilo de Coral.

—Me alegra que te guste —responde ella con una gran sonrisa.

Ese detalle por parte de Andrew me hace feliz y no le pasa desapercibido a nadie. Siento que esto es el principio de algo bueno y, cuando todos hablan, miro a mi vaquero y murmuro:

—Eres un amor.

Entre risas y bromas estamos en la cocina cuando, de pronto, entra la abuela. Se hace un silencio sepulcral, el mal rollo es tangible. Sora nos mira y, al ver los papeles de regalo sobre la mesa, pregunta:

—¿Qué se celebra?

—El cumpleaños de Coral —indica Ronna.

La abuela asiente, me mira y dice:

—Felicidades.

—Gracias, señora —respondo alegremente.

Con ella en la cocina, la tensión es más que palpable. Entonces, la vieja se asoma a la ventana y protesta:

—Maldita sea, ¿quién ha dejado eso ahí?

Con curiosidad, todos nos acercamos a ver qué es lo que le molesta y, al asomarme, veo a Ray, uno de los vaqueros de Sora, sujetando al potrillo blanco y negro, que lleva un lazo rojo al cuello.

—Nooooooooooooooooo... —murmuro.

La abuela asiente y, sin cambiar su gesto serio y su talante retador, afirma:

—Es tuyo, si lo quieres.

Madre mía..., madre mía. No me lo puedo creer. Y, tras mirar a Andrew, que me observa tan alucinado como yo, pregunto:

—¿Me está regalando a *Apache*?

—Sí.

—Pero ¿se ha vuelto loca?

Con un atisbo de sonrisa que no sólo a mí me deja sin palabras, Sora replica:

—Loca me volviste el día que te conocí.

Suelto un grito y, abrazando a la siesa mujer, me olvido de los formulismos que tengo con ella y murmuro:

—Pocahontas, cuando quieres, eres la mejor.

—¿Qué me has llamado?...

Dejo de abrazarla, pues siento que le incomoda el contacto, y grito loca de felicidad:

—¡Luego se lo explico!

Acelerada por el increíble regalo, abro la puerta de la cocina y bajo a toda leche los escalones del porche hasta llegar a Ray, que me recibe riendo, mientras yo me lanzo al animalillo y me lo como a besos. Ya no me da miedo.

Sora baja detrás de mí y, cuando cojo las riendas del caballo y Ray se marcha, la miro y pregunto:

—¿Y este bonito regalo a qué se debe?

—Porque el viento me inspiró, el silencio me habló y mi corazón me dijo que era un buen regalo para ti —responde Sora.

Oírle decir eso, que siento que tanto significa para las dos, me hace sonreír y, dando un paso hacia ella, digo:

—Ésta es la mujer que todos quieren conocer.

—Ya es tarde.

—Se equivoca, señora. Nunca es tarde para decir «lo siento» y «te quiero».

Ella no contesta a lo que digo, sino que simplemente me mira.

—Me alegra mucho haberte conocido y que mi regalo te haya gustado —dice entonces—. Y sólo espero que regreses con mi nieto Andy por aquí alguna vez.

Oír eso es, como poco, increíble. De pronto, yo, la última, la más desconocida para la bruja gruñona, he conseguido llegar a su corazón. Y, sin querer forzar la máquina, no sea que se jorobe, sonrío y murmuro:

—Muchas gracias, espero regresar. —Sin embargo, al verla más accesible que en otras ocasiones, añado—: Por cierto, quería preguntarle si le ocasionaría mucha molestia que esta noche celebrara mi cumpleaños en el rancho. Quiero hacer una fiestecita para todos los que han sido amables conmigo y, por supuesto, usted también está invitada.

Ella me mira. Piensa qué decir, y finalmente responde:

—Procura no hacer mucho jaleo.

Sonrío al oír su respuesta.

—Habrá música y bailaremos... Algo de jaleo seguro que haremos.

Sora asiente, sonrío y, meneando la cabeza, susurra:

—Pasadlo muy bien.

En ese instante, Andrew sale por la puerta de la cocina y llega hasta nosotras. Ella da media vuelta y se va. Él, que observa cómo se aleja, pregunta:

—¿Te ha dicho algo fuera de lugar?

Triste por ver a la mujer que camina sola, respondo:

—No. Aunque no lo creas, ha sido amable conmigo.

Tras una mañana plagada de buenos momentos, después de comer me dedico, junto con Andrew, a invitar uno a uno a los trabajadores del rancho a la fiesta que celebraré esa noche. Todos aceptan encantados y, cuando regresa Nayeli con su amiga, las enviamos a casa de Flor para que la inviten también a ella.

Cold está nervioso. Sabe que ésa puede ser su última oportunidad y, como queremos que se relaje, Madison, Andrew y yo nos lo llevamos a

dar un paseo mientras yo le explico nuestro plan. Ni que decir tiene que Andy se limita a escuchar y a reír. Me gusta verlo feliz.

En un principio, el burro de Cold se resiste a que Madison y yo le demos lecciones de cómo conquistar a una exnovia. Según él, no las necesita, pero al final el puñetero cabezón nos escucha.

Le hablamos del romanticismo y la caballeridad, y resopla. Eso no va con él. Sin embargo, después de mucho hablar, le quedan claras tres cosas. La primera, no ha de agobiar a Flor pero sí observarla con admiración e interés y que ella se percate. La segunda, cuando hable con ella, ha de ser atento y galante y debe demostrarle que la conoce y que sabe lo que le gusta y lo que no. Y, la tercera, debe sacarla a bailar su canción preferida y aprovechar ese instante para hacerle saber que, por ella, sería capaz de mover el mundo si fuera necesario.

Estamos preparando todo eso cuando me entero de que su canción es *Burn One Down*,^[25] de Clint Black. Por suerte, Nayeli la tiene en su móvil, y la escucho mientras preparo junto a Madison unas mesas en la parte trasera de la casa con unos farolillos que Ronna saca para iluminar. Me parece una canción preciosa. No me extraña que le guste tanto a Flor.

Durante horas, me encargo de preparar sándwiches y canapés salados. Pero cuando disfruto y me luzco es cuando elaboro toda clase de dulces. Cuando me pongo en lo mío, soy un tiburón de la repostería.

Todos flipan con las delicatessen que estoy preparando y no los dejo tocar.

Sobre las diez de la noche, mientras Madison y yo damos los últimos toques a mi improvisada fiestecilla y enciendo los candelabros con velas que he comprado, me quedo mirando el nuevo y reluciente granero que hay más allá.

Está impecable. Huele a madera fresca y, de pronto, tengo uno de mis flashes y murmuro:

—Ni te imaginas lo que se me acaba de ocurrir.

Madison me mira, no entiende de lo que hablo y, cogiéndola por los hombros, hago que mire el vacío lugar y cuchicheo:

—¿Qué te parece si celebramos la boda de Cold y Flor en el granero? Mi rubia preferida en Wyoming, me mira y parpadea.

—¿Acaso crees que Sora lo permitirá?

Me encojo de hombros. Con ella nunca se sabe y, dispuesta a preguntárselo, decido que vayamos a buscarla. No está con los demás en

el jardín, por lo que subimos la escalera hasta su habitación. Una vez nos plantamos ante la puerta, respiramos. Ésa será la única oportunidad de pedirlo. Sin duda es una locura, pero peor es tener ese grandioso lugar y que Cold y Flor se queden sin su fiesta.

Mientras Madison traga con dificultad, llamo con los nudillos a la puerta. Segundos después, ésta se abre y Sora pregunta al vernos:

—¿Qué ocurre?

—¿No va a venir a mi fiesta de cumpleaños?

—No —responde y, dándose la vuelta, dice—: Pasad si queréis.

Hacemos lo que pide y, una vez cierro la puerta, la abuela se sienta en su mecedora, nos mira y pregunta:

—¿Qué queréis?

Sin dudarle, cojo una silla, la acerco a su mecedora y, acomodándome frente a ella, digo mientras Madison me imita:

—Venimos a pedirle una cosa muy importante que, si la acepta, va a hacer muy feliz a su familia. —Sora no dice nada, me mira, y yo prosigo —: Como sabe, Flor ha anulado la boda, pero creemos que puede haber una oportunidad esta noche de que todo siga su curso si Cold es capaz de dejar su burrangería a un lado y hacerle ver a Flor que puede ser un hombre y un marido maravilloso.

—Al grano, muchacha —replica la vieja—, que no tengo toda la noche.

Sonrío. Ella no. Madison tampoco.

—Vale. Iré al grano. El caso es que, si Cold vuelve a reconquistar a Flor y la boda se celebra dentro de tres días, no tienen sitio donde dar la fiesta, pues el techo del otro local se hundió tras las lluvias. Así que habíamos pensado que, si usted nos dejara el nuevo granero, podríamos decorarlo hasta dejarlo precioso y su nieto y Flor podrían tener una bonita boda en un lugar increíblemente mágico y especial.

—¿En el granero? —pregunta sorprendida.

Asiento. Yo veo un potencial que ella no ve.

—La ceremonia se celebrará en la iglesia —añade Madison—, pero sería genial hacer la cena y la fiesta posterior en el granero. Podríamos decorarlo de tal manera que ni usted reconocería el lugar una vez acabáramos.

—No.

Su tajante negativa me subleva y, tras mirar a Madison y pedirle

tranquilidad, gruño:

—Por el amor de Dios, señora, su nieto necesita un sitio donde celebrar su boda en caso de que la haya, y ¿me está diciendo que debe olvidarse del único sitio donde puede hacerlo simplemente porque a usted no le parece bien?

—Es un granero, ¡¿cómo va a celebrar la boda allí?!

—Porque es lo mejor que tenemos, y lo dejaremos genial.

—No... —repite sin ver lo que nosotras vemos.

Sin embargo, deseosa de darle a Flor lo que siempre ha querido, insisto:

—Escuche, el granero está vacío. Podemos traer las mesas que se salvaron en el derrumbe del local de la iglesia y usarlas junto con los manteles blancos que tienen allí y la cubertería. Puedo pedirle a Andrew y a los chicos que decoren con luces el interior del granero y podemos darle una grata sorpresa a Flor. Piense en lo que sentirá cuando sepa que usted ha cedido ese lugar para su boda. Le aseguro que tanto ella como Ronna, Cold, Andrew y los demás se sentirán muy orgullosos de usted.

Sora se toca la barbilla. Piensa en lo que le digo, mientras Madison y yo nos miramos. Esperamos..., esperamos y, finalmente, cuando creo que me voy a lanzar a su cuello, dice:

—De acuerdo. En vuestras manos queda.

—¡Genial! —aplaudimos Madison y yo.

Cuando nos levantamos, la abuela pregunta:

—Madison, ¿cuándo te marchas?

—El viernes.

La mujer asiente y, mirándola a los ojos, añade:

—No estoy orgullosa de cómo me he comportado contigo. Te he acusado de cosas que desconocía, y sólo espero que algún día me perdones y encuentres a un hombre que valore lo que Tom no supo valorar y, por supuesto, yo tampoco.

El gesto de Madison es serio. Ay, Dios, que me temo lo peor... En cambio, asintiendo, esboza una triste sonrisa e indica:

—Gracias, Sora.

Sin más, ambas damos media vuelta, salimos de la habitación y, cuando cerramos la puerta, miro a Madison, sonrío y murmuro:

—Vamos a organizar la boda del siglo; ¡prepárate, granero! Ahora sólo falta que Flor se deje reconquistar y nos pondremos manos a la obra.

Felices por lo conseguido, bajamos de nuevo al jardín.

Los invitados comienzan a llegar y la parte trasera de la casa se llena de bullicio. En un par de ocasiones descubro a Sora mirando a través de sus visillos, pero la muy cabezona no baja a la fiesta.

De pronto veo que Cold, que está con el resto de sus hermanos, estira el cuello. Miro hacia el lugar donde él mira y distingo que Flor llega en ese momento con su prima Arizona. Ver a esta última en mi fiesta no me hace gracia. Yo no la he invitado. Sin embargo, por una parte, me viene bien. Hablaré con ella para que dé marcha atrás en lo que le pedí.

Con una sonrisa, Flor saluda a todo el mundo hasta llegar a mí. Luego, tras mirar a Madison, que veo que le guiña un ojo, ambas me llevan a la cocina y, en la intimidad, Flor me entrega una caja blanca atada con un lazo azul.

—Felicidades —dice—. Esto es de parte de Madison y mío. Espero que, cuando lo veas en Los Ángeles, te acuerdes de nosotras.

No tengo ni idea de qué puede contener la enorme caja, así que la abro y me quedo boquiabierta cuando descubro el vestido de novia que me he puesto en las dos ocasiones que he celebrado la fiesta del divorcio con ellas y el ligero de flores azules sobre él. El vestido está ahora blanco, imaculado y reluciente. Parece completamente nuevo. Emocionada por ese detalle, que para mí significa tanto, lo saco de la caja y murmuro:

—No sé qué decir.

Ambas sonrían y, tan emocionada como yo, Flor responde:

—No hace falta. Sólo sonrío y, el día que te cases con Andy, te lo pones.

Un gemido sale de mi boca. Madison me mira, la pobre es consciente de lo que le conté en relación con Andrew y a mí y, cuando voy a decir algo, en ese instante entra Ronna y, al vernos, murmura:

—No me digas que mi Andy y tú tenéis una buena noticia que darnos.

Rápidamente niego con la cabeza. Por Dios..., por Dios, ¡qué bochorno! Y, antes de que Ronna salga de la cocina y la líe bien liada, me apresuro a aclarar:

—No..., no... Andy y yo no nos vamos a casar. Es sólo que este vestido me gustó mucho y Flor y Madison me lo han regalado.

—Ay, qué noticia, ¡qué noticia!

—¿De qué noticia hablas, mamá? —pregunta Andrew entrando en la cocina.

Al ver el vestido de novia, me mira descolocado.

—Es un regalo que me han hecho Flor y Madison —digo rápidamente—. Tranquilo. No va con segundas.

Él parpadea. Creo que hasta le sale alguna cana del susto que se ha llevado al ver el vestido en mis manos, y asintiendo murmura:

—Mejor vuelvo a la fiesta.

Una vez Ronna y él regresan a la fiesta, Flor y Madison comienzan a reír a carcajadas.

—Sois dos perracas —murmuro—; pero ¿cómo me regaláis esto?

—Porque te gusta; ¿por qué no íbamos a regalártelo?

Sonrío. No puedo enfadarme con ellas y, al final, termino riéndome yo también a mandíbula batiente al recordar el gesto de susto de Andrew cuando ha visto el vestido.

La noche va de maravilla. Los invitados parecen encantados con la comida que he preparado, y veo que se la comen gustosos. No se parece a nada de lo que se hace por esa zona y, contentos, la degustan y alaban mi buena cocina.

Sobre las once y media de la noche, Nayeli pone música y todo el mundo se lanza a bailar. Yo, que siempre he sido una bailonga de la música pop, reconozco que ahora que he conocido el country y sus bailecitos, me encanta.

Me lo paso pipa y, cuando suena *Chattahoochee*,^[26] de Alan Jackson, y saco a Andrew a bailar, no puedo parar de reír y de saltar mientras me muevo al ritmo de la movidita canción, que tanto parece gustarles a todos.

Grito...

Río...

Bailo...

Y disfruto del hombre que me gusta, mientras me dejo llevar con maestría y bailamos tremendamente compenetrados.

—Ya no me pisas, morena.

—Ya no, chulito, ¡he aprendido!

Ambos reímos y nos dejamos arrastrar por el ritmo de la música mientras nos cruzamos con otros que bailan como nosotros y damos palmadas al aire cuando saltamos.

Tan pronto como la canción acaba, aplaudimos, y yo grito feliz: «¡Viva el country!».

Pienso en mis amigas. Si Yanira, Tiffany, Valeria y Ruth estuvieran

aquí, disfrutarían bailando como yo. Cuando regrese a Los Ángeles, tengo que enseñarles a bailar esto y, sin duda, cuando vuelva a ir al bar del novio de la abuela de Yanira, miraré con otros ojos este tipo de música.

La noche continúa y, por suerte, soy testigo de cómo Cold, guiado por nosotras, ha conseguido acercarse a Flor y que ésta no salga huyendo despavorida. En un momento dado, le hago una señal a Nayeli y ésta pone su canción de Clint Black. Entonces Cold, con galantería, le pide a Flore que baile con él, mientras Madison, que está junto a ella, la anima.

Estoy ensimismada mirándolos cuando me percató de que Arizona saca a bailar a Andrew y él acepta.

Uy..., uy..., lo que me entra por el cuerpo.

Cierro los ojos. No quiero verlos.

Pero la curiosa que hay en mí los busca con la mirada y los observa mientras bailan esa romántica canción. Como siempre que Andrew está con ella, se me ponen los pelos de punta. Observo que están muy compenetrados al bailar y, cuando creo que me va a salir humo por las orejas, Lewis se acerca a mí y murmura:

—Cambia ese gesto. Andy sólo está siendo educado con ella.

Lo miro. Entonces él me coge de la mano y dice:

—Venga, vamos a bailar.

Me dejo guiar por Lewis y, segundos después, los dos bailamos en la pista. Es un excelente bailarín, y finalmente me hace sonreír. Es un guasón. Cuando la canción acaba, de pronto todos aplauden a nuestro alrededor. Sin saber por qué lo hacen, miramos y entonces vemos que Flor y Cold se están besando con auténtica pasión.

Los vaqueros gritan, las mujeres aplauden y, cuando miro hacia la habitación de Sora, la veo a través de los visillos y, sintiendo que me mira, le guiño un ojo y le sonrío.

Feliz por lo que acaba de pasar, busco a Andrew. No lo encuentro. Me muevo entre los invitados y entonces veo cómo Arizona tira del brazo del hombre que me gusta y, mientras todos aplauden a los que se besan, ella lo lleva hacia un lateral del granero y, tras empujarlo contra la pared, lo besa.

Ay, Dios...

¡Ay, Dios!

Miro cómo se aprieta contra él durante unos segundos, hasta que Andrew la aparta, le dice algo, le toca la mejilla con cariño y ella niega

con la cabeza. Hablan. No sé qué dicen, pero finalmente Andrew se separa de ella y regresa a la fiesta.

Al hacerlo, se da cuenta de que he visto lo ocurrido y, acelerando el paso, llega hasta mi lado. Cuando va a hablar, digo:

—No digas nada. Creo que será lo mejor.

Sin más, doy media vuelta y, con una fingida sonrisa, me acerco a Cold y a Flor justo en el momento en que él se arrodilla ante ella y le pide delante de todos que se case con él porque es la mujer de su vida.

Madison y yo nos miramos. Ninguna le ha dicho que hiciera eso, pero sin duda Cold se está aplicando. Como bien imaginaba Madison, Flor acepta, y todos volvemos a aplaudir encantados. Ronna está feliz, todos están felices y, cuando Flor nos mira, Madison y yo le guiñamos el ojo y le hacemos saber que ha hecho lo que deseaba.

Al ver que Andrew deja por fin de seguirme allá adonde voy, me dirijo hacia Arizona y murmuro:

—Tenemos que hablar, ven conmigo.

Ella lo hace. Las dos entramos en la cocina y, al ver que no hay nadie, murmuro:

—Escucha. De nuevo vas a pensar que estoy loca, pero... pero..., en cuanto a Andrew, no quiero que continúes haciendo lo que te pedí.

Ella me mira, ladea la cabeza y, antes de que diga nada, como estoy nerviosa murmuro:

—Lo sé..., merezco todo lo que me digas. Pero me he dado cuenta de que adoro a Andrew y no quiero que tú ni nadie se interponga en nuestra relación.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —gruñe—. Tan pronto me pides que vaya a por él como me dices que me aleje de él. Pero ¿tú de qué vas? ¿Acaso no has pensado que yo también tengo sentimientos?

—Lo sé... Lo sé. Pero estaba equivocada y te pedí algo que nunca debería haberte pedido. Yo quiero a Andrew y...

—Pero ¿qué hacéis vosotras dos aquí?

Al mirar hacia la puerta, vemos que Ronna entra con unas jarras vacías.

—Salíamos del baño y regresábamos a la fiesta —respondo intentando sonreír.

—Vamos..., vamos..., ¡a bailar, muchachas!

Una vez salimos de la cocina, miro a Arizona, y ésta dice:

—Aunque me jorobe mucho lo que dices, lo entiendo. Yo también considero que Andrew ha de ser feliz.

Ver su comprensión, como siempre, me deja sin palabras, y la abrazo encantada. Lo que le he hecho a esa muchacha no es algo que me enorgullezca, pero ahora tengo claro que no quiero perder a Andrew y, si hay una oportunidad, por muy pequeña que sea, ¡lo voy a intentar!

Las dos regresamos a la fiesta, bailamos, sonreímos, lo pasamos bien y, aunque estoy enfadada por el beso que he visto minutos antes, intento culpabilizarme a mí misma por haberlo provocado. Por suerte, Andrew nunca lo sabrá.

Cuando la fiesta termina y veo cómo él se despide de Arizona acompañándola hasta el coche junto a Cold, que a su vez acompaña a Flor, ¡me entran los siete males!

¿Y si me he jugado mi futuro por la tontería que le pedí? ¿Y si Andrew se ha dado cuenta, tras ese beso, de que todavía existe algo entre ellos?

Durante varios minutos observo con disimulo cómo ambos hablan en la intimidad y, cuando se abrazan, mi mala leche española ¡ya está por las nubes!

Intento respirar...

Intento relajarme...

Pero los intentos son fallidos y, cuando nos retiramos a descansar y entramos en la cabaña, Andrew me mira y, en el momento en que va a hablar, le pongo un dedo contra los labios y murmuro:

—No digas nada.

Él retira mi mano de su boca, pero no lo dejo hablar. Lo empujo furiosa y lo aparto de mi lado. Andy intenta sujetarme, intenta hablar conmigo, pero como soy una bestia celosa, no se lo permito, mientras por mi boca sale de todo menos «bonito».

—Coral..., escúchame.

—¡¿Que te escuche..., que te escuche?! Pero, por Dios, os he visto. He visto cómo os besabais y luego cómo os despedíais en la intimidad. ¿Qué es lo que tenías que hablar con ella?

—¡Sé lo que has visto! —me corta.

—Oh, sí, claro..., ¡claro que lo sabes!

Madre mía..., madre mía..., qué ataque de celos me ha entrado. Pero no puedo contenerme. Algo en mí me hace seguir y seguir y, sin entenderme

a mí misma, grito:

—¡Te dije que, conmigo, o todo o nada! Si quieres estar con ella, ¡vete con ella! Pero no me digas que sientes algo por mí.

—Es que siento algo por ti.

—¿Y por ella?

Andrew suspira, sacude la cabeza y responde:

—Me he dado cuenta de que por ella siento...

—¡Oh, genial..., genial! ¡No quiero saberlo! No quiero.

Y, sin más, giro sobre mis talones y me meto en mi supuesta habitación. Allí no hay nada. Todo está en el cuarto que compartimos y, cuando estoy mirando la desangelada estancia, la puerta se abre a mi espalda y, antes de que pueda moverme, él me rodea con los brazos, me acerca a él y murmura en mi oído:

—Tienes que saberlo lo quieras o no. Cuando nos hemos besado, me he dado cuenta de que con quien quiero estar es contigo, maldita cabezota. Quiero ser tu Andy, sólo tuyo y, al despedirme de Arizona, se lo he dicho. Te deseo a ti, no a ella.

Acelerada por su confesión, permito que me dé la vuelta y, cuando nuestros ojos se encuentran, lo beso sin dudarlo. Beso a mi Andy. Lo devoro con la misma intensidad con la que él me devora a mí.

Esa madrugada, tras hacer el amor, mientras él me rodea dormido con sus brazos, yo observo las estrellas a través de la ventana abierta del techo y siento felicidad y temor.



Al día siguiente, tras una noche en la que no he dormido bien, cuando me despierto veo que estoy sola en la cama. Pienso en lo ocurrido y me siento fatal. Si Andrew se entera de que hablé con Arizona para que hiciera lo que estaba haciendo, sin duda no le va a gustar.

Cuando me levanto, me aseo y me visto, salgo al exterior de la cabaña. Allí, como siempre, todos trabajan, y los vaqueros con los que me cruzo me dicen lo bien que lo pasaron en la fiesta de anoche.

Yo les sonrío encantada, y entonces veo que Madison viene hacia mí.

—He estado con Bettina, la mujer del párroco, y dice que nos dejará todo lo que se ha podido salvar del derrumbe para celebrar aquí la boda.

—¡Genial! —exclamo y, consciente de que sólo nos quedan dos días para organizarlo todo, me olvido de mis propios problemas y digo—: Pues comencemos. Vamos pilladas de tiempo.

A partir de ese instante, todos ponen de su parte y, cuando Flor viene a vernos, tenemos que contarle parte de la sorpresa en el momento en que descubre que ocurre algo en el granero. La muchacha se emociona al saber que tendrá su fiesta, pero soy consciente de que no la apasiona. Nunca se imaginó celebrando su boda en un granero. ¡Pobre!

Aun así, no digo nada. Sé que lo que se espera no es nada parecido a lo que planeo organizar, y simplemente sonrío. Quiero sorprenderla.

Cuando Flor se marcha con el precioso vestido de novia que Madison arregló para ella, le pido, le ruego y le imploro que no regrese al rancho hasta el día de la boda. Si quiero sorprenderla, no puede ver nada.

Flor accede, me entrega la lista de invitados que le pedí el día anterior y, en cuanto su coche arranca y ella se va, la miro y veo que son ciento diez. ¡Genial! No son muchos.

Lo primero que hago es hablar con la empresa de catering. Sin

embargo, al avisarles con tan poco tiempo, sólo me ponen problemas. Al final, y como un favor especial, acceden a servirme los entrantes: crema de trigueros con calabaza, milhojas de langostinos con mayonesa y bocaditos de bacalao. También prometen enviarme quince camareros para el evento.

Una vez cuelgo, feliz por haber conseguido esos primeros platos y los camareros, hablo con Ronna y Betsy. Ronna, incrédula, asume la noticia de que Sora nos ha cedido el granero. Sin duda, como poco, es algo inaudito.

Por su parte, Betsy se compromete a hacer un gran cargamento de sus famosas croquetas, y todas aceptamos encantadas. Ronna habla con Bettina y cinco mujeres más y quedamos en que éstas se encargarán de preparar carne asada con patatas. Yo me ocuparé de la tarta, lo que sé que me resultará fácil.

Sora nos observa y no dice nada. Aun así, con saber que nos cede el granero me doy por satisfecha, y sé que Ronna también.

Moses se encarga de los vinos y del champán, y Lewis de cualquier otro tipo de bebidas y del hielo.

Una vez tengo claro que comida y bebida no van a faltar, recluto a varios vaqueros del rancho y, tras decirles que necesito que hagan algo por mí, ninguno rechista y se ponen manos a la obra. Mientras tanto, Madison, Nayeli y yo empezamos a limpiar a fondo el granero para que quede de maravilla.

Pero, por más que limpiamos, el suelo de tierra nos impide ver aquello sin polvo y, al final, a Tom se le ocurre llamar a un amigo suyo que vende césped artificial y éste nos sirve una superficie de césped que cubre todo el granero. Queda precioso, y ¡se acabó el polvo!

Superado ese escollo, traen las mesas que han quedado sanas y salvas tras el derrumbe y, por suerte, veo que llegan para sentar a todos los invitados. Dispongo de once mesas, en las que caben diez invitados en cada una, y estoy feliz.

Las sillas son otro cantar. Cada una es de su padre y su madre. Más feas no pueden ser y, al final, se me ocurre hacer unos cubresillas. Como soy muy manitas, intento hacer uno en blanco que valga para todas las sillas con un lazo salmón, que hará juego con los vestidos de las damas de honor. Sin dudarle, Ronna, Betsy y Bettina se encargan de confeccionarlos. Con sus máquinas de coser, van mucho más rápidas que

yo.

Al fondo del granero he hecho levantar un pequeño escenario, donde coloco una bonita mesa rectangular en la que se sentarán los novios, los padrinos y algún familiar más. Cuando la cena acabe, en el escenario se situarán los músicos. Donde termina éste, Moses y Lewis montan un suelo de madera para poder bailar. También han sido ellos quienes se han encargado de hablar con el grupo de música que vendrá a amenizar la fiesta.

A última hora de la noche, todo parece ir viento en popa. Sólo disponemos de un día más para organizar aquello, pero con la ayuda que tengo, estoy convencida de que todo va a salir bien.

Esa noche, Andrew vuelve a hacerme el amor, mientras las estrellas nos observan desde el cielo y yo me siento algo más tranquila y feliz.

A la mañana siguiente, cuando Andy está subido a una escalera en el granero colocando luces en el techo junto a Tom, de pronto entra Sora seguida de Cold y otro vaquero, que traen una preciosa lámpara de araña de cristal.

Es enorme. Yo la miro. Pero no sé si miro con más extrañeza a la abuela o la lámpara, y entonces ella dice al ver mi gesto:

—Es la lámpara del salón de la iglesia. No ha sufrido muchos daños tras el derrumbe. La he limpiado y reparado un poco, y creo que puedes encontrarle un buen lugar para ponerla, ¿verdad?

La miro encantada. Que se implique en la boda es magnífico y, sonriendo, afirmo mientras miro la lámpara que llamó mi atención desde el día que la vi:

—Quedará preciosa en medio del granero.

Al oír eso, Andrew protesta: eso significará más trabajo. Sin embargo, dos horas después, cuando él y varios vaqueros más la han instalado en el centro del granero, me mira y murmura:

—Tenías razón. Ha merecido la pena.

Lo beso feliz. El lugar está quedando de escándalo.

Cuando termino con lo que estoy haciendo, veo unas tablas sueltas y me apresuro a recogerlas. Las uno con unos clavos en forma de cruz y escribo en una de ellas con una tiza: «Boda de Cold y Flor». Camino unos metros y clavo la señal que he fabricado en el suelo. Me encanta el resultado. Al día siguiente la decoraré con flores por encima y quedará preciosa.

Luego regreso a la cocina para seguir haciendo el pastel de boda y Ronna me mira.

Su gesto de felicidad me hace saber lo mucho que le gusta todo aquello, y le guiño el ojo. Preparo varios bizcochos de vainilla y chocolate, también la nata y el chocolate fondant y, una vez se enfrían los bizcochos, les doy su forma redondeada y, cuando con maestría los recubro de chocolate y nata y les pongo las perlititas comestibles que he comprado, Sora entra en la cocina y no da crédito a lo que ve.

Sin duda estoy sorprendiendo a la vieja india.

Una vez he acabado la impresionante tarta, se nos plantea un dilema: ¿dónde la guardamos para que esté en frío hasta el día siguiente?

Al final, no queda otra que vaciar más de la mitad de la nevera americana que tienen para hacer hueco a la tarta. En el momento en que cerramos la puerta del frigorífico y estoy a punto de sentarme agotada, Madison entra en la cocina.

—Vamos —dice—, se me ha ocurrido una idea para que el granero quede más espectacular aún.

Sin dudarlo, voy tras ella y, cuando llegamos a su coche, abre el maletero y veo metros y más metros de tul y raso.

—He pensado que, si pasamos este tul por las vigas del techo, puede quedar ¡increíble!

—¡Ya te digo, qué buena idea! —afirmo visualizando lo que quiere decir.

Al vernos llegar con las telas, los vaqueros, que ya están recogiendo las escaleras, fruncen el ceño. Estoy segura de que se están cagando en toda nuestra familia pero, sin rechistar, vuelven a colocar las escaleras, se suben a ellas y hacen todo lo que Madison y yo les ordenamos.

Durante horas, mientras ellos ponen con mimo el tul por las vigas para que quede como nosotras queremos, Ronna, Nayeli, Madison y yo nos encargamos de disponer las mesas. De pronto, en un momento dado, aparece Sora y nos pregunta si puede ayudarnos. Rápidamente miro a Ronna y veo que ella le responde con amabilidad y ambas comienzan a trabajar juntas.

Mientras acaban de hacerlo, de repente se me ocurre algo que puede quedar curioso y divertido, por lo que ordeno que pongan varias balas de heno fuera del granero. Cuando los vaqueros me las traen, miro a Andrew, que me está observando, y digo:

—Ayúdame.

Sin saber lo que quiero hacer, pregunta:

—¿Qué hago?

Le digo cómo disponer las balas de heno y, una vez tengo un par de ellas situadas, cojo un trozo de tela de raso, lo coloco con mimo y, mirándolo, pregunto:

—¿A que parece un sofá muy cómodo para ver las estrellas?

Andrew sonríe, me coge de la cintura y afirma:

—Sí, cariño. Parece y lo es.

Los vaqueros, divertidos por las cosas que se me ocurren, colocan varias balas más junto a éstas. A continuación, las decoro con las telas sobrantes y aquello queda de lujo... lujo.

Cuando creo que más o menos está todo acabado, miro encantada el granero, que se ha convertido en el mejor salón de bodas que he visto en mi vida. Todo está precioso. Todo es increíble y, mirando a Andrew, que está junto a los hombres, le pido que encienda las luces.

Una vez mi chico lo hace, el lugar se llena de luz, y Sora murmura alucinada por el resultado:

—No me lo puedo creer.

—Dios mío... —dice Ronna.

—Qué maravilla —aplaude Madison encantada.

—¡Qué guapada! —exclama Nayeli sonriendo.

Los vaqueros aplauden, están felices con lo que hemos conseguido entre todos. Entonces, Cold se acerca a nosotras y afirma:

—Sin lugar a dudas, esto es lo que quiere Flor.

Asiento. Estoy convencida de que así es.

—Buen trabajo, *mi niña* —murmura Andrew abrazándome por detrás.

Sonrío. Me dejo abrazar y me apoyo en él. Estoy agotada.

Esa noche, cuando entramos en la cabaña, me sorprende al ver que Andrew me ha preparado un baño. La bañera está llena, las velas encendidas y, mirándome, dice:

—Vamos..., te lo mereces.

Encantada, me quito la ropa delante de él y, cuando acabo, lo desnudo también a él. Este baño será para los dos.



La mañana de la boda comienza muy temprano.

Por una vez, me levanto yo antes que Andrew, me visto corriendo y, cuando voy a salir, lo miro y le doy un beso. Está tan mono durmiendo...

Una vez fuera, mi potrillo *Apache*, que ahora está con sus padres frente a la cabaña, se aproxima a la cerca y yo voy a saludarlo encantada.

Tras mirarlo durante unos segundos, corro hacia la casa mientras me recojo el pelo. La boda es a las seis y todavía queda mucho que hacer.

Cuando entro en el salón, Sora me mira y, sorprendida por verme levantada tan pronto, pregunta:

—¿Se acaba hoy el mundo?

Eso me hace sonreír, y a continuación entramos juntas en la cocina para tomar un café. Mientras desayunamos, oímos el motor de una camioneta. En ella se acercan Moses y Lewis. Dijeron que irían al bar de un amigo de ambos a por unas cámaras para tener fresca la bebida, y ya están de vuelta.

Encantada con su presencia, miro a Sora y pregunto:

—¿No los va a echar de menos cuando no estén?

A través del cristal de la ventana, la mujer observa cómo detienen la camioneta y descargan las cámaras de frío y, con una triste sonrisa, afirma:

—Sí. Pero creo que todos seremos mucho más felices si viven lejos de aquí.

—Por favorrrrr..., señora...

—Por favor, señora, ¿qué? —protesta—. Además, ¿quieres llamarme Sora de una vez por todas?

—¿Y usted quiere dejar de ser tan fría con todos?

Sora suspira, menea la cabeza y, finalmente, cuando ya casi la doy

por perdida, murmura:

—No sé cómo hacerlo. No sé cómo llegar a ellos.

De inmediato se me ablanda el corazón al oír cómo esa vieja gruñona reconoce que está perdida.

—Es fácil, Sora —murmuro—. Tan fácil como haber dicho yo tu nombre. Simplemente hay que quererlo y hacerlo con cariño. Como diría mi madre, querer es poder y, si tú quieres, puedes. Y, como diría la tuya, ¡escucha el viento! —Cuando digo eso, ella sonrío—. A toda tu familia les ha quedado claro que no son lo que tú querías, pero creo que tú también comprendes que tú tampoco eres lo que ellos deseaban. Y, con sinceridad, si les tienes un mínimo de cariño, deberías intentar lo que sea para llegar hasta ellos.

La mujer suspira y afirma abiertamente:

—Yo tampoco fui lo que mi abuela quería. Todavía recuerdo su gesto de desagrado cuando me casé con Jeremiah.

—¿Me lo estás diciendo en serio, con la tabarra que has dado tú porque nosotras no seamos indias lakotas? —Sonrío.

Sora asiente y, bajando la voz, cuchichea:

—Por supuesto, pero esto ha de quedar entre tú y yo.

Divertida por la complicidad que de pronto tiene conmigo esa gruñona, hago la tontería que he visto hacer mil veces a Jenny, la hija de mi amiga Ruth. Hago como si me cerrara la boca con una llave y luego la tiro. Sora me mira divertida, meneando la cabeza y murmura:

—Qué rara eres, muchacha.

Eso me hace gracia. Si yo le parezco rara, no quiero ni imaginarme si le presento a Valeria y le cuento su pasado. Sin duda, seguro que se quedaría traumatizada de por vida.

Estamos tomando café cuando Moses y Lewis entran en la cocina. Pero, al ver a Sora, el primero se detiene y va a dar media vuelta para salir de allí cuando ella dice, sorprendiéndonos a todos:

—Moses Leandro Gallagher, ¡no des un paso más!

Él se para. Lewis mira a su abuela dispuesto para el ataque y, cuando Moses se vuelve, Sora añade:

—Anda, muchacho, tómate el café que habías venido a tomarte.

Lewis y yo nos miramos.

Viniendo de Sora, eso no es otra cosa sino un enterramiento de hacha en toda regla. Lo sé yo, y estoy segura de que ellos, que la conocen mejor

que yo, lo saben también. Moses duda. No sabe qué hacer, hasta que Lewis le tiende una taza y, sin hablar, los dos se las llenan de café.

El silencio en la cocina es incómodo, pero no soy yo quien ha de hablar. Por una vez en mi vida, creo que he de quedarme calladita y dejar que ellos intenten limar asperezas.

Sentada en el banco, observo cómo se miran. Están tan desconcertados como Sora y, echándome hacia un lado, les dejo un sitio que ellos pasan a ocupar.

Los cuatro estamos sentados alrededor de la mesa de la cocina. La tensión puede cortarse con unas tijeras cuando finalmente Sora, siguiendo mi consejo, murmura:

—No voy a decir que estoy orgullosa de saber lo que sé, pero sí quiero que sepáis que siempre que queráis podéis regresar a Aguas Frías.

Bueno..., no es lo más cariñoso del mundo, pero es un comienzo.

—Gracias, Sora —afirma Moses.

Lewis no dice nada. Simplemente mira a su abuela, y entonces ésta le coge la mano que tiene sobre la mesa y dice:

—Soy consciente de que no soy la abuela que querías, pero deseo que sepas que, a pesar de todo lo que he dicho, te quiero y que, una vez os vayáis, os voy a echar mucho de menos.

Por Dios..., ¡la cosa va mejorando! ¿De verdad la india está escuchando el viento?

Lewis aprieta la mano de su abuela.

—Vendré a verte siempre que pueda.

La mujer asiente y percibo alivio en su mirada. Todavía tiene que practicar un poco más eso de sonreír y ser cariñosa. Entonces, mirando a Moses, pregunta:

—¿Tú también vendrás, grandullón?

Ahora es él el que la mira, y finalmente afirma:

—Por supuesto que sí. Éste ha sido siempre mi hogar, y aquí es donde tengo la única familia que he tenido siempre.

Emocionada, me tapo la boca. Ay, ¡ya voy a llorar!

Al ver mi gesto, Sora me mira.

—¿Y a ti qué te pasa ahora? —pregunta.

Tragándome el nudo de emociones que siento, respondo como puedo:

—Es que soy muy llorona y estas cosas me emocionan.

Moses me revuelve el pelo en un gesto cariñoso. Mi nivel de llorera desciende en ese instante, y estoy sonriendo cuando la puerta se abre y Andrew entra y me dice:

—¿Por qué no me has despertado?

Con mi taza de café en las manos, respondo:

—Caramelito, porque estabas tan guapo durmiendo, que era incapaz de romper el encanto.

Todos ríen por mi respuesta, mientras él se acerca a mí y susurra:

—Anda, dame un mua.

Se lo doy, ¡vaya si se lo doy!

Y Sora protesta:

—Todo el día enganchados como sanguijuelas, ¡qué pesadez!

—Qué le voy a hacer, si soy irresistible —me mofo.

Andrew, Lewis y Moses sueltan una risotada. Entonces Sora, que sonrío por fin abiertamente, mira a Andrew y dice:

—Esta chica vale más de lo que yo creía. No la pierdas, Andy.

Al oír eso, Andy, mi Andrew, le sonrío a su abuela y yo vuelvo a emocionarme.

Dos horas después, el rancho al completo ya se ha despertado.

Todos están nerviosos, dando los últimos retoques al granero y sus alrededores. Una boda es algo excepcional que no ocurre todos los días y, sin duda, lo están disfrutando.

Llega la hora de que las chicas vayamos a vestirnos a casa de Flor, pero no vamos. El padre de la chica ha venido al rancho para decirnos que su hija ha pedido estar sola con su madre y él hasta el momento de ir a la iglesia, y se lo respetamos, ¡faltaría más! Así pues, decidimos vestirnos en la enorme habitación de Sora, que nos la cede para la ocasión. Cuando entro y veo a Nayeli abrazada a Sora y a Ronna sonriendo, sé que una vez más Pocahontas ha vuelto a aplicarse. Poco después, Sara se va.

Entre risas, Ronna y Madison nos ayudan a ponernos los preciosos vestidos largos de color salmón que ellas mismas han confeccionado. Cuando Ronna me está ajustando el cinturón, siento que le tiemblan las manos. Su gesto se contrae y, agarrándoselas, murmuro:

—Tranquila.

Ella asiente y, en cuanto los temblores desaparecen poco después, termina de ajustarme el vestido y justo en ese instante entra de nuevo Sora. Entonces veo que ella y Ronna se miran. Bueno..., bueno..., ¡¿qué

tramarán?!

Durante un rato, la abuela revolotea entre nosotras, hasta que observo que abre su armario y, sacando un vestido igual que los nuestros, dice:

—Madison, éste es para ti.

Sorprendida, ella se queda mirando el vestido.

—Vamos, muchacha —la apremia Sora—. ¿Quién mejor que tú para ser la dama de honor especial de Flor?

Madison se emociona. Mira a Ronna, que sonrío, y rápidamente coge el vestido, se quita el que lleva y se lo pone. Sora me mira a mí y, al ver mis ojos llenos de lágrimas, murmura:

—¿Otra vez vas a llorar, muchacha?

Secándome las lágrimas de los ojos, asiento.

—Ya sabes que soy muy llorona, Sora... —digo—, mucho..., mucho.

Entre risas y confidencias, Ronna comenta que ése era el vestido de Chenoa, y que, sin decir nada, lo había arreglado para Madison dispuesta a enfrentarse a la abuela el día de la boda. Sin embargo, no hizo falta porque, un día antes, ésta le pidió que hiciera un vestido para Madison.

Estoy encantada escuchando lo que dice cuando la puerta se abre y entra Arizona. Como siempre, es bien recibida por todas, y rápidamente se desnuda para ponerse el bonito vestido salmón. Me guiña un ojo, yo se lo guiño a ella, y entonces sé que todo está bien.

Cuando terminamos y salimos de la habitación de Sora para que se vistan las demás, decido ir al baño para recogerme el pelo como el resto en una especie de moño italiano y, para guinda del pastel, me pongo los pendientes que Andrew me regaló por mi cumpleaños. Quedan geniales, y estoy admirándolos cuando Arizona pregunta:

—¿Te gustan? —Yo asiento—. Andy y yo los compramos para ti.

Todas nos miran. Uy..., uy...

Vale. No me ha hecho gracia su comentario, pero sonrío y respondo ante todas:

—Pues tuvisteis muy buen gusto, aunque creía que era Andrew quien me los había comprado.

Al darse cuenta de cómo Nayeli y Madison la miran, Arizona sonrío y afirma:

—Bueno, la verdad es que así fue. Yo estaba con él y lo ayudé a elegirlos.

Asiento. Eso me gusta más.

Una vez acabamos y bajamos al salón, veo que los chicos ya están allí. Están todos impresionantes y, al vernos, nos silban y nos piropean. Y, por increíble que parezca, hasta Tom lo hace.

Mira a su mujer, la tía está guapísima, y por primera vez siento que es amable con ella.

Con una sonrisa, Madison contesta a algo que él le pregunta. Sin duda Madison es una gran persona, aunque tengo tan claro como ella que lo suyo con Tom nunca se arreglará. Demasiado daño entre ellos. No obstante, me gusta ver que aún existe la cordialidad. Eso nunca ha de faltar.

Miro a mi chico, a Andrew. Nunca lo había visto vestido con traje, camisa y corbata, y me deja sin respiración. Dios santo, ¡es todo un modelazo!

Por norma, va vestido informal como yo y, al verlo así, como diría mi Jenny..., ¡mamasita linda, qué galán más aprovechable!

Decir que está guapo, sexi e impresionante es quedarse corto y, cuando se acerca a mí, como una tonta sólo puedo murmurar:

—Estás diferente, Andy.

Él sonrío y, besándome ante todos con normalidad, susurra:

—Y tú, preciosa, *mi niña*.

Encantada con su piropo y su gesto guasón, cojo la falda de mi vestido de honor largo y, subiéndomela, digo:

—¿Incluso con las botas?

Andrew mira mis pies. Ve las botas camperas que me compró, y afirma:

—Eso te hace estar más bonita todavía.

Me deshago... Juro que me deshago de gusto y placer.

Nunca imaginé que algo así me pudiera pasar. Si no es porque es mi vida y la estoy viviendo en primera persona, pensaría que estoy leyendo una novela romántica de esas que a mí tanto me gustan, pero no, ¡esto es real!

Dios santo, ¡me está pasando a mí!

Una vez aparece Cold, el flamante novio con su bonito traje gris marengo, todos lo aplaudimos y, cuando bajan Ronna y Sora, tan guapas y elegantes, la casa se viene abajo. Ronna llora y Sora se emociona, y yo, divertida, me acerco a esta última y le pregunto:

—¿Quién es la llorona ahora?

Nos repartimos en varios coches y vamos hacia la iglesia de Hudson.

Veo que Arizona se monta con nosotros y se sienta al lado de Andrew. El pobre mío me mira. Yo lo miro y, sonriendo, lo cojo de la mano y le hago saber que todo está bien.

Frente a la iglesia hay ya muchísima gente y, cuando llegamos nosotros con el novio, los presentes nos saludan con afecto, mientras Madison y yo los invitamos a todos a entrar. Cuando llegue Flor, tienen que estar todos dentro.

Al rato, el coche de la novia aparece por la esquina. Menudo control que tiene la colega. Rápidamente, las damas de honor vamos hacia ella y, cuando Nayeli abre la puerta y Flor sale del coche, Madison, ella y yo nos abrazamos.

—Dios, ¡qué nerviosa estoy! ¿Voy bien?

—Estás preciosa —afirma Madison.

Flor sonrío y, mirándome, cuchichea:

—He desayunado con cerveza, ¿se nota mucho?

Suelto una risotada y, tras darle un cariñoso beso en la mejilla, respondo:

—Has hecho muy bien. Es un gran día para desayunar con cerveza.

Todas reímos y, una vez sale también del vehículo el padre de Flor, un hombre con cara de bonachón, todos nos apresuramos hacia la entrada de la iglesia. Madre mía, qué nervios.

Esa boda nada tiene que ver con las fastuosas y glamurosas bodas de mis amigas Yanira, Tiffany y Ruth. Ésa es una celebración familiar y sencilla, aunque encantadora. Tremendamente encantadora.

Cuando Nayeli da la señal, el órgano de la iglesia comienza a sonar y entramos las damas de honor. Reconozco que estamos monísimas así vestidas y, mientras camino hacia el altar, no puedo dejar de mirar al hombre que me tiene el cerebro absorbido.

Más guapo no puede estar. Verlo allí parado junto a sus hermanos es motivo de felicidad para mí y, cuando me guiña el ojo, no puedo dejar de sonreír.

Una vez estamos colocadas en el lado opuesto a donde está el novio y sus padrinos, Flor hace su entrada triunfal. Su gesto es de dicha absoluta. Adoro verla así, y sonrío al pensar que ha desayunado con cerveza.

La ceremonia comienza y todo es muy emotivo, y yo, como siempre, me emociono. Ver cómo Cold y Flor pronuncian los votos me llena el corazón pero, de pronto, en el silencio de la iglesia, se oye: «Mami...,

mami..., mami..., te *dama* papi..., papi..., papi. Mami..., mami..., mami..., te *dama* papi..., papi..., papi».

¡Dios, está sonando mi teléfono y lo llevo metido en la bota!

Todo el mundo mira en mi dirección. Es la vocecita de mi hija, que me dice que Joaquín quiere hablar conmigo.

Por ello, y sabiendo que he de pararlo, me agacho, me subo el vestido, saco el teléfono de la bota, lo apago y, una vez vuelvo a incorporarme con cara de circunstancias, miro a todo el mundo y murmuro:

—Perdón. Perdón.

Andrew sonrío, ¡qué bribón! Pero, al verlo, me hace sonreír a mí también. Si es que lo que no me pase a mí no le pasa a nadie.

La ceremonia continúa. Los novios terminan con los votos, se ponen los anillos y, cuando el párroco los declara oficialmente marido y mujer, todos aplaudimos y Cold besa con pasión a Flor, que lo acepta encantada.

¡Dios, qué momentazo!

Los observo encantada, mientras pienso en la cantidad de veces que he imaginado que ese increíble momento, el momentazo del GRAN BESO, me podía pasar a mí.

Una vez salimos de la iglesia, todos lanzamos arroz y pétalos de rosas. Los más brutos les echan alubias, y lo sé porque me han dado un judiazo en el diente que casi me lo parten.

Veinte minutos después, un fotógrafo comienza a hacernos fotos. A los novios con los padres, a los novios con los padrinos, a la novia con las damas de honor. Se hacen millones de fotos y aprovecho para llamar a Joaquín. Por suerte, no quería nada, sólo que la niña deseaba hablar conmigo.

Mimosa, charlo con ella, mientras tengo el bullicio de la boda a escasos metros de mí y observo cómo Arizona coge a Andrew del brazo y le pide al fotógrafo que les haga una foto. Sin ganas de mirar lo que no quiero ver, me doy la vuelta y continúo hablando con mi chiquitina.

Una vez cuelgo, vuelvo a meter el móvil en mi bota. Al no llevar bolso, es lo que tiene, y yo sin mi móvil ¡no soy nadie!

Cuando por fin decidimos coger los coches para regresar a Aguas Frías, ya está anocheciendo, y le pido a Cold que lleguen los últimos. Así, ya tendremos las luces encendidas y a Flor le impresionará más nuestra sorpresa. Él asiente encantado y, junto a Andrew, regresamos al rancho.

En el camino, el resto hablan, y yo apoyo la cabeza en su hombro mientras escucho la música country que sale de la radio y sonrío. ¡Qué feliz estoy!

Al fin, llegamos al rancho y, tras nosotros, todos los invitados. Moses y Lewis se encargan de indicar a todos dónde aparcar, mientras Nayeli, Madison y yo les explicamos que tienen que buscar sus nombres en una lista que hay en una mesita junto a la entrada del granero. En ella pone el número de la mesa donde tienen que sentarse.

Todo funciona a la perfección, y lo mejor es ver la cara de todos cuando entran en el granero. Estoy deseando que venga Flor.

Cuando todos los invitados han llegado y vemos llegar el coche de Tom con los novios, Sora se acerca a mí y murmura al ver que me retuerzo las manos:

—No te preocupes, sin duda esto es lo que quería Flor y, por suerte, tú has podido dárselo.

—Yo no, Sora. Se lo hemos dado entre todos.

La mujer me mira y se encoge de hombros con una sonrisa.

Como había imaginado, la cara de la novia al bajar del coche y encontrarse la señal que indica que allí es su boda y la de Cold la hace reír. Camina de la mano de su recién estrenado marido y, cuando ve los sofás de paja y raso, nos mira boquiabierta y Madison y yo sonreímos. Aun así, lo mejor viene cuando se para frente al granero y ve el trabajo que hemos hecho allí: se emociona, llora y nos abraza mientras nos da las gracias una y mil veces, y nosotras terminamos llorando con ella.

Una vez Flor se repone, entra en el granero, que ahora es un lugar lleno de luz, encanto y romanticismo. Su gesto, su sonrisa y toda ella me hace saber lo dichosa que está y, cuando los camareros empiezan a servir, me siento junto a Andrew y sus hermanos y por fin disfruto de la boda.

Durante horas, reímos y nos divertimos. Todo está saliendo genial. Los entrantes son exquisitos; las croquetas de Betsy, superiores, y la carne que se han currado muchas de las invitadas es para quitarse el sombrero.

Cuando llega la tarta, mi gran aportación, todos la miran como si se tratara de una nave espacial. Alucinan. Nunca han visto una tarta como la mía y, entre risas, los novios dicen que les da hasta pena cortarla.

Orgullosa, escucho junto a Andrew los discursitos que todo el que quiere les regala a los novios mientras nos comemos la tarta. Son emotivos y, cuando habla Andrew, hace un pequeño homenaje a su padre y

a su hermana. Todos nos emocionamos, incluida yo, que no los he conocido, pero es que cuando alguien llora a mi alrededor, rápidamente me identifico con él.

Una vez acabados los discursos, brindamos con el champán que Moses ha conseguido. Está buenísimo, y Cold le da la sorpresa a Flor y a todos de que se van esa misma noche de viaje de novios a Florida. La cara de la novia es indescriptible cuando él le entrega los pasajes de avión y todos aplaudimos encantados.

Sin duda, esa maravillosa fiesta y la sorpresa de Cold ha sido por trabajar en equipo, y es para darnos un diez sobre diez a todos.

Andrew no se separa de mí ni un instante y yo se lo agradezco. Me gusta tenerlo cerca y, cuando entran los músicos que van a amenizar el baile, todos aplaudimos, chillamos y silbamos.

Después de la cena, mientras los camareros retiran las mesas y las colocan a un lado, los invitados salimos al exterior, donde rápidamente se ocupan los improvisados sofás que hice. Estoy mirando el cielo cuando Andrew llega hasta mí con dos copas de champán en las manos y murmura entregándome una:

—Creo que mejor no podría estar saliendo todo, ¿verdad?

Asiento. Tiene razón.

De pronto comienza a sonar la canción de Cold y Flor, y ambos la bailan muy acaramelados mientras nosotros los observamos encantados.

—¿Sabes, Andy? —digo entonces—. Este improvisado salón de boda lleno de familia, amigos, amor y felicidad es lo que siempre he deseado para mí si algún día me casaba.

Él bebe, y de pronto soy consciente de lo que acabo de decir. Dios, ¡qué bocazas soy! Y me apresuro a aclarar:

—Pero, vamos, que no es que yo esté pensando en casarme, sólo digo que...

—¿Te gustaría una boda así?

Su pregunta es directa, y mi respuesta también lo es.

—Sí.

Andrew sonrío, sabe Dios lo que piensa, y a continuación suelta:

—Espero que tu sueño se cumpla.

Asiento. Su respuesta me ha desconcertado y, cuando veo que se ríe, pregunto:

—¿De qué te ríes?

Mi vaquero deja la copa que tiene en las manos sobre una de las improvisadas mesitas.

—Me río porque aún recuerdo la última boda a la que asistimos.

—¿La de los Ferrasa con Ruth y Tiffany?

—Sí. Esa boda no tenía nada que ver con ésta.

Sonrío. Tiene toda la razón.

—Ellas tuvieron la boda multitudinaria que se esperaba al casarse con Tony y Omar Ferrasa. Pero ni yo soy una Ferrasa, ni creo que tenga a tanta gente que invitar.

—Y ¿no preferirías una boda glamurosa en Los Ángeles, en un local chic de esos que sueles frecuentar con un menú minimalista, a las croquetas de Betsy y la carne asada de mi madre?

Ver lo superficial que cree que soy en ciertos temas, me toca las narices.

—Pues mira —respondo contemplándolo—, aunque me gusta la langosta y el caviar, también me gustan las croquetas y la mortadela. Vengo de una familia sencilla, más sencilla aún que la tuya. Pero ¿quién te crees que soy?

—Creo lo que veo.

—¿Y qué ves?

—Veo a una mujer independiente que suele trabajar en restaurantes de lujo, vive en una zona de Los Ángeles que no es barata, tiene un buen coche, un buen nivel de vida, viste ropa cara y...

—Y todo eso, amiguito, me lo he currado yo con estas manitas —digo enseñándoselas—. Vale, no te voy a mentir: tengo unas amigas con más dinero que el Tío Gilito y sé que nunca permitirían que me faltara de nada, pero tú mismo, cuando te conocí, eras vigilante en discotecas y eventos y, a raíz de que Ruth se casó con Tony Ferrasa, pasaste de trabajar en esos sitios a ser jefe de seguridad de giras mundiales como la de mi amiga Yanira. ¿Acaso crees que, si no hubiera sido por Ruth y Tony, tú habrías llegado a eso?

Mi respuesta mordaz le molesta. Sabe que lo que digo es cierto y, cuando va a contestar, siseo:

—Mira, lo que está claro es que, en esta vida, unos y otros nos ayudamos y, al igual que a mí Yanira y su marido Dylan me han ayudado a conseguir buenos trabajos, a ti te ha ocurrido lo mismo. Y, por cierto, tú también eres un hombre independiente, con un buen coche y una buena

moto, que vive en un apartamento en un sitio de Los Ángeles que no es barato; ¿acaso lo has olvidado?

Andrew sonrío.

—Empate técnico. No discutamos en un día tan bonito como hoy.

—Lo último que quiero es discutir, pero no me piques, ¿entendido? —Entonces, al oír los aplausos de los asistentes y que la música acelera el ritmo, digo tirando de él—: Vamos, vaquero, ¡a bailar!

Durante horas, bailamos, nos besamos, lo pasamos bien, y disfruto de la divertida boda campestre.

Todos los McCoy están felices, y ver a Sora sonreír junto a Ronna me hace saber que todo en esta vida puede mejorar. Si esa vieja india con más malas pulgas que Toro Sentado está allí feliz y rodeada de su familia, ¿qué no puede ocurrir?

En un momento dado, Sean O’Bradey me saca a bailar. Al muy puñetero le encanta picar a Andrew y, cuando veo sonreír a mi vaquero, sé que por fin se ha dado cuenta de que Sean no es el peligro que él cree.

La música sigue y, entre bailes y risas, llega la madrugada. Poco a poco, los invitados comienzan a marcharse y queda tan sólo la familia; al acabar de bailar con Lewis una pieza rápida, vamos a beber algo cuando de pronto siento que alguien me coge por el brazo con urgencia y veo que es Andrew.

Su gesto ya no es sonriente, ni tranquilo, y sus ojos desprenden rabia. Sin entender qué le pasa, lo miro, y él pregunta:

—¿Es cierto lo que dice Arizona?

Nooooooooooooooooooo..., ¡ahora eso noooooo!

El gesto de Andrew es indescifrable. Está tremendamente enfadado. Y, cuando observo a la guapa Arizona a su lado, me cago en toda su estirpe por la guarrada que acaba de hacerme al chivarse de algo que pensé que quedaría entre nosotras dos.

La miro. Ella me mira, y Andrew insiste:

—Dime que no es cierto lo que ella me ha contado.

Todos nos observan. Moses, Madison y Flor se acercan a nosotros cuando murmuro:

—No sé lo que te ha dicho, pero...

—Simplemente le he dicho la verdad —suelta entonces Arizona—.

Lo que me pediste.

¡La madre que la parió!

—Joder, joder... —susurro en un hilo de voz mientras Lewis intenta calmar a su hermano, que parece estar cada vez más alterado.

A continuación, se acercan también hasta nosotros Sora, Ronna y Nayeli, junto a Tom y Cold.

Con el gesto cada vez más desencajado, Andrew exige:

—Entonces ¿es cierto lo que dice Arizona? ¿Es cierto que le pediste que...?

—No —lo corto—. Bueno, sí, pero todo tiene una explicación.

—¿Explicación?! —grita él fuera de sí—. ¿Qué explicación tiene, maldita sea?

Vale. Entiendo que esté enfadado por lo que hice. Nunca debería haberle pedido a la puñetera Arizona que intentara reconquistarlo. Pero, cuando voy a replicar, Andrew vocea:

—¿Qué explicación tiene que le pidas que se acueste conmigo y se quede embarazada?! Pero ¿qué querías conseguir con eso?!

—¿Qué?! —exclamo boquiabierta y, mirando a la pelirroja, siseo mientras noto que comienzo a perder los nervios—: Eso no es verdad, y lo sabes.

Sin perder su angelical carita de querubín, Arizona responde tranquilamente:

—Coral..., yo no tengo por qué mentir.

Doy un paso hacia ella. Eso que afirma no es verdad, e insisto, esta vez mirando a Andrew:

—Mira. Puedo tener muchos fallos, pero te juro por lo que tú quieras que eso no es verdad. Hablé con ella y le pedí que...

—¿Le pediste? ¿Qué le pediste?

—Si me dejas hablar, podría explicártelo.

—Da igual lo que expliques. Los hechos están muy claros. No puedes negar la obviedad —afirma Arizona cogiéndolo del brazo para acercarlo a ella.

Uy..., uy..., lo que me está entrando por el cuerpo.

Entre la falsa acusación y lo que estoy viendo, me estoy calentando por momentos y, cuando aprieto los puños, Moses, que está detrás de mí, dice:

—Tranquila, que te estoy viendo venir.

Entiendo lo que dice. Aflojo los puños para no cometer una tontería, yo no soy una macarra.

—¿Sabes? —bufa Andrew—, lo que no entiendo son tus numeritos de celos.

—Escucha, Andy, lo cierto es...

—Andrew para ti —me corta—. Y, en cuanto a «lo cierto», ¿quieres que te diga yo lo que es cierto o no?

Al mirar a nuestro alrededor, veo que toda la familia nos rodea y, angustiada por lo que se me viene encima, murmuro:

—Andrew, no...

Pero el huracán Andrew ya ha tocado tierra y, sin piedad, cuenta ante todos los presentes la verdad de nuestra relación. Ni novios ni nada. Las caras de todos, excepto la de Madison, son de decepción absoluta. Me miran con extrañeza y, cuando él termina, digo con la poca entereza que me queda:

—Sabes que todo comenzó así, pero a día de hoy mis sentimientos hacia ti son verdaderos. Tremendamente verdaderos.

—¿Acaso crees que en este instante me importan tus sentimientos? —replica él.

Esas palabras y su frialdad me rompen el corazón. No. No puede estar ocurriendo esto. No puede quebrarse la magia tan especial que se había creado entre nosotros.

—Andrew..., no lo hagas —murmuro.

Lo conozco. A pesar del poco tiempo que llevamos juntos, lo conozco muy bien, y sé que lo ocurrido va a hacer que se distancie de mí. Como él dijo hace poco, o todo o nada y, sin duda, el nada va a ganar.

Arizona, que sigue sujetándolo por el brazo con propiedad, me mira, pero como no quiero darle más importancia a esa asquerosa, insisto:

—Hablemos. Habla conmigo, por favor, Andrew.

—Contigo ya no tengo nada más que hablar —sentencia él.

—Andy, hijo —protesta Ronna—. Creo que...

—Mamá, por favor, no te metas en esto —sisea clavándome puñales con la mirada.

Abochornada, dolorida y humillada, miro a mi alrededor.

Todos están desconcertados. No esperaban eso de mí, de nosotros. Y, cuando no aguanto más, me estiro todo lo que puedo, a pesar de lo pequeña que me siento en este instante y, mirando a Ronna y a Sora, digo:

—Lo siento. Siento la decepción que podéis tener con respecto a mí,

pero os juro que es mentira lo que dice Arizona. Yo nunca le he pedido esa barbaridad, aunque reconozco que, antes de enamorarme como una tonta de Andrew, y buscando su felicidad, le pedí que lo reconquistara, y...

—¡Coral! —grita él entonces para llamar mi atención.

Cuando lo miro, coge con frialdad a Arizona por la cintura. Tiemblo. Intuyo lo que va a hacer, y entonces la besa en la boca delante de todos y el corazón se me encoge. No sé qué hacer. No sé qué decir, mientras el hombre al que amo, al que adoro, me desprecia ante su familia.

Sin poder apartar la vista, aguanto como una jabata y, cuando el beso finaliza, Arizona sonrío y Andrew sentencia mirándome:

—Si esto es lo que querías, lo has conseguido.

Luego, sin soltarla, da media vuelta y se marcha con ella.

Desolada, lo veo alejarse con Arizona. Quiero ir tras él. Necesito hablar con él y explicárselo todo con tranquilidad pero, cuando voy a hacerlo, Tom se interpone en mi camino.

—Creo que es mejor que ahora lo dejes. Andy necesita su tiempo.

—Y Arizona...

—Arizona... no es tú —matiza Tom.

Quiero apartarlo de en medio, quiero protestar, gritar. Ya sé que Arizona no es yo. Me muevo intranquila sin saber qué hacer, hasta que Sora, que ha permanecido impassible escuchándolo todo, afirma:

—Tom tiene razón. Es mejor que de momento te mantengas al margen.

Tengo ganas de llorar, unas terribles ganas de llorar, cuando murmuro mirando a las personas que aún me rodean:

—Lo siento. Siento haberos engañado, pero...

Uno a uno, todos asienten. No dicen nada, pero siento que les he decepcionado, les he fallado, y se dan la vuelta, se van y me dejan allí. El corazón se me rompe por segundos y, cuando sólo quedan Madison y Flor frente a mí, me abrazan y me alejan del precioso cobertizo lleno de luz.

Ambas me dan todo su cariño, y yo me horrorizo al ver que le estoy jorobando la noche a Flor. No es justo. No es justo que le estropee el día de su boda.

Un buen rato después, cuando Cold viene a buscarla, la animo a que se marche con él. Han de hacer el equipaje para irse a Florida de viaje de novios.

La pobre me besa. Nos besa a Madison y a mí con una enorme

tristeza. Sabe que, cuando regrese, ninguna de las dos estaremos ya allí y, entre lágrimas y risas, nos despedimos, prometiéndonos no dejar de saber nunca las unas de las otras.

Cold, el duro Cold, también nos abraza y, cuando ve que se va a derrumbar, se separa de nosotras. Flor nos da un último beso y luego ambos se marchan.

Una vez se han ido, Madison y yo subimos a su habitación para hablar. Yo hablo, hablo y hablo. Digo todo lo bueno y lo malo que se me pasa por la cabeza, ella me escucha y yo se lo agradezco. Soy como una cotorra que busca explicaciones a las cosas descabelladas que hago, pero nada..., no las encuentro.

¿Cómo pude pedirle aquello a Arizona y pensar que no lo contaría después?

¿Cómo pude confiar en ella y no imaginar que atacaría con crueldad?

Sobre las seis de la madrugada, agotada, decido regresar a la cabaña. Tarde o temprano, Andrew aparecerá por allí y podré hablar con él.

Tras dejar a Madison en su habitación, camino en silencio hasta llegar allí. Al entrar y ver el salón tal y como lo dejamos, intuyo que Andrew no ha llegado aún, y decido salir y esperarlo fuera.

Sentada en el balancín del porche, donde he estado muchas veces charlando con Andrew, observo a los caballos que hay al otro lado de la cerca, especialmente a mi potrillo. Ése fue el regalo de Sora por mi cumpleaños, pero llevármelo es una locura. Estoy segura de que estará mejor en Aguas Frías. Hablaré con Tom antes de irme en relación con él y su manutención.

El tiempo pasa, los caballos están tranquilos; no como yo, que estoy atacada de los nervios.

Pero ¿dónde se ha metido Andrew? ¿Seguirá con Arizona?

De pronto oigo unos pasos, me levanto con la esperanza de que sea él, aunque me encuentro con Sora y Ronna. Ambas me miran. No sé qué hacer. No sé qué decir, hasta que Ronna abre los brazos y, necesitada de ese abrazo por parte de ella, me cobijo en sus brazos mientras ésta murmura:

—Tranquila, hija..., tranquila.

Cuando consigo serenarme y despegarme de ella, miro a Sora, que me observa con gesto serio.

—Saber la verdad con respecto a Andrew y a ti no me ha agradado —

murmura—, pero reconozco que haberte conocido sí.

Eso, viniendo de ella, es mucho.

—Lamento que tuvierais que enteraros de esta forma de nuestra mentira, pero quiero que sepáis que lo que siento por Andrew y por todos vosotros es real. En mis planes no estaba enamorarme de él, y sólo espero que me escuche cuando regrese.

Sora y Ronna se miran. Uy..., uy..., esa miradita suya me dice algo.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Ronna niega con la cabeza y Sora dice:

—Te lo diré sin paños calientes, muchacha. Dudo que Andy te escuche porque se ha marchado de Aguas Frías.

—¡¿Qué?!

Ah, no..., no puede haberme hecho eso. ¿Cómo se va a ir dejándome allí?

—Según nos ha contado Lewis —prosigue Ronna—, entre él y Moses han intentado frenarlo, pero les ha sido imposible y lo han visto coger su equipaje y marcharse en su coche con Arizona.

Incrédula porque haya hecho eso, entro a toda leche en la cabaña. Abro la puerta de la habitación que hasta la noche anterior he ocupado con Andrew y, al ver que no está su maleta ni ninguna de sus pertenencias, maldigo en español.

—No sé qué has dicho —cuchichea Sora, que está detrás de mí—, pero algo me dice que no era muy bonito.

Resoplo. Lo que he dicho en español no, no es muy bonito y, cuando voy a añadir algo, Ronna indica:

—Lo mejor ahora es que descanses. Puedes quedarte aquí o puedes venir a la casa grande a dormir. Mañana podrás pensar con más claridad y...

—Me quedo aquí —musito en un hilo de voz.

No me puedo creer que Andrew se haya ido con Arizona y me haya dejado allí tirada. Pero ¿cómo ha podido hacer eso, por muy enfadado que esté?

Una vez consigo hacerles entender a Sora y a Ronna que estaré bien y les prometo que no me marcharé de allí sin despedirme de ellas, a diferencia de lo que ha hecho Andrew, las mujeres regresan a la casa grande. Sin querer pararme o me volveré loca, cojo las toallitas desmaquilladoras, las cremas y entro en el baño a quitarme el maquillaje

especial que llevo para la boda.

Cuando acabo, voy a la enorme habitación, en la que ya no está Andrew conmigo y, tras quitarme el bonito vestido de dama de honor, me quedo tan sólo con la ropa interior y las botas que él me regaló.

Me miro los pies y suspiro. Me agacho, saco mi móvil de mi bota derecha y, antes de dejarlo sobre la mesilla, veo algo que me parte el corazón. Allí está la pulsera de cuero que le regalé, ésa en la que pone «¿Repetimos?». Sin tocarla, la miro y siento un escalofrío que me hace temblar. Dios, ¿por qué todo en el amor me sale mal?

Cojo una camiseta y me la pongo, me tiro sobre la cama y, estoy contemplando las estrellas a través de la ventana que hay en el techo cuando suenan unos golpes en la puerta. Al incorporarme para mirar, veo que se trata de Madison.

Nos miramos a los ojos. No hablamos y, finalmente, ella entra en la habitación y se tumba a mi lado.

Durante varios minutos permanecemos calladas, hasta que dice:

—Siento cómo ha acabado todo entre Andy y tú.

—Lo sé.

El silencio vuelve a instalarse, y luego prosigue:

—Nunca imaginé que mi última noche en Aguas Frías sería en esta cabaña, contigo.

La miro. Sin duda ella también tiene el corazón tan roto como yo, y murmuro:

—Siento que sea tu última noche, y la mía también.

Madison agarra mi mano. Me la aprieta para transmitirme fuerza, y murmura:

—Descanemos. Es lo mejor.

Cuando abro los ojos horas después, la preciosa luz de Wyoming entra por la ventana y, en décimas de segundo, recuerdo todo lo ocurrido. El olor a café inunda entonces mis fosas nasales. ¡Andrew! Me levanto a toda prisa en camiseta y bragas, abro la puerta de la habitación y la decepción se apodera de mí cuando veo que no hay nadie. Sólo una nota de Madison sobre la mesa, que dice:

Tómate un café y ven a la casa.

Suspiro. Me doy una ducha, me tomo el café y, como me ha pedido,

voy hacia la casa grande.

Mientras camino hacia allí, los vaqueros que se cruzan conmigo me saludan con la misma sonrisa de todas las mañanas. Al menos, para ellos sigo siendo la de siempre, no una traidora.

Al entrar en la cocina, me encuentro con Ronna, Sora, Nayeli y Madison. Todas tienen los ojos llorosos, por lo que pregunto asustada:

—¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo a Andy?

Madison es la primera en reaccionar y, limpiándose las lágrimas, murmura:

—No..., no, tranquila. Es sólo que, dentro de un par de horas, vendrá un coche a buscarme para llevarme al aeropuerto. Hoy vuelo a Nueva York.

Asiento. Es verdad y, sintiendo los ojos de todas sobre mí, murmuro:

—Si no te importa, aprovecharé ese coche para ir al aeropuerto yo también. Creo que ha llegado la hora de regresar a Los Ángeles.

Madison asiente, pero Ronna, Sora y Nayeli intentan hacerme cambiar de parecer. Sentir su cariño y su apoyo me hace bien, pero he de marcharme de allí o me volveré loca.

Cuando por fin se convencen y entienden mis prisas por marcharme, regreso a la cabaña. Allí, hago mi equipaje todo lo rápido que puedo, mientras siento que el corazón se me va a salir del pecho. Me voy. Me voy de allí para siempre, y sin Andrew.

Mi maleta está a rebosar, llevo más cosas de las que traje y, recordando haber visto una bolsa de deporte en el armarito de la otra habitación, la cojo. Ya se la devolveré. En ella, meto el precioso vestido de novia que Flor y Madison me regalaron, sin mirarlo. No estoy yo para tonterías.

Una vez acabo y guardo los regalitos que le llevo a mi niña, mis ojos vuelven a mirar la pulsera de «¿Repetimos?», que sigue sobre la mesilla. Dudo si llevármela o no, pero al final decido que no. Los recuerdos que me llevo en el alma, en la cabeza y en el corazón ya son bastantes para martirizarme durante un buen tiempo.

Cuando termino de recoger todas mis pertenencias, me pongo mi sombrero vaquero y, antes de salir de esa cabaña, a la que nunca volveré, miro a mi alrededor con nostalgia y, con una triste sonrisa, murmuro:

—Me ha encantado estar aquí.

Tras salir por la puerta, miro a *Apache*, el potrillo que Sora me

regaló y del que tengo que despedirme. Antes he hablado con Sora de él, ella me ha prometido que puede quedarse allí y se ha negado a cobrarme nada. Encantada, veo cómo éste corretea feliz tras la valla, y sé que he tomado la mejor decisión para él.

—Él y todos los demás esperamos que regreses de visita con tu niña.

Al volverme, me encuentro con el bueno de Lewis, pero no digo nada. ¿Cómo voy a regresar a Aguas Frías?

—Me ha dicho mamá que te marchas con Madison.

Asiento e intento sonreír.

—Sí. Creo que es lo mejor. Andy..., Andrew se ha marchado y yo ya no pinto nada aquí.

Durante unos segundos nos miramos a los ojos, hasta que finalmente Lewis abre los brazos y yo me cobijo en ellos y lo oigo decir:

—Ocurra lo que ocurra entre mi hermano y tú, Moses y yo queremos seguir en contacto contigo, ¿entendido?

—Te lo prometo —afirmo tragándome las lágrimas.

Moses llega entonces hasta nosotros y, con una candorosa sonrisa, me abraza cuando Lewis me suelta y dice:

—Te voy a echar de menos, reina de la salsa, pero espero volver a verte aunque no sea aquí. Y, recuerda, el pulgar siempre fuera si vuelves a dar otro puñetazo. —Sonrío. Ay, que lloro... A continuación, Moses añade —: Vamos. El taxi ya ha llegado.

Cogida del brazo de esos dos hombres tan increíblemente maravillosos, camino hacia la casa grande, donde hay multitud de vaqueros esperando. Según me aproximo, veo que todos se despiden de Madison y, cuando me ven, comienzan a despedirse también de mí. Nadie hace la menor alusión a lo que intuyo que se comenta. Sin duda deben de preguntarse dónde está Andrew y por qué me marché sin él. Sólo se dedican a abrazarme, a desearme buen viaje y a pedirme que regrese a visitarlos.

Una vez los vaqueros se han ido y me quedo a solas con la familia McCoy, mientras Nayeli me aprieta entre sus brazos terriblemente compungida, observo que Madison y Tom se dan un abrazo. Se despiden, y saben que su vida va a cambiar a partir de entonces. Cuando se separan, Madison sonrío y murmura:

—Que tengas mucha suerte.

—Lo mismo digo, Madison —afirma Tom de buenos modos.

Ay, qué mona es esta chica... Con lo mal que se ha portado él y los cuernos que le ha puesto, desde luego, si fuera yo, la patadita en los huevos que le calzo antes de irme no me la quita ni Dios. Pero Madison es así. Es buena, afable y sabe perdonar.

Ronna me abraza, me hace prometer que las visitaré, y yo, por no disgustarla, le digo que sí y le hago prometer lo mismo. Espero su visita en Los Ángeles. Tom me abraza. Se despide de mí y me asegura que entre todos cuidarán a *Apache*. Eso me hace sonreír.

Cuando me suelta y miro a Sora, a la que no le gustan los abrazos, me río y digo:

—Te guste o no, lo voy a hacer.

No digo más. Aunque es ella la que me abraza con fuerza mientras murmura:

—Aquí no sólo te espera *Apache*. Y recuerda: «Escucha el viento que inspira. Escucha el silencio que habla y escucha tu corazón, que sabe».

Ese proverbio, que tanto significa para las dos, nos hace sonreír y, tras darle un último beso, Lewis y Moses vuelven a besarme y me meto en el taxi, donde ya está Madison, y con la mano digo adiós.

Cuando el coche arranca, Madison y yo nos agarramos de la mano. Sin duda, parte de nuestro corazón se queda en Aguas Frías.

Al llegar al aeropuerto, por suerte para mí, compruebo que hay un vuelo a Los Ángeles que sale cuatro horas más tarde, y hay billetes disponibles. El avión de Madison sale antes. Y cuando, una hora y media después, ella tiene que embarcar, mientras nos abrazamos, nos prometemos volver a vernos y luego, con una sonrisa, nos decimos adiós.

Asomada a los grandes ventanales de la sala de espera del aeropuerto, veo cómo su avión se mueve, se encamina hacia la pista y, poco después, despegá.

Con mi bolso de mano, me dirijo hacia unas butacas. Allí, me siento y rumio en soledad durante un buen rato mis penas y tristezas mientras escucho tristes canciones country.

Soy una idiota. Una gran idiota.

Cuando comento problemas de amor de mis amigas, por mi desfachatez da la impresión de que me como el mundo, y ahora que esos problemas los tengo yo, me doy cuenta de que el mundo me come a mí.

Miro mi teléfono. Allí hay cobertura, y le escribo un wasap a Yanira:

Si estás sola, llámame. Necesito hablar.

Dos segundos después, mi teléfono suena. Es ella y, al cogerlo, digo:
—Tonticenta al habla. La he cagado. Me he enamorado de él y ¡la he liado!

—Coral...

—Ayer fue la boda de Cold y Flor. Fue preciosa, increíble. Lo estábamos pasando bien cuando, de pronto, la puñetera Arizona, la ex de Andrew, le fue con el cuento de lo que le pedí, y encima añadió que yo le había sugerido que se acostara con él para quedarse embarazada. ¿Te lo puedes creer? ¿Te puedes creer lo que esa zorrasca con cara de angelito se ha inventado? Oh, Dios... ¡Oh, Dios! Yo es que todavía no doy crédito a lo que una mujer llega a inventarse por jorobar a otra. Y, claro, Andrew se enfadó. Normal, pero ¿cómo no se iba a enfadar? Y, furioso y sin dejar explicarme, les contó a todos que lo nuestro era una mentira y se marchó, ¡se marchó con Arizona y me dejó sola en el rancho!

—Coral...

—Y, claro..., imagínate la situación. Yo, la mentirosa, la repudiada por él, allí, con su familia. Pero, ¡ay, Yanira!, todos me han demostrado que son unas increíbles personas. En lugar de echarme de allí por ser una puñetera mentirosa, por no decir algo peor, me han tratado con respeto y cariño. ¡Pero si hasta incluso quieren que regrese a visitarlos!

—Coral...

—Y aquí estoy, en el aeropuerto de Jackson Hole, loca de amor por un hombre que me detesta y a punto de coger un vuelo que me lleve a Los Ángeles, de donde nunca debería haber salido. —A continuación, cojo aire y añado—: Y, ahora, ¿vas a decir algo o sólo he llamado para que me escuches?

Oigo cómo resopla y gruñe.

—Si cierras esa boquita repleta de dientes que tienes durante un par de segundos, quizá podría decir algo, ¿no crees?

—Bueno, mujer, tampoco es para ponerse así.

A partir de ese instante, me limito a escuchar las verdades como puños que me dice Yanira. Sé que tiene razón en todo. Sé que en este lío me he metido yo solita porque me ha dado la gana y, cuando por fin mi amiga me dice todo lo que ha querido decirme en todo este tiempo, tanto lo bueno como lo malo, finaliza:

—Y ahora, te vas a subir a ese puñetero avión. Vas a descansar y, cuando llegues a Los Ángeles, nos vemos. Ahora mismo le digo a Dylan que tengo que volver.

—¡Ni se te ocurra! Dylan no me lo perdonará si...

—Oye..., ¡que cierres el pico! Y, tranquila, que Dylan no va a decir nada. Sabe que eres mi hermana, y que tú nunca, ante ningún problema mío, me has dejado sola. Por tanto, tranquilízate y nos vemos en Los Ángeles, ¿de acuerdo, Tonticienta?

—De acuerdo —afirmo antes de despedirme de ella y cerrar el móvil.

En ese instante, por los altavoces anuncian mi vuelo y, deseosa de hacer lo que me ha pedido mi amiga, embarco, pido un antifaz y, como puedo, me duermo.



La llegada a Los Ángeles es dura, y más al regresar, a mi hogar.

Cuando salí de allí no pensé que fuera a volver con tal mal sabor de boca. Una vez suelto las maletas en medio del salón, suspiro. Descorro las cortinas, abro la puerta de la terraza, el aire fresco del mar entra y siento que vuelvo a respirar.

Con cuidado, salgo a la terraza. No sé si Andrew se encuentra en su casa o no y, al mirar y verla cerrada, intuyo que no está.

Pero ¿dónde se habrá metido?

Consciente de que estoy totalmente descontrolada en cuestión de sentimientos, comienzo a pensar que quizá se ha replanteado una vida con Arizona. Y, si es así, ¿qué puedo hacer?

Con el corazón latiéndome a toda velocidad, entro de nuevo en casa, cojo mis maletas, las deshago y, al ver el vestido de novia, lo saco y lo guardo en mi armario. No quiero ni verlo.

Cuando llevo varias cosas al baño, aprovecho y abro el grifo de la bañera para que vaya llenándose. Echo mis sales aromáticas y su olor me recuerda a mi niña y a nuestros divertidos baños.

Como no quiero llorar por mi corazón dolorido, decido llamar a Joaquín para que sepa que ya estoy de vuelta. Rápidamente me pasa con Candela, y durante el rato que hablo con ella se me olvidan todos los males. Necesito a mi niña y, por suerte, antes de una semana ya la tendré de nuevo junto a mí.

Cuando el baño está listo, enciendo el equipo de música y pongo el CD de Keith Urban que Andrew me regaló. Necesito escucharlo.

Mientras canturreo, saco una cervecita de la nevera y me dirijo al lavabo. Allí, me desnudo, me meto en la bañera y, cuando el agua empapa mi cuerpo, suspiro de placer.

Mientras me baño, escucho las canciones que tanto me gustan y, en el momento en que comienza a sonar *Somebody Like You*,[\[27\]](#) cierro los ojos y pienso en las veces que él y yo la hemos bailado mirándonos a los ojos.

Vale. Ya sé que no es la música que debería escuchar en estos momentos de bajón total, pero es lo que necesito. Soy como el resto de la humanidad. Ante el desamor, la tristeza y la pena, soy una masoquista y escucho las canciones de amor que me hagan recordar, maldecir, llorar y todo lo que me proponga.

No puedo ocultar lo que siento, es imposible mientras mi atontado corazón no deje de latir lentamente ante mi tristeza. Y ni que decir tiene que estoy perdida en un mar de dudas, dudas que tendré que olvidar, porque no va a merecer la pena buscarles una explicación.

Intento convencerme de que Andrew, el Andrew que siempre conocí, ha regresado y ha vuelto a blindar su corazón. ¿O quizá nunca lo desblindó y lo suyo fue puro teatro?

No tengo respuesta a esa pregunta, ni la tendré.

Sin duda, conociéndolo, hará todo lo posible para olvidar mi nombre y mis besos y pasará a ser una *preciosa* más para él. O, peor, pasará a ser una traidora, como en su tiempo lo fueron Madison, Arizona, Chenoa y Sora.

Pensar eso me hace sonreír con amargura. ¿Quién iba a decirme a mí que formaría parte de esa lista negra suya?

La tía dura que hay en mí me grita que me quiera, que no me arrastre en busca de explicaciones. Bastante he hecho abriéndole mi corazón a sabiendas de que podía salir mal.

Pero me desespero. Me desespero pensando en él..., en cómo me abrazaba, en su sonrisa, en nuestros momentos divertidos... Al final llego a una única conclusión: se olvidará de mí, de nuestros besos, pero nunca de nuestros recuerdos, como yo tampoco los olvidaré.

Pienso..., pienso..., pienso..., mientras las canciones se suceden una tras otra y vuelvo a darme cuenta de lo sola que estoy.

¿Por qué no hice caso a mi cabeza?

¿Por qué no escuché a Yanira?

¿Por qué..., por qué..., por qué...?

Son demasiados porqués a los que no puedo contestar porque me lancé a la piscina sin flotador, ni manguitos y, al final, me he hundido.

Maldita sea, ¿cuándo aprenderé a nadar? O, mejor, ¿cuándo

aprenderé a no tirarme a la piscina en lo que a hombres se refiere?

Iba bien. Mi vida iba muy bien tras la última decepción con Joaquín. Había logrado fabricarme una excelente coraza que ningún hombre traspasaba, pero sin duda Andrew la traspasó y yo dejé que lo hiciera, y ahora la que ha perdido en todos los sentidos soy yo, y sólo yo.

Cuando estoy arrugada como un garbanzo, decido salir de la bañera y me tumbo en la cama. Doy mil vueltas, pero finalmente no me duermo. Necesito desconectar del mundo y de Andrew. Necesito olvidar y dejar de ahogarme en mi pena.

Pongo la canción que me hace sentirlo a mi lado, la canto. Se acaba. La pongo otra vez, y entonces suena el timbre. Voy a la puerta, echo un vistazo por la mirilla y, al ver a mis chicas, abro la puerta y, mirándolas, murmuro a media voz:

—Odio el amor, ¡lo odio!

—Cuqui... —dice Tiffany con cariño.

Ruth, Yanira, Valeria y Tiffany me abrazan. Todas han acudido a mi rescate, y por primera vez en muchas horas siento que mi vida no se va a acabar, aunque siga escuchando esa bonita y maravillosa canción.



Ha pasado un mes desde el último día que vi a Andrew en Aguas Frías. Ni he vuelto a verlo ni he sabido nada de él.

Un mes en el que mi corazón poco a poco ha ido recomponiéndose gracias al cariño de mi preciosa Gordincesa y de las personas que me quieren, que me apoyan y que no me dejan sola para que mi corazón no sufra más de lo que ya sufre.

En este tiempo he tenido que hacer de tripas corazón y volver a retomar las riendas de mi vida, aunque sigo machacándome en soledad con lo único que me une a él: aquella canción country.

Una tarde en la que regreso de comprar con Candela, oigo el ruido bronco de una moto. Al mirar, siento que los pelos se me ponen como escarpas. Es Andrew.

Nuestras miradas se encuentran. ¡Ay, Dios!

Rápidamente, cojo a mi pequeña y acelero el paso pero, antes de llegar al portal, él ya me ha interceptado y, sin permitirle que diga nada, lo miro y siseo:

—Ni se te ocurra dirigirme la palabra.

Y, sin más, entro en el portal y corro a mi casa mientras suplico a todos los santos habidos y por haber que no llame a mi puerta.

Una vez dentro, estoy histérica. Saber que Andrew está cerca de mí me pone a cien de la mala leche que me entra, aunque, a medida que pasa el tiempo y no llaman al timbre, me relajo. Sin duda, lo ha pensado mejor y se ha marchado.

Después de bañar a mi muñequita y meterla en la cama, cuando regreso al salón oigo unos delicados golpecitos en mi puerta.

Mi corazón vuelve a desenfrenarse. Atisbo por la mirilla y veo que es él.

Ay, Dios..., ay, Dios...

Pero, como no quiero volver a caer en el mismo error de abrirle mi puerta a un idiota, paso la cadena, abro y pregunto mirándolo por el hueco:

—¿Qué quieres?

Él me mira. Clava sus preciosos ojos en mí y murmura:

—Hablar contigo.

El corazón se me va a salir por la boca. Delante de mí tengo al hombre que ha desbaratado mi vida y por el que apenas duermo en condiciones.

—¿Sabes? —replico—. Ahora soy yo la que no tiene nada que hablar contigo —y, sin más, cierro la puerta.

Por la mirilla, observo que Andrew no se mueve.

—Sé que estás al otro lado —dice—. Por favor, abre para que podamos hablar.

—No.

—Coral..., por favor.

—No. ¡Vete! Vete con Arizona o con quien quieras, pero déjame en paz.

—No estoy ni he estado con Arizona. Sé que te di a entender lo contrario, pero estaba dolido y...

—¡Que te vayas! —grito.

No se mueve. Sigue allí parado, hasta que de pronto veo que abre la puerta de al lado y se mete en el apartamento.

Pero ¿es que ha decidido volver a ser mi vecino?

Alucinada, miro la pared. ¡Ay, Dios! Andrew está en el piso de al lado. Me acelero y, al fijarme en la puerta de mi terraza abierta, corro a cerrarla justo en el momento en que él aparece en mi balcón.

Separados por la puerta cristalera, nos miramos, y entonces murmura:

—Por favor..., tenemos que hablar.

Niego con la cabeza.

—No. Y sal de mi terraza antes de que llame a la policía.

—¿Serías capaz? —pregunta sorprendido.

Incrédula porque pregunte eso, maldigo. Doy un manotazo al cristal por no dárselo a él y siseo:

—Te fuiste de Aguas Frías sin decirme nada. Te marchaste con

Arizona. Me dejaste allí sola sin saber qué decir ni qué hacer. No me diste opción de explicarme en cuanto a lo que esa mentirosa te contó, y ¿me estás preguntando si soy capaz de llamar a la policía para que te eche de mi terraza?...

Él asiente. Sin duda esperaba esas palabras y, sin apartar la mirada de mí, murmura:

—Lo hice mal. Me ofusqué con...

—No quiero explicaciones —lo corto—. Lo pasado pasado está.

—No, cielo..., no.

—¿No qué?

Andrew sonrío, sonrío de esa manera que tanto me gusta, y luego afirma:

—Nada entre tú y yo está pasado. Insistiré hasta que me escuches. Te guste o no, tú me has enseñado a insistir y a dialogar, ¿no lo recuerdas?

Maldigo. Maldigo por haberle enseñado eso y, con seguridad, respondo:

—No me interesa ni lo que tengas que decir ni dialogar contigo. Las personas que, como tú, desaparecen sin pensar en los sentimientos de los demás no me interesan. Y, en cuanto a mí, lo pasado pasado está. Me gustabas, no puedo negarlo, pero eso ya es agua pasada, y ¿sabes por qué? —Él no se mueve, y siseo—: Porque del amor al odio hay un paso, aunque en realidad no es que te odie, sino que simplemente me eres indiferente.

Su gesto se contrae. Sin duda no le está gustando lo que oye y, antes de que diga nada, insisto:

—Mira, lo mejor es que hagas tu vida con tus preciosas y dejes que yo haga la mía, porque es...

—Te quiero.

Oírlo decir eso me descabala. Me deja sin saber qué contestar y, negando, murmuro:

—No hables de sentimientos cuando tú no sabes lo que es eso.

—Hablemos, por favor. Te quiero.

Su súplica, su mirada, su insistencia..., no sé por qué todo eso me hace sonreír, pero cargada de chulería respondo:

—Pues lo siento por ti, chato, pero tú ya no eres nadie especial para mí.

Y, sin más, corro la cortina de la puerta cristalera para no verlo, mientras me siento en mi sillón y noto que estoy a punto de ahogarme por

sus palabras.

Pasan los días y no volvemos a vernos, aunque él se encarga de hacer que no me olvide de él. Me manda flores. Me deja notas en el buzón. Pone preciosas canciones de amor a toda leche para que las oiga, en especial la de Keith Urban, pero yo contraataco tirando sus flores en su terraza, dejando sus notas rotas en su buzón y poniendo la *Macarena*[\[28\]](#) y *Paquito el Chocolatero* a toda pastilla.

No. Definitivamente, no voy a sufrir por algo que no puede ser.

Un jueves por la noche y, cumpliendo con la tradición que comparto con mis amigas de los *pelujueves*, salimos a cenar y a tomar algo. Candela se queda en casa de Yanira con sus hijos y nosotras vamos a cenar a un restaurante nuevo.

La cena es divertida, charlamos y reímos, hasta que Ruth, mirándome, dice:

—Sé que no debería sacar este tema, pero ayer estuve con Andrew y...

—Pues si sabes que no tienes que sacarlo —la corto—, ¿por qué lo sacas?

—Vamos..., vamos, chicas... —dice Valeria—. Tengamos la noche en paz.

Molesta con Ruth, asiento y, tras beber un poco de vino, afirmo:

—Eso..., tengamos la noche en paz.

—Cuqui..., tranquilízate —murmura Tiffany—. Lo que Ruth quiere decirte es que...

—Sé muy bien lo que Ruth quiere decir, pero para mí es un tema zanjado y no quiero hablar de él. ¿Estamos?

—Vale. Dejemos el tema —sentencia Yanira, que sabe muy bien cómo me siento.

Un incómodo silencio se origina entonces entre nosotras. Soy consciente de lo mal que le he hablado a Ruth. La pobre está entre él y yo y, sintiéndome fatal, me levanto y murmuro abrazándola:

—Perdóname, ¿vale?

Ella sonrío y asiente.

—Perdóname tú a mí también.

Sonrío y le doy un beso en la mejilla. Entonces, sacando la tía chula y fuerte que sé que hay en mi interior, regreso a mi sitio y, guiñándole el

ojo a un moreno que está enfrente de mí, cuchicheo:

—¿Para qué centrarme en uno solo cuando hay cientos como él?

Todas ríen por mi ocurrencia. Yo también. Aunque tengo claro que acabo de mentir.

Una vez terminamos de cenar, nos vamos a tomar una copa y, como siempre, acabamos en el bareto del novio de la abuela de Yanira. Allí, nos pedimos los famosos destornilladores, que están que da gusto y, divertida, bailo al ritmo cuando suena alguna canción country.

Mis amigas, que están tan locas como yo, rápidamente se animan. Por suerte, el bailecito es fácil y, durante un buen rato, las cinco reímos y nos divertimos bailando al son de la música.

Estoy bebiendo cuando me encuentro con un cocinero rubiales con el que trabajé en un restaurante y, valeeee..., tuvimos un lío de una noche. La verdad es que Jacob está de muy buen ver, y dejo que me tire los trastos. Es un chuleras en potencia, siempre lo supe, y nunca me compliqué la vida con él.

Durante un par de horas, mientras mis amigas charlan y se divierten, yo hablo con Jacob. Me cuenta que, en los tres años que hemos estado sin vernos, se casó y se divorció. Y, cuando le digo que yo tengo una hija, se sorprende y me da la enhorabuena.

Al quinto destornillador, noto que Jacob ya pasea la mano por mi espalda. El gustito que siento es estupendo. Este tipo era fantástico en la cama. Como yo en estos momentos no busco nada más, comienzo a replantearme qué hacer: ¿me acuesto o no me acuesto con él?

Confusa por mis pensamientos, me dirijo al baño y, en el momento en que voy a entrar, de pronto siento que una mano me agarra del brazo y tira de mí. Al mirar, veo que es Andrew y, cuando me hace pasar a los baños de los tíos y cierra la puerta, lo miro recelosa y gruño:

—¿Qué estás haciendo?

Él me clava la mirada sin apartar la mano de la puerta para que nadie pueda abrirla. Desde luego, su gesto no es muy conciliador y, cuando creo que va a decir algo, acerca su boca a la mía y me besa. Nuestras lenguas se buscan, nuestras bocas se abren y... Oh, Dios..., ¡oh, Dios, qué beso!

El vello de todo el cuerpo se me eriza, hasta que soy consciente de lo que estoy haciendo. Entonces, tomo las riendas de mi cuerpo, le muerdo la lengua y él, dando un salto, se retira de mí.

—Pero ¿qué haces? —pregunta.

Ay, pobre..., qué mordisco le he dado. Pero, sin mostrarle que me preocupo, pregunto frunciendo el ceño:

—Mejor dime: ¿qué narices haces tú?

—Casi me arrancas la lengua —murmura con gesto dolorido.

—No haberla metido donde no debías.

Andrew no contesta, sino sólo me mira.

—Voy a matar a Ruth —digo entonces—. Ella te ha dicho que íbamos a estar aquí, ¿verdad?

Sigue sin contestar y, dispuesta a comportarme como una bestia si no se aparta y me deja salir, siseo:

—Tienes dos opciones: o quitarte de en medio por las buenas, o hacerlo por las malas, y te aseguro que...

—Te quiero, Coral... Te quiero —me corta.

Ay, Dios..., ay, Dios..., lo que me entra por el cuerpo. El hombre de mis sueños, el duro Andrew, mi Caramelito, mi vaquero, me está diciendo las palabras mágicas que siempre he deseado escuchar. Aun así, como no quiero creerlo, respondo con frialdad:

—Te lo dije el otro día y te lo repito ahora: mala suerte, chato, tú me eres indiferente.

—Mientes.

Miento. ¡Claro que miento! Si fuera Pinocho, la nariz ya me llegaría hasta la pared, pero insisto con indiferencia:

—Ay, Dios..., qué pesadito. Pero, vamos a ver, ¿qué bicho te ha picado a ti ahora? Ahora hablas de amor, cuando tú no creías en él, ni en la pareja ni...

—La culpable eres tú.

—Yo... —me mofo sin perder mi chulería y, riéndome, afirmo—: Sí, claro. Y mañana, si la capa de ozono se joroba más aún, también seré yo la culpable. ¡Venga ya, *Caramelito*!

Mi frialdad lo desconcierta y, dispuesta a no dejarlo ver lo mucho que me afecta su presencia y sus palabras, voy a soltar uno de mis borderíos cuando dice:

—Haber estado contigo en Aguas Frías y luego dejar de estarlo me ha hecho replantearme muchas cosas, y la primera tú. Te echo de menos. Te añoro. Quiero estar contigo. Quiero planear cosas contigo. Quiero...

—Andrew...

—Coral, por favor. Tenemos que hablar. Dame la oportunidad de

explicarme y, si luego no quieres volver a verme, lo entenderé pero, por favor, dame esa oportunidad.

Suspiro. Estoy deseando saber qué tiene que decirme pero, claro, ¡él no puede saberlo! Y, confusa por el batiburrillo de sentimientos, murmuro mirando a nuestro alrededor:

—Vale, hablaremos. Pero lo haremos cuando yo quiera, no cuando tú decidas. Basta ya de bailar al son que tú tocas. Por tanto, no te acerques a mí ni para preguntarme la hora porque necesito tiempo, ¿entendido? Cuando quiera hablar contigo, te lo diré, pero deja de agobiarme y de atosigarme.

El desconcierto sigue en su mirada, pero al final asiente. Luego, me dispongo a salir, y pregunta:

—¿Quién es el tío rubio con el que estás?

Al pensar en Jacob, sonrío, y más porque Andrew se refiere a él como el «rubio». Y, dispuesta a ser una cabrona de tomo y lomo, afirmo:

—Es el rubio con el que me voy a acostar esta noche.

Maldice. Veo la impotencia en sus ojos pero, sin decir nada fuera de lugar, susurra:

—Cuando creas que podemos hablar, dímelo. Esperaré.

Y, sin más, abre la puerta y sale del baño. Un par de tíos que esperaban fuera me miran y, mofándose, preguntan:

—¿Todo bien, guapa?

Como sé por dónde va la preguntita, me encojo de hombros y replico:

—Sí. Aunque todo es mejorable.

Ellos ríen, y yo también. Aunque, la verdad, ¿de qué me río?

Cuando regreso con mis amigas, me acerco a Ruth, que ríe con Valeria y, al oído, le cuchicheo:

—Porque te quiero, si no, esta noche dejaría de ser tu amiga.

Su mirada me dice que sabe de lo que hablo y, suspirando, contesta:

—Lo siento. Lo siento, pero se lo debía.

Me encojo de hombros. No quiero hacer un drama de algo que, en el fondo, me ha gustado y, haciendo un barrido con la mirada para ver si Andrew se ha marchado o no, lo veo al final de la barra observándonos.

Sentir que me observa me hace saber que ahora soy yo quien tiene la sartén por el mango y, dispuesta a que vea lo que yo vi aquella noche, agarro a Jacob del brazo, me acerco a él y lo beso.

Cuando el beso acaba y compruebo cómo me mira el rubio, murmuro:

—No te emociones. Esto es por los tiempos pasados.

Jacob sonrío. Sin duda ya se imagina el fin de fiesta.

Vuelvo a mirar entonces hacia el lugar donde estaba Andrew hace unos instantes antes y lo veo salir del local. Eso me entristece y me hace sonreír. Sin duda yo estoy como una cabra, y mis sentimientos, totalmente descontrolados.

Esa noche, cuando salgo del bar con mis amigas, le prometo a Jacob que lo llamaré. Mentira y gorda, pero así me deja en paz y no se pone pesadito. Después, me monto en el taxi con Yanira y me voy a su casa a dormir. No voy a despertar a Candela para regresar a casa y, así, Andrew se martirizará pensando lo bien que me lo estoy pasando con el rubiales.

Una semana después, en la que no ha llegado un solo ramo de flores, ni una nota, ni oigo música a través de las paredes, soy consciente de que él está cumpliendo con su parte del trato y me está dejando espacio.

Una tarde, en la que salgo con mis amigas, Yanira comenta que ha aceptado una oferta para irse durante dos meses de gira por Europa. Todas aplaudimos. Sabemos lo feliz que le hace desempeñar su trabajo, y nos comenta que se marcha dentro de diez días. La escuchamos encantadas cuando, de pronto, me pregunta si me importa que Andrew vuelva a ser su jefe de seguridad. Rápidamente le contesto que no. Una cosa es lo que ha pasado entre nosotros, y otra que le arruine la vida privándolo del trabajo.

Esa tarde hablamos de mil cosas, excepto de Andrew y, cuando sale el tema de montar mi propio negocio, decido aceptar el dinero que ellas me ofrecen. Me he dado cuenta de que, en esta vida, quien no arriesga no gana, y he decidido arriesgar en el trabajo y dejar un tiempcito aparcado el amor.

Diez días después, Yanira se va a Europa para dos meses, y Andrew se va con ella. Esa noche, cuando llego a casa, encuentro una nota en la puerta que dice:

Te echaré de menos.
Andrew

Con tristeza, la leo y la releo mil veces y, cuando me convenzo de

que es mejor que esté lejos de mí, me ocupo de mi hija y no pienso en nada más.

Durante días, mis amigas y yo buscamos local. Vemos muchos: grandes, pequeños, medianos, pero ninguno es lo que yo busco. Hasta que un día Omar, el marido de Tiffany, me llama y me dice que un amigo suyo tiene un sitio impresionante en Rodeo Drive que no puedo rechazar.

Aunque, como es lógico, lo rechazo. ¿Cómo voy a poder pagar el alquiler de un local ahí? Rodeo Drive es la calle por excelencia de Los Ángeles, un lugar glamuroso repleto de tiendas de grandes marcas de ropa.

Sin embargo, aunque al principio me niego a meterme en algo tan gordo, al final los Ferrasa se reúnen conmigo y me convencen. Ellos estarán a mi lado.

En ese tiempo, Yanira me llama para contarme cómo le va la gira y, por supuesto, me habla de Andrew. Al parecer, el guaperas ha cambiado sus hábitos en lo referente a las mujeres y, desde el primer día, se dedica a trabajar y a no mirar a ninguna otra, aunque sea pelirroja. En un principio, no me lo creo. Andrew es un chuleras que atrae a las mujeres, pero Yanira me lo asegura y, si ella me lo asegura, no lo pongo en duda.

En el local, va todo viento en popa. Tiffany me ayuda a decorarlo y el resultado, como dice ella, ¡es una cucada!

Busco a Ricardo, a mi gran amigo repostero, y, en cuanto le ofrezco trabajar conmigo, no lo duda. Deja el trabajo que tiene y, juntos, comenzamos a crear un equipo.

En ese tiempo recibo alguna que otra llamada de Ronna desde Hudson. La mujer quiere saber si todo me va bien, y tengo que reírme cuando me confiesa que Sora ha decidido llevar la línea telefónica hasta Aguas Frías. Sin duda la abuela ha resuelto modernizarse, especialmente por las necesidades de Nayeli. ¡Bien!

Lewis y Moses siguen en el rancho. Aún no se han marchado, pero Ronna sabe que lo harán, como lo sé yo, aunque Tom los cargue de trabajo para retrasar el momento. Eso me hace sonreír, y Ronna me recuerda que *Apache*, mi bonito potrillo, espera que algún día vaya a verlo, como esperan todos que los visite con Candela.

Ronna me habla de Sora. Al parecer, la vieja india ha rebajado mucho su carácter y ahora la vida es más fácil con ella. Nayeli ha comenzado el instituto y parece contenta. Cold y Flor están felices, ¡van a ser papás!, lo

que es un gran motivo de dicha para todos.

En nuestras charlas, yo le cuento mis progresos con el local y ella me anima emocionada. Está segura de que todo me saldrá bien, y yo suspiro y quiero verlo también de ese modo. Hablamos de Madison, que está feliz en Nueva York, donde trabaja en una tienda de vestidos de novia. Saber que está contenta y bien nos hace felices a las dos.

En cambio, de lo que nunca hablamos Ronna y yo es de Andrew. Creo que ambas somos conscientes de que es un tema delicado y lo omitimos, aunque no dudo que ella piensa en él tanto como yo.

Los días pasan y el local va tomando forma. La gira de Yanira toca a su fin y, la noche de su llegada, Dylan le organiza una cena para celebrar que ya está en casa.

Encantada, acudo a la cena con mi pequeña. Vamos todas las amigas, con sus respectivas parejas y nuestros niños. Como siempre, estar con mi familia, porque yo los considero mi familia, me hace feliz. Dichosos, todos escuchamos las anécdotas que Yanira nos cuenta, y nos partimos de risa en el momento en que, encantada, habla de la sorpresa que le dio Dylan cuando se presentó en el *backstage* en su concierto de Madrid para pasar quince días con ella.

Con una copa de vino en las manos, observo a mis amigas y a sus parejas y disfruto de la complicidad y el cariño que se tienen. El novio francés de Valeria es un amor y, ya si miro a los Ferrasa, me deshago. Son maravillosos con Yanira, Tiffany y Ruth, y las adoran. Besan por donde ellas pisan y, en cierto modo, siento celitos por la suerte que han tenido en el amor. Un hombre como ellos es lo que cualquier mujer desearía, aunque no dudo que cualquier hombre desearía también a una mujer como cualquiera de mis amigas.

Acabada la cena, mientras todos se entretienen con los niños, Yanira me agarra de la mano y, juntas, vamos a la cocina. Allí, coge una coca-cola para ella y una cerveza para mí y, mirándome, pregunta:

—¿Cómo estás?

Entiendo por dónde va. No hace falta que me aclare la pregunta.

—Bien.

Mi buena amiga sonrío, se sienta en un taburete frente a mí e insiste:

—Gordicienta, no me engañes, que conozco hasta cómo pestañeas.

Eso me hace sonreír y, cogiendo la cerveza que mi amiga me ofrece, murmuro:

—Estoy confundida, rara. No sé qué me pasa.

Yanira da un trago a su bebida, yo a la mía, e indica:

—Te pasa lo que te pasa: que estás colgada por él y tienes miedo.

No respondo. Tiene más razón que un santo, y continúa:

—Creo que ninguno de los dos esperaba que ocurriera lo que ha ocurrido, ¿verdad? Pero tú lo añoras a él tanto como él te añora a ti.

—Venga, Yanira..., no empieces tú también con eso.

—¿Cómo que no empiece? —Y, al ver que resoplo, añade—: Pues siento decirte que sólo tienes dos opciones. Opción 1: hablas con él y le dices que no quieres saber nada porque ya no te acuerdas ni de cómo se llama. Y opción 2: hablas con él y le dices que no puedes vivir un solo día más sin él, como él no puede vivir sin ti.

Sonrío con amargura.

—No es tan fácil.

—Lo sé —afirma—. Pero ya no tenéis quince años. Sois adultos, y creo que debéis tomar una decisión o, mejor dicho, que tú debes tomar una decisión. Pero, vamos a ver, Coral, ¿tú no quieres estar con alguien que te adore y te mime como mereces? ¿No quieres despertarte por las mañanas y tener a tu lado al hombre que deseas y amas?

—Sí.

—¿Entonces?

—Ay, Yanira..., no sé. ¿Y si mañana todo ese amor que supuestamente me tiene se esfuma? ¿Y si se da cuenta de que yo no soy la mujer de su vida? No sé, Yanira..., no sé. Si le pasó a Joaquín, a quien siempre he considerado un hombre centrado, ¿por qué no le va a pasar a Andrew? Él toda la vida ha sido un mujeriego y...

—Ni que tú fueras una monja de clausura... —Me río cuando dice eso—. Vamos a ver, sois adultos, solteros, y habéis estado con quien os ha apetecido, pero ahora queréis estar juntos, como queremos estar juntos Dylan y yo. ¿Tú te crees que yo viviría si estuviera todo el día pensando que Dylan se va a enamorar de otra? Mira, Coral, o abres tu mente y le das una oportunidad al hombre que se enamore de ti, que en esta ocasión se llama Andrew, o nunca nada de lo que deseas podrá ser verdad.

No digo nada. Me callo, y ésta, al ver mi mutismo, dice:

—¿Recuerdas hasta dónde llegó Tiffany por su cabezonería de no reconocer que quería darle otra oportunidad a Omar?

Pensar en eso nos hace sonreír a las dos.

—Claro que lo recuerdo —respondo—. Casi se casa con el pobre ruso.

—Exacto. Casi se casa con aquel ruso pero, por suerte, tuvo lucidez mientras caminaba hacia el altar y reculó para ir en busca de Omar.

Suspiro. Doy un trago a mi cerveza y murmuro:

—Joder... ¿Por qué el amor tiene que ser tan complicado?

—Porque el amor sólo es para los valientes.

Tiene razón. Sin duda, sólo los valientes abren del todo su corazón sin que les importe que algún día pueden destrozárselo.

—¿Sabes que cuando estábamos en Madrid de concierto, Andrew me buscó porque quería comprarse un disco de Luis Miguel? —dice entonces mi amiga.

Yo la miro boquiabierta y ella añade riendo:

—Vino a preguntarme por una canción que hablaba de dos amigos que vivían frente a la playa y se encontraban un perro abandonado que luego cuidaban.

Suelto una risotada y Yanira, riendo, continúa:

—Como no sabía a qué canción se refería, estuvimos una tarde entera en el hotel escuchando a Luis Miguel hasta que sonó *No existen límites*. [29] Pero ¿qué mentira le contaste?

Riendo al recordar aquel momento, le explico:

—Un día me preguntó qué decía la canción y me inventé eso, y...

—Pues que sepas que yo le dije lo que realmente decía la canción y, al saberlo, sonrió.

Ambas soltamos una carcajada y luego mi loca amiga se acerca a mí y dice:

—Sé valiente como sé que lo eres y daos una oportunidad. Ese hombre lo vale, y más cuando me dijo que esperaba que, cuando pensaras en él, escucharas a tu corazón. Te juro, Gordicienta, que cuando lo oí decir eso ¡me ganó! Siempre me ha parecido un tipo responsable, además de trabajador, y ya no te digo eso de interesante y bomboncito, porque eso bien lo sabes tú ya.

Sonrío. No, no hace falta que me lo diga. Sé muy bien cómo es Andrew.

—¿Crees que estoy loca? —pregunto entonces mirándola.

Yanira sonrío y afirma:

—Loca estarías si no le dieras una oportunidad.

—Pero ¿y si sale mal?

—¿Y si sale bien?

—Ay, Yanira..., quiero pensar que todo podría salir bien, pero ya sabes que en temas de amor soy un desastre. Y, para muestra, Joaquín: tuvimos a Candela y dejó de estar enamorado de mí.

—Quizá pasó eso para que pudieras conocer a la persona que realmente te merece. —Y, cogiendo mis manos, murmura—: Mira a tu alrededor. Tiffany, Valeria, Ruth o yo. A ninguna nos ha sido fácil sacar adelante nuestras relaciones por distintos motivos, pero cuando de verdad existe algo especial entre dos personas, es difícil que se pueda olvidar e ignorar. —Asiento. Sé de lo que habla, y sé que tiene razón—. A ver, Gordicienta mía, yo de quien mejor puedo hablarte es de Dylan y de mí. Sabes que lo nuestro no fue fácil. Incluso casados nos llegamos a separar y, cuando ya lo había dado todo por perdido, fue él quien me persiguió hasta que quise escucharlo y darle otra oportunidad. Y te aseguro que es una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida.

—Lo sé —afirmo emocionada al recordar lo que mi amiga me cuenta.

Madre mía, es duro recordar todo lo que Yanira dice. Su relación no fue fácil, pero aquí la tengo, enamorada de un hombre que la adora y la quiere tanto como ella a él.

—Andrew —prosigue— se equivocó como Dylan en su momento creyendo lo que no es, pero se ha dado cuenta de su error e intenta subsanarlo. Que sí, que lo ideal sería que no hubiera pasado, pero en la vida las cosas pasan y a menudo no sabemos por qué. Le pediste tiempo y que no se acercara a ti y el tío lo está respetando a pesar de lo desesperado que está.

—Ya, pero...

—Tienes algo inacabado con Andrew. Sabes que está esperando a que le des una oportunidad, y creo que deberías dársela. Primero, porque lo quieres; segundo, porque sabes que él te quiere a ti; tercero, porque las canciones de Keith Urban y Luis Miguel significan mucho para vosotros, y cuarto, porque te conozco y estás deseando gritar otra vez «¡Viva Wyoming!».

Oír eso me hace sonreír. Qué bruja es Yanira, y qué bien me conoce.

Por mucho que me empeñe en ignorarlo, en negarlo, etcétera, etcétera, Andrew es especial. Es diferente del resto de los hombres que he

conocido y, aunque me haga la chulita, sé lo que siento, lo que quiero y lo que necesito. Y, en este instante de mi vida en que mi amiga me requetea los ojos, siento que quiero estar con él.

—Coral, recuerda eso que te he dicho de que el amor es para los valientes porque tú lo eres.

Sonrío. Asiento y, segura de adónde tengo que ir y qué debo hacer, le pregunto:

—¿Te quedas con Candela esta noche?

Al oírme, mi amiga me mira y sonrío.

—Claro que sí, Tonticienta. Anda, ve y soluciona esto de una santa vez.

Con una amplia sonrisa, me levanto y abrazo a mi amiga. Cojo mi bolso, que está en la entrada y, tras despedirme de mis amigas y de sus chicos, que me miran extrañados, salgo por la puerta sin que Candela me vea.

Una vez arranco el coche, comienza a sonar la canción de Keith Urban *Somebody Like You*[\[30\]](#) y empiezo a cantarla sonriendo al pensar en Andrew.

Mientras canto a voz en grito en el coche, diciendo eso de «quiero amar a alguien como tú», estoy segura de adónde me dirijo y lo que voy a hacer. Mi impaciencia por llegar se hace enorme y, cuando aparco el vehículo frente al portal de mi casa, creo que todo Los Ángeles está escuchando el fuerte sonido de mi corazón.

¡Por Dios, se me va a salir del pecho!

Entro en mi apartamento sin hacer ruido, dejo el bolso sobre mi sillón y escucho a través de la pared para averiguar si Andrew está en casa. Oigo movimientos en el salón; al parecer, tiene la televisión puesta. Encantada, me dirijo a la nevera, cojo un par de cervezas, me miro en el espejo para ver si estoy mona y peinada y, después, abro la puerta de mi terraza haciendo el suficiente ruido como para que me oiga.

Salgo a la terraza, me apoyo en la barandilla y cierro los ojos mientras siento que el aire me mueve el pelo y el olor del mar inunda mis fosas nasales. ¡Qué maravilla!

No pasan ni dos segundos cuando oigo que la puerta de la terraza de Andrew se abre.

—Hola —me saluda.

Intentando no dejarle ver por qué estoy allí, lo miro como el que no

quiere la cosa y saludo a mi vez:

—Hombre, hola. Pensaba que, tras regresar de la gira, irías a Hudson...

Él niega con la cabeza y responde mirándome:

—Pues no. Aquí estoy.

Un silencio incómodo se instala entonces entre nosotros, hasta que Andrew se apoya en la barandilla de su lado y dice:

—¿Qué tal Candela?

—Bien

—¿Está dormida?

Niego con la cabeza.

—Está en casa de Yanira.

—¿Y eso?

Retirándome el pelo de la cara, indico:

—Tengo una cita importante esta noche y, ya sabes, unas cosas llevan a otras y he preferido que se quedara con ella para estar más libre.

Asiente. Su gesto se ensombrece al oírme, y afirma moviéndose:

—Bueno, entonces te dejo.

Cuando veo que va a meterse en su casa, me apresuro a añadir:

—Hoy es el día, Andrew. Dime qué quieres hablar conmigo.

Él me mira y, sin moverse del sitio, murmura:

—Quizá sea mejor que lo hablemos en otro momento. No quiero interrumpir tu cita importante.

Ay, pobrecito..., menuda paciencia está teniendo conmigo. Primero beso a Jacob y ahora le digo eso y aguanta..., aguanta por mí. Y, sin permitirle que desaparezca de la terraza, le tiendo una de las cervezas e insisto:

—Tranquilo. Vamos, ven y hablemos.

—Pero tu cita...

—La cita esperará. No te preocupes.

Consciente de que lo estoy descolocando, me siento en una silla de mi terraza y lo miro. Él hace lo mismo en la suya y, al ver lo atorado que está, digo para iniciar la charla:

—¿Recuerdas el día que hui del rancho y me encontraste en Lander?

—Andrew asiente—. Ese día me di cuenta de que mis sentimientos hacia ti eran mayores de lo que yo creía y, cuando me encontré con Arizona pensando que tú sentías algo importante por ella, le pedí que te conquistara

sin pensar en mí. Lo hice porque quería que fueras feliz, aunque no fuera yo la persona que te diera esa felicidad. Pero nunca..., nunca le pedí que se quedara embarazada. Jamás.

Asiente. Parece que me cree, y prosigo:

—Luego me encontraste, me convenciste para regresar a Aguas Frías y, aunque intenté mantenerme al margen y ser coherente con lo que le había pedido a Arizona, se me hizo terriblemente cuesta arriba presenciar ciertas cosas, y de ahí mis ataques de celos. Más tarde, algo cambió entre nosotros, tú me pediste aquella cita y, esperanzada, le dije a Arizona que cesara en lo que le había pedido porque te amaba. Pensé que entendía lo que le había dicho, pero el día de la boda de Flor y Cold lo utilizó y se inventó eso del embarazo para alejarte de mí cuando vio que tú y yo... — Suspiro y, para finalizar, añado—: Sé que debería habértelo contado. Sé que no debería haberle pedido eso a ella, pero lo hice, y cargo con mi parte de culpa.

Andrew, que ha escuchado sin interrumpirme, dice una vez acabo:

—Desde la primera vez que estuve contigo antes de la boda de Ruth, me fijé en ti. Y, aunque nunca dije nada, porque yo no creía en el amor, siempre me gustaba verte y saber de ti. Que al final fuéramos vecinos no fue provocado, sino algo casual, y eso me acercó más a ti. Ni te imaginas lo especiales y desconcertantes que fueron los días que tú y yo compartimos aquí cuando Candela se fue... Me pasaba el día pendiente de si abrías la puerta de la terraza para estar contigo, pero...

—Pero si no parabas de traer mujeres a tu casa... —replico.

Él sonrío y asiente.

—Traté de no centrarme en ti, pero ni te imaginas lo difícil que se me hizo. Y, cuando vi la posibilidad de llevarte a Aguas Frías para conocerte mejor, no lo dudé. Si lo piensas, la noche que estuvimos solos en Las Vegas, fui yo quien llamó a tu puerta, como otras noches en el rancho. Cada día que pasaba contigo me gustabas más, me atraías más y, aunque no niego que, cuando vi a Arizona algo se removió en mi interior, te aseguro que...

—Pues bien que la besabas. Que te vi en más de una ocasión.

Andrew asiente, no dice que no, y responde:

—No me creerás, pero lo hice para darme cuenta de que tus besos eran los que deseaba, y no los de ella ni los de ninguna otra. No pienses que te utilicé a ti: la utilicé a ella para convencerme de que tú y sólo tú eras

la mujer que quería a mi lado. Aunque mi gran fallo fue reaccionar como lo hice al enterarme de lo que me contó Arizona. No podía creer que tú le hubieras pedido que se quedara embarazada de mí y...

—Y no lo hice —insisto.

Andrew, desde su terraza, asiente.

—Lo sé. Ella me lo confesó posteriormente.

Ahora la que asiente soy yo, y entonces él continúa:

—No hay un solo día que no me arrepienta de no haberte escuchado, de haberla besado delante de ti y de todos y de haberme marchado después con ella.

En silencio, nos miramos. En silencio, esperamos reacciones, hasta que yo pregunto:

—¿Te acostaste con ella cuando os marchasteis de Aguas Frías?

—Pasó varios días conmigo, pero no ocurrió nada entre nosotros. No me acosté con ella. No volví a besarla. Ella estuvo a mi lado durante esos días y, cuando vio mi desesperación, fue cuando me contó la verdad.

—Y, si te dijo la verdad, ¿por qué no me llamaste o...?

—Porque estaba avergonzado. Me avergoncé de lo que te había hecho, de lo que le había contado a mi familia, de dejarte sola y tirada en Aguas Frías, y hui. Hui hasta que me di cuenta, al llegar a Washington, de que de nada servía huir si en realidad lo que necesitaba era regresar a ti para pedirte perdón y estar contigo.

Oír eso hace que se me ponga todo el vello de punta. Él tampoco lo ha pasado bien. Ambos hemos sufrido por amor, por nuestro amor.

—Está claro que los dos nos equivocamos, ¿no? —murmuro.

—Sí —asiente él—, pero mi error fue peor. ¿Crees que podrás perdonarme?

—Estás perdonado —afirmo con cordialidad.

Aun así, no me muevo. Quiero ver hasta dónde es capaz de llegar por volver a estar conmigo. Y, entonces, levantándose, dice:

—Dios..., nunca he servido para esto del amor. Querría decirte tantas cosas que...

—Dímelas —murmuro con un hilo de voz.

Esa simple palabra hace que Andrew me mire, se pare y apunte:

—Tengo miedo de que me rechaces.

Eso me hace sonreír. Él es una persona como yo y como el resto, y tiene también sus miedos y sus inseguridades. Y, entonces, recordando lo

que me ha dicho mi maravillosa Yanira, murmuro:

—El amor es sólo para los valientes, ¿lo sabías?

Andrew asiente.

—Sí. Hace unos días me lo dijo una buena amiga tuya.

Ambos sonreímos.

Él se apoya entonces en la barandilla de su terraza y señala:

—Y, hablando de ella, también me tradujo la letra de cierta canción que...

Sonrío, y Andrew murmura:

—Ya lo sabes, ¿verdad?

Asiento. No le voy a mentir y, dispuesta a ser sincera al cien por cien, explico:

—Mira, Andrew, acabas de decirme que te fijaste en mí en nuestro primer y único encuentro antes de la boda de Ruth y, si te soy sincera, yo también me fijé en ti. Siempre relacioné esa canción contigo y, cuando me preguntaste por ella, no quería que...

—Lo entiendo..., ahora que sé lo que dice la letra, lo entiendo — afirma.

Sentir su mirada, su intensa mirada, hace que se me reseque hasta el alma, por lo que me levanto de la silla y me apoyo de nuevo en la barandilla. Entonces veo que él salta a mi terraza con agilidad y, cuando lo tengo a mi lado y me agarra por la cintura, dice en mi oído:

—Una vez, no hace mucho, y justo en la playa que tenemos frente a nosotros, una chica inigualable, bonita y maravillosa me dijo que yo tenía miedo de enamorarme, y me reí. —Sonrío y me vuelvo para mirarlo. Sé que esa chica soy yo—. Sin embargo, ahora debo confesarte que tengo un miedo atroz a que esa chica inigualable, bonita y maravillosa no esté tan enamorada de mí como yo lo estoy de ella.

Ay, Dios..., ay, Dios..., sólo ha faltado una estrella fugaz cruzando el cielo para que fuera como una escena sacada de una de mis novelas.

Andrew, mi vaquero, acaba de hacerme la declaración de amor más bonita que nunca habría imaginado oír de su boca. Y, cuando estoy mirándolo sin saber qué decir, me enseña que lleva puesta la pulsera de «¿Repetimos?», y prosigue:

—Estar contigo en Aguas Frías, despertarme cada mañana a tu lado y disfrutar de tu sonrisa ha sido lo mejor que me ha pasado en muchos años, y me muero porque aceptes que se repita cada uno de nuestros días. Me

muero porque escuches a tu corazón como lo estoy escuchando yo, porque est...

No lo dejo terminar, ¿para qué?! Y, lanzándome a su boca, lo beso. Lo devoro. Me lo como con auténtica adoración y pasión, mientras siento cómo sus fuertes brazos rodean mi cuerpo y me hacen sentir que somos una sola persona.

El beso se hace eterno...

El beso nos da la vida...

El beso nos hace saber que lo nuestro es de verdad y de corazón.

Atrás dejamos dudas, malas preguntas y tonterías. Hemos vuelto a reencontrarnos, hemos vuelto a darnos una oportunidad y, deseosa de estar con él como necesito, murmuro cogiendo su mano:

—Vamos, ven.

—¿Y tu cita?

Sonríó al oírlo preguntar eso con el gesto algo sombrío, y afirmo con un suspiro:

—Mi cita importante eres tú, pedazo de tonto, y ya has llegado, ¿verdad?

Sonríe encantado. Siento que le he quitado un gran peso de encima.

Me coge en brazos y entramos en el salón de mi casa, donde, entre besos y palabras cariñosas, nos desnudamos dispuestos a hacernos mutuamente el amor como llevamos tiempo deseando.

Cuando nuestros cuerpos se unen, primero lentamente y luego, según la pasión aumenta, más deprisa, ambos sentimos que hemos llegado a nuestro hogar.

Mi vaquero, mi Andy, mi amor, me mira a los ojos mientras me hace suya y, con sensualidad, pregunta:

—Oye, morena, ¿tú qué miras?

Dios..., sí..., sí..., sí...

Sonríó. No puedo no hacerlo y, levantando las caderas para recibirlo una y mil veces, acerco mi boca a la suya y, henchida de amor y de deseo, murmuro:

—A ti, Caramelito..., a ti.

Epílogo



Rancho Aguas Frías, Wyoming, un año después

—Y, por el poder que me ha sido otorgado, yo os declaro marido y mujer.
Los aplausos me aturden.

Ay, Dios, ¡que me acabo de casar!

Enamorada hasta las trancas, miro al hombre que adoro.

Andrew no puede estar más guapo vestido con ese precioso traje azul, la camisa blanca, la corbata y, por supuesto, su sombrero de cowboy. Con el corazón acelerado, lo miro cuando él sonrío y dice:

—Lo hemos hecho, morena.

—Dios, ¡lo hemos hecho! —repito atontada.

Mi marido me toma entonces entre sus brazos y me besa. Me da ese beso de amor que he tenido tan idealizado durante años y años, y yo lo acepto encantada, lo disfruto y se lo devuelvo. Mi pequeña Candela aplaude en los brazos de Sora, que, todo hay que decirlo, se adoran mutuamente, y la abuela se ríe cuando mi hija la llama *Yaya Pocahontas*. Y Ronna, que no puede aplaudir porque tiene en brazos al bebé de Flor y Cold, nos mira emocionada.

Con mi precioso vestido de novia —ese que siempre quise y que Madison y Flor me regalaron un año atrás—, sonrío entre los brazos de mi ya esposo, que no puede estar más feliz, mientras salimos de la iglesia de Hudson convertidos en marido y mujer y, cómo no, además de arroz, nos tiran alubias. Esta vez cierro la boca: no quiero quedarme mellada el día de mi boda.

Cuando me suelta porque la gente así lo pide, ambos comenzamos a recibir besos, felicitaciones y abrazos. Madre mía, ¡qué *jartón* de besos nos dan! Son tantos que ya no sé quién me ha besado ni quién no lo ha

hecho.

Mi madre y mi hermana están contentísimas. Han viajado de Tenerife a Wyoming para asistir a la boda, y veo la felicidad en sus ojos, como la veo en los de Ronna y Sora.

Tras hacernos mil quinientas fotos, nosotros y todos los invitados, que no son más de cien, nos montamos en los coches y regresamos a Aguas Frías. Vamos a celebrarlo allí.

En el camino, miro mi mano. En el dedo luzco un precioso anillo que Andrew me ha comprado, como él luce uno que le he comprado yo.

—¿Está feliz mi mujercita? —oigo entonces que pregunta.

—Mucho.

Enamorada, acerco mi boca a la suya para besarla cuando Sora, que va atrás con mi hija, Ronna y mi madre, dice:

—Por el amor de Dios, Caramelito, ¡que vas conduciendo! Deja los besos para después.

Andrew y yo nos reímos, pero aun así nos besamos, ¡faltaría más!

Una vez en el rancho, todo el mundo deja los coches en la parte trasera de la casa y, en cuanto me apeo, busco a Yanira. No sé si nos hemos besado antes o no y, cuando nos miramos y ésta camina hacia mí, nos abrazamos y río al oírla decir:

—Señora McCoy, ¡enhorabuena!

La quiero. La adoro. Sin ella, mi vida nunca habría sido la que es, probablemente jamás habría conocido al hombre de mis sueños, y le estaré eternamente agradecida.

Meses atrás, tras solucionar mi situación con Andrew, cuando dije que quería llamar a mi local «Oye, morena, ¿tú qué miras?», ella fue la primera en apoyar la moción. A los Ferrasa les pareció un poco arriesgado, pero aceptaron y, hoy por hoy, puedo decir que es uno de los locales de repostería más visitado y mejor considerado de Rodeo Drive y de todo Los Ángeles.

De la mano de mi amiga, camino hacia el granero cuando ésta dice emocionada:

—Esto es precioso, Coral..., precioso.

—Te lo dije..., ¿lo recuerdas?

Estamos hablando cuando Tiffany, Ruth y Valeria se acercan, y Tiffany, a quien le pareció un horror que le dijera que iba a celebrar mi boda en un granero, ahora que lo ve, iluminado y en todo su esplendor, no puede estar

más de acuerdo.

—¡Me superencantaaaaaaa! —grita feliz—. Es ideaaaaal.

—Sí, lo es —afirmo y, para hacerla rabiar, me subo el vestido de novia y, enseñándole mis pies, pregunto—: ¿Qué te parecen mis zapatos de novia?

—¡Qué puñetera es! —se mofa Valeria al ver mis botas camperas.

Ruth suelta una carcajada.

—¡Lo has hecho! —chilla—, ¡no me lo puedo creer!

Tiffany, que sigue mirando mis pies con la boca abierta mientras Yanira ríe a carcajadas, murmura:

—Por el amor de Dios, cuqui..., pero... pero ¿dónde están los *peep toes* tan ideales de Valentino que te regalé?

Encantada por los preciosos zapatos que me regaló mi loquita, la abrazo y, poniéndole morritos, murmuro:

—En la habitación, cariño. Prometo ponérmelos esta noche cuando me quite el vestido.

Estamos riéndonos por ello cuando Madison y Flor llegan hasta nosotras y esta última murmura:

—Ay..., qué recuerdos más bonitos me trae esto.

Feliz, la abrazo al recordar su boda, y Madison me mira y afirma:

—Sin duda, con ningún vestido de novia estarías más radiante que con éste.

La abrazo emocionada. Ella no podía faltar allí. Acude acompañada por su nuevo novio y con su incipiente barriguita de embarazada y, sólo con verle la mirada, sé lo feliz que es.

Durante un rato, charlo con ellas y con mis amigas y, cuando veo que Flor está muy participativa, sonrío y me pregunto cuántas cervecitas se habrá tomado ya.

Moses y Lewis hablan con Ronna y Sora. El día anterior, ellos llegaron de Chicago, donde me consta que son felices disfrutando de su nueva vida y de su libertad.

Al fondo veo a Tom, que no ha rehecho su vida con nadie, junto a Dylan, Tony y Omar. Encantado, les está enseñando un poco el rancho y yo los observo feliz cuando oigo la risa cristalina de mi hija y la de los niños de mis amigas, que corren perseguidos por Cold y el novio de Valeria.

Por expreso deseo mío, me encargué de la decoración del granero

para la boda como lo hice para la de Flor. Organicé los primeros platos con una empresa de catering que me gusta mucho, y contraté a los camareros y dos grupos de música, uno de country y otro de salsa.

También le pedí a Betsy que hiciera sus famosas croquetas para la cena y ésta aceptó encantada, como Ronna y sus amigas aceptaron hacer carne asada. Yo me curré una de mis famosas tartas, que, todo sea dicho, me ha quedado preciosa y con un sabor superior.

Nayeli está que no se lo cree: Yanira, ¡la cantante!, está allí, y se hace cientos de fotos con ella que luego sube a las redes sociales para chulear. En un año, la jovencita ha cambiado para convertirse en una chica responsable de sus estudios y con la cabeza mejor amueblada de lo que pensé en su momento.

Ronna está bien. Controlada por su neurólogo por su problema con el párkinson, pero bien. Si ella es feliz, ¡todos somos felices!

La cena comienza, los invitados disfrutan de los manjares que los camareros sirven en ese granero lleno de vida y de luz y todos brindamos varias veces. Y, por supuesto, Andrew y yo nos besamos y animamos a que la gente nos lo pida. Sora pone los ojos en blanco, pero sonrío. Sonrío y es feliz.

Cuando la cena acaba y uno de los grupos de música se prepara para comenzar a tocar, de pronto oigo por los altavoces la voz de Yanira.

Sorprendida, levanto la vista y ésta, mirándome, dice:

—Vamos..., vamos..., los novios. Los quiero en el centro de la pista para que abran el baile.

Andrew y yo nos miramos y, cogiéndonos de la mano, hacemos lo que nos pide entre los aplausos de todos. Cuando estamos donde Yanira quiere, sigue hablando:

—Coral, Andrew, no hace falta que os diga lo especiales que ambos sois para mí. Andrew, porque es el maravilloso hombre que me cuida en las giras y que, además, ha enamorado a mi amiga, y Coral..., ¿qué puedo decir de ti? Eres mi amiga, mi hermana, mi Gordicienta, mi todo. Siempre hemos estado juntas para lo bueno y para lo malo, y espero que la vida nos dé la oportunidad de que así sea durante muchos... muchos años. —Me emociono. Mi tulipana me va a hacer llorar, pero entonces añade—: Bueno..., no voy a seguir diciendo cosas de la recién estrenada señora McCoy porque, si no, se va a echar a llorar en cualquier momento, pero quiero cantarles a los novios dos canciones que sé que son muy especiales

para ellos. La primera, para los que no entiendan la letra porque la voy a cantar en español, os diré que trata de dos amigos que viven en la playa y se encuentran un perro al que deciden cuidar juntos. —Andrew y yo sonreímos divertidos—. Y la segunda es una canción country llena de positividad que habla sobre un amor precioso que hace ver el mundo de otra manera. Ambas canciones son hoy para vosotros. Os quiero y os deseo una larga y maravillosa vida juntos.

Dicho esto, comienzan los primeros acordes de *No existen límites*, [31] y mi amor, mirándome, pregunta:

—¿Bailas conmigo, morena?

Yo acepto encantada mientras Yanira, con su preciosa voz, interpreta esa canción tan especial para mí, para nosotros.

Cierro los ojos. Disfruto. Nada, absolutamente nada de lo que imaginé en toda mi vida podría ser tan mágico y especial como lo está siendo mi boda. Sin lugar a dudas, esto supera mis expectativas.

Cuando la canción acaba y todos aplauden, estoy a punto de llorar.

¡Qué momento más bonito!

Luego, cuando comienzan los acordes de *Somebody Like You*, [32] Andrew me da una vuelta sin soltarme que hace que todos vuelvan a aplaudir y empezamos a bailar como si allí no hubiera nadie más excepto él y yo.

Durante horas, bailamos country, salsa, pop, que canta Yanira, y todos disfrutan de la fiesta. Estoy emocionada mirando a mi alrededor mientras saboreo mi felicidad y la de toda esa gran familia que tengo cuando siento las manos del amor de mi vida rodeándome la cintura.

—¿Todo está como tú querías? —me pregunta al oído.

Asiento. Mi boda es perfecta. Y, volviéndome para mirarlo a los ojos, sonrío con picardía y me acerco a su boca.

—Sólo falta una cosa para que se cumplan todos mis sueños —murmuro mirando en dirección al establo.

Andrew sonrío. Conoce mis locuras. A continuación, me coge entre sus brazos y, mientras camina hacia allí, dice al tiempo que yo me río:

—Morena, será un placer gritar «¡Viva España!».

Notas

[1] *No existen límites*, WM México, interpretada por Luis Miguel. (*N. de la E.*)

[\[2\]](#) Véase nota 1.

[3] *Recuérdame*, WM Spain, interpretada por Pablo Alborán. (*N. de la E.*)

[4] *Pasos de cero*, WM Spain, interpretada por Pablo Alborán. (N. de la E.)

[5] *La Gozadera*, Magnus/Sony Music Latin, interpretada por Gente de Zona y Marc Anthony. (N. de la E.)

[\[6\]](#) Véase nota 1.

[7] *Mi medicina*, Warner Music Spain, S. A., 2009, interpretada por Carlos Baute. (*N. de la E.*)

[8] *Born This Way*, Interscope Records, interpretada por Lady Gaga. (*N. de la E.*)

[9] *My All*, Columbia, interpretada por Mariah Carey. (N. de la E.)

[\[10\]](#) *Here in the Real World*, Arista, interpretada por Alan Jackson. (N. de la E.)

[\[11\]](#) *We Were Us*, Hit Red Records, 2013, interpretada por Keith Urban y Miranda Lambert. (N. de la E.)

[\[12\]](#) Véase nota 1.

[\[13\]](#) *Chattahoochee*, Arista Nashville, interpretada por Alan Jackson. (N. de la E.)

[\[14\]](#) *Con tu voz*, Alone Undawa S.L., interpretada por Tarifa Plana. (N. de la E.)

[\[15\]](#) *Worth It*, Syco Music/Epic, interpretada por Fifth Harmony y Kid Ink. (N. de la E.)

[\[16\]](#) Véase nota 15.

[\[17\]](#) *Somebody Like You*, Capitol Records Nashville, interpretada por Keith Urban. (N. de la E.)

[\[18\]](#) *If Heaven Wasn't So Far Away*, The Valory Music Co., LLC, interpretada por Justin Moore. (N. de la E.)

[\[19\]](#) Véase nota 3.

[\[20\]](#) Véase nota 17.

[\[21\]](#) *Macarena*, RCA Records Label, interpretada por Los Del Río. (*N. de la E.*)

[\[22\]](#) *Country Man*, Capitol Records Nashville (New Release), interpretada por Luke Bryan. (N. de la E.)

[\[23\]](#) Véase nota 22.

[\[24\]](#) *La gata bajo la lluvia*, RCA Records Label, interpretada por Rocío Dúrcal. (N. de la E.)

[\[25\]](#) *Burn One Down*, RCA Records Label Nashville, interpretada por Clint Black. (*N. de la E.*)

[\[26\]](#) Véase nota 13.

[\[27\]](#) Véase nota 17.

[\[28\]](#) Véase nota 21.

[\[29\]](#) Véase nota 1.

[\[30\]](#) Véase nota 17.

[\[31\]](#) Véase nota 1.

[\[32\]](#) Véase nota 17.



Megan Maxwell es una reconocida y prolífica escritora del género romántico. De madre española y padre americano, ha publicado novelas como *Te lo dije* (2009), *Deseo concedido* (2010), *Fue un beso tonto* (2010), *Te esperaré toda mi vida* (2011), *Niyomismalósé* (2011), *Las ranas también se enamoran* (2011), *¿Y a ti qué te importa?* (2012), *Olvidé olvidarte* (2012), *Las guerreras Maxwell. Desde donde se domine la llanura* (2012), *Los príncipes azules también destiñen* (2012), *Pídeme lo que quieras* (2012), *Casi una novela* (2013), *Llámame bombón* (2013), *Pídeme lo que quieras, ahora y siempre* (2013), *Pídeme lo que quieras o déjame* (2013), *¡Ni lo sueñes!* (2013), *Sorpréndeme* (2013), *Melocotón loco* (2014), *Adivina quién soy* (2014), *Un sueño real* (2014), *Adivina quién soy esta noche* (2014), *Las guerreras Maxwell. Siempre te encontraré* (2014), *Ella es tu destino* (2015), *Sígueme la corriente* (2015), *Hola, ¿te acuerdas de mí?* (2015), *Un café con sal* (2015), *Pídeme lo que quieras y yo te lo daré* (2015), *Cuéntame esta noche. Relatos seleccionados* (2016), además de

cuentos y relatos en antologías colectivas. En 2010 fue ganadora del Premio Internacional Seseña de Novela Romántica, en 2010, 2011, 2012 y 2013 recibió el Premio Dama de Clubromantica.com, y en 2013 recibió también el AURA, galardón que otorga el Encuentro Yo Leo RA (Romántica Adulta).

Pídeme lo que quieras, su debut en el género erótico, fue premiada con las Tres plumas a la mejor novela erótica que otorga el Premio Pasión por la novela romántica.

Megan Maxwell vive en un precioso pueblecito de Madrid, en compañía de su marido, sus hijos, sus perros *Drako* y *Plufy* y sus gatas *Julieta* y *Peggy Su*.

Oye, morena, ¿tú qué miras?
Megan Maxwell

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Loa Studios - Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Carlos Santana

© Megan Maxwell, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2016

ISBN: 978-84-08-15160-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

Table of Contents

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)